SG
2.55

B.P. de Soria
61077312
D-2 7666
NP
D-2
7666

HISTORIA

DE LA

GUARDIA CIVIL

288

5
1278

X° XIV. R.ª 1724.

LA GUARDIA CIVIL

HISTORIA DE ESTA INSTITUCIÓN

Y DE TODOS

los cuerpos armados que en España estuvieron destinados á la persecución de malhechores desde la reconquista á nuestros días, seguida de un Apéndice con la descripción de algunos similares del extranjero y varios conocimientos.

AUTOR

D. Miguel Gistau Ferrando.

Oficial de la Guardia Civil.

AÑO DE 1907

MADRID

VALDEMORO

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE LA GUARDIA CIVIL

BLIOTE

Es propiedad del autor.

Prohibida la reproducción de texto y grabados con arreglo á ley.

PROLOGO

Pocas instituciones tendrán una ejecutoria tan brillante como la Guardia Civil, y seguramente, que tanto en España como fuera de ella, no existe colectividad alguna que mas pronto mereciese los honores de encontrar panegiristas é historiadores.

Tal vez por pletórico abarrotamiento de materia narrable, no ha sucedido así. Sesenta y tres años son los que de servicios en el orden cronológico lleva el Cuerpo, y es muy poco lo que sobre su historia se ha compendiado en forma que fácilmente permita á profesionales y profanos conocerla. En 1858 se publicaron casi á la par tres libros. "Historia, servicios notables, socorros, comentarios á la cartilla y reflexiones sobre el Cuerpo de la Guardia Civil,, por D. José Diaz Valderrama; "La Guardia Civil,, por el capitán de infantería D. Antonio Quevedo y el de igual clase D. José Sidro, y "Las instituciones de seguridad pública en España,, del brigadier D. Crispín Ximénez de Sandoval, libros los tres meritísimos, cada uno por su estilo, y que solo pueden considerarse á causa de haberse escrito cuando contaba catorce años de existencia la Guardia Civil, como meras introducciones á su historia.

Transcurre el tiempo y á pesar de irse enriqueciendo los anales del Instituto con hechos dignos de las mayores alabanzas y sufriendo á la vez su organización alteraciones grandes, llegamos hasta el año 1898 sin que se publique nada que Historia de la Guardia Civil pueda denominarse. En esta fecha el hoy coronel retirado D. Eugenio de la Iglesia y Carnicero, una de las mas preclaras inteligencias que el Cuerpo ha tenido; escritor de sobra conocido en el mundo de las letras y militar á esa vieja usanza que cual guía debe servirnos á quienes comenzamos á vivir en la profesión, publicó su "Reseña histórica de la Guardia Civil.,,

Fué su obra un esbozo, un resumen histórico—como el propio autor la califica—trazado á grandes rasgos y solo alcanzando hasta el año 1868. ¡Lástima grande que además de ello haya dejado esta laguna de 39 años tal vez los mas fecundos para la historia del Cuerpo y que constituye su época contemporánea, porque si así no fuese, además de evitar al autor el trabajo que se impone, llevado solo de una buena voluntad, la Guardia Civil hubiese tenido en él, cronista difícilmente sustituible por su amenidad y erudición.

Resulta, por consiguiente, que la historia de la Guardia Civil está aun por hacer y no por falta de datos que en revistas, publicaciones oficiales y particulares se hallan diseminados con extraordinaria abundancia, exigiéndose únicamente minuciosa investigación la necesaria selección y un metódico enlace. Huelga decir después de lo anteriormente expuesto, que quien estas líneas escribe necesita la mayor benevolencia del lector por estar en razón inversa de sus dotes la importancia de la obra que acomete. Si á pesar de ello lo hace, es guiado de su amor y entusiasmo por el Cuerpo á que pertenece y esperando al propio tiempo que lo deleznable de ella, sirva de acicate para acometer la empresa, á tantos que con gran brillantez pudieran llevarla á feliz término. Vayan, pues, estas manifestaciones cual necesario é imprescindible descargo.

Madrid Abril de 1907.

Miguel Gistau Ferrando.



PRELIMINARES

ERÍA faltar á la verdad histórica decir que las primeras instituciones dedicadas en España á la persecución de malhechores y de las que en buenos principios narrativos debe arrancar la historia de la Guardia Civil, fueron creadas con este exclusivo objeto. Las primeras *Hermandades* populares, base de las organizadas más tarde con aquel fin, nacieron para oponerse á la tiránica opresión de los señores feudales: fueron la viril manifestación de una clase, que, esclavizada largo tiempo por un régimen despótico, buscó en la asociación fuerzas con que derrocarle, pulverizando su poder.

Invadida España por los Sarracenos, deshecho el imperio de los godos en la batalla de Guadalete (31 Julio 711), sujeto el suelo hispano á la dominación de aquéllos, excepción de las montañas de Asturias, Cantabria y Navarra, á donde se retiraron los godos que no quisieron sufrir el yugo sarraceno; de aquella inmensa catástrofe surgió un pueblo nuevo, una nueva sociedad regenerada que con sus proezas asombró al mundo.

El amor á la patria, á la religión y á la independencia, convirtió los españoles en héroes. Del sibarita godo surgió por arte de las privaciones á que se vió sometido, fortísimo guerrero; mezclada su noble sangre con la de las indómitas tribus cántabras, que nada ni nadie había podido subyugar, hermanados sus rencores, dió comienzo una lucha terrible, una lucha á muerte entre la desvalida raza española, llena de entusiasmo y la agarena en toda la plenitud de su fuerza, que realzaba la aureola de recientes glorias.

Prescinciendo, por no tener finalidad en este trabajo, de si durante los siete siglos de dominación agarena en España fué ésta el canal por donde se transmitieron las ciencias al resto de Europa; que á los moros debemos los primeros y principales adelantos en las Artes y en la Agricultura y que la influencia oriental contribuyó no poco á formar los españoles que en siguientes siglos debían ser modelo de caballeros é hidalgos, en aquella lucha titánica por la reconquista del suelo patrio adquirió el feudalismo, que desde la invasión de los bárbaros había surgido en Europa, su mayor desarrollo.

Cómo nació el feudalismo.

Consecuencia de una ley natural, en aquellas épocas de contínua lucha, los más fuertes ó de mayor ingenio, fuéronse erigiendo en caudillos, reuniendo las turbas aguerridas alrededor de sus pendones, conduciéndolas al combate y repartiéndose con ellas el fruto de sus victorias. Para premiar sus servicios é ir al propio tiempo cimentando su trono, los reyes daban á dichos caudillos el *señorio* ó propiedad de las tierras ganadas por la fuerza de las armas, reservándose únicamente la soberanía sobre aquéllos y éstas.

Así quedó formada una cadena de dependencias, un orden de gerarquías, desde el Monarca al último vasallo. Así fuéronse extendiendo sobre el suelo español el gran número de *feudos, señoríos, realengos* y *solariegos* que bajo la férrea mano de sus señores, corporaciones ó príncipes de la Iglesia, teniendo como orígen la victoria y la conquista, fueron en un principio necesarios, más tarde desunidos por contrarios intereses, causa de que la reconquista no fuese todo lo rápida que pudo ser, y por último, insuperable valla contra el poder real y obstáculo para la unidad nacional.

La esencia del feudalismo consistía en la completa identificación del *vasallo* con el *señor;* ningún vínculo le unía con el Rey ni con la Nación; solo conocía á su señor inmediato, de él recibía órdenes, á él prestaba servicios y por su mediación obtenía protección y justicia de sus vecinos, súbditos á la vez de otros señores.

El señor feudal era en sus tierras despótico monarca. El Rey no era el magistrado supremo del Estado; no era el general del Ejército nacional; no era el jefe de la Nación, sino únicamente el propietario directo de los feudos conferidos por él, á los que podía reclamar sus servicios, mandar; pero estando en su mano mandar, mas no él hacerse obedecer, las mas de las veces, semejantes órdenes eran escarnecidas.

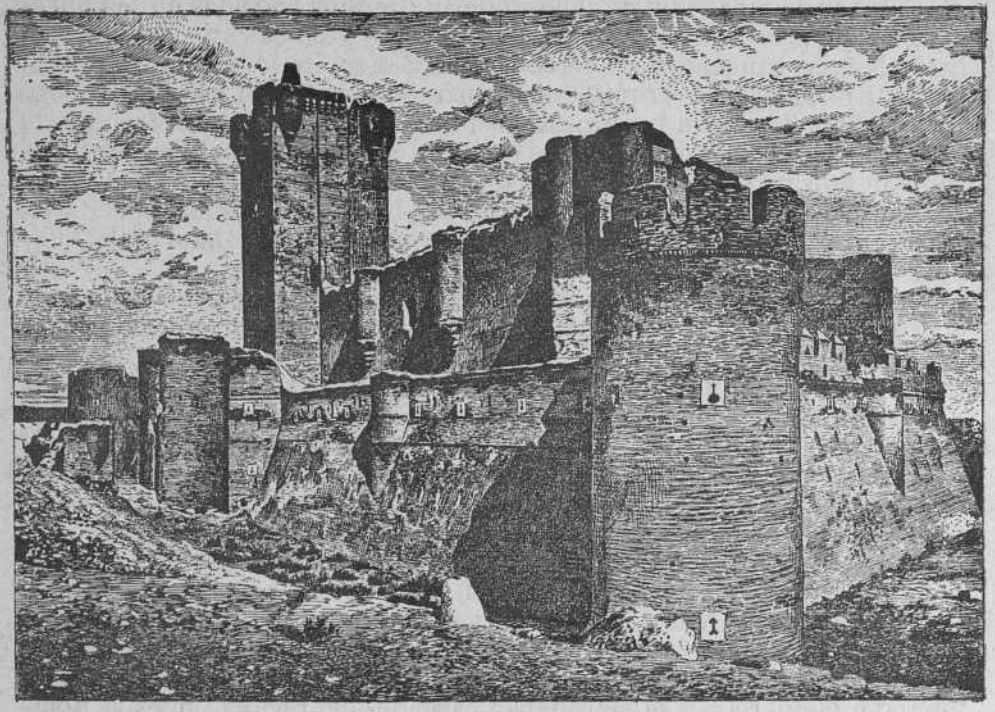
El principio hoy universal y necesario, de que "la ley es obligatoria para todos„ no estaba en práctica ni podían los reyes implantarlo. Convertidos los señores feudales en pequeños soberanos, si cometían algún

atropello, no admitían reconvenciones si tales no iban acompañadas con la fuerza. Encastillados en sus dominios imponían leyes á sus feudatarios gozando de privilegios algunos tan tremendos, y á pesar de ello legalizados, como el VII de los llamados *malos fueros* de la nobleza catalana; el monstruoso atentado contra la honra de las desposadas conocido con el nombre de *derecho de pernada ó espolio de forzada.*

Las invasiones y luchas interiores obligaron á los pueblos á levantar murallas y castillos para su defensa. Los señores feudales encontraron en ellos excelentes madrigueras desde donde caer sobre los indefensos vecinos, imponer su voluntad á los reyes y ocultar el fruto de sus rapiñas. Multiplicáronse estas fortalezas, se fortificaron hasta las iglesias y encintado todo de piedra la vida se encerró en esas inmensas moles de que tan hermosas muestras tenemos por España sembradas.

El historiador Cesar Cantú ha hecho animadísima pintura de lo que fueron los castillos feudales y de la vida que en ellos se hacía.

„Generalmente—escribe—el feudatario escogía para su residencia una altura en medio de sus dominios, y allí construía un castillo; esos



Castillo feudal.

castillos, cuyas ruinas coronan aún las cimas de las montañas, objeto de curiosidad para nosotros, de espanto para nuestros mayores, y que

recuerdan una sociedad dividida en sí misma, donde las armas hacían las veces de derecho y de ley, símbolo del poder solitario é independiente, de la fuerza y de la importancia personal. Entre las humildes cabañas, como un bandolero en medio de una turba servil, se elevaban esos edificios de piedra maciza, con torres redondas ó polígonas, coronadas de almenas. Una de estas torres, menos gruesa, aunque más elevada, y con ventanas abiertas á los cuatro vientos, estaba destinada para el centinela, que anunciaba la hora de amanecer con el sonido de la campana ó del cuerno, á fin de que los villanos empezasen su faena, ó la aproximación del enemigo, para que los hombres de armas se dispusiesen á la defensa. Si se cometía un robo ó un homicidio, lanzaban un grito, que debían repetir todos los hombres de vecino en vecino, á fin de que el reo no pudiese encontrar la impunidad en el feudo limítrofe.

Uníase la naturaleza con el arte para hacer impracticable el acceso de los castillos; y los fosos, antemurales, empalizadas y contrafuertes diseminados en los alrededores; rastrillos, puentes levadizos estrechos y sin pretiles, compuertas suspendidas de cadenas, puertas subterráneas, trampas; en fin, todo aquel sistema de defensa y de emboscadas, debían aterrar á los que trataran de atacarlos ó de sorprenderlos.

Cabezas de jabalíes y de lobos ó de aguiluchos clavados en las puertas guarnecidas de hierro, cuernos de ciervos y de cabritos en el atrio, indicaban las sangrientas diversiones del Señor. En lo interior todo aparecía dispuesto por el arquitecto, no para la comodidad y el recreo, sino para la seguridad y la fuerza. Armaduras, lanzones, alabardas, mazas ferradas, pendian enmedio de los escudos colgados en salones espaciosos y desabrigados, con inmensas chimeneas, en torno de las cuales se reunía la familia para jugar al ajedrez ó á los dados, bordar, beber y oir los cuentos ó las canciones que acompañaban con el laud y la bandurria.

Allí se encontraban las provisiones necesarias, tanto de boca como de guerra, desde la cocina hasta las prisiones, desde el gallinero hasta la armería, desde los archivos hasta las cuadras, reinando en todo un lujo más costoso que delicado. Por todas partes se veían vajillas de plata y copas de oro, chimeneas de doce pies de ancho con morillos macizos para sostener troncos de muchos años, calderas capaces de mantener medio ternero, y asadores en que daba vuelta un jabato entero. Había enormes mesas con cien cántaros de vino, hornos para cocer á un tiempo cien panes, sartenes de centenares de huevos, bodegas, guardarropas, lecherías, despensas y fruteros que rebosaban de provisiones. No se necesitaba menos para tantos escuderos, halconeros, pajes, conductores, siervos, jardineros, marmitones, mozos de tahona, de botillería, peleteros, porteros, soldados, centinelas, sin contar los amos y sus parientes, los amigos, caballeros, peregrinos y viajeros que permanecían allí el tiempo que querían y se marchaban cargados de regalos; pues el hombre que todos los días encuentra hombres, se acostumbra á ser indiferente con ellos, y el que vive aislado, experimenta un verdadero placer á la vista y en la compañía de uno de sus semejantes, haciéndose generoso en la hospitalidad.

Por dentro el castillo estaba dividido en varias piezas: unas para las

damas ocupadas en poner plumas á las flechas, nervios á los arcos, en preparar los dardos y adornar las cimeras; otras para los operarios que pulían y bruñían espadas, escudos, yelmos, mazas, martillos, lanzones, banderolas, morriones, corazas, brazales, golas, tarjas, paveses y toda clase de armas de hierro, de cobre, de cuerno y de cuero. A veces á la mitad de la comida ó de los juegos, se oía el sonido de la campana del atalaya: cundía inmediatamente la voz de alerta; las armas de burla se convertian en armas de veras; corrían á las troneras, á las almenas, á las barbacanas, se alzaban los puentes, se bajaban los rastrillos, se peleaba; y rechazado el ataque, se volvían á sentar á la mesa, y seguían de nuevo los juegos y las conversaciones.

Como el águila en su nido, vivía allí el feudatario, aislado de todos los que no estaban bajo su dependencia, sin modificar el resto de la sociedad, ni ser modificado por ésta. El pueblo que habitaba alrededor de él no era su sangre, como en el patriarcado; no se componía de sus parientes y afines, como en los clanes de Escocia é Irlanda; como él no ligaba el afecto ni las tradiciones; el noble pasaba la vida solo, sin más compañía que la de su mujer y sus hijos, áspero de genio, receloso, separado de la gente, á quien inspiraba temor, y que le obedecía sin más réplica; ¿que alta idea no debía concebir de sí mismo, pudiéndolo todo, y esto por su sola facultad, sin más límites interiores ó exteriores que los de su fuerza? Desde niño, el orgullo de su padre y la sumisión de los siervos le enseñaban que todo era lícito al señor. Creciendo en medio de esclavos trémulos y despreciados, y de espadachines prontos á ejecutar cuanto les mandare; superior al miedo y á la censura de la opinión pública; ignorante de la vida social, sin que nadie le contradijese jamás, y sin temer la reprensión ni las reconvenciones, adquiría una extraña energía de carácter, volviéndose no solamente feroz, pérfido y escandaloso, sinó también caprichoso y extravagante; y su obstinación en no querer separarse de sus costumbres le hacía rechazar todo progreso. Sus siervos recibían de él, en lugar de sueldo, el derecho de vejar y tiranizar, nueva gradación de despotismo que aumentaba cada vez más la distancia entre los habitantes de los castillos y los de la llanura, los cuales concibieron un respeto hereditario á aquel jefe que todo lo podía, que los salvaba de otros enemigos, al paso que, molestados por el capricho del indivíduo, que pesaba inmediatamente sobre el indivíduo, maldecían un poder al que no se atrevían á resistir.

La única ocupación del castellano era fortificar más y más su castillo, robustecer su caballo, y reparar su armadura; fiando en esto y encontrándose invulnerable á los golpes de la multitud, que caía sin defensa herida por los que él le asestaba, adquiría un valor temerario y arrogante. A veces se lanzaba desde su fortaleza para arrebatar al villano su mujer y sus hijos, que se desdeñaba de seducir, y para despojar á los viajeros ó rescatarlos. Pero como aún en los tiempos de turbulencias la batalla y el botín no son más que excepciones de la vida, á menudo estaba ocioso y desprovisto de aquellas ocupaciones regulares que pueden solo llenar la existencia. No había asuntos públicos que reclamasen su cooperación; juzgar á sus dependientes era oficio de pronto despacho, por lo mismo que lo desempeñaban de una manera despótica; la

administración era sencilla, pues los campos estaban cultivados por los aldeanos en provecho exclusivo del señor; la industria se hallaba á cargo de los siervos, y las letras estaban abandonadas á los monjes, que recibían de tiempo en tiempo regalos para que orasen y se dedicasen al estudio. El feudatario debía, pues, buscar en otra parte donde ocupar la actividad que constituye la vida, y de consiguiente tenía que correr aventuras, entregarse á la caza y al saqueo, emprender peregrinaciones, hacer, en fin, todo lo que pudiese arrancarle de aquella ociosidad interminable.„

¿Qué de extraño tiene que el mísero colono ante aquella fuerza sufriese toda clase de vejaciones cuya enumeración espanta hoy? De tales desafueros nació el natural deseo de derrocar aquel poder, y el odio al régimen feudal que se ha venido transmitiendo hasta nosotros de generación en generación, en forma de consejas que nos pintan, ora algún señor de un castillo arrebatado por duendes, trasgos ó demonios, al cometer tal ó cual infamia, ora vagando siglos su alma en pena alrededor de la torre que fué testigo de sus liviandades y crímenes, cuando no tiernas escenas en las que juega siempre el dueño de la ciclópea mansión el papel de angel malo.

Cierto es, que en España no tuvo el feudalismo características idénticas al del resto de Europa. Por las constantes luchas y la necesidad constante de un auxilio mutuo, los reyes no se desprendieron como en otras naciones de su completa autoridad sobre todos sus súbditos. Y si no faltaron nobles turbulentos que con su arrogancia y ambición perturbaron la tranquilidad pública y tiranizaron los pueblos, los hubo también modelo de hidalguía y veneración al trono que fueron siempre además de su firme sostén, los primeros en acatar y aconsejar medidas que emancipasen á los pueblos del poder feudal.

A pesar de todos sus horrores fué el feudalismo, como dice el ya citado historiador César Cantú "un tránsito de la barbarie á la cultura„ aunque fuese una de tantas concausas para la desmoralización general de que estuvo poseída España, hasta que los Reyes Católicos con sus leyes, por su ejemplo, con sus victorias y por los descubrimientos ocurridos en su reinado, marcaron en la historia patria una de sus más florecientes épocas.

España antes de los Reyes Católicos.

Pero hasta ella ¿qué pintura más triste desde el punto de vista de su aspecto social sería necesario hacer de toda España? Alternando con pequeñas épocas de florecimiento en algunos reinados, marchaba precipitadamente hacia su ruina. Era un árbol viejo y podrido por dentro que gracias á las disensiones de los sarracenos no fué arrancado de raíz. La abundancia de unas épocas y el orgullo en determinadas clases, trajo un desquiciamiento general, y en medio de la general pobreza, cual arbol viejo que se engalana con la última hoja, ostentábase el mayor lujo en todas las clases; lujo en el vestir, en las mesas, en el menaje, en los espectáculos, en todo.

De estos refinamientos eran inseperables compañeros la relajación de costumbres y la inmoralidad más espantosa. La Corte daba ejemplos como el de la reina Doña Juana de Portugal, que después de escandalizar

Castilla con Don Beltrán de la Cueva, ponía el sello á sus liviandades —según dice un erudito historiador—dando á luz dos hijos adulterinos mientras vivió prisionera de su enemigo el arzobispo de Toledo, en el castillo de Alaejos. Recuérdense los públicos amancebamientos de su esposo Don Enrique VI; las violentas escenas más que de palacio de plazuela, entre la reina y aquella Doña Guiomar que ofendía su dignidad de mujer haciendo gala de recibir los obsequios del rey; la despreocupación con que éste, al jubilar á su querida Doña Catalina de Sandoval la convirtió en abadesa de monjas.

Las órdenes conventuales llegaron á tal corrupción, que según las frases del predicador Montesinos "apenas resplandecían en ellas alguna pisada de sus bienaventurados fundadores„ y la relajación era tanta que según escribía el ilustrado escritor de aquella época, Gonzalo Fernández de Oviedo "los frailes y monjas tenían hijos como si no fueran religiosos„ y cuál no serían los escándalos, que Don Juan II suprimió un monasterio de beatas en Sevilla, en el cual con hipócrito misterio, se entregaban á excesos libidinosos, solteras, casadas y viudas.

Según testimonios irrecusables, muchos padres tonsuraban á sus hijos, no porque su voluntad fuese hacerles clérigos "para que si les acaeciere cometer algún crimen, sean defendidos por los jueces de la iglesia é no sean pugnidos (castigados), de los males é crímenes que cometieran„ incitando tal impugnidad á que se diesen casos como el del arzobispo de Santiago Don Rodrigo de Luna, que al bendecir el matrimonio de uno de sus feligreses, prendóse de la hermosura de la novia, la robó y satisfizo en ella, violentándola, sus carnales apetitos.

Si esto hacían los llamados á dar ejemplo ¿qué no harían los legos? Las Cortes de Briviesca (año 1387), prohibieron á los casados tener mancebas públicas; en Barcelona (año 1388), por pregón se prohibió lo mismo y que comiesen ó durmiesen en los burdeles. A tales extremos se llegó, que los legisladores hubieron de transigir con el vicio, hasta el extremo de que Alfonso X concedió á los clérigos de Roa, el privilegio, que duró cerca de un siglo, de legitimar á sus hijos sacrílegos.

El burdel por obra del legislador, fué elevado á institución y hasta los mismos Reyes Católicos—según afirma un historiador contemporáneo—sostuvieron á un macero en el derecho que alegaba para tener abierto un lupanar en Salamanca, y concedieron privilegio exclusivo para que el jefe de su mesa Don Alfonso Yáñez Fajardo, explotara las casas públicas de Málaga, Ronda, Marbella, Granada, Alhama, Baza, Guadix y Almuñecar.

Organizados tales antros desde muy antiguo, constituían un ramo de impuestos provechosísimos para los municipios, en cuyos ingresos intervenía el alcalde, llevándose el diezmo de sus productos el Estado. En algunos, como el de Valencia del que hablan las crónicas, en la puerta había un encargado de guardar el metálico y alhajas que depositaban los visitantes, y en frente, una horca como amenaza á los delincuentes.....

Para qué seguir presentando tales cuadros que cual negras tonalidades son sin embargo, fondo de otros brillantísimos que en conjunto constituyen una época de sublimidades, abnegaciones y hechos caba-

llerescos é hidalgos, entremezclados á otros que pugnan con nuestro actual modo de ser.

Cómo surgieron las primeras Hermandades.

Hemos trazado á la ligera una pintura de lo que fué España durante la reconquista. Ensanchar sus límites los reinos cristianos, fué para los reyes, señores, órdenes militares y hasta para el clero, preferente atención. Todo se hallaba subordinado á esto y abandonados los pueblos durante una época de contínua agitación, sin autoridades que los defendiesen, que les guardasen contra toda exención ó violencia sus bienes y vidas, buscaron en la asociación garantía.

El triunfo del Conde de Castilla Don Sancho García, quien al frente de los ejércitos coaligados de León, Navarra y Castilla, dirigió la célebre batalla de Calatañazor (año 1001) destrozando las huestes del Califa de Córdoba al mando de su primer ministro el célebre Almanzor, azote durante diez y ocho años de las armas cristianas, dió á los reinos cristianos una época de tranquilidad, y aquel ínclito caudillo conocido en la historia por el dictado *D. Sancho el de los buenos fueros*, el primer impulso para la obra de la emancipación de los pueblos del poder de los señores feudales, dotándolos de fueros propios, para que por ellos se gobernaran, sin que conociesen otro señor que su rey, ni otra autoridad que su consejo ó ayuntamiento.



Guerrero del siglo XI.

Dotados los pueblos de estas libertades comunales, para defenderlas contra los señores que naturalmente quisieron limitarlas, buscaron en su unión la fuerza. Juntáronse primeramente los vecinos de una misma localidad en *Cofradías* teniendo cada una por patrón un santo, y más tarde los concejos de los pueblos uniéndose entre sí, formaron *Hermandades* bajo ciertos votos y juramentos.

Fueron por consiguiente las primeras hermandades, agrupaciones para defender los pueblos sus derechos y franquicias contra los grandes. Comenzaron por simples compromisos temporales entre reducido número de vecinos; pasaron á confederaciones numerosas con juntas ó cortes en que intervino el rey y que dictaban cuadernos de leyes especiales; empuñaron quienes las formaban, muchas veces las armas contra sus señores, y en ellas los monarcas encontraron

el más poderoso elemento, no solo para acabar con el poderío de los grandes que mermaba su poder, sinó también para arrancar de las manos musulmanas los pedazos del suelo patrio que hollaban con sus plantas.

No vamos á entrar en investigaciones históricas para probar este aserto que á nada conduciría dado el objetivo que perseguimos. Basta examinar los acuerdos de la reunión que en Valladolid tuvieron el año 1295 los Procuradores de la *Hermandad de los Reinos de León y Castilla*, una de las más poderosas organizadas, durante la minoría de Don Fernando IV el Emplazado, para que se patentice bien á las claras cuales fueron los fines principales que tuvieron las primeras Hermandades.

Allí se acordaron los capítulos siguientes:

"Que pagarían al rey las contribuciones en la forma acostumbrada.

Que si los reyes, ó sus alcaldes y merinos, ó los demás señores, tratasen de quebrantarles sus fueros, se unirían todos para defenderlos.

Que si los jueces diesen alguna sentencia injusta, sin haber tenido en cuenta lo prescrito en los fueros, la parte agraviada se querellase al concejo ó ayuntamiento; y si la demanda del agraviado era justa, que el concejo acudiese al rey ó á los mismos jueces, persistiendo en su queja, hasta conseguir la revocación de la sentencia, y pagándose todos los gastos necesarios del fondo de bienes de propios.

Que si algún caballero, rico-home, infanzón ó eclesiástico se apoderara con violencia de bienes de algún vecino de aquellos pueblos, y, requerido no los devolviese, ni diese satisfacción de la injuria inferida, se levantase contra él, el concejo del pueblo, y no siendo bastante poderoso, se le uniesen otros pueblos de la hermandad, para ir á derribar su casa, talar sus campos y hacerle todo el daño posible.

Que si algún rico-home ú otra persona matara á algún indivíduo de la hermandad, sin ser su enemigo, con arreglo al fuero, todos los concejos se levantaran contra él para matarle donde quiera que lo encontrasen, y destruir sus propiedades.

Que la misma pena aplicasen al juez que por sí ó por mandato del rey ajusticiara á alguno sin proceder al juicio solemne prevenido por los fueros, y á cualquier persona que se presentase con cartas del rey, para exigir diezmos ó tributos desaforados.

Que los diputados á cortes se eligieran de los mejores y más celosos para el servicio del rey y beneficio de los pueblos.

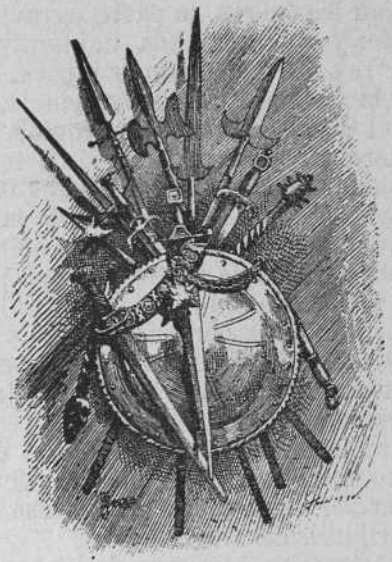
Que de dos en dos años cada concejo eligiese dos diputados para las juntas que debían celebrarse en León, á fin de velar sobre el más extricto cumplimiento de los capítulos acordados; y que al concejo que faltase se le multara en mil maravedís por la primera vez, dos mil por la segunda y tres mil por la tercera, declarando haber incurrido en la pena de perjuro.

Que si algunos vecinos de los pueblos de la hermadad faltaran á aquel tratado de *dicho ó hecho, ó de cualquiera manera*, fuesen declarados por enemigos, y *cualquiera* los pudiese prender donde los encontrase, salvo en la casa del rey, *para ajusticiarlos como perjuros é infractores del homenaje.*

Que si los concejos necesitaran algún auxilio, lo pidieran á los de-

más, los cuales estaban obligados á dárselo dentro de cinco días, y que las tropas que enviasen, anduvieran por lo menos cinco leguas cada jornada.

Ultimamente, se mandó labrar un sello para signar las cartas de la hermandad, que por un lado mostraba la figura de un león y por otro la imágen de Santiago, con el siguiente letrero alrededor: *Sello de la Hermandad de los Reinos de León et de Galicia.*„





CAPITULO I

Desde Alfonso VI de Castilla hasta Alfonso XI.

Años

1073 á 1350.

Primeras Hermandades que se dedicaron á la persecución de malhechores.—La de San Martín de Montiña en Toledo.—Disconformidad de los historiadores.—Creación de las de Ciudad-Real y Talavera.—Castigos que imponían á los malhechores.—Unión de las tres y concesión del título de Santa por el Papa Celestino V.—Sus servicios, organización semejante á la de la Guardia Civil y privilegios en los reinados siguientes hasta el de Don Alfonso XI.

Hemos dicho en el capítulo anterior, al hacer una ligera pintura de lo que fué España durante la Edad Media, que los primeros ensayos de hermandades populares, hicieron conocer muy pronto á los pueblos cuánta era su fuerza y las libertades que por ellas obtuvieron.

Conquistada la ciudad de Toledo á los moros (año 1085) por el rey de Castilla y León Alfonso VI, después de seis largos años de asedio, este magnánimo monarca, una de las más salientes figuras de su siglo, fué, según parece desprenderse de minuciosas investigaciones históricas hechas, el primero que empleó á las hermandades populares en la persecución de malhechores.

Un tan largo asedio como el exigido para que la imperial ciudad cayese en poder de los cristianos, el movimiento de población que se inició, la feracidad de la comarca y lo intrincado de sus bosques, hicieron de aquellas frondosas comarcas seguro refugio de malhechores. Era de ellas, imagen viva de la naturaleza virgen y selvática, la conocida con el nombre de *Sisla Mayor*, que por su proximidad á la ciudad y por atravesarla la antigua vía de Calatrava, constituía magnífica guarida para desde allí caer sobre los caminantes y vecinos de Toledo.

Alfonso VI, con el fin de fomentar la agricultura, poblar las inmediaciones de la imperial ciudad y asegurar la vida en ellas, concedió dife-

rentes privilegios á los *Colmeneros* y *Ballesteros* de los montes de Toledo, que en hermandades buscaron defensa y quienes unidos á los habitantes de los pueblos inmediatos, á fuerza de batidas limpiaron la feracísima comarca de gente maleante. En recompensa de este servicio,



Vista de Toledo.

la ciudad de Toledo les concedió el usufructo ó la propiedad—pues tal ha sido objeto de diferentes pleitos—de la dehesa llamada *Sisla Mayor* ó la *Montiña*; y tanto para disfrutarla como para continuar defendiendo el país de las hordas de foragidos que en él venían á refugiarse, organizaron una hermandad, con el título y bajo la advocación de *San Martín de Montiña*, y primera por consiguiente que tuvo por finalidad oponerse á las tropelías y crímenes de la gente maleante.

Disconformidad en los historiadores. La Hermandad de Navarra y Aragón.

Hay autores sin embargo (1), que afirman nació la primera idea de hermandad contra salteadores y facinerosos, entre aragoneses y navarros el año 1204, y el general Ximenez de Sandoval copia en prueba de esta su afirmación lo siguiente:

"A consecuencia de los estragos de anteriores guerras, habían empezado á sentir en las *Bárdenas de Navarra*, aquella plaga contra el comercio público, y que siendo *tierra quebrada, cubierta de boscaje*, é inmediata á Aragón, se cometían *saltos* y *presas* en las *comarcas de los pueblos vecinos*; instituyéndose para su remedio, á principios del año 1242 una *cofradía* de los pueblos *finítimos* de ambos reinos, con leyes semejantes á las que después se formaron para la hermandad. Según ellas, debían juntarse varios comisarios de ambas partes, el último jueves de enero en el término que llaman *La Estaca*,

(1) Vadillo, *Discursos económico político*. Moret, *Anales de Navarra*. Ferreras, *Historia de España y* Ximénez de Sandoval, *Historia de las instituciones de seguridad*.

dentro de la misma bárdena en donde el rey Don Sancho el Fuerte, fabricó una fortaleza, quizá para que sirviese á este fin, la memoria de esta cofradia, comienza así: *En el nombre de Dios y su gracia etc..... y salvo la fidelidad de los reyes de Navarra y Aragón*; añadiendo después *que si algún cofrade topase al salteador en el malhecho lo prenda luego y no esperen al rey ni al señor del pueblo para que sea luego ahorcado.*

Los junteros debían reunirse de tres en tres semanas en el magnífico templo de San Zoil edificado en el término de Caseda.„

No continuamos exponiendo datos en pró ó en contra, sobre cual de las dos hermandades citadas se dedicó primero á perseguir criminales, por ser tal trabajo propio de un estudio de crítica histórica y harían harto pesada esta narración. A nuestro juicio, la simple inspección de fechas demuestra, fué, como ya hemos dicho, la *Hermandad de San Martín de Montiña* la primera que tuvo aquella finalidad; pertrechada con los fueros que se le concedió, en los cuales fijábanse penas severamente atroces contra los malhechores y criminales; estando autorizados para aplicarlas por si propios quienes la constituían, constituyó el primer dique que la sociedad puso en beneficio general, naciendo con ella las instituciones que son objeto de este trabajo.

Hermandades de Ciudad Real y Talavera.

Siglo y medio transcurre sin que registre la historia, referente á la citada hermandad, nada que pueda servirnos en este ligero estudio de ella. Las ciudades emancipadas del feudalismo se regían cada una por sus fueros. El alcalde, asociado á ocho ó diez hombres buenos, administraba justicia, y de sus sentencias la parte agraviada solo podía apelar al rey, quien á veces daba gallardas pruebas de imparcialidad y saludable ejemplo, como la dió Alfonso VII presentándose disfrazado en la casa de un rico infanzón de Galicia que había despojado á un pobre labrador de sus bienes, á cuyo noble después de darse á conocer prendió y mandó ahorcar de un arbol.

Ocupa el trono de Castilla el rey Fernando III (año 1218) y después de aquella serie de brillantes conquistas á los sarracenos que comenzó con la rendición de Baeza y terminó con la de Sevilla, formando el conjunto una de las páginas más brillantes de nuestra historia; este rey, á quien la historia conoce con la denominación del *Santo* y considera como el verdadero fundador de la Monarquía española, atiende preferentemente á la legislación de sus reinos y á exterminar las cuadrillas de foragidos que como resultado de anteriores desórdenes infestaban el pais.

Preparábase el rey Don Fernando III á emprender la conquista de Jaén cuando hallándose en Córdoba el invierno de 1242, supo que su madre Doña Berenguela había salido de Toledo, capital entonces del reino de Castilla, y en donde por ausencia de su hijo estaba encargada de la gobernación del mismo. Dicha señora que se hallaba en los postreros años de su reinado y quería retirarse de la vida oficial, había emprendido la marcha para pedirle ser librada de la carga que sobre ella pesaba. Don Fernando con el fin de evitar las consiguientes molestias de tan largo viaje á Doña Berenguela, le salió al encuentro, viéndose

madre é hijo en un pequeño lugar llamado entonces Pozuelo Seco de Don Gil, sitio donde después en el reinado de Alfonso X el *Sabio*, se fundó la población de Villa-Real, hoy Ciudad-Real.

Pertenecía Pozuelo Seco á un rico-hombre castellano llamado Don Gil Turro Ballestero, y en las inmediaciones de aquel lugar era tan grande el número de foragidos que con el nombre de *golfines* lo infectaban, robando á los caminantes, á labradores, ganaderos, incendiando los montes, saqueando las aldeas, forzando á las mujeres y asesinando á los hombres, que la vida era allí imposible, según las crónicas refieren.

El noble Don Gil y dos de sus hijos con otros caballeros, labradores y colmeneros, habían formado hermandad para perseguir á los *golfines*. Aprovechó Don Gil la estancia del monarca en su casa, informándole de los males que asolaban la comarca y de las medidas que había tomado, solicitando de paso su auxilio y confirmación de la hermandad. Elogió el rey el celo de Don Gil y los suyos; aprobó la institución formada y le concedió algunas exenciones y franquicias, dictando otras medidas para hacer regular y fructífera la persecución de los *golfines*.

A este fin, quienes componían la hermandad, se dividieron en tres cuadrillas. La primera á cargo del mismo Don Gil se situó en Pozuelo-Seco para vigilar aquella comarca; la segunda, á las órdenes de su hijo Pascual, pasó á la jurisdicción de Toledo, sentando sus reales en las Ventas de Peña Aguilera; y la tercera, mandada por su otro hijo Miguel, se situó en Talavera, comenzando la persecución de criminales metódicamente y de común acuerdo por las tres hermandades con resultados inmediatos.

Juramentos, auxilios que recibían las hermandades y castigos impuestos á los criminales.

Los agricultores y ganaderos, viendo el beneficio que para sus intereses reportaba la persecución que las fuerzas éstas emprendieron contra los criminales, contribuyeron voluntariamente para ayudarles á su manutención con el donativo de una res por cada hato que pasase por los montes que á su custodia tenían, á más del diezmo de la miel y cera que cogían; arbitrios éstos que más tarde se hicieron forzosos, convirtiéndose el primero en el tributo llamado de *Asadura*. Además, los individuos que componían la hermandad, se hallaban libres de tributos, gozaban de grandes privilegios y fueron autorizados para cazar libre y exclusivamente en los montes, aprovechándose de su caza y no pagando portazgos en los puntos á donde la llevaban para venderla.

Los procedimientos que tales hermandades empleaban con los delincuentes no podían ser más expeditivos. Ladrones y asesinos que se cogían, pagaban con la vida sus hazañas sin formalidad alguna de proceso. Colgados de los árboles más cercanos ó en postes situados para tal objeto, morían acribillados á saetazos, dejándoles así, hasta que comidas sus carnes por las aves, desprendíanse sus huesos, sirviendo tales espectáculos de saludable escarmiento. Cuando la ejecución tenía lugar en las inmediaciones de población, se daba al acto algún más aparato y crueldad. La hermandad de Ciudad-Real, por ejemplo, sacaba los reos por la mañana en un carro, acompañados del verdugo, de agonizantes y

de algunos cuadrilleros, llevándolos al inmediato lugar de Peralvillo donde se les daba muerte por los procedimientos antes dichos, y cuando además no eran descuartizados y enviados los trozos á otros puntos, se arrojaban los huesos pasado algún tiempo á un edificio hecho exprofeso y que se llamaba el arca.

Estos procedimientos, hoy de refinada crueldad y barbarie, no pueden extrañar dada la legislación usada entonces y el estado de civilización de aquella época, pero al decir de los cronistas fueron necesarios, logrando por ellos, rápidamente, el objeto que se proponían, consiguiendo llevar en parte la tranquilidad á los campos y haciéndose dichas hermandades muy estimadas, no solo donde prestaban sus servicios sinó en otras comarcas más lejanas.

Unión de las tres hermandades y concesión del título de Santa.

Continuaron los ballesteros y hombres de guerra que componían tales hermandades, unidos por medio de solemnes votos á manera de cruzados, como era de costumbre en aquella época por la fuerza del sentimiento religioso que presidía en todos las acciones de los españoles, y en el transcurso del tiempo, prestaron excelentes servicios, á los reyes en sus empresas, y persiguiendo á los *golfines*. Teniendo idéntico fin las tres hermandades citadas, uniéronse, entrando en ellas la nobleza inferior y aumentándoseles sus privilegios en los reinados de Alfonso X el Sabio y Sancho IV.

En este último reinado, quienes componían esta hermandad, reunión de las tres citadas, considerando ya libres las comarcas de *golfines*, y estimando habían usado de excesivo rigor en su persecución, pidieron al papa Celestino V que entonces gobernaba la iglesia católica, los relevase de sus votos y juramentos, renunciando á los privilegios que concedidos tenían.



Ballestero de la hermandad de Toledo.

La eficacia de sus servicios y el alto concepto que los pueblos tenían de ella, hizo que el propio monarca intercediese cerca de Su Santidad para que éste no accediese á tal súplica. Comprendiendo Celestino V los perjuicios que tal disolución originarían, expidió el año 1294 una bula mandando á las hermandades continuar en sus funciones, dándola el dictado de *Santa* y eximiendo á sus individuos de pagar diezmos y soldadas á sus criados entre otros privilegios.

Gracias á esta prudente medida, no se deshicieron las hermandades, continuando unidas bajo el título de *Santa Hermandad Vieja*, calificativo éste, que posteriormente se le dió en la historia para distinguirla

de la que luego formaron los Reyes Católicos ,como más adelante veremos.

Dicha hermandad estableció en diferentes puntos núcleos de fuerza al mando de *Cuadrilleros*. Hacían éstos las veces de capitanes de compañía, estando encargados de custodiar y distribuir las presas el día señalado para la partición, dando á cada cual fielmente la parte que le correspondía y llevando registro del botín ó ganancias.

Los cuadrilleros se nombraban según dice una de las partidas del rey Alfonso el *Sabio*, escogiendo entre cada cuatro, uno que tuviese "temor de Dios y vergüenza, no obrasen mal por codicia, supiesen cumplir obligación y no se ensañasen por las palabras descomedidas que dijesen los hombres.„ Prestaban juramento de cumplir lealmente y debían ser pagados con puntualidad antes de hacer la partición "á causa del mucho trabajo que tenían;„ pero si á sabiendas cometían abusos, debían pagar el séstuplo del daño que causaran, condenándoseles á muerte si así no lo hacían por haber abusado de sus compañeros.



Fuerzas de la Hermandad en el reinado de Alfonso VIII.

Grandes debieron ser los servicios que tal hermandad prestó en el reinado de Fernando IV á juzgar por los muchos privilegios que la concedió este monarca. Entre los principales registra la historia la defensa de Ciudad-Real contra los maestres de Calatrava, sublevados ante la autoridad del rey, por cuyo señalado servicio concedió éste á la referida hermandad el usar sello.

Dicho monarca dispuso también por una carta dada en Toledo el año 1302 que se nombrasen dos hombres buenos ó *Regidores*, para que cuando se juntaren las

cuadrillas de diferentes puntos con objeto de perseguir malhechores, asumiesen el mando supremo, evitando disgustos y que con poderes suficientes, pudiesen convocar y disponer lo más conveniente al fin que se pretendiese.

A consecuencia de los constantes perdones que se concedían á los *golfines*, los cuales se acogían á los castillos fronterizos para pelear mientras había guerra y dedicarse al merodeo después, la Santa Hermandad perdía el necesario ascendiente moral sobre tales sujetos. Por esto y la protección que dichos *golfines* encontraban en determinadas clases, se vió este monarca obligado á dictar una carta en 25 de septiembre del año 1303, en la que se disponía entre otras cosas "que nadie amparase ni encubriese á ningún *golfín*, como igualmente perdonarle; antes por el contrario, que se apoderaran de los encubridores y de todos sus bienes, entregándolos á los cuadrilleros, quienes debían imponerles la misma pena que á los *golfines*.

Más tarde, en 1312 y para cortar abusos, el mismo monarca, después de confirmar por otra carta expedida también desde Toledo privilegios anteriores, disponía que nadie ni por nada, empleasen las fuerzas de la Santa Hermandad en servicio que no fuese la persecución de malhechores, imponiendo fuertes penas para los que se atreviesen á ponerles obstáculos en el desempeño de su cometido.

Sucede al anterior monarca, Don Alfonso XI, uno de los reyes que con mayor energía, saña y crueldad, pues así creía que era su deber, según las ideas y las doctrinas de aquellos tiempos, persiguió á toda clase de malhechores, y en el que jamás encontraron clemencia.

Apenas entrado en la adolescencia, declarado mayor de edad, recorre todo su reino para exterminarlos. Comienza por tomar á viva fuerza y arrasar el castillo de Valdenebro, guarida de bandidos de la clase noble, á los cuales hace ejecutar con inexorable rigor, y continúa después su visita castigando toda clase de delitos, rodeado de un aparato imponente. Desde Madrid expide una carta mandando procesar á todos los alcaides y señores de castillos y fortalezas, al abrigo de las cuales se cometiesen daños y robos en las comarcas inmediatas á ellas; y por último, hácia el fin de su reinado, por cartas expedidas en Soria y en Valladolid, manda á los adelantados y justicias de sus reinos, que si los alcaides y señores de las fortalezas no quisiesen entregarles los malhechores que en ella se refugiasen, que las tomen y las derriben como ejemplo y castigo, y para que otros no se atrevan á amparar y encubrir aquella escoria de la sociedad.

Este monarca dictó también varias disposiciones determinando la forma en que debían perseguirse los malhechores. Inmediatamente que era cometido un robo, la persona robaba debía presentarse á la autoridad más próxima al lugar donde se había verificado, y la autoridad con los vecinos de los pueblos y los fijo-dalgos de las villas donde el robo se había cometido, debía salir sin tardanza y sin excusa de ninguna especie en persecución de los criminales, y si conseguían su captura, justiciarlos, aplicándoles las penas que entonces estaban en su uso. Si los malhechores se encerraban en alguna villa, castillo ó casa fuerte, sus perseguidores estaban obligados á bloquear el sitio donde se hubiesen

acogido, y no volver á sus lugares hasta que les fuesen entregados los reos y los objetos robados, los cuales debían devolver á sus dueños.

Si el castillo era del rey, el alcaide ó el magnate que á nombre del mismo lo tuviese, debía entregar los objetos robados y los malhechores á los que fuesen en su persecución, ó de lo contrario, pagar lo robado y el duplo más como pena. Los hidalgos y caballeros de las villas de la hermandad que no quisiesen ir en persecución de los malvados cuando para ello fuesen llamados, en castigo debían indemnizar á la persona que había sufrido el robo.

También dicho monarca ordenó que los cuadrilleros de la hermandad diesen informes siempre que se les pidiese de las autoridades, facultándoles para embargarles los bienes si no cumplían con su deber.

Además de los grandes servicios que la Santa Hermandad prestó en este reinado persiguiendo malhechores, distinguiéronse notablemente sus ballesteros en la batalla del Salado, en el asedio de Gibraltar y en otras empresas guerreras de importancia, demostrando, como después lo ha hecho el benemérito instituto, sus inapreciables servicios en paz y en guerra.

Y damos con esto terminado el presente capítulo, pudiendo únicamente añadir como dato de organización, que sólo existe un documento en el que aparezca los efectivos de una de las tres hermandades que componían en aquella época la *Santa Hermandad Vieja*.

Es una carta expedida por Alfonso X en Madrid el 2 de noviembre de 1345, por la que se disponía que la hermandad de Talavera, la compusieran ciento veinte ballesteros, de ellos diez de caballería.

Véase después de examinar estos últimos reinados, cómo ya en el siglo catorce se vislumbra una organización casi análoga á la de nuestra actual Guardia Civil, en aquellas hermandades, las cuales tropiezan también con idénticos obstáculos en su servicio. Y es que las generaciones evolucionan pero sin cambiar determinados principios innatos en la raza y que constituyen elementos inalterables.



CAPITULO II

Desde D. Pedro I de Castilla hasta los Reyes Católicos.

Años 1350 á 1476.

Privilegios concedidos á la Santa Hermandad en el reinado de Don Pedro el Cruel.—Primer ordenamiento de policía conocido en España.—Reinado de Don Enrique II el Bastardo. Don Juan I y Don Enrique III el Doliente. —Minoría de Don Juan II. Don Fernando el de Antequera —Reinado de Enrique IV.—Advenimiento al trono de los Reyes Católicos, en cuyo reinado adquieren las Hermandades su mayor explendor y sirven para organizar los Ejércitos permanentes.

Terminamos el capítulo anterior con el reinado de Don Alfonso XI de Castilla *El Justiciero*, cuya muerte acaeció el 26 de marzo de 1350 frente á los muros de Gibraltar, plaza que estaba sitiando cuando se desarrolló en su ejército la peste, de la que falleció el monarca, terrible epidemia que fué aquellos años el azote de Europa é invasión tal vez la de más intensidad registrada por la historia, y que además de hacer espantosos estragos fué causa de innumerables crímenes. Baste decir que en Francia, creyendo el pueblo habian envenenado los judíos las fuentes y pozos, ocasionando la epidemia, los mataban y condenaban á las llamas en las que se arrojaban esposas é hijos por seguir la triste suerte de aquellos pobres y en todas ocasiones vejados híjos de Israel.

Sucedió al último Alfonso de Castilla su hijo Don Pedro, á quien los más de los historiadores conocen con el sobre nombre del *Cruel*, y los menos, por el de *Justiciero*, como su padre.

Altamente sugestivo para el historiador es este reinado. El asesinato de Doña Leonor de Guzmán favorita de su padre, cuya funesta fecundidad fué causa de constantes disturbios en el reino; el de Garcilaso de la Vega muerto á mazazos en Burgos por los secuaces de Don Pedro y arrojado su cuerpo á la calle para que lo pisoteasen los toros que aquel día se lidíaban celebrando la entrada del soberano; el de Don Pedro

Coronel, señor de Aguilar y varios caballeros de su bando; sus amores con Doña María de Padilla, su conocimiento con Doña Blanca á la que abandona inmediatamente, recluyéndola en una prisión para casarse poco después con Doña Juana de Castro y darse el caso de tener Castilla tres reinos, toda vez que al morir la Padilla manifestó haber estado con ella casado haciéndola reconocer como tal; la horrible muerte que dió á su hermano Don Fadrique; los alevosos asesinatos cometidos por orden del cruel monarca en las personas del infante Don Juan de Aragón, de sus leales servidores Don Gutierre de Toledo y de su tesorero Samuel Levi, para apoderarse de sus riquezas; la muerte que ordenó dar á su infortunada esposa Doña Blanca..... tantos y tan horribles dramas como registra la historia de este sanguinario monarca, hasta que muere cosido á puñaladas en los campos de Montiel, por mano de su hermano bastardo Don Enrique, son como ya deciamos antes, páginas harto interesantes, pero agenas completamente á nuestra narración. Prescindimos, pues, de ellas continuando con el examen de las alteraciones que van imprimiendo estos reyes á la Santa Hermandad.

Hay que reconocer fué Don Pedro á pesar de sus crueldades, amante de la justicia; y aun que se compaginen muy mal tal aseveración con los hechos de que está plagado su reinado, por lo que á la Santa Hermandad se refiere, no solo la protegió sinó que además de aumentarle sus privilegios, dictó reglas generales para perseguir y castigar los malhechores en todo el reino.



Caballero de las mesnadas concejiles.

Además de confirmar todos los derechos concedidos á esta institución por su padre, el día 12 de septiembre de 1351 dictó en las Cortes de Valladolid, una carta real concediendo insigne merced á la hermandad de Toledo.

Desde la conquista de la imperial ciudad, los ballesteros del rey establecidos ó con morada fija en ella y su término, acostumbraban cuando la necesidad lo requería, á prestar sus servicios militares en unión con el Concejo de Toledo, y por lo regular sin ausentarse de su distrito. Pero como en tiempo de Alfonso XI, á causa de las guerras que aquel insigne príncipe movió á los infieles hasta en el extremo confin meridional de España, la antigua costumbre cayó en desuso, pues los ballesteros de la Santa Hermandad to-

maron parte, por mandato del rey, en aquéllas brillantes expediciones militares, de lo cual se les seguían muchos perjuicios; los colmeneros y ballesteros de la hermandad de Toledo, mandaron su escribano y procurador Johan Ruíz, á suplicar á Don Pedro les confirmase sus privilegios, principalmente el que tenían de no dar ballesteros para expediciones lejanas, supuesto que constantemente estaban sirviendo en el Concejo de Toledo.

El rey accedió á esta petición, que bien puede llamarse exagerada, considerando los tiempos de perpétua lucha en que fué hecha, y que los ballesteros de la hermandad de Toledo constituían uno de los cuerpos colectivos más respetables de que entonces se componían los ejércitos de los reyes de Castilla.

Primer reglamento de policía conocido en España.

De estas Cortes data también, un curiosísimo documento, cuyas prescripciones pueden considerarse constituyen el primer reglamento de policía dictado en España, toda vez que por él se marcaban reglas para perseguir á los malhechores. En él se mandaba, que cuando se cometiese alguna muerte, robo ú otro crimen en alguna ciudad ó villa, los oficiales ó ministros de la justicia de aquella villa, ciudad ó lugar, prendiesen al criminal ó criminales, y les impusiesen la pena prescrita en el fuero. Que si necesitaban auxilio, lo pidiesen al concejo ó ayuntamiento del lugar donde el crimen se hubiese cometido, ó á cualesquiera persona; y si se negaban á ello, el concejo debía pagar una multa, como igualmente las personas cuyo auxilio se hubiese requerido.

Si el crimen había tenido lugar en un camino ó despoblado, la persona agraviada debía acudir á la ciudad, villa ó lugar más próximo, ó al lugar donde creyese que podía ser socorrida mejor, y exponer sus quejas al alcalde, al merino ó al alguacil, juez ó cualquiera que en aquel lugar ejerciese las funciones jurídicas, ó personas que en él se encontrasen. Los ministros de justicia ó quienes recibiesen la noticia del crimen cometido, mandarían repicar la campana, y enseguida saldrían en somatén persiguiendo los malhechores, por donde quiera que éstos huyesen; también mandarían avisos á los pueblos y lugares cercanos para que repicasen las campanas y saliesen en igual forma; lo mismo debían hacer todos aquellos pueblos donde oyesen repicar las campanas ó llegase la noticia del crimen, hasta conseguir la captura de los reos.

Si el crimen se había ejecutado en algunas de las merindades de Castilla, de León ó de Galicia, y la persona agraviada exponía sus quejas al merino mayor ó á alguno de los merinos menores, subalternos del primero, éstos debían salir en persecución de los malhechores hasta que consiguiesen aprisionarlos. Si el agraviado, antes de llegar á la ciudad ó villa, encontraba al merino, debía éste ponerse inmediatamente á perseguir al malhechor, y enviar avisos á los lugares más próximos para que repicasen las campanas y saliesen en somatén.

Si el crímen cometido era un robo y los ladrones eran aprendidos con el cuerpo del delito, el merino ó ministros de justicia de la villa ó lugar donde se hubiese verificado, debían imponerles inmediatamente la pena prescrita en el fuero; pero si no les encontraban los objetos ro-

bados ó si el crimen era un asesinato, ó una violencia, ó cualesquiera otro, entonces los reos debían ser conducidos al lugar en cuya jurisdición lo habían cometido para sufrir allí la pena marcada en el fuero.

Si los malhechores se encerraban en alguna villa ó lugar de realengo ó de otro cualquiera señorío, siendo el concejo requerido por los que iban en su persecución, estaba obligado á entregarlos sin demora, con el robo y con todo lo que llevasen, para que fuesen conducidos al lugar donde habían cometido el crímen, y allí sufriesen el castigo. Pero si no los quisiesen entregar y el lugar fuese de realengo ó abadengo, los ministros ú oficiales de justicia que fuesen demandados y se negasen á acceder á la entrega del malhechor, incurrían en la misma pena que este merecía. Si el concejo ponía obstáculos á la entrega del reo, ó no quería prestar su cooperación para que tuviese efecto, estaban obligados todos sus indivíduos á pagar al agraviado el importe del robo y á indemnizarle del daño que en su persona y bienes hubiesen recibido, á juicio del juez que entendiese en el asunto.

El agraviado debía declarar bajo juramento lo que le había sido robado y los daños que los ladrones le habían causado, y el juez, al dictar la sentencia, tendría en cuenta la persona del agraviado, su condición, pobreza y profesión ú oficio.

Si el concejo, los ministros de justicia ó los vecinos del pueblo negaban que los reos se habían encerrado en él, tenían obligación de recibir hasta diez personas, de las que iban en su persecución, y acompañarlas y auxiliarlas á hacer un escrupuloso registro por todo el pueblo; y si eran hallados los malhechores, incurrían en las penas referidas: tambien incurrían en las mismas penas si encubrían á los ladrones, ó si se negaban á franquear las puertas del lugar á sus perseguidores.

Cuando la villa ó lugar era de la jurisdición y dominio de un noble ó rico hombre, y los malhechores se refugiaban en él estando el señor, la misma obligación tenían éste y sus vasallos de entregar á los ladrones, ó de permitir que entrasen á buscarlos, pues de lo contrario incurrían en las penas citadas y tenían que satisfacer al robado el importe del robo é indemnizarle de los daños que se le hubiesen causado, reservándose el rey además imponer al señor del pueblo el castigo de que le considerase merecedor por su desobediencia.

Si los malhechores se refugiaban en algún castillo del rey, el alcalde estaba obligado á entregarlos á los que iban en su persecución, ó á franquear la entrada del castillo y ayudar á hacer un escrupuloso registro al merino y ministros de justicias que fuesen en somatén. Si los reos eran hallados, el alcaide del castillo debía dejar que se los llevaran presos; pues si se oponía, además de incurrir en las penas establecidas, se hacía acreedor al castigo que el rey tuviese á bien imponerle. Si los castillos ó casas fuertes no eran del rey, sus alcaides tambien estaban obligados á cumplir y guardar lo mismo; si así no lo hacían, incurrían en las mismas penas; y en caso de resistencia, los merinos podían proceder contra los castillos con arreglo al fuero, uso y costumbre; es decir, tomarlos á viva fuerza y derribarlos.

Los caballeros é hidalgos podían ir á estos somatenes sin incurrir en pena ninguna; ni podían ser demandados ni denostados por las muer-

tes, heridas, prisiones ó cualesquiera otro daño que causaran á los malhechores ó á los que tomaran su defensa.

Con el objeto de que en todos los pueblos hubiese gente preparada á salir en persecución de los malhechores al primer toque de campana, en el mismo ordenamiento se dictan las disposiciones siguientes: las ciudades y villas de mas vecindario, debían dar 20 hombres de á caballo y 50 de á pié; las de menos población, la cuarta parte de sus hombres de armas de á pié y de á caballo; y todos los pueblos habían de tener siempre destinada á este servicio la cuarta parte de su fuerza armada, la cual había de relevarse cada tres meses. El merino, ó el juez, ó el alguacil, ó el jurado, en fin, el ministerio de justicia que hubiese en la ciudad, villa ó lugar, tenía obligación de salir con la fuerza armada.

Si los concejos ó los oficiales no daban para este servicio la fuerza indicada, ó ésta no quería obedecer, los concejos de las ciudades y villas de mas importancia tenían que pagar una multa de mil doscientos maravedis, cantidad equivalente entonces á lo que hoy representan 2.600 reales próximamente; los pueblos medianos seiscientos, y las aldeas pequeñas sesenta. Los hombres de á caballo que designados para este servicio, no obedeciesen, incurrían en la multa de sesenta maravedis, y los de á pié en la de veinte maravedis, por cada vez, destinándose el importe de estas multas para gratificar á los del mismo concejo que hubiesen salido en persecución de los malhechores. Los oficiales y ministros de justicia que no saliesen con el somatén, debían pagar: los de las ciudades y villas mayores, seiscientos maravedis; los de las villas y lugares medianos, trescientos, y los de los lugares y aldeas pequeñas, sesenta; y todos los vecinos de los pueblos estaban facultados para delatar á los oficiales y ministros que no cumpliesen con tan importante obligación.

El importe de las multas impuestas á los concejos, se distribuía de la manera siguiente: si los lugares eran realengos, las cuatro quintas partes eran para el rey y la quinta parte restantes para el denunciador; si pertenecían á otro señorío cualesquiera, las cuatro quintas partes eran para el señor, y la quinta restante para el denunciador de la misma manera.

Además de las multas expresadas, los concejos, los oficiales y ministros de justicia y los que fuesen nombrados para el somatén, tenían que restituir lo robado á la persona agraviada, é indemnizarla de todos los perjuicios que se le hubiesen ocasionado, á juicio del juez como antes queda dicho.

Por último, para que la persecución de los malhechores fuese más eficaz, se prevenía á todos los vecinos de los pueblos, que llevasen á las faenas del campo sus lanzas y sus armas, á fin de que pudiesen unirse al somatén en cuanto oyesen la campana. La fuerza armada de las villas y lugares debía ir persiguiendo á los bandidos hasta una distancia de ocho leguas; pero si el término del pueblo era mayor, debían continuar hasta donde terminase, y dar el rastro á los del pueblo ó pueblos limítrofes, para que siguiese al somatén de pueblo en pueblo hasta conseguir la captura de los criminales.

Como puede verse por las anteriores prescripciones, este Ordena-

miento era completo y constituye, según ya digimos, unas completas ordenanzas de policía. Su importancia, y ser lo único saliente que durante el reinado de D. Pedro se registra en la historia de las Hermandades, ha hecho nos detengamos en su exposición.

Reinado de D. Enrique II el Bastardo.

El trágico y miserable fin del rey D. Pedro, muriendo á manos de su hermano bastardo el Conde de Trastamara D. Enrique (23 de marzo de 1369), puso la corona sobre las sienes del fratricida. Proclamado en Zaragoza rey de Castilla y León, pasó á Burgos y se hizo coronar en el Monasterio de las Huelgas, convocando inmediatamente cortes.

La *Santa Hermandad* había cobrado tanta fama por sus distinguidos servicios, que todos los pueblos querían obtener permiso para constituir instituciones análogas. Entre las peticiones que los Procuradores del Reino hicieron á D. Enrique en aquellas Córtes, se encuentra una suplicando se les conceda permiso para hacer hermandades y poder juntarse y salir en somatén á perseguir á los malhechores al repique de campana, prenderlos y presentarlos al juez que los había de juzgar, sin que la hermandad tuviese poder para matarlos, quejándose al mismo tiempo de que los merinos y adelantados mayores ponían de merinos menores á personas que no eran abonadas para dicho cargo, y que, ó no sabían cumplir con sus deberes ó lo que es peor aún, vendían la justicia para enriquecerse durante el tiempo que desempeñaban aquellos destinos.

Don Enrique no accedió á que se formasen hermandades; pero encargó á los adelantados y merinos mayores que los merinos menores y pertigueros que nombrasen fuesen personas competentes y abonadas, y que prestasen en las cabezas de las merindades una fianza de veinte mil maravedís cada uno, para responder á los desmanes que en sus respectivos destinos cometiesen.

No puede calificarse á este monarca de poco amante de la justicia á pesar de su primera negativa á los pueblos, siendo buena prueba de ello su ordenamiento de 1369, dado en la ciudad de Toro, por el que disponía que si cualquier hombre, de cualquiera condición, aunque fuese hidalgo, matase ó hiriera á otro en la corte ó en el rastro de ella, se le condenase á muerte, y que si sacara espada ó cuchillo para pelear, se le cortase la mano; y si cometiera hurto, robo ó violencia, sufriese la pena capital.

A pesar de tan severas medidas, los crímenes, violencias, robos y desafueros aumentaban, y no pudiendo los pueblos seguir soportando tantos males, clamaron de nuevo ante el rey les permitiese formar hermandades. D. Enrique II, comprendiendo al fin la intensidad del mal y la necesidad de aplicarle un pronto remedio, y que el más eficaz era el que pedían los pueblos, juntó cortes en Medina del Campo, principalmente para este objeto, y en el ordenamiento que hizo en ellas el día 13 de abril de 1370, dictó las siguientes disposiciones:

Que se hiciese la hermandad en todos sus reinos; que cada comarca diese dos hombres de á caballo y los necesarios de á pié para custodiar los campos y caminos; que en cada comarca hubiese un alcalde, bien

del rey ó de las ciudades, villas y lugares, que acompañase á los de la hermandad, con poder para hacer justicia en los malhechores igual al del mismo rey, si estuviese presente. Los hombres de á caballo de la hermandad debían servir por cierto número de meses, pagados por las ciudades y villas, según el número que á cada una de ellas correspondiese.

Todavía dió D. Enrique II algunas disposiciones muy notables, tanto para la persecución de malhechores como en favor de la Santa Hermandad. En el ordenamiento de los prelados que hizo en las cortes de Toro á 15 de septiembre de 1371, en contestación á la petición trece que le hicieron los príncipes de la iglesia española, mandó que si algunos malhechores ó forzadores tomaren ó forzaren bienes de las iglesias, monasterios ó personas eclesiásticas, si á los seis días de haber sido requeridos no devolviesen lo que hubieran tomado y diesen una cumplida satisfacción del agravio inferido á la iglesia, los adelantados, merinos, justicias, alcaldes ó cualesquiera persona que ejerciese funciones jurídicas, les embargasen los bienes y los vendiesen hasta cubrir el importe del duplo de lo que hubiesen tomado, lo cual se había de repartir de la manera siguiente: la tercera parte para el rey; otra tercera parte para la obra de la catedral del obispado donde el robo hubiese tenido lugar, y la otra tercera parte para el adelantado, merino, juez, oficial ó ballestero que hiciese la entrega.

Reinados de Don Juan I y Don Enrique III.

Al morir Don Enrique II el Bastardo, en Santo Domingo de la Calzada, de muerte natural, según la mayoría de los historiadores ó como consecuencia de un sutilísimo veneno de que se hallaban impregnados unos borceguíes que le había regalado el Emir Mohamed de Granada, según los cronistas árabes afirman, dejó tres hijos légítimos, dos hembras y un varón, amén de trece bastardos, sucediéndole el varón legítimo conocido en la cronología de los reyes de Castilla con el nombre de Don Juan I.

Durante los tres años que constituye el breve reinado de este monarca, tuvieron lugar acontecimientos muy notables, como la desastrosa guerra entre los reyes de Castilla y Portugal, sobre mejor derecho á la corona. Este monarca, lo mismo que sus predecesores, continuó atendiendo y mejorando la policía del reino. En el ordenamiento que hizo en las Cortes de Burgos el día 10 de agosto de 1379, primer año de su reinado, confirmó las hermandades que además de la Santa Hermandad había ya en varios puntos, y mandó que siguiesen de la misma manera que la habia dejado ordenado su padre D. Enrique.

A la edad de 32 años murió D. Juan I, desgraciadamente, de la caida de un caballo, el día 9 de octubre de 1390, en las inmediaciones de Alcalá de Henares, dejando por sucesor en sus reinos á su hijo D. Enrique III, conocido en la historia por el *Doliente*, á causa de su naturaleza enfermiza. Este monarca, en cuyo cuerpo, debilitado por la dolencia que en la temprana edad de 27 años le llevó al sepulcro, se encerraba un alma grande dotada de singular energía, confirmó á las hermandades en sus privilegios y jurisdicción, si bien á los ballesteros de la de Toledo quitó el que les había concedido Don Pedro I de Castilla, de no hacer servicio lejos del término de dicha ciudad.

Minoría de D. Juan II. Don Fernando el de Antequera.

Al morir Don Enrique heredó el trono de Castilla su hijo Juan que aun no contaba dos años de edad, siendo nombrados tutores y gobernadores del reino durante la minoría, su madre Doña Catalina y su tío el infante Don Fernando.

Príncipe éste dotado de relevantes prendas, al que por sus virtudes fué designado en el célebre *Compromiso de Caspe* para ceñir la corona de Aragán, dictó mientras estuvo encargado de la regencia de Castilla por la menor edad de su sobrino, diferentes disposiciones encaminadas á garantir el funcionamiento de la Santa Hermandad. Demuestran las ámplias facultades que en su época alcanzaron los cuadrilleros de la misma, diferentes acuerdos concedidos.

Por uno de ellos se les autorizaba para andar por los montes y tomar las medidas que considerasen más oportunas para la mejor custodia de ellos, disponiendo que si prendiesen á algún malhechor, diesen cuenta á su respectivo alcalde; y si éste no quería ó no podía ir á sustanciar la causa, que la sustanciasen los cuadrilleros, y matasen al malhechor si merecía pena de muerte: que los objetos robados que le encontraran los guardasen para devolverlos á sus dueños; y si no lo hacían, debían pagar á la hermandad la cantidad de maravedises que les fuere impuesta.

Estos acuerdos y otros muchos de prolija enumeración arrojan mucha luz acerca de la constitución de la Santa Hermandad. Esta corporación era la única de su clase en el reino, que poseia privilegios tan singulares y tan ámplios; no pudiendo menos de llenarnos de asombro que á fin del siglo XIV, y sin otras facultades jurisdiccionales que las que habia adquirido por la fuerza de la costumbre, dispusiese de la vida y servicio de los hombres que caían bajo su férulas, de una manera casi despótica y con inaudita rudeza, hasta el extremo de autorizar á un mero y tosco cuadrillero de los montes para que por sí y ante sí, y en sumario proceso, condenase á muerte y ejecutase á los malhechores; es decir, para que á un tiempo fuese perseguidor, juez y verdugo del delincuente; privilegios y modo de proceder que necesariamente habían de dar lugar á desmanes é injusticias, y á provocar los celos y la envidia de los poderosos.

Confidencias y extradición de criminales.

Aparecen también por primera vez durante la minoría de Don Juan II, dos privilegios dignos de ser mencionados.

Por una carta que el tutor de dicho monarca Don Fernando el de Antequera dictó en Yébenes, se ordenaba que los cuadrilleros de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, tuviesen siempre á su disposición, ciertas cantidades para confidencias, espías y demás gastos que suele ocasionar la persecución de los bandidos, de las cuales debían dar minuciosa cuenta al tesorero de la hermandad; recurso de que en el dia carece la Guardia Civil.

Doña Catalina de Alencastre, madre y tutora del mismo príncipe, confirmó el año 1417, los derechos de la referida hermandad, facultando á sus indivíduos para extraer á los criminales de todas las villas y lugares, inclusos los de Señorío.

También en el reinado de Don Juan II, las hermandades dieron gallarda muestra de su adhesión al monarca. Sitiado éste, como consecuencia de las rivalidades entre sus grandes, que ansiosos de dominarle no perdonaban ocasión ni medio, en el castillo de Montalban, donde lo redujeron á mantenerse él y sus parciales con la carne de sus caballos, las hermandades acudieron en su socorro contribuyendo con su presencia á libertarlo. El rey agradeció mucho este auxilio, y entre las mercedes que les concedió, á Villa-Real dió el título de Ciudad á petición de los indivíduos de la Santa Hermandad de dicha población.

Nada más, digno de mención, por lo que á las hermandades se refiere registra la historia de este monarca, juguete de los celos y envidias de sus favoritos, entre los que se cuenta el célebre condestable Don Alvaro de Luna, degollado en Valladolid públicamente en un patíbulo, después de ejercer por más de treinta años la mayor privanza de que ofrecen ejemplo las monarquías, cayendo desde la cumbre del favor al tablado de un cadalso. ¡Tremenda lección de la inestabilidad de las cosas humanas!....

El 21 de julio de 1454 muere Don Juan II, de cuyo carácter él mismo hizo fidelísimo retrato con las frases que horas antes de fallecer dirigió á su médico de cámara: "Bachiller Cibdad-Real, si hubiese nacido yo hijo de un mecánico, habría sido fraile del Abrojo y no rey de Castilla....„

Reinado de Enrique IV el Impotente.

Sucedió á este monarca en el reino de Castilla. Don Enrique IV conocido en la historia por el ignominioso epíteto del *Impotente*. Abandonada su educación, enervadas sus facultades intelectuales á consecuencia de extravíos juveniles, contrajo tal debilidad de carácter, que fué juguete de los grandes de su reino y objeto de los desacatos más grandes que se han hecho á la majestad real.

Casado con Doña Blanca de Navarra, obtuvo de la Santa Sedé que declarara nulo este matrimonio por falta de sucesión, y contrajo otro nuevo con Doña Juana de Portugal, que dió pronto á luz una hija, á la que los nobles descontentos dieron el nombre de Beltraneja, por suponerla hija del favorito de la reina Don Beltrán de la Cueva. Enrique IV la hizo jurar heredera del trono, pero una parte de la nobleza se negó á reconocerla por considerarla hija ilegítima del rey, y conjurados se apoderaron del hermano del monarca el infante Don Alfonso, celebrando una ceremonia que constituye el desacato más inaudito cometido contra un monarca y en la que proclamaron rey de Castilla al citado infante Don Alfonso.

En una espaciosa llanura que hay cerca de la ciudad de Avila, levantaron los conjurados un tablado de suficiente elevación para que pudiera verse desde todos los alrededores. Sobre el tablado colocaron un trono, y sentada en él la efigie de D. Enrique vestida de luto, con sus vestiduras é insignias reales, espada, cetro y corona. En seguida leyeron un manifiesto en el que se pintaba con los colores más vivos la conducta tiránica del monarca, su ineptitud para reinar y las facultades que tenían para deponerlo, aduciendo en prueba de la legalidad de semejante determinación, diferentes ejemplos tomados de la historia de

nuestra patria. Acto contínuo el arzobispo de Toledo le quitó la corona de la cabeza, declarando que merecía perder la dignidad real. El conde de Plasencia le quitó el estoque, diciendo que merecía perder la administración de justicia. El conde de Benavente le quitó el bastón que tenía en la mano, declarando que merecía perder el gobierno del reino, y por último, Don Diego López de Stúñiga le derribó con ignominia del trono, declarando que merecía perder el trono y la reverencia real. Después sentaron en el trono al príncipe Don Alfonso, y los grandes allí reunidos, fueron besándole la mano uno á uno en señal de pleito-homenage; las trompetas anunciaron que la ceremonia estaba terminada y la plebe aclamó con alegría el advenimiento del nuevo soberano.

Las hermandades de Castilla se levantaron á favor del rey legítimo Don Fernando IV, arrasando multitud de castillos pertenecientes á los magnates rebeldes, y durante tres años fué el país objeto de constantes luchas, hasta que muerto el infante Don Alfonso, los nobles descontentos ofrecieron la corona á Doña Isabel, que no quiso aceptarla mientras viviese su hermano D. Enrique.

Tal acuerdo hizo cesar las discordias de momento; D. Enrique declaró heredera á su hermana, y á su muerte, después de interesantísimos episodios históricos ajenos á nuestro objetivo, suben al trono Doña Isabel de Castilla y D. Fernando de Aragón, á los que la historia conoce por los *Reyes Católicos*, en cuyo reinado se realiza la unidad nacional, son expulsados los árabes de su último báluarte en España, y descúbrese un Nuevo Mundo.

Y como bajo el cetro de los Reyes Católicos las hermandades sufren la principal y más trascendental transformación, pasamos á otro capítulo para ver cómo esas instituciones populares, organizadas y puestas en acción por las vigorosas iniciativas de los *Reyes Católicos*, llevaron á cabo la total destrucción del feudalismo, limpiaron los caminos de malhechores, y además de hacer respetar las grandes reformas introducidas en la gobernación del reino, sirvieron de base á la organización de los ejércitos permanentes.

CAPITULO III

Los Reyes Católicos.

Años 1474 á 1504.

Ligera ojeada histórica de su reinado.—Reorganización de la Santa Hermandad por estos monarcas.—Ordenamiento de Madrigal por virtud del cual se establece la Santa Hermandad Nueva de Castilla y León. Sus capítulos.—Juntas de Cigales y Dueñas.—Junta general de Santa María de Nieva y primera revista á la fuerza.—Consejo ó Junta Suprema de la Hermandad y su primer Capitán general.

Mediaba el siglo XV; Castilla andaba revuelta en turbaciones; Navarra era teatro de sangrientas lides; Granada seguía bajo el dominio de los árabes; y era palenque de constantes hechos la corona de Aragón. Reinaba la discordia por todas partes, todo parecía desquiciarse y hundirse, todo disgregarse. En vez de marchar hacia la unidad que es la vida, todo iba aceleradamente á la separación, á la muerte.

En Castilla, varios caballeros obligan al débil rey Enrique IV, proclame y jure heredera de la corona á su hermana Doña Isabel, despojando de sus derechos á su hija Doña Juana la *Beltraneja*; en Aragón, nueve hombres que erigidos en tribunal por voto de los pueblos congregados despojaron al conde Jaime de Urgel, llevan con este acto de soberanía popular la corona á las sienes de Don Fernando. De estas dos ilegitimidades en buena hora creadas mediante irreflexivo acto de los pueblos, surge la unidad española, que tan felizmente finalizan aquellos dos esclarecidos monarcas conocidos por los *Reyes Católicos*.

Ojeada histórica sobre el reinado de los Reyes Católicos.

El casamiento de Don Fernando de Aragón y de Doña Isabel de Castilla, es toda una novela llena de dramáticos incidentes.

Disfrazado de mercader, sirviendo como criado á sus acompañantes, así atravesó Castilla Don Fernando para burlar la vigilancia del rey Don Enrique IV y de sus privados, que á toda costa querian impedir su matrimonio con Doña Isabel, por ellos destinada á otro enlace.

BIBLIOTECA PÚBLICA

No sin correr peligros, siendo héroe de singulares aventuras y expuesto á perder su vida á las puertas del castillo de Treviño, por arrojársele desde el adarve, una enorme piedra, llega Don Fernando á Valladolid, é introducido secretamente en el aposento de Doña Isabel, es presentado sencilla y llanamente á su futura por Gutierre de Cárdenas, con las palabras: *Ese es, ése.*

Celebrado el matrimonio con gran pompa, el hermano de Doña Isabel, Enrique IV, que como hemos dicho la había proclamado heredera de Castilla desheredando á su hija Doña Juana, revoca lo hecho, para volver otra vez tiempo después á inclinarse por su hermana, siguiendo en estas vacilaciones, según pesaba más ó menos en su ánimo la influencia de su privado el marqués de Villena, hasta que muere sin proveer el asunto de la sucesión.

Muerto Enrique IV, la masa principal de la nobleza y el clero, contando con la opinión del pueblo favorable á Doña Isabel, levantan pendones en Segovia, y entre fiestas y júbilo indescristibles, son proclamados Don Fernando y Doña Isabel reyes de Castilla.

Borrascosos fueron los primeros instantes de su reinado. Los marqueses de Villena y Cádiz, el duque de Arévalo, el maestre de Calatrava, el poderosísimo arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, entre otros, tomaron partido por la *Beltraneja*, disputando la corona á los jóvenes monarcas.

La coalición encuentra poderoso auxiliar en el rey de Portugal Don Alfonso, pero Castilla hace un poderoso esfuerzo, y después de haberse desafiado por carteles Don Alfonso y Don Fernando, duelo que debía efectuarse en palenque cerrado á la usanza de la época y que no llegó á realizarse, tiene lugar la batalla de Toro en la que entrambos monarcas luchan gallardamente al frente de sus huestes, quedando la victoria por Don Fernando. Sométense á los reyes de Castilla muchos de aquellos nobles revoltosos; el rey de Portugal, abandona de desastre en desastre Castilla, y la infeliz *Beltraneja* se refugia en el claustro. Casi pacificada Castilla y muerto el rey de Aragón, padre de Don Fernando, le sucede éste, uniéndose en Doña Isabel y Don Fernando las dos coronas.

Ocúpanse ambos monarcas en allegar voluntades, abatir soberbias, castigar rebeldías y delitos, enaltecer la justicia, corregir abusos, reivindicar derechos levantando el principio de la autoridad real contra las osadías de una nobleza rebelde, en una palabra, constituyendo el periodo histórico más hermoso donde solo aparecen los sombríos perfiles de la Inquisición y la expulsión de los judíos.

Pero á cambio de esto, ¡qué tonalidades más esplendentes! La epopeya que constituye la guerra de Granada, llena de combates, algaradas, derrotas y victorias hasta que Boabdil abandona el último baluarte que la morisma tenía en España; el descubrimiento del Nuevo Mundo por el insigne genovés Cristobal Colón.....

Todo en el reinado de aquellos insignes monarcas es luz; aguafuertes sus páginas; pero de él solo podemos ahondar en cuanto se refiere al resurgimiento de las hermandades que con el título de *Hermandad Nueva*, adquiere vida vigorosa constituyendo poderosísima institución, base de los actuales ejércitos permanentes.



Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel.

Reorganización de la Santa Hermandad por los Reyes Católicos.

Hemos hecho ligerísimo apuntamiento del reinado de Don Fernando y Doña Isabel. Borrascoso en sus comienzos harto hicieron con atender á terminar la desastrosa guerra de sucesión con el rey de Portugal, pero ésta, y los gérmenes de anteriores reinados, tenían á la sociedad completamente desmoralizada y sin sombra alguna de gobierno. La Santa Hermandad vieja de Castilla y Leon estaba virtualmente disuelta, y quienes hombres de guerra no eran, á merced de todas las tiranías y vejaciones, hasta el extremo, de que un cronista de la época dice "que los ciudadanos industriosos y los ladrones, querían contribuir con la mitad de sus bienes por tener en seguridad su persona y familia, pues no eran señores de lo suyo, ni tenían recurso que oponer contra los robos, fuerzas y otros males que padecían de los alcaides de las fortalezas criminales y ladrones.„

Coincidieron con el natural deseo que los Reyes Católicos tenían de poner fin á un estado tan anormal de cosas, las excitaciones de varios pueblos, para que se organizasen poderosamente las hermandades, pero en forma tal, que no corriesen igual suerte que los anteriores y estirpasen de una vez los males que á la sociedad afligían.

Llegó este deseo de los pueblos á noticia de Don Alfonso de Quintanilla, caballero asturiano, contador mayor del reino y persona que los reyes tenían en gran aprecio por sus talentos y virtud, y del provisor de Villafranca de Montes de Oca, primer sacristán del rey. D. Juan de Ortega. Conferenciaron dichos señores con los Reyes Católicos exponiéndoles los males que asolaban al reino y el deseo de los pueblos, siendo acojida con gran estusiasmo por Don Fernando y Doña Isabel la idea de reorganizar la Santa Hermandad, confiando inmediatamente á los citados señores la realización del proyecto.

Conferenciaron éstos con las personas mas influyentes de las principales poblaciones del reino, exponiéndoles los grandes males que se sufrían, y los cuales irían en aumento si no se ponía un rápido y eficaz remedio. Realizáronse diferentes juntas en los respectivos pueblos y al fin, no sin vencer grandes dificultades, acordóse enviar procuradores de aquellos á la villa de Dueñas para tratar de asunto tan importante.

Reuniéronse los procuradores convocados bajo la presidencia de Don Alfonso de Quintanilla y Don Juan de Ortega (marzo de 1476) y como siempre acontece, los diversos intereses que jugaban en lo que á tratarse iba estuvieron á punto de impedir la reorganización de institución tan beneficiosa. Afortunadamente Don Alfonso de Quintanilla, lleno de fé y entusiasmo por la idea, arrastró con su elocuencia á los procuradores, venciendo la oposición que no pocos de los allí congregados presentaban, acordándose al fin por unanimidad, solicitar de los reyes en las Cortes que iban á celebrarse en Madrigal, dispusieran la reorganización de la Santa Hermandad.

Conviene decir, como aclaración, que las Cortes de la edad media tenían funcionamiento muy distinto de los actuales. Cuando los reyes de Castilla las convocaban por que conviniera á los negocios del reino escucharlas, reuníanse los procuradores de las ciudades y villas que te-

nían voto en Cortes en los puntos de residencia de los monarcas; allí discutían las cuestiones para que habían sido llamados, formando un cuaderno de peticiones que presentaban después al rey, el cual, poniendo



Sello y firma de D. Fernando el Católico.



Sello y firma de D.ª Isabel la Católica.

al pié de cada petición su aprobación ó censura, las aprobaba, modificaba ó desechaba, oyendo á su consejo, y después se promulgaban como leyes del reino con el nombre de Ordenamientos.

Ordenamiento de Madrigal.

Teniendo como fin principal lo expuesto, se reunieron Cortes en Madrigal el mes de abril de 1476. La primera petición que los procuradores hicieron á los reyes fué que se formasen hermandades, siendo notable el preámbulo que acompañaba á las ordenanzas presentadas para la aprobación de los monarcas católicos, por pintar con gran exactitud el estado de la nación. Decía así: "Muy excelentes "señores. A V. A. es notorio cuantos robos, é salteamientos se hacen "é se cometen cada día en estos nuestros reinos en los caminos é yer- "mos de ellos desde el tiempo que vuestra Real Señoría reina. A lo cual "ha dado causa la entrada de vuestro adversario de Portugal en estos "vuestros Reinos, y el favor que algunos caballeros vuestros, rebeldes é "desleales, é enemigos de la Patria le han dado. Cuyas gentes poniéndose en guarnición hacen é cometen de cada día los dichos delitos, é "otros grandes insultos y maleficios; é como quiera que somos ciertos "que V. A. desea poner remedio en esto, é punir los malhechores; pero "vemos que la guerra en que estáis metidos, é las necesidades que vos "ocurren de proveer á los fechos de ellos, no vos dan lugar á ello, y "porque vemos que vuestros Reinos con las tales cosas son maltratados

"avimos pensado en el remedio desto. E avimos suplicado á vuestra Al-"teza que lo mandare proveer, é vuestra Real Señoría mandó á los de "vuestro real consejo que platicasen con nosotros sobre la forma que se "devía tener en remediar aquesto, á lo menos mientras duraban los di-"chos movimientos é guerras en estos Reinos, porque entre tanto la gen-"te pacífica oviese seguridad para tratar é buscar su vida é no fuesen así "damnificados é robados; é entre los remedios que para esto se han pen-"sado, paresciono ser el más cierto é más sin costa vuestra que para en-"tretanto se ficiesen Hermandades en todos vuestros reinos é cada cib-"dad é villa con sus tierras entre sí, é las unas con las otras, é después "unas partidas con otras en cierta forma, y de la cual vuestra Alteza "mandó facer sus ordenanzas. Por ende suplicamos las mande dar por "ley en todos vuestros Reinos para que hayan mejor fuerza é vigor.„

A este notable preámbulo que no hemos podido resistirnos á transcribir, seguían las ordenanzas compuestas de once capítulos en los que se marcaban el funcionamiento, atribuciones y finalidad de la institución que se creaba con el título de *Hermandad Nueva*, para diferenciarla de las anteriores y especialmente de la *Vieja* de Toledo, Ciudad-Real y Talavera que en capítulos anteriores hemos examinado.

Capítulos del Ordenamiento de Madrigal.

Las referidas ordenanzas que fueron mandadas observar en todo el reino de Castilla inmediatamente, apenas esbozaban el plan concebido por los Reyes Católicos al aceptar la idea de sus consejeros Quintanilla y Ortega de restablecer la Santa Hermandad; pero ponen de manifiesto el gran sentido político de aquéllos monarcas, y su prudencia. Con ellas lo que se hizo, fué, sondear la opinión para acometer la empresa con mayor vuelo, poniendo en práctica el axiomático principio de que despacio se va lejos.

En dichas ordenanzas exigíase á los pueblos que en el término de treinta días se constituyesen en hermandad; que las cabezas de partido después de haber formado la hermandad correspondiente á su distrito, se juntasen para formar así una sola hermandad en la provincia, y estos unidos constituyesen la del reino. Y véase cómo la actual organización de la Guardia civil, con sus puestos, líneas, compañías, comandancias y tercios, cuya agrupación constituye el Instituto, tienen completa semejanza á la hermandad cuyo estudio nos ocupa, semejanza que aumenta, como veremos mas adelante, al señalar los servicios que le estaban encomendados.

Por otros capítulos de estas ordenanzas se determinaba cuál era el objeto de la hermandad y los hechos que debía perseguir, juzgar y castigar, señalando de una manera clara y terminante los casos en que debía intervenir, siendo éstos los crímenes y delitos contra la propiedad y seguridad individual perpetrados en caminos y despoblados; se obligaba bajo severísimas penas á los señores, alcaides y autoridades á franquear las puertas de las ciudades, fortalezas y jurisdicciones, á las justicias de la hermandad; se disponía que los pueblos nombrasen cada uno dos alcaldes de hermandad, uno de la clase de caballeros y otro del estado de ciudadanos; mandábase por ellos que cuando los vendedores exigiesen precios excesivos á los caminantes, los tomasen por su propia

autoridad, dando lo que fuere razón á sus dueños ó cualquier otra persona si aquellos no lo querían tomar; disponíase la forma en que debía perseguirse á los malhechores y administrar justicia; ordenábase que los condenados á muerte la sufriesen públicamente en el campo, como se acostumbraba en tiempo de las antiguas hermandades; es decir, poniendo al reo en un palo derecho que no tuviese forma de cruz, con una estaca enmedio y un madero á los pies, en cuya disposición tirábanle saetas hasta que espiraba; por último se disponía la constitución de arcas de la hermandad ó cajas, para los gastos de la misma, cuyos fondos debían recaudarse por arbitrios, repartimientos ó en la forma que menos gravosa fuese á los pueblos.

Esto último y el no fijar la fuerza que debían constituir las hermandades fué medida prudentísima que los Reyes Católicos tomaron, pues el temor á los impuestos si se hubiesen señalado y la oposición de la nobleza contra los efectivos, de conocerlos, habrían hecho fracasar el proyecto en sus principios.

Juntas de Cigales y Dueñas.

El anterior ordenamiento, hecho ley en las cortes de Madrigal, fué bien acojido por los pueblos, y comprendiendo Don Fernando y Doña Isabel que el paso mas difícil estaba dado, hicieron que se volvieran á reunir los procuradores del reino en Cigales (junio de 1476) para que bajo la dirección de los consejeros Quintanilla y Ortega redactasen un nuevo cuaderno de leyes ampliatorias de las citadas ordenanzas, y que en realidad fueron únicamente encaminadas á fijar el efectivo de la hermandad. ¡Habilísima maniobra, repetimos, de los Reyes Católicos!

En ellas se dispuso que todas las ciudades, villas y lugares del reino de Castilla estaban obligados á tener para el servicio de la hermandad, un ginete por cada cien vecinos y un hombre de armas por cada ciento cincuenta, costeándose los pueblos dichos hombres, que debían estar vestidos y equipados y á disposición de la hermandad por todo el tiempo que preciso fuere.

Dictadas estas leyes, se celebró junta general en la villa de Dueñas (1 de agosto del mismo año) y en ella se redactaron las ordenanzas completas de la Santa Hermandad Nueva, y que por no hacer mas pesado ya este capítulo omitimos. Baste decir que eran detallada ampliación de las anteriores en las que se fijaban detenidamente los casos de hermandad ó sea delitos y crímenes en que ésta debía intervenir; se marcaron por orden progresivo las diferentes penas á que serían condenados los malhechores, según su delito y el valor robado, empezando por el destierro, azotes y pago del doble del daño á la parte y concluyendo por cortarles el pié y por la muerte á saetazos en la forma ya dicha, aunque por mandato expreso de la reina, se dispuso, que antes de sufrirla recibiesen los sacramentos para que muriesen como cristianos, así como mas adelante en tiempo del Emperador Carlos V se dispuso fuesen ahogados antes de tirarles las flechas; se fijaron los uniformes y armas que debían llevar las tropas de la hermandad y por último se disponía que la institución creada duraría dos años, á no ser que los pueblos quisieren, pasado ese plazo, continuarla.

Junta de Santa María de Nieva.

El día 1 de noviembre siguiente se verificó junta general en Santa María de Nieva y en ella fueron redactadas las ordenanzas definitivas de la hermandad, dando feliz término á la obra iniciada en Madrigal, continuada en Cigales y Dueñas, quedando en virtud de ella completamente reorganizada la institución, funcionando como fuerza pública, no solo para reprimir los desmanes de los delincuentes, si no también cual poderoso auxiliar de los reyes, constituyendo fuerzas independientes de la voluntad de los grandes y de los concejos, que sirvieron en el transcurso del tiempo para hacer desaparecer las tropas colecticias de las mesnadas y órdenes militares y siendo la base de los ejércitos permanentes sujetos exclusivamente á la voluntad del poder ejecutivo.

Se constituyó, al propio tiempo, en tribunal de justicia inapelable, y ésto que si en principio fué necesario y de resultados excelentes, germinó por la humana condición para llevar institución tan poderosa al descrédito y odiosidad más grandes.

Primera revista á los efectivos de la Hermandad.

Omitimos las curiosas consideraciones que pudieran sugerirnos un exámen comparativo entre dicha hermandad y la actual institución de la Guardia Civil, tan semejantes en finalidad y organización, pero al propio tiempo tan diferentes en determinados é importantísimos extremos, que fueron como hemos dicho el germen destructor de aquélla. Solo diremos que el benemérito instituto ha tenido vida propia, cada día más próspera y feliz, gracias á la exclusión en ser juez, parte y ejecutor, limitando su acción á poner en manos de la justicia, para que ésta imparcialmente juzgue quien por sus hechos se haga acreedor á ello. Y perdónese esta pequeña digresión que el cronista hace, hija de su disconformidad con muchos de los que tal materia han tratado queriendo identificar completamente ambas instituciones, para ligar sus historias en busca de una mayor antigüedad en el abolengo.

Reuniose como hemos dicho en Santa María de Nieva la junta general de la hermandad, presentándose toda la fuerza de caballería, hombres de armas y ginetes, ó sea caballería pesada y ligera de los pueblos que hasta entonces habían entrado en la hermandad. Esta fuerza constaba, según refiere el cronista Pulgar, de 2.000 caballos que se dividieron en ocho capitanías, tantas cuantas eran las provincias de los reinos de Castilla y León, capitanías que no tenían igual número de fuerza, dependiendo ésta de la importancia de la provincia en que debían operar.

Consejo ó Junta Suprema y primer Capitán general de las tropas

En la referida reunión de Santa María se nombró una junta suprema compuesta de un obispo presidente y un diputado por cada provincia, que debían acompañar á la corte, y teniendo jurisdicción plena constituían un consejo de gobierno y tribunal superior de la institución. El cargo de presidente recayó en Don Lope de Rivas obispo de Cartágena, y siendo encargados de la gestión económica de la institución y guardadores de

sus fondos, los ya citados Don Alonso de Quintanilla y Don Juan Ortega, á quienes como hemos visto se debió la reorganización de ella.

Quedaba el puesto más importante de la nueva institución, el de jefe supremo de las tropas. Fué nombrado Capitán general de ellas Don Alfonso de Aragón, primer duque de Villahermosa, hermano bastardo del rey Don Fernando el Católico, uno de los capitanes más habilísimos de su tiempo, experimentado en largas campañas y gloriosos hechos de armas y del que Gonzalo de Oviedo dice "era un espejo de la militar disciplina en su tiempo, no habiendo á su servicio hombre que indignamente ciñese espada.„

Resistencia á entrar en la Hermandad.

A pesar de la prudencia y tino que dominó en la reorganización de la Santa Hermandad y de las ventajas que para los pueblos significaba, muchas comarcas se negaron obstinadamente á formar parte de ella.

Los lugares y tierras de señoríos fueron los primeros por impedírselo sus señores, que no podían ver con buenos ojos aquel poder que á sus desmanes había de oponerse. Requerido el condestable de Castilla Don Pedro Fernández, uno de los nobles que más vasallos tenía, manifestó que no sólo procuraría que sus tierras entrasen en ella, sino que los obligaría á que lo hiciesen. Tal decisión fué causa de que el resto de la nobleza hiciese lo propio.



El Duque de Villahermosa, primer Capitán general de la Santa Hermandad Nueva.

También la provincia de Toledo fué la que más remisa anduvo en entrar en la Hermandad Nueva, por que hallándose perfectamente con la *Vieja* temía fuese absorvida ésta por aquélla y desapareciesen los privilegios que disfrutaban. El cabildo toledano dió sin embargo ejemplo, y después de una excitación dirigida por los reyes á los pueblos de la comarca, entraron éstos por fin en la Nueva Hermandad contribuyendo con hombres y recursos.

Ordenanzas de Torrelaguna que rigieron hasta la extinción de la Hermandad.

Celebráronse en años sucesivos á 1476 diferentes juntas en las que fueron infinitas las reformas introducidas, llegándose en materia de legislación á una confusión tan grande, que los reyes dispusieron se reuniese la junta general de la Hermandad en Torrelaguna (diciembre de 1485). Allí quedaron derogadas todas las disposiciones anteriores, promulgándose

otras nuevas que con el título de *Cuaderno de leyes nuevas de la Hermandad* rigió hasta su completa extinción.

En ellas, introduciendo ligeras modificaciones, á las que en extracto hemos examinado anteriormente, quedaron precavidos todos los defectos puestos de relieve en los diez años que de vida llevaba ya la institución, y por su virtud restablecido el principio de autoridad en todo el reino y devuelta paz y tranquilidad en los campos y poblados de donde había huído, como veremos, en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV

Continuación del reinado de los Reyes Católicos.

Servicios en el orden civil de la Santa Hermandad.—Servicios militares.—Detalles de organización.—Surgen los ejércitos permanentes y comienza el decaimiento de la Santa Hermandad.—Hermandades en Navarra.

Védannos exigencias de espacio, ocuparnos con la extensión que merecen los grandes servicios que persiguiendo malhechores prestaron al país las capitanías de la Santa Hermandad, y en el orden militar á los reyes en sus empresas guerreras. Pero aunque solo sea sucintamente, forzoso es hacerlo.

La Santa Hermandad como institución de seguridad pública, era un organismo mixto, militar y civil; su organización participó de los dos elementos estrechamente unidos y enlazados. Presidida en la parte militar por el Capitán general de ella, y en el gobierno, por el tribunal superior, su mando estaba unificado, pues estos dos poderes marchaban de común acuerdo y recibiendo las inspiraciones de los monarcas; en las provincias iban unidas también las funciones de los capitanes ó jefes de las capitanías, con los jueces ejecutores superiores de ellas; en las cabezas de partido los oficiales subalternos con los alcaldes de hermandad, facultados para terminar procesos y dictar sentencias; y en todos los demás pueblos, los cuadrilleros con los alcaldes subalternos. Todos ligados por los mismos intereses, obedeciendo á un perfecto engranage en sus respectivos funcionacimientos, y contando con el constante y decidido apoyo que le daban los Reyes Católicos, nada tiene de extraño que la Santa Hermandad Nueva de los reinos de Castilla y León, adquiriese muy pronto un prestigio y una fuerza moral inmensa. Gracias á este sincronismo de funciones, se consiguieron en tan corto espacio los resultados asombrosos que obtuvo. Las capitanías de la Santa Hermandad por sí solas, á pesar del esmero con que fué elegido su personal, sin la felíz unión con aquellos tribunales especiales para el crimen

que con ellos formaban un solo cuerpo, no se hubiese conseguido pacificar el país y exterminar el inmenso número de ladrones y criminales que lo infectaban.

"No había—relatan los cronistas de aquel tiempo—quien sin peligro de la vida poseyese bienes, y á tal estado se había llegado, que la gente atemorizada, refugiábase en las ciudades, no estando los caminos asegurados sinó para contadas personas.„

Las eficacísimas medidas tomadas por los Reyes Católicos, los servicios de la Santa Hermandad y la rectitud y severidad de su justicia cambiaron rápidamente la escena.

El cronista Pulgar en su Crónica sobre dichos reyes, dice á este propósito:

"En todos sus reinos poco antes había homes robadores é criminosos que tenían diabólicas osadías, é sin temor de justicia cometían crímenes é feos delitos. E luego en pocos días supitamente se imprimió á los corazones de todos tan gran miedo, que ninguno osaba sacar armas contra otro, ninguno osaba cometer fuerza, ninguno decía mala palabra ni descortés; todos se amansaron é pacificaron, todos estaban sometidos á la justicia é todos la tomaban por su defensa. Y el caballero y el escudero que poco antes con soberbia sojuzgaban al labrador é al oficial, se sometían á la razón é no osaban enojar á ninguno....„

Servicios militares de la Santa Hermandad.

Si grande fué la obra realizada por esta institución limpiando el país de gente maleante, no fueron menores los servicios que sus capitanías prestaron, como hemos dicho, á los monarcas en sus empresas.

Después de la batalla de Toro, donde según dijimos en el capítulo anterior fué derrotado el rey de Portugal, éste hízose fuerte en la ciudad del mismo nombre, guarneciéndola, como igualmente la villa de Cantalapiedra y otros pueblos inmediatos. Inmediatamente que quedó organizada la Santa Hermandad, el rey Don Fernando hizo que dichas fuerzas al mando de su hermano y Capitán general de aquella, el duque de Villahermosa, sitiasen las villas de Castronuño, Cubillos, Sieteiglesias y Cantalapiedra.

Hecho esto, Don Fernando después de socorrer á Fuenterrabía cercada por los franceses, solo con algunas fuerzas de la Santa Hermandad, se dirigió á las provincias vascongadas, en donde castigó muchos criminales y ladrones, haciendo derribar numerosos castillos y casas fuertes que en inexpugnables madrigueras estaban convertidas hacía largo tiempo.

Entretanto la reina Doña Isabel intentaba apoderarse de Toro, que en poder de los portugueses se hallaba como hemos dicho, pero frustrados los ataques, envía cinco capitanías de la hermandad contra esta plaza, y después de estrecho cerco, uno de ellos al mando de su jefe Don Pedro de Velasco, entra por sorpresa, consiguiendo que el pendón de Castilla tremole en sus muros.

Conseguido ésto, tratóse en un Consejo celebrado en Medina del Campo, de lo conveniente que era para la pacificación del reino apoderarse de las otras plazas antes citadas, y de la de Castronuño sobre todo.

Era alcaide de esta plaza un tal Pedro de Mendaña, hijo de modestí-

simo menestral de un pueblo de Salamanca. Osado y de perversas condiciones, había sido designado para este cargo por el prior de la orden de San Juan, y al ocurrir el levantamiento de los nobles contra Enrique IV, de que nos hemos ocupado anteriormente, el alcaide de Castro Nuño encontró ocasión propicia para dar suelta á sus inclinaciones. Reuniendo á la gente maleante de la comarca, dedicóse al robo y al saqueo. Se apoderó de las fortalezas de Cubillos y Cantalapiedra, fortificándolas, reuniendo en poco tiempo cuantiosas riquezas. Su poder y descaro llegó hasta el extremo de imponer contribuciones á ciudades como Burgos, Avila, Salamanca, Segovia y Medina del Campo, teniendo á sueldo más de trescientos hombres de á caballo, que como devastador alud sembraban el pánico por donde pasaban, asolándolo todo en provecho suyo.

Después de largo asedio no desprovisto de incidentes, el rey Don Fernando con fuerzas de la hermandad, se apoderó de estas plaza. El Alcaide de Castronuño pudo salvarse con cuanto tenía dentro de la fortaleza, gracias á una para él honrosa capitulación, y el castillo fué arrasado hasta sus cimientos para escarmiento de las gentes de aquel jaez y tranquilidad de la comarca.



Espingardero de la Santa Hermandad.

Doña Isabel entretanto, pacificaba Extremadura al frente también de capitanías de la hermandad, entre otras tropas. Apoderóse en primer término de Trujillo, indebidamente en poder del marqués de Villena, pasando después á sitiar los castillos de Madrigalejo y Castilnovo, fortalezas éstas terror de las comarcas en que se asentaban, por los robos y crímenes que á la sombra de ellos se cometían. Doña Isabel se apoderó de dichos castillos mandándolos arrasar.

Después de pacificar Extremadura, dirigióse la reina á Sevilla, donde fué recibida con gran entusiasmo. Hizo saber que todos los viernes celebraría audiencia pública para escuchar agravios y administrar justicia. En dos meses fueron falladas las causas y pleitos pendientes; fueron ejecutados innumerables malhechores, restituídas muchas haciendas usurpadas, y tales justicias hizo Doña Isabel, que más de cuatro mil personas abandonaron la ciudad temerosas de los

castigos que merecían. Fué preciso, á exortaciones del obispo de Cádiz Don Alfonso de Solís, publicar un perdón general de todos los delitos cometidos hasta aquel día, pues como gráficamente dice un historiador de la época "era tal la relajación de costumbres en aquella capital, que de haber seguido la reina inquiriendo quiénes tenían cuentas pendientes con la justicia, hubiese emigrado media población.„

Continuó Doña Isabel su obra de pacificación en Andalucía, consiguiendo fuesen devueltas á la corona gran número de poblaciones y fortalezas que se hallaban indebidamente en poder de los nobles. Las capitanías de la hermandad después de cuarenta días de asedio, se apoderaron de Utrera y poco después de Carmona.

Hechos dignos de mención para la historia de la Santa Hermandad fueron también, la rebelión sofocada en Castilla el año 1478 por sus capitanías; las operaciones llevadas á cabo contra las gentes del inquieto y turbulento arzobispo de Toledo, que intentó levantar bandera contra los Reyes Católicos y la pacificación y moralización del reino de Galicia en la más desenfrenada de las anarquías; donde no se cumplían los mandamientos reales, nadie pagaba las contribuciones obligadas, el más fuerte erigíase en señor de las tierras que le agradaban, y en una palabra, el poder de los criminales y ladrones podía considerarse independiente de la corona. Galicia sin embargo, después de terribles castigos impuestos á los malhechores de todas clases que infestaban aquella hermosa región, quedó al igual que Castilla y León, pacificada.

Grandes también fueron los auxilios que la Santa Hermandad prestó á los Reyes Católicos en la conquista de Granada. Facilitó un cuerpo de tropas para la primera expedición de Alhama; se le confió después la defensa de la plaza, y concurrieron sus capitanías á casi todas las expediciones, jornadas y combates que se registraron hasta su rendición (2 enero 1492.)

En cuanto á pecuniarios auxilios, como la Santa Hermandad por su especial organización disponía de cuantiosos fondos, en ella tuvieron los Reyes Católicos mina inagotable. Por junta general de la hermandad celebrada en la villa de Pinto en 1483, se acordó enviar 16.000 acémilas y 8.000 hombres que condujesen en ellas víveres para auxiliar la plaza de Alhama. En otra junta celebrada en Orgaz el propio año, acordó también la Santa Hermandad auxiliar á los reyes con 10 millones y medio de maravedises para ayudar á los gastos de la guerra de Granada.

Por último, al acercarse el final de aquella guerra, contribuyó la Santa Hermandad con nuevas fuerzas, haciendo levas para completar 10.000 infantes que se organizaron en doce capitanías compuestas de espingarderos, piqueros y ballesteros bajo las órdenes del duque de Villahermosa.

Detalles de organización.

Ya dijimos, que al presentarse por primera vez en en la junta de Santa María de Nieva las fuerzas que con el nombre de Hermandad Nueva organizaron los Reyes Católicos, lo hicieron con un efectivo de 2.000 caballos divididos en tantas capitanías, cuantas eran las provincias en que entonces estaban divididos los ramos de Castilla y León.

Por las ordenanzas de Dueñas, á virtud de las cuales tuvo lugar aquella revista, se dispuso, como tambien ya dijimos, que cada cien vecinos del reino costeasen un hombre de á caballo, mandándose que la fuerza de caballería é infantería estuviese compuesta de hombres de armas y ginetes (caballería pesada y ligera) la primera y de ballesteros y lanceros ó piqueros la segunda. Los ginetes debían tener caballo de 6.000 maravedises, llevando coraza y lanza como armamento; y los lanceros ó piqueros coraza, escudo y dardo.

Omitimos mayores detalles respecto á uniformidad por dar idea de ello los grabados presentes, siendo de notar la sencillez del traje usado por la infantería, que consistía como en ellos puede verse, en calzas de paño encarnado, un sayo de lana blanca con manga ancha y una cruz roja en el pecho y la espalda, cubriendo la cabeza con un casco muy ligero y llevando como armamento la lanza y espada pendiente del cinto. Los espingarderos llevaban la citada arma de fuego y su correspondiente bolsa de municiones á la espalda.



Abanderado de la Santa Hermandad.

Las principales reformas en el arte militar arrancan de estas hermandades. Al organizarse por la corona, nombraba los capitanes y cuadrilleros; las fuerzas fueron divididas en compañías de composición mixta y constando cada una de 720 lanceros, 80 espingarderos y 24 cuadrilleros por regla general. Los cuadrilleros tenían á su cargo, como subalternos de los capitanes, la policía, disciplina é instrucción de la tropa. Las capitanías obraban separadas ó juntas, y á la reunión de varias se llamó *Batalla*, de donde sin duda provino la de *Batallón*.

A estas tropas se les dió tambien instrucción táctica, tanto para el manejo de las armas como para los movimientos individuales y colectivos.

Surgen los ejércitos permanentes. Decaimiento de la Santa Hermandad.

Fué la de los Reyes Católicos época del verdadero renacimiento en el arte militar. Los contingentes de la Santa Hermandad sirvieron de tipo para los de los acostamientos y mesnadas que con ellos concurrieron á la conquista de Granada, y al terminar ésta, fija la atención de los reyes en la idea de organizar la

fuerza pública, de manera que solo dependiese de su autoridad, pidieron informe á su contador mayor de cuentas el ya citado D. Alonso de Quintanilla, acerca del armamento general del reino, y del modo que podría hacerse el empadronamiento militar.

El informe de este célebre ministro, fué el primer paso para la organización de los ejércitos permanentes, y con su aparición, primero en forma de cuerpos permanentes de caballería (año 1493), que mas tarde se llamaron *Guardas viejas de Castilla*; con las disposiciones del 1495 para que todos los subditos tuviesen armas y los alistamientos ordenados, desapareció la necesidad de sostener las hermandades tal cual estaban constituidas, comenzando su decadencia.



Lancero de la Santa Hermandad.

Terminada la guerra de Granada, pacificado el reino y limpio casi por completo de malhechores, creyeron los Reyes Católicos llegado el momento de descargar á los pueblos del crecido gasto que suponía las contribuciones que satisfacían para el sostenimiento de la Santa Hermandad, toda vez que para ejército permanente era poco y para cuerpo de seguridad mucho.

Y en efecto, estando los reyes en Zaragoza, dispusieron el 29 de julio de 1498 reducirla á la mayor sencillez, suprimiendo el consejo supremo de la Hermandad, los jueces, las capitanías y tenencias, y dejando únicamente los cuadrilleros y alcaldes, que se nombraban anualmente para cuidar de la seguridad en los caminos.

Desapareció la parte de generalidad que tenía y de fuerza militar permanente. Terminó con ello la grande época de esta institución venerada, y sin fuerza moral ni material, marchó rápidamente á su completa desorganización para morir poco después, como en el capítulo siguiente veremos, entre el escarnio de las gentes y la sátira de los cronistas y escritores.

Murió como moriría la benemérita Guardia Civil en el momento que se hiciese desaparecer su caracter militar, y el mando de sus diversas unidades no estuviese centralizado, con las lógicas y naturales dependencias que por sus servicios tiene, bajo la rígida y necesaria dirección de una gerarquía militar, que asesorada por quienes los prestigios de la institución son los propios, dé unidad y fuerza á su acción.

Y antes de presentar en el capítulo que sigue, al lector, la última etapa de las hermandades, introducción necesaria á la Historia de la

Guardia Civil, conviene decir algo de las establecidas en el reino de Aragón, que como es sabido formaban parte del cetro de los Reyes Católicos.

Hermandades en Aragón.

Desde principios del siglo trece, atestigua la historia—dice el ya citado brigadier Ximenez de Sandóval—que se confederaron en Aragón algunos pueblos y grandes señores, con los mismos fines que se indicó respecto á Castilla, celebrando pactos de hermandad entre sí. De ellos es un ejemplo el que tuvo lugar en la ciudad de Jaca, el 13 de noviembre de 1224, en que se ligaron con ella las de Zaragoza y Huesca, bajo estrecho juramento de sus vecinos, desde la edad de siete años, para protegerse y auxiliarse contra toda clase de enemigos y malhechores; pues que, turbado el sosiego y la seguridad pública en gran manera y con toda suerte de escándalos, sin más justicia que la de la fuerza, y dividido el país en parcialidades, los unos por el rey Don Jaime primero y los otros por el infante Don Hernando, creyeron encontrar los consejos y vecinos una medida de salvación común apelando á una confederación que parase los daños, insultos y homicidios que padecían, protestando, sin embargo, dejar á salvo todos los derechos y fidelidad que debían al soberano. Años después, en 1260, otras discordias entre los ricos hombres é infantes, tenían al país de la montaña tan agitado en disturbios y guerras, que para precaverse de los graves insultos y robos que se cometían no sólo en las ásperas comarcas de Jaca, Sobrarbe y Ribagorza, sinó que aun en la tierra llana acudían las villas y lugares al sistema de confederación por cinco años, dictándose en Ainsa diversas prescripciones para llevarla á efecto, tales como el nombramiento de juntas, destino de gente á perseguir los malhechores, imposición de fuertes penas á los que dieran albergue ó vituallas para subsistir á aquellos hombres, que eran en su mayor parte soldados desmandados, que, con el nombre de *Peones* y *Lacayos*, vagaban por el país dedicados á ese género de vida, y por último, condenando á muerte á éstos siempre que por la fuerza exigiesen sus alimentos. Las ciudades principales de aquel reino, Zaragoza, Barbastro, Huesca, Jaca, Tarazona, Calatayud, Daroca y Teruel, celebraron también estatutos de Hermandad por medio de los procuradores de cada una de ellas, según los cuales debían reunirse en Zaragoza una vez al año, dos síndicos de cada una de dichas ciudades, por el mes de mayo, en la cual, entre otras cosas, se designaban los capitanes que para cada junta parcial de las ciudades ó distritos tenían la obligación, lo mismo que los *Verguers*, de perseguir por sí y con el auxilio de los hombres necesarios, á todos los malhechores que infectasen sus territorios ó les causasen cualquier daño.



Atabalero de la Santa Hermandad.

De este modo, pues, mediante esos pactos temporales, quedó desde entonces dividido el reino en distritos, según las comarcas que constituían las diferentes juntas parciales, que eran á más de las indicadas, Egea, Ribagorza, Sobrarbe y los Valles. Estas juntas tenían, como se ha dicho, su respectivo *Capitán ó Sobrejuntero*, que eran como los jefes y ministros, delegados de la confederación general ó hermandad para hacer la persecución de los malhechores ó dirigirla, para dar en los pueblos la voz de alarma, prender los delincuentes, y disponer se ejecutasen las penas y las demás disposiciones de justicia que correspondiesen, aunque en esto tenían su jurisdicción muy restringida, sin querella de parte.

Pero decayendo por el transcurso del tiempo, hallábase casi en desuso ese sistema de hermandad, á pesar de que era muy reclamado su auxilio, lo mismo que en Castilla, en la época que comenzó el reinado de Don Fernando el Católico; y no pudiendo menos de acudir á remediarlo, procuró introducir allí la institución de la misma manera que con tan felices resultados respondía en los dominios de su excelsa consorte. Favorecióle para ésto el deseo y la expontaneidad de los pueblos, que contra la opinión y las miras de algunos grandes señores, clamaban por el restablecimiento de las antiguas juntas de hermandad, y por obtener con ellas el castigo contra la impunidad de los malvados y los contínuos atropellos que sufrían; pero habiendo tomado la iniciativa en 1486, el prior de Huesca, á nombre de toda la ciudad, y requerido á la de Zaragoza, para que convocase á junta, consultó para ello al arzobispo como lugarteniente que era de rey, y dada su aprobación, se reunieron en junta de jurados y expusieron los daños y perjuicios que experimentaban, reconociendo la conveniencia de adoptar aquel antiguo eficaz sistema; en su consecuencia, se resolvió y quedó jurado que se estableciera por término de tres años, siempre que el rey lo aprobare, haciendo extensivo su objeto, no solo contra los malhechores, más aún para que se acabasen del todo los bandos y querellas en que se combatían unos contra otros. Don Fernando sancionó al momento, como era natural, una medida que deseaba y que tal vez promovió él mismo indirectamente, sugerido por la benéfica influencia de la reina Doña Isabel, que fué la principal mantenedora de la institución contra los empeños é íntrigas que hubo para destruirla; y al pasar á Zaragoza, en 1487, con motivo de la junta del príncipe heredero Don Juan, logró se extendiera á cinco años de duración, ó por más tiempo si entre sí lo acordasen las juntas, entrando en ello, excepto el condado de Ribagorza que siguió gobernándose en esta según las leyes de las *Veguerías* que regían en Cataluña, todo el reino de Aragón, esto es, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Teruel, Calatayud, Daroca, Jaca, Barbastro, Borja, Albarracín, Alcañíz, Monzón, Alagón, Alguezar, Egea, Tauste, Uncastillo, Sariñena, Almudebar, Boba, Fraga, Magallón, Loarre y Saldaba; bien que Jaca y Calatayud pactasen solo por tres años.

Para el servicio contínuo y de mayor actividad, ordenóse levantar á sueldo una fuerza de 150 lanzas á caballo, *que andiviesen por toda la tierra* dice Mariana, y *reprimiesen por temor y castigasen con severidad los insultos y maldades*, la cual, pagada por los pueblos á prorra-

teo, se organizó en tres capitanías de á 50, cuyos capitanes habían de ser naturales del país, pero de nombramiento del rey. Diéronse ordenanzas, en que se señalaron los casos de hermandad y el alcance de su jurisdicción, se prevenía no usaran mal de su poder, y se estableció el cargo de *Oficial superior ó Juez mayor*, que había de ser ciudadano de Zaragoza y propuesto al rey por el consejo de los jurados en terna de personas principales.

Así quedó constituída y empezó á funcionar la Hermandad desde principio del año de 1488, siendo nombrado por el rey para presidente del consejo, que había de entender en los asuntos de ella, Don Guillén Ramón de Moncada, obispo que fué después de Vique y de Tarazona, y para juez mayor eligió á Don Juan López de Alberuelo, que el año 90 fué reemplazado por Don Ramón Cerdan, señor de Sobradiel.

Como un verdadero triunfo debe considerarse el que alcanzó el rey logrando ver funcionar la Hermandad en Aragón, pues para ello le fué preciso emplear toda su gran sagacidad y carácter, por que la oposición que se la hizo por muchos poderosos, magnates de aquel reino que, como dice Mariana, la juzgaban *cosa pesada* y que *los enfrenaba*, fué mucho mayor que en Castilla. Empezaron por las intrigas, pasaron á ofertas de otros servicios, y aún llegaron á las amenazas, introduciendo en la capital crecido número de hombres armados, gente de mala especie é instintos; pero cuando vieron que no podían ya evitarla, aspiraron á tener en ella, ó á partir con el rey, la principal intervención, y por último, se negaron algunos á jurarla, ausentándose del salón en que se verificaba; más Don Fernando, firme en su propósito, ayudado por el voto de las demás clases ó brazos, desechó todos los argumentos y amenazas de aquellos personajes, y llevó á feliz término su establecimiento, obteniendo también más adelante de las cortes su prórroga de duración, aunque con ciertas restricciones respecto á jurisdicción y modo de proceder, efecto de la constante oposición que siguió trabajando para acabarla, y que no la permitieron adquirir todo el desarrollo, prestigio y duración que á la de Castilla, pues logró al fin, en las cortes de Tarazona de 1495, que se suspendiese por diez años, con lo que más adelante llegó á olvidarse casi por completo.

CAPITULO V

Desde los Reyes Católicos hasta Doña Isabel II.

Años 1498 á 1835.

Desprestigio de la Santa Hermandad á partir de 1498.—Estado de dicha institución hasta el reinado de Felipe V.—Ordenanzas dictadas por este monarca—Ceremonial de una ejecución.—Final de las Hermandades en 1835.—Digresión sobre el tribunal de la Inquisición.

Hemos dicho en el capítulo anterior que la supresión de la junta suprema de la Santa Hermandad, de las capitanías y del mando superior que residía en su capitán general, fué causa de inmediata decadencia y desprestigio.

Los Reyes Católicos viendo abatido el feudalismo, destruídas las guaridas de bandidos que infestaban la nación al ocupar el trono y teniendo armado el pueblo, cometieron el error de considerar innecesaria una fuerza tan poderosa como la Santa Hermandad. Consideraron que con los alcaides y cuadrilleros elegidos anualmente por los pueblos, auxiliado en caso necesario por las fuerzas permanentes de caballería organizadas, había suficiente para tener seguridad en campos y poblados. No sucedió así, el error de estos monarcas lo purgó la nación, hasta que fué creada la Guardia Civil, por curiosa coincidencia en el reinado de la segunda Isabel, que ha ocupado el solio de San Fernando.

Los cuadrilleros elegidos por los pueblos, con la gente puesta á sus órdenes, fueron insuficientes para prestar el servicio que hacían en unión de los ginetes y hombres de armas de las capitanías; los alcaldes de hermandad sin estar bajo la vigilancia de la junta suprema, perdieron el necesario espíritu de corporación, y tanto unos como otros, sin el apoyo y la fuerza moral que tenían en aquella y en su capitán general, dejaron de ser partes de una institución grande, gobernada por un centro poderoso de acción, para convertirse en aislados elementos, sugetos á todas las pasiones, siempre dispuestas á desencadenarse cuando no encuentran un poder de contención que á ello se oponga.

Desde el 15 de agosto de 1498 en que cesaron sus funciones, por la pragmática de los Reyes Católicos, la capitanía general, la junta suprema, los jueces ejecutores, los inspectores y las capitanías, la institución comenzó su época de desprestigio, quedando destruída, y entrando el desorden y abandono en sus funciones.

Los alcaldes y cuadrilleros—dice un historiador contemporáneo—abusaron indignamente de sus cargos, y en los cuadernos de las cortes celebradas en el siglo XVI, se encuentran numerosas quejas hechas por los procuradores del reino, denunciando los más graves abusos así de la Hermandad general del Reino como de la Vieja de Toledo, Ciudad Real y Talavera.

Por el contenido de dichas quejas se ve que los alcaldes y cuadrilleros formaban procesos por cosas leves, con la intención de estafar á los encausados, suspendiendo las sumarias, y como vulgarmente se dice, echando tierra sobre delitos graves, dejándose sobornar por los delincuentes y obrando en fin, como hombres que teniendo que ejercer un cargo por espacio de un año, sin temor á ser vigilados por un superior, no trataban más que de explotar y hacer mal uso de las facultades que en mal hora se les había confiado.

De *ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad*, los califica el inmortal Cervantes, haciendo en su *Quijote* crítica mordáz pero exacta, de á lo que llegaron dichas gentes.

La Santa Hermandad hasta el reinado de Felipe V.

Tanto la hija de los Reyes Católicos, la infortunada reina Doña Juana *la loca*, casada según es sabido con Felipe *el hermoso*, primer rey español de la casa de Austria, como su hijo el emperador Carlos V y sus sucesores Felipe II y Felipe III, limitáronse á conservar las leyes dadas á la Hermandad en la junta de Torrelaguna y dictar algunas pragmáticas reformando las penas contra los malhechores.

De ellas solo citaremos á título de curiosidad, la que se dictó en Cortes de Segovia el año 1532, disponiendo que los condenados á muerte de saeta no sufriesen vivos esta terrible pena, si no que fuesen primero ahogados; y otra posterior en veinte años, sobre penalidad á vagos y ladrones. Por ésta, á los vagamundos, en lugar de la pena de los azotes que se les imponía por disposiciones anteriores, se les condenaba, la primera vez á cuatro años de galeras y exposición á la vergüenza pública caso de ser mayores de 20 años; la segunda á cien azotes y ocho años de galeras y la tercera á igual número de azotes y galeras perpétuas.

De Carlos II solo es digna de mención su carta real expedida en Madrid el 25 de julio de 1667, disponiendo que todas las justicias dieren á los ministros de la Santa Hermandad de Toledo para el seguimiento, prisión y castigo de ladrones, salteadores y facinerosos, la gente que pidiesen como auxilio en sus funciones.

Reinado de Felipe V.

El primer monarca de la casa de Borbón que España ha tenido, fué sin duda desde los Reyes Católicos hasta que la Santa Hermandad se extinguió, el

que más trató por que sus prestigios se realzasen, aun cuando resultaron infructuosos sus deseos á consecuencia de las causas antes expuestas.

Dictó disposiciones, previniendo la forma que debían guardar los hermanos y demás individuos de la Santa Hermandad, en la prisión de los delincuentes; permitió se hiciese fuego contra los malhechores cuando se resistiesen á ser detenidos ó fuese indispensable para darles alcance; fijó en cuarenta el número de caballeros hermanos de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, quienes debían ser mayores de diez y ocho años y propietarios en los montes de Toledo, Talavera y Ciudad Real, y con objeto de que estuviesen reunidas las reglas á que debía atenerse la institución en su jurisdicción y gobierno que antes se hallaban esparcidos en multitud de privilegios, fueron aprobadas por este monarca unas ordenanzas llamados de la Santa Hermandad de Toledo.

De ellas son las curiosísimas disposiciones á que los hermanos debían atenerse en los casos de imposición de la pena de muerte. Esto es lo más saliente de tales ordenanzas y ponen mejor que nada de relieve lo que eran.

Ceremonial de una ejecución.

Las penas de muerte dictadas por el Tribunal de la Santa Hermandad Vieja y confirmadas por la Real Chancillería de Valladolid, se ejecutaban con un aparato imponente. Recibida la confirmación de la sentencia, los alcaldes de la Hermandad reunían el cabildo y se lo participaban, para que designase el día de la ejecución, el sitio en el campo donde debía verificarse y nombrara el hermano que había de llevar el estandarte real y los dos que habían de ir á su lado. Asímismo se nombraban dos comisarios que dispusiesen armar la tienda de campaña y todo lo demás que se acostumbraba para la asistencia del Tribunal: se encargaba muy particularmente á todos los hermanos que no dejasen de concurrir á *semejante función, pues siendo la principal que se ofrecía al cabildo, era muy debido, que éste fuese con la mayor autoridad.*

Tres días antes de la ejecución de la sentencia iban los dos alcaldes con el escribano á la carcel, á la hora de la tarde que les parecía bien, teniendo prevenidas las personas religiosas que habían de asistir al reo; estando ya éste en capilla, le notificaban la sentencia, y desde aquella hora tenían el mayor cuidado con la asistencia espiritual y temporal del reo y con la guarda de la carcel.

En el sitio designado por el cabildo se levantaba el patíbulo, y enfrente de él la tienda de campaña donde había de estar el Tribunal, sentados los hermanos según su antigüedad, presidiendo los alcaldes con sus varas altas de justicia, los cuales tenían delante un bufete cubierto con sobremesa de damasco verde, y sobre él una cruz, campanilla, tintero, salvadera y la causa del reo.

Llegada la hora del día destinado para la ejecución, se disponía la salida del reo de la manera siguiente: iban delante los niños de la doctrina cantando la letanía de los santos; la cofradía de la sangre de Cristo con seis cirios encarnados, alumbrando la efigie del crucificado que llevaba el capellán, detrás del cual iban á caballo los cuadrilleros nom-

brados para la guarda del reo, y ocho salteros con las ropas verdes de la hermandad, llevando cada uno un arco y flecha armado; después seguía el reo asistido de los religiosos que le exhortaban á bien morir; y por último marchaba el cuadrillero mayor, á quien los alcaldes habían hecho entrega del reo antes de salir de la carcel para su conducción al suplicio, llevando á su izquierda el escribano y detrás el alcaide de la cárcel todos á caballo.

A la puerta de la carcel el pregonero publicaba la sentencia y los delitos del reo, y después seguía la procesión en el orden indicado hasta llegar al sitio donde la sentencia se había de ejecutar.

Poco después de haber salido el reo de la carcel, el cabildo se formaba á la puerta de la misma, y estando todos los hermanos, se sacaba el estandarte real, que llevaba el hermano nombrado, y en dos hileras, por bancos y antigüedades, iban de dos en dos toda la comunidad, cerrando la marcha los alcaldes, llevando escribano que asistiese á lo que se pudiera ofrecer. Delante y detrás de los alcaldes iban los cuadrilleros á caballo que se hubiesen designado.

El cabildo se dirigía por calles distintas que aquellas por donde iba el reo, al lugar del suplicio, calculando el tiempo de manera, que cuando llegase aquel ya estuviese formado el tribunal en la tienda de campaña.

Ejecutada la sentencia, el cuadrillero mayor, que con el escribano y el alcaide había estado á caballo al pié del patíbulo todo el tiempo que había durado la ejecución, iba á la tienda de campaña á dar cuenta de estar la sentencia obedecida, y entonces el cabildo formado de la misma manera que había venido, volvía á la carcel por las mismas calles por donde había pasado el reo; y se despedia, dando las gracias los alcaldes á los hermanos por su asistencia; de todo lo cual se ponía testimonio á continuación de la causa.

Final de las Hermandades.

Esta proligidad de detalles en las funciones de los hermanos de la santa institución, contrasta con la absoluta carencia de otras encaminadas á levantar la moral y el espíritu de los funcionarios subalternos de ella.

Continuó la decadente institución una vida lánguida solo alterada por las vejaciones que cometían sus indivíduos; dando lugar á competencias con las demás autoridades; á que no se respetasen sus fueros por la mala defensa que de ellos hacían, dándose el caso de que sus cuadrilleros fuesen presos por otras jurisdicciones, hasta que desmembrada su imponente fuerza, en pugna su espíritu con el liberal dominante en España, una ley votada por las cortes de 1834 y sancionada por la reina gobernadora durante la menor edad de Doña Isabel II, su hija, las *Santas, reales y viejas hermandades de Toledo, Talavera y Ciudad Real* desaparecen, concediendo á sus indivíduos los honores que tenían, derecho al uso de uniforme, pero sin exenciones ni fuero alguno.

Sus archivos se trasladaron á los ayuntamientos de las tres poblaciones citadas y las causas que había pendientes, así como los reos, pasaron á los juzgados de primera instancia y audiencias respectivas.

Así terminó la institución venerada, que tantos servicios había pres-

tado durante siglos y siglos de verdadera prueba para la sociedad española.

La Inquisición en España.

Al terminar el ligero estudio hecho de las hermandades, se impone una ligera digresión. Están tan intimamente enlazadas en las tradiciones populares las palabras Hermandad, Cuadrilleros é Inquisición, que parecen tener íntimo enlace unas con otras. Ejercieron sí, funciones hasta cierto punto paralelas pero encaminados á fines diferentes en determinadas épocas. Pero si los cuadrilleros y demás agentes de la Santa Hermandad tuvieron sus servicios hermanados en determinados casos, con el odiado tribunal de la también *Santa* institución, fué por virtud de ese auxilio mutuo, que con menoscabo de unos funcionalismos, obligan á otros, las leyes en todas las épocas y lugares.

Las fuerzas de la Santa Hermandad, como sus justicias, tuvieron no pocas veces que marchar dependientes del *Santo oficio*. Pero lo repetimos, fué circunstancial y momentánea su unión, constituyendo más que nada una fuerza para garantizar las medidas que aquél tomaba en sus actos. Para mejor demostrarlo, he aquí una ligera descripción de lo que fué aquel misterioso y terrible poder que constituye, como ya dijimos, las negras tonalidades del reinado de los católicos monarcas.

Un breve de Gregorio IX fechado en 1232, la implantó en España. Se instituyó, (1) primeramente contra los herejes, más luego se fué extendiendo á los sospechosos, fautores ó receptadores, á los delitos de blasfemia, sortilegio, adivinación, cisma, tibieza en la persecución de los enemigos de la fé, y otros delitos semejantes y también á los judíos y moros. Los inquisidores procedían en unión con los obispos, jueces natos en las causas de fé, y aunque podían formar separadamente proceso, los autos y sentencias definitivas habían de ser de los dos, y en caso de desacuerdo se remitía el proceso al papa. No tenían dotación ni gozaban sueldo; los gastos de viages y otras diligencias, que al principio se hacían costear á los obispos y á los señores territoriales, se suplieron después de los bienes mismos que se confiscaban. Las autoridades y jueces seculares estaban obligados bajo pena de excomunión á darles toda clase de auxilios y asegurar sus personas. Cuando los inquisidores llegaban á un pueblo hacían comparecer al alcalde ó al gobernador, al cual tomaban juramento de cumplir todas las leyes sobre herejes, se predicaba un sermón en un día festivo, y se publicaba edicto señalando un término, ó para que se denunciasen á sí mismos ó para que otros hicieran las delaciones, pasado el cual se procedía en vigor de derecho. Las delaciones se escribían en un libro reservado. A los procesados se les daba copia incompleta del proceso, ocultando los nombres del delator y testigos. Al que confesare un error contra la fé, aunque negase los demás, no se le concedía defensa, porque ya constaba el crimen inquirido. Si abjuraba, se le reconciliaba con imposiciones de penas ó con penitencia canónica, de lo contrario se le declaraba hereje y se le entregaba á la justicia secular. Cuando el ser estaba negativo, pero convicto, ó había indicios vehementes, se le ponía á cuestión

(1) Lafuente.—*Historia de España.*

de tormento para que confesase. Cuando no constaba bien el crimen de herejía, pero resultaba difamación, se le declaraba infamado, y se le condenaba á destruir su mala fama por medio de la purgación canónica. Guardábase en los procedimientos un secreto impenetrable, y se empleaban los modos más insidiosos de acusación.

En el sistema penal y penitencial de la inquisición, además de las penas espirituales de excomunión, irregularidad, suspensión, degradación y privación de beneficios, existían las corporales y pecuniarias, como confiscación, deportación, cárcel temporal ó perpétua, infamia, privación de oficios, honores y dignidades, muerte y hoguera.

Las penitencias públicas á que se sujetaba á los reconciliados y arrepentidos, eran en extremo degradantes, bochornosas y crueles. Entre ellas debe contarse el distintivo que se les hacía llevar en los vestidos, que á veces eran dos cruces grandes de tela amarilla, una á cada lado del pecho, á veces se añadía otra tercera en la capucha si era hombre, y en el velo si era mujer, á veces era una túnica ó saco, que se acostumbraba á bendecir, de lo cual se llamó *saco bendito*, y después por corrupción *sambenito*, sobre cuyo signo y forma variaron las disposiciones de los concilios y de los inquisidores, "dos que diesen crédito á los errores de los herejes, decía el concilio de Tarragona de 1242, hagan penitencia solemne de este modo: en el próximo día futuro de todos Santos, en el primer domingo de adviento, en los de nacimiento del Señor, Circuncisión, Epifanía, Santa María de febrero, Santa María de marzo, y todos los domingos de cuaresma, concurran á la catedral y asistan á la procesión en camisa, descalzos, con los brazos en cruz, y sean azotados en dicha procesión por el obispo ó párroco, excepto el día de Santa María de febrero, y el domingo de Ramos, para que se reconcilien en la iglesia parroquial. Asimismo en el miércoles de ceniza irán á la catedral en camisa, descalzos, con los brazos en cruz, conforme á derecho, y serán echados de la iglesia para toda la cuaresma, durante la cual estarán así á las puertas y oirán desde allí los oficios, previniendo que esta penitencia del miércoles de ceniza, la de jueves santo y la de estar fuera de la iglesia y en sus puertas los otros días de cuaresma, durará mientras viviesen todos los años... Lleven siempre dos cruces en el pecho, etc.„

Un autor antiguo, muy afecto á la inquisición, y por lo mismo nada sospechoso dá noticia de la penitencia que Santo Domingo impuso á un hereje converso y reconciliado, llamado Poncio Roger, condenándole á ser llevado en tres domingos consecutivos desde la puerta de la villa hasta la de la iglesia, desnudo y azotándole un sacerdote; á abstenerse de carnes, de huevos, queso y demás manjares derivados de animales para siempre, menos en los días de Resurrección, Pentecostés y Navidad; á hacer tres cuaresmas al año; á abstenerse de pescados, aceite y vino tres días á la semana por toda la vida, excepto en caso de enfermedad ó de trabajo excesivo con dispensa; á llevar el saco y las cruces de los penitentes; á oir misa todos los días y asistir á vísperas los domingos; á rezar diariamente las horas diurnas y nocturnas, y el Padre nuestro siete veces en el día, diez en la noche y veinte á las doce de la misma; á guardar castidad, y enseñar todos los meses aquella carta á su párroco, el cual estaba encargado de vigilar su conducta.

Hasta la abjuración de los *levemente sospechosos* se hacían con pública solemnidad y con unas ceremonias sonrojosas y humillantes. Hacíase en el templo anunciándose en todas las iglesias el domingo precedente. El día señalado concurrían el clero y el pueblo; el procesado y reconciliado por leve sospecha se colocaba en un alto tablado de pié, de modo que pudiera ser visto por todo el mundo.

Se cantaba la misa, predicaba el inquisidor un sermon contra la herejía, de que había sido acusado por sospecha leve el hombre que se hallaba en el cadalso, hacía un relato del proceso y manifestaba que estaba pronto á abjurar: poníasele seguidamente la cruz y los evangelios, y se le daba á leer la abjuración escrita, se pronunciaba la sentencia y se le imponían las penitencias correspondientes. Estas ceremonias eran mas graves y más solemnes, según que la sospecha era mas vehemente ó vehementísima.

Los autos de fé para los no conversos ó impenitentes, se anunciaban por toda la comarca para que pudiera asistir un gran concurso; se preparaba un tablado en la plaza pública, se leian los crímenes que resultaban del proceso, predicaba el inquisidor, se hacía entrega del reo á la justicia secular y pronunciaba la sentencia de condenación conforme á las leyes civiles, se le conducía á la hoguera ya preparada fuera del pueblo y se le arrojaba vivo á las llamas.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, los inquisidores que se establecieron en el convento de San Pablo de Sevilla, si bien no tardaron en trasladarse á la fortaleza de Triana en 1481, comenzaron á ejercer sus funciones publicando por todas las ciudades y pueblos del reino un edicto que llamaron *de gracia*, exhortando á todos los que hubiesen aportado ó incurrido en delitos contra la fé, á que dentro de cierto plazo se denunciaran y los confesaran á los inquisidores, para que éstos los reconciliaran con la iglesia, pasado cuyo término, se procedería contra ellos con todo el rigor de derecho.

En virtud de este edicto se presentaron á confesar y pedir perdón de sus errores hasta diecisiete mil personas entre hombres y mujeres, á los cuales se absolvía imponiendo á cada cual la penitencia qué se creía correspondiente á sus pecados ó excesos. Transcurrido el término, se publicó otro edicto mandando, bajo la pena de excomunión mayor, delatar las personas de quienes se supiese ó sospechase haber incurrido en el crimen de judaismo ó de herejía, con arreglo á un interrogatorio, en que principalmente se señalaban las prácticas, costumbres y ceremonias judaicas, muchas de ellas al parecer insignificantes y pueriles. El resultado de este segundo edicto, y de las delaciones y procesos que le siguieron, fué entregar á la justicia reglas para ser quemados en persona, en el resto de aquel año y el siguiente, hasta dos mil judaizantes, hombres y mujeres; muchos otros fueron quemados en estátua; á muchos más se les condenó á penitencia pública, á infamia, á carcel perpétua y á otras penas no menos rigurosas. Se mandó sacar de las sepulturas los huesos de los que se averiguó haber judaizado en vida, para quemarlos públicamente; se inhabilitó á los hijos de éstos para obtener oficios y beneficios, y los bienes de los sentenciados fueron aplicados al fisco. Muchos de los de aquel linaje, temerosos de que los alcanzara la

persecución y el castigo, abandonaron sus casas y haciendas, y huyeron aterrados á Portugal, á Navarra, á Francia, á Italia y á otros reinos, siendo tal la emigración que solamente en Andalucía quedaron vacías de cuatro á cinco mil casas. Para el castigo de hoguera se levantó en Sevilla en el campo de Tablada un cadalso de piedra, á que se dió el nombre de *Quemadero*, que duró hasta el siglo pasado, á cuyos cuatro ángulos había cuatro estátuas de yeso que se llamaban *los cuatro Profetas*.

Tal es, á grande rasgos, una ligera pintura de lo que fué aquel tribunal, y al que según sus privilegios disponían, tuvieron necesidad las Hermandades de proteger y prestar auxilio, alcanzándoles por los justos odios de los pueblos, salpicaduras, que toda institución á merced de los poderes, tiene á veces que arrostrar, por ese necesario aunque triste engranaje que existe en todas las manifestaciones de aquél.

CAPITULO VI

Cuerpos regionales de seguridad pública.

Compañías y organismos dedicados á la persecución de malhechores que independientemente de las Hermandades hubo en España.—Guardas del reino en Aragón.—Partida armada de Jaca.—Compañía suelta del reino de Aragón.—Caudillatos de Galicia.—Ballesteros del Centenar, Fusileros y Migueletes en Valencia.—Guardas de la costa de Granada.—Milicias locales de Andalucía.—Escopeteros de Getares.—Escopeteros voluntarios de Andalucía.—Compañía suelta de Castilla la Nueva y otras.

Damos por terminado en el anterior capítulo, el ligero estudio hecho sobre las hermandades, primer cuerpo armado que con caráter general tuvo cual principal objetivo en España, la persecución de malhechores y garantizar la vida de la sociedad en campos y poblados.

Antes de pasar á ocuparnos del benemérito instituto de la Guardia Civil, segundo y actual cuerpo creado para aquel fin, conviene bosquejar, aunque sea ligeramente, las compañías y organismos sueltos establecidos en las diferentes regiones españolas para atender á la seguridad pública, creados unos cuando funcionaban las hermandades, por considerarse insuficientes éstos; otros en substitución de ellos y algunos cual organismos locales que aún tienen vida propia, prestando en unión de la Guardia Civil excelentes servicios.

Guardas del reino en Aragón.

Ya tratamos en el capítulo cuarto de las hermandades en este reino, donde vemos que no adquirieron ni la continuidad prolongada ni los fueros é importancia que en Castilla. De ellos derívase para idénticos fines la *Compañía de guardas del reino*, partida de hombres armados cuyo sostenimiento, aprobado por los reyes, se prorrateaba entre todos los pueblos del distrito ó comarca, dentro del cual se distribuían sus indivíduos para vigilar los caminos y poblados.

En el transcurso del tiempo se les fué confiriendo diversos cometidos, llegando á estarles recomendada, no sólo la protección y vigilancia de las propiedades del común y de los particulares, si no también sobre los derechos reales, por lo que sus funciones fueron una suma de las que hoy tienen guardias civiles, carabineros y guardas rurales.

A fines del siglo XVI, el efectivo de esta fuerza lo componían un capitán, un teniente y variable número de soldados ó guardas de á pié y de á caballo. Sus servicios eran empleados á petición de los diputados de las cortes aragonesas, donde mejor convenían. En el reinado de Felipe II, las cortes celebradas en Tarazona dispusieron, que dicho cuerpo estuviese bajo la dependencia del poder real, y en nombre de éste, en la del lugarteniente general ó del que presidiere la audiencia, se hiciesen los nombramientos y provisión de todas las plazas, que debían recaer cuando de soldados ó guardas se tratase, precisamente en aragoneses.

Experimentando varias alteraciones en composición y detalle, subsistió esta fuerza de protección y seguridad pública durante todo el siglo XVII, pero la parte que Aragón tomó en la guerra de sucesión á favor del Archiduque Carlos, hizo que Felipe V en 1708 adoptase diversas medidas de rigor, entre las cuales figuró el desarme general de los habitantes y la extinción de la *compañía de guardas del reino de Aragón.*

Partida armada de Jaca.

El ser las faldas del Pirineo que limitan la comarca de Jaca, seguro refugio de malhechores y no suficientes los servicios de los *guardas de Aragón* para atender á la seguridad, dispuso en 1586 el rey Don Felipe II el restablecimiento de una justicia local y especial para dicha comarca, que en fechas anteriores había allí funcionado.

Como auxiliar de ella se creó una *partida armada de la comarca de Jaca,* compuesta de veinte soldados, quienes según pragmática de dicho soberano debían acompañar al juez nombrado y prestarle apoyo en la persecución de malhechores en aquellos lugares. El referido juez tenía jurisdicción propia para la ejecución y cumplimiento de las leyes, ejerciendo el mando de la referida fuerza.

Compañía suelta del reino de Aragón.

Suprimida la compañía de guardas de Aragón, de que anteriormente hemos hablado, la seguridad pública sufrió graves quebrantos en aquel reino. Las quejas y las excitaciones de los pueblos eran muchas, por lo que fué acojida favorablemente la propuesta que al monarca elevó el caballero infanzon vecino de Muela Don Jerónimo de Torres, para crear y equipar por su cuenta y primera vez, una compañía dedicada á la persecución de gente maleante en 1766.

Dispúsose por real orden de 13 de septiembre la creación bajo las citadas bases, con el título de *compañía suelta del reino de Aragón* y el rey confirió su mando á dicho caballero con el empleo de capitán y dió los de teniente y subteniente á su hermano é hijo mayor.

El efectivo de dicha unidad constaba además de dichos tres ofi-

ciales, de 10 cabos y 90 fusileros, dependiendo del capitán general de Aragón que era subinspector nato. Se dividió en nueve escuadras para su servicio y administración interior, dándosele como uniforme uno análogo al que luego describiremos, ocupándonos de los mozos de escuadra en Cataluña.

Años después de su creación sufrió algunas alteraciones, componiéndose esta compañía al comenzar la Guerra de la Independencia de cinco oficiales, 11 sargentos y 168 indivíduos entre cabos y fusileros. Sirvió de base para organizar un batallón, que se distinguió notablemente en el histórico asedío de Zaragoza por los ejércitos franceses.

Fué su personal siempre escogidísimo; extinguido de hecho á la terminación del sitio, se restableció finalizada la Guerra de la Independencia, conservándose hasta el año 1830, que fué suprimida definitivamente.

Caudillatos de Galicia.

En el año 1705, para preservar las costas del reino de Galicia que se hallaban en el mayor de los desamparos por lo que á protección de personas y propiedades se refiere, contra las escursiones de piratas y gente maleante, se crearon una especie de milicia local compuesta exclusivamente por paisanos de los mismos pueblos. Se armaron cada uno como pudo, no tenían fuero militar y su organización reconoció como causa unicamente, la obediencia á ciertos jefes ó caudillos en los respectivos distritos, para en los casos que tuviesen que reunirse, y por cuya razón se le dió el nombre de *caudillos* á éstos y *caudillatos* á las colectividades que bajo sus órdenes formaban.

En 1743, el capitán general de aquel reino conde de Itre la mejoró, haciendo que sus indivíduos recibiesen instrucción militar, y dotándola de un reglamento que fué mas tarde perfeccionado en 1762 por el marqués de Croix.

Por este reglamento se dividió el cuerpo en fracciones de 100 hombres subdivididas cada una de estas en cinco escuadras de á 20. Se les dotó como armamento, de chuzos, picas y armas de fuego; tenían primero, segundo y tercer jefe dependiendo de un sargento mayor ó caudillo principal, sin que tuviesen uniforme, distintivo ni fuero.

Su objetivo fué, como hemos dicho, velar por la seguridad de la costa, pero tambien se les empleó en la persecución accidental de malhechores y cual auxiliar de la justicia.

Posteriormente sufrieron distintas modificaciones hasta llegar á convertirse en *compañías de milicia honrada*, equivalente á la *urbana* de otras provincias, y durante la Guerra de la Independencia, esta clase de fuerzas se extendieron por todo el reino de Galicia con el nombre de *Alarmas* pero en idéntica forma que los primitivos *caudillatos*.

Tuvieron, como es consiguiente, cual principal misión la defensa del país contra el enemigo común hostilizando y teniendo en perpétua alarma á los destacamentos invasores, pero siguieron tambien teniendo la obligación de perseguir á los malhechores y capturar á los desertores en combinación todo con las fuerzas permanentes del Ejército y milicias provinciales.

Extinguida esta institución en 1820, se encargaron de substituirlas

para aquellos fines, la Milicia Nacional primero, y luego los voluntarios realistas, de los que se mandó por real orden de 1.° de julio de 1828 movilizar una fuerza de 1000 hombres con el exclusivo objeto de perseguir malhechores.

Extinguidos estos cuerpos y organizada de nuevo la Milicia Nacional, volvió ésta á tener entre sus diversos objetos perseguir á los malhechores, encomendándose tambien á varias partidas francas que se llamaron de *Observación* á aquel fin.

Sobre su base se organizaron durante la primera guerra civil cuatro batallones y un escuadrón de tropas francas, que despues se refundieron en dos, los cuales, hasta su disolución en 1841 se dedicaron á los servicios de seguridad pública, al propio tiempo de los peculiares que las operaciones militares exigiesen.

Ballesteros del Centenar en Valencia.

Entre las instituciones con que dotó á Valencia el rey D. Jaime I de Aragón, después de su gloriosa conquista, se cuenta la de una compañía de hombres armados; fuerza local y permanente, especie de guardia urbana y de honor que se llamó *Ballesteros del Centenar*, en razón á que debía constar del número de ciento.

El objeto y principal atribución de aquella compañía era el guardar y escoltar el estandarte de la ciudad ó *Señera Real* en las grandes solemnidades y en la guerra, pudiendo usar sus indivíduos toda clase de armas y disfrutando de ciertas prerrogativas.

El rey Don Pedro, de quien con los privilegios mas antiguos que se conservan de esa fuerza, creó otra compañía tambien de 100 hombres á caballo que parece desprenderse se refundió con la anterior.

A dicho cuerpo de guardia cívica se le dió por patrón á San Jorge, proviniendo de esto que se llamase tambien *Centenar del glorios Sant Jordi* aunque vulgarmente se llamó del Centenar de la ploma.

Constó como se ha dicho de 100 ballesteros reclutados entre los pertenecientes á los gremios de la ciudad. Vestían sobrevesta de tafetán blanco que les cubría el pecho y la espalda con la cruz roja de San Jorge á cada parte.

En los últimos tiempos llegó á constar de 200 hombres, la mitad ballesteros y la otra arcabuceros. La provisión de las plazas pertenecía á los jurados y al consejo general, estando la ciudad de Valencia considerada como coronel de esta fuerza, siendo el capitán nato el justicia criminal.

Aunque no existe documento oficial alguno que demuestre estuvo esta fuerza dedicada á la seguridad pública, su dependencia del justicia criminal y otros indicios hacen suponer fué así. Después de los acontecimientos que se desarrollaron en Valencia con motivo de la Guerra de Sucesión, fué extinguida aquella compañía por Felipe V.

Fusileros y Migueletes en Valencia.

En vista de los buenos servicios que prestaban en Cataluña y Aragón las fuerzas que luego veremos organizadas en estos puntos con el nombre de Escuadras, se dispuso por real orden de 1.° de marzo de 1774 la creación en Valencia de una *Compañía de fusileros* á la que

que se le dió el nombre también de *Miñones*. Dependió del Capitán general, quien la distribuía en los pueblos y demarcaciones que más útiles podían ser sus servicios, constando en un principio de capitán, teniente, alférez, cuatro sargentos, ocho cabos y 56 miñones. Rigiéronse por unas ordenanzas que dictó el Capitán general de Valencia conde de Saive y que se aprobaron con fecha 4 de noviembre del año citado.

Posteriormente llegó á contar con 80 indivíduos de tropa hijos del pais y sostenidos por los fondos de la Diputación provincial, dependiendo en su parte militar y administrativa del Capitán general y Gobernador militar.

Guardas de la costa de Granada.

Arranca la creación de este cuerpo, cuya principal misión fué proteger las personas y propiedades en el litoral del Mediterráneo contra los piratas Berberiscos, de los Reyes Católicos. Fueron compañías vecinales de soldados á pié y á caballo, para cuyo sostenimiento se imponían la contribución llamada *Farda*.

Los reyes Carlos I y Felipe II aumentaron los contingentes de estos *Guardas de la costa de Granada* hasta el número de 235 lanzas y 336 infantes, la mitad de éstos armados con arcabuces y el resto de ballestas.

Prestaron excelentes servicios en la persecución de malhechores y continuaron con ligeras alteraciones en su organización hasta mediados del siglo XVII.

Milicias locales de Andalucía.

Tanto los Guardas de la costa de Granada como otras compañías que con idéntico fin se organizaron en diferentes puntos de Andalucía, denominada de *Milicia Urbana*, recibieron por resultado del reglamento de 1762, mejoras importantes en su organización. Reuniéronse para constituir un solo organismo en diez compañías, que en unión de otras ocho más llamadas de *inválidos* y los destacamentos de caballería denominados de la *Costa*, fueron distribuidos en todo el litoral de Andalucía para su más eficaz vigilancia, guarneciendo torres, castillos y baterías.

Estas fuerzas llegaron á tener un efectivo de 1068 hombres con 36 oficiales, estando confiado el mando supremo de ellos al coronel del regimiento caballería de la Costa, y siendo de notar que se les dotó de todos los elementos, como empleados para su administración, capellanes y cirujanos.

Más tarde, por real orden de 24 de febrero de 1780, se les dió á estas fuerzas la denominación de *Compañías de infantería fijas de*



Milicias locales de Andalucía.

la Costa de Granada, encomendándoseles por otra real orden de 29 de julio del mismo año además de su misión propia y antes dicha, auxiliar á las justicias, perseguir el contrabando y detener los vagos, desertores y malhechores.

En el año 1799 se aumentó otra compañía, y así subsistieron hasta 1826 que se redujeron á dos, que poco después se estinguieron.

Escopeteros de Getares.

En el siglo XVIII se conoció en Andalucía otro cuerpo, que aun cuando su creación no tenía por objeto principal la seguridad pública, se aplicó á ella en los años siguientes. Ocupado Gibraltar por los ingleses en la Guerra de Sucesión, á fin de tener siempre un centinela sobre dicha plaza y las costas cercanas, que quedaron completamente descubiertas, la ciudad de Tarifa levantó á su costa una compañía de tiradores de 40 hombres mandados por el capitán de sus milicias Urbanas, D. Gaspar Salado.



Escopetero de Getares.

Tan útiles servicios prestó en los primeros años de su creación, que en el de 1705 fué declarada del Ejército Real con la denominación de *Compañia de Escopeteros de Getares*. Tomó este nombre por habérsele señalado para su establecimiento y centro de sus operaciones, como punto más á propósito, el fuerte de Talmo y la altura de Getares en la bahía de Algeciras.

A medida que iban siendo menos frecuentes las incursiones de los berberiscos, y que crecía el contrabando procedente de Gibraltar, fué necesario dedicarla preferentemente á impedirlo, y también se la empleó en la persecución de malhechores en la serranía de Ronda, cuando los comandantes generales del campo de Gibraltar, á petición de las autoridades de esta ciudad lo determinaban.

Dicha compañía componíase á su extinción en 1825, de un capitán, un tambor y 76 indivíduos entre clases y escopeteros.

Escopeteros voluntarios de Andalucía.

En el año 1776 se dispuso, en vista de las fechorías que ladrones y contrabandistas cometían en las provincias andaluzas, que los respectivos capitanes generales remitiesen proyectos para formar unidades de escopeteros, iguales á las que funcionaban en Cataluña, Aragón y Valencia.

Así se hizo, enviándose dos de los que resultaron autores Don Jorge Ena y Don Antonio Rafael de Mora, capitanes, el primero del regimiento de caballería de Santiago y el segundo del de Calatrava; habiendo merecido mejor concepto el de Ena por ser menos costoso.

Aprobado por real orden dirijida al gobernador del consejo con fecha 10 de marzo de 1776, se mandó en su consecuencia formar dos compañías con la denominación de *escopeteros voluntarios de Andalucía*, compuestas cada una de un capitán, un teniente, un subteniente, seis sargentos, doce cabos y setenta y dos soldados, á las órdenes, la una del presidente de la Chancillería de Granada, y la otra del regente de la audiencia de Sevilla, destinadas exclusivamente á la persecución de malhechores en el territorio de estos dos tribunales y á prestar auxilio á la justicia ordinaria. Estas fuerzas se repartieron en los pueblos que el presidente y regente de la Chancillería y Audiencia señalaron.

Fué nombrado comandante de dichas dos compañías Don Jorge Ena con el haber de 1.500 reales mensuales, y en el año de 1777 comenzaron á funcionar. Los indivíduos de estas compañías gozaban de fuero militar, y de sus causas conocían los capitanes generales, pero dependían en lo eclesiástico de la jurisdicción ordinaria y no de la castrense.

Los haberes que disfrutaban los oficiales y las clases de tropa de estas compañías eran: el comandante 1.500 reales mensuales como queda dicho, los capitanes 600, los tenientes 450, los subtenientes 400, el ayudante 600, los sargentos 6 reales diarios, los cabos 5 y los soldados 4. El importe de los sueldos y haberes era costeado á prorrata por los pueblos del fondo de propios y arbitrios. El vestuario era chupetín y calzones azules con botón blanco, corbata negra, polainas, sombrero y montera, y capa corta de paño pardo, todo de hechura á la andaluza. El armamento consistía en escopeta con baqueta de hierro, bayoneta corta en forma de cuchillo, un par de pistolas de charpa, un tahalí ó charpa para llevar las pistolas y bayoneta, un frasco de pólvora, una canana con doce cartuchos y dos bolsas para balas y piedras de chispa, una cuerda de cáñamo para asegurar los reos y una hacheta de mano por cada escuadra. Una de las compañías se llamaba de Granada y la otra de Sevilla; la de Granada no existía ya en el año de 1844, y la de Sevilla quedó extinguida á la creación del Cuerpo de la Guardia civil.

Compañía suelta de Castilla la Nueva.

Con el único y exclusivo objeto de perseguir contrabandistas y malhechores en las inmediaciones de Madrid, sitios reales y en la ribera del Tajo por todo su curso en las provincias de Castilla la Nueva, se creó en 1792 una compañía mixta compuesta de un capitán, dos tenientes, un subteniente, cuatro sargentos, cuatro cabos y 24 soldados de caballería.

En noviembre del mismo año se la dió reglamento señalándosele para centro y cuartel el pueblo de Vallecas. Dependieron del gobernador de Madrid y de la jurisdicción militar, á excepción de los casos de contrabando cuyo conocimiento competía el juzgado de Rentas.

Dicha compañía prestó excelentes servicios tanto en paz como en la Guerra de la Independencia y en 1823 fué extinguida por considerarse innecesaria, aunque en honor de la verdad los alrededores de Madrid siguieron infestados de criminales.

Al igual de esta compañía, en diferentes puntos de la península fueron creadas otras que tomaron el nombre de la localidad en que sus

servicios prestaban. Constituían cuerpos mixtos de seguridad y vigilancia pública.

En la epopeya de la Guerra de la Independencia, unas desaparecieron y otras sirvieron de base para formar cuerpos y unidades que heróicamente combatieron al enemigo común de los españoles.

Fusileros guarda bosques reales.

Es digna tambien de tenerse en cuenta, al ocuparse de los diversos cuerpos que en España estuvieron dedicados á la persecución de malhechores, esta unidad.

Por real orden de 4 de agosto de 1761, dirigida al Capitán general de Cataluña, y con el fin de que sirviera para la custodia de los bosques reales, se creó esta compañía compuesta en un principio de un capitán, un teniente, dos subtenientes, cuatro sargentos, doce cabos, un tambor, un pífano y 82 fusileros, siendo su total de 100 plazas sin los oficiales. En 29 de enero de 1784 por el reglamento expedido para su servicio, gobierno y disciplina, se aumentó su fuerza hasta 120 plazas, siendo cinco los sargentos, 14 los cabos y 99 los fusileros, y además un capellán, un cirujano y un maestro armero. El vestuario era azul con divisa encarnada, de hechura á la catalana, con gambeto y redecilla, y el armamento, escopeta, pistolas y bayoneta. Los oficiales usaban casaca y chupa con las mismas divisas; tenían sus reales despachos como los oficiales de infantería, los mismos sueldos en sus respectivas clases, y además las gratificaciones mensuales siguientes: el capitán 120 reales, el teniente 80 y 60 el subteniente. El haber de los sargentos era de 149 reales al mes, 112 el de los cabos y 97 el de los fusileros, sin ración de pan.



Guardabosques real.

Tanto los oficiales como los indivíduos de la clase de tropa gozaban igual fuero, honores, distinciones, prerrogativas, premios y retiros que los del Ejército; tenían también hospitalidad, pero no sufrían descuento alguno ni de inválidos ni de montepío.

En las leyes penales y casos de justicia quedaba sujeta esta tropa á las ordenanzas generales del Ejército, y siempre que ocurría algún proceso lo formaba el capitán,

y antes de pronunciar sentencia lo pasaba por la vía reservada de guerra para la resolución del rey. Como el objeto principal de esta compañía era guardar los bosques reales, se estableció su cuartel en Aravaca, á una legua de Madrid, estando repartida en varios destacamentos, de los cuales uno de ellos á cargo de un oficial subalterno, debía estar siempre en el sitio donde se hallase la Corte.

Esta compañía estaba en el campo á la orden del ballestero y montero mayor del rey ó del que le sustituyese, y ejecutaba cuanto este alto dignatario previniese para el mejor servicio de S. M. Fuera del campo estaba sujeta á su capitán, pero dependiendo del ballestero mayor en lo tocante á las propuestas, licencias, retiros y demás que ocurriese del servicio.

Todo recluta que solicitaba entrar en la compañía, siendo natural de Cataluña, circunstancia precisa, debía ser presentado por el capitán al ballestero mayor, con su filiación, y si el ballestero mayor no encontraba reparo ponía su aprobación al pié de la filiación.

En las vacantes de oficiales, el capitán hacía la propuesta al rey entre los oficiales y sargentos y se pasaba al Ministerio de la Guerra por medio del ballestero mayor para la real resolución.

Además de las obligaciones especiales de su instituto, atendía también á la seguridad pública, persiguiendo y capturando á los malhechores y vagos en las demarcaciones que les estaban confiadas y en sus cercanías.

Rondas volantes de Cataluña.

Era el año 1779 cuando se presentaron al rey en Madrid tres famosos contrabandistas de Cataluña llamados Isidro Sausó (a) *Pirrot*, Jacinto Puigmarin y Mariano Sou, solicitando gracia de indulto y ofreciendo bajo juramento, formar con otros compañeros una partida ó ronda volante dedicada á perseguir el contrabando y los malhechores de toda especie en el Principado.

Pareció bien la hoy curiosísima petición y en 22 de marzo de aquel año se dictó una real orden, nada menos, ordenando al Capitán general de Cataluña para que les recibiese juramento y diese auxilio en la organización de la expresada ronda, que se denominó *Ronda volante de Cataluña* oficialmente, aunque el pueblo solo la denominó *Ronda del Pirrot.*

Adoptaron por uniforme gambeto azul celeste con galón amarillo, chupa de lo mismo con cuello encarnado y sombrero con galón de oro. En un principio dependieron del visitador del tabaco de Cataluña y al año siguiente á su creación se pusieron en un todo á las órdenes del Capitán general, llegando á reunirse un regular contingente de fuerza.

En poco tiempo y gracias al encarnizamiento con que persiguieron á todos sus antiguos compañeros de contrabando, casi desapareció tal plaga, siendo también muchos los servicios que prestaron en la persecución de malhechores.

Sufrieron estas rondas volantes—pues la primitiva á medida que aumentó su contingente se subdividió en varias — alteraciones diferentes hasta el año 1856 en que se disolvió, pasando al cuerpo de Cara-

bineros los indivíduos de ella que reunían las condiciones de reglamento.

Y con esta unidad formada de tan original modo, damos fin al presente capítulo, pues otros cuerpos regionales de seguridad pública creados por las fechas que estos anteriores, merecen capítulo aparte si se tiene en cuenta son los únicos que en la actualidad subsisten.

CAPITULO VII

Más cuerpos regionales de seguridad pública.

Escuadras de Barcelona.—Miñones de Vizcaya y Alava.—Migueletes de Guipúzcoa.—Somatenes de Cataluña.

Merecen, hemos dicho, capítulo aparte las ligeras notas referentes á los organismos con que estas líneas encabezamos. Creados antes que la Guardia Civil, han prestado excelentes servicios desde el primer momento, son hoy segura garantía del orden social, con casi idénticos funcionalismos que el benemérito instituto, iguales ideales y á lo que seguramente deben la vitalidad con que cuentan.

A pesar de entrar en el pensamiento que generó la Guardia Civil, la idea de que todos estos cuerpos fuesen desapareciendo ó refundiéndose en la misma á medida que aquella se estableciese en las provincias donde prestan sus servicios, el justo crédito que han merecido tanto en paz como en guerra, y el no haber llegado aún la fuerza numérica de la Guardia Civil al desarrollo necesario para en absoluto encargarse de garantizar la seguridad en todos los campos y poblados de la península, ha sido causa de que aún subsistan.

Pero justo es reconocerlo, tanto las Escuadras de Cataluña como las fuerzas forales de las regiones vascas y la popularísima organización de los somatenes catalanes, honran las provincias donde actualmente se hallan establecidas.

Escuadras de Cataluña.

Nacieron á la terminación de la Guerra de Sucesión. La multitud de malhechores de que se vió infestada Cataluña como natural consecuencia de la guerra, que en todas épocas y lugares fueron siempre germen para tal clase de gente, indujeron á los pueblos habilmente estimulados por las autoridades, á crear partidas al uso del país y con semejanza en cierto modo á las de los mismos bandoleros, que, apellidándose *Migueletes* y otras denominaciones por el estilo, se dedicaron á perseguirlos.

Distinguióse muy particularmente en la organización de tales par-

tidas, el Batlle ó alcalde de la villa de Valls, quien formó con tal fin unas escuadras de mozos, que por los felices resultados que obtuvo y el terror que infundió á los foragidos, adquirió en poco tiempo justa celebridad.

En vista de tales resultados, el Capitán general del Principado, marqués de Castel Rodrigo, propuso al rey y este decretó en 1719 el que tales fuerzas se declarasen cuerpos permanentes con la denominación de *Escuadras de fusileros* y luego simplemente *Escuadras de mozos*, á los que el pueblo añadió de *Batlles de Valls* en honor de su fundador, pues conservó por real privilegio para sí y sus sucesores el cargo de primer comandante, hasta el año 1831 en que por haber solicitado su retiro el último jefe de aquella familia, y renunciado sus herederos á hacer uso del privilegio, fué nombrado jefe el cabo más antiguo entonces.



Mozo de escuadra.

Contaron al dárseles organización militar á estas escuadras, de dos comandantes, 14 cabos y 105 mozos, concediéndose poco después á los jefes y cabos categorías en el Ejército.

En su primera época de existencia se consideraron como meros agentes de la justicia, á manera de alguaciles armados, estando sujetos en todo caso á la jurisdicción ordinaria, dependiendo directamente de la sala del crimen de la Audiencia de Barcelona y del Capitán general como presidente que era de dicho tribunal.

Para su régimen y servicio, formóse por la misma audiencia una ordenanza particular, con la cual y las instrucciones que según los casos dictaba el Capitán general, se fué aumentando su espíritu y disciplina. En su auxilio á las justicias, persecución de salteadores y delincuentes y en el mantenimiento del orden, desplegaron estas escuadras activi-

dad, valor y sagacidad tan grande, que en poco tiempo se granjearon el aprecio de los pueblos y que brillantemente sostienen.

La totalidad de aquel cuerpo se distribuyó en 15 distritos. Valls que era donde residía el primer comandante, Ruydons, Falset, Santa Coloma de Queralt, Torres de Seget, Piera, Solsona, Arbos, Santa Coloma de Farnés, San Celoní, Figueras, Balaguer, Mora de Ebro, Seo de Urgel y Olot; dentro de cada cual y en correspondencia unos con otros los limítrofes dirigían las operaciones los comandantes y los cabos.

El vestuario que adoptaron y que solo ha sufrido ligeras modificaciones hasta el día, es el típico que el lector podrá apreciar en el grabado. Por armamento se les dió una escopeta larga con bayoneta corta, y pistolas de charpa para llevarlas sugetas en la faja. Tanto el vestuario como el armamento era costeado por el indivíduo de su respectivo haber; igualmente que su entretenimiento, víveres y alojamiento, pues no se le daba ración alguna ni mas auxilio que sus haberes, y á prorrateo éstos entre los pueblos del Principado.

Durante la Guerra de la Independencia desaparecieron estas escuadras, fundiéndose en los tercios de Migueletes para reorganizarse después de terminada, bajo su antiguo pié. Fundado en motivos políticos se disolvieron por decreto de las Cortes en 8 de noviembre de 1820, reorganizándose otra vez en 1823 á la caida del sistema constitucional, volviéndose á suprimir para restablecerse por real decreto de 3 de mayo de 1880, que debía suplir el aumento de la Guardia civil para que estaba facultada la Diputación de Barcelona con arreglo á la ley de 7 de julio de 1876.

En aquel decreto se disponía que para el caso de que no llegase á verificarse el aumento del contingente de la benemérita, el gobierno presentaría oportunamente á las Cortes un proyecto de ley con objeto de organizar definitivamente el cuerpo de Mozos de Escuadra, y en efecto, por real decreto de 4 de mayo de 1892 se le dió la organización que hoy tiene y con arreglo al artículado del mismo que á continuación insertamos.

Art. 1.° El cuerpo de Moros de Escuadras de la provincia de Barcelona, restablecido por real decreto de 3 de mayo de 1880, se reorganiza militarmente, quedando comprendido en el art. 5.° de la ley de 19 de julio de 1889, adicional á la constitutiva del Ejército, y sujeto, por tanto, á las ordenanzas generales del mismo y al Código de Justicia militar.

Art. 2.° Este Cuerpo dependerá del Ministerio de la Guerra para su organización y disciplina, y del de la Gobernación por lo que respecta al servicio, desempeñando las funciones de inspector nato del mismo el Capitán general de Cataluña.

Art. 3.° Las fuerza de dichas escuadras será costeada por la Diputación provincial de Barcelona, dependiendo de ella en todo lo relativo á su administración, á fin de que pueda prestar cumplidamente el servicio de guardería rural, objeto principal de este Cuerpo.

Art. 4.° La misión de este Cuerpo será la misma que por las vigentes disposiciones legales corresponde al de la Guardia civil, con el que cooperará á la ejecución de los servicios relacionados con el manteni-

miento del orden, protección de las personas y haciendas y sus derivados.

Art. 5.° El Cuerpo de Moros de Escuadras constará, por ahora de 225 hombres filiados por dos años, cuando menos, y estará al mando de jefes y oficiales del Ejército, los cuales serán destinados de real orden y en virtud de propuesta que la Diputación provincial hará por conducto del Capitán general de Cataluña. Percibirán éstos el sueldo de reemplazo por el presupuesto de Guerra, y el resto, hasta el completo del de su empleo á cargo por las cajas de la Diputación provincial, ya citada.

Art. 6.° Se respetan los derechos adquiridos por el jefe y cabos existentes en la actualidad en dichas Escuadras.

Art. 7.° Por el Ministerio de la Guerra se dictará un reglamento por el que deba regirse el expresado Cuerpo.

Omitimos el funcionamiento de dicho organismo por tener según ya hemos dicho grandes puntos de semejanza á la Guardia civil.

Miñones de Vizcaya y Alava y Migueletes de Guipúzcoa.

Al terminar la primera guerra civil, aunque gracias á las morigeradas costumbres de los habitantes de las provincias vascongadas, quedaron éstas limpias de esos residuos que tales dejan, y que constituyen plantel seguro de malhechores de todas especies, se reorganizó la compañía de miñones con que la provincia de Alava contaba ya, creándose otras dos en Vizcaya y Guipúzcoa.

Prestan estas fuerzas en las tres provincias hermanas, análogo servicio que la Guardia Civil, y aun cuando al crearse ésta se preceptuó que desapareciesen dichas fuerzas cuando los contingentes del benemérito instituto fuesen los suficientes para sustituir sus servicios, esto no ha sido aún posible, y aquellas compañías siguen prestando excelentes servicios en las vascongadas.

Dependen en cuanto su organización y disciplina del ramo de guerra y para el servicio de las diputaciones provinciales respectivas, por las que cobran sus haberes sus subordinados, siendo sus jefes y oficiales del Ejército, en situación de reemplazo ó retirado. Son tan semejantes estas tres unidades, que nos limitaremos á exponer lo dispuesto para los Miñones de Vizcaya.

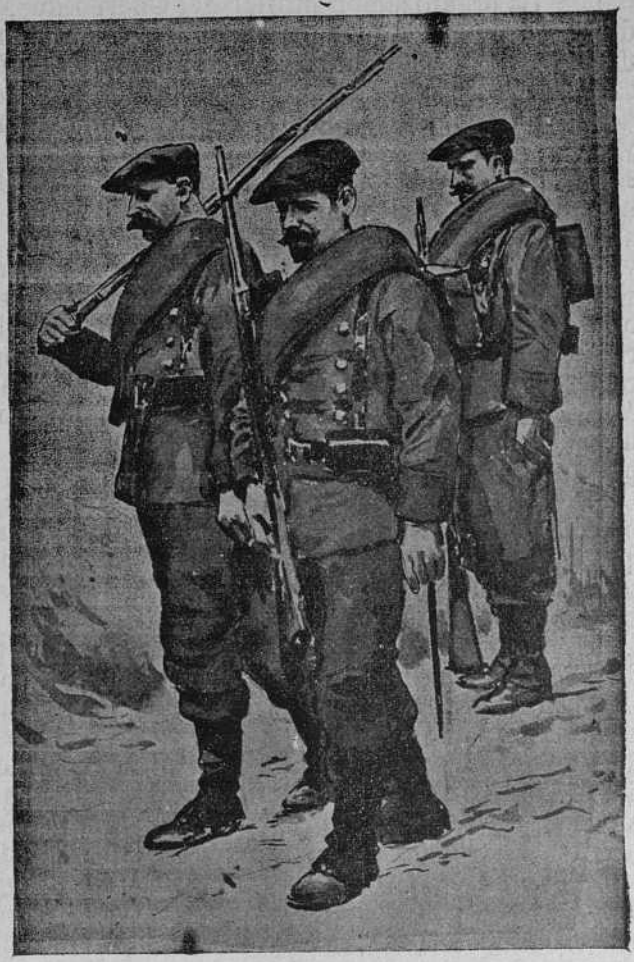
El general D. Marcelo de Azcárraga, ministro de la Guerra que era cuando se dotó el cuerpo de Miñones de la organización que hoy tiene, decía en la exposición que precedió al decreto para su organización militar, lo siguiente:

"La Diputación provincial de Vizcaya, ha solicitado del Gobierno de V. M., que la fuerza de Miñones, organizada actualmente en aquella provincia, sea considerada en todos sus actos como la Guardia Civil, con el laudable propósito de rodearla del prestigio y prerrogativas militares que ésta goza, para que en la práctica del servicio que le está encomendo, coadyuve á imponer el respeto á las autoridades, asegurando la protección de personas y haciendas y el mantenimiento del orden público.

El Gobierno reconoce la conveniencia de que sean atendidos los deseos de dicha corporación, ya que el estado del Tesoro no ha hecho posible aún el aumento de la Guardia Civil, determinado en la ley de 7

de julio de 1876, á cuya fuerza han venido á substituir en parte á los referidos Miñones, puesto que la de aquél instituto no cuenta en la expresada provincia con el suficiente número de hombres para atender al servicio que requiere una región, en la que el creciente desarrollo de su riqueza minera ha elevado considerablemente su población.

Teniendo además presente los relevantes servicios que el cuerpo de Miñones, bajo el mando de oficiales del Ejército, viene prestando desde su creación, circunstancias bastantes para deferir á lo solicitado por la Diputación de Vizcaya, es conveniente se le declare comprendido dentro del artículo 5.° de la ley de 19 de julio de 1889, con lo cual quedaría sujeto á las ordenanzas generales del Ejército, y por lo tanto en las mismas condiciones que la Guardia Civil, puesto que su misión es análoga en un todo.



Miñones de Vizcaya.

Trae consigo esta declaración, la dependencia de los Miñones del Ministerio de la Guerra para la organización y disciplina, y del de la Gobernación en cuanto se refiere á su servicio normal, quedando á cargo de la Diputación provincial, que satisface todos los gastos, lo relativo á la parte económica y administrativa, y exige asimismo modificar su actual reglamento para harmonizarlos con los preceptos militares.

La organización militar de estas fuerzas, ofrecerá ventajas para el servicio de la provincia de Vizcaya y para el Estado, al que, por otra parte, no se le origina con ello gasto alguno, y la existencia de esta fuerza no se opone á que en su día, cuando la situación del Tesoro pú-

blico lo permita, se cumplimente en todas sus partes la ley de 7 de julio de 1876, ó sea en sustitución por la Guardia Civil cuando el contingente de ésta sea suficiente„.

El decreto á que precedía dicha exposición fué aprobado por la Reina Regente, madre de nuestro actual Monarca, en 6 de abril de 1892 y por virtud de él se dispuso:

1.° La organización militar del Cuerpo de Miñones de la provincia de Vizcaya, quedando comprendido en el artículo 5.° de la ley de 19 de Julio de 1889, adicional á la constitutiva del Ejército, y sujeto, por tanto, á las ordenanzas generales del mismo y al Código de justicia militar.

2.° Su dependencia del Ministerio de la Guerra para su organización y disciplina, y del de la Gobernación por lo que respecta al servicio, desempeñando las funciones de inspector nato del mismo el Capitán general de las provincias Vascongadas.

3.° Que la fuerza de Miñones fuese costeada por la Diputación provincial, dependiendo de ella en todo lo relativo á su administración.

4.° Que constase por ahora, de cien hombres filiados por dos años, cuando menos, estando al mando de oficiales del Ejército, los cuales serían destinados de real orden y en virtud de propuesta que dicha corporación hace por conducto del Capitán general de Vascongadas. Perciben éstos el sueldo de reemplazo por el presupuesto de guerra, y el resto hasta el completo de su empleo ó cargo por las cajas de la Diputación provincial, ya citada.

5.° La misión de este Cuerpo será la misma que por las vigentes disposiciones legales corresponde al instituto de la Guardia Civil, con el que cooperará á la ejecución de los servicios relacionados con el mantenimiento del orden, protección de las personas y haciendas y sus derivados.

El uniforme de este Cuerpo se dispuso fuese por R. O. de 11 de junio de 1895 el siguiente y que en la actualidad lleva.

Para la tropa.—Guerrera de paño azul tina turquí, abrochándose adelante, con doble fila de siete botones grandes dorados con las armas de Vizcaya; llevando toda la prenda un vivo encarnado, y en la espalda, desde el talle á la conclusión, dos carteras de dos picos, teniendo en cada uno de ellos un botón grande igual á los delanteros. Las hombreras del mismo paño con un ribete de un centímetro de paño de grana sin almohadilla, teniendo á la terminación un ojal para abrocharla á un botón pequeño colocado á un centímetro de la costura del cuello; bolsillos interiores, mangas de forma recta, con unas vueltas de diez centímetros de altura, vivo también encarnado y un botón pequeño, cuello encarnado de tres centímetros de altura, y á cinco de su terminación y entrelazadas, las iniciales M. V., el corte de la prenda holgado, y su largo hasta cubrir la cruz del pantalón y llevando forro de algodón, retor moreno y abertura en el costado izquierdo para el tahalí.

Pantalón.—De forma recta, sin vivo ni franja alguna, y de paño azul tina turquí, igual al de la guerrera.

Polainas.—De paño oscuro, color ceniza, de forma igual á la reglamentaria en Infantería.

Boina.—Encarnada, con una chapa amarilla en su parte central, lle-

vando el escudo de armas de la provincia, con la inscripción "Miñones de Vizcaya.„

Guantes.—De algodón ó de hilo blancos.

Esclavina.—De paño azul tina turquí, con capucha y borla en el extremo ó punta de ésta, con cinco botones y un cuello de unos dos centímetros.

En cuanto á los oficiales, guerrera del mismo color, forma y construcción que la de la tropa, forrada de satén negro, cuello negro, las hombreras compuestas por cuatro cordones de oro, formando un conjunto de cuatro centímetros de anchura.

Las demás prendas iguales á la tropa, usando en vez de la esclavina, el capote ó capota reglamentarios en el arma de Infantería.

Respecto al armamento, por R. O. de 5 de junio de 1897 se dispuso se les dotase de fusil Remington, modelo 1871-89 con su correspondiente bayoneta, el cual se les facilita por el parque de artillería de Bilbao.

Somatenes de Cataluña.

Altamente sujestiva es la organización, historia y constitución de los Somatenes catalanes, reflejando fielmente el alto espíritu que anima aquellas provincias, cuyo estado de superior cultura es innegable.

Institución antiquísima en Cataluña, ha penetrado en las costumbres de la gente rural, de los payeses, de un modo completo, encarnando en el pueblo donde arraigó en forma tal, que no se ha conseguido imitar en ninguna parte.

En cuanto se comete un robo, un asesinato ó se tiene noticia de que existe en una parte del territorio una partida armada que perturba la tranquilidad pública, la parroquia, la ermita más próxima *toca á somatén*, acudiendo rápidamente los vecinos de los pueblos, de las masías ó casas de labranza, armado cada uno con lo que tiene, escopeta de caza, fusil viejo, pistola, hoz, gua-



Somatén de un pueblo catalán.

daña ó simplemente con palos, re reunen, se distribuyen para dar una eficaz batida, utilizando el conocimiento que del terreno tienen, y así consiguen capturar á los delincuentes y asegurar la paz pública.

En nuestras guerras con la vecina república, prestaron los somatenes excelentes servicios ayudando á vigilar la frontera, defender posiciones atrincheradas, contribuyendo al socorro de las plazas sitiadas. En las guerras civiles dieron bastante que hacer á las tropas del gobierno cuando simpatizaron con los insurrectos y facciosos, pero en cambio han hecho imposible la continuación de la guerra cuando una política hábil consiguió que el somatén sea hostil á la rebelión.

Ejemplo palpable de ello lo tenemos en 1875 cuando el general Martínez Campos después de tomar la Seo de Urgel y de haber aniquilado los núcleos importantes de fuerzas carlistas, consiguió levantar el somatén para extinguir las últimas partidas facilmente convertibles en cuadrillas de bandoleros. En cambio no ha servido nunca para extinguir la rebelión cuando se encuentra poderosa. El general González de Velarde intentó levantarlo contra los carlistas en 1873, sin conseguirlo.

Después de la última guerra carlista en 1875, se organizó de un modo permanente el cuerpo de *Somatenes armados de Cataluña*. Fué su organizador el brigadier D. Joaquín Mola Martínez, muy conocedor de Cataluña y sus habitantes y excelente militar que había hecho la guerra en aquel país como jefe de columna.

Esta organización popular constituye para el Ejército un grupo de fuerzas auxiliares, teniendo por objeto asegurar la tranquilidad del país, hacer respetar las leyes y las autoridades legalmente constituídas, perseguir hasta su completo exterminio á toda partida latrofacciosa que bajo cualquier bandera trate de robar, ó turbar la paz pública dentro del territorio, y aprehender á todo indivíduo reclamado por la justicia. Están organizados en la siguiente forma: jefe superior, el Capitán general del distrito; un presidente, general del Ejército, y 16 vocales que forman la Comisión organizadora; 16 auxiliares, jefes y oficiales del mismo, á cuyas órdenes hay cabos y subcabos de partido, distrito municipal y pueblo, y todos los varones de 14 á 60 años, que por su amor al orden y adhesión á las autoridades obtienen del jefe del distrito militar autorización para conservar en su poder un arma de fuego con su dotación de municiones, para el expresado fin. La plantilla de oficiales del Ejército, es un general de brigada, dos tenientes coroneles, siete comandantes y siete capitanes, cada uno de los cuales tiene á su cargo el mando é inspección de una zona determinada.

Entiende en todos los asuntos del somatén la Junta organizadora, compuesta por acaudalados é influyentes propietarios y diputados provinciales que representan á las cuatro provincias catalanas, presidida por el Inspector ó Capitán general.

Además de los cabos y subcabos de distrito jefes directos del somatén, hay otros de partido judicial dirigidos en las mayores circunscripciones por los jefes y capitanes auxiliares del subinspector. Los indivíduos del somatén usan como única insignia, una bandolera de cuero con medalla, en la que se vé inscrito el lema del cuerpo: *Pau, pau y sempre pau* (Paz, paz y siempre paz).

No se organiza el somatén más que en aquellos distritos donde existen elementos apropósito; en cambio en algunos, por rencillas locales, pasiones políticas y discordias internas ha tenido que disolverse. El nombramiento de cabos y subcabos está sometido á rigurosas y severas condiciones, exonerándose al que falte á sus deberes y recompensándose en cambio con cruces del Mérito Militar los servicios distinguidos que sus indivíduos prestan.

Entre los más relevantes servicios del somatén, hay que citar el combate del 6 de junio de 1808, en el que los somatenes de Manresa, Igualada y pueblos inmediatos rechazaron á la división francesa del general Schwarz, copándole una parte de la artillería. En conmemoración de este triunfo—que ha servido al notable historiador, académico y capitán de infantería D. Francisco Barado, inteligencia privilegiada y una de las más legítimas glorias de las letras militares para un brillantísimo estudio—se levantó por suscripción voluntaria en el pueblo del Bruch, un monumento conmemorativo, que se inauguró con gran solemnidad el 6 de junio de 1892, asistiendo gran número de somatenes y llevando el de Igualada la histórica bandera del Santo Cristo que concurrió á dicha memorable acción.

Posteriormente se declaró patrona de los Somatenes á la Virgen de Monserrat, y reciente está aún la imponente reunión que éstos tuvieron en el histórico cerro con tal motivo y en ocasión del viaje que nuestro monarca hizo á Cataluña.

Y con esto damos por terminado las ligeras noticias sobre cuerpos regionales de seguridad, pues si bien no hemos mencionado aquí algunos otros, en lugar oportuno lo haremos para mejor seguir el orden narrativo que nos hemos impuesto.



PARTE SEGUNDA

Desde la invasión francesa en España hasta la creación de la Guardia Civil.

CAPITULO I

Ojeada histórica sobre los acontecimientos políticos y militares desde Fernando VII á la fecha.

Es tan fecunda en acontecimientos militares y políticos la historia patria, desde el reinado de D. Fernando VII hasta D. Alfonso XIII (1808 á 1907) y se hallan tan íntimamente ligados aquéllos con la organización, alteración y modificación de los cuerpos cuya historia nos ocupa, que fuerzan al cronista, para más facil exposición, lanzar aunque sea ligerísima ojeada sobre ellos (1).

De las anormalidades en que se desarrolló la vida nacional, surgieron cuerpos que honran á la nación que los instituye; murieron otros apenas nacientes, y sufrieron transformaciones radicalísimas determinados elementos. Fuerza es, repetimos, examinar dichos reinados cual prólogo al estudio de las instituciones y cuerpos que en sucesivos capítulos hemos de examinar.

Reinado de D. Fernando VII.

El nada venturoso reinado de Carlos IV, en el que para España sólo son hechos tristemente salientes, el desastre de Trafalgar, día el más infausto que cuenta nuestra marina de guerra; el tratado de Fontainebleau, que permitió la entrada del ejército francés en España con el cebo de repartirse ambas naciones el vecino reino de Portugal, y la escandalosa privanza de Godoy, quien sin oir silbar una bala fué elevado desde simple guardia de Corps al cargo de generalísimo de los ejércitos de mar y tierra, confiriéndosele el título de Príncipe de la Paz con otras grandezas, honores, preeminencias y riquezas largas de

(1) El autor tiene también muy en cuenta que el expresado libro está dedicado preferentemente al benemérito instituto, cuyas clases é individuos de tropa no tienen por obligación conocer la historia de España.

enumerar, que solo tuvieron cual fundamento el favoritismo de la Reina, terminó con la abdicación en favor de su hijo D. Fernando VII, después de su escandalosa prisión y proceso por suponérsele, con fundamento, que contra su padre conspiraba, y de la caida de Godoy.



Don Fernando VII.

Aclamado con entusiasmo Fernando VII, subió al trono español el 19 de marzo de 1808, siendo reconocido por los embajadores de todas las potencias á excepción del francés, pues decidido Napoleón á enseñorearse de España, y viendo un obstáculo á sus planes en la abdicación de Carlos IV, apeló á la intriga antes que á la fuerza de las armas.

El 3 de marzo del mismo año entró en España y el día 23 en Madrid el general Murat, gran duque de Berg, con un grueso ejército francés que el pueblo español recibió con gran júbilo, porque creía que venía á sostener y defender la causa de su rey Don Fernando. Murat, sin embargo, siguiendo las instrucciones de Napoleón, se negó á reconocer á Don Fernando por rey, pretextando que la abdicación de su padre había sido forzada, pero al propio tiempo tanto él como sus agentes secretos hicieron creer al pueblo que Napoleón había entrado en España y se dirigía á Madrid para reconocer á Don Fernando.

Se le preparó alojamiento en palacio, iban y venían correos, llegó un aposentador del emperador, entraban carros, que se decían cargados con el equipaje de S. M. y realmente eran carros de contrabando, se disponían fiestas públicas para su recibimiento, y todo esto no era más que un ardid, una farsa para engañar al rey y á su pueblo, con el fin de arrancar á aquél de España. El rey cayó en la red que se le tendía, fueron enviados á la frontera para recibir al emperador, que aún no había salido de París, los duques de Medinaceli, Frías y conde de Fernan-Núñez; el duque de Berg, consiguió que saliera á recibirle y felicitarle el infante D. Carlos, que llegó hasta Tudela sin tener noticias de Napoleón, y por último se obligó al mismo rey á que saliera á recibirle hasta Burgos, para lisongearle con esta prueba de cordialidad y franqueza y después á que pasara hasta Bayona.

Afortunadamente, antes de salir de España Fernando VII, nombró una junta de gobierno para que despachara los negocios en su nombre, compuesta de cuatro secretarios, presidida por el infante Don Antonio,

quien previendo que esta junta podría quedar inhabilitada, nombró otra junta suprema, compuesta de seis indivíduos, á los cuales delegó todas las facultades de la suprema autoridad, que se le habían concedido por el rey. A esta previsión se debió que la España tuviese una autoridad, legítima nacional, capaz de dirigir su defensa y hacer frente al poder usurpado por las bayonetas francesas.

Llegado el rey Fernando á Bayona, á donde habían sido llamados los reyes padres y Godoy, Napoleón le propuso que abdicara la corona en su padre, á lo que se resistió tenazmente el rey Fernando, hasta que Napoleón le intimó la abdicación ó la muerte. En tal situación no hubo otro medio que ceder á la fuerza, renunciando la corona en favor de su padre, quien en virtud de un tratado celebrado con Napoleón y firmado por Godoy, como plenipotenciario de Carlos IV, cedió el trono español á favor de Napoleón, el cual obligó á los infantes D. Carlos y D. Antonio, á quienes tenía tambien prisioneros en Bayona, á que renunciaran los derechos que podían tener á la corona española.

Luego que Napoleón se creyó por este medio investido de la soberanía de España, por decreto de 6 de junio proclamó á su hermano José rey de España, cuya disposición comunicó el mismo José al consejo de Castilla; pero nuestro legítimo monarca, burlando la vigilancia de la policía francesa, hizo conocer á la Junta de gobierno la coacción en que se hallaba, ampliándola sus facultades para que atendiera á la salvación del reino.

La Junta, dijo el Monarca, "hará cuanto juzgue necesario para el servicio del rey y del reino, á cuyo efecto tiene los poderes de que S. M. estaría investido, si residiese en el reino. Que las Cortes se reunan en el lugar mas conveniente, que se ocupen desde luego en juntar las tropas y subsidios necesarios para la defensa del reino, que sus sesiones sean permanentes para tomar en lo sucesivo cuantas medidas de salvación exijan los acontecimientos.„

Guerra de la Independencia.

No aguardó el pueblo español las órdenes de la Junta de gobierno para lanzarse al campo contra los franceses, pues así que tuvo noticia de que Madrid, en su siempre memorable día *Dos de Mayo,* había dado el grito de independencia, por todas partes se levantaron partidas y guerrilleros á los gritos de *Patria é Independencia, Rey y Religión;* en todas las provincias se crearon juntas de salvación, armamento y defensa; por todas partes se persiguió y mató á los franceses y afrancesados, sin que fuera bastante á contener este general entusiasmo el inmenso ejército francés, esparcido por toda la península, y las no pocas atrocidades que los franceses cometían para intimidar el donado é impertérrito pueblo español, de donde surgieron los esforzados guerrilleros que contra los franceses se levantaron, cual: Porlier en Asturias, Mina en Navarra, Villacampa en Aragón, Palarea en Toledo, el Empecinado en tierra de Guadalajara, el Cura Merino en Castilla la Vieja y Don Julián Sánchez en Salamanca.

Pero no pudo menos de conocerse luego que estos esfuerzos y sacrificios aislados no daban resultado favorable, y la necesidad de crear una Junta central que dirigiera el movimiento nacional y aunara los es-

fuerzos individuales y aislados, y merced á la actividad de los generales Palafóx y Castaños se vino á formar una Junta central y suprema de gobierno, compuesta de 36 diputados de todas las provincias, que se reunieron é instalaron en Aranjuez, bajo la presidencia de Floridablanca.

Apenas esta Junta había empezado á desempeñar su grave cometido, los progresos de las armas francesas la obligaron á retirarse á las Andalucías, y contando con el amparo y defensa que podía proporcionarla la fragosidad de Sierra Morena, se fijó en la ciudad de Sevilla.

Aquí instalada adoptó las medidas mas eficaces para la defensa de la pátria, y todas las juntas provinciales, incluso las de América, la reconocieron como suprema, é hicieron por la causa común cuantos sacrificios esta exijía.

De este modo pudo contar España en poco tiempo con diez y seis pequeños ejércitos, que operaban en diferentes puntos de la Península, pero que no pudieron impedir que los franceses se apoderaran de Andalucía, salvando el baluarte de Sierra Morena y obligando á la Junta central á retirarse á la isla de Leon.

La Junta central cumpliendo con el encargo del rey, había convocado las cortes del reino, pero temiendo que en las críticas circunstancias en que la nación se hallaba, el emprender reformas legislativas podía producir escisiones y partidos, resignó su autoridad en una regencia, compuesta de D. Pedro de Quevedo, obispo de Orense, de D. Francisco Saavedra, de los generales Castaños y Escaño, y de D. Esteban Fernández de Leon, regencia que fué reconocida por todas las provincias de España y la mayor parte de las de América. La regencia por temor á escisiones entre los mismos españoles, suspendió la reunión de las cortes generales y extraordinarias convocadas por la Junta central, pero éstas por último se reunieron en Cádiz, á pesar de hallarse casi bajo el cañón enemigo, nombrándose nueva regencia, compuesta de Don Joaquín Blake, D. Gregorio Ciscar y D. Pedro de Agár (americano).

Reunidas estas cortes, en las que estaban representadas todas las provincias y las ciudades y villas de voto en cortes, proclamaron segunda vez á D. Fernando VII por legítimo rey de España é Indias, dieron por nulas y de ningún valor las renuncias de Bayona, declararon nulo cuanto el rey hiciera estando en el extranjero ó bajo el influjo del usurpador de su corona y que la España no dejaría las armas, ni escucharía proposición alguna, sino precedía la total evacuación de la Península por las tropas francesas, que tan alevosamente la habían invadido.

Al mismo tiempo las cortes se ocuparon de formar una Constitución, que se llamó del año 12 por haber sido promulgada en él, y en la que por bases se reconocían la soberanía de la nación, los legítimos derechos de Fernando VII y su descendencia al trono de España; la inviolabilidad de su persona, y el exclusivo ejercicio de la religión católica, apostólica, romana.

Además de la ley fundamental ó constitución, tambien formaron estas cortes varias leyes administrativas, tales como las que tenían por objeto abolir el tribunal de la Inquisición, y el voto de Santiago, y es-

tablecer la libertad de imprenta, y la desvinculación de los bienes amayorazgados.

Nombraron, asimismo, nueva regencia compuesta de cinco individuos, que al año siguiente fué reemplazada por otra compuesta del cardenal Borbón, y los referidos Ciscar y Agar. Con esto cesaron las cortes extraordinarias, y en 1.° de octubre siguiente se abrieron las ordinarias en Cádiz: mas habiéndose declarado peste en esta ciudad se trasladaron á la isla de León, y de aquí á Madrid en enero de 1814.

Entretanto, las armas francesas solo poseían en España el terreno que pisaban, y sus legiones que pasearon triunfantes las águilas del imperio por toda Europa, eran destrozadas por el bisoño ejército español ó por los improvisados guerrilleros, cuando no sucumbían extenuados por el esfuerzo hecho para conquistar baluartes tan gloriosos como Zaragoza y Gerona.

Hacemos gracia al lector de aquella epopeya que comenzando el 2 de mayo en Madrid duró seis años asombrando al mundo entero. Sus hechos son de sobra conocidos para que tratemos de recordarlos, y en ellos comenzó á eclipsarse la historia de aquel coloso que se llamó Napoleón Bonaparte, cuyo hermano José ocupó aunque efímeramente el trono de España y el cual, justo es reconocerlo, intentó, como luego veremos, la instalación en España de una *Gendarmería* con idénticos fines que la que brillantemente tenía en funciones su patria y aún subsiste.

Viendo Napoleón Bonaparte el imponente estado de España, que con el auxilio de Inglaterra empujaba sus ejércitos hacia las provincias meridionales de Francia, mientras los aliados del Norte le perseguían victoriosos por todas partes, celebró con Fernando VII en Valencey, donde le tenía prisionero, un convenio reconociéndole como legítimo soberano de España é Indias, con ciertas condiciones duras, que no aceptaron ni la regencia ni las cortes españolas, considerándolas contrarias á la dignidad de la nación, y cuya repulsa no fué obstáculo para que cesara la guerra en España, el rey quedara en libertad y acompañado de los infantes D. Carlos y D. Antonio entrara por Cataluña en el territorio español el día 24 de marzo de 1814, el 28 en Valencia, después en Zaragoza y el 13 de mayo en Madrid.

Acontecimientos políticos.

Las Cortes, luego que supieron el pronto regreso del rey á España, decretaron que el presidente de la regencia saliera á la frontera á recibir á S. M. y que el rey viniera directamente á Madrid, sin ejercer su soberanía hasta que en el seno de las Cortes jurara la Constitución, de la que se le entregaría un ejemplar, lo que no tuvo efecto hasta que llegó á Valencia. Más, en su tránsito desde la frontera, el rey había recibido diputaciones contrarias al gobierno representativo, adhesiones de varios generales y cuerpos de tropa en sentido absolutista, y una representación firmada por 69 diputados de las Cortes, en la que suplicaban al rey que no jurase la Constitución, y que disolviera la asamblea nacional, llamando á Cortes por estamentos. En tal estado, el día 4 de mayo el rey dió en Valencia un decreto declarando su ánimo de no acceder á la Constitución hecha por las Cortes extraor-

dinarias, ni á decreto alguno de aquéllas, ni de las ordinarias en todo aquello que fuese depresivo de su soberanía, dando por nulos y de ningún valor ni efecto dicha constitución y decretos, declarando al mismo tiempo reo de lesa majestad al que contrariare por obra, palabra ó escrito esta real resolución.

Después de este decreto salió el rey de Valencia con dirección á Madrid, negándose en el camino á recibir una comisión de las Cortes que salió á felicitarle. El día 10 de mayo se publicó en la capital el decreto del día 4, y el Capitán general ocupó con tropas el salon de las Cortes, declarándolas disueltas, prendió á dos indivíduos de la regencia (Agar y Ciscar), á los secretarios del despacho y á muchos diputados de las Cortes. Estos decretos fueron ejecutados en Madrid, con gran regocijo del pueblo, que al grito de: *fuera liberales*, se pronunció en favor de la monarquía absoluta y el rey hizo su entrada el día 13, recibiendo de los madrileños las demostraciones más entusiastas.

Después de los decretos aboliendo la Constitución de 1812, y otros actos del gobierno constitucional, Fernando VII publicó otros varios importantes, prohibiendo la entrada en el reino á los que habían servido al rey José Bonaparte como consejeros, ministros y embajadores, á los militares de capitán arriba, á los empleados de policía y á los que hubiesen aceptado títulos y dignidades eclesiásticas. Restableció el tribunal de la Inquisición y los jesuitas, encargándoles la enseñanza pública, condenó á presidio á algunos que se habían distinguido por su liberalismo, se devolvieron al clero los bienes de que había sido privado, se le relevó de las cargas que se le habían impuesto durante la guerra, se creó un ministerio de policía, á ejemplo del que en Francia existía desde los tiempos del directorio, restableció asimismo la horca, y se pretendió organizar la administración pública y arreglar la Hacienda. Muchas de estas medidas causaron nuevos descontentos sobre los que ya existían, por ser más contrarios al régimen absoluto establecido por Fernando VII y llevado hasta la exageración por algunos de sus consejeros.

Mientras por el gobierno se dictaban éstas y otras providencias reaccionarias, los liberales conspiraban en varios puntos para restablecer la abolida Constitución del año 12. El general Mina se rebeló en Pamplona, en 1814, y tuvo que emigrar á Francia; el mariscal de campo Porlier se alzó en la Coruña en 1815, y murió en la horca; el comisario de guerra Richard, atentó contra la vida del rey en Madrid en 1815, y sufrió la misma suerte; el teniente general Lacy conspiró en Barcelona en 1817, y también murió ahorcado; el coronel Vidal lo hizo en Valencia en 1818 con el mismo resultado, y por último, el conde de la Bisbal descubrió en 1819 otra conspiración en el mismo cuartel general del ejército expedicionario, que con tanto afán y tantos sacrificios se había reunido en el Puerto de Santa María, para enviarle á reprimir la sublevación de las Américas.

Una epidemia que se declaró en las costas de Andalucía retrasó por algún tiempo el embarque de este ejército ganado ya por los liberales, y en 1.° de enero de 1820 se pronunció en las Cabezas de San Juan á favor de la Constitución de 1812, siendo sus principales motores el co-

mandante D. Rafael del Riego, los coroneles Quiroga, López Baños y Arco Agüero, y el brigadier O-Dali, los cuales tenían relaciones en todas las provincias para apoyar el movimiento. Este no solo fué secundado por la mayor parte de los generales del gobierno, sinó que alguno de ellos, como el conde de la Bisbal, enviado á reforzar el ejército de Andalucía, se pronunció en Ocaña á favor de la Constitución, y ésta á los pocos días se vió proclamada en Zaragoza, la Coruña, Barcelona, Valencia y otras ciudades, y el día 7 de marzo lo fué en Madrid, cuyo pueblo obligó á Fernando VII á jurarla ante una junta nombrada al efecto y á convocar las Cortes, según ésta prevenía, abriéndose de esta manera el segundo periodo constitucional.

El gobierno constitucional concedió amnistía á todos los emigrados y presos por sus opiniones liberales, por haber servido al gobierno intruso, hizo renovar al rey ante las cortes su juramento á la constitución, suprimió los jesuitas y la Inquisición, y toda clase de vinculaciones, los Monacales y Regulares, creó la guardia Nacional, estableció la libertad de imprenta é introdujo otras reformas, que hicieron gran número de descontentos. Se formaron sociedades con el nombre de *Comuneros*, *Masones*, *Anilleros* y otras que desmoralizaron al pueblo con vanas teorías, induciéndole á desobedecer á las autoridades y á cometer toda clase de excesos. Se asesinó en Madrid al cura de Tamajón, preso político, se insultó públicamente al rey, hubo desórdenes en Cádiz, Sevilla, Valencia, Murcia, Cartagena y la Coruña, conato de república en Barcelona y Zaragoza, choque entre la tropa y paisanos en Madrid, Aranjuez y Valencia, sin que éstos acontecimientos sacaran al gobierno constitucional del letargo en que se hallaba.

Por todas las provincias se levantaron partidas de realistas, y aún en Cataluña se creó una regencia á nombre del rey, y el gobierno, para poner término á este caso, no adoptó medidas enérgicas, si se esceptúa el fusilamiento del general realista Elio.

Intervención francesa.

Este estado de cosas en España llamó la atención de las cortes de Europa, y reunidos en Verona, los representantes de Francia, Austria, Prusia y Rusia, á fines de 1822, discutieron los cinco puntos siguientes: 1.° abolir el tráfico de negros; 2.° las piraterías de los mares de América; 3.° los altercados de Oriente, entre Rusia y Turquía; 4.° la situación de Italia; 5.° los peligros de la revolución de España relativamente á Europa y á la Francia en particular, cuyas sociedades secretas estaban en comunicación é inteligencia con las de España contra Luis XVIII y á favor de Napoleón II.

Como consecuencia del acuerdo tomado en Verona, se dirigieron notas al gobierno de España, haciéndole presente que para conservar la paz de Europa, era preciso reformar la constitución, conceder al rey mayores prerrogativas, á cuyas notas dió el gobierno español una contestación negativa y enérgica, la cual motivó la invasión de un ejército francés en nuestro territorio.

En 27 de enero de 1823 anunció Luis XVIII á las cámaras francesas que era su ánimo enviar á España un ejército, mandado por un príncipe de la sangre para restablecer al monarca en los derechos de que es-

taba despojado, y el 7 de abril penetró en España el duque de Angulema al frente de cien mil hombres y precedido de varias partidas realistas al mando del general Quesada, dejando en Oyarzún instalada una junta, que se tituló Suprema de Gobierno de España é Indias.

Al llegar casi de improviso las tropas francesas á Alcobendas, la guarnición de Madrid capituló, y en virtud de esta capitulación, los franceses entraron en Madrid el día 23 de mayo, el 24 entró Angulema y el 25 nombró una regencia durante la ausencia del rey.

Este había salido á primeros de abril con el gobierno constitucional. ministros, consejo de Estado, tribunales y autoridades escoltados por una parte de la Milicia Nacional, y se habían dirijido á Sevilla, en donde supieron la entrada de los franceses en Madrid, y que dos ejércitos se dirijían á Andalucía, uno por Extremadura y otra por la Mancha.

Sabido ésto por el gobierno constitucional, acordó contra la expresa y decidida voluntad del rey trasladarse á Cádiz, suspendiéndole de su autoridad durante el viaje y nombrando una regencia que cesó al llegar á Cádiz; pero ya la de Madrid había declarado reos de lesa magestad á cuantos habían votado la suspensión de la autoridad real.

Durante este tiempo, muchos generales habían capitulado con los franceses, y éstos no tuvieron otra cosa que hacer que arrojar de Cádiz el gobierno constitucional y poner en libertad á Fernando VII. La plaza de Cádiz que se hallaba bloqueada desde el 25 de junio, se defendió con valor contra los franceses, los defensores del Trocadero sostuvieron con heroismo su posesión el día 31 de agosto contra triplicadas fuerzas enemigas, pero éstas al fin se apoderaron del Trocadero como lo habían hecho del castillo de Santi Petri, y empezaron á bombardear la plaza. En vista de ésto, los pocos diputados que habían quedado en Cádiz representaron al rey, en 27 de septiembre, que resolviese por sí lo que juzgase conveniente, disolviéndose en seguida el Congreso, con lo que cesó toda resistencia por parte de los liberales reunidos en Cádiz.

El día 1.° de octubre ocuparon la plaza de Cádiz las tropas francesas, y en el acto se mandó á la Milicia Nacional deponer las armas, lo que ejecutó sin resistencia. En el mismo día partió D. Fernando para el Puerto de Santa María, donde fué recibido por el duque de Angulema y el del Infantado, como presidente de la regencia, y dió un decreto declarando nulos todos los actos del gobierno constitucional, restableciendo las cosas al ser y estado que tenían antes del 9 de marzo de 1820, y aprobando cuanto había hecho la regencia del reino últimamente instalada en Madrid.

En vista de este desenlace capitularon Alicante, San Sebastián y Badajoz, únicas plazas que aún permanecían fieles al gobierno constitucional, y de los actos de éste solo dos fueron revalidados por Fernando VII, á saber: las sentencias judiciales no motivadas por delitos de infidencia, y la amnistía de los afrancesados.

Fernando VII, sin embargo de haber ofrecido al duque de Angulema conservar el gobierno constitucional y conceder una amnistía, anuló todo lo hecho durante la revolución, y empezaron de nuevo las persecuciones contra los liberales, y las conspiraciones de éstos por sacudir el yugo del absolutismo. Este sistema de represión, sostenido por

los ministros de Fernando VII, duró hasta que casado en cuartas nupcias con Doña María Cristina, princesa de Nápoles, templó algún tanto el rigor absolutista, concediéndose amnistías y perdones á los espatriados y procesados por causas políticas.

Se derogó la ley Sálica, que excluia á las hembras de la sucesión al trono, y se juró como heredera de la corona de España á la princesa Isabel el 20 de junio de 1833, protestando su tío paterno el infante Don Carlos, desterrado en Portugal, por haber manifestado que no la reconocería como legítima heredera de la corona, porque en virtud de la ley Sálica él tenía derecho á ocupar el trono al fallecimiento de su hermano Fernando, sin hijos varones.

Minoría de D.ª Isabel II y primera guerra civil.

Muerto en 29 de setiembre de 1833 Fernando VII, fué proclamada reina de España, su hija D.ª Isabel II menor de edad, bajo la tutela de su madre D.ª María Cristina, nombrada regente y gobernadora del reino por su difunto esposo. Esta, en un manifiesto dirigido á los españoles, ofreció conservar intacto el depósito de la autoridad real y mantener religiosamente la forma de gobierno establecida y las leyes fundamentales de la monarquía, sin admitir innovaciones. Al poco tiempo, sin embargo, se hicieron cambios notables y aun radicales en la administración y gobierno de la monarquía, hasta entonces absoluto.

Se promulgó el Estatuto Real que establecía para el gobierno del Estado dos Estamentos ó Cámaras, el de los próceres ó grandes señores vitalicios y el de procuradores de elección popular.



Doña Isabel II.

Mientras esto pasaba en la corte, se levantaron á favor del infante Don Carlos proclamándole rey de España con el nombre de Carlos V, las provincias Vascongadas que veían amenazados sus fueros con el nuevo orden de cosas.

Una parte de la Rioja, de Navarra, de Castilla la Vieja, de Cataluña y de Valencia secundó este movimiento, y en otras provincias tambien se levantaron partidas á favor del infante, declarándose por éste el partido absolutista, y por Doña Isabel el partido liberal, con lo que la guerra dinástica vino á convertirse en guerra política.

Austria, Rusia, Prusia y Roma no reconocieron á la reina Doña Isa-

bel, manifestando simpatías hacia Don Carlos, y en cambio Francia, Inglaterra y Portugal, en virtud de un tratado que se llamó de la *Cuádruple alianza*, se obligaron á auxiliarla con tropas contra su tío Don Carlos.

El infante Don Carlos se presentó en Navarra (1834), y los cabecillas Zumalacárregui, Merino y Cabrera organizaron las fuerzas carlistas en Navarra, provincias Vascongadas, Castilla la Vieja, Aragón, Cataluña y Valencia, y las aumentaron de tal modo, que ya podían medir sus armas con las tropas de Doña Isabel. El general Valdés, ministro de la guerra y general en jefe de las tropas de la reina, fué derrotado por Zumalacárregui en el Valle de las Amézcoas, y la guerra tomó en 1835 un carácter distinto del que hasta entonces había tenido.

Habiéndose encarnizado la guerra civil, hasta el extremo de no darse cuartel las partes beligerantes, vino á España Lord Elliot, comisionado por S. M Británica, y propuso un convenio (que firmó por parte de la reina D. Gerónimo Valdés y por la de D. Carlos el general D. Tomás Zumalacárregui) en el que se estipuló que en adelante sería respetada la vida de los prisioneros, pudiéndose cangear clase por clase y grado por grado.

Después de este tratado continuó la guerra con éxito tan dudoso, que el gobierno español pidió á Francia é Inglaterra, en cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza, la intervención armada para acabar con los carlistas, intervención que por entonces no tuvo efecto, aunque sí mas adelante, con fuerzas muy considerables. Con la venida de éstas los carlistas tuvieron que levantar el sitio de Bilbao, (muerto de resultas de las heridas que en esta jornada recibió su jefe Zumalacárregui) fueron derrotados en Mendigorría y Arlaban, y sin embargo de tantas derrotas se sostuvo la causa carlista á consecuencia de las resoluciones interiores de las provincias, en que se proclamó la constitución de 1812, derogándose el Estatuto Real (1836) y á consecuencia tambien de las muchas atrocidades que contra los carlistas se cometieron, tal como el fusilamiento de la madre de Cabrera, y cuyas atrocidades, lejos de disminuir, aumentaban el número de los defensores de D. Carlos.

Puesto éste al frente de su ejército, y acompañado del infante D. Sebastián, proyectó acercarse á Madrid, en donde esperaba sin duda ser bien recibido, despues de promover en las diferentes provincias de España levantamientos á su favor. Con este fin los generales Gómez y Basilio se pasearon por toda España, sin conseguir el levantamiento que esperaban; el general Zariátegui entró en Segovia y Valladolid y Cabrera avanzó hasta Ocaña, D. Carlos venció á las tropas de Doña Isabel en Huesca y Barbastro, se dirigió contra Madrid, estableció su cuartel general en Arganda, su vanguardia llegó á Vallecas y se presentó delante de la corte.

La población de Madrid no correspondió á las esperanzas de D. Carlos, y éste después de dar lugar á que acudieran fuerzas muy respetables, con que se presentó el general Espartero, tuvo que retirarse precipitadamente hacia las provincias Vascongadas, sufriendo grandes descalabros en su retirada, y corriendo su persona gran peligro de caer en poder de sus perseguidores (1837).

A esta retirada de D. Carlos se siguieron (ya en el año 1838) varios descalabros en sus tropas, pues el general León se apoderó de Belascoain; el general carlista D. Basilio García, después de recorrer el Aragón y las provincias de Cuenca, Guadalajara, Toledo, Jaén, Murcia, Granada y Ciudad Real, fué derrotado en Béjar por Pardiñas; la misma suerte sufrió en Fresno de Rodillo el general carlista conde de Negrí, si bien en cambio el general isabelino Oraá tuvo que levantar, con grandes pérdidas, el sitio de Morella, y el ejército liberal fué derrotado en Maella por Cabrera, quedando muerto en el campo de batalla el general Pardiñas, y fusilados 96 sargentos primeros, en represalias del fusilamiento de la anciana madre del general carlista.

Al año siguiente Espartero y León obtuvieron nuevos triunfos en las provincias Vascongadas y Navarra, y el general O'Donnell obligó á Cabrera á retirarse de Lucena.

En vista de estas alternativas, cansados unos y otros de tan larga, sangrienta é incierta guerra, se empezó á repetir el nombre de *Paz*, cuya bandera levantó en las provincias Vascongadas un escribano llamado Muñagorri, el cual no consiguió el objeto que se había propuesto, que era la terminación de la guerra, conservando las Vascongadas sus fueros, cuya defensa había sido causa principal de su levantamiento.

Por este tiempo ocurrieron en el campo de D. Carlos graves desavenencias entre sus jefes, divididos ya en partidos. El general Maroto, jefe del ejército carlista, mandó fusilar á varios generales, de quienes no podía disponer para sus planes ulteriores. Don Carlos, con quien no había contado para tomar tan grave resolución, le declaró traidor, separándole del mando, pero á los cuatro días, intimidado por la actitud de Maroto, revocó el decreto dado en su contra y volvió Maroto á ocupar el puesto que antes tenía. Habiéndose levantado contra éste algunos batallones navarros, aprovechó los momentos, y de acuerdo con algunos generales de su devoción, entró en negociaciones de paz con el general Espartero, jefe de las tropas de la reina Doña Isabel, y en 2 de septiembre de 1839 se firmó el *Convenio de Vergara*, abrazándose al día siguiente los dos generales y los dos ejércitos que estaban á sus órdenes.

Don Carlos, abandonado de la mayor parte de los suyos, y perseguido por las tropas de Doña Isabel, se refugió en Francia; Espartero marchó sobre Valencia y Cataluña, y en pocos meses quedó finalizada la guerra civil dinástica y asegurada la corona de España en las sienes de Doña Isabel II.

No queriendo la Reina Gobernadora dejar sin efecto la ley de Ayuntamientos, votada por las Cortes de 1840, con arreglo á la constitución de 1837 y en cuya ley se ordenaba que los alcaldes fuesen nombrados por la corona, por los propuestos en terna por los electores, se pronunció contra su autoridad Madrid y despues la España toda.

La Reina Gobernadora se vió obligada á salir del reino, perdiendo la regencia y tutela de su hija la reina Doña Isabel. El general Espartero, duque de la Victoria, fué nombrado Regente del Reino, y D. Agustín Argüelles tutor de las hijas de Fernando VII, y contra éstos nombramientos, hechos por las Cortes, protestó la reina madre Doña María Cristina, por medio de un manifiesto dirigido á la Nación.

Este orden de cosas sufrió una violenta resistencia, y contra él se levantaron (1841) en Pamplona el general O'Donnell; en Vitoria y Bilbao el general Piquero y el exministro de Marina Montes de Oca; cerca de Zaragoza el general Borso de Carminati; en Zamora el general Uribe, y en Madrid dentro del palacio Real, los generales Concha (D. Manuel), León y Pezuela (D. Juan), quienes pretendieron apoderarse de la reina, y á lo que se opuso el general Dulce, jefe de la guardia de alabarderos, en la noche de esta intentona.

Todos estos movimientos fueron sofocados, cayendo algunos de sus autores en manos del regente Espartero, y murieron fusilados en Madrid el general León, con los oficiales Quiroga, Fulgoio, Boria y Gobernado; en Zaragoza el general Borso, y en Vitoria Montes de Oca. Se salvaron huyendo al extranjero, los generales Concha, O'Donnell, Piquero y Uribe.

Al año siguiente, se alzó contra el Regente la ciudad de Barcelona, que al fin tuvo que rendirse, después de sufrir el bombardeo ordenado por el mismo Espartero. Esta violenta determinación aumentó el número de sus enemigos y la animadversión de los partidos contra su persona.

Resultado de esto fué, que los generales Narvaez y Azpiroz (en 1843) se pusieron al frente de un nuevo levantamiento contra Espartero, que habiendo tenido principio en Málaga y Granada, fué secundado por toda España, á excepción de Madrid, Cádiz y Zaragoza, que permanecieron fieles al regente. La coalición que contra éste se formó fué tan compacta y fuerte, que Espartero se vió precisado á abandonar á Madrid y dirigirse á Andalucía. Entretanto el general Azpiroz organizaba una división en Castilla, otra en Valencia Narvaez, y el mando de las tropas que habían de perseguir á Espartero se encomendó al general Concha.

Los generales Seoane y Zurbano permanecieron fieles al regente, y al dirigirse con tropas á Madrid, se encontraron con las de Narvaez en Torrejón de Ardoz, en cuyos campos, después de algún tiroteo, se unieron todas por capitulación y juntas entraron en Madrid, en donde se desarmó á la Milicia Nacional, operación que después se hizo en toda España. Mientras tanto Espartero se dirigía á Sevilla, cuya ciudad le cerró sus puertas, y el general Van-Yalen empezó su bombardeo, que continuó á presencia del regente.

Sabida por éste la entrada de las tropas de Narvaez y Azpiroz en Madrid, levantó el sitio de Sevilla, se embarcó en el vapor español *Betis*, á su bordo hizo dimisión formal de la regencia del reino, y el día 30 de julio de 1843 se embarcó en el navío inglés *Malavar*, con dirección á Portugal, desde donde se trasladó á Londres. El ministerio López, se reunió en Madrid, constituyéndose en gobierno provisional; convocó las Cortes para el 15 de octubre y manifestó á Su Majestad la necesidad de que por sí misma rigiera los destinos de España, tan luego como prestara en el seno de las Cortes el juramento prevenido por la Constitución.

En Barcelona, Figueras, Hostalrich, Gerona, Zaragoza, Granada, Sevilla, Almería, León y otros puntos estallaron sublevaciones, unas á favor del regente Espartero, y otras pidiendo el nombramiento de una

Junta Central, pero no habiendo tomado parte en ellas el Ejército, fueron al cabo de algun tiempo sofocadas, y la reina declarada mayor de edad.

La coalición de moderados, exaltados y carlistas contra Espartero fué pasajera, pues en 1844 se rebelaron Alicante y Cartagena, poniéndose al frente del movimiento la Milicia Nacional, que fué desarmada, y al año siguiente se sublevaron los valles de Hecho y Ansó y fueron fusilados el general Zurbano y sus dos hijos. También hubo movimientos centralistas en Barcelona, Gerona, Figueras, Zaragoza, León, Sevilla y Almería.

En 1846 se sublevaron en Galicia algunas tropas y fueron fusilados 12 jefes y capitanes. En 1848 hubo dos pronunciamientos en Madrid y se presentaron en Cataluña varias partidas republicanas, atribuyéndose estos movimientos á Inglaterra.

También se presentó en Cataluña, en el mismo año, el general carlista Cabrera, levantando la bandera por el conde de Montemolín, en cuyo favor su padre D. Carlos había renunciado sus derechos á la corona de España; pero habiendo sido batido por las tropas de la reina, se refugió en Francia y abandonaron el suelo español los cabecillas Marsál y los Tristanys, al paso que otros se entregaron á los jefes que los perseguían.

En 1854 se realizó contra el gobierno moderado un gran movimiento á cuyo frente se colocaron el general O'Donnell y otros, de cuyas resultas se formó el nuevo partido que se titulaba de *Unión liberal* que formó gobierno y fué derogado en 1856.

En este año hubo en Madrid, Valencia, Valladolid y Sevilla tentativas democráticas, que fueron destruídas por la fuerza armada, y por último, en 1860 fué deshecha una partida que se atrevió á levantar en Loja el pendón de la democracia y del socialismo.

En el mismo año 1860, el general Ortega, Capitán general de las islas Baleares, desembarcó con algunas tropas en San Carlos de la Rápita, y proclamó rey de España con el nombre de Carlos VI al conde de Montemolín, que venía en su compañía, juntamente con su hermano Don Fernando y el general Elío. A los pocos días fueron presos los dos infantes y los dos generales: Ortega fué fusilado y á los infantes y á Elío se les puso en libertad, renunciando aquéllos sus derechos á la corona de España y prometiendo solemnemente no consentir que en lo subcesivo se volviera á encender la guerra en su nombre. Don Carlos y Don Fernando mueren envenenados en Trieste el año 1861; sus derechos recaen en su hermano D. Juan que los renuncia en favor de su hijo Don Carlos, quien mas adelante renueva la guerra con el nombre de *Carlos VII.*

Los moros fronterizos de la plaza de Ceuta destruyeron en 1859 un muro construído por la guarnición española de Ceuta, los pilares que marcaban la línea divisoria entre el territorio español y el marroquí, y por último, derribaron y arrastraron las armas de España colocadas en aquéllos puntos. Después de varias gestiones para obtener una satisfacción pacífica y honrosa para España, el gobierno, arrostrando la oposición de Inglaterra, que se declaró protectora de los infieles marroquíes,

se vió en la precisión de declarar la guerra á Marruecos, cuya declaración llenó de entusiasmo á los españoles todos, sin distinción de partidos.

Cuatro ejércitos mandados por los generales Echagüe, Zavala, Ros de Olano y Prim marcharon al Africa y al frente de todos, como general en jefe, se puso el general O'Donnell. Durante esta campaña, sostuvieron nuestras tropas 26 acciones de guerra y obtuvieron otras tantas victorias, entre las que se distinguen las de Castillejos, Cabo Negro y Vega de Tetuán, á las que se siguió la toma de la plaza de este nombre y el bombardeo por nuestra escuadra de los puertos de Rabat, Larache, Mogador y Arcila, é indudablemente hubiera caído en poder de las tropas españolas la importante plaza de Tánger, después de la gloriosa victoria de Guad-Rás, á no haberlo estorbado la ingerencia oficiosa de Inglaterra.

Merced á esta conducta de Inglaterra, que no veía con gusto los triunfos de las armas españolas, los marroquíes hicieron proposiciones de paz, presentándose en el cuartel general del ejército español Muley-el-Abas, príncipe de los Algarbes, y hermano del emperador de Marruecos, el cual firmó la paz con España, mediante una gruesa indemnización por gastos de guerra, (quedando en poder de España la plaza de Tetuán hasta el completo pago de esta indemnización) ensanche de los límites de las plazas de Ceuta y Melilla, y la cesión á España del territorio de Santa Cruz la Pequeña ó Agadir, y la facultad de establecer en Fez una casa de misioneros españoles.

Una revolución sin ejemplo, llevada á cabo en septiembre de 1868, por los partidos políticos unionistas, progresistas y democrático, arrojó del trono y del territorio español á Doña Isabel II y su real familia.



Amadeo I de Saboya.

Se creó por de pronto un gobierno provisional y se convocaron Cortes constituyentes que convirtieron el gobierno provisional en regencia del Reino, que se confirió al general Serrano, jefe del partido unionista, dando la presidencia del Consejo de Ministros al general Prim jefe del partido progresista, y participación en el ministerio al partido democrático.

Las Cortes constituyentes formaron y promulgaron en 1869 una nueva constitución y leyes orgánicas, que variaron radicalmente las antiguas instituciones y gobierno de España.

Por este tiempo se reprimieron, con efusión de sangre, levantamientos carlistas y republicanos, que tuvieron lugar en varias provincias y poblaciones importantes de España, y por

último se pretendió coronar el edificio revolucionario con el nombramiento de un rey democrático.

A este fin, el gobierno buscó candidato en Portugal, Italia, Prusia y otros paises, y habiéndose prestado á ocupar el trono español el duque de Aosta, príncipe de la casa de Saboya, hijo del rey de Italia, las Cortes constituyentes por mayoría, aunque corta, le eligieron (el 16 de noviembre de 1870) rey de España, y después de jurar la Constitución ante las mismas Cortes, fué proclamado con el nombre de *Amadeo I* á principios de enero de 1871.

Pero á los dos años, poco más, vista la actitud de los partidos políticos de España, se vió obligado á renunciar la Corona (día 11 de febrero de 1873) ante el Congreso de diputados y Senado constituídos en Cortes Soberanas con el nombre de *Asamblea Nacional*.

Aceptada en el mismo día la renuncia formulada en el mensage referido, la Asamblea, (sin embargo de ser la mayor parte de sus individuos monárquicos y haber sido en este concepto elegidos diputados y senadores) acordó por 258 votos contra 32, que reasumía todos los poderes y declaraba como forma de gobierno de la nación la República, dejando á las Cortes constituyentes la organización de esta forma de gobierno.

Don Amadeo de Saboya partió enseguida para Lisboa, en donde á los pocos días se embarcó para Italia, su pais natal.

La Asamblea Nacional nombró un ministerio republicano bajo la presidencia de Don Estanislao Figueras, y una comisión de su seno permanente hasta la reunión de las nuevas Cortes Constituyentes.



Figueras.

Al ministerio Figueras, quien sin poder aunar las disidencias surgidas entre los prohombres del republicanismo, dimitió, saliendo de España antes de que las Cortes constituyentes admitiesen su renuncia de la presidencia del poder ejecutivo, sustituyó en éste el señor Pi y Margall (junio de 1873), formando un ministerio contra el que recayeron desde el primer momento las censuras del país por su insignificancia. Fué efímero, por consiguiente, su poder, en el que sólo aparecen punibles actos de indisciplina en el Ejército, minado por los excesos del populacho y las desastrosas medidas de gobierno, como igualmente la sublevación cantonal, expansión de todas las malas pasiones que tantos horrores echó sobre nuestra historia interior.



Pi y Margall.

Al señor Pi y Margall sustituyó en la presidencia D. Nicolás Salmerón, continuando los movimientos cantonales. Permaneció en



Salmerón.



Castelar.

el poder desde julio de 1873 á septiembre del mismo año, fecha en la que dimitió, siendo sustituido por D. Emilio Castelar.

El estar íntimamente ligada con los principales sucesos desarrollados en España durante la república la historia de la Guardia Civil, hace que aquí no podamos extendernos en aquéllos, puesto que en lugar oportuno hemos de hacerlo.

Basten, pues, las líneas anteriores, y añadiremos únicamente que en diciembre de 1874, los generales Martínez Campos y Jovellar al frente de una división del ejército del Centro, acabaron con el gobierno republicano, proclamando rey de España á Don Alfonso XII, á quien reconocieron como tal las potencias de Europa, después de haber visto sometidas á su dominio las provincias de España, sublevadas por Don Carlos de Borbón, y el que entre explosiones de entusiasmo entró en Madrid en enero de 1875.



Alfonso XII.

Grandes esperanzas hizo concebir para España este monarca, al que la historia conocerá por el título de *Pacificador*, pues concluyó las dos sangrientas y costosísimas guerras civiles de Cuba y de España, convirtiendo la monarquía constitucional en constitucional democrática, mas en ambiente de europeos aires. Su prematura muerte acaecida en noviembre de 1885, privó á España del rey mas llamado, por sus prendas y condiciones sin precedentes, á convertir nuestra patria en nación poderosa.

Después, proclamado su hijo, nuestro augusto y actual monarca, rey desde su nacimiento, con el nombre de Alfonso XIII y bajo la regencia de su virtuosa y amante madre, España ha atravesado por las tristezas de no ver coronadas las decisiones de sus gobiernos por el éxito, en la última guerra separatista de Cuba y Filipinas, que terminaron con la guerra contra los Estados Unidos y la pérdida de nuestra soberanía en Cuba, Filipinas y Puerto-Rico.



Alfonso XIII.

Agotadas las cuestiones políticas dentro de la monarquía con las reformas verificadas en los dos reinados anteriores, se inician ahora con grande energía otros problemas sociales dificilísimos de resolver. Afortunadamente, todo hace suponer que el 17 de mayo de 1902 fecha de la mayoría de edad y jura de nuestro augusto monarca, marcaron para España el principio de una era brillante y gloriosa. Su felíz enlace con Doña Victoria de Battemberg (31 mayo 1906); el nacimiento del heredero de la corona (10 mayo 1907) y los derroteros que la política española lleva hacia el concierto con las naciones europeas, son motivos sobrados para asegurar que el reinado de D. Alfonso XIII será próspero, felíz y afortunadísimo para España.

CAPITULO II

Cuerpos creados por el gobierno intruso de José Bonaparte, para garantizar la seguridad pública

(Años 1808 á 1813)

Infantería ligera y Milicia Urbana.—Milicia Nacional.—Migueletes de Navarra de José Napoleón.—Cazadores de montaña.—Gendarmería real á caballo.

Hecha la ligera hojeada histórica que precede de los sucesos políticos y militares acaecidos en España desde Fernando VII á nuestros dias, reanudaremos nuestra interrumpida narración sobre los cuerpos que en ella estuvieron dedicados á la persecución de malhechores, y que como ya dijimos, constituyen obligado prólogo á la Historia de la Guardia civil.

Hemos visto en el capítulo anterior los acontecimientos que motivaron la instalación en el trono español de José Bonaparte hermano de Napoleón I. Agitado y efímero fué su gobierno, pero justo es decir, que desde la Santa Hermandad hasta la creación del benemérito instituto de la Guardia civil, á él se debe la mas racional, lógica y notable tentativa de instalar en España un sistema de policía y seguridad pública, calcado en gran parte sobre el que regía en el imperio, y amoldado á las circunstancias del país: sistema que si no dió inmediatos frutos, fué sin embargo el primer paso para la realización de tan magna idea, que ya iba siendo de imprescindible necesidad por el estado de moral desquiciamiento en que la sociedad española se hallaba.

Infantería ligera y Milicias urbanas.

La viril protesta de España entera contra el gobierno intruso de los franceses, facilitó los excesos de la gente maleante. Para impedirlos, la primera fuerza armada que con tal objeto creó el gobierno de José Napoleón, fué un *Batallón de infantería ligera*, cuya formación se ordenó por decreto de 16 de febrero de 1809, destinado á

cubrir en Madrid el servicio de policía, vigilancia de la seguridad de los moradores y apoyo de las autoridades civiles.

Cuatro compañías fueron las unidades de este cuerpo, y para base de su organización se dispuso que cada uno de los regimientos españoles formados por el gobierno intruso facilitasen un oficial, dos sargentos, cuatro cabos y 30 soldados, admitiéndose además los voluntarios que reuniesen determinadas condiciones. En cuanto á sueldos disfrutaban sobre el que les correspondía en el Ejército, una cuarta parte mas el comandante y capitanes, una tercera los subalternos y la mitad mas los indivíduos de tropa, sobresueldos éstos que se satisfacían de los fondos de propios y arbitrios de la provincia.

La vida de este batallón fué tan efímera como la dominación francesa en Madrid.

Ya vimos en el capítulo anterior que asumió las facultades de gobierno en ausencia de Fernando VII y para organizar la defensa del suelo patrio contra los franceses, la Junta central. Esta dispuso entre otras cosas el 28 de diciembre de 1808, la organización de una *Milicia de nueva especie* que llamó *partidas y cuadrillas* para que independientemente operasen molestando y causando los menores daños al enemigo.

Se perdonó á contrabandistas y gente maleante que de ellas quisieron formar parte, dándoseles como principal atractivo el botin que á los enemigos cojiesen. Cada partida debía constar de cincuenta hombres á caballo y otros tantos á pié, que se montarían á las grupas de los otros cuando necesario fuese, subdividiéndose en cuadrillas cuyos cabos ó cuadrilleros tenían de haber diario desde 10 á 15 reales vellón.

Excusado es decir que con los entusiasmos que despertaba el odio al invasor, la vida nómada y libre á que tan aficionado se muestra el carácter español, el perdón que por sus pasadas culpas se concedía á estos indivíduos y la perspectiva del botín, las *partidas* fueron numerosas, y si bien contribuyeron grandemente á entorpecer las operaciones militares del ejército francés, la seguridad personal constituyó un mito, pues á la sombra de la defensa patria se cometían toda clase de tropelías.

Para contrarrestarlas, el gobierno intruso decretó en 29 de junio de 1809 la formación en la Mancha, territorio este donde mayor era el mal, la formación de una milicia de vecinos armados que protegiesen á los pueblos de los ataques de los *partidarios* españoles.

Su alistamiento era voluntario, se les autorizaba á ellos unicamente el poder tener armas, y en esta *Milicia urbana* entraban los negociantes, propietarios, maestros de oficios con tienda abierta y los hijos de los mismos que en su casa viviesen.

Milicia Nacional.

A este decreto siguió otro de 20 de julio del mismo año creando en todas las provincias milicias urbanas como la citada y que fué el primer ensayo ó aplicación en España de la *Milicia Nacional*. Por virtud de él, en cada pueblo según su vecindario y circunstancias, se organizaba una ó mas compañías, con voluntarios de diez y siete á cincuenta años, propietarios hijos de ellos ó con profesión conocida, los cuales estaban encargados de velar por la tranquilidad pública en el interior de las poblaciones.

La compañía debía constar de capitán, teniente y subteniente, cinco sargentos, ocho cabos, dos tambores y ochenta y dos soldados; cuando un pueblo no podía dar este contingente se agrupaban otros varios, constituyéndose en batallón siempre que en una misma localidad quedaran organizadas mas de tres compañías.

La Milicia Urbana de Madrid se organizó en dos regimientos por decreto expedido en el Campo de Santa Olalla.

El 6 de abril de 1810 se dispuso en Sevilla la creación, para las provincias andaluzas y con el nombre de *Guardias ó Milicia Cívica*, de la misma milicia urbana mandada organizar el año anterior en todas las provincias. Debía constar de uno ó mas batallones, de á seis compañías, en las capitales, y de la fuerza de compañías ó pelotones que fuese posible en los demás pueblos, para cuidar de su tranquilidad interior y seguridad exterior. Se dispuso que como preferente servicio tuviesen el de perseguir á los malhechores, dándoseles como distintivo á sus individuos cuando estaban de servicio, un lazo encarnado que debían llevar en el brazo izquierdo.

Por entonces se dispuso tambien que la Milicia de Madrid aumentase su fuerza hasta 10 batallones, publicándose un reglamento general para toda aquella institución y otro en diciembre de 1811 para la particular de Madrid.

Migueletes de Navarra de José Napoleón.

Como los anteriores cuerpos, con el fin de garantir la seguridad pública y perseguir á los malhechores, decretó el rey intruso José Napoleón en 19 de diciembre de 1809, la formación en Navarra con el título de *Migueletes* de una compañía compuesta de capitán, dos tenientes, dos subtenientes, cinco sargentos, ocho cabos, dos tambores y 100 soldados. Se admitían voluntarios de buena conducta é hijos del país, y el vestuario consistía en chaqueta y pantalón ancho abierto por abajo, azul turquí, con cuello, vueltas, cartera y dragona de color carmesí, chaleco y gorro de manga con cifra blanca que dijese *Migueletes de Navarra de José Napoleón*, medio botín de paño y capote con mangas, fusil con bayoneta, pistola de gancho y canana para veinticuatro cartuchos.

La vida de esta unidad, como otras análogas que luego examinaremos, fueron tan efímeras como el reinado de José Napoleón.

Cazadores de Montaña.

No fueron suficientes los cuerpos antes expresados para extirpar el mal tan hondo de que se resentía la sociedad española. La seguridad en campos y poblados, asolados por la guerra, no existía. Los malhechores se multiplicaban y el gobierno intruso se preocupó grandemente de tal problema. Por otra parte siendo los franceses dueños únicamente del terreno que pisaban, muchos de estos cuerpos fueron en realidad solo proyectos que se sucedían unos á otros.

Considerando, como decimos, insuficientes las milicias para la persecución de malhechores, el 31 de marzo de 1810 por decreto fechado en Jaén, se dispuso la formación en todas las provincias de una fuerza especial dedicada á tal fin. He aquí el preámbulo del decreto que no podía estar mejor inspirado:

"Considerando—decía—que la imprudente temeridad de los que han fomentado la revolución de España ha dejado sin freno las pasiones de las heces del populacho y aumentado el número de malhechores; y queriendo, en cuanto las circunstancias actuales lo permitan, restituir á su rigor y autoridad de las leyes y magistrados; visto el informe de nuestro ministro de la Guerra, hemos decretado y decretamos lo que sigue:—Se establecerá en todas las provincias una fuerza que reprima los desórdenes públicos, proteja las comunicaciones de personas y bienes y asegure las propiedades y la quietud de todos.—Los generales gobernadores de las provincias propondrán el número, fuerza y clase de compañías que habrán de formarse; estas compañías tendrán la denominación de *Cazadores de montaña, de infantería ó caballería*. Se las consignará el sueldo de la infantería ó caballería ligera.—Se admitirán los voluntarios que no estén en activo servicio, de buena conducta, conocimiento y destreza en el manejo de las armas.—Propondrán los oficiales.—Estos disfrutarán, como sobresueldos, una cuarta parte de sus pagas, los sargentos una tercera y los indivíduos de tropa una mitad; lo cual, como el vestuario y utensilios, saldrá de los propios y arbitrios de las respectivas provincias. Todos estos indivíduos serán atendidos con preferencia, si lo merecen, para pasar al *Cuerpo general de gendarmería*, cuando éste se organice.—Los generales establecerán el método de servicio que convenga.

Como se vé, este decreto anunciaba la creación de un cuerpo de finalidad tan util é historia tan brillante como el de la *gendarmería francesa*, cuerpo que en el entonces imperio francés prestaba ya sus servicios, como veremos al ocuparnos de su descripción, y del cual vino á España numeroso contingente acompañando á los ejércitos franceses, para en ellos prestar el servicio propio que por reglamento tenían encomendado y cual fuerzas combatientes.

Gendarmería real á caballo.

En efecto, persistiendo el gobierno de José Napoleón su laudable propósito de dotar á España con un cuerpo cuya misión esencial fuese garantir la seguridad pública, decretó con fecha 22 de enero de 1812 la formación en Madrid de una *Compañía de Gendarmería real á caballo* para la capital y su provincia, compuesta de un capitán, dos tenientes, un subteniente que debía hacer de habilitado, cuatro sargentos, ocho cabos, un trompeta y 56 gendarmes. Esta compañía estaba destinada á servir de base para la organización de todo el Cuerpo de Gendarmería española. Debía componerse de indivíduos propuestos por los jefes de los diferentes cuerpos del Ejército, que reuniesen las circunstancias de ser honrados, aptos para dicho servicio, saber leer y escribir, y cuya edad no bajara de 23 años ni excediera de 40; tener de estatura cinco pies y tres pulgadas y muy buenas notas en su hoja de servicios. Tambien eran admitidos los paisanos que se presentasen voluntarios, reuniendo las condiciones de aptitud y honradez y que llevasen vestuario, caballo y montura. Los indivíduos que á los dos meses de su ingreso en la compañía no hubiesen dado pruebas de su idoneidad, volvían á los cuerpos de donde procedían, si eran soldados, y despedidos si eran paisanos. Con fecha 19 de marzo del mismo

año se dió un reglamento á esta compañía, según el cual, era considerada la primera del Ejército, y en caso de formación, debía colocarse después de la caballería de la real casa y antes que los demás cuerpos del Ejército.

La compañía estaba dividida en ocho escuadras, cada una de las cuales constaba de un cabo, cinco gendarmes montados y dos desmontados. Cada teniente tenía á su cargo cuatro escuadras. El reemplazo se hacía por sacas de otros cuerpos, por voluntarios cumplidos y por paisanos que ofreciesen vestirse y adquirir caballo á su costa. Las vacantes de sargentos se daban á los cabos de la compañía, y las de oficiales se cubrían haciendo propuestas en terna con las de la misma ó de otros cuerpos diferentes.



Gendarmería real á caballo del ejército francés y cuyo uniforme debía ser el modelo de la que se proyectó crear en España.

El vestuario, montura y armamento, lo costeaba el Tesoro á la creación del cuerpo, y se componía de las prendas siguientes: casaca larga con cuello recto, vuelta azul turquí y forro encarnado; capa azul con embozos encarnados; chupa y calzón anteado; sombrero con galón blanco y cordones pendientes del hombro derecho; guantes de ante con vueltas y botas de montar; silla española, maleta, mantilla y tapafundas de paño azul con galón blanco; cartuchera con una granada de latón dorado y correa de ante blanco; cinturón de lo mismo para la espada, en disposición de que pudiera ponerse desde el hombro derecho como bandolera, con una placa con la cifra del rey; las armas eran la carabina, dos pistolas y el sable espada.

Los sueldos eran bastante crecidos, sobre todo si se atiende á la época. El comandante de la compañía tenía 2.192 reales mensuales, 1.548 el capitán, 764 el teniente, 620 el subteniente, 504 el sargento primero, 444 los segundos, 354 los cabos, 400 los trompetas, 320 los gendarmes montados y 176 los desmontados. Para la manutención de los caballos se descontaban, al comandante 192 reales mensuales por tres caballos, 128 al capitán por dos y 64 por uno á los demás oficiales é individuos de tropa. Para el reemplazo de los caballos se debía formar un fondo individual de 4.000 reales para los jefes y oficiales, reteniéndoles mensualmente 40 reales á los subalternos, 60 al capitán y 100 al

comandante; á los indivíduos de tropa se les retenía de su haber 60 reales mensuales hasta formar un fondo individual de 3.000 reales para remonta y gastos de herraje y cura de caballos; además se les descontaban 80 reales mensuales para entretenimiento de vestuario y monturas, de cuyo fondo se sacaban 100 reales todos los meses para gastos de escritorio, habilitado y junta de administración. Los indivíduos de la clase de tropa disfrutaban de utensilio y ración de pan, y en campaña de raciones de víveres como los demás indivíduos de su clase del Ejército.

Siempre que los gendarmes salían para alguna comisión del servicio y pernoctaban fuera de Madrid tenían alojamiento y las siguientes gratificaciones diarias: 24 reales el comandante, 20 el capitán, 16 los tenientes, 14 los subtenientes, 3 los sargentos, 2 los cabos y trompetas y uno y medio los gendarmes. Estas gratificaciones se pagaban según ajuste cada cuatro meses.

El objeto de la Gendarmería, el fin principal de su institución era el mantenimiento del orden público, vigilar por la exacta observancia de las leyes, perseguir y capturar toda clase de malhechores, auxiliar á los recaudadores y ejecutores de las providencias de todos los tribunales, celar sobre los vagos y ociosos y perseguir sin excepción de ningún género á cuantos intentasen perturbar la tranquilidad pública y desobedecer al gobierno. Para hacer el servicio se distribuía la fuerza por los barrios, puertas y salidas inmediatas; en el cuartel debía haber siempre un retén de vigilantes vestidos y dispuestos para acudir á donde fuese necesario. También era propio del servicio de la Gendarmería la escolta de caudales, conducción de presos y otros análogos, prolijos de enumerar.

Como el lector verá, el pensamiento y la esencia del reglamento con que se intentó plantear en España el *Cuerpo de Gendarmería*, no podía ser mejor. Grandes puntos de semejanza tiene con las características del actual benemérito instituto de la Guardia Civil, y para qué no decirlo, en él dominaban determinadas tendencias, como la del orden que en formación se le marcaba á dicho cuerpo, que si al parecer constituyen pequeñeces, exteriorizan muy mucho la aureola necesaria á institutos como éstos, que participando de las cualidades generales tienen sobre sí otras responsabilidades y deberes muy dignos de tenerse en cuenta, y causa suficiente para que se sobrepongan á los dados por el tiempo con medida y punto de vista convencionales.

Dejando aparte ésto, añadiremos, que el estado del pais y la situación del gobierno intruso, eran motivos suficientes para que á pesar de la bondad del proyecto, aquellos ensayos de gendarmería fuesen rechazados por la opinión hostil á todo lo que de origen francés tenía. Con la salida de Madrid de José Napoleón y la expulsión total de España que sufrieron las águilas francesas, desaparecieron completamente dichos intentos de crear un cuerpo general de seguridad pública como el que nos ocupa, digno de haber tenido lugar en mejor época, aunque justo es decir, fué semilla que fructificó como más adelante veremos.

CAPITULO III

Desde Fernando VII hasta Doña Isabel II.

(Años 1813 á 1843).

Estado de España al finalizar la Guerra de la Independencia.—Medidas dictadas para proteger la seguridad por Don Fernando VII.—Se destinan las tropas á perseguir malhechores, quienes son juzgados por consejos de guerra. — Ladrones á precio y medalla creada para premiar el valor contra los malhechores.- Proyecto de una Legión de Salvaguardias nacionales presentado por el marqués de las Amarillas y primer Duque de Ahumada. — Es desechado por las Cortes. — Celadores reales.— Salvaguardias reales. — Cuerpos francos creados para perseguir latro-facciosos.—La Guardia Civil.

Finalizada la gloriosa Guerra de la Independencia, arrojados de España los franceses y reinstalado en el trono Don Fernando VII, la nación sufrió en la pública seguridad, una de las más tremendas crisis que registrarse pueden. Los criminales que perdonados durante la invasión francesa habían peleado denodadamente; muchos guerrilleros habituados á una vida independiente y al saqueo de los convoyes franceses y no pocos desertores de los cuerpos organizados por la Junta Central, que vieron en perspectiva la severa disciplina de la paz, mal podían acostumbrarse ya á una vida pacífica y de honrada estrechez. Uniose á esto el no existir un cuerpo que pudiera constituir un dique al natural desbordamiento de los malos instintos, después de una lucha tan general y encarnizada como la que para defender el suelo patrio se desarrolló en nuestra nación, y se comprenderá que ésta se hallase completamente plagada de malhechores, al volver Don Fernando VII de Francia.

Alcanzaba tan grandes proporciones aquel mal social y era tan indispensable extinguir por cualquier medio, con tal que fuese rápido, aquella plaga, que una de las medidas primeras tomadas por el monar-

ca, fué someter dicho asunto á su Consejo Real para que se dictasen medidas coercitivas, pues aun cuando la estancia de Don Fernando VII en Francia le había hecho comprender los admirables resultados que en nuestra patria podía dar una gendarmería análoga á la francesa y traía el proyecto de crearla, á la vez que reorganizar los cuerpos que se habían dedicado á la persecución de malhechores, el mal era tan hondo que no daba tiempo á plantear lo uno ni lo otro.

Como consecuencia de ésto, el 22 de agosto de 1814 expidió una pragmática por la que se disponía que las fuerzas del Ejército se dedicasen á la persecución de malhechores, quienes debían ser juzgados por consejos de guerra al efecto nombrados. A esta pragmática acompañaba una instrucción dividida en doce artículos, cuyo contenido literal es el siguiente y que patentiza bien claramente cual sería el estado social de la época cuando era necesario tomar medidas tan extremas. Decía así:

1.° En las provincias de Castilla la Vieja y en la Nueva, Extremadura, Andalucía, Aragón, Valencia y Cataluña, que es á donde hay mayor necesidad de remedio, mi Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra dispondrá inmediatamente se destine el número de compañías de tropas ligeras de infantería y de escuadrones de caballería que convenga para la persecución y exterminio de tales delincuentes. 2.° Esta tropa ha de ser toda voluntaria, y su servicio, así el de los oficiales como el de los soldados, será tenido y reputado como de guerra en todas sus consecuencias. 3.° Los jefes que manden las tropas que á cada provincia se destinen, procederán á las operaciones de su comisión sin aguardar las órdenes de los capitanes generales, una de cuyas principales obligaciones es mantener el distrito de su mando libre de malhechores, destinarán á este fin permanente el número de tropas que sean convenientes; y en aquellas provincias á donde antes de ahora había compañías establecidas con este objeto, las restablecerán al pié en que se hallaban, destinando á ellas sugetos de valor y honradez, para que sin queja ni agravio desempeñen tan importante servicio. 4.° Las justicias de los pueblos y los comandantes del Resguardo de Rentas auxiliarán dichas tropas cuándo y en todo lo que fuere necesario, y unas partidas á otras y los comandantes de éstas les prestarán también á las justicias, y les darán mano fuerte cuando lo pidiesen ó por oficio ó en voz, si el caso urgiere, evitando unos y otros cuidadosamente toda etiqueta y contestaciones que se puedan escusar, y sería de mi desagrado se moviesen. También darán dichas justicias á los comandantes noticias y avisos convenientes para que se verifique, y no se malogre la persecución y aprehensión de dichos malhechores. 5.° En cada provincia se destinarán al pueblo que se señale un número determinado de oficiales, desde brigadier hasta capitán inclusive, para que allí formen un consejo de guerra permanente, al cual asistirá un asesor letrado, de cuyo nombramiento y elección se dará aviso por la secretaría de Estado y del despacho de la Guerra. 6.° A la disposición de este consejo permanente se pondrán todos los reos que fuesen aprehendidos, y los efectos y armas con que lo hayan sido, para que en él sean juzgados y sentenciados. Y el jefe de la partida que los condujere presos, llevará la instrucción necesaria del hecho, y razón de los testigos presenciales de

él, para que pueda por ella formarse la sumaria sin pérdida de tiempo, y constar del delito y delincuente, y administrarse justicia, ahorrando en estos procesos la no necesaria fórmula de los careos á no pedirlos el defensor del reo por ser convenientes para su defensa. 7.° Quedarán sujetos á éste consejo de guerra, todos los malhechores que fuesen aprehendidos en camino, campo ó despoblado, aunque hayan cometido en poblado el delito, así los que hagan resistencia á la tropa como los que no la hiciesen, y aunque no se justifique que son reos de otro delito que el de contrabando, siendo aprehendidos fuera de poblado, se refugiasen á pueblo y fuesen allí aprehendidos; y prohibo que sobre el conocimiento de causa contra esta clase de delincuentes por ninguna jurisdicción se formen competencias. 8.° Los efectos que se aprendan á los malhechores, si constare su dueño le serán entregados; los demás se aplicarán á la tropa; pero si lo aprehendido fuese algún género estancado, se pondrá en la respectiva administración; y su valor, según práctica de graduarlo, se entregará á los aprehensores. Las armas prohibidas que no sean convenientes para el servicio de ésta, se entregarán á su tiempo á las justicias, que las inutilizarán, constando así por diligencia. 9.° En las sentencias de los procesados que ocurriesen, arresto de los reos y calificación de las pruebas y administración de justicia, se observarán las leyes existentes en el año de 1808, al tiempo de la invasión francesa. 10.° Pronunciada sentencia se remitirá con el proceso al capitán general de la provincia, quien la pasará al auditor de Guerra para que la examine con toda preferencia: si de esta revista del proceso la sentencia resulta arreglada, el capitán general dispondrá se ejecute sin dilación: más si el auditor hallase motivo fundado que ofrezca duda, ó exija consultarme, el capitán general, como presidente de la audiencia territorial, nombrará tres ministros de ella, con cuyo dictamen decidirá ó me consultará, estendiendo con claridad los fundamentos de la duda y consulta para mi real determinación. En Castilla la Nueva el capitán general pasará oficio al presidente de mi Consejo Real, para que nombrados tres ministros de la Sala de alcaldes de mi casa y corte, decida con el dictamen de éstos los procesos de dicha clase que ofrezcan duda, ó me consulte en caso necesario según queda prevenido. Los procesos ausentes los seguirá el consejo permanente llamándolos por edictos y pregones con tres días de término cada uno: guardándose, si fuesen después aprehendidos los reos ó se presentasen, cuanto á su audiencia, lo que previenen las leyes. Todavía en los casos de resistencia con armas á la tropa, calificada ésta, el consejo de guerra llevará á efecto su sentencia sin que sea necesaria la consulta, bastando la aprobación del comandante en jefe de la tropa destinada para este servicio en la provincia. Y lo mismo se observará siempre que fuese militar el reo, ó éste fuese aprehendido *infraganti*, constando de esta calidad. 11.° Contra los demás malhechores que no fuesen de dichas clases ni cómplices, con los que pertenecen á ellas, se abstendrá de proceder el consejo permanente, quedando sujetos á la justicia á quien corresponda el conocimiento de sus causas y delitos. 12.° En todo lo que no está aquí especialmente declarado yno sea contrario á ello, se guardará la real instrucción de 29 de junio de 1784.

Ladrones á precio. ==Medallas al valor contra malhechores.

No puede negarse al gobierno de aquella época laudables deseos de poner coto al mal, por todos los medios posibles. Viendo que á pesar de las instrucciones antes expuestas, el mal no decrecía, por real decreto de 30 de marzo de 1818, y á propuesta del duque del Infantado, Presidente del Consejo, se dispuso que los aprehensores de cada ladrón fuesen gratificados con una onza de oro.

Al mismo tiempo se procuraba estimular á las justicias y vecinos de los pueblos con recompensas honoríficas y metálicas. Por real decreto de 14 de septiembre del mismo año, el alcalde de Morón D. Francisco Ramos y León, quien auxiliado de catorce personas y tres soldados del regimiento infantería de Asturias, aprehendió una cuadrilla de ocho malhechores en el molino de los Mercaderes, término de Morón, apoderándose de once caballos y varias armas de fuego, se le concedió el uso de una medalla de óro con la incripción: *Al valor contra los malhechores*, la exención por seis años de cargas concejiles y la prórroga por un año si quería continuar siendo alcalde. Cada uno de los catorce paisanos fueron gratificados con 1.000 reales del fondo de propios y con 320 los soldados y sus licencias absolutas. Iguales gracias que éstas se concedieron por análogos servicios en otras localidades, entre ellas al alcalde de Escatrón.

Proyecto de una Legión de salvaguardias nacionales presentado por el primer duque de Ahumada.

Pero ni tales estímulos, ni las disposiciones anteriormente expresadas ni los excesivos núcleos de fuerza del Ejército dedicados á proteger la seguridad en los campos y poblados, como veremos al ocuparnos con mayor extensión del *bandolerismo* en el capítulo correspondiente, eran suficiente á reprimir aquel desbordamiento de crímenes. Aisladamente, se veian las provincias obligadas á buscar medios para oponerse á los crímenes y robos de las partidas de malhechores, que organizadas perfectamente cruzaban por todas partes en la mayor impunidad. La Real Chancillería de Valladolid dictó varias providencias para que los corregidores y alcaldes formasen partidas de hombres honrados que recorriesen los montes y persiguieran á los criminales, poniéndose de acuerdo las justicias de diversos puntos; se reorganizaron las escuadras de Cataluña, la compañía de fusileros de Valencia, la de guardabosques reales, los escopeteros de Andalucía, y se crearon en Alava los miñones de que en otro lugar hemos hablado. Así desde 1814 hasta el año 1820, se multiplican en toda España los cuerpos y partidas dedicados á perseguir la gente maleante, sin que á pesar de ello, los resultados correspondiesen á los medios que en juego se pusieron, por falta de unidad en la persecución, por el desdichado ambiente moral de la época y por otras causas que en oportuno lugar se tratan.

Verificada la revolución política del año 1820, que como dijimos en el primer capítulo de esta segunda parte, cambió el sistema de gobierno, de absoluto en constitucional, revolución que conmoviendo á la nación entera facilitó mas aun si cabe los excesos de la gente maleante,

se pensó seriamente en dotar á España de una institución de seguridad á semejanza de las que todas las naciones tenían.

Era ministro de la Guerra el general D. Pedro Agustín Girón marqués de las Amarillas, después primer Duque de Ahumada y padre del teniente general del mismo título que mas adelante debía tener la gloria de ser el organizador de la actual Guardia Civil. El marqués de las Amarillas hizo comprender al rey Fernando que unicamente con una institución dedicada exclusivamente á la persecución de malhechores, de sólidos prestigios y un doble carácter militar y civil, podría llegarse á estirpar de raiz el mal que tan hondamente tenía conmovida á la sociedad española. Con la aquiescencia del monarca presentó á las Cortes el día 30 de julio de 1820, un excelente proyecto para crear tan necesaria institución, que debía denominarse *Legión de salvaguardias nacionales*.

Preámbulo y extracto del proyecto.

Merece conocerse el preámbulo y puntos principales del proyecto que el primer Duque de Ahumada presentó á las Cortes, por el acierto que encierra su pensamiento, y en él esbozarse ya la organización que su hijo, mas afortunado, debía llevar á la práctica, y con ello conseguir dotar á España del benemérito instituto de la Guardia Civil.

En el preámbulo, el marqués de las Amarillas—y seguiremos así llamándolo para distinguirlo de su hijo, mas conocido por el título de Duque de Ahumada—después de exponer el estado aflictivo en que la nación se encontraba infestada y plagada de bandidos, indicaba no ser moderna en nuestro país la institución que proponía, puesto que muy semejante era la su organización y finalidad á la de la Santa Hermandad. Enumeraba los cuerpos y compañías sueltas establecidas en ciertas provincias, cuya extinción proponía, y que se refundieran en el que trataba de crear, poniendo de manifiesto lo perjudicial que era para las tropas del Ejército el estar dedicadas á semejante servicio, y lo depresivo que para el gobierno resultaba tuviesen los vecinos de los pueblos que abandonar sus ocupaciones para tomar las armas y perseguir bandidos, con riesgo de sus vidas.

A continuación de tales consideraciones daba á conocer las bases del cuerpo de *Salvaguardias nacionales*, su consideración, fuerza, organización, distribución en la Península, reemplazo, ascensos, premios, retiros, dependencias, servicios, en una palabra, un proyecto completo que de haberse aceptado hubiese anticipado 24 años la creación de la Guardia Civil.

El cuerpo ó legión de salvaguardias nacionales, había de gozar de la misma consideración que los demás del Ejército. Su fuerza estaba calculada en 5.230 hombres, inclusos los jefes y oficiales, á razón aproximadamente de un indivíduo por cada 2.000 habitantes y por cada tres leguas cuadradas. Esta fuerza había de estar organizada en 36 compañías de infantería y 16 de caballería, distribuidas en doce comandancias dependientes de cuatro subinspecciones y de una inspección general. Esta organización se dice en el preámbulo del proyecto de decreto, que era preferible á la de regimientos y batallones, por ser al mismo tiempo

mas económica por la forma de su plana mayor y mas adecuada por el objeto de su instituto. El personal del Cuerpo debía componerse de un general inspector, cuatro coroneles subinspectores, cinco tenientes coroneles, ocho comandantes, 53 capitanes, 69 tenientes, 66 subtenientes, considerados todos como de caballería; 1.024 indivíduos de tropa de caballería y 4.000 de infantería entre sargentos, cabos, trompetas, cornetas y soldados. Los haberes que habían de disfrutar todas las clases de este Cuerpo eran los siguientes: el inspector general el mismo haber que los demás inspectores generales de las armas, 40.000 reales anuales cada uno de los cuatro coroneles subinspectores, 24.000 los tenientes coroneles, 18.000 los comandantes, 14.400 los capitanes, 7.200 los tenientes y 6.000 los subtenientes. Los salvaguardias de primera clase de infantería 6 reales diarios, 5 reales los de segunda, 7 reales los cabos segundos, 8 los cabos primeros, 9 los sargentos segundos y 10 los primeros y 3 reales mas en igual escala los de caballería; además se asignaban 60.000 reales anuales para gastos de oficinas y escritorio en todo el Cuerpo.

La legión de salvaguardias había de ser distribuida en los distritos de las capitanías generales, teniendo presente la población y superficie de cada uno de ellos y sus circunstancias particulares. El reemplazo de la clase de tropa se había de hacer con soldados cumplidos del Ejército, que no tuviesen la menor nota en su hoja de servicios, que fuesen naturales del país á donde se destinaban y que tuviesen disposición y robustez para las comisiones y fatigas del servicio; y á falta de esta clase de indivíduos, con soldados que hubiesen servido mas de cuatro años con los mismos requisitos. El reemplazo de oficiales debía verificarse con subtenientes del Ejército que tuviesen tres años de servicio, y cuya disposición y celo justificasen la elección hecha en su favor.

El ascenso en todas las clases se había de fundar en los mismos principios establecidos para los demás cuerpos del Ejército. El mismo sistema había de regir en los premios, retiros y leyes penales, si bien en estas últimas se habían de introducir ciertas variaciones necesarias á la índole de la institución.

Por último, la legión de salvaguardias debía depender absolutamente de la autoridad civil, quedando reservada unicamente á la autoridad militar dictar las medidas relativas á su organización, inspección y reemplazo.

El presupuesto anual para el sostenimiento de este cuerpo se calculaba en 19.291,955 reales, y el mismo ministro de la Guerra indicaba muy acertadamente ciertos recursos de que se podía hechar mano para cubrirlo en parte ó quizás totalmente.

El uniforme del Cuerpo debía ser igual para la infantería y caballería, y análogo al que entonces usaban las tropas ligeras, que consistía en chaqueta, pantalón y capote verde oscuro, con divisas encarnadas, cabos blancos y hombreras, debiendo los indivíduos costearse sus respectivas prendas; las monturas habían de ser como las de caballería ligera, y el armamento como el de la una y otra arma del Ejército.

Acerca de las ventajas y beneficios que debían esperarse del establecimiento de esta institución, he aquí lo que decía el autor del proyecto.

"Del establecimiento del Cuerpo de seguridad interior, cuyo proyecto se presenta, resultarán las ventajas propias de una fuerza calculada por la población y superficie del país á que se destina, y de una organización conveniente al objeto de su instituto. Y además resultarán también las que son correspondientes á la unidad de acción que tendrá esta misma fuerza á la uniformidad de su servicio en toda la Península, al entusiasmo de indivíduos escogidos que deberán componerla, y á la experiencia y datos con que se formará el reglamento peculiar de su instituto, por cuyos medios, á un mismo tiempo, sin cesar y en todas partes se observará y perseguirá á los malvados.

No será difícil comprender estas ventajas si se considera que la institución que se propone reemplazará á escuadras en una provincia, á compañías sueltas en otras, á tropas del Ejército, escopeteros y partidas de paisanos en varios distritos ó lo que es lo mismo, á cuerpos incoherentes, algunos de ellos mal constituídos, y todos sin recíproca relación, sin una dependencia misma. Unica en la Península, su sistema será general, uniforme su servicio, y en todas las provincias tendrá proporcionalmente la misma organización, la misma fuerza, dependencia y funciones. Sus jefes, oficialidad, y en general todos sus indivíduos se dedicarán al desempeño de éstas, con el entusiasmo propio de militares escogidos y convenientemente organizados para este objeto, y el Gobierno se aprovechará de su disposición y celo para que correspondan á su objeto.

Varias é indudables son las ventajas que han de resultar á la nación, de la creación de un cuerpo particularmente encargado de la seguridad interior de la Península; pero de ellas se indicarán únicamente las principales.

En primer lugar, se obtendrán eficazmente y desde luego el exterminio de los malhechores y la seguridad de los caminos, objeto principal de su instituto, cuyas circunstancias no se han podido lograr jamás á pesar de las medidas del gobierno y de los esfuerzos y sacrificios de los pueblos de que se ha hablado anteriormente.

La circulación interior, obstruída en el día hasta un grado difícil de concebir, quedará inmediatamente libre de los inconvenientes que en la actualidad la entorpecen, y de este modo el comercio y tráfico de nuestro país, que debe prosperar rápidamente por efecto del nuevo orden de cosas, encontrarán en este Cuerpo una protección bien necesaria á sus aficiones.

Su existencia y la exactitud de su servicio, harán muy pronto ilusorio el aliciente que pueda ofrecer á los malvados la profesión de salteadores. Por ellas, no sólo se evitarán las estorsiones que con tanta frecuencia se cometen, sinó que disminuyéndose los crímenes, serán en menor número los castigos, y una porción de la sociedad descarriada de su deber por la impunidad y poca vigilancia con que cuenta actualmente dejará de emplearse en esta criminal ocupación, luego que conozca que hay unas tropas siempre dispuestas á perseguirlo.

Pero todas las ventajas que el Gobierno se propone con esta nueva institución, *serán del todo nulas*, si nó son auxiliadas eficazmente con otras medidas que no toca al Ministerio de mi cargo el proponer, pues

es evidente que *nada se habrá adelantado con la aprehensión de los malhechores, si éstos no son prontamente castigados. y si como ahora sucede, tienen la funesta facilidad de sustraerse á las penas de la ley, ó huír de los presidios para infestar de nuevo los caminos.*

Las Cortes desechan el proyecto.

El beneficioso proyecto del marqués de las Amarillas, del que hemos dado ligerísimas noticias, abarcaba hasta los menores detalles. Aquellas cortes liberales que un día y otro se lamentaban del estado de inseguridad en que el país se encontraba; que dirigían acervas censuras al gobierno por ello, pidiendo medidas que garantizasen la seguridad pública, desecharon por unanimidad el proyecto y al día siguiente uno de los diputados *invitaba al ministro de la Guerra á que lo retirase, por ser medida atentadora á la libertad (?) y desorganizadora de la Milicia Nacional.*

Dejamos los comentarios para el lector, aunque tan *luminoso* argumento queda oscurecido al lado de lo propuesto por otro diputado en las cortes constituyentes de 1854 y que sería cosa de poner en duda si no fuese citado por historiadores tan concienzudos y veraces como el general Ximenez de Sandoval y los señores Quevedo y Sidro, citados en el prólogo de este libro. En dichas cortes se propuso que los 28 millones á que ascendía el presupuesto de la Guardia Civil se invirtiesen en indemnizar á las personas que fuesen robadas y maltratadas, suprimiendo aquélla.

Y menos mal que la idea de los *trusts* no había germinado aun, por que tal vez tuviésemos que registrar la iniciativa de constituir alguno con gente maleante.....

Celadores reales.

El anterior fracaso no fué sin embargo inconveniente para que Fernando VII dejase de comprender que era imposible continuase España sin un cuerpo cuya exclusiva misión fuese la seguridad pública. En Francia, durante el tiempo que de Napoleón estuvo prisionero, tuvo ocasión de admirar la excelente *gendarmería*, trayendo de allí la idea de crear en su reino organismo análogo; pero los asuntos políticos que absorvieron su atención, las angustias del erario agotado por la prolongada Guerra de la Independencia y el fracaso del proyecto antes citado que el marqués de las Amarillas presentó á las cortes, hicieron que se llegase hasta el año 1823 sin nuevas tentativas de crear cuerpos de seguridad.

En éste, á tiempo que tenía lugar la intervención francesa verificada con la expedición que la historia denomina «*de los cien mil hijos de San Luis*» y la caida del sistema constitucional, dispuso la Junta provisional de gobierno la formación de un cuerpo de seguridad pública con el nombre de *Celadores reales*. De él, debía existir en cada provincia una compañía, comenzando á organizarse por la correspondiente á Zaragoza, la cual pasó revista en mayo de aquel año.

Al siguiente, estando ya el rey en Madrid y constituido su gobierno quiso llevar á cabo el anterior pensamiento que la junta citada no habia podido realizar en todas sus partes. Dispuso por lo pronto se organizasen en la Corte dos escuadrones, sobre cuya base decretó en 1.° de sep-

tiembre de 1825 se formase el primer regimiento de celadores reales, que debería constar de cuatro escuadrones á dos compañías cada uno: diósele el mando al brigadier D. Rafael Valparda, y empezose á llevar á efecto con actividad; pero muy luego sin conocerse bastante la causa se suspendió y no llegó nunca á completarse.

Consistía su uniforme en casaca azul turquí con cuello y vueltas celestes, botón blanco y cordones en el hombro derecho, pantalón gris y sombrero de tres picos con galón de plata; el armamento y montura igual á la caballería de linea. Estaba destinada su fuerza á prestar el servicio de la seguridad pública en Madrid y sus cercanías, y aunque pertenecía al arma de caballería, dependía solo de la superintendencia general de policía, en lo concerniente á su servicio, sosteniéndose con los productos que el mismo ramo de policía administraba de los diferentes derechos ó arbitrios propios. Pero habiendo representado dicho superintendente que los expresados fondos no bastaban á costear el presupuesto, que le era afecto del numeroso personal de empleados de todas sus dependencias, dispuso el rey, en 13 de mayo de 1827, que variase la forma y organización de aquélla fuerza de seguridad pública, dividiéndose en una compañía suelta de 72 hombres y 60 caballos, á la que mas tarde se llamó escuadrón ligero de Madrid, que siendo parte del Ejército y se destinase á las órdenes del capitán general de Castilla la Nueva para los servicios de partidas, escoltas y ordenanzas, y en dos de la *policía de Madrid*, la una á pié y la otra á caballo, que dependerían exclusivamente de la superintendencia, y se pagarían de sus fondos especiales.

Según este arreglo, quedaba ya circunscrito al radio de la capital el servicio que cubriría dicha fuerza, ordenándose en la real orden se formase un plan por el ministerio de la Guerra, *de una fuerza especial, separada del Ejército, que vele sobre los caminos, que asegure la tranquilidad del reino, haga respetar la justicia y persiga ó contribuya á la persecución de los defraudadores de la real hacienda.*

La última parte de la disposición citada apuntaba de nuevo hacia la creación de un cuerpo general de seguridad, por el que todos clamaban, pero cuyas tentivas no tenían viabilidad suficiente.

Salvaguardias reales.

Así continuaron los gobiernos hasta el año 1833 en que al inaugurarse la nueva era de reformas á que dió iniciativa é impulso la Reina Gobernadora del reino Doña María Cristina, se pensó otra vez en la creación de un cuerpo especial para la persecución de malhechores y seguridad de los caminos, dictándose al efecto el real decreto de 25 de febrero para organizar, con el nombre de *Salvaguardias reales*, bajo la dependencia y dirección de la Superintendencia de Policía de Madrid, confiada entonces al general Latre, un Cuerpo de 500 hombres, destinado á prestar su servicio en la Corte y en sus inmediaciones, y que serviría de base para constituír el de toda la Península, cuya fuerza se fijó en 10.075 hombres, de los cuales 2.016 serían de caballería.

En el reglamento por el que hubiera debido constituirse y regirse aquel Cuerpo, se exigía que sus indivíduos fuesen licenciados del Ejér-

cito, de edad mayor de 25 años y menor de 40, con estatura de cinco pies y cuatro pulgadas, sin nota alguna desfavorable, y sabiendo leer y escribir; pero por desgracia tan vasto pensamiento quedó reducido solamente á la organización de una compañía á caballo, que en el mes de noviembre empezó á formarse con soldados de la guardia real de caballería que estaban próximos á cumplir.

Constaba de un capitán, un teniente, un alferez, con los sueldos y consideraciones que los de sus respectivas clases en la Guardia Real, y un número indeterminado de salvaguardias, disfrutando el haber de 6 reales diarios, más la ración de pan, vestuario, montura, cuartel y utensilio. Su servicio debía ser á pié ó montados, por lo cual sólo se les dió caballos para la mitad de la fuerza, acuartelándose en la misma Superintendencia de Policía.

En el mes de enero del siguiente año de 1834 se presentaron ya los salvaguardias en la gran revista que pasó á la guarnición de Madrid la Reina Gobernadora, y empezaron á prestar servicio en lo interior de la población, bajo la dependencia de los comisarios, para vigilar el orden público en las calles, plazas y paseos, en los espectáculos, procesiones y cualquiera otros actos ó parajes de gran concurrencia de gentes.

Por la noche salían parejas á caballo por las principales carreteras hasta legua y media de distancia, que regresaban después de amanecido, con objeto de protejer los correos y diligencias.

En 1837 se le varió la organización convirtiendo la compañía en un escuadrón de alguna más fuerza; pero en 1839 se disolvió, refundiéndose en la Policía y tomando su licencia casi todos los indivíduos. El lujoso uniforme que vistió aquel cuerpo consistía, para gala, en casaca corta encarnada, con cuello, vueltas y barras celestes, pantalón azul con barras encarnadas, chacó alto con las iniciales C. R., de latón dorado, en vez de escudo; charreteras de algodón blanco con palas de metal, y forrageras y cordones blancos con mezcla azul; y para diario, casaca corta verde, con pantalón azul celeste y media bota de piel, el armamento y montura iguales á la caballería ligera del Ejército.

Apesar de las circunstancias en que aquel pequeño cuerpo se creó, su comportamiento fué excelente y de buenos resultados sus servicios, así en Madrid como en los sitios reales, y en los paseos á que concurrían S.S. M.M. donde siempre acudían para vigilar las inmediaciones.

Cuerpos francos.

Surge la primera guerra civil, y destinadas casi todas las fuerzas al principal objetivo del gobierno, quedaron abandonados los servicios que las citadas anteriormente prestaban para la seguridad de poblaciones, campos y poblados. El gobierno se vió precisado á la adopción de medidas, facultando por real orden de 22 de marzo de 1834 á los capitanes generales para que pudiesen organizar compañías francas en cada provincia ó partido con oficiales y sargentos retirados, cuya principal misión fuese la persecución de malhechores.

Estas compañías sirvieron de base para la formación de batallones y escuadrones, que además de batirse denodadamente en diferentes ocasiones, atendieron con preferencia, las necesidades de seguridad local, extinguiéndose después de terminada en 1840 aquella lucha fratricida.

Persecución de latro-facciosos y creación de la Guardia Civil.

Teatro el más sangriento de la guerra civil fueron las provincias Vascongadas, pero sin embargo, al poco tiempo quedaron limpias de esas cuadrillas de malhechores que son el obligado epílogo de las guerras. No sucedió así en los montes de Toledo, en la Mancha, en Andalucía, Aragón, Valencia, Castilla la Vieja y Extremadura. Los malhechores acuadrillados sembraban el terror por todas partes. Fueron apellidados *latro-facciosos* y para exterminarlos, además de muchas de las compañías antes citadas, se dedicaron numerosas fuerzas del Ejército que llegaron en ocasiones hasta ascender en una sola comarca á 4.000 hombres.

Se crearon además compañías de escopeteros en Toledo y Ciudad-Real; multitud de partidas rurales; una escuadra de gendarmes en Pamplona; celadores reales en Jaén, Castellón y otras provincias; un tercio de migueletes en Salamanca; otras unidades en Baleares, en Canarias y en Ceuta. En una palabra, multiplicáronse las fuerzas para perseguir malhechores sin que se consiguiese resultado práctico alguno, pues éstos campaban por sus respetos y la seguridad era un mito.

Ni la creación de tales partidas ni los ejemplares castigos que hacían los consejos de guerra, ante los cuales eran juzgados los criminales, bastaban para contener el mal.

Exijíase la creación de un cuerpo cual la Guardia Civil, y esto vino. Pero hasta su creación, que será el objetivo de la siguiente parte ¡qué pintura más triste es necesario hacer de España!

El bandolerismo estaba en el período de mayor auge. Sus manifestaciones formaron la leyenda que aún arrastramos en Europa, iniciando germen dificilísimo de estirpar y que aún subsiste. Merece le dediquemos, aunque solo sea un corto espacio, pues si bien no es uno de los objetivos de este libro tal materia, es sin embargo concausa de la que no puede prescindirse.

CAPITULO IV

El bandolerismo en España antes de la creación de la Guardia Civil.

Orígenes y concausas.—Evoluciones del bandolerismo.—Los Hermanos de la Camándula.—Beatos de la Cabrilla.—El bandolerismo desde fines del siglo XVIII hasta la creación de la Guardia Civil.

No vamos á entrar en un detenido estudio acerca del bandolerismo, que enseñoreado de casi todas las comarcas españolas antes de la creación de la Guardia Civil, considerábase mal incurable, y ante el cual eran impotentes los gobiernos. Muy sugestivo sería para el narrador tal empresa, porque patentizaría de modo harto indudable, las inmensas ventajas que para el país ha significado la creación del benemérito instituto; la dificultad de sustituirle y los servicios que ha prestado, entre los que bastan para acreditarlo, haber logrado que el bandolerismo considerado hasta el año 1844, cual endémica manifestación nacional, sea desde entonces accidente pasajero.

Interesante es la materia, repetimos, pues nada constituye mejor marco donde destacarse lo que significa para el país la Guardia Civil. Apremios de espacio por un lado y el apartarse del objetivo que nos hemos impuesto por otro, hacen que solo podamos echar rapidísima ojeada sobre tal extremo. Pero aun que sea á la ligera, efectuarlo es preciso. Unicamente así pueden comprenderse los severísimos y necesarios preceptos en que se cimentó la Guardia Civil por consecuencia de aquél estado social; preceptos algunos, que si hoy en pugna están con liberalescas populacherías, son necesarios, tanto, que al desaparecer, llevarían rápidamente el país á épocas de triste recuerdo para la seguridad en campos y poblados.

Muchas son las consecuencias que resultarían de un exámen comparativo entre la ojeada que sobre dicha época vamos á dirigir y una fría disección de la presente; como también existen grandes puntos de se-

mejanza entre determinadas manifestaciones sociales, concausas generadoras del bandolerismo actual, y las que mantuvieron latente siglos y más siglos tal llaga. Al propio tiempo ¡qué de consideraciones surgieren algunas actuales impaciencias de opinión cuando los servicios de un puñado de guardias se estrellan ante complicidades hijas de concausas climatológicas, tradicionales, políticas y económicas!, si se recuerda que para perseguir á los famosos *Niños de Ecija* hubo destinados cerca de 4.000 soldados del Ejército regular, la mayor parte caballería; que contra criminales como el famoso Jaime *el Barbudo* se enviaron regimientos enteros, viéndose al fin el gobierno obligado á indultarle; que para perseguir partidas como la acaudillada por *El Capador* en 1841 se destinaron como luego veremos, varios regimientos de caballería al mando de su brigadier con su correspondiente Estado Mayor....

Pero no siendo nuestro ánimo ir al terreno de las comparaciones, entraremos de lleno en la rápida ojeada anunciada sobre el bandolerismo.

El bandolerismo español.

A la privilegiada intelectualidad del primero de nuestros oradores contemporáneos, al insigne jurisconsulto y político de las mayores abnegaciones, el ilustre jefe del partido liberal D. Segismundo Moret, se debe la más exacta pintura del por qué es ingénito en nuestra raza el bandolerismo y característica de comarcas determinadas (1). Es su opinión de sobra autorizada, para que sin comentario alguno transcribamos algunos párrafos de su brillante trabajo.

Desde la más remota antigüedad –escribe—desde los tiempos del gran historiador Justino, ya se apreciaba y conocía nuestro carácter nacional con la más sorprendente exactitud, cuando decía: "el cuerpo del español es tan duro y sufrido para el hambre y la fatiga como su corazón está siempre dispuesto á la muerte. Todos son rigurosamente sobrios, prefiriendo antes la guerra que el reposo, y si el enemigo les falta *fuera*, ellos lo buscan *dentro*».

Resulta, pues, que la inquietud del ánimo y el carácter descontentadizo y belicoso de los españoles, es tan ingénito y antiguo como nuestra hermosa y fiera raza. Es verdad que tales dotes no lleven consigo la necesidad del bandolerismo; pero fuerza es confesar que hay algo, y aún mucho, de arrogante, violento, independiente, belicoso y hasta heróico, en esos caracteres altivos é indomables, que rompiendo todos los lazos con la sociedad, se resuelven á ser, con conciencia ó sin ella, dentro de la esfera de su acción, un poder aparte y reparador de las deficiencias que ellos se imaginan advertir en el poder público, según su conducta lo demuestran los famosos bandidos Diego Corrientes y José María, que robaban á los ricos, y daban generosas y aún pródigas limosnas á los pobres y desvalidos.

¿Y quién se atreverá á decir, sin la nota de temerario, hasta qué punto la espontaneidad misma de semejante conducta, obedecía ó nó á

---

(1) Prólogo que avalora el sugestivo libro del señor Zugasti *Estudio social y memorias históricas del Bandolerismo*, por el concienzudo análisis que el señor Moret hace de esta plaga de la sociedad española.

sus sentimientos meramente personales ó á los que les inspiraba el espectáculo desgarrador de los esclusivismos, privilegios y miserias sociales de su tiempo? De todos modos, conste que el espíritu belicoso de nuestra raza, sin que por sí propio constituya el bandolerismo, es un auxiliar poderoso y una causa poco menos que eficiente, de aquella funestísima tendencia y de aquella dramática vida de aventuras y peligros.

Hasta el territorio de la Península, como afirmaba Cesar, es el mas apropósito para guerrear, y es seguro que en ningún país el hábito de la pelea se ha convertido en temperamento nativo de sus moradores, como en España, donde sin contar las antiguas y recientes luchas extranjeras y civiles, una batalla ha durado ocho dias, y una sola guerra se ha prolongado ocho siglos.

Pelear con el enemigo, vencerle y despojarle de sus armas, caballos y efectos, ciertamente no será bandolerismo en el sentido rigoroso de la palabra; pero fuerza es convenir en que no hay cosa mas parecida, y por tanto, aquéllos hábitos de lidia, depredación y merodeo, conducen muy derechamente al abuso de la fuerza, al robo de ganados de toda especie primero, de aves, granos y toda clase de provisiones y efectos después, y por último al despojo de prendas y numerario, así como tambien al secuestro de personas, para exigir por ellas crecidísimos rescates.

Es verdad que semejantes desórdenes se han verificado siempre después de largas y porfiadas guerras, cuando gran número de combatientes quedaban sin sueldo por su militar oficio, y en pequeñas bandas, capitaneadas por los mas valerosos y expertos, recorrían campos y poblaciones, viviendo únicamente de las rapiñas y despojos, que su invencible osadía les proporcionaba.

Tales hábitos fueron comunes á las gentes de toda España desde la antigüedad mas remota, de modo que con frecuencia un ilustre caudillo era calificado por sus enemigos de capitán de bandoleros, como sucedió con el valeroso Viriato, á quien después de darle muerte alevosa los romanos, todos sus historiadores le apellidan bandido.

El rasgo característico del bandolerismo español—sigue diciendo el Sr. Moret—aquel en el cual se sintetiza todo lo que impone temor y causa alarma, es la complicidad de las clases elevadas y de las personas que ocupan posición ó gerarquía social; cuando la corrupción llega á este extremo, ningún resorte social es eficaz y positivo. No hay prisión para el criminal, no hay leyes para la seguridad personal, no hay asilo para la fortuna, y poco á poco todo el que quiere defenderse ó anhela alguna garantía, va entrando de una manera ó de otra en el inmundo consorcio del crímen y se va dejando arrastrar por esa general corriente, que empieza por el silencio, sigue por las complacencias y acaba por la complicidad.

Desde el momento en que la administración de justicia caiga sobre esas personas, extienda su acción á esos ocultos y siempre favorecidos protectores de los criminales, castigue con la misma severidad á unos que á otros, descubra el crímen y su encubridor, desde ese momento todos aquellos á quienes repugna, no ya solo el tomar parte, sino hasta

el contribuir por su silencio á la impunidad de esta clase, se pondrá al lado de ese poder social, y le ayudará enérgicamente y con todos los medios que estén á su alcance.

Pero esta acción debe ir unida á otra condición, la seguridad, esto es, á una policía vigilante y honrada, no puesta al servicio de los intereses de un momento, que se llaman de partido, sino al de los intereses permanentes de la propiedad y de la seguridad, á una policía, que se ejercite no solo descubriendo los autores de un robo aislado, sino la ramificación de todos los crímenes, los antecedentes de todos los criminales, las relaciones que entre ellos existen, las personas á quienes van los provechos del delito, y procure por consecuencia, no solo los medios de prevenir los crímenes, si no los medios de impedir que nazcan, y sobre todo, que aprovechen á sus autores y cómplices; en una palabra, es necesario, que no solamente las leyes condenen todos los delitos, sino que las medidas empleadas por la autoridad pública sean tales, tantas, tambien concebidas, y con tal exactitud ejecutadas, que los delincuentes abriguen el convencimiento de que no les aprovechará el crímen, ni tampoco ha de quedarse impune.

Evoluciones del bandolerismo.

Acertadas, terminantes y encerrando grandes enseñanzas son las anteriores manifestaciones, debidas como hemos dicho á la pluma del señor Moret. En cuanto á la más curiosa de las evoluciones que el bandolerismo ha sufrido en España, he aquí lo que sobre el particular dice el señor Zugasti en su concienzuda y sugestiva obra antes citada.

"El valor y la fuerza—dice—eran antes las primeras condiciones de los bandoleros de toda especie, que se atrevían á desafiar á la sociedad entera; pero tan luego como el poder público adquirió poderosos medios de represión y resistencia, comprendieron que ya ni el temerario arrojo, ni la fuerza de las armas eran suficientes para sustraerse á la persecución y castigo de la autoridad, y que, por lo tanto, para burlar la acción y eficacia, necesitaban recurrir al disimulado espionaje, á la complicidad numerosa, á la previsión y astucia, mediante las cuales, se dificultase en gran manera la averiguación de los delitos y de los delincuentes.

Así, pues, al valor añadióse la estratégia; á la fuerza la astúcia; y á la violencia aislada del bandido, el auxilio invisible de ocultos valedores, que eran otros tantos cómplices del delito y copartícipes en la ganancia.

En suma, que á la poderosa organización de los medios represivos por parte de la sociedad, los malhechores opusieron otra organización en sentido inverso, para prevenirse todo lo posible contra la vigilancia, actividad y destreza de sus incansables perseguidores, echando así los cimientos de aquellas singulares asociaciones que más tarde se llamaron Túnia, Germanía, Bohemia, Galilea y Hampa.

Entre estos complices del crímen contábanse principalmente aquéllos malhechores que por su edad avanzada, ó por sus lesiones producidas en los combates, estaban habituados á vivir anchamente, gastando y triunfando á costa de bolsas ajenas, y que imposibilitados luego

por su estado físico de saltear y combatir, contribuían, sin embargo, de mil diferentes modos á la perpretación de los delitos, así en los campos como en las ciudades, ya sirviendo de espías, introduciéndose en las casas y establecimientos con capa de mendigos; ya desorientando con falsos informes á los que iban en persecución de los delincuentes, ó ya dando aviso á los bandidos, de los caminantes que salían de los pueblos y ventas, de la ruta que llevaban y de su calidad, número, armas y todas las demás circunstancias útiles á su intento.

En una palabra, esta legión de malhechores inválidos para la pelea, formaba parte integrante de las bandas activas, con las cuales compartían, cada uno á su modo, el trabajo y los beneficios; y hé aquí como se fué verificando gradualmente la transición del bandido al pícaro.

Pero á la muerte del preclaro cardenal Cisneros, los malhechores tuvieron algún respiro, á consecuencia de la venida á España de Carlos I con su odiado y odioso séquito de extrangeros, cuya insensata conducta y extraordinaria rapacidad resucitaron el bandolerismo político, bajo su más repugnante y aborrecible aspecto, haciendo que se olvidasen con sus increibles abusos todas las demasías y excesos cometidos en este concepto, durante los calamitosos reinados anteriores.

En efecto, las tiranías y depredaciones de los ministros flamencos, la venta de los oficios públicos y la provisión de los más altos empleos y dignidades en extrangeros; y la frecuente salida de gran número de acémilas cargadas de riquezas para la esposa del flamenco Xevres, ayo y favorito del rey, produjeron tal disgusto en el pueblo, que de sus resultas estalló la rebelión y guerra de las Comunidades de Castilla.

Los estrangeros buscaban con tan ansiosa diligencia los doblones llamados de á dos, por tener dos caras, acuñados en tiempos de los reyes católicos, del oro más acendrado y puro, que casi todos desaparecieron de Castilla, y cuando por rara casualidad caia alguno en manos de algún español, se había hecho costumbre popular dirigirle este sarcástico saludo: "Sálveos Dios, doblón de á dos, que monsieur de Xevres no topó con vos.„

También las agitaciones producidas por las Germanías de Valencia, contribuyeron por la misma época á desvirtuar los saludables efectos de la vigorosa conducta y atinadas resoluciones de los Reyes Católicos; de suerte que el bandolerismo no solo se desarrollaba en el sentido de su organización picaresca, si nó que además conservaba su antiguo carácter belicoso.

El instinto guerrero, que puede ser tan poderoso auxiliar del bandolerismo, como ya se ha indicado, estaba tan extendido en aquellos tiempos de perpétuas agitaciones y guerras, que hasta las mujeres participaban de su influjo, como numerosos ejemplos lo demuestran, y entre otros infinitos que pudieran citarse, me limitaré á recordar á la ilustre *Varona*, celebrada por Lope de Vega, y á la *Monja Alférez*, cuya historia es no menos famosa por sus extraordinarias y peregrinas aventuras, que por su valor y heroismo, de cuya vida y hechos escribió una comedia el célebre poeta Juan Pérez de Montalvan.

Sólo así se comprende el infinito número de heroinas ó mujeres varoniles que, vestidas de hombre y armadas de todas armas, se presen-

tan en nuestro antiguo teatro y en las novelas de antaño, como puede verse en *Las dos doncellas* de Cervantes, así como también en el *Quijote*, cuando la hermosa Claudia Gerónima, arrebatada por los celos, hiere á su amante Torrellas y corre á ponerse bajo la protección del famoso bandido Roque Guinart, para que la condujese en salvo á Francia.

Y como la literatura refleja siempre, de cerca ó de lejos, el estado social de las costumbres, sus mismas producciones demuestran la exactitud de tales asertos respecto al espíritu belicoso que también dominaba en las mujeres, las cuales igualmente participaron de los feroces instintos de rapiña y de matanza, inherentes á los bandoleros, como lo demuestran entre otras muchas que pudieran citarse, la célebre capitana de ladrones en Andalucía, que habitaba en la torre llamada de la Cabrilla, y la no menos célebre *Serrana*, de la Vera de Plasencia.

Cuéntase que una hermosa jóven cordobesa huyóse de casa de sus padres con su amante, que era un hidalgo muy rico y apuesto, pero vicioso, jugador y aturdido, por cuyas justas razones la familia de la citada joven se oponía tenazmente á dársela en matrimonio.

Sucedió que, despues de algunos años y de muchas aventuras, el mancebo perdió todos sus bienes; y siendo además perseguido por la justicia á causa de sus numerosos crímenes, vino á parar en capitán de bandoleros, llevando siempre consigo á su dama, y albergándose habitualmente en la susodicha torre de la Cabrilla, situada en la provincia de Córdoba.

La jóven había adoptado el traje de hombre, y acompañaba á su amante y á los bandidos en todas sus correrías, portándose en los diferentes encuentros contra sus perseguidores, como el varón mas valeroso y temerario.

Al fin, en una refriega murió el hidalgo, y la hermosa y fiera dama juró vengar su muerte con el auxilio de la cuadrilla, que al punto la eligió su capitana.

La bizarra salteadora cumplió fielmente su juramento, y desde entonces la terrible banda difundió por la comarca durante mucho tiempo la desolación y el espanto, causando estragos inauditos, y venciendo en muchas ocasiones á los cuadrilleros de la Santa Hermandad, y á las compañías de arcabuceros que se destacaron en su persecución; pues la feroz y bella capitana se distinguía tanto por su valor indomable, como por su previsión y astúcia para burlar á sus perseguidores y acometerlos siempre con ventaja.

En cuanto á la famosa *Verata* de Plasencia, su peregrina historia suministró asunto á Lope de Vega, Luis Velez de Guevara y otros poetas de marca, para escribir comedias con el título de "La Serrana de la Vera„.

Tambien se dice que amorosos contratiempos y paternal tiranía la obligaron á fugarse de su casa, retirándose á una enriscada cueva en Garganta la Olla, que fué el teatro de sus fechorías, salteamientos y terribles delectaciones.

Era la Serrana muy hermosa, blanca, rubia, con los ojos negros y tan robusta, que aventajaba á los hombres mas vigorosos en tirar á la barra y en otros ejercicios de fuerza.

Además era muy esbelta y tan ágil como las cabras monteses de la cercana Sierra de Gredos, y manejaba con maravillosa destreza la ballesta y la honda.

Tenía muy particular cuidado en ocultar su nombre y el de su distinguida familia, y para que nadie la conociese, usaba siempre una caperuza rebozada con que se cubría el rostro; pero nunca vistió el traje de hombre, si bien llevaba enfaldadas las basquiñas, á fin de que no le estorbasen para trepar por breñas, riscos y montes.

Vivía de la caza y de sus rapiñas, pues ella sola tenía valor y ánimo suficiente para detener y robar á los caminantes.

Su extremada hermosura corría parejas con su extremada crueldad, pues que rara vez despojaba á los transeuntes sin quitarles tambien la vida; y si alguno encontraba gracia ante sus ojos por breve plazo, lo conducía por entre ásperas rocas á su escondida cueva, y después de alegrarse á sus anchas con su cautivo, en cuyo obsequio disponía una especie de banquete, le daba en pago de sus caricias la misma terrible recompensa que Margarita de Borgoña á sus galanes en la torre de Nesle.

Hé aquí lo que á este propósito dice un antiguo romance:

"Con una flecha en sus hombros,
saltando de breña en breña,
salteaba en los caminos
los pasajeros que encuentra.
—A su cueva los llevaba,
y después de estar en ella,
hacía que la gozasen,
si no de grado por fuerza.
Y después de todo aquesto,
usando de su fiereza,
á cuchillo los pasaba
porque no la descubrieran.„

Además de estos tipos históricos, se encuentran en nuestro teatro otros ideales ó de pura invención, como los héroes bandidos de Lope, Calderón y Tirso, lo cual prueba la frecuencia con que tales caractéres se presentaban en la antigua sociedad española.

El espíritu belicoso predisponía fácilmente á la violencia, no sólo en el sentido bandoleresco, sino también en todas las esferas, y respecto á los diversos y múltiples intereses que en la vida social luchan y se ventilan.

En efecto, la definición de los derechos posesorios de tierras, pastos, frutos y otros aprovechamientos, se resolvía mas veces por la fuerza que por la ley, de cuyo brutal procedimiento resultaban enemistades y venganzas que, transmitidas hereditariamente de una á otra generación, promovían en nuestro país interminables contiendas y rivalidades, muy semejantes á las de Montescos y Capuletos, que no eran producto exclusivo del suelo italiano, pues que tales odios y luchas de linages enemigos eran tambien muy frecuentes en toda España, como lo demues-

tran Argüelles y Bernaldez, en Asturias; Agramunts y Beaumonts, en Navarra; Oñez y Gamboas, en Vizcaya; Giles y Negretes, en Búrgos; Benaventes y Treviños, en Carrión; Zúñigas y Carvajales, en Plasencia, Bejaranos y Portugaleses, en Badajoz; Chaves y Vargas, en Trujillo; Fuensalidas y Cifuentes, en Toledo; Manueles y Fajardos, en Murcia; Traperas y Arandas, en Ubeda; Cuevas y Benavides, en Baeza; Aguilares y Cabreras, en Córdoba; Ponces y Guzmanes, en Sevilla; Avilas y Villavicencios, en Jerez de la Frontera; Girones y Guzmanes en Medina Sidonia, y por último Niarros y Calelles en Cataluña, donde se conocían desde muy antiguo los bandos y los bandoleros.

Allí era costumbre admitida, según dice Pellicer, que los caballeros mas principales, cuando se hallaban enemistados con otros personages poderosos, saliesen al campo, colocándose al frente de numerosas partidas de bandidos para combatir á sus rivales, haciéndose recíprocamente todo el mal que podían, no solo en sus personas y en la vida de sus respectivos partidarios ó banderizos, sino tambien en sus haciendas y ganados.

En algunas ocasiones llegaron estos bandoleros á desafiar ciudades enteras, bien así como Diego Ordoñez retó á Zamora; pues según afirma D. Juan Vitrian, los temibles y renombrados Antonio Roca, el Miñón, el Cadell y Guinarte se atrevieron á provocar y acometer á ciudades tan principales como Barcelona, Gerona y Lérida, cometiendo innumerables robos, insultos y muertes.

El célebre Roque Guinart ó Guinarte, que de ambos modos se le denomina, citado por el inmortal autor del Quijote, era partidario y favorecido de los Niarros y contaba con la amistad y protección de un señor de vasallos, el cual poseia entre otras villas, la de Ripoll en la provincia de Gerona.

El nombre de Roque Guinart, era supuesto; pues que en un memorial que los vecinos de la citada villa de Ripoll presentaron á Felipe III quejándose de los excesos y vejaciones del señor de aquel lugar, grande amigo y valedor de este famoso bandido, consta que su verdadero nombre era el de Pedro Rocha Guinarda.

Entre otros cargos que los vecinos de Ripoll dirijían al tal poderoso personaje, le acusaban de favorecer á gente facinerosa, y de que muchas veces hospedaba en su casa á Pedro Rocha Guinarda, ladrón famoso y salteador de caminos, pregonado por la justicia.

Consta igualmente en el citado recurso, que el tal señor tenía muy de ordinario á Rocha Ginarda y á su numerosa cuadrilla en algunos hogares suyos, de donde salían á robar y cometer otros insultos, delitos y homicidios, volviéndose luego á recojer en los mismos lugares.

Se quejaban tambien de que, con el favor del dicho personaje, algunos salteadores de la referida banda habían tenido el atrevimiento de asistir públicamente á unas fiestas, que se hicieron en la plaza de la citada villa.

Añadían los recurrentes que con motivo de un pleito que el mencionado señor seguía contra los vecinos de Ripoll, se había presentado en dicho pueblo con una partida de más de doscientos hombres, casi todos ladrones y asesinos, los cuales esparciéronse por el lugar, insultando á

sus moradores y tomándoles por fuerza sus frutos y haberes; y que habiendo intentado acudir al duque de Monteleon, virey de Cataluña, para que le secuestrase la jurisdicción de la dicha villa, llegó este intento á oidos del poderoso señor, el cual amenazó á sus vasallos con que haría de modo que Rocha Guinarda y sus gentes les quemasen sus casas, haciendas y personas, si no desistían de aquel recurso, por lo cual, y temiendo la ejecución de tan terribles amenazas, no se atrevieron á proseguir en la demanda de su desagravio y justicia.

También existía por aquel tiempo otro renombrado capitán de bandidos, que tenía bajo su mando doscientos hombres, que se llamaba *Testa de Ferro*, y que á su vez servía con su banda los intereses de otros poderosos señores de Cataluña.

Los precedentes hechos y otros muchos de la misma índole que pudieran citarse, demuestran bien á las claras, la transformación que se había verificado en la manera y forma de bandear, supuesto que, á la sazón, los principales magnates procuraban el triunfo y realización de sus aspiraciones, no á rostro descubierto, sino rodeadamente, lanzando la piedra, ocultando la mano, y valiéndose de la fuerza de los bandidos, como de un instrumento dócil y útil para sus fines.

En efecto, en épocas anteriores, como ya he indicado, existían los bandos políticos con su bandera desplegada al viento y á la luz del día, y capitaneados por los más poderosos nobles y magnates, que sin vacilar arrostraban la responsabilidad de todos sus amigos y parciales, por más que éstos cometiesen excesos y desmanes á la sombra de su causa, fuese ó no justa.

Pero después de los Reyes Católicos, y especialmente desde el tiempo de Felipe II, fueron muy frecuentes estos enmascaramientos políticos, por decirlo así, de modo que, muy rara vez los capitanes de bandoleros ejercían su criminal oficio, sin estar secretamente de acuerdo con poderosos personajes, que los utilizaban para satisfacer sus venganzas personales, atemorizar á sus enemigos y mantenerse indebidamente en la posesión de tierras y derechos mal adquiridos contra toda razón, fuero y justicia.

Es verdad que desde antes de los Reyes Católicos se habían fulminado las más severas penas contra los nobles, clérigos, concejos y justicias que promoviesen asonadas ó se filiasen á bandos; pero estas disposiciones, como tantas otras, habían quedado sin efecto, á consecuencia de la debilidad del poder público, pues de nada servía que en algunas ocasiones el carácter personal de algunos reyes, pusiese coto á tales desórdenes, supuesto que la falta de organización en los medios autoritarios dejaba permanente la anarquía, hasta el punto de que en la generalidad de los casos, quedaban sin cumplimiento aquéllas leyes.

Y así como la mesnada del feudalismo y la milicia del concejo se había trasformado en la tropa mercenaria del ejército permanente, sin que ya fuese privilegio exclusivo de la nobleza y de sus vasallos el manejo y el mando de las armas, así también verificóse una evolución análoga con respecto á las fuerzas de pelea que allegaban los bandos, es decir, que si el monarca tenía sus gentes á soldada, de donde vino la palabra soldado, también los nobles más poderosos tuvieron á gaje, mer-

ced y protección á los defensores más desalmados de sus bandos ó banderías, de donde se derivó la palabra bandido.

Y he aquí cómo el bandolerismo sufrió una de sus más importantes y temibles transformaciones, que consiste en la inteligencia secreta y ramificación tenebrosa de sus actos públicos, notorios, escandalosos y aterradores, con orígenes reservados, causas ocultas, móviles misteriosos y personajes influyentes, que permanecen enmascarados en la sombra.

Después de la feroz violencia de la fuerza bruta, viene la astúcia y la estratégia entre los mismos bandidos campantes; y luego aparecen las bellaquerías del bribón verdaderamente lisiado; las rapaces maulerías de los falsificadores de llagas y manquedades; las truhanerías del tuno en el compás; las flores del mandracho en el garito; las baladronadas y bernardinas del jácaro en la mancebía; los parladores de la lengua germanesca del galeote en las gurapas y del pícaro suelto en las almadrabas; las marrulleras adivinanzas de los porteadores de retablos de maravillas; las agorerías del bohémio con las gentes de media braga, menestrales y campesinos; la sonsaca de las sorterías y buenaventuras de la bohémia para con las principales damas; los judíos, médicos y farmacopéos de la botica de Galilea, tan renombrada y útil para filtros y bebedizos amorosos, como para tintura de rostros, barbas y cabellos; y finalmente, las múltiples y sintéticas habilidades del hampón, ese privilegiado ciudadano de la Babilonia, de la Ménfis, de la Aténas, de la Cartágo y de la Roma de la Hampa, resúmen, cifra, compendio y archivo de la gente maleante, bailadora, paletera, valentona, bandida, malvada y facinerosa, que todos los reinos juntos de la cosmopolita Bribia en sus dilatados ámbitos contienen y encierran.„

Los Hermanos de la Camándula y beatos de la Cabrilla.

Largo espacio necesitaríamos para siquiera tocar á la ligera, materia tan amena y digna de estudio, como es la de las asociaciones pasadas y aún presentes de pícaros y gente maleante, cuya única finalidad fué siempre vivir á costa del prójimo, y que deben considerarse cual otras tantas consecuencias del bandolerismo histórico, ó como agrupaciones típicas y por lo curiosas dignas de mención especial. Los límites en que tenemos que desarrollar nuestro trabajo nos lo impiden, con harto pesar, por que á más de lo sugestivo del asunto, fuente para el cronista, no falta en el amenísimo libro ya citado del señor Zugasti, obra que como dice el señor Moret en el prólogo de la misma, debe ser considerado cual uno de los más sorprendentes por su originalidad que la literatura ha producido; dados los sucesos que refiere, las cuestiones que á su publicación suscitó, misterios en él revelados y la impresión que causó, y aún produce su lectura á pesar de haber ya pasado la oportunidad que en su día le dió la actualidad del asunto.

Pero á lo menos, por lo originales y típicas no podemos resistirnos á transcribir algo de lo referente á los hermanos de la Camándula y Beatos de la Cabrilla, pícaros á lo divino y pícaros moralizadores, que constituyen asociaciones características del suelo español, á nuestro juicio, por que si bien hoy deben considerarse como extinguidos en el orden

histórico, el espíritu menos observador da facilmente con remembranzas de aquéllas.

En la sociedad especial de la Picaresca, en el famoso un día reino de la Tunia, en las diversas regiones de la Bribia y en el mundo aparte de la Bohemia, Galilea, Germanía y Hampa, pícaros que como dice el autor citado adoptaban cada uno su máscara peculiar para alcanzar y ejercitar en paz y en gracia de Dios el paradisiaco modo de vivir á costa de los demás, los hermanos de la *Camándula* explotaban el sentimiento religioso de la época bajo mil formas diferentes y á cual más lucrativas.

Los camanduleros vestían siempre de negro, á lo eclesiástico, y eran muy recoletos de ojos, místicos en las palabras, comedidos en los ademanes, honestos en su porte y por extremos insinuantes en sus peticiones y demandas, que nunca dejaban de tener por objeto la caridad para con el prójimo, la más tierna solicitud para con los enfermos y la más discreta y misteriosa beneficencia para con los pobres vergonzantes.

Además de su traje á lo piadoso y de sus modales santurrones, usaban constantemente, como la prenda más significativa y pregonera de su beatería, una camándula ó sea un rosario, que con hipócrita coquetería afectaban ocultar, si bien en realidad no perdonaban medio alguno para que todo el mundo reparase en aquel signo de austera devoción, especialmente las camanduleras, pues también había pícaras de esta laya, más finas que un coral, y sutilísimas churrilleras y sonsacadoras.

Esta devota casta de gentes de la Camándula, como las hormigas á los graneros, acudía á las casas de las grandes y opulentas señoras, sobre todo si eran viudas, á fin de insinuarse en su estimación, afecto y gracia, para que les confiasen el encargo de repartir á los pobres, ya el importe de ciertas mandas que para este objeto había dejado el difunto, ya las limosnas que las mismas señoras tenían costumbre de hacer; pero en uno y en otro caso, los camanduleros solo admitían la comisión de distribuir estos donativos á personas vergonzantes, cuya necesidad y negra honrilla, al su decir, ellos únicamente conocían.

También les encargaban la dirección de las fiestas de iglesia, honras fúnebres, entierros y otras funciones que por diversos motivos, como recuerdos, aniversarios y otros mandaban celebrar las personas piadosas y pudientes; de todo lo cual, aunque fuese en Páscuas, hacía su buen Agosto la gente de la Camándula.

En las grandes poblaciones suponían tener establecidas con gran recato, salas hospitalarias para determinadas enfermedades, ó de parturientas por resbalón y á lo vergonzante en casas de discretísimas comadres, en donde las dolientes permanecían con el rostro enmascarado, cuyo procedimiento alababan las camanduleras, como el óptimo para espantar visiones del honor mal entendido y salvar á los inocentes frutos de infelices tropiezos ó peligrosas caidas.

También procuraban los hermanos de la Camándula introducirse á todo trance en las más acreditadas cofradías, cuyas procesiones, festividades, demandas y limosnas eran para ellos una rica é inagotable mina de oro, supuesto que además de los donativos en numerario, recibían infinidad de efectos, comestibles, bebestibles y aplicables á diferentes usos, cuyo valor centuplicaban en la piadosa puja, bajo el pretexto de

consagrar todo su importe al culto, vestimenta y alumbrado de la imágen celebrada, por más que luego sirviese para henchir camanduleras bolsas y para regodearse los cofrades en la conchaba con regalados manjares y sendos tragos de lo añejo, llegando así á quedarse ellos en santa compañía muy bien alumbrados, mientras dejaban solo y á oscuras al milagrero santo.

Tal hermandad de la Camándula fué un día refugio de pícaros de toda laya, que por los procedimientos antes citados explotó el sentimiento religioso de la época.

Pero así como el espíritu religioso, no obstante la elevación natural de su objeto sublime, fué villana y picarescamente explotado por los *hermanos de la camándula*, así tambien hubo cierta casta de pícaros, que á la sombra de la idea comunista del convento, trataba de vivir á lo beato, afectando la equidad más escrupulosa en el peor de los oficios posibles para demostrar sus piadosos deseos, cual era el oficio de salteadores de caminos.

Tal fué, en España, la extraña y singularísima pretensión de los *Beatos* de la sierra de Cabrilla, los cuales se llamaron así, por su traje de hermanucos, modo de robar y comarca en que andaban y se recojían.

Estos bandidos afectaban en su porte y lenguaje gran devoción y mansedumbre, con tal que no se les resistiese; pues entonces se manifestaban muy fieros é implacables.

Tambien parecían hacer gala de tratar y obedecer con gran respeto y reverencia á su jefe, que venía á ser como el prior de aquella comunidad ambulante de hipócritas ladrones, y para mayor ostentación de su sarcástica beatería, llevaban en sus sombreros de anchas alas, á guisa de escarapela, un escapulario.

Cuéntase que rezaban diariamente sus oraciones con gran devoción, y todas sus costumbres, hábitos y relaciones entre sí, parecían guardar el modo y ritos propios de una comunidad de frailes en su convento.

Pero lo que mas llenaba de asombro á las gentes, eran las pláticas que dirijían á los pasageros para convencerlos de la bondad evangélica de su sistema de robar, encareciendo que todos los hombres eran hermanos, que como tales debían compartir fraternalmente sus haberes con los necesitados, y que ninguno debía gastar en cosas supérfluas, mientras todos no tuviesen lo necesario.

La convicción que en este sentido manifestaban era tan extraordinaria, y parecía tan íntima por su parte, que muchas gentes creian de buena fé en la sinceridad de sus palabras.

En efecto, su conducta se prestaba á los mas diversos, contradictorios y extraños comentarios, supuesto que con la mas severa rigidez se abstenían de robar á los caminantes ni un ardite más de lo que constituia la mitad del dinero que llevaban, sin propasarse jamás á hacerles ningún otro daño á no ser que se resistiesen á mano armada.

Y llevaban á tal extremo la equidad y justicia de que hacían alarde en su mal oficio, que en cierta ocasión ocurrió que un pobre labrador detenido por estos pícaros Beatos, solo llevaba quince reales, y echada la cuenta, hallaron que á cada una de las partes pertenecían siete y me-

dio; pero no encontrándose cambio de un real, el labrador, que diera aquella cantidad y otra de mas importancia por verse libre de sus garras, les rogaba encarecidamente que tomasen ocho reales, porque él se contentaba con siete.

Los Beatos le respondieron: *De ninguna manera con lo que es nuestro nos haga Dios merced.*

Este aplomo y confianza de aquellos Beatos al llamar *nuestro* á lo ajeno, recuerda la fe ciega de la señora Pipota, de Sevilla, de quien habla Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*, la cual se imaginaba que en cumpliendo muy puntualmente con su devoción de encender candelillas á los santos, estos habían de ampararla en sus bellaquerías y latrocinios, así como tambien á toda la turbamulta de rufos, jácaros, murcios y demás cofrades de la famosa hermandad del gran maestro Monipodio.

¡A tal extremo llegaba el fanatismo de aquellas gentes, ó su procacidad para burlarse de las cosas más venerables!

El suceso de los *Beatos de la Cabrilla* fué muy sonado por España, no solo por la extrañeza que causaba su porte y conducta, sinó tambien por la especie de doctrina socialista, que se proponían difundir con sus palabras y su nuevo modo de robar, dejando siempre á los pasajeros que despojaban la mitad de su numerario y efectos.

Aquella tendencia socialista con respecto á los demás, y comunista entre sí, que manifestaron los *Beatos de la Cabrilla*, no causó en aquella época las inquietudes y alarmas, que mas tarde han producido las escuelas socialistas y comunistas, por la sencilla razón de que entonces la citada tendencia no llegó á ostentarse con fuerza suficiente como un sistema científicamente demostrado; y bajo el punto de vista práctico es necesario convenir en que su procedimiento bandoleresco de robar con alguna consideración, no era el mas apropósito para acreditar la doctrina y hacer prosélitos entre las gentes honradas.

Pero no puede negarse que los hermanos de la Camándula y los Beatos de la Cabrilla personificaron en el sentido religioso dos transformaciones tan importantes, como poco estudiadas en la historia del bandolerismo.

Por lo demás, según afirma el licenciado Francisco de Luque y Fajardo, los tales Beatos de la Cabrilla perecieron todos colgados de las almenas de una torre, en la cual durante largo tiempo se habían albergado.

El bandolerismo desde fines del siglo XVIII hasta la creación de la Guardia Civil.

Transcritas las anteriores líneas, sin podernos ocupar por las razones expuestas de otras asociaciones de gente maleante, cual la celebérrima *Garduña* organizada en Toledo por el siglo XV, de donde trasladó á Sevilla su asiento; sociedad con extensas ramificaciones en otras provincias, organizada para el robo, regida por curiosísimos estatutos; donde para entrar era necesario prestar los hombres y mujeres que de ella querían formar parte solemnísimo juramento, en la que había tres categorías de pícaros: *Chivatos*, *postulantes ó compañeros y guapos* con su *hermano mayor* ó jefe, y sin podernos tampoco detener

en citar siquiera los bandoleros de que la literatura picaresca ha hecho llegue hasta nosotros sus execrables hazañas, solo haremos una ligera narración de los que desde fines del siglo XVIII hasta que la Guardia Civil fué instituida, hicieron su nombre famoso en los anales del bandolerismo español.

Andalucía, por su clima, por su configuración topográfica y por otra serie de concausas largas de enumerar, debe ser considerada como principal campo de operaciones que en dicha época tuvo el bandolerismo. En ella, la estensa cordillera de Sierra Morena, cubierta de maleza, inaccesible é intransitable por la mayoría de los puntos, fué siempre seguro refugio de toda costa de pícaros. En vano Cárlos III abrió sobre sus rocosas montañas portentosos caminos, procurando poblarla de colonos que con sus labores agrícolas fuesen otras tantas fuentes de riqueza; política colonizadora de aquel buen rey, que ahora para resolver el problema de la emigración se trata de llevar á cabo; en vano repetimos quiso realizar aquellas y otras medidas, la abrupta y pintoresca cordillera continuó siendo fortaleza inespugnable de nuestros bandidos. El *guapo* Francisco Esteban—y tal calificativo con que es conocido en sus romancescas hazañas significa feroz—Diego Corrientes, el Rubio de Espera y Bartolo Gutierrez de la Rambla, trabuco en mano eran dueños de aquellos lugares, desde donde hacían incursiones por las andaluzas comarcas, robando, saqueando, imponiendo contribuciones, y de cuando en cuando teniendo rumbosidades y estudiados rasgos de desprendimiento con la gente del campo para conseguir por ello seguros confidentes, cómplices de sus vejaciones y admiradores.

Su osadía no tenía límites y como ejemplo, baste decir, que el último de los citados, el año 1780 asaltó y robó al duque de Chartres, príncipe de la familia real de Francia que por Andalucía viajaba. La Corte de España ante aquello, dispuso se emplease en persecución de Bartolo Gutiérrez y su partida toda la tropa que preciso fuese; el astuto bandido estuvo burlando la encarnizada persecución que contra él se hizo la friolera de 24 años, muriendo, por casualidad, á manos de un guarda el año 1840. ¡Imagínese el lector la seguridad que en los campos existiría cuando era saqueado nada menos que un príncipe, al que como es de suponer acompañaban numerosos criados armados como la época requería!

La irresistible simpatía por tales sugetos que por temperamento han sentido en todas épocas la raza española, tan refractaria á la legalidad como de suyo inclinada á la lucha y á la violencia, hicieron que éste y como éste otros mil hechos de que están plagados los anales del bandolerismo, formase escuela. El romance se encargó de contar las fechorías de aquella gente, celebrando sus guapezas y revistiendo con frecuencia el crimen con atractivos colores.

En vano el Consejo de Castilla prohibió en nombre de Carlos III la impresión de pronósticos, romances de ciego y coplas de ajusticiados por su ninguna utilidad para la instrucción pública y por evitar los efectos perjudiciales que ocasiona en el público su lectura, el funestísimo género de literatura hoy sustituida por las detalladas descripciones de los rotativos, sumó prosélitos y creó escuela.

De lo que eran y del influjo que pudieron ejercer véanse algunos trozos del que pudiéramos llamar romance autobiográfico del famoso *guapo* Francisco Esteban, y que comienza así:

Tiemble de mi nombre el mundo
Y estremézcanse los vientos,
Atemorícese el orbe
Y los hombres más soberbios;
Por que si digo quién soy
Tengo formado concepto
Que no hay valiente ninguno,
A quien yo no cause miedo.
No vale nada Benet
Ni Corrales ni Escobedo,
Ni Escabias, ni Pedro Gil,
Ni Gordillo, ni Juan Bueno,
Pedro Ponce, ni Carrasco,
Sebastián Gil, ni Cañero,
Ni menos Martín Muñoz,
Porque, aunque valientes fueron,
A vista de mis arrojos
Sus hechos se oscurecieron.
Pero ¿para qué me canso
Si soy tigre en lo soberbio,
Si león en valentía
Y una fiera en lo sangriento?

Sigue el romance en esta cuya primera parte se citan los nombres de otros *guapos*, por cuya razón lo hemos escojido, cantando las hazañas de Francisco Esteban; sus divertidas aventuras, sus gallardías con la justicia, con la tropa que le perseguía, con los mozos muertos por él; con la entrevista con el Presidente de la Audiencia de Granada, en la que exige del gobierno su indulto diciendo:

Fuí á Granada, y en su casa
Con su persona me encierro.
Dijo: ¿qué se me ofrecía?
Respondí: Señor, yo vengo
A saber por qué razón
Se me niega mi remedio.
Yo soy Esteban el Guapo
Ese león que es tan fiero
Y si no voy con indulto
Seré terror de este reino.

Y en efecto, según nos cuenta el romance, el *Guapo* Francisco Esteban en vez de acabar en el patíbulo, como lógico para escarmiento era, se le coje, y

Diligencias hicieron
Por privarme de la vida
más tuve buenos empeños
Y á las galeras de España
A remar me echan sin sueldo.

Si en el orden narrativo continuamos pasando á los comienzos del siglo XIX, nos encontramos con los famosos *Niños de Ecija* y la cuadrilla del no menos celebrado *Jaime el Barbudo*.

A pesar de las partidas sueltas creadas con el exclusivo fin de perseguir el bandolerismo, y de las que en otro lugar nos hemos ocupado, de que las tropas del Ejército guardaban los puntos principales de las carreteras, de ir los coches escoltados lo menos por dos escopeteros, la seguridad en los campos, á las puertas mismas de la Corte, era un mito.

Los Niños de Ecija y Jaime el Barbudo.

Los Niños de Ecija—de cuya vida la novela bandoleresca ha sacado gran partido—en los años 1814 á 1815 se hicieron según refieren los señores Quevedo y Sidro en el libro citado al prologar esta obra—verdaderos señores de vidas y haciendas en las provincias Andaluzas; jamás pasaba el número ostensible de esta cuadrilla, del misterioso número siete; pero apenas alguno de sus indivíduos era muerto ó herido, inmediatamente era reemplazado por otro, con una puntualidad tan prodigiosa, que su relevo se verificaba como por encanto. Con una habilidad tal combinaban sus operaciones, que tenían aterrado el país con la audacia de sus ataques y la rapidez de sus movimientos. Para evitar las pesquisas de sus perseguidores, apaleaban sin piedad á pastores y labradores y aun á los mismos afiliados en la pandilla, que decían á los jefes de las partidas de tropa ó á alguno de ellos, la dirección que llevaban los otros; y tal era el terror que á causa de esta práctica feroz se había apoderado del ánimo de los pastores y labradores, que cuando alguno de los indivíduos de la cuadrilla se estraviaba, le era casi imposible acertar con el paradero de sus compañeros. Entre las empresas arriesgadas que esta cuadrilla acometió, se cuenta la del robo de una conducta de tabacos y otros regalos que venían de América para el Rey D. Fernando VII, de la cual consiguieron apoderarse, atacando y maltratando cruelmente la numerosa escolta que la custodiaba. Tan osados bandidos se burlaron durante un largo espacio de tiempo de todas las persecuciones; hubo ocasión en que estuvo empleada en su seguimiento una fuerza de 4 000 hombres del Ejército. La infantería, y sobre todo la caballería del Ejército, padeció horriblemente en aquélla época en esta clase de servicio, pues ningún regimiento de caballería pudo ver reunidos en sus cuarteles más de 150 caballos; así es que en aquélla diseminación de fuerzas, el soldado olvidaba la instrucción y perdia los hábitos militares, el vestuario se destrozaba, los caballos sufrían y se inutilizaban, y la moral y la disciplina de las tropas se relajaban, como todo militar entendido y celoso de sus deberes puede suponer; y lo peor de todo, que tan grandes sacrificios comunmente, si no eran estériles, producían muy escasos resultados.

Jaime el Barbudo, el otro bandido célebre que hemos citado, era na-

tural de la villa de Crevillente, provincia de Alicante, de padres pobres y humildes, pero honrados. Su verdadero nombre era Jaime Alfonso y Juan; el apodo de Barbudo, se le dió por su larga y poblada barba.

En el año de 1804 le tocó la suerte de soldado. Habiendo sabido que su madre se hallaba enferma de sumo peligro, pidió licencia para ir á verla, y no habiéndole sido concedida, fué tal su desconsuelo y desesperación, que desertó del regimiento á que pertenecía. Temeroso del castigo que le esperaba, se unió á los Mojicas, bandidos que tenían su asiento en las Sierras de Crevillente; al poco tiempo se separó de ellos disgustado de los instintos sanguinarios de aquellos hombres corrompidos. Lanzado en la carrera del crimen, consiguió organizar una partida de malhechores, y acaudillándola, dió repetidas pruebas de valor, de perspicacia, de penetración y generosidad. Como todos los capitanes de bandidos, vestía lujosamente el traje de su país y llevaba ricas botonaduras de monedas de oro. Durante muchos años se sostuvo en aquél país, teatro de sus correrías, no obstante la activa persecución de que era objeto.

Debe advertirse, que en la época de 1814 á 1820, era el general Elío Capitán general de Valencia, que con la mayor energía, perseverancia é inflexible rigor, persiguió á los criminales en el territorio de su mando, haciendo recaer sobre ellos el más pronto é inexorable castigo, hasta lograr infundir un saludable terror y restablecer en cierto modo la seguridad en los caminos. No obstante, á pesar de tan activa persecución y de que hubo ocasión en que un regimiento entero de infantería estuvo destinado á perseguirlo, no se consiguió su captura. En el año de 1823 se presentó al general francés que mandaba las fuerzas francesas situadas en Valencia. El general le concedió el indulto á condición de influir en el ánimo del rey para que lo confirmara; entretanto le hizo sargento primero y le dió el mando de una partida suelta, con dependencia del jefe superior que se le designó. Así continuó durante algunos meses, pero habiendo vuelto á su antigua vida, fué preso y condenado á pena de horca, que sufrió en Murcia el año 1824. Después de ahorcado fué descuartizado, y sus miembros y su cabeza expuestos en los puntos donde más notable se había hecho por sus crímenes. En una de las refriegas que sostuvo con la tropa, un soldado del regimiento provincial de Plasencia, combatiendo cuerpo á cuerpo con él, y herido por otro de los bandidos, le arrancó una oreja de un bocado; por cuyo hecho fué condecorado el soldado con la cruz de San Fernando, y conocido en el regimiento por Don Francisco, el del Barbudo.

José María. Una anecdota sobre su presentación al Duque de Ahumada.

Desde 1824 hasta 1836 hay que señalar entre los mas renombrados bandidos á los Maques, Corona, José María, el Chato de Benamejí, Castillo y los Chulos, cuyo caudillo era un francés apodado el Capador. De ellos, José María encarna el espíritu de una época. Sus biógrafos (?) nos lo presentan como modelo de bandido caballeresco, cual si estas dos palabras no fuesen antagónicas y otros al ocuparse de él como el brigadier Ximénez de Sandoval ya citado, aseguran que sus rasgos de galantería y genero-

sidad le captaron las simpatías de los mismos que eran por él despojados.

Después de una lucha de diez años contra la sociedad es indultado, dedicándosele á la persecución de malhechores, y llega á ser presentado como modelo de valientes.

He aquí como lo refieren los señores Quevedo y Sidro, citados, los cuales aseguran haberlo oido de los propios labios del mismo Duque de Ahumada, después insigne fundador del benemérito Instituto.

"Cuando ya indultado estaba José María y se hallaba ocupado en la persecución de malhechores, un día que llegó á Sevilla á recibir órdenes del Capitán general, que era el Marqués de las Amarillas, éste lo presentó á su hijo, el después Duque de Ahumada, que por aquel tiempo estaba en Andalucía mandando un Cuerpo de Infantería.

—Aquí tienes un valiente—dijo el Capitán general de Sevilla á su hijo mostrándole á José Maria.

—Un valiente no, señorito, si no un hombre que nunca se aturde—contestó el antiguo bandolero....."

Prescindimos de las consideraciones que á cualquiera se le ocurren ver presentar á José María ante el que después fuera, por el cargo que ocupó, terror de gente maleante.

Y comprueba mas aún lo que decimos de encarnar cuanto á este bandolero se refiere el espíritu de una época, si se reflexiona un poco ante la biografía que merece de los citados autores.

"La vida de este bandido—dicen, y conste que es de los trabajos que sobre él conocemos, uno de los menos entusiásticos—está salpicada de rasgos notables de verdadero valor, de prudencia, de previsión, de astucia y sobre todo de generosidad; su porte con los viajeros á quienes robaba, era atento y comedido, y respetuoso con las señoras; era muy enemigo de derramar sangre, cualidad que distingue á los hombres valerosos de los cobardes y miserables; y tanto por esto como por su trágica muerte, ningún escritor, al ocuparse de él, lo ha hecho sin manifestar cierta simpatía; nosotros lo hacemos movidos á compasión, penetrados de que si aquel hombre, digno de mejor suerte, hubiese recibido alguna educación, ó si hubiese vivido en una época en que hubiera podido hacer un uso legítimo de su valor y de su talento para las empresas arriesgadas y belicosas, por ejemplo, durante la guerra de la Independencia, en vez de dejar á la posteridad su fama de bandido, hubiese prestado grandes servicios á su patria y legado quizás á la historia un nombre esclarecido.

José María Hinojosa, por apodo el Tempranillo, á causa de su precocidad, era natural de la aldea de Jauja, en la provincia de Córdoba, hijo de padres pobres y de sospechosa conducta. Huérfano en la edad de la adolescencia, entró á servir en una de las grandes labranzas de aquella rica provincia, dedicándole su amo, conociendo sus cualidades, á guarda montado de la misma. En ocupación tan honrada y de su gusto, le sorprendió la revolución de 1820; tuvo que alitarse en la Milicia Nacional de caballería de su provincia; en los tres años que perteneció á ella, su comportamiento fué el de un soldado valiente; la exajerada y violenta reacción que sobrevino después de aquellos tres años de política agita-

da y turbulenta, fué causa de que José María se viese perseguido en su pais natal, y tuviese que ausentarse, como lo hizo, refugiándose en Torre Alhaquime, lugar á corta distancia de Ronda y de Olvera; allí trabó primero amistad y mas tarde parentesco con un jóven contrabandista llamado Francisco, conocido después por Frasquito el de la Torre. La vida de contrabandista es el preludio de la de ladrón en cuadrilla: así sucedió; un viaje desgraciado, después de algunas vacilaciones, lanzó en la carrera del crímen á los dos amigos y parientes. En poco tiempo se enseñorearon de las provincias que eligieron para teatro de sus empresas; organizaron perfectamente el robo; pusieron á contribución á los hacendados, arrieros, ordinarios, empresas de galeras, carreteros, en fin, á todos los propietarios y labradores que tenían sus riquezas en el campo, y á todas aquellas personas á quienes su industria y modo de vivir obligaba á frecuentar los caminos. José María era el caudillo y director de la numerosa cuadrilla de hombres resueltos y desalmados que en breve tiempo los dos amigos lograron reunir. Era tal su ascendiente sobre aquellos foragidos, que le tenían la mas ciega obediencia; y alguna vez castigó á alguno de ellos con la muerte para reprimir los instintos sanguinarios de los de su banda. Narrar muchas de las innumerables aventuras de este despótico señor de sendas y veredas, sería cosa agena á esta obra; mas para que el lector pueda formar una idea de su arrojo, astucia y sagacidad y de lo diestramente que combinaba sus planes mas arriesgados, vamos á contar uno de sus mas importantes robos.

Supo por sus espías, que los tenía numerosos y fieles, que en un día determinado iba á salir de Sevilla para Madrid un gran convoy de carros y galeras, que entre otros cargos de apreciable valor conducía buen número de cajones de dinero para el Tesoro pùblico. Resolvió atacar y apoderarse de aquella rica presa. Reunió toda su partida, que ordinariamente, cuando no se trataba de algún golpe de mano como el que vamos á referir, la tenía diseminada, dividida en grupos mandados por sus tenientes. Reunida toda su cuadrilla ó la mayor parte de ella, se situó en el caserío de la Moncloa, cerca de la carretera, entre Ecija y Carmona. En el caserío se apostó él con otros cuatro mas; y el resto de la cuadrilla, dividido en pelotones, quedó apostado en un bosque cercano. Habiendo dado el aviso los vigilantes de la llegada del convoy, que venía escoltado por treinta ó cuarenta soldados de infantería y caballería, salió José María del caserío de la Moncloa con sus cuatro compañeros, llevando los caballos del diestro y con tanta lentitud, como si fuesen viajeros que bajasen á tomar el camino. Estando ya á corta distancia de los soldados montaron á caballo. El jefe de la escolta del convoy conoció, en la actitud y apostura de aquellos hombres, que eran bandidos; y cerciorado en su opinión por un ventero, mandó cierto número de los soldados que llevaba que atacasen á los cinco ladrones; estos aparentaron huir, y habiéndose unido á los grupos que estaban apostados en el bosque, se trabó una formal escaramuza que atrajo á toda la escolta. Los ladrones aparentaban batirse en retirada, y los soldados cada vez se iban internando mas en el bosque. Luego que José María los vió bastante apartados del camino, dando un rodeo, cubierto con el arbolado y seguido de cinco de su cuadrilla, se precipitó sobre el convoy que se ha-

llaba abandonado, mientras que el resto continuaba entreteniendo á los soldados con la apariencia de un encarnizado combate. Con arrogancia y brios ordenó á los carreteros y demás mozos que venían en el convoy, que sacasen de los carros y galeras los cajones del dinero, y los cargasen en bestias sueltas; durante esta rápida operación, se acercó á los coches, y á las señoras que iban en ellos procuró tranquilizarlas con la mayor amabilidad, asegurándolas que nada tenían que temer, dándolas la mano para que bajasen de los coches, y estendiendo su manta en el suelo para que se sentáran sobre ella. Teniendo ya cargados los cajones del dinero y en camino las bestias que los llevaban para un punto seguro que él había designado de antemano, disparó al aire su escopeta, á cuya detonación, que era la señal convenida, sus subordinados cesaron el combate, desapareciendo como por encanto y en distintas direcciones, de la vista de los soldados.

La escolta, fatigada y rendida, y habiendo tenido algunos heridos, volvió á incorporarse con el convoy cuya custodia se le había confiado; y puede imaginarse el lector, cuál sería su sorpresa al ver arrebatados los tesoros de la Real Hacienda. El oficial que mandaba la escolta fué sentenciado por largo número de años á un castillo.

Muchas hazañas parecidas á ésta pudiéramos contar; baste decir, que al cabo de diez ó doce años de semejante género de vida, en que se burló constantemente de las mas activas persecuciones, solicitó el indulto para él, su cuñado Frasquito y toda su cuadrilla, que le fué concedido, señalándoles sueldos bastante crecidos el gobierno para que se dedicáran á la persecución de malhechores, en los mismos parages que antes habían aterrado con sus hechos. José María y su cuñado Frasquito, en cuyas almas, á través de aquella azarosa vida, se había conservado siempre un fondo de honradez y de buenos sentimientos, abrazaron con ardor y se dedicaron con empeño á cumplir fielmente las obligaciones que habían contraido con el gobierno, que les había perdonado sus crímenes; pero la mayor parte de los de su cuadrilla eran hombres feroces y corrompidos que solo anhelaban sacudir el yugo de la obediencia y volver nuevamente á su anterior género de vida. Puestos de acuerdo algunos de aquellos perversos, una madrugada dieron muerte alevosa á Frasquito el de la Torre; José María emprendió con su natural bizarría y denuedo la persecución de los asesinos de su hermano, y al penetrar en una venta donde aquellos se encontraban, fué herido de dos balazos, de cuyas heridas murió al día siguiente, habiendo recibido los consuelos de nuestra sacrosanta Religión.„

Cuatro mil hombres para perseguir una partida de bandidos.

Otros bandidos dignos de citarse por lo curiosa de la persecución contra ellos acometida, fueron los famosos *Chulos*, que acaudillados como ya hemos dicho por un francés apodado el Capador, se hicieron dueños de la Mancha al terminar la primera guerra civil. En un principio se creyó que tal partida tenía caracter político, pero sus robos y tropelías dieron pronto á reconocer sus intenciones. Encastillados en los montes de Toledo, salían á robar los montados á los caminos, quedándose en la sierra, los de á pié á quienes llamaban mochileros.

Sus correrías fueron tales que el gobierno preocupado hondamente por aquella vergüenza, tuvo necesidad para exterminarlos de establecer líneas de acordonamiento en los montes, ocupar con partidas del Ejército los puntos principales de la sierra y enviar por diferentes puntos patrullas.

En 1841 y 1842, es decir, dos años antes de crearse la Guardia Civil, llegó á haber al mando de un brigadier con su correspondiente estado mayor, en las provincias de Ciudad Real y Toledo, para perseguir estos bandidos, todo el regimiento de caballería de Cataluña, un escuadrón del de Sagunto, algunas partidas del de Lusitania, un batallón de infantería y la compañía especial de escopeteros de Ciudad Real, que con este exclusivo fin fué creada. Sólo á fuerza de perseverancia, después de no largo tiempo, gastando mucho dinero en confidencias y castigando severamente á encubridores y protectores, se logró capturar algunos, matar los menos y hacer que emigrase el resto. La partida de los Chulos, dando muerte á sus caballos y diseminándose, pudo eludir la persecución de la fuerza. Otra al mando del bandido apellidado el *Pardón*, que tenía como refugio los montes de Alamín, fué disuelta, muriendo varios individuos en las diferentes refriegas y su jefe capturado, pereciendo ahorcado en Madrid.

Las anteriores líneas bosquejan el estado del país por los años antes citados. El tráfico interior se encontraba paralizado; los gobiernos eran impotentes ante el gran número de malhechores que plagaban los campos; las tropas del Ejército sufrían penalidades sin cuento en su persecución, desmoralizándose; los robos, crímenes y secuestros eran el principal asunto de todas las conversaciones, por la facilidad con que se perpetraban; España atravesaba en su seguridad pública una época vergonzosa.

Urgía buscar un remedio contra esta desmoralización social, y al gobierno de Doña Isabel II se debe, con la creación del cuerpo de la Guardia Civil, que será el objeto de la siguiente parte.



PARTE TERCERA

La Guardia Civil.

CAPITULO I

Primer decreto creando la Guardia Civil en Espafia.—Sus deficiencias.—Notas biográficas del organizador del Instituto Duque de Ahumada.—Reparos puestos por éste al decreto de organización.—Segundo decreto, que debe considerarse como el fundamental del Cuerpo.

Hemos visto en capítulos anteriores las constantes tentativas hechas en España desde que virtualmente desapareció la Santa Hermandad hasta el reinado de Doña Isabel II, para crear un cuerpo militar que se encargase de velar por la seguridad pública especialmente en los campos y caminos. Fueron todas infructuosas, como se ha dicho al ocuparse de ellas, y ya conocemos por la rapidísima ojeada de que fué objeto el capítulo anterior, el desquiciamiento moral en que se hallaba parte de la sociedad española.

La primera guerra civil había terminado; ocuparon el poder los liberales moderados á consecuencia de la caida del Regente Duque de la Victoria, y considerando no podía dilatarse un día mas garantir la pú-

blica seguridad, base del desenvolvimiento de todas las vitalidades, trataron realizarlo sobre bases firmísimas. El 26 de enero de 1844 se hizo público un decreto firmado por S. M. Doña Isabel II, que fué el primer paso para conseguirlo. Por él se establecían los comisarios y celadores de seguridad pública en sustitución de los alcaldes de barrios, y en uno de los artículos del mismo se indicaba sería creado un instituto de seguridad pública.

En efecto, dos meses después, el *28 de marzo de 1844*, aparecía el real decreto creando la *Guardia Civil* en España, disposición que si en detalle adoleció como luego veremos de grandes defectos, hechos sabiamente desaparecer por el organizador del cuerpo, constituye uno de los mayores timbres de gloria del reinado de Doña Isabel II y del gobierno que á la sanción régia lo puso. Formaba éste D. Luis Gonzalez Bravo como presidente del consejo y ministro de Estado; D. Luis Mayans, de Gracia y Justicia; D. Juan José García Carrasco, de Hacienda; el general D. Filiberto Portillo, de Marina; el marqués de Peñaflorida, de Gobernación y de la Guerra el teniente general D. Luis de Mazarredo, nombres dignos de pasar á la historia, pues cualquiera que sea el juicio que como hombres públicos merezcan, nadie podrá negarles que prestaron un eminentísimo servicio á España cuyos beneficios se tocaron inmediamente, disfrutándose aun.

Y curiosa coincidencia: el sólio de San Fernando ocupaba la primera Isabel, que la genealogía de los reyes de Castilla registra cuando fué creada la Santa Hermandad, primera y grande institución de seguridad pública; y la segunda Isabel era la reina de España al organizarse la Guardia Civil.

Primer decreto creando la Guardia Civil.

Fué el citado real decreto de 28 de marzo de 1844 el primer documento para la creación del Cuerpo de guardias civiles; se amoldó tan perfectamente á las necesidades de la época, y sus bases eran tan firmísimas, que rápidamente pudo llevarse á la práctica la idea que la engendraba. Documento digno de ser conocido íntegro, para mejor apreciar la labor del insigne Duque de Ahumada que lo llevó á felíz realización, como veremos mas tarde, consiguiendo importantes modificaciones, decía así:

«*Ministerio de la Gobernación de la Península.*—Señora: Al cumplir con lo prevenido en el real decreto de 26 de enero último, los infrascriptos ministros responsables no consideran preciso descender al examen de las óbvias razones en que se funda el establecimiento de una fuerza especial de protección y seguridad pública.

„El orden social reclama este auxilio, el Gobierno ha menester una fuerza siempre disponible para proteger las personas y las propiedades; y en España, donde la necesidad es mayor por efecto de sus guerras y disturbios civiles, no tiene la sociedad ni el Gobierno mas apoyo ni escudo que la Milicia ó el Ejército, inadecuados para llenar este objeto cumplidamente ó sin perjuicios.

„La Milicia Nacional, que por su índole carece de una existencia contínua, se dirige á la conservación del orden, tomada esta voz en la acepción relativa á la defensa de las leyes y del sosiego general dentro

de las poblaciones; de donde resulta que su obligación es local y su servicio transitorio; mientras la policía social no reconoce límites de lugar ni de tiempo. No puede tampoco el Ejército llenar esta necesidad, porque su objeto peculiar es defender el Estado, y en último estremo auxiliar á la Milicia en la conservación del reposo público: porque su organización le pone fuera del alcance; porque sus elementos constitutivos no se amoldan al desempeño de comisiones de cierto carácter discrecional, y porque el rigor de la disciplina militar se resiente de la frecuente diseminación de las tropas en pequeñas partidas, independientes de la vigilancia y de la acción de los jefes superiores.

„Por otro lado, ni el Ejército ni la Milicia Nacional desempeñan con la fé necesaria el servicio enojoso de la policía, que aquellos cuerpos miran con cierto desvío por las preocupaciones vulgares, y que solo se presenta á sus ojos como una obligación pasajera, accesoria y estraña al primordial objeto de su respectivo instituto.

„Sobre ser una necesidad, porque ninguna de las fuerzas existentes puede llenar la falta de un cuerpo civil, ofrece esta institución la ventaja de que la Milicia Nacional, desembarazada completamente de la parte mas penosa del servicio, se puede organizar de un modo mas conforme al objeto de su establecimiento, excluyendo á ciertas clases cuya admisión hacía tolerable el carácter activo que ha tenido hasta ahora la Milicia, y llamando á las filas muchas personas de valer y de arraigo que han procurado rehuir esta obligación, señaladamente por sus incesantes molestias y considerables perjuicios.

„Al propio tiempo sirve la fuerza civil para evitar la intervención frecuente del Ejército en los actos populares; intervención que puede menguar al cabo el prestigio de las tropas permanentes; que puede tambien ejercer una influencia perniciosa en el principio de la subordinación; que imposibilita ó entorpece la instrucción del soldado, y que en el orden político no favorece mucho el desarrollo completo del sistema constitucional.

„Aunque estas ventajas compensarían el aumento de gastos que en los primeros momentos puede originar la proyectada mejora, no ha de perderse de vista que mas adelante proporcionará el beneficio de una disminución considerable en el Ejército, lo cual es tanto mas atendible, cuanto la reforma se concilia con el interés de las clases militares que en ella puedan creerse perjudicadas. A esto se añade la reducción de los perjuicios que lleva consigo el frecuente empleo de los artesanos, comerciantes, trabajadores, funcionarios públicos y demás brazos útiles que ocupa la Milicia Nacional; la abolición completa de las partidas locales de seguridad y la modificación del costo de algunos servicios extraordinarios á que indispensablemente obliga el completo desamparo de la autoridad política.

„Al determinar la organización del nuevo cuerpo se ha tenido presente la índole peculiar de este instituto, el cual no se aviene con la división propia de los cuerpos del Ejército, porque su principal ventaja estriba en la diseminación de la fuerza en muchas y cortas fracciones; de donde ha resultado el establecimiento de tercios, escuadrones ó compañías, mitades y escuadras, cuya forma es la que se acomoda más á la

naturaleza y al servicio habitual de la fuerza de protección y seguridad. Ni correspondería tampoco esta institución á la esperanza que justamente prometen sus buenos efectos en otras naciones, si al propio tiempo no se pusiera el mayor esmero en la elección de los indivíduos que deben mandar y constituir el cuerpo; en consideración á lo cual se realza la importancia de los mandos creando jefes y oficiales de categoría superior respecto de los de igual clase en el Ejército, y se limita la admisión, fuera de muy raros casos, á los licenciados con buena nota y de justificada conducta, aun después de haber dejado el servicio de las armas. Esa misma consideración explica la propuesta de sueldos y haberes algo más elevados que los ordinarios; porque si en todos casos el bien comun y la moral se interesan en la alta retribución y en el exacto pago de los empleados públicos, con mayor motivo es aplicable esta verdad, que la razón dicta y la experiencia confirma, á unos agentes que desempeñan el servicio con cierta independencia de la autoridad superior; que llegan á ser en ocasiones depositarios de secretos importantes, y que se ven expuestos frecuentemente á los tiros del resentimiento, ó lisongeados tal vez por los halagos de la corrupción.

„Tales son, Señora, los principales motivos que impulsan el establecimiento, y las principales bases en que se funda la organización de la fuerza civil de protección y seguridad pública á que se refiere el adjunto proyecto, que los infrascritos ministros responsables tienen la honra de someter á la Real aprobación de V. M.

„Madrid 28 de marzo de 1844.—Señora.—A. L. R. P. de V. M.—Luis González Bravo.—Luis Mayans.—Manuel de Mazarredo.—Juan José García Carrasco.—José Filiberto Portillo.—El Marqués de Peñaflorida.„

REAL DECRETO

Conformándome con las razones expuestas por el Consejo de Ministros acerca de lo urgente que es el establecimiento de una fuerza especial de protección y seguridad, en atención al desamparo en que se vé hoy la autoridad pública para protejer eficazmente el órden y las personas y bienes de los vecinos honrados y pacíficos; y teniendo en consideración que ni el Ejército permanente ni la Milacia Nacional pueden atender á este servicio sin menoscabo de su peculiar organización y objeto, sin detrimento de la disciplina militar, y sin molestias ineficaces y perjuicios de la mayor trascendencia para las clases acomodadas y laboriosas, he venido en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Se crea un cuerpo especial de fuerza armada de infantería y caballería, bajo la dependencia del Ministerio de la Gobernación de la Península, y con la denominación de *Guardias Civiles.*

Art. 2.° El objeto de esta fuerza es proveer al buen orden, á la seguridad pública y á la protección de las personas y de las propiedades fuera y dentro de las poblaciones.

Art. 3.° La Guardia Civil se organizará por tercios, escuadrones ó compañías, mitades y escuadras.

Art. 4.° Cada tercio constará de cierto número de compañías y es-

cuadrones, y habrá tantos tercios como distritos militares existen en la actualidad, guardando correlativamente la misma numeración. Los catorce tercios constituirán una fuerza de 20 escuadrones y 103 compañías, que se distribuirán del modo siguiente:

Primer tercio.—Tres escuadrones, diez compañías.
Segundo.—Un escuadrón, seis compañías.
Tercero.—Tres escuadrones, ocho compañías.
Cuarto.—Tres escuadrones, nueve compañías.
Quinto —Un escuadrón, seis compañías.
Sexto.—Un escuadrón, seis compañías.
Séptimo.—Un escuadrón, seis compañías.
Octavo.—Dos escuadrones, once compañías.
Noveno.—Un escuadrón, cuatro compañías.
Décimo —Un escuadrón, cuatro compañías.
Undécimo.—Dos escuadrones, seis compañías.
Duodécimo.—Un escuadrón, seis compañías.
Décimotercio.—Tres compañías.
Décimocuarto.—Cuatro compañías.
Veinte escuadrones, ochenta y nueve compañías.

Art. 5.° Cada Tercio tendrá su Plana Mayor especial, que constará:

1.° De un jefe superior de la clase de brigadieres ó coroneles del Ejército, con el sueldo de 36.000 reales al año.

2.° De un segundo jefe encargado del detall, de la clase de tenientes coroneles, con el sueldo de 30.000 reales.

3.° De dos ayudantes, uno del arma de caballería con 14.000 reales, y otro de la de infantería con 12.000, ambos de la clase de capitanes en sus respectivas armas.

4.° De un mariscal veterinario, con 7.200.

5.° De un cabo de trompetas y otro de tambores, con el haber señalado en este decreto á los cabos primeros de las respectivas armas.

Art. 6.° El escuadrón formará una sola compañía, compuesta de un capitán de la clase de comandantes del Ejército, con 18.000 reales al año; de un segundo capitán encargado del detall, de la clase de capitanes, con 12.000; de dos alféreces, de la clase de tenientes, á 8.000 reales cada uno; de un sargento primero, con 3.650; de cuatro segundos, á 2.920 cada uno; de cuatro cabos primeros, á 2.190; de ocho segundos, á 1.825, y de 120 guardias civiles, inclusos dos trompetas, á 1.460.

Art. 7.° La compañía de infantería constará de la misma fuerza, distribuída en la forma que expresa el artículo anterior, con la rebaja en el sueldo de 2.000 reales al año desde la clase de capitanes hasta la de subtenientes, ambas inclusive, y de 365 reales en las otras clases.

Art. 8.° Se dividirán las compañías de ambas armas en cuatro mitades de 24 ginetes ó infantes, en cada una de las cuales habrá un sargento segundo, un cabo primero y dos cabos segundos. Cuando la mitad obre unidad será mandada por su respectivo oficial.

Art. 9.° Cada mitad se subdividirá en cuatro escuadras de á seis hombres cada una, mandadas respectivamente por el sargento segundo, el cabo primero y los dos cabos segundos correspondientes.

Art. 10. Los veinticuatro hombres sobrantes en cada compañía ser-

virán para suplir las bajas de enfermos, desmontados, ordenanzas, cuarteleros y otros de igual naturaleza, sin que por motivo alguno pueda ser empleado ningún guardia civil en clase de asistente. Entre estos veinticuatro hombres deberá haber cuatro herradores con destino á las cuatro mitades, y de los mismos habrá de tomarse uno para cabo furriel y dos trompetas ó tambores.

Art. 11. El Estado facilitará á la infantería y caballería el vestuario, las fornituras y el armamento, y además á la última los caballos y las monturas; pero el entretenimiento del armamento, vestuario y equipo será de cuenta del indivíduo. Los oficiales se costearán los caballos.

Art. 12. El cuerpo de guardias civiles, en cuanto á la organización y disciplina, depende de la jurisdicción militar.

Art. 13. En este Cuerpo se asciende por rigorosa antigüedad; pero se destinarán al ingreso las dos quintas partes de las vacantes. Los oficiales del Cuerpo de guardias civiles podrán salir al Cuerpo de Administración civil en la forma que determine un reglamento especial.

Art. 14. Para ser admitido en la Guardia Civil en clase de soldado se requiere:

1.° Ser licenciado en el Ejército con buena nota en la hoja de servicios, y de buena conducta después de haber obtenido la licencia. En igualdad de circunstancias serán preferidos los de la clase de sargentos á la de cabos, y los de ésta á la de soldados. Unicamente en casos muy especiales podrá eximirse del requisito de licenciado.

2.° No tener menos de veinticinco, ni mas de cuarenta y cinco años de edad.

3.° Tener á lo menos cinco piés y tres pulgadas de estatura.

4.° Gozar de perfecta salud y ser de complexión robusta.

Art. 15. El alistamiento se hará por los jefes políticos, y los admitidos contraerán la obligación de servir en el cuerpo durante ocho años.

Art. 16. Los que aspiren á ser jefes y oficiales de la Guardia Civil, dirijirán la solicitud al Ministerio de la Guerra, por cuyo conducto se instruirán los oportunos expedientes y se proporcionarán los oficiales y jefes necesarios al de la Gobernación, por el cual se expedirán los nombramientos y se resolverán y ejecutarán las destituciones.

Art. 17. Los jefes políticos nombrarán los sargentos y cabos, á propuesta del jefe superior del tercio respectivo.

Art. 18. Un reglamento especial determinará el orden y los pormenores del servicio, los premios que hayan de establecerse para recompensar el mérito, y los derechos que tendrán al goce de algunos empleos en el ramo de protección y seguridad pública los que lleguen á inutilizarse en el servicio del cuerpo, y los que se distingan por su aptitud, honradez y constante celo.

Dado en Palacio á 28 de marzo de 1844.—Refrendado.—Marqués de Peñaflorida.

Deficiencias del primer decreto.

Una ligera inspección del decreto que antecede, hará ver facilmente que de haberse llevado á la práctica la creación del Instituto tal cual se planteaba en él, su vida hubiese sido tan fugaz como lo fué la de otros cuerpos de seguridad creados en España.

El pensamiento del gobierno era excelente; fué el de dotar á España de un cuerpo análogo al que se hallaba instituido en otras naciones, pero al detallar las bases se bastardeaba la idea principal. La excesiva dependencia de las autoridades civiles en lo relativo á su organización; el no dar al Cuerpo un jefe superior que vigilase el exacto cumplimiento de los reglamentos y que fuese lazo de unión entre los organismos civil y militar de que debía depender el Instituto, y que en contacto con el gobierno pudiera hacer presente las necesidades del mismo y los mezquinos sueldos que se asignaban á los guardias, eran obstáculos insuperables para la realización del magno proyecto que suponía el referido decreto del ministerio González Bravo, inferior á todas luces al presentado por el Marqués de las Amarillas con el título de "Salvaguardias nacionales„, que las Cortes de 1820 desecharon, y del cual nos hemos ocupado en páginas anteriores.

Grandes eran, repetimos, los defectos del primer decreto por el que se creó la Guardia Civil, pero afortunadamente para el país, pensó el gobierno que nadie mas llamado para organizar el Cuerpo bajo las bases expuestas, que el mariscal de campo Duque de Ahumada, hijo del Marqués de las Amarillas antes citado, por sus entusiasmos militares, sus grandes dotes y el conocimiento que del asunto tenía, como íntimo conocedor del magno proyecto que su padre había presentado.

El Duque de Ahumada.

Pero antes de exponer el proceso que siguió la organización del Instituto desde que se dió la misión de organizarlo al Duque de Ahumada—y repetimos que así seguiremos llamándolo para distinguirlo de su padre el Marqués de las Amarillas que fué el primer Duque de aquel título—se imponen unas ligeras notas biográficas de esta gran figura militar, á quien España debe reconocimiento eterno, pues sus grandes dotes de organizador, su férrea voluntad y su elevado criterio, pudieron unicamente realizar la magna obra que la institución del Cuerpo de la Guardia civil supone. Cuerpo que á pesar de los embates sufridos en los 63 años que de vida lleva, mantiene íncolume sus prestigios, robusteciéndolos de día en día, gracias á la vitalidad con que fué generado.

El Excmo. Sr. D. Francisco Javier Girón y Ezpeleta Las Casas y Enrile, hijo del teniente general D. Pedro Agustín Girón, cuarto Marqués de las Amarillas, primer Duque de Ahumada y de D.ª Concepción de Ezpeleta, hija de los condes del mismo título, nació en Pamplona el día 11 de marzo de 1803. Después de haber recibido una educación tan esmerada como correspondía á su clase y circunstancias, manifestando afición á la carrera de las armas, afición que parece innata en esta ilustre familia, que llegó á contar entre sus ascendientes veinticuatro generales, y del que militares también fueron todos los hijos varones del referido duque; éste, en el año 1815, por gracia especial y en recompensa de los eminentes servicios prestados por su progenitor en la Guerra de la Independencia, ingresó en clase de capitán en el regimiento provincial de Sevilla, en el que permaneció haciendo el servicio correspondiente á su empleo durante los años de 1815 á 1819. Habiéndose puesto sobre las armas su regimiento el 20 de enero de 1820, se halló en las



Excmo Sr. D. Francisco Javier Girón y Ezpeleta, Duque de Ahumada.

acciones de Torregorda, ataque marítimo de la batería de la Cantera y sucesos ocurridos en la ciudad de Cadiz el día 10 de marzo de dicho año. Destinado después á las inmediatas órdenes del Ministro de la Guerra, pasó á su lado todo el año de 1821, y al año siguiente, á causa de haberse encontrado en el real palacio cuando las ocurrencias del tan nombrado 7 de julio, al lado de su padre á cuyas inmediatas órdenes se hallaba, tuvo que emigrar á Gibraltar para no ser complicado injustamente en una causa política, á pesar de no haber tomado una parte activa en aquellos sucesos.

Vuelto de la emigración en 1823, ingresó de nuevo en el provincial de Sevilla; pero habiendo contraído una grave afección al pecho, solicitó y obtuvo su licencia absoluta en 23 de diciembre de 1825. Restablecido afortunadamente de tan peligrosa enfermedad, en 9 de julio de 1828 volvió al servicio de las armas en su mismo regimiento provincial y en clase de teniente coronel, á propuesta del ayuntamiento de Sevilla, conforme al reglamento de aquellos cuerpos de milicias.

Por real orden de 3 de abril le fué conferido el mando en comisión del provincial de Plasencia, á cuyo regimiento, que se hallaba de guarnición en la isla de León, se incorporó, pasando después con el mismo el 7 de octubre á la plaza de Tarifa, donde permaneció hasta el 24 de diciembre. Nombrado coronel de milicias provinciales en 26 de noviembre del mismo año, fué destinado de real orden á mandar el provincial de Granada, cesando, en consecuencia, en el mando en comisión del de Plasencia, en el que trabajó con tanta asiduidad y manifestó tal pericia y dotes de mando, que se hizo acreedor á que el inspector general del arma le pasara un atento y honorífico oficio dándole las gracias por sus utilísimos trabajos.

Siendo coronel y mandando el provincial de Granada, en el año de 1831, estando de guarnición en Algeciras, se halló en las ocurrencias que tuvieron lugar en aquel campo, y por su comportamiento en ellas fué ascendido al empleo de coronel de infantería. En 13 de abril del mismo año, por disposición del Capitán general de Andalucía, pasó de guarnición á Cádiz.

Desde dicha fecha hasta el 17 de diciembre de 1832 en que fué nombrado primer comandante del segundo batallón del regimiento de granaderos de la Guardia Real Provincial permanente, y condecorado con la cruz de primera clase de fidelidad militar, permaneció de guarnición en la expresada plaza de Cádiz.

En 1833 continuó en el mando del provincial de Granada. Habiendo sido revistado este regimiento en el mismo año por el entonces mariscal de campo D. Antonio Remon Zarco del Valle, propuso á su coronel para la primera vacante que ocurriese en la Guardia Real, la que le fué en efecto concedida luego que ocurrió, siendo Ministro de la Guerra el citado general Zarco del Valle.

En mayo de 1833 salió de Sevilla con su regimiento para Extremadura, flanqueando la marcha del infante D. Carlos hasta su entrada en Portugal; y desempeñada esta comisión volvió á Sevilla, donde formó parte del cordón sanitario establecido á causa del cólera-morbo, siendo nombrado comandante del cantón del centro y encargado de pasar á

Carmona á formar la línea exterior. El 29 de octubre salió nuevamente de Carmona con una columna volante, compuesta de su regimiento, media batería completa y alguna caballería, con órdenes del Capitán general para desarmar la brigada de realistas que había establecida en la provincia de Córdoba. La brigada fué desarmada, las armas recogidas y depositadas en el palacio de la Carlota y después trasladadas á Sevilla, por cuyo servicio le dió las gracias el Capitán general D. Miguel Tacón. En noviembre del mismo año, deseando el Ministro de la Guerra tenerle á su lado, fué destinado con su regimiento á la guarnición de Madrid.

En 21 de marzo de 1834 fué nombrado primer ayudante general de la plana mayor general de Granaderos y Cazadores de la segunda división de la Guardia Real Provincial permanente, y con la misma fecha fué ascendido á brigadier de infantería, continuando no obstante con el mando del provincial de Granada, hasta que en 1.° de mayo fué relevado por el marqués de Campo-Verde.

En 1835, desempeñando los cargos anejos á su empleo de ayudante general, fué nombrado jefe de la plana mayor de la Guardia Real exterior; y habiendo sido agraciado su padre en dicho año con el título de Duque de Ahumada, le fué transferido el de Marqués de las Amarillas.

Habiéndose acercado en 1836 la facción del cabecilla carlista D. Basilio, al Real sitio de la Granja, donde se hallaban SS. MM., salió de Madrid en su persecución el brigadier Marqués de las Amarillas, con dos batallones de la Guardia Real y un escuadrón de caballería, regresando á la corte después de haber ahuyentado á la facción, de sus inmediaciones. En 29 de agosto del mismo año presentó la dimisión de su empleo de jefe de la plana mayor, y pidió ser destinado á los ejércitos de operaciones, anhelando encontrar un campo más vasto donde ejercitar sus buenas dotes militares.

En 1837 se hallaba de cuartel en Madrid, cuando la aproximación del Pretendiente; al punto se presentó al Capitán general, poniéndose á sus órdenes para ser empleado donde las circunstancias lo reclamasen.

En 6 de mayo de 1838 fué destinado al Ejército de reserva de Andalucía, en el cual le fué dado el mando de la tercera brigada, y desde julio hasta fin de octubre desempeñó también interinamente el cargo de jefe de Estado Mayor General.—En la misma época se encargó del mando de la primera división de dicho Ejército de reserva, y á las órdenes del general D. Ramón María Narváez, se encontró en todas las operaciones que tuvieron lugar en la Mancha; y habiéndose retirado á su casa en 3 de noviembre este general, para curarse sus heridas, el brigadier Marqués de las Amarillas obtuvo el mando del cuerpo de reserva, que vino á la corte, y con el cual pasó á operar en las provincias de Toledo y Avila, en las que en breve tiempo consiguió dispersar las partidas carlistas, reconociendo todas sus guaridas, hasta que en diciembre fué disuelto. Por los méritos contraidos en la organización del Ejército de reserva y pacificación de la Mancha, le fué concedida la gran cruz de Isabel la Católica. Disuelto el Ejército de reserva, en el mismo año de 1838 fué destinado al Ejército del Centro, encargándosele del mando de tres batallones que debían escoltar un convoy de 15.000 vestuarios, que se había tenido que replegar á Guadalajara por haber sido amenazado

por los cabecillas Polo y Llangostera, y logró salvarlo con su brigada.

Dado á conocer en 1.° de enero de 1839 como Comandante general de la división de reserva de aquél Ejército, se halló el 22 del mismo mes con la primera brigada en la acción y ocupación del pueblo fortificado de Montan; el 13 de febrero en la acción de Alcora é introducción de un convoy en Lucena; los días 24 y 25 del mismo en la acción de Yesa y reconocimientos de los fuertes carlistas de Alpuente y el Collado; el 6 de abril en el reconocimiento del castillo de Segura y acción de la Retirada; y el 1.° de mayo en el levantamiento del bloqueo de Montalvan.

El 17 de octubre se le dió el mando de la segunda división compuesta de ocho batallones, cuatro escuadrones, dos baterías, una rodada y otra de á lomo. y una compañía de zapadores. Con estas tropas concurrió el 29 del mismo mes á la acción de Miravete, en unión de la cuarta división del Norte, desalojando á las fuerzas carlistas reunidas, de las formidables posiciones que ocupaban. Después se halló en la ocupación del pueblo de la Cañada, y el resto del año lo pasó en la línea de Camarillas, cubriendo la vanguardia del Ejército.

En 1840, continuando en esta campaña, que para las armas de Doña Isabel II fué una série no interrumpida de victorias, el Marqués de las Amarillas concurrió con la división de su mando en los días 4, 12 y 16 de abril al reconocimiento, sitio y rendición del castillo de Aliaga, y por su comportamiento en estas operaciones le fué concedida la placa de tercera clase de la Orden militar de San Fernando. El 20 de mayo asistió á la acción de la Cenia, en que el general carlista Cabrera fué derrotado por el Ejército del centro mandado por el general D. Leopoldo O'Donnell; y el 30 á la de Mas de Barberan, persiguiendo al enemigo hasta pasar el Ebro.

Con fecha 19 de junio fué ascendido á mariscal de campo por los méritos contraidos en esta guerra, y en dicho mes de junio y julio siguiente tomó parte en diferentes operaciones, flanqueando la marcha de la facción de Balmaseda hasta que se internó en Francia.

En septiembre del mismo año fué destinado con la primera brigada á la guarnición de Valencia, donde se hallaban SS. MM., y allí permaneció hasta que se verificó el embarque de la reina Cristina, despues del cual pidió y obtuvo licencia para la córte.

Durante los años de 1841 y 1842 permaneció de cuartel en Madrid, disgustado del orden político establecido á consecuencia del pronunciamiento de 1840.—Habiendo fallecido su padre en mayo de 1842, heredó el título de Duque de Ahumada, transfiriendo el de Marqués de las Amarillas á su hijo primogénito D. Pedro Agustín Girón y Aragón.

Después del alzamiento de 1843, el general Duque de Ahumada, por real orden de 15 de agosto, fué comisionado para pasar una revista de inspección á las tropas existentes en los distritos segundo y cuarto, lo que verificó con su acostumbrado celo y escrupulosidad, revistando 38 batallones de infanteria, 16 escuadrones de caballería y ocho cuerpos de la reserva. Cumplido su encargo, presentó al gobierno una extensa memoria, resultando de sus observaciones, que da una idea exacta del estado en que se encontraba en aquella época el Ejército español, exa-

minando detenidamente en cada arma el personal y modo de mejorarlo; la organización, vestuario, armamento y equipo; observaciones generales acerca de la contabilidad y modo de simplificarla, con otras muchas notables consideraciones acerca de los oficiales generales, colegios militares y plazas

Tal es á grandes rasgos la accidentada vida militar del organizador de la Guardia Civil hasta el año en que se decretó la fundación de ésta. Reanudemos pues nuestra interrumpida narración.

Reparos puestos por el Duque de Ahumada al primer proyecto de creación de la Guardia Civil.

Con el fin de llevar á la práctica lo dispuesto en el real decreto de creación, pusiéronse de acuerdo los ministros de la Guerra y Gobernación, dictándose en 12 de abril de 1844 otro por virtud del cual se facultaba al primero para que por sí solo procediese á la organización de los tercios, bajo la dirección de jefes militares entendidos; y nombrándose los cabos y sargentos; designaciones éstas que excepcionalmente se le conferían, puesto que como puede verse en el decreto de creación, eran tales nombramientos de las atribuciones de los jefes políticos.

El Ministro de la Guerra con fecha 15 de abril, dió traslado del real decreto anterior al mariscal del campo Duque de Ahumada que por entonces se hallaba revistando los regimientos de infantería que guarnecían Cataluña, nombrándole al propio tiempo Director de la organización de la Guardia Civil, dándole amplias facultades para que propusiera las medidas que más oportunas estimase para la más rápida realización del proyecto. En la real orden citada se le decía "V. E. queda facultado para proponer las medidas que conduzcan á la más útil organización de esta fuerza, en vista de los elementos que para ello puedan emplearse, teniendo en consideración que *del acierto de su primera planta depende su porvenir y el que produzca el feliz resultado á que se la destina.* Muy recomendable é importante es la brevedad; pero más aun lo es la perfección„. En la misma real orden se designaban los pueblos de Leganés y Vicálvaro como puntos de concentración para organizar la infantería y caballería respectivamente.

El Duque de Ahumada se trasladó inmediatamente á Madrid, y después de un meditado estudio del decreto de creación y de cambiar impresiones con el gobierno, hizo presente á éste, que estimaba imprescindible para que el proyecto tuviese viabilidad, algunas importantes modificaciones, sin las cuales, no podía ni debía por interés general encargarse de la organización del futuro instituto.

Los reparos y observaciones que el Duque de Ahumada presentó al proyecto fueron los que literalmente se transcriben:

"Bases necesarias para que un general pueda encargarse de la formación de la Guardia Civil.—1.ª Que esté conforme con la organización que debe darse al Cuerpo, encontrando á la actual la gravísima falta de estar mezquinamente dotados los guardias civiles, á los que se iguala en condición á los peseteros (1).

(1) Así se llamaban los soldados de cuerpos francos creados durante la guerra civil; tenían de asignación una peseta diaria y la ración de pan.

2.ª Que este general ha de tener intervención en el vestuario que se ha de dar, así como en los caballos y monturas.

3.ª Que la propuesta de todos los jefes y oficiales ha de ser suya.

4.ª Que hasta que cada Tercio sea entregado, definitivamente organizado, el general encargado de la organización ha de poder proponer al ministerio de la Guerra, ó decidir por sí, la separación ó vuelta á la situación de que salieron, de todos los jefes, oficiales, sargentos, cabos ó guardias que fuesen llamados para tener entrada y por una ú otra causa no convenga su permanencia.

5.ª Que la organización ha de ser progresiva, formando primero un Tercio; concluido éste, otro, y según por el ministerio de la Guerra se prevenga.

6.ª Que cuanto haya hecho el ministerio de la Gobernación sobre el particular, pase al general encargado de la organización, quedando todo enteramente radicado en el ministerio de la Guerra hasta la total conclusión de la organización.

7.ª Los que tengan entrada en el Cuerpo, han de presentarse personalmente al general, en esta Corte, para marchar desde ella á Leganés los de infantería, y á Vicálvaro ó á Alcalá los de caballería, en cuyos depósitos se han de organizar todos los tercios, para desde allí marchar á las provincias á que cada uno sea destinado.„

Las anteriores y atinadas observaciones del Duque, fueron aceptadas por el Consejo de ministros que desde el día 3 de mayo de aquel año presidía con la cartera de guerra el Capitán general Don Ramón María Narvaez, siendo ministro de la gobernación D. Pedro José Pidal, y con fecha 13 del mismo se publicó un nuevo decreto orgánico que sirvió por fin para la creación del Cuerpo de la Guardia Civil.

Segundo decreto sobre creación de la Guardia Civil y que debe considerarse como el fundamental.

El decreto de 13 de mayo de 1844 debe considerarse como el punto de partida de la organización del Cuerpo, pues alteró completamente las bases establecidas en el primero, y de él han dimanado las modificaciones necesarias conforme la institución ha ido desarrollándose progresivamente.

Su importancia nos obliga á transcribirlo íntegro. Decía así:

Ministerio de la Guerra.—Excmo. Sr.—La Reina Ntra. Sra. (q. D. g.) se ha dignado expedir el real decreto siguiente.—Para llevar á cabo por el Ministerio de la Guerra la organización de la Guardia Civil según lo decretado en 13 de abril próximo pasado, oido mi consejo de ministros y en él, las razones expuestas por mi Secretario de Estado y del despacho de la Guerra, he venido en decretar lo siguiente.—Art. 1.° La Guardia Civil depende del Ministerio de la Guerra por lo concerniente á su organización personal, disciplina, material y percibo de sus haberes, y del Ministerio de la Gobernación por lo relativo á su servicio peculiar y movimientos.—Art. 2.° Concluida la primera organización para la debida centralización del Cuerpo, se establecerá en Madrid una Inspección á cargo de un general, con quien se entenderán los jefes de los tercios en lo relativo á su organización, personal, disciplina y material. La Inspección lo hará con el Ministerio de la Guerra y

Gobernación en la parte que á cada uno competa. Por lo relativo al servicio particular del Cuerpo se entenderán sus jefes con los jefes políticos de las provincias, de quienes en esta parte han de depender.—Artículo 3.° Por ahora y á fin de que se vaya planteando el Cuerpo con la circunspección que se requiere, los 14 tercios de que ha de constar se compondrán de las compañías siguientes:

TERCIOS	Compañías de caballería.	Compañías de infantería.	TOTAL DE FUERZA		
			Jefes.	Oficiales.	Tropa.
1.°	2	5	2	37	926
2.°	1	3	1	21	537
3.°	1	3	1	21	537
4.°	1/2	3	1	19	469
5.°	1/2	2	1	14	335
6.°	1	3	1	21	537
7.°	1/2	3	1	19	469
8.°	1	2	1	16	417
9.°	»	2	1	14	335
10	1/4	1	1	8	168
11	1/2	2	1	14	335
12	1/4	2	1	13	302
13	»	1	»	5	134
14	»	2	1	10	268
TOTAL...	14	9	34	14	232	5769

Art. 4.° Concluida esta organización, y según las necesidades que la experiencia vaya haciendo conocer, podrá irse aumentando según se crea conveniente.—Art. 5.° Al servicio especial de la Corte se asignará una compañía escuadrón de caballería y dos compañías de infantería del primer Tercio. La fuerza restante de éste, como toda la de los otros 13 tercios se distribuirá por el Ministerio de la Gobernación en las provincias civiles, según las necesidades de cada una, bajo la base que á la que no quepa una compañía, se le destine mitad ó sección completa de una ú otra arma.—Art. 6.° La plana mayor de cada Tercio constará de un primer jefe de las clases de brigadier ó coronel en los distritos 1.°, 2.°, 3.°, 4.°, 5.°, 6.°, 7.° y 8.° y de un teniente coronel en los 9.°, 10, 11, 12 y 14: de un ayudante de la clase de capitán. En el primer distrito, atendida su mayor fuerza, habrá además: un teniente coronel, un subayudante de la clase de teniente, un cabo de trompetas y otro de tambores.—Art. 7.° La plana mayor de cada compañía de infantería ó caballería constará de un primer capitán de la clase de comandantes del Ejército. Un segundo capitán de la de capitanes, dos tenientes de la de éstos, un alférez idem, un cabo mayor primero de la clase de sargentos primeros, tres cabos mayores segundos de la de sargentos segundos, cuatro cabos primeros, cuatro segundos; dos trompetas en las compañías de caballería y un tambor y un corneta en las de infantería y 120 guardias civiles.—Art. 8.° Los jefes de los tercios, auxiliados, el del

primer distrito, por el teniente coronel y los demás por el ayudante, que hará las veces de cajero, llevarán el detall y contabilidad de sus tercios.—Art. 9.° Cada compañía se subdivirá en cuatro secciones, á cargo cada una de ellas de uno de los cuatro oficiales de la misma. Cada sección se dividirá en tres brigadas, la primera á las órdenes del cabo mayor que corresponda á la sección y las otras dos á las de los cabos primero y segundo, componiéndose cada una de 10 guardias civiles.—Art. 10. Los primeros capitanes con un amanuense de la clase de guardias civiles, llevarán por sí mismos todo el detall y administración de sus compañías, como muy por menor en la parte de contabilidad del reglamento del Cuerpo se expresará.—Art. 11. Los ascensos en el Cuerpo se verificarán con arreglo al reglamento del mismo.—Art. 12. Para que el premio que han de recibir los licenciados del Ejército que deben componer la Guardia Civil, sea mas verdadero y logren en este empleo una recompensa de sus trabajos y fatigas, los guardias civiles se dividirán en dos clases, á saber; de primera y de segunda y tendrán de sueldo los de primera en caballería 3,467 rs. con 17 mrs. al año, que son diarios á razón de 9 rs. y medio; y los de segunda 3,285 rs. anuales, á razón de 9 al día. Los de primera clase de infantería tendrán anualmente 3,102 rs. con 17 mrs. á razón de 8 rs. y medio diarios, y los de segunda 2,920 á razón de 8.—Art 13. Será de cuenta de los guardias civiles proveerse de caballos, monturas, vestuario y equipo.—Art. 14. Al cumplir su tiempo los guardias civiles podrán llevarse sus caballos, monturas, vestuario y equipo, ó enagenarlo, según mas les convenga.—Art. 15. Para primera organización, el Estado adelantará los fondos necesarios para la compra de los caballos, monturas, vestuario y equipo, que progresivamente se irá descontando, pero de modo que ningún guardia civil de primera clase tome menos de 6 rs. diarios, ni de 5 los de segunda.—Art. 16. Seis meses después de pasada la primera organización de cada Tercio, todo el que solicitase tener entrada en la Guardia Civil de caballería, se deberá presentar con caballo que tenga las circunstancias que en el reglamento se marcarán, adelantándole la caja del Tercio un auxilio de primera entrada de 1200 rs. y 400 á los de infantería, cuyo auxilio progresivamente se irá descontando.—Art. 17. El armamento se facilitará por los almacenes del Estado, siendo de cuenta del guardia civil su entretenimiento.—Art. 18. En cada compañía de infantería y caballería se formará un fondo de hombres al descuento diario, que se prefijará en el reglamento. La existencia de este fondo al salir el indivíduo del Cuerpo, le será entregada íntegra como de su propiedad.—Art. 19. Los ayuntamientos de los pueblos á que se destinen puestos fijos de la Guardia Civil, les proporcionarán casas cuarteles en que vivir con sus familias, si las tuvieren, dándoseles por el Estado el correspondiente utensilio.—Art. 20. Las circunstancias para entrar en la Guardia Civil han de ser en las clases de tropa: ser licenciados de los cuerpos del Ejército permanente ó reserva, con su licencia sin nota alguna; promover su instancia por conducto del alcalde del pueblo de su vecindad, con cuyo informe y el del cura párroco, deberá dirijirse al jefe político de la provincia: esta autoridad, tomando los informes que estime oportunos, la pasará al Comandante general de la provincia, y éste al jefe del Ter-

cio: no tener menos de 25 años de edad, ni mas de 45; saber leer y escribir; tener tres pulgadas, lo menos, de estatura los que hayan de servir en caballería, y dos los de infantería.—Art. 21. Los jefes y oficiales de que ha de componerse el Cuerpo, serán de los que estén en activo servicio y pasen revista de presente en los regimientos del Ejército ó depósitos de reemplazo. Sus circunstancias han de ser además las siguientes: subalternos. Tener lo menos 5 pies de estatura, tener 30 años cumplidos de edad y menos de 40, ninguna nota en sus hojas de servicio ni filiaciones, si fueren procedentes de la clase de tropa.—Capitanes.—Las circunstancias antedichas, y además tener de 30 á 45 años de edad, llevar dos años en su empleo y haber mandado compañía, uno á lo menos.—Ayudantes —Las mismas circunstancias que los capitanes. —Primeros capitanes, comandantes del Ejército.—Las expresadas circunstancias, y además tener de 30 á 48 años de edad; haber mandado compañía dos años, ó ejercido uno, las funciones de su empleo.—Teniente coronel.—Las circunstancias dichas para los empleos anteriores y tener de 30 á 50 años de edad; haber desempeñado un año las funciones de su empleo, ó dos las de comandante de batallón.—Coroneles.—Las mismas circunstancias que se exijen para los tenientes coroneles, y además ser de 30 á 55 años de edad, haber mandado Cuerpo ó pertenecido al Cuerpo de Estado Mayor.—Brigadieres.—Las circunstancias anteriores, y además tener de 30 á 60 años de edad.—Art. 22. Para que la primera organización del Cuerpo pueda verificarse desde luego, se sacarán del Ejército 3,205 hombres, á razón de 35 hombres de cada regimiento de caballería, todos con las circunstancias prevenidas: 20 de cada batallón de infantería; y de Milicias provinciales 15: debiendo ser todos precisamente de la quinta de 1840; y si no los hubiese de ésta, podrán sacarse de la de 1841, y en el caso de que un batallón ó escuadrón no tuviese el número de hombres que se le pide, con las circunstancias requeridas, se sacarán del que le siga en número.—Art. 23. Si en los cuerpos hubiese voluntarios que quieran hacer este servicio, bajo el supuesto de que cada uno será destinado á la provincia de su naturaleza, serán preferidos; y de no haberlos se destinarán por los jefes de los cuerpos.—Art. 24. Un reglamento particular fijará las obligaciones del Cuerpo en general y las particulares de cada uno de su indivíduos. Art. 25. Quedan derogadas todas las órdenes anteriores que se opongan á este decreto.—Dado en Palacio á 13 de mayo de 1844.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de la Guerra, Ramón María Narvaez.—De real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes. —Madrid 13 de mayo de 1844.—Narvaez.—Sr. General director de la organización de la Guardia Civil.

CAPITULO II

Impresión producida por la creación del Cuerpo.—Uniforme y equipo.—Primer contingente en revista.—Sueldos y haberes.—El Duque de Ahumada es nombrado Inspector general.—Primeros reglamentos para el servicio y militar del Cuerpo.

En el ánimo de todos estaba, como ya hemos dicho, era imperiosa necesidad crear un instituto armado que garantizase la pública seguridad. La impresión que por consiguiente produjeron en el país los anteriores decretos, fué favorable en general, por verse en ellos, base firme y pensamiento meditado. En las filas del Ejército—dice un historiador contemporáneo á la creación del Cuerpo y que al Ejército pertenecía—á pesar de las ventajas que desde luego le ofrecía el aumento de un nuevo instituto, y de las particulares con que brindaba á los indivíduos que pasasen á él, fueron, mas que las simpatías, los temores con que se acojió su organización, tanto por las dudas de que fuese á poco tiempo disuelto, como por creerse carecería de concepto y prestigio, en razón á que contra el servicio de la policía de seguridad á que era destinado, existía unánime prevención en las gentes; y de aquí provino el que muchos excelentes oficiales y jefes pasaran á él recelosos, y que no pocos rehusaran su ingreso. La circunstancia de ser institución mixta, esto es, un cuerpo militar cuyo servicio especial sería civil, con dependencia de los gobernadores políticos, daba lugar tambien á conjeturas y vaticinios encontrados; pues mientras muchos militares se resistían á aceptar los fundamentos, y aun á creer en la posibilidad de semejante orden de cosas, los empleados del orden civil, sentían, sin ocultarlo, que no hubiese prevalecido la primera idea de que fuese en todo dependiente del ministerio de la Gobernación y de sus delegados en las provincias. Bajo semejantes auspicios, y luchando con otra clase de dificultades hijas del estado del país y de las escaseces del erario, empezóse á llevar á cabo la realización de este gran pensamiento.

Uniforme y equipo.

Leganés y Vicálvaro fueron los puntos designados para concentrarse los contingentes según vá dicho, designando el Duque de Ahumada al coronel del re-

gimiento de Guadalajara Barón de Purgoldt como instructor y receptor de la futura infantería del Cuerpo en la primera de las localidades expresadas, y al de igual empleo y arma de caballería Don León Palacios para que en la segunda recibiese á los que debían servir en las compañías de caballeria: que así fueron designadas las unidades que hoy se conocen con el nombre de escuadrones.

Los contingentes reclamados al Ejército para organizar el Cuerpo, cuya cuantía hemos visto en el decreto de organización, y los voluntarios de la clase de licenciados fueron acudiendo á dichos puntos, donde acuartelados recibieron las primeras instrucciones para el nuevo servicio que se les iba á encomendar.

Entre tanto la *Dirección de la organización*—hoy nuestro actual centro directivo—secundando las iniciativas del Duque de Ahumada, estudiaba la cuestión de uniformidad, armamento, equipos y reglamento del futuro instituto. Dicha *Dirección* la constituyeron en principio, el coronel graduado y teniente coronel de infantería D. Cárlos María de la Torre, como secretario, y cuatro jefes de sección, para cuyos cargos fueron designados el teniente coronel de infantería D. Felipe Urioste y los segundos comandantes D. Javier de Olmeda, D. Luis Casani y D. Juan Manuel de Yébenes; como auxiliares de estas secciones se nombraron igual número de subalternos.

El uniforme y armamento fué la primera cuestión á tratar, y aunque baladí al parecer, era punto importante por depender el porvenir del instituto de todos los detalles hasta los mas insignificantes. Su servicio iba á ser de constante fatiga en el campo, pareciendo lo natural que se buscase el mas cómodo, con el menor número de prendas posible á la par que sufrido. No fué así, y si en épocas modernas se estima inadecuado á la misión del instituto dicho uniforme, que con ligerísimas variantes es idéntico al de la fundación, friamente examinado el asunto, constituye un acierto mas del Duque de Ahumada.

Se fijó éste, en que la Guardia Civil debía prestar en todo tiempo, estación y lugar, servicio; en que tal uniforme debía ser vistoso y elegante, dando con ello representación al indivíduo; tenía que huirse de copiar los usados por otras naciones, á fin de constituir por todo un cuerpo genuinamente español, estando como estaba tan reciente la epopeya de la Independencia que generó el odio español á todo cuanto extrangero se asemejaba. Nuestras gloriosas milicias eran el mejor patrón, y remembranzas de ellas se buscaron en el uniforme. Lo repetimos; el que se dotó á la Guardia Civil fué elegido con fortuna, y su marcial seriedad evitó la mordaz crítica en el calificativo, á que tan aficionada se muestran las clases bajas de nuestra nación.

Los dos figurines que para infantería y caballería se presentaron por el Duque de Ahumada al Ministro de la Guerra general Narvaez, fueron aceptados, excepción hecha del morrión que como prenda de cabeza quiso ponerse á la infantería. Se dispuso que ésta llevase como la caballería el mismo sombrero de tres picos—así denominado por estar algo forzadas las extremidades de la pala y saliente la parte hoy curvada del frente—quedando por R. O. de 15 de junio de 1844 adoptado el siguiente uniforme, equipo y armamento.



Guardia Civil de la creación.

(De un grabado de la época)

Para la caballería: sombrero de tres picos con galón de hilo blanco, casaca azul con cuello, vueltas y solapa encarnada abrochada, con forro azul para el uso diario; hombreras de cordón encarnado y blanco, que sirven de presilla para el correage; pantalón blanco de paño ajustado, bota de montar para el servicio á caballo, levita azul con vivo encarna-

do; pantalón azul con borceguí para el servicio á pié; capote azul del que está admitido en general para montar; cabos y botones blancos; guantes amarillos para montar y el uso diario, y para gala de algodón ó estambre blanco; carabina con bayoneta, dos pistolas de arzón, espada de línea, cartuchera con correa de ante de su color y gancho para la carabina, cinturón del propio color que la correa de la cartuchera; silla igual á la que usa la caballería del Ejército, con pistoleras y correage negro con hebillas de metal amarillo; mantilla de paño azul redonda con galón de hilo blanco; maleta del mismo paño; armada con galón de hilo blanco en los costados y vivo encarnado. Los caballos habían de ser de tres dedos sobre la marca, por lo menos, de alzada, todos con cola y ninguno blanco ni pío. Para la infantería: sombrero igual al de la caballería y casaca igual con faldón ancho; pantalón con vivo encarnado, zapato abotinado, levita azul para diario, que se usará con el mismo pantalón azul, y en verano pantalón de lienzo; esclavina de paño verde; fusil más corto dos dedos que lo ordinario, de calibre de á 15 en libra; sable de los que usa la infantería del Ejército; una pistola pequeña; cartuchera con cuarenta cartuchos, con correa de ante de su color, lo mismo que el tahalí del sable y el cinturón con chapa dorada sencilla con la cifra G. C., y mochila de hule ó encerado negro con correas también de color de ante.

A pesar de lo dispuesto en esta R. O., la infantería no llegó á usar el fusil designado, dotándosele del de chispa ordinaria que tenía el Ejército. En cuanto á la caballería tampoco se la dió la pistola que tan útil pudo serla; en cambio fué la primera fuerza en España que usó las armas de fuego de percusión, dotándola de una carabina larga con bayoneta para poder prestar el servicio á pié, á cuyo fin se le dió colocación á la dragona, como más tarde en 1870 también fué la primera en usar la de repetición (el Winchester).

Primer contingente en revista.

A la par de lo referente á uniformidad, se procedió por la "Dirección de organización„ á la compra de caballos domados de seis á diez años, á su designación, tasa y reseña para el indivíduo que debía corresponderle, verificándolo por su cuenta los jefes y oficiales; construíanse las monturas bajo el mismo modelo, usado entonces por la caballería del Ejército; se sacaba de los almacenes el armamento; elegíanse los jefes y oficiales, cabos y sargentos que personalmente eran recibidos por el Duque de Ahumada, quien hacía minucioso exámen personal de todos sin omitir detalle el más insignificante. En Leganés y Vicálvaro, mientras tanto, los jefes antes citados, uniformaban al personal y les daban instrucción teórica y práctica del servicio que iban á prestar. En estos puntos y en la Dirección reinaba febril actividad, que en isócrono movimiento á impulsos del Duque, ponía en marcha al futuro cuerpo.

En la revista de Agosto y cuando apenas habían transcurrido tres meses desde el decreto fundamental, el cuerpo de la Guardia Civil pasó aquélla con un contingente de 668 guardias de infantería y 368 de caballería con 320 caballos.

Para facilitar más aun la rápida organización, y aún cuando se había

dispuesto que cuanto el guardia civil tuviese—excepción hecha del armamento—fuese propiedad suya, se dispuso que el Estado abonase lo necesario para costearles el vestuario, montura y equipo, descontándoles después de sus haberes tres reales y medio diarios á los guardias primeros de caballería, tres á los de segunda y uno menos á los de iguales categorías en infantería. Al propio tiempo se ordenó que los deterioros de prendas fuesen por cuenta de los guardias, y que por ningún concepto pudiesen recibir menos de seis reales y la ración de pan cuando por cualquier concepto fuese necesario hacerles descuentos reglamentarios, castigándose y despidiendo del servicio á los negligentes.

Sueldos y haberes.

Otro de los puntos principales en que el Duque de Ahumada tuvo necesidad de poner á contribución sus buenos deseos, fué el referente á sueldos de oficiales y haberes de tropa. Ya vimos al ocuparnos de los reparos hechos por el insigne organizador al primer decreto de creación, que uno de ellos fué considerar insuficiente el sueldo que á los indivíduos del instituto se les asignaba. Era necesario si se quería que la fuerza pudiese vivir desahogadamente, y con ello encontrasen estímulo á sus fatigas unos y aliciente otros para pasar al Cuerpo, sirviendo en él cumplidamente, que los sueldos fuesen relativamente á la época, grandes.

Así hízolo entender al gobierno y su gestión tuvo un éxito completo. Por R. O. de 30 de agosto fueron señalados los que se indican en la siguiente plantilla.

CLASES		SUELDO ÍNTEGRO ANUAL	
		Reales. vn.	Mrs.
Plana Mayor	Brigadier ó coronel	36,000	»
	Teniente coronel	30,000	»
	Capitán ayudante	12,000	»
	Subayudante del primer Tercio	10 000	»
	Cabo de cornetas	3,832	17
	Idem de tambores	3,467	17
Caballería	Capitán 1.º	20 000	»
	Capitán 2.º	14,000	»
	Teniente	8,000	»
	Alférez	6,600	»
	Sargento 1.º	4,380	»
	Idem 2.º	4,015	»
	Cabo 1.º	3 832	17
	Idem 2.º	3,650	»
	Trompeta	3,285	»
	Guardia civil de 1.ª clase	3,467	17
	Idem de 2.ª	3,285	»
Infantería	Capitán 1.º	16,000	»
	Idem 2.º	12,000	»
	Teniente	7,300	»
	Subteniente	6.000	»
	Sargento 1.º	3,832	17
	Idem 2.º	3,650	»
	Cabo 1.º	3,467	17
	Idem 2.º	3,285	»
	Corneta	2,920	»
	Guardia de 1.ª clase	3,102	»
	Idem de 2.ª	2,920	»

No podemos anticipar juicios puesto que en lugar oportuno hemos de ocuparnos de los sueldos actuales, y entonces será ocasión de hacerlos; unicamente diremos, que atendiendo á los que en aquella época tenían los demás funcionarios del Estado, á la menor carestía de la vida y á que entonces las exigencias sociales eran enormemente menores que las actuales, los sueldos asignados tanto á la oficialidad como á la tropa eran suficientes y en armonía á cuanto de ellos se esperaba.

El Duque de Ahumada es nombrado Inspector general

Altamente satisfecho el gobierno de Isabel II de los trabajos de organización hechos por el Duque de Ahumada, dispuso por decreto fecha 1.° de septiembre su nombramiento cual Inspector general del Cuerpo, decreto laudatorio en extremo por la forma en que fué redactado, y del cual se dió como es natural cuenta á las diversas autoridades de la Península.



Un grabado de época del Duque de Ahumada con el facsímile de su firma.

Pero no se dictó éste sin antes recabar el Duque del gobierno la completa seguridad de que cuantas medidas propusiera fuesen aceptadas; que los prestigios del nuevo instituto serían á toda costa sostenidos, como igualmente exigió medidas de rigor para los que perteneciendo á él se hiciesen merecedores de castigo. Comprendía que unicamente así podría tener en España larga y honrosa vida un Cuerpo que iba á comenzar una campaña de perpétua lucha contra elementos fuera de la ley, que escojerían como buenos todos los medios, para desacreditarlo y tratar de que desapareciese.

Primer reglamento para el servicio del Cuerpo.

Hecho el nombramiento que antecede, urgía como primordial dotar á los indivíduos que concentrados se hallaban en Vicálvaro y Leganés, del correspondiente reglamento, á fin de imponerles en sus obligaciones respectivas antes de ser enviados á sus demarcaciones.

El 9 de octubre del año que nos ocupa apareció el decreto que lo contenía y el cual debía ser entregado á los indivíduos "á fin—según de cía—de que la fuerza que se halla ya completamente organizada, empezase sin demora á ejercer su importante cargo y pudiera corresponder bien desde su origen al carácter protector y benéfico de la Institución.„

El primitivo reglamento variaba bastante en su esencia del actual. A pesar de los esfuerzos hechos por el Duque de Ahumada para independizar el Cuerpo de las autoridades civiles, no respondió en absoluto á sus propósitos.

Aunque el entonces ministro de la Gobernación decía en el preámbulo del decreto, que acudiendo á lo mas preciso y dejando á las lecciones de la práctica y de la experiencia el ensanche y los pormenores que pudiera exijir una obra cumplida en tan delicada materia, se había limitado á formar un breve y sencillo reglamento, en el cual se determinase el objeto y las relaciones del Cuerpo, lo cierto es que la mayoría de sus prescripciones exigían pronta modificación, como fué cual luego veremos necesario hacer si no se quería convertir la Guardia Civil en un cuerpo de policía sujeto á los vaivenes de la inconstante política.

Esto y constituir documento curioso para la génesis del Instituto, permitiendo de paso hacer las compraciones y deducciones necesarias, nos hace que lo insertemos tal cual fué dictado. Decía así:

REGLAMENTO

PARA EL SERVICIO DE LA GUARDIA CIVIL

CAPÍTULO PRIMERO

Objeto de la Institución.

Artículo. 1.° La *Guardia Civil* tiene por objeto:

1.° La conservación del orden público.

2.° La protección de las personas y las propiedades, fuera y dentro de las poblaciones.

3.° El auxilio que reclame la ejecución de las leyes.

Art. 2.° Cuando lo permita el servicio de que habla el artículo anterior, podrá emplearse la Guardia Civil, como auxiliar en cualquiera otro servicio público, que reclame la intervención de la fuerza armada.

CAPÍTULO II

Dependencia de la Guardia Civil.

Art. 3.° La Guardia Civil depende.

1.° Del Ministerio de la Guerra por lo tocante á su organización, personal, disciplina, material y percibo de sus haberes.

2.° Del Ministerio de la Gobernación de la Península en cuanto al servicio y acuartelamiento.

Art. 4.° El Ministerio de Gracia Justicia, y las autoridades judiciales, podrán requerir su cooperación por conducto de la autoridad civil, fuera de los casos urgentes que indicará este reglamento, en los cuales podrá la autoridad judicial entenderse directamente con los respectivos jefes de la fuerza.

Art. 5.° La dependencia del Ministerio de la Guerra se determinará y explicará en el reglamento militar que se forme por el respectivo Ministerio.

§. I.

Del Ministerio de la Gobernación de la Península.

Art. 6.° El Ministerio de la Gobernación de la Península, es el único conducto por donde se transmiten las órdenes de S. M. para disponer el servicio en general de la Guardia Civil.

Art. 7.° Esta fuerza se distribuirá en la forma que previene el real decreto de 13 de mayo próximo pasado, destinándose por consiguiente á cada distrito militar, su Tercio respectivo.

En caso necesario podrá sin embargo el Ministro de la Gobernación de la Península, reunir temporalmente dos ó mas tercios, cuya reunión deberá cesar tan luego como desaparezca el motivo grave y urgente que hubiere requerido esta disposición extraordinaria.

Art. 8.° Cuando lo estime conveniente podrá el Ministerio de la Gobernación reunir en una ó mas provincias los escuadrones y compañías pertenecientes á un mismo Tercio.

Art. 9.° Este Ministerio comunicará directamente al Inspector y á los jefes de los tercios las órdenes de S. M. relativas al servicio y acuartelamiento de la Guardia Civil.

Art. 10. Por el Ministerio de la Gobernación podrá suspenderse á cualquier jefe ó subalterno de esta fuerza, cuando por su apatía ó cualquiera otra causa se entorpezca el servicio En caso necesario el Ministerio de la Gobernación pasará la comunicación oportuna al Ministro de la Guerra, á fin de que por los trámites ordinarios proceda á la separación del jefe ó subalterno, que hubiese sido objeto de esta medida.

Art. 11. *El Jefe político* dispone el servicio de la parte de Guardia Civil destinada á su provincia respectiva; pero nunca se mezclará en las operaciones y movimientos militares, que hayan de hacerse para la ejecución del servicio.

Art. 12. Podrá reunir los escuadrones y compañías perteneceintes á la misma provincia, cuando lo requiera el objeto mismo de la institución de esta fuerza.

Art. 13. El Jefe político podrá suspender al jefe de escuadrón ó compañía, y á cualquier subalterno que sin mediar expresa orden superior, no dé cumplimiento á las disposiciones tomadas por la autoridad civil, en el círculo de sus facultades, ó que por cualquier motivo entorpezca el servicio. En este caso deberá el Jefe político dar inmediatamente cuenta al Ministerio de la Gobernación de la Península, para la aprobación ó revocación de aquella providencia. Si S. M. se digna aprobar la conducta del Jefe político, el Ministerio de la Gobernación procederá en la forma que prescribe el art. 10 de este reglamento.

Art. 14. *El Comisario* de protección y seguridad pública en su respectivo distrito, es la autoridad que dispone el servicio de la Guardia Civil, comprendida en el término de su jurisdicción.

Art. 15. En sus disposiciones deberá el Comisario atenerse con todo rigor á las órdenes é instrucciones que le comunique el Jefe político de la provincia.

Art. 16. Cuando no exista orden alguna en sentido contrario, podrá el Comisario reunir dos ó mas secciones, brigadas ó destacamentos. Tambien podrá tomar esta disposición bajo su responsabilidad cuando lo exija un servicio extraordinario, urgente é imprevisto, si á ello únicamente se oponen á las órdenes é instrucciones generales del Jefe político; pues en el caso de mediar una orden especial y terminante de la respectiva autoridad política, el Comisario deberá reducirse á cumplir exactamente la disposición superior.

Art. 17. Podrá el Comisario poner á las órdenes de algún *Celador*, parte de la fuerza correspondiente al término de su jurisdicción, siempre que sea para objetos propios del instituto de la Guardia Civil, debiendo el Celador arreglar en este punto sus procedimientos, á las órdenes é instrucciones del Comisario.

Art. 18. En los casos de falta de obediencia ó respeto de algún indivíduo de la Guardia Civil, á las órdenes, ó á la autoridad del Comisario, deberá éste dar cuenta al Jefe político de la provincia, para la resolución oportuna.

Art. 19. Los alcaldes de los pueblos podrán requerir el auxilio de la Guardia Civil del pueblo respectivo. La Guardia Civil no podrá negar este auxilio, siempre que sea para un objeto del instituto de dicha fuerza dentro del término municipal, y no medie en contrario ninguna orden del Jefe político, *ó del Comisario*. Cuando sin mediar alguna de estas causas se negare el auxilio, los alcaldes elevarán su queja ó reclamación, al Jefe político de la provincia.

§ II

De las autoridades judiciales.

Art. 20. El *Regente* ó *Fiscal* de una audiencia que necesite el auxilio de la *Guardia Civil*, para cualquier servicio de los que según este reglamento corresponden á la autoridad judicial, dirigirán para ello la comunicación oportuna al Jefe político de la provincia donde haya de emplearse la fuerza, el cual no podrá negar este auxilio, fuera de los casos en que no lo permitan obligaciones preferentes.

Art 21. El *Juez* de primera instancia ó *Promotor Fiscal*, que necesite igual auxilio en su partido respectivo, se dirigirá en los mismos términos al Comisario del distrito á que corresponda el juzgado: sólo en la necesidad de atender, como expresa el artículo anterior, á un servicio preferente, podrá el Comisario dejar de poner esta fuerza á disposición del Juez ó Promotor Fiscal.

Art 22. Así el Regente ó Fiscal de una audiencia, como el Juez ó Promotor Fiscal de un partido, podrán requerir directamente de los jefes de la Guardia Civil, la cooperación de esta fuerza cuando ocurra algún servicio de tan urgente naturaleza que no admita dilación de ninguna especie. La autoridad judicial, sin embargo, al propio tiempo que haga uso de esta facultad extraordinaria, deberá participar á la autoridad civil respectiva la adopción de esta medida.

Art. 23. Las autoridades judiciales, al solicitar el auxilio de la Guardia Civil, cuando no fuere incompatible con el sigilo que reclama á veces la administración de justicia, indicarán el objeto para que necesitan la cooperación de esta fuerza.

CAPITULO III

Obligaciones y facultades de la Guardia Civil.

Art. 24. Todo indivíduo de la Guardia Civil tiene obligación de auxiliar y obedecer al Jefe político ó á sus delegados, cuando requieran la intervención de esta fuerza para reprimir cualquier tumulto ó desórden, sea de la naturaleza que fuere.

Art. 25. La obediencia extricta á las órdenes de la autoridad en el caso de que habla el artículo anterior, exime de responsabilidad; y la menor desobediencia ó morosidad en el cumplimiento de esta clase de órdenes, será castigada con todo el rigor de la ordenanza militar.

Art. 26. No solamente la Guardia Civil tiene obligación de cooperar al sostenimiento del orden público, observando y cumpliendo las instrucciones y órdenes del Jefe político y sus delegados, sino también debe acudir por sí al desempeño de este servicio, cuando no se halle presente la autoridad. Por consecuencia, todo comandante, subalterno ó indivíduo de esta fuerza, se halla obligado respectivamente á sofocar y reprimir cualquier motín ó desórden que ocurra en su presencia, sin que sea necesaria para obrar activamente la orden de la autoridad civil.

Art. 27. En estos casos el jefe de la fuerza procederá del modo siguiente:

1.° Se valdrá del medio que le dicte la prudencia para persuadir á los perturbadores á que se dispersen y no continuar alterando el orden.

2.° Cuando este medio sea ineficaz, les intimará el uso de la fuerza.

3.° Si apesar de esta intimación persisten los amotinados en la misma desobediencia, restablecerá á viva fuerza la tranquilidad y el imperio de la ley.

Art. 28. Si los amotinados ó perturbadores hicieren uso de cualquier medio violento, durante las primeras intimaciones, la Guardia Civil empleará también la fuerza desde luego, sin preceder intimaciones ó advertencias.

Art. 29. Toda reunión sediciosa y armada deberá ser disipada desde luego, arrestando á los perturbadores: si se resistiesen, empleará la fuerza.

Art. 30. El Jefe político dispondrá que haya de contínuo rondas en los caminos y puntos que ofrezcan habitualmente alguna inseguridad, arreglando la distribución de esta fuerza en términos que haya dos partidas constantes en el mismo camino, las cuales rondarán en la misma línea, pero en dirección opuesta.

Art. 31. El jefe de cada partida llevará un registro, en el cual anotará los hechos importantes de que tenga noticia, y todos sus actos en el desempeño de este servicio. Este registro deberá ser visado todos los dias, con expresión de la hora, por el alcalde del pueblo de donde salga la ronda, y por aquel donde pernocte ó descanse. De este registro dirijirá semanalmente un breve extracto al Comisario respectivo, el cual, formando un resúmen general de los extractos parciales, remitirá cada quince días el correspondiente parte al Jefe político de la provincia. Sin embargo, los comandantes de partidas, cuando ocurra algún suceso extraordinario ó notable, remitirán directamente al Jefe político un parte especial, poniendo al propio tiempo el suceso en conocimiento del Comisario.

Art. 32. En los caminos, en los campos y despoblados, toda partida ó individuo de la Guardia Civil, cuidará de proteger á cualquiera persona que se vea en algún peligro ó desgracia, ya prestando el auxilio de la fuerza, ya facilitando el socorro que estuviere á su alcance. Por consiguiente, procurará amparar á todo viajero que sea objeto de alguna violencia; auxiliar á los carruages que hubiesen volcado ó experimentado cualquier contratiempo que los detenga en el camino; recoger los heridos ó enfermos que se hallen imposibilitados de continuar su marcha; contribuir á cortar los incendios en los campos ó en las casas aisladas, y prestar en suma, del mejor modo que le fuese posible, todo servicio que pueda conducir al objeto y realce de esta institución, esencialmente benéfica y protectora.

Art. 33. Corresponde tambien á la Guardia Civil, con sujeción á lo prevenido en este reglamento y á las instrucciones particulares que se le dieren, velar sobre la observancia de las leyes y disposiciones relativas:

1.° A los caminos, portazgos, pontazgos y barcajes.

2.° A los montes y bosques del Estado y de los pueblos.
3.° A la caza y pesca.
4.° A los pastos del común de vecinos.
5.° A los bienes de propios.
6.° A los demas ramos ó propiedades que formen parte de la riqueza pública ó comunal.
7.° A las propiedades particulares.
8.° A todo lo que constituye la policía rural.

Art. 34. Es obligación de la Guardia Civil:

1.° Tomar noticia de la perpetración de cualquier delito ó hecho contrario á las leyes, decretos y órdenes del Gobierno, bandos de las autoridades y ordenanzas municipales.

2.° Recoger los vagabundos que anden por los caminos y despoblados, y los fugados de las cárceles ó presidios, entregándolos á la inmediata autoridad civil; para lo cual facilitarán los comisarios y los alcaldes á los jefes de las partidas, una lista de las personas que se hallen comprendidas en estos casos, con expresión muy determinada y explícita de las señas personales, y de todas las circunstancias necesarias para evitar equivocaciones.

3.° Recoger los prófugos y desertores, entregando los primeros á la autoridad civil, y los segundos á la autoridad militar del pueblo mas inmediato.

4.° Perseguir y detener á los delincuentes ó infractores de las disposiciones á que se refiere el párrafo 1.° de este artículo, entregándolos á la autoridad ó tribunal competente.

Art. 35. Habrá siempre en las ferias un destacamento de la Guardia Civil destinado á conservar el orden interior y seguridad personal en los caminos inmediatos, á cuyo fin se establecerán por las avenidas y contornos del pueblo donde la ferie se celebre, rondas especiales que vigilen de continuo, así de día como de noche, hasta que cese el motivo que suele en estos casos atraer á los malhechores, vagos y gente perdida.

Art. 36. El jefe de toda partida de Guardia Civil, ó cualquier individuo de esta fuerza que obre separadamente, se halla facultado:

1.° Para exigir la presentación del pasaporte ó pase á los viageros y transeuntes, deteniendo á los que no lleven dicho documento para presentarlos al respectivo Comisario ó Celador de protección y seguridad, siempre que la detención se verifique dentro ó á las inmediaciones del pueblo donde resida alguno de aquellos funcionarios; pero si la falta se notare en los caminos, solo deben detener á los viajeros que infundieren sospecha, para presentarlos al Comisario ó Celador inmediato, limitándose, respecto de los demás, á dar parte á la autoridad civil, y prescribir al interesado la obligación de proveerse del correspondiente documento en el pueblo más cercano en la dirección del viajero.

2.° Para exigir igualmente la presentación de la licencia de uso de armas, ó la de caza ó pesca, dando parte de cualquiera falta al comisario del distrito y al celador del pueblo donde resida el interesado.

3.° Para entrar á cualquier hora del día ó de la noche, en las ventas ó casas situadas en despoblados, cuando haya motivos para sospechar que se abriga en ellas algún malhechor ó delincuente.

Art. 37. Todo jefe de partida de Guardia Civil, se halla facultado, para instruir la sumaria información de cualquier delito cometido á su vista, denunciado por los transeuntes ú otras personas halladas fuera de población, y perpretado próximamente á la denuncia, presentando la sumaria al juez lo más antes posible, sin que en ningún caso pueda exceder este plazo de cuatro días, contados desde aquel en que se verifique el suceso que motive la sumaria.

Art. 38. Ningún jefe ni indivíduo de la Guardia Civil podrá imponer multas ni otra pena alguna, ni aun las prescritas en las leyes, bandos ó disposiciones vigentes, debiendo en estos casos reducirse á presentar el infractor á la autoridad competente, y circunscribirse al uso de las facultades que determinan los artículos anteriores.

Art. 39. El Jefe político dispondrá tambien el servicio que deba hacer la Guardia Civil en el interior de las poblaciones, y procurará que asistan partidas de esta fuerza á las reuniones públicas, sin otro objeto que el de atender á la conservación del orden y á la protección de las personas.

Art. 40. Los agentes de protección y seguridad pública, constituyen la fuerza especialmente destinada á velar de contínuo en las calles por la conservación del buen orden interior, protegiendo á los vecinos pacíficos, evitando ó reprimiendo las pendencias ó escándalos, averiguando la perpetración de cualquier delito, y persiguiendo y deteniendo á los delincuentes ó infractores para ponerlos á disposición del celador del barrio, que deberá entregarlos inmediatamente al comisario del distrito respectivo: pero la Guardia Civil cooperará en caso necesario con los agentes de protección y seguridad pública, en el desempeño de esta clase de servicios.

Art. 41. Los comisarios podrán requerir tambien el auxilio de la Guardia Civil para esta clase de servicios, cuando no juzguen bastante la fuerza de los agentes de protección y seguridad y no sea posible esperar la orden del Jefe político.

Art. 42. Cualquier jefe ó indivíduo de la Guardia Civil, puede hacer directamente, sin previa orden ó requerimiento de la autoridad, cualquier servicio de esta especie cuando los hechos ocurran á su vista, ó cuando por su inmediación sea llamado por un vecino necesitado para un caso urgente. Despues de proveer á lo mas necesario, el jefe de la fuerza que hubiere prestado este auxilio, dará parte al comisario del distrito, bajo cuya dirección continuará prestando el servicio en aquel acto.

Art. 43. Ningún indivíduo de la Guardia Civil, podrá entrar en ninguna casa particular sin previo permiso del dueño. Si la detención de un delincuente ó la averiguación de un delito, exigiere el allanamiento y el dueño se opusiese á ello, deberá el jefe de la fuerza dar parte al comisario, tomando las disposiciones necesarias para ejercer entre tanto una vigilancia eficaz.

Art. 44. La prohibición de que habla el artículo anterior, no comprende las fondas, cafés, tabernas, posadas, mesones y demás casas donde se admite al público, en las cuales podrá entrar cualquier jefe de la Guardia Civil, ya en virtud de requerimiento de la autoridad competente, ya de su propio impulso, cuando tenga noticia de algún delito,

desórden ó infracción cometida en el interior de dichos establecimientos, ó lo exija la detención de algún delincuente.

Art 45. Además de la obligación que tiene la Guardia Civil de atender á la conservación del órden y á la protección de las personas y de las propiedades, fuera y dentro de las poblaciones, debe auxiliar á las autoridades judiciales para asegurar la buena administración de justicia.

Art. 46. En este concepto es obligación de todo jefe de una partida de Guardia Civil, dar á los jueces de primera instancia de los partidos, oportuna cuenta de todos los delitos que lleguen á su noticia, remitirles las sumarias que instruyan, y poner á su disposición los delincuentes.

Art. 47. Deben asistir á los jueces, en la forma ya expresada, cuando tengan éstos que proceder á la detención de alguna persona.

Art. 48. La Guardia Civil prestará el servicio necesario para asegúrar el orden y la libertad en la celebración de los juicios de los tribunales, cuando no baste para ello la fuerza de los agentes de protección y seguridad.

CAPÍTULO IV

Del acuartelamiento.

Art. 49. En las poblaciones grandes donde se reunan mas de 50 hombres de Guardia Civil, se facilitará por el Ministerio de la Gobernación de la Península una casa-cuartel.

Art. 50. Interin se puede proporcionar casa-cuarteles en los demás pueblos, se proveerá esta falta por medio de alojamientos, en la forma establecida para las tropas del Ejército.

CAPITULO V

Disposiciones generales.

Art. 51. La Guardia Civil no podrá distraerse del objeto de su instituto, y la autoridad que lo hiciere, será responsable de este abuso.

Art. 52. Los jefes respectivos de la Guardia Civil obedecerán siempre las órdenes que le comunique la autoridad competente, según lo determinado en este reglamento.

Art. 53. La Guardia Civil no puede deliberar, ni representar un cuerpo, sobre ninguna clase de asuntos, ni podrán tampoco sus individuos representar en ningún caso sobre negocios públicos.

Art. 54. Despues de un año de establecida la Guardia Civil, se destinará la tercera parte de las comisarías de protección y seguridad, para los que se hubiesen distinguido en este servicio por su inteligencia y constante celo.

Art. 55. Los que prestaren algún servicio extraordinario serán propuestos á S. M. para que se les conceda la debida recompensa, la cual según la clase del indivíduo y del servicio, consistirá en una gratificación ó en un distintivo que recuerde con especialidad el hecho que hubiese sido objeto de la real benevolencia.

Art. 56. Todo individuo de Guardia Civil está obligado á conducirse con la mayor prudencia y comedimiento, cualquiera que sea el caso en que se halle; y S. M. está dispuesta á castigar muy severamente al que no guarde á toda clase de personas los miramientos y consideraciones, que deben exigirse de individuos pertenecientes á una institución creada únicamente para asegurar el imperio de las leyes, la quietud y el orden interior de los pueblos, y las personas y bienes de los hombres pacíficos y honrados.

Madrid 9 de octubre de 1844.—Aprobado por S. M.—Pedro José Pidal.

Primer Reglamento militar.

No menos digno tambien de ser aquí insertado es el reglamento militar mandado observar por decreto de 15 del mismo mes, y el cual ha sufrido igualmente importantes modificaciones. Aunque sea digresión harto estensa para nuestro trabajo, creemos que como el anterior y los decretos de organización, son documentos que merecen ser conocidos íntegros. Decía así:

REGLAMENTO MILITAR

PARA LA GUARDIA CIVIL

CAPITULO PRIMERO

Institución, organización é inspección general del Cuerpo de guardias civiles.

Artículo 1.° El Cuerpo de guardias civiles depende del Ministerio de la Guerra, por lo concerniente á su organización, personal, disciplina, material y percibo de sus haberes.

Art. 2.° Dicho Cuerpo será organizado y dirigido por una Inspección general, que se establecerá en esta corte. Un oficial general del Ejército, será el jefe de este Cuerpo con el título de Inspector general. Tendrá éste á su cargo la dirección é inspección del Cuerpo, y de su autoridad dependen todos los ramos del servicio, conforme se expresa en su reglamento especial, así como el régimen interior, administración y disciplina. Dirigirá su organización dedicándose con especial y exquisito cuidado á establecer y perfeccionar el servicio privilegiado é interesante á que se dedica dicho Cuerpo, proponiendo á la real aprobación las mejoras ó variaciones, que el tiempo y la esperiencia acrediten ser necesarias á su perfección. Y finalmente, velará sobre la rigurosa observancia de este reglamento, así como del de su servicio especial y demás resoluciones posteriores que se le comunicaren, entendiéndose al efecto dicho Inspector con los ministerios de la Guerra y Gobernación, en la parte que á cada uno competa.

Art. 3.° Será regido por las ordenanzas generales del Ejército, ob-

servando exactamente á más de éstas lo que para su servicio particular y privativo, se expresa en su reglamento especial.

Art. 4.° Constará este Cuerpo de la fuerza designada en el real decreto de 13 de mayo de este año, ecexptuando el tercio correspondiente á la Capitanía general de Canarias, cuya formación se ha mandado suspender.

Art. 5.° Cada tercio constará de las compañías de caballería é infantería, que se le designan en el propio decreto.

Art. 6.° Los tercios de las capitanías generales de Castilla la Nueva, Cataluña, Andalucía, Valencia, Galicia, Aragón, Granada y Castilla la Vieja, serán mandados por un coronel; y los de Extremadura, Navarra, Búrgos y provincias Vascongadas por un teniente coronel. El de las islas Baleares lo mandará el primer comandante de aquella compañía.

Art. 7.° Cada compañía, tanto de infantería como de caballería, se compondrá de un capitán primero, otro segundo, dos tenientes, un alférez, un sargento primero, tres segundos, cuatro cabos primeros, cuatro segundos, dos trompetas en caballería, y de un tambor y un corneta en infantería y 120 guardias civiles.

Art. 8.° La compañía se dividirá en cuatro secciones, mandada la primera, por el capitán segundo; la segunda, por el teniente más antiguo; la tercera por el más moderno; y la cuarta por el alferez en caballería, y el subteniente en infantería; componiéndose cada sección del oficial comandante, un sargento, un cabo primero, otro segundo y 30 guardias civiles, siendo éstos por mitad, de primera y segunda clase.

Art. 9.° Cada sección se dividirá en tres brigadas, mandadas la primera por el sargento, la segunda por el cabo primero y la tercera por el segundo, y 10 guardias civiles de primera y segunda clase, por mitad.

Art. 10. Los sueldos de los jefes, oficiales y tropa de los guardias civiles se expresarán en la tabla de los sueldos aneja á este decreto.

CAPITULO II

Reclutamiento y reemplazo.

Artículo 1.° La total fuerza de este Cuerpo se llenará.

Primero. Por los que lo soliciten voluntariamente, con tal que hubiesen servido por lo menos cinco años sin abonos en el Ejército permanente, ó un tiempo equivalente en milicias provinciales.

Segundo. Por los que, aunque no reunan dicha circunstancia, hayan contraído servicios especiales y distinguidos que recomienden su admisión; pero éstos no podrán entrar sino de guardias civiles de segunda clase, y sufriendo antes un exámen de las obligaciones del empleo á que aspiran.

Tercero. Por los que se tuviere á bien destinar de entre los que se hallen sirviendo en el Ejército, cuando la utilidad del servicio exigiese el llenar el completo de este Cuerpo.

Art. 2.° Las condiciones de admisión para los casos primero y segundo han de ser las siguientes:

Primera. Ser mayor de veinte y cuatro años y menor de cuarenta y cinco.

Segunda. Tener cinco pies y dos pulgadas de estatura para caballería, y cinco pies y una pulgada para infantería.

Tercera. Saber leer y escribir.

Cuarta. Haber obtenido buena y honorífica licencia, habiendo servido en el Ejército ó en la Marina.

Quinta. Justificar en debida forma su excelente conducta y aptitud por medio de atestado del jefe del Cuerpo de donde procedieren, si han sido militares, ó del alcalde y párroco de su domilio, si no han servido militarmente; debiendo además en uno y otro caso presentar otro certificado de su buena salud y robustez.

Sexta. No haber sido procesado criminalmente.

Art. 3.° Los guardias civiles que sean admitidos á petición suya contraerán un empeño de servir ocho años; y los que al cumplir este tiempo quieran continuar en él, podrán reengancharse por seis años más, con tal que tengan menos de cuarenta y cuatro de edad.

Art. 4.° Los pretendientes admitidos están obligados á proveerse por su cuenta de caballos, monturas, vestuario y equipo. El armamento se les proporcionará por cuenta del Estado.

CAPITULO III

Ascensos.

Artículo 1.° El orden de ascensos en este Cuerpo será gradual, ascendiendo siempre de un empleo al inmediato, sin que por ningún motivo, por extraordinario que sea, se puedan saltar dos ó mas empleos á la vez.

Art. 2.° Antes de seis meses de hacer el servicio en el Cuerpo, ningún guardia civil de primera clase podrá ascender á cabo segundo. Este ascenso será siempre por elección á propuesta en terna del capitán de la compañía, y por aprobación del jefe del tercio.

Art. 3.° Los cabos segundos para ascender á primeros deben tener un año de servicio en su clase, dándose dos vacantes á la antigüedad y una á la elección, á propuesta hecha en terna por el capitán de la compañía, y por aprobación del jefe del tercio de que dependan.

Art. 4.° Los cabos primeros deben contar un año en el desempeño de su empleo, para poder optar al ascenso de sargentos segundos, proveyéndose dos vacantes de esta clase por antigüedad y una por elección en virtud de propuesta hecha en terna por el jefe del tercio al inspector del Cuerpo.

Art. 5.° Para ascender á primeros los sargentos segundos deben llevar dos años en el ejercicio de su empleo, dándose una vacante á la antigüedad, y otra á la elección por propuesta en terna. La tercera vacante se proveerá en los sargentos primeros del Ejército que lo soliciten, con tal que sirvan mas de tres años en dicho empleo sin nota alguna, ó en su defecto cuenten mas de doce años de servicio.

Art. 6.° Los ascensos de oficiales, recaerán sobre la totalidad del

Cuerpo, correspondiendo solo de cada tres una vacante de subteniente por antigüedad á los sargentos primeros. Las otras dos se proveerán en subtenientes del Ejército que las soliciten, siempre que reunan las circunstancias de tener treinta años cumplidos de edad y menos de cuarenta, y ninguna nota en su hoja de servicios ó filiaciones, teniendo buena presencia y la robustez y aptitud necesaria. Concluída la primera organización de la Guardia Civil, sólo en la clase de subtenientes tendrán entrada en la misma los que lo sean del Ejército, pues hasta el empleo de coronel, todos se darán por ascenso en el propio Cuerpo.

Art. 7.° Los subtenientes y alféreces podrán ascender á tenientes, dos años después de servir su empleo, dándose dos vacantes á la antigüedad y una á la elección.

Art. 8.° Los tenientes ascenderán á segundos capitanes, dándose dos vacantes á la antigüedad y una á la elección.

Art. 9.° Los capitanes segundos ascenderán á primeros con la categoría de segundos comandantes de su arma respectiva, y á los seis años obtendrán la de primeros comandantes, dándose una vacante á la antigüedad y otra á la elección.

Art. 10. Los primeros capitanes que á la organización del Cuerpo procediesen de la clase de segundos comandantes, optarán á los seis años á la declaración de primeros comandantes, y podrán ascender á tenientes coroneles, á los seis años de su ingreso en el Cuerpo, si hubiere vacante que les correspondiese por escala, dándose dos vacantes por elección y una á la antigüedad.

Art. 11. Los tenientes coroneles ascenderán á coroneles, dándose de cada dos vacantes una á los coroneles del Ejército que lo soliciten, y otra á los tenientes coroneles de la Guardia Civil, proveyéndose la vacante correspondiente á éstos, un turno por antigüedad y otro por elección.

Art. 12. S. M. se reserva recompensar de la manera que considere conveniente á los coroneles de la Guardia Civil, cuya antigüedad, inteligencia y celo por el servicio, los haga dignos de su real munificencia.

Art. 13. En la Guardia Civil no habrá mas promociones que las necesarias para llenar las vacantes que ocurran, sin que pueda haber jamás por ningún motivo, excedentes ó supernumerarios en este Cuerpo.

Art. 14. En las revistas de inspección que deberán pasar anualmente se formarán las listas de los oficiales más aptos para los turnos de elección á propuesta del jefe del tercio respectivo. El Inspector del Cuerpo remitirá estas listas al Ministerio de la Guerra.

Art. 15. El día 1.° de cada año se publicará y circulará impreso el escalafón de antigüedad de los jefes y oficiales del Cuerpo, y se formará también una lista de los que sean calificados aptos para los turnos de elección. El escalafón desde cabo segundo hasta sargento primero, será por compañías; el de sargentos primeros por tercios; el de oficiales desde subteniente ó alférez hasta primer capitán, será general en todo el Cuerpo, en cada una de las dos armas de infantería y caballería; y finalmente, el de tenientes coroneles y coroneles será también general en el Cuerpo.

CAPITULO IV

Retiros, inválidos y montepío.

Artículo 1.° Los jefes, oficiales y tropa de este Cuerpo tienen derecho á los mismos retiros é inválidos que los demás militares, según les corresponda por sus años de servicio y su empleo efectivo en el Ejército, para lo cual sufrirán los mismos descuentos.

Art. 2.° Las viudas y huérfanos de los jefes y oficiales de este Cuerpo tienen derecho á las pensiones de viudedad que detalla el reglamento del montepío militar, á cuyo fin sufrirán igualmente los mismos descuentos.

CAPITULO V

OBLIGACIONES CENERALES MILITARES.

Del guardia civil.

Artículo 1.° Los guardias civiles deberán saber y observar todas las obligaciones que se marcan al soldado en las reales ordenanzas militares.

Art. 2.° El guardia civil es como el soldado, un simple agente de ejecución, y ageno á toda responsabilidad cuando ha ejecutado bien y fielmente las órdenes de sus jefes.

De los cabos primeros y segundos.

Art. 3.° Los cabos segundos y primeros de este Cuerpo, destinados comunmente á mandar las brigadas de la Guardia Civil, deben saber cumplir y hacer observar á sus subordinados, las obligaciones generales de las reales ordenanzas, así como las órdenes que recibieren de sus jefes, cuidando muy especialmente del aseo y buen porte de sus súbditos, y vigilando constantemente su conducta.

De los sargentos.

Art. 4.° Los sargentos segundos y primeros se hallan igualmente obligados á observar cuanto á su obligación incumbe y está prevenido en las reales ordenanzas para sus clases respectivas en el Ejército.

Art. 5.° Son los más particularmente encargados y responsables de la policía y disciplina de sus subordinados, de la dirección inmediata del servicio y de la más severa y exacta ejecución de todas las órdenes.

De los alféreces y subtenientes.

Art. 6.° Además de las obligaciones generales que las reales ordenanzas les imponen á los de su misma clase en el Ejército, deben vigilar sobre todos los objetos del servicio respecto á sus inferiores, tanto

de día como de noche, no perdiendo nunca de vista la conducta, porte y acciones de todos los indivíduos del Cuerpo que les estén confiados.

Art. 7.° Deberán visitar y recorrer por sí con mucha frecuencia los puestos que de su sección dependan, corrigiendo las faltas que notaren, y tomando repetidos informes sobre la conducta de sus indivíduos y exactitud en el servicio que les está encomendado, dando parte al comandante de su compañía de cualquiera falta que hubiese, y de las providencias que para su remedio hubieren dictado.

De los tenientes.

Art. 8.° Las obligaciones de los tenientes son exactamente las mismas que las de los subtenientes, además de las de ordenanza por su clase respectiva en el Ejército.

De los capitanes segundos.

Art.° 9.° Los segundos capitanes están asímismo sujetos á todas las obligaciones que á su empleo en el Ejército señalan las reales ordenanzas, menos en lo relativo á la administración y demás que corresponde á los primeros capitanes.

Art. 10. Será su principal obligación el vigilar escrupulosamente, que todos sus inferiores cumplan las suyas respectivas, y que el servicio se haga con la mayor exactitud.

De los primeros capitanes.

Art. 11. Los primeros capitanes son los jefes de su compañía, y como tales tienen el mando y la vigilancia sobre el servicio, la instrucción, administración, policía y disciplina. Deben corresponderse directamente con los jefes de sus tercios respectivos, y son los principales centros de acción de donde parte la utilidad del servicio: son por lo mismo los mas particularmente responsables del exacto cumplimiento de todos los deberes de sus respectivos subordinados, y de su celo é incansable actividad, dependen principalmente de la exactitud en el servicio y el honor y buen nombre del Cuerpo.

Art. 12. Están obligados á tener caballo propio, con las circunstancias marcadas á los del Cuerpo, y deben recorrer con la frecuencia que les sea posible los puestos que ocupen las secciones y brigadas de su compañía, para celar y vigilar constantemente á sus indivíduos.

Art. 13. Examinarán prolijamente á todos los indivíduos de su compañía, cerciorándose de su aptitud y suficiencia para el desempeño de su obligación, conociendo á todos personalmente.

Art. 14. Tendrán además de las medias filiaciones un registro de vida y costumbres de los indivíduos de su compañía, donde notarán sus buenas circunstancias y los servicios especiales que contrajeren, así como los vicios ó faltas que hubiesen tenido que corregir ó reprender, de todo lo cual darán cuenta exacta al jefe de su tercio. De los que fueren incorregibles podrán proponer desde luego su separación.

Art. 15. Los primeros capitanes son los encargados de la administración de su compañía, así como del alta y baja de la misma. Formalizarán el ajuste de sus individuos y las listas para la revista de comisario, en los términos que están prevenidos, cuidando que así éstas como los demás documentos necesarios lleguen á poder del jefe del tercio para el día 25 de cada mes. Para estos trabajos y los demás de igual naturaleza podrán tener un solo escribiente del Cuerpo de la clase de guardia civil.

De los ayudantes.

Art. 16. Los ayudantes de la Guardia Civil se considerarán como auxiliares en todos sus trabajos de los primeros jefes de los tercios, y muy principalmente en todo lo relativo á la parte administrativa.

Art. 17. Desempeñarán constantemente el cargo de cajero ó depositario.

Art. 18. Siempre que el jefe del tercio se lo previniere, le acompañará en su marcha fuera de la capital del distrito, por cuya razón deben ser los ayudantes plazas montadas.

De los coroneles ó primeros jefes de los tercios.

Art. 19. Los primeros jefes, además de las obligaciones generales propias del mando, dirección del servicio activo, vigilancia de la instrucción, administración y disciplina de las compañías dependientes de su Tercio, desempeñarán las funciones de inspectores de la fuerza y puestos que aquellas ocupan.

Art. 20. Dos veces al año han de visitar todos los destacamentos dependientes de su distrito, debiendo empezar su revista en primeros de abril y octubre.

Art. 21. Siempre que en cualquiera de sus compañías ocurriese novedad que reclame su presencia, y creyese conveniente ver por sí su estado, se dirijirán á ella sin demora, remediando por sí lo que estuviere á su alcance, ó proponiendo al Inspector lo que fuere de su incumbencia.

Art. 22. Mantendrán una correspondencia activa y directiva con el Inspector del Cuerpo por todo lo relativo al servicio y detall del mismo.

Art. 23. Tendrán la primera llave de la caja del Tercio, y serán los primeros responsables de su contabilidad y administración.

Art. 24. Remitirán en fin de cada mes á la Inspección general del Cuerpo, un estado de fuerza y la situación de los individuos de su Tercio, y un parte de las ocurrencias notables que hubieren tenido lugar en el mismo.

Art. 25 Tambien darán un estado mensual al Capitán general de la provincia, de la fuerza y situación de los individuos de su Tercio.

CAPÍTULO VI

Disciplina.

Art. 1.° La disciplina, que es el elemento más principal de todo cuerpo militar, lo es aún y de mayor importancia en la Guardia Civil, puesto que la diseminación en que ordinariamente deben hallarse sus indivíduos, hace más necesario en este cuerpo inculcar el más riguroso cumplimiento de sus deberes, constante emulación, ciega obediencia, amor al servicio, unidad de sentimientos, y honor y buen nombre del Cuerpo. Bajo estas consideraciones, ninguna falta es disimulable en los guardias civiles.

Art. 2.° Se observará en el Cuerpo de guardias civiles todas las reglas de disciplina, urbanidad, compostura y aseo; las prevenidas contra la tibieza en el servicio, descontento ó murmuración, y las respectivas facultades, que según los empleos y clases prescriben las reales ordenanzas para la imposición de arrestos á los militares del Ejército en las faltas ó delitos que incurrieren.

Art. 3.° Además de las expresadas en el artículo anterior, se considerarán como faltas especiales de disciplina en este Cuerpo.

Primera. Toda contravención á las obligaciones marcadas en los artículos anteriores, y las que se le señalan en el reglamento de su servicio especial.

Segunda. La inexactitud en el servicio, así de día como de noche.

Tercera. Todo desarreglo de conducta.

Cuarta. El vicio de juego.

Quinta. La embriaguez.

Sexta. El contraer deudas.

Séptima. El entretener relaciones con personas sospechosas.

Octava. La concurrencia á tabernas, garitos ó casas de mala nota y fama.

Novena. La falta de secreto.

Décima. El quebrantamiento de los castigos ó penas impuestas.

Art. 4.° Además de las reglas generales, se establecen para castigar las faltas de disciplina en la clase de tropa:

Primera. El arresto en cuartel ó calabozo.

Segunda. La traslación con nota de una brigada, sección ó compañía á otra.

Tercera. La suspensión de empleo.

Cuarta. La deposición ó pribación, bajando á servir la última clase.

Quinta. En bajar á segunda clase los guardias civiles que lo sean de primera.

Sexta. La separación ó expulsión del Cuerpo, con mala licencia, ó volviendo á continuar su empeño en el fijo de Ceuta, según lo requiera la falta y la posición particular del indivíduo que la cometa.

Art. 5.° Toda falta que exija segunda corrección ó castigo, por pequeña que sea, se anotará en el libro de vida y costumbres de cada indivíduo, el cual será examinado en las revistas de inspección.

Art. 6.° Se prohibe á los guardias civiles servir de asistente á nin-

gún jefe ú oficial, ni aun de los de su propia compañía, sección ó brigada: los jefes ú oficiales que les obligasen á este servicio serán severamente castigados.

Art. 7.° El menor desfalco ó falta de pureza en el manejo de intereses será causa desde luego de la total separación del Cuerpo, sin perjuicio de las demás penas á que haya lugar con arreglo á las leyes.

Art. 8.° Los primeros capitanes podrán arrestar en su casa á los subalternos de sus compañías; y si el caso lo mereciese, en las casas capitulares del pueblo en que se encontrasen.

Art. 9.° Los primeros jefes tendrán sobre los oficiales y tropa de su Tercio, todas las facultades que las reales ordenanzas señalan á los coroneles de regimientos.

Art. 10. Los indivíduos de tropa de este Cuerpo serán juzgados por el consejo ordinario de guerra, presidido por el primer jefe del Tercio en la capital del distrito, según se practica en los demás cuerpos del Ejército; y en su caso los oficiales por el consejo de guerra de oficiales generales, conforme á ordenanza.

CAPITULO VII

Disposiciones generales.

Art. 1.° Este Cuerpo, cuyo servicio peculiar es distinto del de guarnición, que prestan las demás tropas del Ejército, excepto en caso de sitio, nunca se considerará como parte de la guarnición de las plazas ni cantones en que se encuentre, y en su consecuencia no hará más servicio que el propio de su instituto.

Art. 2.° En las plazas ó guarniciones se tomará el santo por el jefe de la Guardia Civil, enviando por él á uno de sus subordinados á casa del mayor de plaza, que se lo entregará cerrado.

Art. 3.° Todos los indivíduos del Cuerpo de guardias civiles deberán vestir constantemente de uniforme.

Art. 4.° Todas las guardias y puestos militares prestarán auxilio á cualquier indivíduo de la Guardia Civil que lo reclame.

Art. 5.° Los jefes, capitanes y ayudantes de la Guardia Civil deberán todos ser montados; y el que estuviere sin caballo más de tres meses, se le considerará por este mero hecho como fuera del Cuerpo.

Art. 6.° Será obligación de los capitanes primeros y segundos, así como de los ayudantes, tanto de infantería como de caballería, tener por lo menos un caballo, y dos los primeros jefes de los tercios.

Art. 7.° Se prohibe absolutamente que ningún indivíduo de la Guardia Civil preste su caballo, ni lo emplee en distinto objeto que los propios del servicio.

Art. 8.° Los caballos de la Guardia Civil á su entrada han de tener de cinco á ocho años de edad, siete cuartas y tres dedos por lo menos de alzada.

Art. 9.° Todo militar de cualquiera graduación que sea, debe obedecer y acatar las órdenes que le fueren intimadas por algún indivíduo de la Guardia Civil sobre objetos de su especial instituto.

CAPITULO III

Revista del primer contingente de guardias civiles y primera formación en las calles de Madrid.—Preparativos de distribución.—Salen los Tercios para sus provincias respectivas.

En los depósitos de Leganés y Vicálvaro fueron repartidos manuscritos, entre los guardias que allí se encontraban concentrados recibiendo instrucción, los anteriores reglamentos, con el fin de que se fuesen imponiendo en sus obligaciones. A muchos fué necesario instruirles en ellos verbalmente, porque á la creación del Cuerpo se hizo necesario para cubrir los contingentes, aceptar voluntarios y soldados que apenas sabían deletrear ó que no deletreaban de ningún modo.

Revista del primer contingente de guardias civiles y primera formación en las calles de Madrid.

La actividad desplegada por la Dirección de organización, que como hemos dicho, hizo que á los tres meses de decretada la organización del Cuerpo pudiese pasar ya revista de presente un núcleo relativamente grande de guardias de infantería y caballería, permitió exteriorizar inmediatamente sus laudables esfuerzos.

Al amanecer del primero de septiembre del mismo año 1844, salieron de los depósitos de Leganés y Vicálvaro los contingentes que allí estaban ya equipados y uniformados, dirigiéndose á las afueras de Madrid, inmediato á la Puerta de Atocha. En aquel descampado formaron, con los jefes de la organización á la cabeza, 1.500 guardias de infantería y 370 de caballería.

Su brillante uniforme, la marcialidad con que se presentaron, su gallarda estatura lo mismo que la alzada y anchura de los soberbios caballos que montaban, el tostado rostro de aquéllos veteranos, la mayoría de ellos procedentes de los regimientos que durante tanto tiempo habían combatido en la fratricida primera guerra civil, causaron aquella mañana una impresión inmensa entre el numeroso público que de Madrid acudió á presenciar la revista que á dichas fuerzas pasó el Ministro de la Guerra, llevando á su derecha al General Inspector Duque de Ahumada, y seguidos de un brillante Estado Mayor compuesto por gran

número de generales, jefes y oficiales de la guarnición de Madrid, dominados por legítima y natural curiosidad de conocer el nuevo Cuerpo.

Pasada tal revista, que se consideró como la consagración oficial de aquél, siguió con mayor celeridad, si cabe, la organización en su parte teórica y práctica durante todo el mes de septiembre, continuándose en los depósitos el recibo de nuevos contingentes. La revista de octubre se pasó ya con 1.795 guardias de infantería y 370 de caballería con 406 caballos.

El día 10 de dicho mes, fecha en que cumplía Doña Isabel II los catorce años, fué declarada mayor de edad y celebró la solemne apertura de las Cortes, se vió formado por primera vez en las calles de Madrid fuerzas de la Guardia Civil en número de 5 compañías de infantería y 2 escuadrones de caballería, con 693 hombres la primera, 236 é igual número de caballos los últimos, 2 jefes y 27 entre comandantes, capitanes y subalternos.

El conjunto de la marcialísima y nueva fuerza, unido al entusiasmo que en las masas madrileñas dominaba por el fausto acontecimiento que se conmemoraba, marcaron para el benemérito instituto una fecha imborrable; influyendo poderosamente en el ánimo del público para que desapareciese la atmósfera que contra ella se había querido hacer desde que se publicaron los primeros decretos de organización, por elementos levantiscos que veían en la misma un dique á sus malas pasiones; por los periódicos de oposición que quisieron presentarla cual instrumento de bandería política, y por qué no decirlo, hasta en el mismo Ejército que no vió en un principio con buenos ojos aquella fuerza que creyó funcionalismo del orden civil, sin tener en cuenta que sus indivíduos de aquél procedían, idénticas aspiraciones habían de tener, y nunca pretenderían, como después han demostrado en toda ocasión y momento, levantar bandera aparte, puesto que sus indivíduos todos al Ejército pertenecieron, pertenecen y pertenecerán.

Fecha memorable, repetimos, tanto como las que figuran en los dos decretos de creación, fué la de 19 de noviembre de 1844 en que la Guardia Civil cubrió, en unión de la guarnición de Madrid, la carrera seguida por Doña Isabel II desde el Real Palacio para verificar por si la apertura de las Cortes. Ante la representación nacional y en el discurso de la Corona aludió S. M. al nuevo Cuerpo que se creaba para garantir la seguridad pública, y del que los españoles sin distinción de partidos políticos debían esperar fuese su principal salvaguardia. Así se hizo constar en la *Gaceta* del 11, periódico que había inserto el 9 el Reglamento que anteriormente citamos.

Todos los periódicos de aquella época, *El Tiempo*, *El Castellano*, *El Heraldo*, *El Clamor* y *El Globo*, hicieron grandes elogios de la marcialidad y excelente efecto causado por las primeras fuerzas del Instituto, augurándole brillante historia, pero no faltaron tampoco periódicos, que imposibilitados de ejercer la censura toda vez que ningún servicio se había prestado aún por el Cuerpo, adelantasen influidos por la pasión política que nada respeta, juicios aventurados y manifestaran temores de que el benemérito instituto no arraigase en España.

Para dar una idea del fundamento de aquellas críticas, baste decir

que uno de ellos se manifestaba muy extrañado de que los reglamentos para el servicio militar *estuviesen divididos en capítulos*, manifestando en doctorales párrafos, que se le debía haber dado una numeración correlativa á los artículos de que se componían (?).

Preparativos de distribución.

Con celo laudable secundó el gobierno los planes del Duque de Ahumada, facilitando cuanto éste solicitaba. Los regimientos de infantería y caballería seguían enviando á los depósitos los contingentes pedidos, y ante el general Inspector presentábase para recibir instrucciones la oficialidad que, admitida después de una minuciosa investigación en sus hojas de servicios, debía servir en el Cuerpo. Entre ella figuraban partidarios acérrimos de doctrinas políticas opuestas á las que el gobierno de entonces sustentaba; y ésto, tenido muy en cuenta en una época cual aquélla, motivando en no pocas ocasiones persecuciones y represalias, no influyó lo más mínimo en el ánimo del Duque. Sólo exigía fuesen valientes, pundonorosos y de honradez probada los oficiales que en la Guardia Civil querían servir, olvidando tildes políticos y harto convencido que el *honor* sería su divisa.

A fuer de historiador imparcial, quisiéramos hacer constar algo que sólo por tradición ha llegado hasta nosotros referente al manifiesto propósito que el Duque dicen puso á la creación en determinadas exterioridades. No hemos encontrado confirmación de ello: y si así fué, no podría tacharse aquéllo de genialidad, porque nadie puede negar, y en épocas pasadas menos, su influencia.

Las secciones de la Inspección, entretanto, con los informes que de los jefes políticos recibieron, preparaban los cuadros de distribución de fuerzas en cada provincia, teniendo en cuenta su extensión y las necesidades del servicio que iban á prestar.

Con arreglo á ésto se distribuyeron por la península en las fechas y puntos expuestos, los tercios, empezando progresivamente su servicio.

Primer Tercio.

Las fuerzas que lo componían, después de revistadas minuciosamente por el Duque de Ahumada y arengados que fueron sus individuos, haciéndoles ver lo que de ellos se esperaba, asegurada su educación militar y civil con una constancia y una asiduidad que honran á los jefes que encargados de ellas fueron, se dispuso por soberana resolución de 20 del citado mes de octubre de 1844, la distribución de las mismas entre las provincias civiles que componían parte del distrito militar de Castilla la Nueva.

Se destinó la 1.ª compañía de infantería á la capital de la monarquía para prestar el servicio en ella y su recinto, y éste puede decirse que fué el primer pensamiento de dotar la corte de una fuerza armada y militarmente organizada para prestar en sus calles el servicio de seguridad pública; la 2.ª compañía y un escuadrón para la provincia de Madrid; la 3.ª compañía y una sección de caballería para la provincia de Toledo; la 4.ª y otra sección para la de Cuenca; la 5.ª compañía y otra sección para la de Ciudad Real, y la 6.ª y otra sección para la de Guadalajara.

La fuerza de cada una de las destinadas á estas provincias era de 134

indivíduos de tropa las de infantería y 134 los escuadrones de caballería, con sus correspondientes jefes y oficiales.

El mando del Tercio recayó en el coronel D. Carlos Purgold, que como hemos dicho había estado encargado de organizar la infantería en Leganés. Además de los méritos que en ésto contrajo, estaba considerado cual uno de los más brillantes jefes del arma de Infantería, y cuyo carácter pinta el siguiente hecho. Mandaba un batallón en el ejército del Centro durante la primera guerra carlista, y viéndose amagado de una carga por la caballería facciosa, mandó formar el cuadro para resistirla. El natural aturdimiento en aquel momento de verdadero peligro, hizo que las compañías ejecutasen el movimiento con alguna confusión. Purgold, sin preocuparse de que la caballería se le venía encima, mandó deshacer el cuadro y volverlo á formar con toda regularidad, cual si se encontrasen en un campo de instrucción. Como se vé, la elección de este jefe no pudo ser más acertada.

A los pocos días daba fé de su presencia la fuerza del primer Tercio en la carretera de Extremadura, capturando dos ladrones y dando muerte á otro que estaban robando á los viajeros en los barrancos próximos al puente de Navalcarnero. Veinticuatro días después, fuerzas del mismo Tercio y en el mismo sitio encuentran una partida de ocho foragidos que tenían atados á diferentes pasajeros. Traban con ellos reñida lucha y siete de los ladrones mueren, entrando al día siguiente sus cadáveres por las calles de Madrid escoltados por los guardias.

Estos dos hechos fueron ya motivo suficiente para que la pública atención se fijase en el Cuerpo, comenzando á ver era una realidad lo que de él esperaba.

Segundo Tercio.

El 29 de julio del año que nos ocupa fué nombrado primer jefe de este Tercio el coronel de infantería D. José Palmés, jefe muy conocido por sus servicios en la Guardia Real, de la que llegó á ser comandante y gobernador del fuerte de Atarazanas, y que poseía un gran conocimiento de Cataluña, país donde dicho Tercio se envió.

Fueron destinados entonces á este Tercio los primeros capitanes don Francisco Vatlle y D. Francisco Arredondo; los segundos D. Domingo Roig y D. Sebastián Senespleda, y los tenientes D. Jaime Abelló y don Cayetano Sentis, todos catalanes, circunstancia que se tuvo muy presente para una fuerza que iba á prestar el servicio en un país donde el carácter especial de sus habitantes suele recibir mal toda innovación extraña á sus costumbres y practicada por hombres que no sean naturales de él. El 30 de septiembre llegaron al pueblo de Molins del Rey con algunos de estos oficiales los 64 primeros indivíduos de tropa que el Tercio tuvo, procedentes del depósito de Leganés; así se fué sucesivamente organizando.

En 1.° de octubre pasó la primera revista de comisario, presentando en ella un jefe, seis oficiales y 93 indivíduos de tropa procedentes del Ejército, quedando constituída desde luego la 1.ª compañía de infantería del mismo. En fin de diciembre la fuerza del Tercio se componía de un jefe, seis oficiales y 124 indivíduos de tropa de infantería y 30 de caballería. El 18 de noviembre pasó esta fuerza ya uniformada y equi-

pada á prestar el servicio propio de su instituto en Barcelona y sus inmediaciones.

La primera vez que la populosa ciudad de Barcelona pudo apreciar la bondad de la institución, fué en la terrible tempestad que descargó sobre dicha ciudad el día 20 de diciembre, que puso en inminente riesgo la vida de sus habitantes, inundando los campos y huertas inmediatas al glasis de la fortificación. La Guardia Civil, que se hallaba instalada en el convento de Jerusalém, apenas estalló la tempestad y cuando los habitantes de Barcelona se hallaban aterrados, salió al momento con sus oficiales, y tomando diferentes direcciones, logró poner en seguridad muchos efectos abandonados y salvar las vidas de varias personas que sin su auxilio hubieran perecido, mereciendo los elogios del pueblo de Barcelona y de las autoridades, que felicitaron al gobierno de S. M. por el feliz pensamiento de la creación de tan protectora institución.

Tercer Tercio.

Para este Tercio destinado á prestar sus servicios en uno de los distritos militares mas poblados y ricos del reino, y que desde muy antiguo, á causa de la bondad de su clima, de la fertilidad y belleza de su suelo, de los grandes capitalistas y magníficas labranzas que en él se encuentran, ha sido siempre escogido con predilección por los mas famosos bandidos de Andalucía, para sus correrías y depredaciones, se designaron á la creación del Cuerpo, tres compañías de infantería, una de caballería, con un primer jefe, 21 oficiales y 537 indivíduos de tropa. La elección de primer jefe de este Tercio recayó en el coronel de caballería D. José de Castro, terror de los malhechores de las provincias que comprende el distrito militar de Sevilla, y en las que, siendo capitán de caballería había adquirido gran renombre por los años de 1826 al 28.

En el mes de octubre del año que nos ocupa, pasó la fuerza del tercer tercio su primera revista de comisario en Alcalá de Guadaira, distribuyéndose después de ella entre las cuatro provincias del distrito, haciéndose una modificación en la primera división que se había hecho y quedando constituida en cuatro compañías de infantería y una de caballería en la forma siguiente: compañía de caballería, primer capitán D. Pablo Bécar; primera compañía de infantería, destinada á la provincia de Córdoba, su capitán D. Alonso Bohoyo Dávila; segunda compañía, destinada á la provincia de Sevilla, su capitán D. Lorenzo Contreras; tercera compañía, destinada á la provincia de Cádiz, su capitán don José Cisneros; y cuarta compañía, destinada á la provincia de Huelva, su capitán D. José Tuldrá.

Distribuida así la fuerza, comenzó á prestar el servicio propio y especial del Cuerpo, captándose en poco tiempo el aprecio general en un país tan castigado por los malhechores como fué y es aun aquél.

Cuarto Tercio.

Se le destinó á las cinco provincias de Valencia, Castellón, Alicante, Albacete y Murcia.

Basta nombrar las provincias que comprendía su distrito; el carácter de sus habitantes, el tener enclavado el territorio conocido por el Maestrazgo en dicho distrito, territorio tristemente célebre en las guerras civiles, y que después de terminadas siempre han mirado con predilección los partidarios de la bandera carlista, para hacer

de él la base de sus operaciones en la multitud de veces que han intentado levantarla de nuevo; las numerosas cuadrillas de criminales, ladrones y asesinos que por los años de 1844 traian en contínuo temor y sobresalto á todos los habitantes de aquel país, expecialmente en la famosa huerta de Valencia; el desprestigio en que en la misma época se encontraban las autoridades locales y administrativas por falta de una fuerza que hiciese respetar sus mandatos, todo esto puede dar una idea de los afanes y trabajos que á la Guardia Civil del cuarto tercio le esperaba.

Se destinaron tres compañías de infantería y un escuadrón de caballería que debían componerse de 1 jefe, 19 oficiales y 469 indivíduos de tropa. Esta fuerza no se hallaba completa en fin de 1844 cuando comenzó á prestar su servicio. El mando del Tercio se confirió al coronel de Milicias provinciales D. José Hidalgo de Cisneros, que había tenido el mando del provincial de Murcia, persona de familia de posición y muy considerada en aquellas provincias. Entre los oficiales fué nombrado primer capitán de la 1.ª compañía el comandante que era entonces del Ejército español D. Enrique Cialdini, á quien el ilustre organizador había conocido durante la guerra civil en el Ejército del centro, y que después fué el famoso general piamontés que tan conocido hizo su nombre en la guerra de Italia.

Quinto Tercio. Se le destinó las cuatro provincias de Pontevedra, Coruña, Lugo y Orense, en que se hallaba dividido el antiguo reino de Galicia. En esta región, rica, extensa y muy poblada, una de las mas hermosas de nuestra patria, abundaban los malhechores y bandidos. En octubre de 1844 llegó á la Coruña procedente del depósito de Leganés, la 1.ª compañía del Tercio al mando de su coronel D. José Rizo, jefe muy conocedor de aquel país, presentando en la primera revista de comisario que pasó en dicho mes, la fuerza de 1 jefe, 8 oficiales y 155 indivíduos de tropa, que se distribuyeron convenientemente entre las cuatro provincias, mientras fué llegando sucesivamente el total de la fuerza destinada en un principio á dicho distrito.

Desde que se efectuó esta primera distribución de la fuerza, comenzó el tercio á prestar el servicio del instituto, con tanta actividad y celo, restableciendo en unos pueblos el orden público alterado, asegurándolo en otros y persiguiendo incansablemente á la muchedumbre de ladrones y criminales de que estaba plagada Galicia, que bien pronto se captó las generales simpatías de todo el país.

La aplicación de los guardias, por otra parte, era tal á cumplir los preceptos de sus jefes y á penetrarse de las sábias instrucciones y máximas de los reglamentos, que al año de la instalación del tercio, en fin de 1845, todos sus indivíduos habían dado pruebas evidentes y claras de cuán perfectamente comprendían y sabían llenar los deberes de la institución.

Sexto Tercio. El sexto Tercio pasó su primera revista de comisario en el mes de octubre de 1844 en el pueblo de Longares donde se hallaba acantonada é instruyéndose la fuerza procedente del depósito de Leganés, con que debía comenzar á organizarse. Constaba de un jefe, 11 oficiales y 166 indivíduos

de tropa. El Tercio debía constar de tres compañias de infantería y un escuadrón de caballeria. Fué nombrado primer jefe el coronel D. José Pariany, muy conocedor del pais. El total de la fuerza del Tercio debia componerse de un jefe, 21 oficiales y 337 indivíduos de tropa.

Terminada la instrucción de la fuerza acantonada en Longares, emprendió su marcha á Zaragoza á donde llegó el dia 19 de noviembre, é hizo su entrada en traje de gala, estando los cuerpos de la guarnición formados en el paseo de Santa Engracia para ser revistados por el general segundo cabo del distrito. S. E. dispuso muy acertadamente que la Guardia Civil, como tropa de preferencia, formase á la cabeza de la línea de batalla para ser revistada también. Concluido este acto desfiló por delante de la casa de S. E. y se retiró á la casa-cuartel que en la Aduana Vieja le tenía preparada la autoridad civil, á quien corresponde el acuartelamiento, y al día siguiente comenzó á prestar el servicio especial de su instituto. El día 22 de diciembre de 1844, salieron con destino á la provincia de Huesca la primera compañía de infantería, la segunda para la provincia de Teruel, y la tercera quedó en Zaragoza con destino á la provincia del mismo nombre, por disposición del Excelentísimo Sr. Inspector general del Cuerpo.

Séptimo Tercio.

El día 13 de octubre salió de Leganés y Vicálvaro la primera fuerza con que empezó á organizarse el Tercio, que según la primera revista de comisario que pasó se componía de 1 jefe, 14 oficiales y 267 indivíduos de tropa con 58 caballos; y el día 30 del mismo mes llegó al pueblo de Zubia, donde estuvo instruyéndose hasta el día 12 de diciembre en que pasó á Granada y ocupó el cuartel de la Victoria.

El Tercio se debía componer de tres compañías de infantería y un escuadrón de caballeria. El 21 de diciembre, la fuerza que ya tenía la 1.ª compañía fué distribuída en los destacamentos de Loja, Lachar, Guadix, Venta del Molinillo, Venta del Zegrí, Venta de Mitagalan y Lanjaron, quedando en Granada su primer capitán, un teniente, un subteniente y 23 indivíduos de la clase de tropa. En el mismo día, dos secciones de la 2.ª compañía de infantería y una de caballería, á las órdenes del segundo capitán D. Juan Correa y del teniente D. José Morales, emprendieron la marcha para la ciudad de Jaén, donde permanecieron el resto del año. La fuerza asignada ya á la 3.ª compañía, á las órdenes de su primer capitán D. Manuel Gómez Rubin, había salido para Málaga el día 11 de dicho mes, en donde permaneció también hasta el año de 1845. El mando en jefe del Tercio se confirió al brigadier D. José Gabarre, coronel que había sido de un regimiento de la Guardia Real, Gobernador de Motril y persona muy relacionada en Granada.

Octavo Tercio.

Por real orden de 13 de mayo del año que nos ocupa se había mandado que el octavo tercio tuviese dos compañias de infanteria y una de caballería con 16 oficiales y 417 indivíduos de tropa. Pasó la primera revista de comisario en el mes de octubre, presentando en ella una compañía de infantería y otra de caballería, 1 jefe, 16 oficiales y 258 indivíduos de tropa. Esta misma fuerza en fin del año componía dos compañías de infantería y una de caballería.

Para el mando del Tercio fué elegido el coronel que era entonces del provincial de Valencia, D. Pedro Alejandro de la Bárcena, muy conocido en Castilla, y especialmente en Asturias, de donde era natural, hijo de muy distinguida familia, jefe de alta reputación por sus eminentes servicios y brillantes hechos de armas durante la guerra civil y mando de regimientos que había desempeñado; siendo entre los innumerables que ostentaba su brillante hoja, el heróico de haber plantado el primero la bandera del batallón de su mando sobre los reductos de Ramales, después de haber muerto gloriosamente con ella en la mano el abanderado y un capitán.

Noveno Tercio.

También por real orden de 13 de mayo de 1844, se mandó que el Tercio noveno se compusiera de dos compañías de infantería y medio escuadrón de caballería, con 335 indivíduos de tropa de ambas armas. La infantería, en la primera revista de comisario que pasó en Leganés el 4 de octubre de dicho año, presentó una compañía con un jefe, cuatro oficiales y 80 indivíduos de tropa; y la caballería en la primera revista de comisario que pasó en Vicálvaro el 5 del referido mes y año, constaba de un oficial y 35 indivíduos.

El mando superior del Tercio se dió al teniente coronel D. Tomás de Soto, que con brillantes notas de concepto desempeñaba dicho empleo en el regimiento infantería de Mallorca, cuyo cuerpo, por real orden circular de aquel mismo año se había presentado al Ejército como modelo.

Décimo Tercio.

Se le destinó á custodiar la provincia de Navarra, que por sí sola en lo antiguo formaba un reino. Lo montañoso de su territorio, el confinar con la frontera de Francia por una parte y pueblos del Alto Aragón por otra, y los partidarios con que siempre ha contado en ella el partido de la rama carlista, hacía el servicio de la Guardia Civil bastante penoso en ella.

El 7 de noviembre de 1844 salió de Leganés y Vicálvaro la primera fuerza que debía servir de base á la organización del Tercio: éste debía constar de una compañía de infantería y una sección de caballería; el 18 de noviembre llegó la expresada fuerza á Pamplona, y por disposición de las autoridades superiores pasó á alojarse en el pueblo de Burlada, donde estuvo instruyéndose hasta el día 7 de diciembre que se acuarteló en la capital, donde continuó su instrucción y academias hasta el año siguiente.

El mando superior del Tercio se confirió al coronel efectivo del Ejército, teniente coronel D. Antonio María Alós, primer comandante de la extinguida Guardia Real, persona de gran reputación en aquel país por su familia y por los servicios que en el mismo había prestado durante la guerra civil.

Undécimo Tercio.

A la creación del Cuerpo fueron destinados al Tercio de que nos ocupamos 335 hombres de la clase de ambas armas y 14 oficiales, los cuales debían componer dos compañías de infantería y media de caballería. En el mes de octubre del año de la creación del institnto, pasó su

primera revista de comisario en los depósitos de Vicálvaro y Leganés la fuerza destinada al Tercio, en número de un jefe, cinco oficiales y 72 individuos de tropa que componían una compañía de infantería y media de caballería. El mando superior del Tercio se confirió al teniente coronel D. León Palacios, natural de la provincia de Burgos, y muy conocedor de las sierras de dicho distrito, por haberlas reconocido incesantemente persiguiendo las facciones durante la guerra civil. A consecuencia de la real orden comunicada por el Ministerio de la Gobernación en 25 de noviembre, la fuerza indicada se trasladó al distrito, distribuyéndose de la manera siguiente: en las provincias de Burgos y Logroño, en cada una, una sección de infantería y otra de caballería, y en cada una de las dos provincias de Soria y Santander, una sección de infantería. En este año la fuerza del Tercio no pudo prestar todavía servicio alguno.

Tercio duodécimo.

Comenzó á organizarse como los otros en Leganés sirviéndole de base un sargento segundo y cinco guardias procedentes del noveno Tercio, y de los contingentes del Ejército. Fué nombrado primer jefe del mismo el coronel graduado, teniente coronel de infantería D. Luis María Serrano, jefe muy acreditado en el Ejército, muy conocedor de aquellas provincias y emparentado en ellas. Este jefe con el reducido número de guardias indicado, se trasladó en noviembre á la ciudad de Vitoria, y dió principio á la organización de la primera compañía.

Tales fueron las fuerzas bases de los tercios expresados, que en todo el año 1844 se organizaron con los contingentes de los depósitos de Vicálvaro y Leganés. Ellas, transcurridos pocos meses desde que el decreto de organización fué dictado, llevaron por toda la Península brillante representación del Cuerpo, demostrando con hechos, como veremos al ocuparnos del servicio del mismo, que tal creación había sido un acierto del gobierno de Doña Isabel II.

CAPITULO IV

Organización.

Alteraciones sufridas y aumentos en los contingentes llevados á cabo desde la creación hasta el año 1907.

Como ya hemos dicho, el decreto de 13 de mayo de 1844, del que arranca la organización del Instituto, aunque sea el segundo en el orden cronológico de los dictados sobre creación de la Guardia Civil, le asignaba una fuerza de 14 jefes, 232 oficiales y 5.769 indivíduos de tropa, incluídas las clases que en 14 tercios debían distribuirse por las provincias españolas, aumentándose tal efectivo según lo permitiesen las circunstancias, hasta los 14.333 que el primero de 28 de marzo fijaba.

Hemos visto también que conforme iban recibiendo instrucción en los depósitos de Leganés y Vicálvaro, salían para aquéllas las unidades que debían servir de base á los tercios respectivos, consiguiéndose en todo el año 1844 que doce de éstos pudiesen dar señales de vida, aunque en reducidos contingentes, pues ni los aspirantes sobraban ni todos los que se presentaban pretendiendo servir en el Cuerpo eran admitidos, por la excrupulosa selección que de ellos se hacía.

La revista de comisario del mes de diciembre de 1844 se pasó con un efectivo de 2.900 hombres y 562 caballos, cifras que se fueron aumentando hasta completar las señaladas en el ya citado segundo real decreto de organización, viéndose inmediatamente que éstos eran insuficientes aún.

Las excitaciones de los jefes políticos para que los contingentes de sus respectivas provincias se aumentasen, la excelente acogida que los pueblos hicieron á la fuerza, viendo las ventajas que con ella conseguían, y como consecuencia el natural deseo de que fuese aumentada, hicieron fijar el ánimo del gobierno en tales indicaciones, procurando complacerlos, aun cuando dos grandes inconvenientes para ello se presentaban: uno la ya dicha escasez de voluntarios aptos, y otro la penu-

ria del Erario, inconveniente ante el que se viene estrellando desde entonces éste y otros extremos no menos importantes. Pues bueno es hacer constar que cuantos aumentos, alteraciones en la organización y como ésto mejoras en la vida material del guardia se han pretendido, siempre encontraron apoyo en el país, aunque después en el momento de llevarlas á la práctica se haya tropezado con el segundo inconveniente dicho.

Primer aumento del contingente.

El primer aumento realizado sobre las fuerzas organizadas de la Guardia Civil, tuvo lugar el 17 de mayo de 1845, siguiente al de la creación. Por él se asignó al Instituto una dotación de 7.140 hombres, distribuidos en cuarenta compañías de infantería y once de caballería con 1.244 hombres y 1.200 caballos y 246 jefes y oficiales, á fin—decía la real orden del Ministerio de la Guerra que rubricaba el general Narvaez—que con él queden cubiertas las necesidades del servicio y del país, según así ha podido persuadirse de ello S. M. la Reina con presencia de las repetidas exposiciones, que por conducto del Ministerio de la Gobernación le han dirigido varios jefes políticos en reclamación del susodicho aumento, y según vayan presentándose voluntarios que soliciten pertenecer á ella y tengan las cualidades que señala el reglamento.

Fué como se vé éste un insignificante aumento de 1.371 indivíduos y 14 oficiales, pero teniendo en cuenta el corto plazo que había transcurrido desde que se creó el Cuerpo, esto indicaba muy mucho el aprecio que inmediatamente supo granjearse.

Al año siguiente 1.846, las fuerzas de infantería sufrieron una modificación para armonizar su dependencia de las autoridades civiles. La infantería se organizó en 48 compañías, una por cada provincia civil, continuando sin embargo Madrid con las dos que en un principio se le habían asignado por el mayor servicio que en ella había de prestarse, y para tener un núcleo de ella dispuesto á ser lanzado donde su presencia fuere necesaria.

El Tercio de Baleares.

En este mismo año fueron envíados á las Islas Baleares los primeros indivíduos de la Guardia Civil. No se había contado con éstas cuando el Instituto fué creado, ni en el cuadro de organización estaban incluidos sin duda por que era mas urgente atender á las necesidades de la Península. Pero al dar la nueva organización antes dicha á la fuerza del Instituto, se dispuso por real orden de 10 de julio del año que nos ocupa, se organizase allí una *brigada ó sección* para prestar el servicio en las islas.

Por real orden de 4 de agosto, y como consecuencia de la anterior, se dispuso que se destinasen á las Baleares una compañía de dos secciones con la fuerza de un segundo capitán, un teniente, un subteniente, dos sargentos segundos, tres cabos primeros, cuatro segundos, un corneta, quince guardias de primera clase y 45 de segunda.

Como seguíase tropezando con la dificultad de los voluntarios, se dispuso que ínterin se organizaba esta compañía se mandase á dichas islas una sección compuesta de un teniente, un sargento segundo, dos

cabos primeros, dos segundos, un corneta, siete guardias de primera clase y veintitrés de segunda. Tal compañía figuró desde el año siguiente 1847 en el orden de tercios con el número 13, y su fuerza no excedió de 70 hombres en los tres primeros años.

Nuevos aumentos.

Aunque por pequeñas fracciones siguió aumentando el contingente del Cuerpo, y en 1847 tenía ya 7.750 indivíduos de tropa, de los cuales 1.579 lo eran de caballería. El número de jefes y oficiales se aumentó tambien hasta trescientos uno.

A este aumento siguió otro insignificante por real orden de 19 de septiembre de 1848 fijándose en 7.770 hombres la fuerza.

El 19 de septiembre de 1848 se intentó un nuevo aumento que por dificultades económicas quedó reducido al de 20 hombres en el total del Cuerpo.

De los 1.579 indivíduos de caballería que constaba el Cuerpo, se redujo la cifra á 1.277, y aunque tal medida era inconveniente por el mayor rendimiento util que la caballería siempre da, no se puede criticar la anterior disposición por las mejoras personales que introdujo en las fuerzas montadas.

Aumentóse por ella un real diario en el haber de los sargentos y cabos de caballería y veintiun maravedís diarios también á los guardias y trompetas, como compensación á una serie de pequeños gastos indirectos que tales fuerzas tienen.

Por otra parte, en los cuatro años de vida que el Cuerpo llevaba, se había visto la imposibilidad de que los caballos fuesen propiedad individual, según prevenía el decreto de organización. En sustitución de ello se dispuso un descuento mensual de 45 reales por cada plaza montada de tropa, para crear un fondo de reposición de caballos, con el cual fué reintegrándose paulatinamente á los indivíduos el valor de los que montaban.

El año 1849 marca para el Instituto la primera de las dos, aunque pequeñas reducciones, hechas en el contingente del mismo.

La fuerza de él fué reducida en dicho año á 7.000 hombres, de ellos 1.244 de caballería con 1.200 caballos. Esta reducción de 770 hombres, debida á la necesidad de hacer economías, fué tan apremiante, que en abril del siguiente año se ordenó al Inspector general expidiera licencias temporales sin goce de haber á los indivíduos que excedieran del número prefijado.

Organización para caso de guerra y creación de la Compañía de Guardias jóvenes.

De verdadera importancia fué el decreto de 5 de febrero de 1853 á más del aumento que el Cuerpo tuvo, por la especial organización que aparte de la peculiar para el servicio se dió en batallones y escuadrones para caso de guerra.

"La situación política por que atravesaba España, —escribe el coronel Iglesias al ocuparse de este aumento en su obra citada al prólogo de ésta,—era muy semejante á la que precedió años más tarde á la revolución de 1868. Bravo Murillo, en lucha con los partidos contrarios y con las fracciones intransigentes del suyo propio, con todo su inmenso talento y no común energía, fracasó en sus intentos de dictadura.

—Continúe yo con la confianza de S. M., hubo de decir en cierta ocasión, y bien pronto ahorcaré á los generales con sus propias fajas.

¡Vana ilusión! Aquellos generales no se dejaban ahorcar, y Bravo Murillo cayó en fin del 52, siendo sustituído por un ministerio Roncali que sólo duró hasta abril del 53. Lersundi, que le relevó, se sostuvo á duras penas hasta el mes de septiembre, en que entró el célebre Conde de San Luis, hombre avisado y despierto é insigne estadista, quien extremando la política de resistencia, error común á aquellos gobiernos, fué quien verdaderamente preparó y dió vida al movimiento insurreccional de 1854.

Como parte de aquella política de resistencia puede considerarse el aumento y organización decretados por el ministerio Roncali, elevando la fuerza del Cuerpo á 379 jefes y oficiales y 10.405 indivíduos de tropa, de los cuales 1.550 habían de ser de caballería con 1.500 caballos.

Disfrutaba á la sazón la Guardia Civil de un gran prestigio. En ella tenían los gobiernos todos, sin distinción de matices políticos, aunque todos dentro de la situación moderada, absoluta confianza, y de aquí, sin duda, la idea de organizarla en batallones y escuadrones de guerra para hacer frente á los graves sucesos que se avecinaban. Previsión loable si de una guerra extranjera ó nacional se hubiera tratado; pero completamente inútil tratándose de contrarrestar movimientos políticos, que no habían de esperar para iniciarse á que los puestos del Cuerpo se concentrasen en las capitales y pasaran luego á constituir los proyectados batallones.



Guardia en traje de servicio. (Año 1854.)
(Reproducción de grabados de la época).

Fueron éstos doce, con fuerza variable desde 526 hombres que se asignaban al sexto, formado por el quinto Tercio (Galicia), hasta 926 de que se dotaba al cuarto, constituído por el tercer Tercio (Andalucía).

El primer Tercio (Castilla la Nueva), se dividía en dos batallones, primero y segundo; el segundo (Cataluña), constituía el tercero; del cuarto (Valencia), se formaba el quinto; del sexto (Aragón), el séptimo; del séptimo (Granada), el octavo; de los octavo y noveno (Castilla la Vieja y Extremadura), el noveno y el décimo; del undécimo (Burgos), el undécimo, y de los dé-

cimo, duodécimo y décimotercero (Navarra, Vascongadas y Baleares) el duodécimo.

Organización análoga se dió á la caballería. Los dos escuadrones del primer Tercio habrian de constituir los primero, segundo y tercero; los cuarto y quinto se formaban con los dos escuadrones del tercero y medio del noveno; el sexto con el del cuarto Tercio; el séptimo con el del sexto; el octavo con los dos del séptimo; los noveno y décimo con los dos del octavo y la sección del quinto (Valladolid y Galicia); el undécimo con el del undécimo (Burgos), y el duodécimo con las secciones de Navarra y Provincias Vascongadas.

La fuerza de estos escuadrones, que nada hubieran tenido de tácticos, era aún más variable que la de los batallones de infantería, pues aun descontando el duodécimo, que sólo dos secciones lo constituían, oscilaba entre 94 caballos que se asignaban al tercero y 183 que se marcaban para el octavo.„



Jefe del Instituto en traje de gran gala y año de 1854.
(Reproducción de un grabado de la época.)

Esta organización, fruto de los pujos teóricos, de que siempre en todas épocas adolecieron determinados centros, no pasó de consignarse en el papel. Porque después, cuando fué necesario organizar la fuerza del Cuerpo en unidades más ó menos numerosas, las circunstancias de momento han sido principal y única norma seguida.

Del año 1853, que nos ocupa, arranca la creación de la *Compañía de guardias jóvenes*, que con fecha de enero se decretó, llevándose á efecto por virtud de real orden 1.° de abril del mismo año; dato que sólo apuntamos ahora, puesto que con la necesaria extensión hemos de ocuparnos de ella en su debido lugar.

La reducción del 1854 y un hermoso rasgo de los individuos del Instituto.

Mal año fué el del margen para la Guardia Civil. Lo que comenzó siendo un pronunciamiento militar, cuya principal fase se desarrolló en el Campo de guardias con la sublevación de los generales que firmaron para dar al acto cometido, un color político, el célebre

manifiesto de Manzanares, después de la derrota de Vicálvaro, y en su huída, hacia la frontera portuguesa, terminó, como en lugar oportuno veremos, con anárquicas exaltaciones del populacho, que casi estuvieron á punto de dar al traste con la benemérita Institución.

En lugar oportuno—repetimos—hemos de ocuparnos de esta página de la historia del Cuerpo, y en la cual se le puso á prueba, y prueba bien ruda por cierto. Baste decir, para no interrumpir nuestra reseña, sobre las modificaciones en su organización, que triunfante la revolución, entregada España al poder de las Juntas y en la más desenfrenada anarquía las turbas populares, los odios de éstas desencadenados contra el Cuerpo, por lo que garantía de la ley significaba, tanto mientras duró el gobierno Córdova de transición, como en la interinidad del general San Miguel, estuvieron á punto de traer la disolución del Cuerpo.



Teniente General D. Facundo Infante Chaves, segundo Inspector general de la Guardia Civil.

Afortunadamente la prudencia no exenta de energía y el tacto del entonces Director del Instituto (segundo en la cronología de los efectivos del Cuerpo), D. Facundo Infante Chaves, consiguiendo del gobierno la represión enérgica de toda manifestación hostil á sus indivíduos, haciendo elevada defensa de su gestión ante el parlamento, contra los ataques que en él se exteriorizaron, pudo impedir aquélla; aunque no la reducción del contingente—si bien insignificante en el orden numérico grande en el moral—que por real orden de 10 de noviembre se dispuso para llevarse á efecto en el presupuesto siguiente.

A 9.000 hombres se disminuyó la plantilla del Cuerpo, de los cuales 1.244 habían de ser de caballería con 1.200 caballos. Se conservó la misma distribución de tercios y provincias, ordenándose, para poder llevar á efecto dicha reducción, que los guardias sobrantes, si procedían de la clase de contingentes, pasaran de los tercios donde la plantilla excediese á donde faltasen, y si fueran voluntarios, quedasen con licencia por tiempo indeterminado, excepción hecha de los guardias primeros que continuaron en el Cuerpo.

A esta reducción que se fundamentó en penurias del Tesoro, contestó la Guardia Civil con un hermoso rasgo sin precedentes históricos. La mayoría de los veteranos á quienes se les daba sus licencias, renunciaron al premio de reenganche para poder continuar prestando servicio en el Instituto, desprendimiento que fué prueba harto palpable de la alta moralidad que los distinguía y que produjo un movimiento de asombro en la opinión, traducido por encomiásticos artículos de la prensa. ¡No podía juzgarse existiese un cuerpo que dejase á favor del Erario sus modestos ahorros para no abandonarlo! El Ministerio de la Guerra, ante él, dictó varias reales órdenes altamente honoríficas para sus indivíduos,

disponiendo se les concediese singulares distinciones, como concesión de abono de un año para los premios de constancia, cruces de María Isabel Luisa y á veces ordenando que no se permitiese en determinados casos tal renuncia.

Este desprendimiento supuso para el Estado la economía de más de millón y medio de reales, como se hizo constar en la siguiente circular del general Infante.

Decía así ésta al tratar de la reducción que en 1854 dió lugar la real orden de 10 de noviembre, antes citada.

"La real orden de 10 del actual, circulada á los tercios con fecha de ayer, adoptando las medidas consiguientes á su cumplimiento, me ponen en el caso, vista la reducción de fuerza que por dicha real orden se dispone, de hacer á V. S. una especial recomendación con el fin de que el bien del servicio no sea perjudicado con la medida de reducir el Cuerpo á la fuerza de 9.000 hombres; me mueve á hacer á V. S. esta recomendación, lo interesado que me encuentro por que no decaida el buen nombre del Cuerpo á cuya altura se ha sabido colocar por ese constante anhelo de los indivíduos que lo componen á llenar sus deberes, buscando las ocasiones de hacer el bien posible en limpiar el terreno confiado á su vigilancia de todo malhechor, prestando seguridad á los transeuntes por él, y librando á sus propietarios de los daños que en sus producciones solían experimentar, bien por descuidos en los ganados ó robos de sus frutos. Si bien ha de ser más penosa la fatiga producida por la disminución de la fuerza, también debe hacerse por los que visten el honroso uniforme del Cuerpo, en bien de su país y en beneficio de los habitantes del distrito que se les está encomendado vigilar. Las pruebas dadas recientemente por los veteranos del Cuerpo, que al recibir su licencia no han querido separarse de él para seguir prestando sus servicios en el mismo, dan una idea relevante de querer ser útiles á su país, confirmándolo en este hecho, y en el de haberse desprendido generosamente del beneficio de los 750 reales concedidos por el gobierno de S. M. para el que así lo hiciera por el espacio de un año, habiendo muchos de los indivíduos que han deseado permanecer en el Cuerpo, no solo por el año, sino es por dos, tres, cuatro ó más. Este beneficio que ha reportado un donativo al Erario de más de millón y medio de reales ha sido causa de los encomios de la imprenta al Cuerpo, que ha producido en mí un goce inexplicable, colocado como me encuentro á su cabeza. ¿Qué más puedo apetecer que conservar el espíritu de él haciendo cuanto esté de mi parte para su completa perfección? Así lo espero, si á tan noble fin coadyuvan todos los jefes, oficiales y demás clases del mismo.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 16 de noviembre de 1854.—Infante.„

Después de leida juzgue el lector si es necesario alabar tan hermoso rasgo....

Con el contingente antes citado continuó el Cuerpo los años 1855 y 56, y por fin en 1857 siendo ya nuevamente Director del Cuerpo el organizador del Instituto Duque de Ahumada, por real orden de 5 de enero se elevó la fuerza á 10.000 hombres. De ella se dispuso fuesen 1.400 de caballería con 1.300 caballos, fijándose el número de jefes y oficiales

en 411. Como dato curioso en este aumento señalaremos el hecho, de que la mayoría de los ingresados en el Cuerpo por este aumento, fueron voluntarios procedentes de los licenciados por la reducción de 1854, muchos de los cuales abandonaron destinos lucrativos solo para servir nuevamente en el Instituto.

Organización de la Guardia Civil Veterana.

Al año siguiente, 1858, se organizó sobre la base de la *Guardia Urbana* de Madrid la *Guardia Civil veterana*.

Desde fecha anterior á 1854 existía en la Corte una legión de salvaguardias auxiliares de la policía. En el citado año se creó el cuerpo de *Salvaguardias de Madrid* con un efectivo de cuatro compañías de infantería y una sección de caballería, al que se dió organización militar, destinándose cual jefes de él, en comisión, oficiales de las respectivas armas del Ejército.

Disuelto este cuerpo con la revolución de julio y creado el de *Vigilantes municipales* que Narvaez reorganizó militarmente en 1856, con la denominación de *Guardia Urbana*, constituía en dicha fecha un batallón de infantería y una sección de caballería, cuya principal misión era velar por la seguridad pública en el interior de Madrid.

Después de una tentativa hecha á fines de 1857 para ponerla bajo la dependencia del Inspector General de la Guardia Civil, llegamos á marzo del siguiente año en que se piensa organizar de un modo permanente el servicio de seguridad pública en el interior de la Corte, y aumentando una sección de caballería á la referida *Guardia Urbana*, por real decreto de 24 de dicho mes se le dá nueva organización y dependencia.

En él se disponía quedase en lo tocante á su organización, personal, armamento y disciplina dependiente del Ministerio de la Guerra; del de la Gobernación en lo tocante al servicio, acuartelamiento, material y percibo de haberes y de la Inspección de la Guardia Civil en la parte relativa á su organización, administración y orden interior.

Puestos de acuerdo el inspector general del Cuerpo y gobernador de Madrid, redactáronse los reglamentos militar y para el servicio, que sometidos á la aprobación de los ministros de la Guerra y Gobernación respectivamente fueron aprobados, el primero el 6 de abril de 1859 y el segundo con fecha 10 de febrero del mismo año.

Por éste, ó sea el reglamento civil para el servicio, la *Guardia Civil Veterana*, denominación que tomó por real orden de 29 de diciembre anterior, se disponía fuese el objeto del nuevo cuerpo: 1.° La conservación del orden público dentro de la corte y sus afueras; 2.° La protección de las personas y de la propiedad pública y privada; 3.° El auxilio que reclame la ejecución de las leyes, reglamentos y disposiciones de la autoridad, y 4.° La ejecución de los servicios particulares que se la encargasen.

En cuanto á su organización, armamento, personal y disciplina, el reglamento militar que dictó para ella el Ministerio de la Guerra, en la fecha antes indicada, prevenía que la *Guardia Civil Veterana* formase parte del Cuerpo de guardias civiles y dependiese del Inspector general del arma, en cuanto fuese relación al ramo de Guerra, denominán-

dose esta autoridad, por virtud de ello, Director general del Cuerpo de guardias civiles y de la Guardia Civil Veterana.

La Guardia Civil Veterana se dispuso la compusiera un batallón de cuatro compañías de infantería y dos secciones de caballería, con una plana mayor de un primer jefe de la clase de teniente coronel, un segundo jefe de la clase de primeros capitanes, encargado del detall de ambas armas, de dos ayudantes de la clase de tenientes, que como los dos jefes habían de ser plazas montadas, un capellán, un médico y un brigada de la clase de sargentos segundos de infantería.

Cada compañía de infantería constaba de un capitán, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero, cuatro segundos, seis cabos primeros, seis segundos, un corneta, diez y seis guardias de primera clase y ciento quince de segunda. Las dos secciones de caballería, de un teniente, un alférez, un sargento primero, dos segundos, dos cabos primeros, dos segundos, un trompeta, ocho guardias de primera clase, treinta y cuatro de segunda y cincuenta caballos.

Se les concedió idénticas consideraciones, preeminencias y ventajas á los del cuerpo de guardias civiles, conservando por consiguiente sus derechos ó retiros, pensiones de Montepío, premios de constancia y escudo de ventaja, disponiéndose fuese mandada por jefes y oficiales del cuerpo de guardias civiles, continuando éstos en los mismos puestos que les pertenecían en las escalas de sus respectivas clases, y optando en ellas á los ascensos que les correspondían á propuesta del Director general hecha por conducto del Ministerio de la Guerra. Las vacantes de sargentos y cabos se proveyeron por el Director general de conformidad con lo que se practicaba en las demás armas é institutos del Ejército.

En cuanto al alistamiento de los guardias, se dispuso fuese voluntario, siendo preferidos: 1.° Los cansados del cuerpo de guardias civiles. 2.° Los que de este cuerpo una vez extinguido el tiempo de su empeño en él, quisieren pasar por reenganche á la Guardia Civil Veterana. 3.° Los cumplidos del Ejército con buenas notas en sus licencias y la estatura de cinco pies y dos pulgadas para infantería y tres para caballería. 4.° Los indivíduos del Ejército á quienes por sus buenas circunstancias se tuvo á bien destinar.

El vestuario de la Guardia Civil Veterana, así en la infantería como en la caballería, fué idéntico al que usaba el cuerpo de guardias civiles, sin más diferencia que la de una sardineta de galón blanco en el cuello que terminando en punta tenía un botón sobre el remate.

El armamento fué asímismo igual en ambas armas al que tenía la Guardia Civil, con sólo el aumento de una pistola de percusión en la infantería, con gancho, para colocarla en el cinturón del sable ó machete, y de la que no llegó á dotársele á pesar de haberse dispuesto.

El reglamento de la Veterana disponía que sus indivíduos no diesen guardias de honor á persona alguna, ordenanzas perpétuos de ningún género, ni asistentes por ningún concepto.

Adoleció la Veterana de varios defectos en su organización y cuyos efectos se tocaron muy pronto. En primer término se quería constituir

un cuerpo, cuyo servicio fuese premio para los soldados viejos del Instituto y en el que encontrasen mayores ventajas y facilidades en el final de su carrera. El premio no existió pues sin más ventajas pecuniarias con respecto á los guardias civiles en el exterior, que una gratificación de pan de 360 reales anuales, teniendo mayores gastos en sus uniformes, puesto que el servicio en la corte suponía mayor cuidado en su presentación personal, con mayores exigencias por ser casados en su mayor parte, prácticamente considerado el asunto, á pocos, por no decir á ninguno, convenía estar en la nueva unidad. Respecto á servicio, dada su edad, la mayor sujeción que el nuevo suponía en la corte y su índole no presenaba aliciente alguno tampoco.

Los voluntarios no aparecieron y fué preciso el destino forzoso de contingentes de todos los tercios que por propia voluntad no hubiesen formado parte de la Veterana, pues como con razón sobrada dice el coronel La Iglesia, autoridad repetidas veces ya citada, "Para el soldado viejo avezado ya á la fatiga, es preferible pasar veinticuatro ó cuarenta y ocho horas fuera de su casa y andar cuatro ó seis leguas diarias sufriendo las inclemencias del tiempo, á estar cuatro horas de día y cuatro de noche recorriendo calles sin poder sentarse, comer, beber, fumar, ni quitarse un sólo guante.„

Resultado de ello que los guardias *veteranos* lo fueron al poco tiempo sólo en el calificativo, y como después ha ocurrido en su homólogo en parte por el servicio, el 14.° tercio, constituyó en su mayoría agrupación de solteros, de recien ingresados procedentes de las armas generales, ó de aquellos que esperan ocasión propicia para salir á puntos convenientes del exterior. Conjunción de elementos cuyo rendimiento utilitario no sabemos si será de mayor suma que el que informaba el espíritu del decreto creación de la *Veterana*.

Aparte disquisiciones, la Guardia Civil veterana aunque organizada como tercio independiente, quedó bajo la subinspección del coronel jefe del primero, montándose el servicio que desde luego comenzó á prestarse con el mayor acierto, pues no en balde sus indivíduos llevaban, salvo las sardinetas del cuello, el mismo uniforme del Instituto.

La reorganización de 1861.

A pesar de los sucesivos aumentos y disminuciones que la fuerza total de la Guardia Civil hubo experimentado desde la creación, puede decirse que no se había llevado á cabo una verdadera reorganización hasta la verificada en virtud de la real orden de 28 de septiembre de 1861.

A 11.500 hombres, de ambas armas, fué elevada la fuerza de Instituto en dicha fecha, siendo Director del Cuerpo el teniente general don Isidoro de Hoyos y Rubín de Zelis, marqués de Zornoza, aumentándose el número de oficiales y clases, á la vez que amoldándose á nuevas y lógicas necesidades, la primitiva organización, con el fin de conseguir, según decía el preámbulo de la real orden que refrendola el general O'Donell, "que el Cuerpo por medio de aumentos proporcionados y sucesivos, llegase en su día á contar una fuerza de 15.000 hombres, necesaria para cubrir más extensamente el protector y especial servicio del Instituto.„

Hízose nueva distribución de tercios, en armonía con las necesidades del servicio y aumento que por el mencionado decreto habían de experimentar, dividiéndose asímismo las compañías de doscientas ó más plazas en dos ó tres que no bajasen de ciento. Desapareció, por consiguiente, la denominación de primeros capitanes á los comandantes del Cuerpo, que tomaron la de primeros ó segundos comandantes, según los empleos que de éstas dos clases disfrutaban, si bien siguieron desempeñando el cargo de comandantes de provincia ó de segundos jefes de tercio.



Teniente General D. Isidoro de Hoyos y Rubín de Celis, quinto Inspector de la Guardia Civil.

En 1.°de enero del siguiente año, se llevó á efecto la reorganización que dicha disposición prevenía como consecuencia del aumento citado, y por virtud de ella, el primer tercio que cubría el servicio en las provincias civiles del distrito militar de Castilla la Nueva, se subdividió en dos, y en otros dos el octavo tercio que cubría las provincias del distrito militar de Castilla la Vieja.

La compañía suelta que hacía el servicio en las islas Baleares, con la denominación de décimo tercer tercio, se unió al segundo tercio, formando con éstos uno sólo; uniendo, así mismo, la compañía de la provincia de Navarra, que figuraba como décimo tercio, al duodécimo, componiendo también uno sólo, y se subdividieron en dos ó en tres cada una de las 29 compañías que figuraban fraccionadas, resultando de este fraccionamiento 38 nuevas compañías.

Por consecuencia de ésto, el Cuerpo quedó dividido en trece tercios, que fueron: Primer tercio, con todas las compañías que cubrían el servicio en las provincias de Madrid, Guadalajara y Segovia y un escuadrón de caballería. Segundo tercio: De las que lo prestaban en las de Ciudad Real, Toledo y Cuenca, con un escuadrón de caballería. Tercer tercio: De las compañías que lo desempeñaban en las de Barcelona, Gerona, Lérida, Tarragona é islas Baleares, con dos secciones de caballería. Cuarto tercio: De las de Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva, con dos escuadrones de caballería. Quinto tercio: De las de Valencia, Castellón, Murcia, Alicante y Albacete, con un escuadrón de caballería. Sexto tercio: De las de Pontevedra, Lugo, Coruña y Orense, con una sección de caballería. Séptimo tercio: De las de Zaragoza, Huesca y Teruel, con un escuadrón de caballería. Octavo tercio: De las de Granada, Jaén, Málaga y Almería, con dos escuadrones de caballería. Noveno tercio: De las de Valladolid, Zamora, Salamanca y Avila, con un escuadrón de caballería. Décimo tercio: De las de Oviedo, León y Palencia, con un escuadrón de

caballería. Undécimo tercio: De las de Badajoz y Cáceres, con dos secciones de caballería. Duodécimo tercio: De las de Burgos, Logroño, Santander y Soria, con un escuadrón de caballería. Décimo tercer tercio: De las de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra, con dos secciones de caballería.

Se dispuso que los nueve primeros tercios y los dos últimos fuesen mandados cada uno de ellos por un coronel, teniendo un teniente coronel de segundo jefe. Los tercios décimo y undécimo, por un teniente coronel, teniendo un comandante de segundo jefe cada uno de ellos.

Para cada provincia civil había un comandante que regía el servicio de las compañías. Estas eran administradas por sus capitanes con arreglo á ordenanza.

Las compañías se dividieron en secciones distribuídas para el servicio en líneas, y mandadas por tenientes ó subtenientes en número de dos ó tres tenientes y un subteniente por compañía, de forma que resultase para cada treinta hombres un oficial subalterno, y las dos terceras partes de éstos de tenientes.

El cuadro de las clases de tropa en cada compañía, constaba de un sargento primero, de un segundo por cada oficial subalterno, y de dos cabos primeros y dos segundos por cada sargento segundo, sin mayor número de guardias de primera clase, que el consignado hasta entonces.

En los tercios desde el 2.º al 13.º ambos inclusive se nombró un ayudante cajero de la clase de teniente. El primer tercio continuó como hasta entonces, con un ayudante cajero de la clase de capitán y un subayudante de la clase de teniente de caballería.

Las planas mayores de los tercios segundo y tercero, décimo y décimo tercero, se dispuso residiesen respectivamente en Ciudad Real, Barcelona, León y Vitoria. Las de los tercios restantes, en la capital del único distrito militar en que la fuerza de cada uno hacía servicio.

La situación de los comandantes siguió como hasta entonces en la capital de la provincia en que prestaban el servicio las compañías que estaban á sus inmediatas órdenes. La de los capitanes se dispuso fuese fijada por el Director general según lo juzgase más conveniente á la administración de las compañías y á la vigilancia del servicio de ellas. La caballería continuó con la misma organización que hasta dicha fecha.

Por resultado de las anteriores prescripciones, se aumentaron tres coroneles: uno de ellos para el mando del segundo tercio, otro para el del duodécimo y el restante para el del décimo tercero; siete tenientes coroneles, cinco de ellos para segundos jefes de los tercios tercero, quinto, sexto, séptimo y octavo, y dos para el segundo y décimo tercios de nueva creación, siendo el uno segundo jefe del segundo y el otro primer jefe del décimo.

Se aumentaron asimismo treinta y siete capitanes de infantería, para el mando de igual número de compañías de las treinta y ocho de nueva creación. La compañía restante la mandó el capitán que pertenecía á la plana mayor de la compañía de la provincia de Navarra, cuyo destino se suprimió por pasar aquella á formar parte del décimo tercer tercio.

Para las compañías citadas anteriormente se aumentaron setenta y siete tenientes y cuarenta y nueve subtenientes.

Por consecuencia del aumento de los tenientes coroneles se suprimieron seis primeros capitanes de infantería y uno de caballería que entonces eran segundos jefes de tercio.

Los mil hombres consignados ya de aumento por real orden de 2 de julio citado, fueron todos destinados á prestar el servicio en la infantería por considerar de más urgente necesidad el aumento de esta arma, aplazando para más adelante el de la de caballería, y aquellos se distribuyeron en las clases siguientes: treinta y ocho sargentos primeros; ciento diez sargentos segundos: ciento diez cabos primeros; cincuenta y siete cabos segundos; treinta y siete cornetas y seiscientos cuarenta y ocho guardias de segunda clase.

Los primeros capitanes, así de infantería como de caballería, tomaron la denominación de primeros ó segundos comandantes, según los empleos de que estas dos clases estaban en posesión, y los segundos capitanes, la de capitanes.

Tal fué en resúmen la reorganización hecha en el citado año de 1861.

El Tercio Veterano.

En el siguiente, se llevó á efecto un aumento de bastante consideración en la *Guardia Civil Veterana*, que como hemos dicho prestaba servicio en el interior de Madrid, y siguiendo el preconcebido propósito que existía de crear unidades de esta índole en las capitales de alguna importancia.

Por decreto de 28 de septiembre, se elevó su fuerza á 1.500 hombres dándosele la denominación de *Tercio Veterano de la Guardia Civil*. Dicha fuerza se distribuyó en diez compañías, una por cada distrito municipal de las que entonces existían, y éstas fueron agrupadas en dos comandancias para vigilar los dos sectores en que Madrid se dividió, dándoseles á dichas comandancias el nombre de Norte una y Sur la otra.

La primera fué acuartelada en un antiguo convento que existía en el paseo de Recoletos y en la casa llamada de *Pajes* de la calle de San Leonardo, y la segunda en los edificios del Duque de Alba y Puerta de Toledo, que aun habitan, viviendo de milagro, dado su estado ruinoso, la fuerza de la comandancia de análoga denominación del hoy 14.° Tercio.

Las fuerzas de caballería del referido tercio que se aumentaron al número de 150 hombres con 20 caballos menos de este número, formaron un escuadrón destinado á prestar su servicio no solo en el interior de la población, sino en las afueras de ella.

Para el mando de la fuerza de ambas armas de este tercio se aumentaron un coronel primer jefe, teniendo por segundo un teniente coronel del Cuerpo encargado exclusivamente del detall y contabilidad.

Las comandancias de infantería del Norte y Sur fueron mandadas cada una de ellas por un comandante primero ó segundo jefe de dicha arma. El escuadrón lo fué por otro de la misma clase del arma respectiva.

La plana mayor del Tercio Veterano se compuso de: un coronel primer jefe, un teniente coronel segundo jefe, un ayudante teniente, un ayudante 1.° de Sanidad Militar, un ayudante 2.° del mismo cuerpo, un capellán, un veterinario y un maestro armero. A la de cada una de las comandancias de infantería así como las del escuadrón se destinó un

comandante primero ó segundo, un ayudante teniente y un brigada sargento segundo.

Cada compañía de infantería constaba de un capitán, cuatro tenientes, un sargento primero, cuatro segundos, ocho cabos primeros, ocho segundos, un corneta, sesenta y cuatro guardias de primera clase y sesenta y cuatro de segunda, á excepción de la quinta compañía de cada una de las comandancias, que tenían un guardia de segunda clase menos.

El escuadrón constaba además de la plana mayor del mismo, de un capitán, cuatro tenientes, un sargento primero, cuatro segundos, ocho cabos primeros, ocho segundos, dos trompetas, sesenta y tres guardias de primera clase y sesenta y tres de segunda, con ciento treinta y cinco caballos. Organizado el expresado tercio en la forma referida, resultaba dotado el cuadro de cada compañía con un oficial por cada treinta hombres, un sargento por cada oficial, cuatro cabos, dos primeros y dos segundos por sargento, divididos por mitad de primera y segunda clase el total de los guardias, así como suprimida la clase de subtenientes en este tercio y cosa que no ocurría en los demás.

Fué este aumento del Tercio Veterano una justa compensación á los brillantes servicios que venía prestando la Guardia Civil Veterana en Madrid, fuerza única en la que los gobiernos tenían depositada su confianza, dada la época de constantes asonadas y en la que se respiraba un ambiente de contínuas conspiraciones políticas.

El expresado Tercio Veterano cambió de denominación en junio de 1864, llamándosele Tercio de Madrid como consecuencia de sucesos que en lugar oportuno relataremos.

Organización de brigadas de la Guardia Civil.

Sólo una de esas medidas transitorias para acallar egoistas aspiraciones registróse en el año de 1863.

La fuerza del Cuerpo se la dividió en cuatro brigadas asignándose á la primera los tercios veterano, primero, segundo y quinto; á la segunda, el tercero, séptimo, décimo segundo y décimo tercero; á la tercera, el cuarto, octavo y undécimo y por último á la cuarta, el sexto, noveno y décimo.

Tal organización duró hasta julio de 1865, sin que nadie haya podido explicar los argumentos que la fundamentaron, como no fuese el de dar colocación activa y un mayor sueldo á cuatro de los muchos brigadieres que por aquella época estaban de cuartel, según con sana crítica apunta un historiador.

Fué, repetimos, ésta, una organización fugaz de la que no se registra hecho que motivase, ni su objetivo al crearla, ni el por qué de suprimirla. De ella solo quedó, al suprimirse las brigadas, que al cargo de brigadier secretario de la ya entonces Dirección, se le diese el carácter de subinspector.

Unificación de escalas.

Nada más digno de mención, por lo que á organización se refiere, podemos registrar hasta 1867.

La importante reorganización verificada á fines de 1861, no había alcanzado, como ya queda dicho, á la caballería, cuyos escuadrones continuaban, la mayor parte, mandados

por comandantes, si bien estos jefes habían tomado tal denominación en vez de la antigua de primeros capitanes; pero á fin de que la organización de la indicada arma guardara la posible analogía con la de infantería, se suprimieron, por decreto de 9 de noviembre de 1867, las doce plazas de comandante de escuadrón que antes existían.

Como se llevaban con separación de armas los escalafones y se cubrían aquellas plazas con los catorce capitanes de caballería que existían, fué necesario refundir en una ambas escalas. Unicamente se dejó por el pronto separadas las de tenientes, alféreces y sargentos primeros, separación que sólo subsistió, hasta que por real orden de 27 de junio de 1868, se refundieron en una sola escala general del Cuerpo, las dos que de infantería y caballería hasta entonces hubo.

Esta medida introdujo una igualdad en los ascensos de ambas armas, y con perjuicio de los menos fueron beneficiados los más. Hay quien supone, y ha escrito, que esta refundición de escalas hizo que con perjuicio del mayor brillo para la caballería, se retrajesen de servir en ella oficiales procedentes del arma, constituyendo un golpe mortal para la del Instituto.

No es cosa de meternos á juzgar tales opiniones. Sólo apuntaremos, que por tradición han llegado hasta nosotros, nombres de brillantísimos oficiales y capitanes de escuadrón que se calzaron por primera vez las espuelas al ingresar en el Cuerpo, llegando algunos á ser verdaderas y legítimas autoridades.

La Guardia Rural.

Hasta la fecha de que últimamente nos hemos ocupado, veníase reconociendo que la fuerza con que se hallaba dotado el Cuerpo, si bien suficiente para la persecución de criminales y protección de las personas, no bastaba para atender de igual modo á la conservación de las propiedades. De aquí los varios proyectos que durante algún tiempo se formaron para crear un cuerpo dedicado especialmente á la guarda de las posesiones rurales, pero aunque algunos de estos proyectos, como el que consistía en aumentar hasta 20.000 hombres la fuerza de Guardia Civil, era de esperar que hubiera producido buenos resultados, ninguno pudo ser llevado al terreno de la práctica hasta principios de 1868, en que, por decreto de 1.° de febrero, vino á ser un hecho la creación de la Guardia Rural.

Por virtud de él y para custodiar la propiedad rural y forestal, y velar por la seguridad de la misma, se organizaron en cada provincia una fuerza militar y armada con el título expresado, dependiente directamente del Director general de la Guardia Civil, y subdividida en compañías que no excediesen de 120 hombres, ni bajasen de 80.

En cada compañía había un capitán, un teniente, un alférez, un sargento primero, un sargento segundo, y por cada veinte hombres, un cabo primero y otro segundo.

Los cabos y guardias que se disponía formaran un cuerpo independiente, debían proceder, unos y otros, de la clase de voluntarios que deseasen alistarse para servir dentro de las mismas provincias donde residiesen, y debían ser filiados, estando sujetos á la ordenanza militar y disfrutaran del fuero del Ejército. En las capitanías generales de los distritos, había uno ó más jefes que debían ejercer continua vigilancia so-

bre las compañías de Guardia Rural de las provincias civiles que comprendía su territorio.

Se dispuso debía pertenecer dicha fuerza al Cuerpo de la Guardia Civil, y por el mismo obtener sus ascensos, los jefes, oficiales y sargentos, y para llevarse á efecto la organización del expresado Cuerpo, los destinos de jefes y oficiales, disponíase fuesen cubiertos por los de las mismas clases del de la Guardia Civil, que se hallen de reemplazo ó supernumerarios, y los de los sargentos, por sargentos ó cabos de la misma Guardia Civil. Como no los había en tal situación, á falta de ellos, se ordenó cubriesen las vacantes, y sólo por una vez, los del arma de Infantería que tuviesen solicitado, ó desde luego solicitasen su ingreso en la Guardia Civil.

La fuerza de la Guardia Rural, en cada provincia, se determinaba por el Gobierno, oyendo á la Diputación provincial respectiva, la cual consultaba, préviamente, las necesidades de cada localidad, correspondiendo á cada provincia hacer el abono de los gastos que ocasionase la fuerza creada en las mismas.

El Cuerpo de Guardia Rural, dependía para su servicio especial, de los ministerios de la Gobernación y de Fomento.

La existencia del nuevo Cuerpo fué corta, pues quedó disuelto por decreto del Gobierno provisional de 11 de octubre del mismo año, y sus oficiales y clases incorporados definitivamente á la Guardia Civil, con grave quebranto de legítimos intereses creados.

Más bien que la necesidad de cubrir el servicio en los montes y propiedades particulares, generalmente sentida, la creación de la Guardia Rural, constituyó—escribe un cronista de ella—una medida política defensiva contra la ya próxima revolución.

El ministerio Narváez, combatido por los progresistas, por los demócratas, por los republicanos, que ya constituían una fuerza popular respetable, y desconfiado de los unionistas, que desde la caída de O'Donnell, después del 22 de junio del 66, mantenían un pie en las gradas del Trono y otro en los dinteles de la revolución, extremaba la política de resistencia propia de todas las situaciones moderadas.

Sus disposiciones, rebajando á cuatro años el tiempo de servicio en filas, y las que adoptó para extinguir en las clases de jefes y oficiales la situación de reemplazo, le atrajeron en gran parte al Ejército, tan minado por los trabajos revolucionarios, y á no haber ocurrido la muerte de Narváez en abril, el año que nos ocupa, ¡quién sabe si la revolución que, cambiando la manera de ser de España, nos trajo los *perros chicos*, el *género chico* y los oradores y estadistas de á *perro chico*, se hubiera verificado!

Parte de aquellas disposiciones fué el decreto de creación de la Guardia Rural. Con ella se extinguió por completo la temible situación de reemplazo, en las armas de Infantería y Caballería, y se creó una fuerza fiel, que era de esperar resistiese á las seducciones y ofrecimientos de los agentes revolucionarios.

En cuanto á la Guardia Civil, hay que confesar que no recibió bien la creación de la Rural. ¿Era un presentimiento de los perjuicios que su disolución había de irrogarle? ¿O desconfiaba, acaso, de la eficacia de sus

servicios por creer que los hubiera prestado mejor por sí misma? Cuestión es ésta, que no es dado dilucidar. El corto tiempo que la Guardia Rural existió, no permite emitir juicio acerca de su prestigio y bondad de la Institución.

La reorganización de 1871.

Después del real decreto expedido por el Regente del Reino, general Serrano, en 20 de octubre de 1870, disponiendo que para cubrir las seiscientas plazas vacantes, existentes en el Cuerpo por falta de voluntarios, diesen un contingente de cincuenta hombres la Caballería del Ejército, quinientos treinta la Infantería y veinte los Ingenieros, en el que se ordenaba también fuese explorada la voluntad de los soldados de todas armas y cuerpos que al Instituto quisieran pasar, encomiándoles las ventajas y mayores consideraciones que en él tendrían, y en el que se fijaron nuevas condiciones de ingreso para el Cuerpo, nada digno de mención, por lo que á organización se refiere, tenemos que registrar hasta la disposición de 20 de octubre del referido año, por virtud de la cual se dió una nueva organización al Cuerpo, cuyas líneas principales aún subsisten.

La referida organización no fué llevada á cabo hasta julio del año siguiente, después de una sábia y estudiada preparación que llevó á efecto la Dirección del Instituto, para sin grave quebranto del servicio, conseguir la brusca transición de una á otro y sobre todo en lo que á documentación y contabilidad se refería.

Por virtud de ella, se dispuso la supresión de las planas mayores de los tercios, á excepción del décimocuarto, que continuó con la misma organización que tenía hasta entonces.

Los jefes principales de los trece primeros tercios, se denominaron coroneles Subinspectores, con el mando superior de los mismos. Se practicó nueva subdivisión de tercios para equilibrar, en cuanto fué posible, su extensión territorial y fuerza á ellos consignada.

Las cuarenta y ocho provincias en que estaba subdividido el territorio de la Península é islas Baleares, fueron declaradas para este objeto: de primera clase, las que tenían tres compañías en adelante, ó dos, y la fuerza de un escuadrón; de segunda, las que contaban menos de tres, y de tercera, las de una sola compañía, sin que ninguna de éstas excediese de ciento cuarenta plazas, ni tuviese menos de ochenta. El cargo de jefe de las provincias de primera clase, fué desde entonces desempeñado por un teniente coronel, teniendo además un comandante encargado del detall y contabilidad; el de las de segunda, por comandantes y capitanes, y el de las de tercera, por comandantes, desempeñando las funciones del detall los capitanes de compañía, con residencia fija en la capital de ellas.

A los coroneles Subinspectores se les designó un ayudante secretario de la clase de tenientes, y se nombró un cajero para cada provincia y un habilitado principal por cada tercio, que se dispuso fuese de la clase de tenientes. En consonancia á lo dispuesto por la orden de 24 de enero de 1869, la fuerza de caballería se subdividió, por provincias, en secciones que no excedían de veinticinco caballos, ni bajaban de quince, y cuando en una provincia se reunían tres ó más secciones, constituyeron

un escuadrón, mandado por un capitán. Se aumentaran trece compañías y cinco secciones de caballería sobre el número de las que existían en el Cuerpo, dentro todas de la fuerza de dotación que le estaba marcada.

Produciendo esta reforma de organización el aumento de dos coroneles Subinspectores, con destino al décimo y undécimo tercios, cinco tenientes coroneles para el completo de dieciocho, que eran las provincias de primera clase; veinte capitanes para el cargo del detall, en igual número de las de segunda clase; trece más para el mando de las nuevas compañías que hubieron de formarse; diez tenientes y cuatro alféreces, con destino á las mismas, y de ayudantes subsecretarios de los Subinspectores, y cinco tenientes y tres alféreces para las nuevas secciones de caballería. Los sueldos y gratificaciones que correspondían á estos empleos, fueron comprendidos en el presupuesto del siguiente año económico, excluyéndose del mismo las dos plazas de comandantes que resultaban excedentes en el décimo y undécimos tercios, por disolución de las planas mayores. Fueron igualmente consignadas en dicho presupuesto, las gratificaciones que se expresan á continuación: siete mil doscientas pesetas para escritorio de dieciocho oficinas, en las provincias de primera clase, á cuatrocientas cada una; seis mil para ídem, de veinte de segunda clase, á trescientas; dos mil quinientas para ídem, de diez de tercera, á doscientas cincuenta; tres mil novecientas para trece habilitados, principales de los tercios, á trescientas; trescientas para el habilitado del décimo cuarto tercio; catorce mil cuatrocientas para cuarenta y ocho cajeros de las provincias, á trescientas, y trescientas para el cajero del décimo cuarto tercio, quedando, por consecuencia de esta medida, sin efecto la gratificación de escritorio de mil ochenta pesetas que se mandaba acreditar á los comandantes, segundos jefes del décimo y undécimo tercios.

No obstante lo expuesto anteriormente, y demostrando las causas que motivaron esta reorganización, la conveniencia al mejor servicio de que se llevase á efecto, cuanto antes, la inmediata provisión de los dos empleos de coronel, designados para los tercios décimo y undécimo, y como permitía la cantidad consignada en el capítulo 34 del presupuesto, entonces vigente, atender á la diferencia de sus sueldos, por el menor gasto que ocasionó el crecido número de plazas vacantes de guardias de primera y segunda clase que existían en el Cuerpo, desde 1.° de julio de aquel año, por falta de voluntarios para cubrirlas, se autorizó al general Director, desde luego, hiciese la propuesta á favor de los jefes que debían ascender ó servir aquellos empleos.

Amalgama de los tercios de Cuba y Puerto Rico, en 1871.

Para no dejar un claro, en el correlativo examen que venimos haciendo de las alteraciones orgánicas sufridas por la Guardia Civil, desde su fundación hasta la fecha, tenemos (sin habernos hasta ahora ocupado de la fuerza del Cuerpo, que en Cuba y Puerto Rico prestaba servicio, materia ésta que capítulo aparte merece), que hacer mención de la amalgama llevada á efecto en el año al margen señalado, de los tercios de aquéllas nuestras antillas españolas á los peninsulares.

Como veremos al ocuparnos de ellos, los tercios de Cuba y Puerto

Rico eran servidos en comisión, por oficialidad y tropa, hasta el año citado, en el que creyendo el gobierno debía cesar aquel estado de cosas, y considerando más útil para el servicio y de más positivos resultados la unificación de tercios peninsulares y ultramarinos, después de oído el parecer del Consejo de Estado y Dirección del Instituto, se dispuso por real orden de 10 de julio de 1871, dicha amalgama.



Guardia civil de infantería en traje de servicio.

No pudo llevarse á efecto ésta inmediatamente. Hubo que luchar algún tiempo para que los egoísmos personales de quienes estaban pres-

tando el servicio en comisión, y se les autorizaba pasar á las escalas generales del Cuerpo, no venciesen con perjuicio y mengua de la oficialidad del Instituto. Al fin, la razón se sobrepuso y después de algunas disposiciones altamente laudatorias, para los que en la Península vestían el uniforme de la Guardia Civil, en las que se hicieron respetar sus derechos, la amalgama tuvo lugar; la del tercio de Cuba, con fecha 30 de septiembre de 1872, y en 30 de septiembre del mismo año, la del de Puerto Rico.

Aumentos desde el año 1873 al 1878.

No fueron las alteraciones orgánicas efectuadas en el Cuerpo en estos años, de gran importancia. Redujéronse á pequeños aumentos, hijos de momentáneas necesidades, por conveniencia del servicio.

La personalidad de los coroneles Subinspectores de los tercios, la importancia del cargo, á ninguno comparable, de cualquier arma ó cuerpo, el trabajo que sobre su oficina radicaba entonces como hoy, exigían la creación de capitanes ayudantes de tercio, y tan justa atención fué satisfecha en el año 1873, cesando por consiguiente los nombramientos que los coroneles hacían de capitanes secretarios.

En el mismo año fué aumentada la plantilla de subalternos con diez primeros tenientes destinados á las planas mayores de los tercios, para sustituir á los habilitados en las líneas que dejaban vacantes al hacerse cargo de aquél.

Final inevitable de la última guerra carlista, fueron las partidas de latro-facciosos, que cual obligado epílogo de toda lucha, infestaron España y las provincias del Maestrazgo, sobre todo en 1875. El gobierno se vió precisado á cortar el mal, y ante la imposibilidad de sacar fuerzas de la Guardia Civil—que como era natural debían ser las que se encargasen de exterminarlos—de otros puntos, dispuso el aumento, con carácter transitorio, de cinco compañías de infantería que fueron destinadas á Castellón y Teruel. Tal aumento de fuerza en estas comandancias, llevó aparejada la elevación de categoría y fueron declaradas de primera clase. Dichas compañías, en 1887, pasaron ya al presupuesto como permanentes, pero se distribuyeron entre las citadas comandancias y las de Huesca y Segovia, que por este aumento de fuerza se declararon también de primera.

Por real orden 7 de julio de 1876, le fué encomendado al Instituto el servicio de guardería rural y forestal, y para que pudiera atenderlo, se aumentaron cuatrocientos cincuenta y seis hombres. Al siguiente, la necesidad de redoblar el servicio en la provincia de Málaga, dió lugar á un nuevo aumento de trescientos hombres y treinta caballos, y en cuanto á la oficialidad, acrecentó sus plantillas por consecuencia de ésto con tres capitanes, siete tenientes y tres alféreces de infantería y un capitán y un teniente de caballería, formando escuadrón.

Lógico es suponer que el aumento fué insuficiente, dado el nuevo servicio que á la fuerza se le encomendó, y por consecuencia se vió obligada á redoblar sus esfuerzos para responder dignamente á la nueva misión conferida.

Del 1878 al 1880.

Fueron los años, al margen anotados, fecundos para el Cuerpo en alteraciones de personal. Durante ellos se declaró de capitán la plaza de ayudante secre-

tario del décimo cuarto tercio, y se dispuso el aumento de dos subalternos y cincuenta individuos en las minas de Almadén, donde por el gran contingente de obreros, sobre aumentar la criminalidad, daban ocasión á contínuos disturbios que era necesario reprimir.

De estos años datan la reorganización de los tercios tercero y quinto y creación del décimo quinto, bajo la base de dejar de pertenecer al tercero la comandancia de Baleares, afecta al mismo hasta entonces, para pasar al quinto, y formando con la comandancia de Alicante, Murcia y Albacete, sobrantes de este último, el indicado décimo quinto tercio, con su capitalidad en Alicante, que luego fué trasladada á Murcia, donde quedó definitivamente constituída.



Teniente general D. Fernando Cotoner, 16.º Director general.
(Años 1874 á 1882)

También fué de importancia el aumento de trescientos noventa y cuatro individuos de infantería con cuatro capitanes, ocho tenientes y cuatro alféreces que sufrió la comandancia de Valencia, para el servicio de guardería rural y forestal; la elevación de categoría á primera de la comandancia de Murcia, en razón á habérsele aumentado una compañía agregada de la de Castellón el año 1880, y la subdivisión del octavo tercio en dos, componiendo éste las comandancias de Granada y Jaén y el décimo sexto creado, las de Málaga y Almería.

La comandancia de Caballería del catorce y el Depósito de recría y doma.

No hay alteración en la organización del Cuerpo, digna de ser señalada, desde el año 1880 hasta el 1892, en que se creó la comandancia de Caballería afecta al décimo cuarto tercio.

Prestaba, como se ha dicho, el escuadrón afecto á este tercio, hasta aquella fecha, la casi totalidad del servicio de vigilancia en el interior de Madrid, á más de los extraordinarios que las necesidades imponían, tanto dentro como fuera de la corte. Las obligaciones que sobre él pesaban, eran por consiguiente harto complejas y excesivas, bastando para honrar una unidad, la brillantez con que lo desempeñó, pues bueno es señalar que, por aquella fecha, Madrid no contaba con la actual Guardia municipal montada y el escuadrón del cuerpo de Seguridad que hoy tienen, muchos de cuyos actuales servicios, hoy á su cargo, lo estaban entonces al del citado escuadrón del catorce.

El desarrollo que la población de Madrid por otro lado había tenido y el considerable servicio que estaba llamado á prestar, obligaron á un aumento, y sobre la base de dicho escuadrón se creó una comandancia especial con dos unidades y la correspondiente plana mayor.

Se designó como plantilla de ésta, un comandante primer jefe, un capitán segundo jefe encargado del detall, otro capitán ayudante, un primer teniente cajero, un veterinario primero y otro tercero, un profesor segundo de equitación y un sargento de trompetas, todos montados. A cada uno de los escuadrones se le designó un capitán, dos primeros tenientes, dos segundos, cuatro sargentos, catorce cabos, cuatro trompetas, diez guardias primeros y setenta y ocho segundos, divivido tal personal en cuatro secciones con cien caballos de tropa.

Para llevar á efecto la organización expresada, se introdujeron diferentes alteraciones en el personal y ganado del Instituto, sacando los elementos necesarios de algunos escuadrones de la Península y dando, en cuanto á la plantilla general, un aumento de setenta y siete guardias segundos de infantería y tres primeros de caballería, en compensación de cuarenta y nueve de caballería disminuídos. De oficiales, se aumentaron un comandante y tres capitanes, disminuyéndose un primer teniente.

La comandancia de caballería, así organizada, formó unidad administrativa independiente, sujeta á la inmediata inspección y fiscalización del coronel Subinspector del décimo cuarto tercio, pero autorizándose al jefe de ella para entenderse directamente con el gobernador civil de Madrid, en todo lo referente al servicio peculiar del Instituto ó al especial que le fuere encomendado.

Fué su primer jefe el comandante del Cuerpo, D. Francisco Hernández Ferrer, uno de los más jóvenes y entusiastas oficiales que por entonces tenía el Instituto, muerto desgraciadamente, pocos años después, cuando un brillante porvenir le sonreía. A feliz término llevó el abrumador trabajo que suponía el escuadronamiento moral y material de tantos elementos extraños, venciendo la hostilidad á que dió margen las disminuciones de personal y ganado, efectuadas en los tercios de la Península, y consiguiendo que la comandancia diese brillantísima nota por

su presentación ante la guarnición de Madrid, en cuantas ocasiones se presentó y cuya tradición viene arrastrando.

Sin embargo, la autonomía que la real orden de constitución daba á su jefe, fué causa de serios rozamientos que afortunadamente, con el transcurso del tiempo, han desaparecido.

En el mismo año que la comandancia de caballería fué creada, se dispuso por real orden de 1.° de febrero, que las fuerzas de la Guardia Civil que existían en las comandancias de León y Vizcaya, se organizasen en dos compañías con personal de las de Málaga y Teruel. También por disposición de 21 de septiembre, la comandancia de Baleares fué segregada del quinto tercio y declarada de primera clase, dándose el mando de ella á un teniente coronel.

La mala calidad del ganado ya domado, adquirido por compra directa, con destino á los escuadrones del Instituto, y la dificultad de poner en servicio el cerril que se le asignaba hasta entonces, por la índole de la institución y fraccionamiento de sus fuerzas, tenía en un estado de decadencia grande á la caballería del Cuerpo. Era imprescindible poner remedio, y por disposición de 25 de mayo de 1893, se dispuso la creación del Depósito de recría y doma en Jetafe (Madrid), dándosele como plantilla, un capitán, dos primeros tenientes, un segundo, un profesor primero de equitación, un tercero, un veterinario segundo, tres sargentos, dos trompetas, ocho cabos, dos herradores, un forjador, y destinándose como agregados, de todas las comandancias, el número de guardias que las necesidades exigían.

Dicha fuerza constituyó un escuadrón, afecto á la comandancia de caballería del décimo cuarto tercio, por lo referente á su administración é inspección, dotándosele de 6.000 pesetas para gastos de material.

Para atender á las necesidades de dicho Depósito, se disminuyó en ciento veintitrés caballos la dotación del Instituto, y de sus visicitudes, historia, porvenir y demás, nada decimos por ahora, puesto que en lugar oportuno hemos de ocuparnos.

En el mismo año que fué organizado el Depósito, se dispuso la creación de una compañía en la comandancia de Cádiz, para prestar servicio dentro de la población. En 13 de febrero fué creada y en 29 de mayo quedó sin efecto tal disposición, que sólo en papel tuvo viabilidad.

El aumento del año 1898.

Cada día más perentorias las necesidades del servicio, el contínuo aumento de puestos solicitados por los representantes en cortes de la nación, hacía necesario un aumento que llenase aquellas aspiraciones, basadas en los más elementales principios de seguridad de las poblaciones rurales. Este aumento de tropa no podía hacerse sin el progresivo de jefes y oficiales, pues doblados casi el número de puestos en algunas provincias, extensísimas ya de por sí, se hacían difíciles, si no imposibles, las revistas de los coroneles subinspectores que asumían el mando de varias de ellas. Esta consideración, la de los aumentos de puestos y la de dar más carácter, autoridad y prestigio á los jefes de esas provincias, hizo pensar en la elevación de su categoría, dando mayor importancia á un mando cuyo trato constante con las principales autoridades lo hacían más necesario.

Ya en Cortes remotas se discutió y aprobó el aumento de tropa de este Instituto hasta veinte mil hombres, aprobación que no tuvo efecto por la constante penuria del Tesoro, y puesta á discusión la materia ante las necesidades sentidas en las Cortes de 1897, se decretó un aumento de tres mil cuatrocientos sesenta y un hombres que dieron un total como dotación del Cuerpo, de dieciocho mil ciento cuarenta hombres, creándose los tercios diecisiete y dieciocho, y pasando á tomar los de Ultramar, en el orden correlativo que tenían, la siguiente numeración: los de Cuba, 19.°, 20.° y 21.°; 22.° el de Puerto Rico y 23.°, 24.° y 25.° los de Filipinas.

La comandancia de Canarias se declaró exenta, como la de Baleares, y se organizó en Santa Cruz de Tenerife sobre la base de la compañía que existía y sección montada de guardias provinciales de aquel distrito, á las que sustituyó en el servicio especial que les estaba encomendado, teniendo para ello en cuenta las instrucciones que se dictaron.

Todos los gastos que originó la sección suelta de caballería, se aplicaron á los créditos consignados para la guardia provincial, hasta que se incluyó aquéllos en el correspondiente capítulo del presupuesto.

La plana mayor de dicha comandancia, se le fijó su residencia en aquella capital, y la cabecera de la compañía en Las Palmas de Gran Canaria.

Para prestar el servicio peculiar del Instituto en la plaza de Ceuta, se creó una sección análoga á la de Melilla, dependiente de la comandancia de Cádiz.

Como principio general, la fuerza de caballería quedó organizada en escuadrones, subsistiendo únicamente, por razones especiales, las secciones sueltas de Tarragona, Coruña, Baleares y Canarias. Esto no obstante, se autorizó para si las atenciones del servicio lo exígían, que se destacaran y distribuyesen por puestos las secciones que fueren necesarias, dentro siempre de los respectivos tercios. La fuerza de los escuadrones de Córdoba y Jaén se distribuyó, la del primero entre los correspondientes á los tercios tercero, cuarto y octavo y sección de Tarragona, y la del segundo entre los séptimo y undécimo.

Las secciones sueltas que se suprimieron, pasaron á nutrir los escuadrones de sus tercios respectivos; creándose al efecto un escuadrón en los tercios décimo, décimo tercero y décimo quinto, con residencia en Oviedo, Pamplona y Murcia respectivamente.

El cargo de cajero de la comandancia de primera clase, se dispuso fuese desempeñado por capitán y con el aumento de tropa que figuraba en cada una de las comandancias, hasta el total de 3.461 hombres que asignaba el citado presupuesto, se atendió además de las unidades de nueva organización, al establecimiento de los puestos solicitados y concedido ya de real orden, así como á la necesidad de completar, hasta la fuerza mínima reglamentaria, los 648 que carecen de ella.

Años 1899, 1900 y 1901.

No fueron éstos de grandes alteraciones numéricas para el personal del Instituto, pero sí mucho en lo referente á la organización de sus servicios auxiliares.

El Depósito de Recría y Doma, establecido como hemos dicho en Jetafe, es suprimido, creándose en

su lugar una Comisión permanente de remonta de la Guardia Civil, compuesta de un comandante como jefe y dos auxiliares.

El personal del suprimido Depósito fué distribuído en la forma siguiente: un capitán como ayudante secretario del coronel subinspector de los Colegios de Valdemoro y Jetafe,—creado este último como veremos en lugar oportuno, para dotar de oficialidad al Cuerpo en junio de 1894,—y cargo que no existía; dos primeros tenientes para la compañía de escribientes y ordenanzas de la Dirección general y tres primeros tenientes para cada una de las compañías 1.ª, 2.ª y 4.ª de la Comandancia de Madrid del primer Tercio.

En el mismo año la fuerza de caballería sufrió algunas modificaciones en cuanto á los puntos que servicio prestaba. El escuadrón que se encontraba en Oviedo pasó á León, y muchos de los de otros tercios destacaron secciones sueltas á las capitalidades de algunas provincias.

Desde el aumento de personal de tropa verificado en el Cuerpo el año 1898, y sin que á esta medida acompañase el de unidades en las comandancias, resultaban las líneas muy extensas, con el natural perjuicio del servicio. A remediar en parte este mal vino la real orden de 23 de abril del siguiente año de 1900.

Por ella fué modificada la plantilla orgánica del Instituto, distribuyéndose más harmónicamente á las necesidades del servicio y aumentándose 17 compañías. Parecía lo natural, como consecuencia de tales alteraciones, que algunas comandancias de segunda y tercera fuesen elevadas de categoría, por contar con más de las unidades marcadas por reglamento, pero no fué así; la penuria del Tesoro impidió llevar á efecto esta justa necesidad.

En el mismo año que nos ocupa se modificó el reglamento del Colegio de Jetafe, por real orden de 10 de septiembre, pero la variación en sus planes fué en realidad insignificante, no pudiendo mejorar el mal de orígen que lo consumía y que lo llevó rápidamente á la muerte.

Al año siguiente (1901), siendo Director del Cuerpo el teniente general D. Antonio Dabán y Ramírez de Arellano y Ministro de la Guerra el de igual categoría D. Valeriano Weyler, por real decreto de 17 de abril, la Dirección general del Cuerpo era suprimida.

Fué creada en su lugar una Inspección á cuyo frente figuraba un teniente general,—que lo fué el mismo general Dabán,—con un coronel Secretario, un teniente coronel y tres capitanes; dependiendo de este centro lo relativo al servicio, disciplina, policía, instrucción y acuartelamiento.

La caja pasó á la general del Ejército, y al Ministerio de la Guerra todo lo relativo á personal de jefes, oficiales y tropa, Colegio para oficiales y de Guardias jóvenes, Asilos de huérfanos, contabilidad, organización, remonta, armamento y sociedades de socorros mutuos, distribuyéndose cada uno de estos asuntos, por lo que á dirección y despacho de ellos se refiere, en las Secciones del Ministerio que á su cargo tenían otros de índole análoga de las otras armas.

No es de este capítulo sobre organización hacer el juicio crítico de tal medida. En lugar oportuno ha de exponerse, aunque trayendo opiniones agenas, por la parcialidad que las propias pudieran tener, pero de

pasada sólo diremos que fué tal medida conjunción de concausas agenas al efecto que se trató de conseguir. Fué la descarga de una tormenta que se había venido formando sobre un mar de agitado oleaje; cayó el rayo, produjo el movimiento molecular con las naturales ondulaciones en el sitio donde descargó, y suavemente, con la suavidad de tal movimiento, las ondas fueron aumentando el radio y disminuyendo de efectos y visualidad para desaparecer sin dejar rastro.

En el propio año que fué suprimida la Dirección general, por real orden de 3 de julio se modificaron las plantillas del Cuerpo, suprimiéndose la 6.ª compañía de la Comandancia de León, aumentando una en la de Barcelona, y se aumentó también el escuadrón de la de Sevilla con una sección, disminuyendo esa fuerza en la de Tarragona. Por otra real orden de 12 de octubre del mismo año, la 4.ª compañía de la Comandancia de Cadiz, que prestaba servicios en Ceuta, fué disuelta, quedando allí una sección al mando de un primer teniente; pasando los demás oficiales á la Comandancia de Orense, donde se aumentó una compañía, y el resto de la dotación de tropa de la cuarta de Cadiz, pasó á la de Jaén y Huelva, y por último, por real orden de 31 de diciembre del propio año se creó la Comandancia de Caballería del tercer Tercio, como de segunda clase, y se aumentó un escuadrón á la de Córdoba.

Desde el año 1902 al 1907.

Pocas son ya las modificaciones orgánicas que nos quedan por relatar. La Comandancia de Canarias, cuya importancia exigía una elevación de categoría, es por fin declarada de primera en 14 de junio del 1902, y en el mismo año, comprendiéndose las enormes dificultades que para el servicio significaba el funcionamiento de la Inspección, que sustituyó como hemos dicho á la Dirección general, se restablece ésta tal cual funcionaba antes de la supresión, y por real decreto de 30 de diciembre,

El excesivo número de caballos necesario para prestar en Madrid el servicio llamado de Reyes y otros análogos, hizo pensar en la creación de una sección de ciclistas por vía de ensayo.

En real orden de 7 de abril de 1902 fué decretada aquélla con un personal de 25 hombres al mando de un oficial y afectos al 14.º Tercio, de donde se sacó la mayoría de su personal. Las necesarias bicicletas fueron facilitadas por el batallón de Ferrocarriles, y en 12 de febrero del año siguiente tal sección fué disuelta, informando el coronel del citado tercio que no había dado resultado práctico alguno.

Al año siguiente, con fecha 27 de junio, se dispuso el aumento de una sección en el escuadrón del 15.º Tercio, con igual fuerza de tropa y ganado que la sección de caballería de la Comandancia de Canarias, la cual se suprime, aumentándose en cambio la fuerza de infantería de dichas islas en 50 hombres de tropa. En el mismo año y por real orden de 16 de octubre, el escuadrón de la Comandancia de León pasó á formar parte de la de Oviedo.

Sin alteración orgánica que registrar el año 1904, pasamos al siguiente para mencionar únicamente el aumento de una sección montada en la Comandancia de Pontevedra, compuesta de un subalterno, un sargento, tres cabos, un trompeta, dos guardias de primera y dieciocho de

segunda con veintiun caballos, dispuesto por real orden de 2 de marzo, y la incorporación de la remonta del Instituto á la general del Ejército, suprimiéndose la comisión de compra directa y pasando sus oficiales á la sección de Cría Caballar.

En el año siguiente, 1906, se lleva á cabo la importante alteración orgánica que el servicio reclamaba con urgencia grande. Se dividen en dos cada uno de los tercios 9.° y 12.°, pasando á constituir el 19.° las comandancias de Salamanca y Zamora y el 20.° las de Logroño y Soria, declarando al propio tiempo, por real orden de 6 de agosto, de primera clase las de Salamanca, Zamora, Santander, Logroño, Almería, León, Avila y Guipúzooa.

La elevación á la categoría de coronel de la jefatura del Colegio de Valdemoro y Asilos del Cuerpo, la creación de un escuadrón más en Valencia, sacando la fuerza de otras comandancias, para que preste el servicio del interior en aquélla, evitando las constantes concentraciones que en la citada Comandancia venianse verificando, la elevación también de categoría del Habilitado general del Cuerpo, que se dispone sea un coronel, medida ésta necesaria teniendo en cuenta la extensión de sus funciones, la relación directa que con los ministerios debe tener y el funcionalismo de tal negociado, seguramente de tanta ó más importancia que los más altos centros administrativos de Guerra, son las únicas alteraciones que podemos registrar hasta el mes de septiembre de 1907, en que estas líneas escribimos.

La organización y plantillas que el Cuerpo tiene en esta fecha, la marca el siguiente estado que por su extensión y claridad nos evita aclaraciones de ninguna especie.

PLANTILLA ORGÁNICA DE LA GUARDIA CIVIL

Tercios	SITUACIÓN DE LA PLANA MAYOR	COMANDANCIAS	Categorías	UNIDADES que la componen: Compañías	Escuadrones	SECCIÓN de Caball.ª	SECCIÓN de Infant.ª	JEFES, OFICIALES Y ASIMILADOS: Coroneles	T. Coroneles	Comandantes	Capitanes	1.os Tenientes	2.os Tenientes	TOTAL de Jefes	TOTAL de Oficiales	Capellán	Médicos	Veterinarios	P.a equitación	TROPA: INFANTERÍA Sargentos	Cabos	Cornetas	Guas. 1.os	Guas. 2.os	TOTAL	CABALLERÍA Sargentos	Cabos	Trompetas	Guas. 1.os	Guas. 2.os	Herradores contratados	TOTAL	Total de tropa	Caballos de generales, jefes y oficiales	Caballos de tropa
	Dirección general			»	»	»	»	3	2	8	9	»	»	13	9	»	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	26	»
1.°	Madrid	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	3	»
		Madrid	1.°	5	1	»	»	1	»	1	7	12	7	2	26	»	»	»	»	25	73	15	53	397	563	4	12	4	7	67	»	94	657	28	85
		Guadalajara	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	12	34	9	24	216	295	»	»	»	»	»	»	»	295	15	»
		Segovia	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	12	33	9	26	194	274	»	»	»	»	»	»	»	274	15	»
2.°	Toledo	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Toledo	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	17	48	9	31	261	366	»	»	»	»	»	»	»	366	15	»
		Cuenca	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	13	43	9	26	237	328	»	»	»	»	»	»	»	328	15	»
		Ciudad Real	1.°	3	1	»	»	1	»	1	5	8	5	2	18	»	»	»	»	18	44	9	33	307	411	4	10	4	6	55	»	79	490	20	69
3.°	Barcelona	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Gerona	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	13	40	9	32	268	362	»	»	»	»	»	»	»	362	15	»
		Barcelona	1.ª	4	»	»	»	1	»	1	5	8	4	2	17	»	»	»	»	19	52	12	39	383	505	»	»	»	»	»	»	»	505	19	»
		Cab.ª 3.er tercio	1.°	»	3	»	»	1	»	1	5	6	3	2	14	»	»	»	2	»	»	»	»	»	»	14	31	12	18	246	3	324	324	18	292
4.°	Sevilla	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Córdoba	1.°	4	1	»	»	1	»	1	6	10	5	2	21	»	»	»	»	19	55	12	33	306	425	3	9	3	5	51	»	71	496	23	59
		Sevilla	1.°	4	1	»	»	1	»	1	6	10	5	2	21	»	»	»	»	21	70	12	50	419	572	3	9	4	6	70	»	92	664	23	80
5.°	Valencia	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Valencia	1	5	2	»	»	1	»	1	8	14	7	2	29	»	»	»	»	27	71	15	48	405	566	10	22	8	14	169	»	223	789	31	211
		Castellón	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	15	42	9	25	220	311	»	»	»	»	»	»	»	311	15	»
6.°	Coruña	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Pontevedra	3.°	2	»	»	1	»	»	1	3	5	2	1	10	»	»	»	»	11	24	6	18	153	212	1	3	1	2	18	»	25	237	11	21
		Lugo	3.°	2	»	»	»	1	»	1	3	4	2	1	9	»	»	»	»	11	25	6	18	144	204	»	»	»	»	»	»	»	204	10	»
		Coruña	1.°	2	»	»	1	»	»	1	3	5	2	2	10	»	»	»	»	11	27	6	17	132	193	1	3	1	2	23	»	30	223	12	26
		Orense	3.°	2	»	»	»	1	»	1	3	4	2	1	9	»	»	»	»	10	22	6	13	136	187	»	»	»	»	»	»	»	187	10	»
7.°	Zaragoza	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Huesca	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	15	47	9	27	251	349	»	»	»	»	»	»	»	349	15	»
		Teruel	1.°	3	»	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	16	50	9	26	239	340	»	»	»	»	»	»	»	340	15	»
		Zaragoza	1.°	3	»	1	»	1	»	1	5	8	4	2	17	»	»	»	»	16	45	9	29	251	350	5	12	3	6	68	»	94	444	19	84
8.°	Granada	P. M del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Granada	1.°	2	1	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	13	33	6	27	239	318	3	11	4	7	70	»	95	413	15	84
		Jaén	1.	5	»	»	»	1	»	1	6	10	6	2	22	»	»	»	»	23	60	15	47	379	524	»	»	»	»	»	»	»	524	24	»
9.°	Valladolid	P. M del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Valladolid	1.°	2	1	»	»	1	»	1	4	6	3	2	13	»	»	»	»	11	29	6	19	158	223	5	13	4	7	70	»	99	322	15	87
		Avila	1.°	2	»	»	»	1	»	1	3	5	2	2	10	»	»	»	»	11	29	6	20	175	241	»	»	»	»	»	»	»	241	12	»
10.°	León	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Oviedo	1.°	3	1	»	»	1	»	1	5	8	4	2	17	»	»	»	»	14	48	9	29	326	426	4	10	4	6	67	»	91	517	19	80
		León	1.°	2	»	»	»	1	»	1	3	4	2	2	9	»	»	»	»	11	32	6	24	226	299	»	»	»	»	»	»	»	299	11	»
		Palencia	2.°	2	»	»	»	1	»	1	3	4	2	1	9	»	»	»	»	11	29	6	18	172	236	»	»	»	»	»	»	»	236	10	»
11.°	Badajóz	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Badajóz	1.°	4	1	»	»	1	»	1	6	10	5	2	21	»	»	»	»	18	59	12	38	336	463	4	10	3	5	49	»	71	534	23	60
		Cáceres	1.°	4	»	»	»	1	»	1	5	8	4	2	17	»	»	»	»	17	52	12	32	271	384	»	»	»	»	»	»	»	384	19	»
12.°	Burgos	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Burgos	1.°	3	1	»	»	1	»	1	5	8	4	2	17	»	»	»	»	15	47	9	31	294	396	5	12	4	6	65	»	92	488	19	81
		Santander	1.	2	»	»	»	1	»	1	3	4	2	2	9	»	»	»	»	11	30	6	22	170	239	»	»	»	»	»	»	»	239	11	»
13.°	Vitoria	P. M. del tercio		»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
		Vizcaya	1.°	2	»	»	»	1	»	1	2	2	1	2	11	»	»	»	»	11	24	6	17	206	264	»	»	»	»	»	»	»	264	13	»
		Guipúzcoa	1.°	1	»	»	»	1	»	1	2	3	1	1	6	»	»	»	»	9	19	3	13	124	168	»	»	»	»	»	»	»	168	8	»
		Alava	2.°	1	»	»	»	1	»	1	2	3	1	1	6	»	»	»	»	9	18	3	11	97	138	»	»	»	»	»	»	»	138	7	»
		Navarra	1.°	3	1	»	»	1	»	1	5	8	4	2	17	»	»	»	»	15	47	9	37	271	379	4	10	3	6	62	»	85	464	19	74

Tercios	SITUACIÓN DE LA PLANA MAYOR	COMANDANCIAS	Categoría	UNIDADES que la componen. Compañías	Escuadrones	SECCIÓN de Caball.ª	SECCIÓN de Infant.ª	JEFES, OFICIALES Y ASIMILADOS. Coroneles	T. Coroneles	Comandantes	Capitanes	1.os Tenientes	2.os Tenientes	TOTAL de Jefes	TOTAL de Oficiales	Capellán
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	1
14.°	Madrid	Norte	1.ª	4	»	»	»	»	1	1	6	8	4	2	18	»
		Sur	1.ª	4	»	»	»	»	1	1	6	8	4	2	18	»
		Caballería	1.ª	»	2	»	»	»	1	1	4	4	4	2	12	»
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»
15.°	Murcia	Alicante	1.ª	3	»	»	»	»	1	1	4	6	3	2	13	»
		Murcia	1.ª	3	1	»	»	»	1	1	5	8	5	2	18	»
		Albacete	1.ª	3	»	»	»	»	1	1	4	6	3	2	13	»
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»
16.°	Málaga	Málaga	1.ª	6	1	»	»	»	1	1	8	14	7	2	29	»
		Sección de Melilla afecta á la anterior Comandancia	»	»	»	»	1	»	»	»	»	1	1	»	2	»
		Almería	1.ª	2	»	»	»	»	1	1	3	4	2	2	9	»
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»
17.°	Tarragona	Lérida	1.ª	4	»	»	»	»	1	1	5	8	4	2	17	»
		Tarragona	1.ª	2	»	1	»	»	1	1	3	5	2	2	10	»
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»
18.°	Cádiz	Cádiz	1.ª	3	1	»	»	»	1	1	5	8	4	2	17	»
		Sección de Ceuta afecta á la anterior Comandancia	»	»	»	»	1	»	»	»	»	1	»	»	1	»
		Huelva	1.ª	3	»	»	»	»	1	1	4	6	3	2	13	»
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»
19.°	Salamanca	Salamanca	1.ª	2	»	»	»	»	1	1	3	5	2	2	10	»
		Zamora	1.ª	2	»	»	»	»	1	1	3	4	2	2	9	»
		P. M. del tercio	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	1	1	»
20.°	Logroño	Logroño	1.ª	2	»	»	»	»	1	1	3	5	2	2	10	»
		Soria	2.ª	2	»	»	»	»	1	1	3	4	2	1	9	»
	Baleares		1.ª	2	»	1	»	»	1	1	3	5	2	2	10	»
	Canarias		1.ª	1	»	»	»	»	1	1	1	3	2	2	6	»
Colegio de Guardias jóvenes			1.ª	»	»	»	»	1	1	1	3	6	»	3	9	»
Consejo Supremo de Guerra y Marina y Dirección general Cría Caballar y Remonta			»	»	»	»	»	»	1	2	1	»	»	3	1	»
Compañía de escribientes y ordenanzas			»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»	»	2	»
				146	21	4	2	24	51	64	256	356	175	139	787	1
Comisión Liquidadora de los Tercios disueltos de Ultramar			»	»	»	»	»	»	1	1	10	1	»	2	11	»
Idem id. de las Capitanías generales y Subinspecciones de id.			»	»	»	»	»	»	»	1	1	»	1	1	2	»
		TOTAL		146	21	4	2	24	52	66	267	357	176	142	800	1

DOS			TROPA															Caballos de generales, jefes y oficiales	Caballos de tropa
			INFANTERÍA						CABALLERÍA							Total de tropa.			
Médicos	Veterinarios	P.s equitación.	Sargentos.	Cabos	Cornetas	Guas 1.os	Guas 2.os	TOTAL	Sargentos.	Cabos	Trompetas	Guas. 1.os	Guas. 2.os	Herradores contratados	TOTAL			
2	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	5	»
»	»	»	17	48	12	28	255	360	»	»	»	»	»	»	»	360	20	»
»	»	»	17	46	12	28	256	359	»	»	»	»	»	»	»	359	20	»
»	»	2	»	»	»	»	»	»	12	38	9	21	158	3	241	241	17	205
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
»	»	»	13	31	9	25	200	278	»	»	»	»	»	»	»	278	15	»
»	»	»	15	39	9	25	225	313	5	11	4	9	85	»	114	427	20	103
»	»	»	13	40	9	24	217	303	»	»	»	»	»	»	»	303	55	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
»	»	»	35	80	18	65	469	667	4	10	4	5	53	»	76	743	31	64
»	»	»	1	2	1	2	19	25	»	»	»	»	»	»	»	25	2	»
»	»	»	11	29	6	19	171	236	»	»	»	»	»	»	»	236	11	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
»	»	»	16	40	12	39	339	446	»	»	»	»	»	»	»	446	19	»
»	»	»	11	30	6	22	189	258	1	2	1	1	12	»	17	275	12	13
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
»	»	»	15	38	9	32	300	394	4	10	4	5	55	»	78	472	19	67
»	»	»	1	2	1	2	24	30	»	»	»	»	»	»	»	30	1	»
»	»	»	13	39	9	28	249	338	»	»	»	»	»	»	»	338	15	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
»	»	»	12	35	6	24	181	258	»	»	»	»	»	»	»	258	12	»
»	»	»	11	32	6	19	159	227	»	»	»	»	»	»	»	227	11	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
»	»	»	11	29	6	18	152	216	»	»	»	»	»	»	»	216	12	»
»	»	»	11	30	6	20	175	242	»	»	»	»	»	»	»	242	10	»
»	»	»	10	27	6	19	159	221	1	3	1	2	18	»	25	246	12	22
»	»	»	7	20	4	11	118	160	»	»	»	»	»	»	»	160	8	»
1	»	»	6	9	1	4	4	24	1	2		»	1	»	4	28	13	2
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	4	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»
5	4	1	746	2047	442	1407	12224	16866	98	253	85	146	1532	6	2120	18986	940	1871
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
5	4	1	746	2047	442	1407	12224	16866	98	253	85	146	1522	6	2120	18986	940	1178

OB-

SERVACIONES

Dirección general.—En este personal está incluido el que presta servicio en los Ministerios de la Guerra y Gobernación.

1.er Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará 1 segundo teniente, 1 sargento, 2 cabos, 2 guardias primeros y 15 segundos con 17 caballos de tropa en Segovia; y 1 cabo y 8 guardias segundos con 4 caballos de tropa en Guadalajara.

2.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio, destacará 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 14 segundos con 15 caballos de tropa en Toledo; y 1 cabo, 2 guardias primeros y 7 segundos con 8 caballos de tropa en Cuenca.

3.er Tercio.—Un escuadrón de este Tercio destacará 1 sargento, 1 cabo y 7 guardias segundos con 8 caballos de tropa en Gerona.

Uno de los 4 cabos de aumento de esta Comandancia de Caballería, será maestro de trompetas.

5.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará 1 primer teniente, 1 sargento, 1 cabo, 1 trompeta, 1 guardia primero y 6 segundos con 10 caballos de tropa en Castellón.

7.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará en Huesca 1 sargento, 1 cabo, 1 guardia primero y 7 segundos con 7 caballos de tropa, y 1 teniente, 1 sargento, 1 cabo, 2 guardias primeros y 11 segundos con 12 caballos de tropa en Teruel.

8.º Tercio..—El escuadrón de este Tercio destacará en Jaén 1 primer teniente, 1 sargento, 4 cabos, 2 trompetas, 3 guardias primeros y 35 segundos con 40 caballos de tropa.

9.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará en Avila 1 sargento, 2 cabos, 1 guardia primero y 7 segundos con 8 caballos de tropa. Además prestarán servicio destacados en el 19.º Tercio, 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 1 guardia primero y 15 segundos con 17 caballos de tropa en Salamanca; y 1 segundo teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 1 guardia primero y 15 segundos con 17 caballos de tropa en Zamora

10.º Tercio —El escuadrón de este Tercio destacará 1 primer teniente, 1 sargento, 3 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 13 segundos con 17 caballos de tropa en León; y 2 cabos, 1 guardia primero y 9 segundos con 10 caballos de tropa en Palencia.

11.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará en Cáceres, 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 14 segundos con 15 caballos de tropa.

12.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 1 guardia primero y 15 segundos con 17 caballos de tropa en Santander. Además prestarán servicio destacados en el 20.º Tercio, 1 segundo teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 1 guardia primero y 15 segundos con 17 caballos de tropa en Logroño, y 1 cabo, 2 guardias primeros y 8 segundos con 8 caballos de tropa en Soria.

13.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará 1 segundo teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 22 segundos con 23 caballos de tropa en Vizcaya; y 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 2 guardias primeros y 12 segundos con 15 caballos de tropa en Alava y 1 cabo y 9 guardias segundos con 10 caballos de tropa en Guipúzcoa.

15.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará en Alicante, 1 primer teniente, 1 segundo, 1 sargento, 3 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 26 segundos con 28 caballos; y en Albacete 1 segundo teniente, 2 sargentos, 2 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 24 segundos con 21 caballos.

16.º Tercio.—El escuadrón de este Tercio destacará en Almería 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 14 segundos con 15 caballos de tropa. Un cabo y 10 guardias prestan servicio en Melilla por R. O. de 7 de marzo de 1896.

17.º Tercio. —La sección de caballería de este Tercio, destacará en Lérida 2 guardias segundos con 2 caballos.

18.º Tercio —El escuadrón de este Tercio destacará 1 primer teniente, 1 sargento, 2 cabos, 1 trompeta, 2 guardias primeros y 14 segundos con 18 caballos de tropa en Huelva.

Dirección de Cría Caballar y Remonta.—El personal de la Dirección de Cría Caballar y Remonta, está afecto para haberes á la Comandancia de Caballería del 14.º Tercio, y á la del Sur el comandante del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

NOTA —En la Comandancia de Jaén, pagados por la Diputación prestan servicio, además de la fuerza de plantilla, 2 cabos y 25 guardias; en la de Granada 5 guardias; en la de Palencia para la guardería rural y que paga el ayuntamiento de Villada, 2 guardias segundos, y en Valencia 1 segundo teniente, 1 sargento, 2 cabos, 2 guardias primeros y 18 segundos para las obras del puerto pagados por la Junta de Obras, cuyo coste no satisface el presupuesto.

El anterior cuadro, como podrá verse, dá completa idea de la distribución orgánica que tiene la fuerza del Instituto actualmente. En él puede verse el número de tercios, las comandancias que constituyen cada uno y fuerza de que están dotados.

Y como en este capítulo incidentalmente hemos hablado de las alteraciones que en la organización motivó la amalgama de los tercios de Cuba y Puerto Rico, conviene tratemos, aunque sea á la ligera, de dichas fuerzas en las que fueron nuestras posesiones de América y hoy en el territorio africano tenemos.

Tal será materia del capítulo siguiente.

CAPITULO V

Organización.—II

La Guardia Civil en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y posesiones del Golfo de Guinea.

A guisa de preámbulo para sólo tratar á la ligera de la organización que tuvo el benemérito Instituto en nuestra perdida isla de Cuba, vémonos forzados á transcribir lo que era la seguridad pública en las que fueron nuestras posesiones de América, y en particular el reino de Nueva España.

"En el siglo XVI—escribe el brigadier Ximénez de Sandoval en su obra ya citada "Las instituciones de Seguridad,—reciente aún la conquista de aquellas extensas provincias de América con que tanto se engrandeció de gloria y poderío el imperio español, introdújose entre la sabia legislación con que se las fué dotando para asentar el gobierno y administración, el establecimiento de alcaldes de Hermandad en las ciudades y villas, á semejanza de los que había en Castilla, y uno, por lo menos, en cada una, según lo permitiera el número de vecinos. Pero el aumento progresivo que fueron adquiriendo algunas provincias, así como las necesidades crecientes, propias de las costumbres y civilización europeas, demostraron pronto que eran insuficientes dichos alcaldes para conseguir los fines principales de su institución; por lo que se pasó á completarla con disposiciones locales adoptadas por las autoridades, y después con pragmáticas y cédulas reales que dictaron los soberanos, entre las cuales fué una de las más notables acerca de este particular, la de D. Felipe IV, de 27 de mayo de 1631, para el establecimiento de los oficios provinciales de Hermandad, que se expresaba así: "Teniendo "en consideración el beneficio que resulta en estos reinos de Castilla de "la fundación y ejercicio de la Hermandad, y habiendo reconocido cuán- "to conviene que se conserve y aumente en las provincias de Indias por "la distancia que hay de unas poblaciones á otras, y refrenar los excesos

"cometidos en lugares yermos y despoblados, por la mucha gente ociosa, "vagabunda y perdida que vive en ellas, con grave detrimento de los "caminantes y personas que habitan en partes desiertas, sin vecindad ni "comunicación de quien les ayude en las necesidades, robos é injurias "que padecen, tuvimos por bien, etc...., que en las ciudades, villas y "lugares que pareciere á los vireyes y presidentes gobernadores, etcr.. . "(se creasen)... oficios y cargos de provinciales de Hermandad, los cua- "les hagan traer en venta y pregón, y que se rematen en las personas "que más por ellos dieren, siendo de las partes y calidades que requiere "el ejercicio, con voz y voto en el cabildo de la ciudad, villa ó lugar de "donde lo fueren, etc.... con las preeminencias que tiene el provincial "de la Hermandad de Sevilla de estos reinos, las cuales son: que pueda "ser provincial de la Hermandad perpétuamente, de la ciudad y su tie- "rra, con vara y espada, voz y voto y asiento y lugar de alcalde mayor "en el cabildo de ella: que como tal oficial y juez ejecutor de la Herman- "dad de la ciudad y su tierra y provincia, pueda poner los oficiales y "cuadrilleros, y entender en la ejecución de la justicia de la Hermandad, "y en la cobranza de la contribución de maravedís que le pertenecen, "etcétera...„

La cantidad que debían disfrutar era de 100.000 maravedís; pero en el año 1636 se reformó esta dotación, dejándola reducida al mismo precio en que se remataran sus oficios, y eso satisfacerlo de los rendimientos que produjeran los arbitrios de la Hermandad.

Entre sus atribuciones tenían esos provinciales la consiguiente de elegir y nombrar los cuadrilleros de su distrito; pero se les impusieron ciertas limitaciones respecto al uso ó ejercicio de sus diversas facultades en cuanto concernía á los indios, que como es sabido, eran tratados siempre por aquellas leyes con gran benignidad.

A ese sistema, con el auxilio de los vecinos de los pueblos, más la acción de las justicias locales, de las autoridades superiores y de los soldados cuando era posible, estuvo reducido hasta mediados del siglo XVII todo lo concerniente al ramo de la policía de seguridad pública en los dominios de América; empezando después á introducirse otros medios consiguientes al desarrollo de la administración. Y como el llamado reino de Nueva España, hoy la próspera y adelantada república Mejicana, fué la primera en importancia, la más bien regida y organizada de las dilatadas posesiones ultramarinas, bastará concretarse á ella, extractando algunos interesantes pormenores sobre el asunto de la muy apreciable historia publicada en Méjico por D. Lucas Alaman, referente á los sucesos de la revolución y guerra de la Independencia de su país, desde 1808 hasta 1849, para que se acabe de formar completa idea.

"Siempre estuvieron las provincias de Nueva España (dice el citado "autor), comprendiendo en ésta las dependientes de la audiencia de Gua- "dalajara, sujetas á verse plagadas de bandoleros en los caminos, y con- "tínuamente molestadas las poblaciones por ladrones, que atacan las "casas y despojan de noche á los transeuntes, aun en las calles más pú- "blicas de las ciudades principales. Contribuye mucho á este mal la "corta población diseminada en tan vasta extensión de terreno, lo que "hace queden grandes espacios yermos y despoblados, ofreciendo las

"sierras y asperezas, que en varias direcciones cortan el país, asilo se-
"guro á los malhechores, que abundan también en las poblaciones por
"la mucha gente ociosa, vagabunda y perdida que en ellas vive. Con el
"fin de castigar estos crímenes, y suplir así la falta de tribunales, pues
"las dos audiencias de Méjico y Guadalajara no podían bastar para sus-
"tanciar y sentenciar el gran número de causas que había que formar,
"se dispuso que todos los jueces, de cualquiera clase que fueren, pudie-
"ran imponer á los delincuentes todo género de castigo y ejecutar sus
"sentencias, aunque fuesen de la pena capital, administrando justicia con
"toda la libertad conveniente; mas los abusos que se cometieron, hicieron
"que, por auto acordado de la audiencia de Méjico del año 1601, se prohi-
"biese la ejecución de las sentencias de mutilación y muerte, sin dar
"cuenta primero los jueces á las audiencias de sus distritos, y con
"acuerdo de éstas. Esto dió lugar á que los robos en poblado y despo-
"blado se multiplicasen tanto que se creyó indispensable para perseguir
"y castigar á los ladrones, establecer contra ellos una jurisdicción es-
"pecial; y por estos motivos se dispuso por cédula de Felipe IV, de 27 de
"mayo de 1631, que hubiese provinciales y alcaldes de la Hermandad,
"pudiendo éstos poner oficiales y cuadrilleros y entender en la ejecución
"de la justicia, conforme lo practicaba la Hermandad de Sevilla, excep-
"tuando á los indios, con respecto á los cuales debían limitarse á hacer
"la averiguación sumaria, remitiendo los reos á la carcel pública, para
"que fuesen juzgados por los jueces ordinarios; y no bastando este re-
"medio, por otra cédula del mismo monarca, de 25 de agosto de 1664,
"se mandó que todos los jueces y justicias quedasen facultados para ha-
"cer ejecutar sus sentencias, aunque fuesen de muerte, según lo estaban
"antes del auto acordado de 1601. No obstante estas medidas, el mal fué
"creciendo, multiplicándose los robos por todas partes, á lo que contri-
"buía no poco el asilo que los ladrones encontraban en todas las iglesias,
"lo que hizo se ocurriese á los medios más rigurosos, habiendo pro-
"puesto á fines del siglo XVII el alcalde del crímen, D. Simón Ibáñez,
"que cualquier hurto leve se castigase con pena de muerte, dispensando
"de las formalidades de la prueba, y el virey, conde de Moctezuma, á
"pedimento del fiscal D. Antonio Abarca, con voto de ambas salas de la
"audiencia, determinó se sellasen los ladrones por primero y segundo
"robo para ahorcarlos al tercero, todo lo cual fué desaprobado por el
"Rey. El duque de Alburquerque, segundo virey de este título, hizo
"salir en comisión á principios del siglo siguiente tres alcaldes de corte
"á perseguir á los salteadores, y entre otras providencias dictó la de que
"no se permitiese por los obispos que ningún reo estuviese en los sa-
"grados más de tres días, derogó el fuero militar en materia de robos,
"prohibió la portación de armas cortas, y persiguió los juegos y los va-
"gos, considerándolos como semillero de ladrones; pero no surtiendo
"todo ésto más que un efecto poco duradero, el duque de Linares, á so-
"licitud de los vecinos de Querétaro, nombró en 1710 alcalde provincial
"de la Hermandad en aquel distrito á D. Miguel Velázquez de Lorea,
"nativo de aquella ciudad; y su sucesor, el marqués de Valero, en 1719
"amplió sus facultades, eximiéndole de dar cuenta con sus sentencias á
"la sala del crimen y declarando éstas inapelables: cuya providencia,

"dictada con acuerdo de la audiencia, de donde le vino el nombre de "*Acordada*, fué aprobada por la corte en 22 de mayo de 1722, y dió orí- "gen al juzgado privativo de este nombre, habiéndose agregado, por real "cédula de 26 de noviembre de 1747, al empleo de *alcalde provincial y* "*juez* ó *capitán de la Acordada* de las gobernaciones de Nueva España, "Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, el de *Guarda mayor de caminos*, y "posteriormente el juzgado de bebidas prohibidas. D. Miguel Velázquez "y su hijo que le sucedió en el empleo, lo ejercieron con mucha seve- "ridad, logrando exterminar los ladrones, de los cuales ahorcaron mu- "chos y á otros asaetaron, que era la pena usada por la Hermandad, y "restablecieron la seguridad en los caminos y poblaciones; pero habien- "do suscitado la sala del crímen repetidamente oposición al uso de tan "extensas facultades, éstas sufrieron diversas alteraciones, sujetando "nuevamente á revisión las sentencias del capitán de la Acordada; mas "el virey marqués de Casafuerte, autorizado especialmente por el Rey "para el arreglo de este punto, sostuvo á Velázquez en el uso de la ju- "risdicción que ejercía, la que se confirmó en 1756 por el virey marqués "de las Amarillas, nombrando juez de la Acordada, por muerte de los "Velázquez, á D. Jacinto Martínez de la Concha, en tiempo que los ro- "bos habían vuelto á ser frecuentes, habiendo casi en cada distrito algún "facineroso de nombradía, como en el bajío de Guanajanato el llamado "*Pillo Madera*, que con su cuadrilla atacó y robó la conducta ó convoy "que conducía las barras de plata de aquel mineral á Méjico, á todos los "cuales Concha persiguió y castigó, y mereció por sus distinguidos ser- "vicios ser condecorado con los honores de oidor de la audiencia de "Méjico. La forma de los juicios se modificó por real cédula de 21 de "diciembre de 1765, quedando establecido que el juez con dos asesores, "oyendo al defensor nombrado por los reos, acordasen verbalmente las "sentencias, quedando firmadas por todos y procediéndose á ejecutarlas "sin otro trámite ni apelación; pero gobernando el conde de Revillagi- "gedo, por otra real cédula se dispuso que éstas, siendo de pena capital "ó que irrogasen infamia, no se ejecutasen si no fuesen confirmadas por "el virey, con dictamen de una junta, compuesta de un alcalde de cor- "te, del asesor del virey nato y de un abogado de la confianza del virey. "El capitán de la Acordada ejercía su autoridad por medio de cerca de "2.500 dependientes, con el nombre de *tenientes* ó *comisarios*, distri- "buídos tanto en las poblaciones como en los campos, los cuales servían "gratuítamente por el honor y consideraciones que disfrutaban, y for- "maban un cuerpo de policía muy activo y vigilante. Este tribunal podía "considerarse como el complemento de la administración de justicia en "lo criminal, entendiendo en ella igualmente la sala del crímen, según "que ésta ó aquél aprehendían á los reos y empezaban á conocer del de- "lito; pero el modo expedito de proceder de la Acordada, hizo que fuese "grande el número de criminales que juzgó mientras existió, conside- "rándosele como el verdadero apoyo de la seguridad de las propiedades "y de los indivíduos, habiéndose logrado, por sus redoblados esfuerzos "y saludable rigor, corregir de tal manera el mal de los ladrones, á que "por desgracia tanto propende el país, que se transitaba por todos los "principales caminos sin recelo, y las conductas de plata venían men-

"sualmente á Méjico desde los reales de minas, y regresaban á ellos con "dinero, llevando también grandes sumas de éste á Veracruz con muy "pequeñas escoltas, y casi sin más resguardo que las banderas que se "fijaban en las extremidades de las líneas de barras de plata y talegas "de pesos, en los campos en que hacían noche los conductores, y con "las cuales se designaba que aquellos caudales estaban bajo la protección "de la autoridad real, ó como vulgarmente se decía, eran la *plata del "Rey*, cuyo nombre era respetado y acatado.„

Del estado general demostrativo de los trabajos y servicios de aquel tribunal de la Acordada desde el año de 1710 hasta fin de 1809, que inserta en el apéndice la misma citada obra, resulta que tuvo en ese tiempo nueve jueces, siendo los siguientes los guarismos totales que arroja: 1.729 azotados, 19.410 remitidos á presidio, 888 ajusticiados, 35.058 puestos en libertad por no culpables ó por corregidos y compurgados, 263 destinados á oficio y obrajes, 777 desterrados de los pueblos, 300 mujeres recogidas y depositadas, 2.778 entregados á los jueces ordinarios y militares, 68 entregados á la Inquisición, 1.280 muertos en prisión y 349 pasados á hospitales, siendo 62.900 el total general de reos y 37.506 el de las causas concluidas.

Merece también citarse aquí, como una de las medidas más importantes de policía adoptadas en las provincias de Ultramar, la del establecimiento de alcaldes de cuartel y barrio, que tuvo lugar en Méjico en 1782 por el virey D. Martín de Mayorga, á ejemplo de lo practicado en Madrid, dividiéndose para ello la ciudad en ocho cuarteles á cargo de los cinco alcaldes del crímen, el corregidor y los dos alcaldes ordinarios, y subdividiéndose cada cuartel en otros cuatro menores á cargo de los alcaldes de barrio; para cuya elección, nombramiento y funciones se dictaron unas instrucciones en 1789, en las que se decía que *el cargo de estos alcaldes* (de barrio) *es en realidad el de padres políticos de la porción del pueblo que se les encomienda, y sus oficios deben corresponder á este meritorio caracter.*

Por último, en la *Ordenanza de Intendentes* de 1803 se recomendaba á estas autoridades, entre otros muchos importantes puntos, todos los referentes á la policía en general, y entre ellos la extinción de la vagancia y gente mal entretenida, y el cuidado ó exigencia de que los alcaldes provinciales de Hermandad llenasen su cometido para la persecución de malhechores y seguridad en los caminos y despoblados.

Isla de Cuba.

Como una de las provincias ultramarinas, se aplicó naturalmente en esta isla cuanto respecto á los alcaldes de Hermandad queda indicado y prescribieron las leyes de Indias; pero sea por la diferencia de países ó por otras causas, la aplicación no fué en todas uniforme y provechosa. Por eso es que en las Antillas hubo desde muy antiguo cierto abandono y abusos, que ocasionaron, en el siglo XVIII como en el XIX, algunas órdenes ó prevenciones del gobierno supremo acerca de la manera en que debían observarse aquellas leyes; pero tal vez por lo despoblado del territorio y por la condición peculiar de su población, no se consideró allí la institución tan necesaria é importante, cuando á pesar de su decadencia movió al Capitán general en 1783 á crear los llamados *Capitanes de*

facción, para celar en los campos por la seguridad pública; providencia que fué desaprobada por real cédula de 1784, en vista de la queja elevada por el alcalde provincial de Hermandad, que veía con razón desaparecer de hecho sus atribuciones y regalías.

Eso no obstante, la institución de los alcaldes de Hermandad siguió dando tan poco resultado, que sus funciones y existencia pueden decirse caducadas desde mediados del siglo XVIII, á pesar de que no fueron suprimidos legalmente hasta 1849, en que emanó para ello una real orden, resumiéndose sus atribuciones en los *jueces pedáneos*, ó sean *capitanes de partido;* para los que ya existía una Instrucción bastante lata, según la cual se dió á tales funcionarios el objeto principal de proteger la seguridad individual, las propiedades de los vecinos y la conservación del orden, siendo agentes subalternos de la justicia al mismo tiempo que de la administración, del gobierno y de la policía de la isla.

Respecto á las poblaciones, empezó á tener importancia reglamentaria el servicio de la policía de seguridad, desde la época del mando del conde de Ricla, después de la entrega de la Habana por los ingleses, quien dictó en 1763 unas ordenanzas particulares creando los comisarios de barrio con ciertas atribuciones económicas, de policía y de jueces de paz, á semejanza de los existentes ya por entonces en Madrid y otras ciudades de la Península. Estábales, entre otras cosas, prevenido con minuciosa claridad todo lo referente á la vigilancia sobre las gentes de mal vivir, armas prohibidas, forasteros, sospechosos, orden y seguridad pública, aprehensión de delincuentes, etc., etc. Posteriormente se aplicó también en la Habana la división en cuarteles, compuestos de varios barrios, á cargo de los alcaldes mayores y ordinarios, y de los regidores del ayuntamiento, contándose en ésto los barrios exteriores de la plaza, que en pocos años llegaron á constituir otro tanto que la antigua ciudad, y en los que, sin embargo, lo mismo que en los distritos rurales, denomináronse *Jueces pedáneos*, *capitanes de partido*, y rigiéndose todos hasta hace años por la Instrucción que en 1842 se publicó como aneja al bando de buen gobierno.

Aunque con esos agentes y la observancia de las leyes y bandos parece que nada debía faltar para la seguridad pública, y para que el orden y la regularidad se hallasen bien asentados, es lo cierto que, al encargarse del mando superior de aquella importante provincia el capitán general D. Miguel Tacón, estaban en tal estado esas primeras condiciones de la existencia de una sociedad moderna, que aun dentro de la misma capital se carecía de toda seguridad, particularmente durante la noche; así fué, que resuelto á poner remedio con mano firme á aquel fatal estado, dictó un bando de buen gobierno y policía, y adoptó muchas determinaciones, entre las cuales merece particular mención desde luego, la creación con organización militar del cuerpo de serenos, que, según su bien concertado reglamento de julio de 1834, se componía de un comandante, cuatro cabos celadores é igual número de brigadas de serenos, cada uno armado de pistola y chuzo, con su correspondiente farol y un pito, y vestidos con poncho y sombrero; siendo pagados á razón de 25 pesos, á 35 los cabos y á 50 el comandante mensualmente, y debiendo estar montados éste y los cabos para que mejor ronden sus

respectivos distritos. Los servicios que empezaron á prestar los serenos acreditaron muy pronto su creación, consiguiéndose la seguridad durante la noche, y por eso subsistió ese cuerpo con ligeras modificaciones, compuesto de soldados licenciados, mereciendo gran confianza de las autoridades y estimación justa del vecindario; á su ejemplo se establecieron también en las demás poblaciones de la isla.

El aumento de habitantes, el de los cultivos y riqueza del país, así como lo frecuentado de sus puertos, hacía ya insuficiente é inadecuado por muchos conceptos el sistema de policía que regía en la isla, cuando á esas razones hubo que agregar por desgracia, los conatos y maquinaciones que empezaron á ponerse en planta para turbar la tranquilidad en sentido político, extraviando la opinión de los naturales para promover desafección hacia la madre patria, y procurar la anexión á la vecina república de los Estados Unidos; todo lo que hizo meditar al Capitán general, conde de Alcoy, desde poco después de encargarse del mando á principios de 1848, de la conveniencia que se seguiría por unos y otros motivos en la reforma de aquel sistema, combinándolo con la adopción y establecimiento, de una manera propia á las circunstancias del país, de la institución del cuerpo de guardias civiles, que tan buenos resultados estaba dando ya en la Península.

Procediendo, sin embargo, con mucha circunspección, hizo reunir cuantas noticias y pormenores podían servir al mejor estudio é ilustración de la materia, y con ellas se redactó una *Memoria*, que con los informes y pareceres de las autoridades y corporaciones principales remitió al gobierno en 1849, pidiendo real aprobación para proceder á crear dicho cuerpo, introduciendo en el sistema de policía las variaciones que indicaba.

Consistía por entonces el personal y funciones del ramo de policía y seguridad pública, en los comisarios de barrio, sus tenientes y cabos de cuartón, y los serenos para las noches en las poblaciones; y para los campos, aldeas, haciendas y caseríos, en los jueces pedáneos ó capitanes de partido, sus tenientes y cabos de ronda. Los habitantes tenían que hacer por turno el servicio de rondas y patrullas en algunos distritos, ó pagar indivíduos que las hiciesen por ellos, y en ocasiones eran obligados á entrar de guardia en las cárceles para custodia de presos, y á conducirlos por cordillera; para la persecución de malhechores, para la captura de los negros cimarrones y destrucción de sus palenques, se formaban á menudo partidas de hombres prácticos del país, armados y pagados; y por último, las guarniciones de tropa, en particular del regimiento caballería de Lanceros, tenían que facilitar destacamentos para esa clase de servicios, que eran allí, más todavía que en la Península, fatales para la salud del soldado, destructores de su vestuario y armamento, propensos á relajar su disciplina, y después de todo, de escasísimos resultados. Todos esos agentes ó funcionarios citados carecían de asignación de sueldo, y sólo eran retribuídos con los derechos ú obvenciones que el bando de policía y otras órdenes les señalaban; pero además se había ido introduciendo la costumbre abusiva de que cobrasen otra porción de gabelas, que el vulgo llamaba *buscas*, con lo que hacían ascendiese á enormes cantidades lo que por esos conceptos sufragaba el

país, y aunque en rigor nada saliese de las cajas del Erario, eran tan vejatorios en su mayor parte, y tal la propensión á exagerar más cada día el abuso, que la voz pública estaba unánime en condenar los vicios de semejante orden.

Empezaba, pues, el proyecto que sometió al gobierno el conde de Alcoy, por poner bien de manifiesto el estado y personal de la policía en la Isla, demostrando sus inconvenientes, así como los crecidos gastos que por derechos y gabelas irrogaba al país, diciendo sobre el particular, entre otras cosas, para fundarlo, los siguientes párrafos que no será inoportuno transcribir: "Unos empleados que se crean para extirpar, ó al "menos para perseguir los vicios de la sociedad, y que necesitan para "subsistir, hablando en sentido material, que los vicios no se acaben y "que se perpetúen los abusos en perjuicio de la misma sociedad que de- "fienden, llevan consigo propios el gérmen de la inmoralidad y declaran "que su existencia es absurda; porque si fuera dable suponer que con su "eficacia llegasen un día á reducir á todos al lleno de sus deberes y vir- "tudes sociales, ese mismo dia tendrían que apelar para subsistir á una "de dichas virtudes, *la caridad*. En cada mes que transcurre acredita "más la experiencia todas las consideraciones que van emitidas; las que- "jas, las denuncias, los lamentos y las representaciones de particulares "y de los mismos funcionarios, dan una tarea complicada á la secretaría "del gobierno.—A la variada práctica de las *buscas*, á la costumbre, al "estudio de eludir el buen espíritu de los reglamentos, no pueden bastar "las instrucciones escritas; precisa es la organización, la responsabili- "dad é intervención gerárquica gradual, la dotación fija, la disciplina, "el prestigio moral y el convencimiento de la eficacia de sus medios ma- "teriales. Por ésto es que se apela á la reforma de tal sistema y á la crea- "ción del cuerpo de Guardia Civil."

La reforma que, al mismo tiempo que se establecía la Guardia Civil, se proponía introducir, estaba reducida: primero, á crear *alcaldes de barrio* en cada uno de los que se dividían las poblaciones, y *alcaldes rurales* en cada una de las llamadas capitanías de partido; segundo, al nombramiento de esos alcaldes cada dos años por la autoridad superior de la Isla, á propuesta en terna de los gobernadores ó tenientes gobernadores respectivos, entre los vecinos propietarios y pudientes de mejor concepto; tercero, al señalamiento á esos alcaldes de las debidas atribuciones de jueces de paz y delegados de la autoridad administrativa y de policía urbana; cuarto, al nombramiento de agentes subalternos de éstos, denominados *comisarios*, para cada cuartón, que serían retribuídos y funcionarían como celadores de orden público, seguridad y policía urbana; y quinto, á establecer los puestos correspondientes de guardias civiles en los pueblos y en los campos, terminando con algunas indicaciones sobre la manera de plantear ambas instituciones y sobre los medios de atender á su sostenimiento.

Para la organización del cuerpo de guardias civiles exponía diversas consideraciones de su aplicación y servicio á que estaba llamado en aquel país; en vista de las cuales proponía constase de un tercio de la fuerza de 1.500 hombres, de los cuales, 1.000 ginetes y 500 infantes, divididos en diez compañías mixtas, de un capitán, dos tenientes, dos

alféreces, seis sargentos, 15 cabos, tres trompetas ó cornetas, 36 guardias de primera clase y 90 de segunda, y la plana mayor del tercio compuesta de un coronel, primer jefe; un teniente coronel, segundo jefe; un mayor encargado de la oficina central de detall, de la clase de primero ó segundo comandante, y dos ayudantes. Las compañías estarían divididas y subdivididas para el servicio, el que se ejecutaría en términos análogos á la Península, lo mismo que en su régimen interior y revistas periódicas de los capitanes y jefes. Para su primera formación se proponían algunas variaciones importantes en el ejército de aquella isla, de donde principalmente había de sacarse el contingente de hombres, armas y caballos, siendo las más notables de ellas la supresión de las cuatro compañías de mérito, la reducción de la fuerza del único regimiento de caballería de Lanceros que existía allí, y constaba de 800 caballos, y la disminución de los cuadros veteranos de los cuerpos de milicias. Para armamento se pedía para todo el cuerpo el fusil, mientras no fuese dable dotarlo de carabinas rayadas, y además sable y pistola la caballería, y para vestuario uno muy sencillo, semejante en lo posible al usado en España, y con el sombrero llamado de Jipi-japa que las demás tropas de la Isla adoptaron en campaña. El presupuesto total anual del cuerpo, con los sueldos y haberes proporcionales, las gratificaciones, abonos por manutención de caballos y entretenimiento de armamento, ascendía á unos doce millones de reales, aunque debía rebajarse para el Erario lo que importaban las dichas reducciones pedidas.



Oficial de la Guardia Civil de Cuba recibiendo un parte de un guerrillero.

Quedó aquel proyecto sin merecer la aprobación del gobierno, y continuaron las cosas en el mismo ser y estado, hasta que el capitán general D. José de la Concha, que siguió en el mando al conde de Alcoy, propuso y empezó á organizar desde luego un tercio provisional de Guardia Civil con oficiales y tropa sacada de los regimientos, aunque sin ser baja en ellos, que debía constar de una plana mayor y tres compañías con 379 hombres en total de ambas armas, todo al cargo de un jefe que había sido capitán del propio Instituto en la Península; y aunque sólo se reunió por entonces la compañía correspondiente á la ciudad é inmediaciones de la Habana, con unos 118 infantes y 51 ginetes, empezó á prestar sus servicios con bastante buen éxito en el mes de abril de 1851,

después de presentarse el día 6 en una parada á presencia de toda la guarnición, pues según el estado correspondiente á fin de diciembre de aquel año, resultaron hechas por sus individuos las siguientes aprehensiones: ladrones, 28; otros delincuentes, 54; reos prófugos, 3; desertores del ejército, 21; idem del presidio, 3; vagos, 18; negros cimarrones, 16; infractores del bando de policía, 328; por riñas, 79; ébrios, 143; por faltas leves, 37, y por sospechosos 152, que componían un total de 882 personas y 46 animales extraviados.

Posteriormente, y por real orden de 20 de junio de 1854, se aprobó una nueva organización de dicho tercio provisional, debiendo componerse de un capitán, dos tenientes y tres alféreces, todos del arma de caballería, con solo el sueldo de sus respectivos empleos y ración de pienso para sus caballos, cinco sargentos, tres cornetas, 10 cabos y 100 soldados, todos de infantería, disfrutando un real fuerte diario de plus con cargo á sus respectivos regimientos, y se recomendó al mismo tiempo al gobernador Capitán general la conveniencia de organizar una sección de caballería.

El Capitán general D. José de la Concha, que por segunda vez obtuvo aquel mando en el año 1854, aumentó su fuerza hasta componer, siempre en concepto de provisional, un batallón de 600 plazas con organización análoga á los del Ejército, y con destino sólo al distrito de la capital, haciéndose aprobado por S. M. en virtud de su propuesta, y por real orden de 1.° de marzo de 1857, la existencia de dicho batallón y la creación de dos escuadrones sobre la base de los que sobraban en el arma de caballería, según la nueva organización que acababa de recibir, debiendo distrutar todas las clases de haberes y sueldos dobles que los asignados al cuerpo en la Península.

Y así llegamos hasta el año 1871, en que se creyó llegado el momento de unificar este servicio, en comisión, de la Guardia Civil cubana á los tercios peninsulares.

Pero antes de ver en qué forma se desarrolló este proceso, nos vemos forzados á un obligado paréntesis para tratar de la Guardia Civil en Puerto Rico, toda vez que ambas fueron amalgamadas en la misma fecha con la de España y en virtud del mismo decreto.

La Guardia Civil en Puerto Rico.

La idea de crear la Guardia Civil en la pequeña Antilla, en vista de los magníficos resultados que en la Península daba, arranca del año 1857, siendo gobernador, capitán general de la Isla, el teniente general D. José Lemery.

El 22 de agosto de dicho año, se propuso por primera vez la creación en esta Isla de un tercio de 400 plazas, distribuídas en dos compañías de infantería y dos de caballería, por exigirlo así las condiciones del país, indicándose "podrían ser mandadas por un primer comandante procedente, á ser posible, del Cuerpo de la Península, y un capitán ayudante mayor para el detall, con cuya base de reconocida idoneidad ofrecerá mayores garantías la buena organización en los detalles del servicio, contabilidad y demás ramos.„

Fundaba su propuesta el gobernador capitán general, en que "los centros de población en la Isla son muy cortos en comparación de la

diseminada; ésta exige ser protegida por la fuerza pública en razón al aislamiento en que vive, lo cual facilita la corrupción de costumbres que son de modificar vigilando la conducta de sus habitantes, al propio tiempo que se les proteja y ampare en las calamidades que suelen ser frecuentes en esta Antilla, por efecto de los temporales, crecidas de ríos, huracanes y demás fenómenos que acontecen„, siendo la protección en "muchos casos, casi imposible y en otros tardía é ineficaz.„ Seguían algunas consideraciones referentes á los esclavos, que no son hoy del caso, y continuaba diciendo que "la falta de acción de las autoridades locales, frustraba con demasiada frecuencia la vigilancia para la captura de desertores y demás criminales que, bien por circunstancias especiales ó por miedo, encontraban protección para evadirse de las pesquisas, siendo excesivo el número de criminales prófugos que vagaban por la Isla, entre los que gran parte pertenecían al delito de hurto, muy común en esta Antilla, todo lo cual no tendría lugar con la creación de la Guardia Civil, cuya fuerza se emplearía, como en la Península, en la conducción de presos, servicio que se desempeñaba mal y con grandes sacrificios y responsabilidad de los pueblos.„

Después de lo expuesto añadía que "las condiciones en que iba á entrar la Isla en breve tiempo, harían, así mismo, de absoluta necesidad la creación de la referida fuerza; la falta de caminos, los viajes por el interior, eran siempre difíciles, y muchas veces imposibles, y los de los puntos del litoral, se hacían por mar; llevado á cabo el plan general de caminos, la circulación de los habitantes, tanto en el interior como en el litoral, sería tan frecuente como el desarrollo de la agricultura y comercio así lo exige, siendo la consecuencia precisa el establecimiento de medios de transportes y edificios en los caminos, consiguientes á estas condiciones, y de ahí la necesidad de la protección y amparo de este movimiento.„

Más tarde, D. Félix María de Messina, mandando la Isla en 1864, reiteró al Gobierno Supremo la propuesta apoyando las razones que motivaron la primera comunicación, y de la que no se había hecho caso, pero ésta corrió igual suerte.

Después, la libertad con que se organizaron y funcionaron las sociedades secretas de *Lanzador del Norte* que presidió D. Manuel María González, en Camuy; *Centro Bravo núm. 2*, D. Manuel Rojas, en Pezuela (Lares); *Porvenir*, el oficial de las disueltas milicias, D. Manuel Cebollero, en San Sebastián; *Capá Prieto núm. 1.°*, D. Mathias Bruckman, en el barrio de Buenavista (Mayagüez), otras de igual índole establecidas en la Isla, y el grito de *independencia* lanzado en Lares, demostraron claramente la necesidad imperiosa de crear la fuerza propuesta en 1857 y 1864, para que, á la vez que vigilase incesantemente por tan caros intereses, sirviera de protección á las personas y seguridad de sus propiedades; pues la diseminación en que viven fuera de poblado y de la acción de la autoridad, tantos miles de habitantes en esta Isla, se presta, más que en nuestras provincias peninsulares, lo mismo para cometer un atentado que para infringir la ley, hasta entonces representada en los campos por un comisario de barrio, tal vez adicto á los planes que hacía algún tiempo se venían tramando.

La elocuente lección recibida en Lares con la sublevación, que gracias únicamente á la enérgica represión pudo sofocarse, hizo organizar en 1869 un tercio de Guardia Civil compuesto de dos compañías mixtas, cuyo personal de jefes, oficiales y tropa, fué elegido de los batallones de infantería de aquella Antilla, pasando dicho tercio, su primera revista administrativa, en octubre de dicho año y comenzando inmediatamente á desempeñar su peculiar cometido.

Hubo en un principio cierta oposición, por determinadas personas, que interesadas más por el triunfo de sus ideas que por el bien y tranquilidad del país, trataron de desprestigiar la naciente fuerza, desfigurando, abultando los hechos y hasta valiéndose de la calumnia. La exaltación de ánimos en aquella época y las predicaciones de los apóstoles de Puerto Rico libre, fueron causa de choques y casos de desafuero, que en principio ocurrieron. Pero poco á poco los excelentes servicios de aquellas unidades, hicieron arraigar en el país la institución y así continuó el Tercio de Puerto Rico hasta el año 1871.

Amalgama de los tercios de Cuba y Puerto Rico.

En esta fecha, el gobierno no satisfecho de los resultados que en las dos Antillas daba, la Guardia Civil en comisión, cuyos servicios consideraba inferiores á los de la Península, según en el preámbulo del primer decreto de amalgama expresa claramente, expidió con fecha 10 de julio del año expresado, la real orden para llevar á efecto la unificación de los tercios de Ultramar con los peninsulares, después de oir el parecer de la Sección de Guerra y Marina del Consejo de Estado y el emitido por la Dirección general del Instituto.

Dicha real orden tenía las siguientes bases:

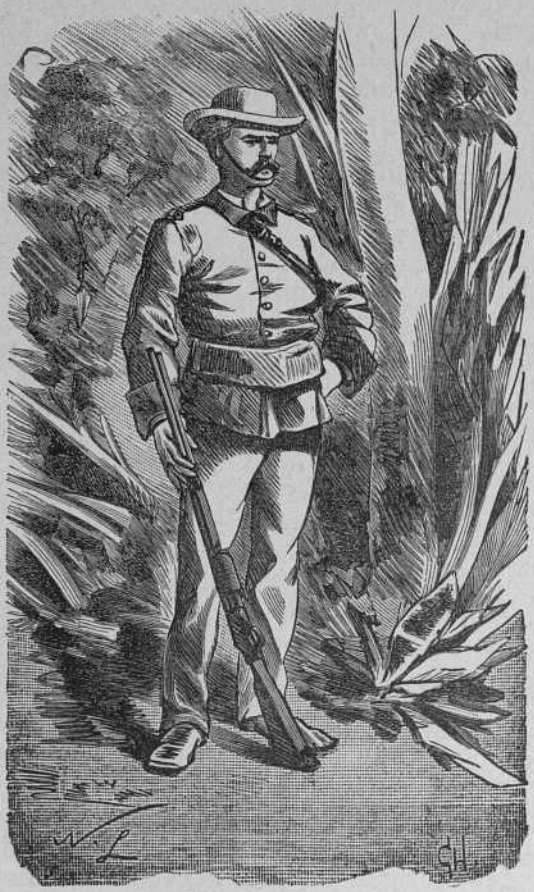
"1.ª La fuerza que con la denominación de Guardia Civil presta su servicio en las islas de Cuba y Puerto Rico, se amalgama á la de la Península, formando toda un mismo cuerpo, regido por los reglamentos que constituyen la legislación actual de la segunda.„

"2.ª Los jefes, oficiales y sargentos primeros de dicha fuerza, que lo soliciten, ingresarán en las escalas generales, con la antigüedad de esta fecha. A los que no le convenga el ingreso en las escalas, se les reserva el derecho de continuar sirviendo en la Guardia Civil de ambas islas, como agregados, hasta que sean baja definitiva por ascenso ú otro motivo.„

"3.ª Una vez constituídas las escalas generales, regirá en este Instituto igual sistema al que se observa en las armas especiales para los pases de la Península á Ultramar, y viceversa, lo mismo que para el tiempo de residencia en aquellos dominios, con arreglo á lo determinado en real orden de 5 de marzo de 1858 y aclaraciones de 22 de noviembre de 1851 y 28 de diciembre de 1867. Se exceptúan, sin embargo, del sorteo que determinan las anteriores disposiciones, los capitanes que pasen de 50 años de edad, los tenientes de 45 y los alféreces y sargentos primeros de 40, á no ser que lo soliciten voluntariamente. Por la circunstancia de ser este Instituto de escala mixta, al regresar de Ultramar, después de cumplidos los plazos marcados en dichas órdenes, los jefes, oficiales y sargentos primeros, cuyas clases tienen reglamentaria-

mente la entrada en el ejército de la Península, la primera vacante que ocurra en este concepto, se proveerá en los individuos que al llegar se incorporen ó tengan ingreso en sus respectivas escalas con el empleo inferior, por no haberles tocado el ascenso ínterin servían el superior en Ultramar.„

"4.ª Los jefes, oficiales y sargentos primeros que opten por su ingreso en las escalas generales, deberán servir á lo menos tres años en la Guardia Civil, antes de regresar á la Península, siendo condición precisa completar seis años de permanencia en aquellos dominios, volviendo á sus armas respectivas si por cualquier concepto no sirviesen el tiempo que se determina en el Instituto. Las demás clases de tropa se nutrirán del ejército de Cuba y Puerto Rico, respectivamente, pudiendo después de cumplir sus compromisos en Ultramar, continuar sus servicios en la Península, como tales guardias civiles, si les conviniese.„



Guardia civil de Cuba.

"5.ª Las clases expresadas en el primer párrafo del artículo anterior, pertenecientes al ejército de Cuba y Puerto Rico, tendrán la misma participación que las de la Península para cubrir vacante en el Instituto, ya sea por baja natural ó por la creación de nuevos tercios en el turno determinado por disposiciones vigentes, extinguido que sea el excedente, obligándose á servir seis años desde la fecha de su ingreso en aquellos tercios.„

"6.ª Para cubrir las vacantes de las clases de tropa en los tercios de Ultramar, que no hayan nutrido aquellos ejércitos, se establecerá en la Península una Caja ó Depósito permanente de Recluta, en el cual ingresen los soldados de las diferentes armas del Ejército, que reuniendo las circunstancias reglamentarias para servir en el Instituto, lo soliciten voluntariamente, y cuya organización sea objeto de un reglamento particular. Y habiéndose conformado S. M. el Rey con el anterior dictamen de la Sección de Guerra y Marina del Consejo de Estado, de su real

orden lo comunico á V. E. para los fines indicados, quedando en dar cuenta á este Ministerio del personal de jefes, oficiales y sargentos primeros, que con arreglo á las anteriores bases deseen ingresar en la Guardia Civil, como también de las vacantes que resulten y demás que estime conveniente acerca del particular.„

No pudo, desde luego, cumplimentarse lo que se disponía en la anterior soberana disposición. La oficialidad que prestaba el servicio, en comisión, dentro de los tercios de Cuba y Puerto Rico, quiso pasar á la escala general con las antigüedades que tenían, en los empleos y notorio perjuicio de la oficialidad de la Península.

Hubo el consiguiente disgusto entre ella, anunciáronse determinaciones radicales, y la cuestión iba en camino de tomar malísimo aspecto, desde el punto de vista de la armonía que siempre debe reinar entre todas las armas.

El gobierno, á pesar de los informes que recibió, tuvo un arranque y la ley se cumplió. La siguiente disposición, que íntegra insertamos, dice más que cuanto nosotros pudiésemos escribir.

Con fecha 6 de febrero de 1872 se reiteró por el Ministerio de la Guerra el cumplimiento de la anterior real disposición, dirigiéndose á los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico, la real orden siguiente:

"Excmo. Sr.:—Con esta fecha digo al Capitán general de la Isla de Cuba lo que sigue:—"He dado cuenta al Rey (q. D. g.) de la carta número 1.874 que V. E. dirigió á este Ministerio en 3 de septiembre próximo pasado, exponiendo las causas que le han impulsado para suspender la publicación de la real orden de 10 de julio último, relativa á la unificación de la Guardia Civil de esa Isla y Puerto Rico con la de la Península, bajo las bases en ella consignadas, fundando las consideraciones expuestas en el mal efecto que prevé ha de producir en el animo de los jefes y oficiales de dichas fuerzas, la cláusula de antigüedad que establece la segunda de las citadas bases para los que deseen continuar sus servicios en el Instituto. Enterado S. M., y aun cuando no son desconocidos los buenos servicios prestados por la Guardia Civil de esa Isla, y en los que V. E. apoya sus indicaciones para considerar aquellos jefes y oficiales con derecho á ser admitidos en el Instituto sin pérdida de la antigüedad que pretenden disfrutar en las escalas generales, preciso es reconocer la insuficiencia de este motivo para quebrantar sobre este punto el respeto al derecho adquirido, por regla general establecido y extrictamente observado, sin el cual la Guardia Civil de la Península no hubiera podido alcanzar su alta idea de espíritu corporativo que es preciso conservar. Al tratarse en definitiva de llevar á cabo la citada amalgama que vino gestionándose desde el 29 de octubre de 1853, esa Capitanía general manifestó, como V. E. lo hace ahora, contraria opinión á la cláusula de antigüedad prescrita en la enunciada segunda base, que fué desestimada por la Sección de Guerra y Marina del Consejo de Estado, en atención á no considerarla arreglada al principio fundamental de conveniencia y utilidad para el servicio, y de utilidad y justicia para los indivíduos de la Guardia Civil en ambos territorios, puesto que en otro caso vendría á satisfacer las pretendidas aspiraciones personales que no deben traspasar los límites de la justa legalidad. A

estas aspiraciones se sobreponen los intereses generales que reclaman en beneficio de esa Isla se dé por terminado el ensayo de Guardia Civil como en tal concepto se viene practicando en el largo período de veinte años, bajo formas más ó menos regulares, que aun cuando compuesta de personal escogido, son siempre fuerzas en comisión con destino á un servicio especial, sin necesidad de aspiraciones ni intereses corporativos y sin otros derechos que los señalados á las armas generales á que pertenecen; razones por la cual y en armonía con la nueva organización del Ejército, exigen la unificación de que se trata para que tengan los tercios una verdadera independencia de cuerpo con las garantías que la Institución tiene consignadas en sus reglamentos, y cuya medida se hace en la actualidad más imperiosa su realización si se tiene en cuenta el próximo término de la guerra intestina en esa Isla, que como todas las civiles dejan en las provincias donde se localizan restos de bandolerismo que para tranquilidad de sus habitantes debe procurarse el más rápido y eficaz exterminio. Esta circunstancia fué la que entre otras consideraciones originó en 1844 la creación en la Península de la fuerza de Guardia Civil como Instituto, cuyos notorios resultados, debido á su organización y al más extricto respeto de sus reglamentos, son reconocidos hasta en el extranjero, donde en casi todos los ejércitos tienen Gendarmería establecida en sus colonias que forman parte integrante de aquellos institutos. Acordado ya el planteamiento de este sistema con la amalgama de fuerzas, se acaba de perfeccionar la organización de la Guardia Civil de España y Ultramar con ventajas, por el ensanche de sus escalas para las armas generales, cuyo personal de oficiales tendrá más pronto participación en las vacantes que ocurran, tan luego como es de esperar se extinga en breve plazo el excedente que existe de los del Cuerpo en la Península. Resultando de las observaciones expuestas, que no hay razón alguna que aconseje la alteración de los principios de equidad y recta justicia en la designación de antigüedades para los de nueva entrada en el Cuerpo de la Guardia Civil; S. M. me encarga manifieste á V. E. que la unificación de dichas fuerzas se lleve á efecto en la forma que determina la mencionada real orden de 10 de julio último, á la que dará V. E. la publicidad conveniente cuando lo considere oportuno. Es al propio tiempo la real voluntad, de acuerdo con lo propuesto por V. E. en su citada carta, y como adición á lo mandado en la expresada real orden, que ínterin subsistan jefes y oficiales agregados á los tercios de esa Isla y presten el servicio con los efectivos de la Guardia Civil, se entienda el derecho de preferencia en el mando por el orden de antigüedad de Ejército, con arreglo á ordenanza, siempre que para el servicio concurran juntos los agregados y efectivos del Cuerpo, á excepción de cuando se reunan diferentes armas é institutos, que recaerá el mando en el de superior empleo ó más antiguo dentro de cada clase.„

Recibida en ambas Antillas la anterior real orden, no hubo mas remedio que cumplimentarla, y á pesar del descontento, la amalgama de aquellos tercios con los de la Península se llevó á efecto.

Surgieron algunas dudas respecto á los derechos de las clases de sargentos segundos, cabos y guardias que no se comprendieron en la amalgama, y oido el parecer de la Dirección general y Sección de Guerra y

Marina del Consejo de Estado, se acordó por real orden de 24 de febrero de 1875 quedasen desde luego amalgamados, observándose para sus ascensos las reglas siguientes:

"Primera.—Los sargentos primeros que en la actualidad prestan sus servicios en la Guardia Civil de Ultramar en calidad de agregados por no haber querido adherirse á la amalgama llevada á efecto por real orden de 6 de Febrero de 1872, y los que despues de esta fecha hayan tenido ingreso, continuarán en la misma con opción á cubrir plaza efectiva en la escala general en las terceras vacantes determinadas al Ejército por el artículo 18 del reglamento. A su ascenso á alférez por las escalas del Ejército, se proveerá su vacante por la escala de sargentos segundos dentro del tercio en que tenga lugar.—Segunda. Los sargentos segundos que en la actualidad prestan sus servicios tambien en calidad de agregados, formarán parte, si lo desean, de la escala de su clase correspondiente al tercio en que sirvan: los que estuviesen en posesión de este empleo al tiempo de verificarse la amalgama, gozarán de la antigüedad en ellos de la fecha en que aquella tuvo lugar, y los demás, inclusos los procedentes de la Guardia Civil de la Península, con la fecha en que lo hubiesen obtenido.—Los cabos primeros formarán tambien escala dentro de cada tercio, con la antigüedad que para los sargentos segundos determina la regla anterior. En el mismo orden los cabos segundos y guardias primeros y segundos la constituirán dentro de sus mismas compañías, escuadrones ó secciones de caballería en las provincias.—Cuarta. Las expresadas clases que no quieran obtener ingreso en sus respectivas escalas, podrán continuar como hasta ahora prestando sus servicios como agregados; pero no podrán tener ascenso en el Cuerpo. En el caso de ser promovidos por las escalas del Ejército causarán vacante definitiva que se proveerá reglamentariamente dentro de la inferior inmediata.—Quinta. Al obtener el empleo de sargentos primeros los segundos que determina la regla segunda, serán examinados dentro de un término prudencial, con el objeto de acreditar su aptitud para su ascenso á alférez: en el caso de no obtenerlo quedarán sujetos á lo que determinan las órdenes vigentes sobre el particular.—Sexta. Constituidas en el orden expuesto las escalas de tropa dentro de las respectivas unidades orgánicas, no podrán tener lugar en lo sucesivo los pases de los indivíduos de ellas, de la Península á Ultramar ni vice-versa, á no ser en el concepto de permuta, ó con arreglo á las disposiciones vigentes.—Sétima y última. Se declaran nulas y sin ningún efecto las resoluciones de 10 de octubre de 1872 y 23 de septiembre de 1873, por no hallarse en consonancia lo prevenido en ellas con el sistema que establecen las reglas precedentes."

Y por último, respecto al ingreso en los tercios de la Península de los indivíduos de tropa que regresen á continuar, se dispuso en real orden de 22 de octubre de 1877 que "únicamente tendrán derecho los indivíduos que procedan de los mismos de la Península y los que de Ultramar hayan obtenido el empleo de sargento primero, por consecuencia de la formación de las escalas de que trata la anterior real orden de 24 de febrero de 1875, mediante á estar comprendidos con los de su clase en la escala general del Cuerpo, y con sujeción á lo determinado en la

vigente regla 4.ª de la de 10 de junio de 1871 que ordenó la unificación de las escalas del Instituto.„

Expuesta la forma en que fué hecha la amalgama examinaremos ahora por separado; aunque á la ligera sea, las alteraciones que sufrieron orgánicamente los tercios amalgamados de Cuba y Puerto Rico.

La Guardia Civil de Cuba después de la amalgama.

No podemos seguir paso á paso las alteraciones orgánicas que la Guardia Civil de Cuba sufrió desde la fecha en que los tercios de la gran Antilla fueron amalgamados á los peninsulares, hasta que España perdió su soberanía en ella. Ni tienen interés histórico por esta causa, ni fueron lo suficientemente importantes para que de ellos se haga mención.

Solo en el proceso que dichas alteraciones marcan, destácanse dos fechas y dos decretos, que por sí son suficientes á mostrar la política de vacilaciones seguida en esto como en otras cosas agenas á la materia que nos ocupa, y de los que el lector por sí puede hacer deducciones.

Después de la *guerra chiquita* (prevista por el ilustre general Polavieja, sin que sus indicaciones fueran apreciadas) que en la finca *San Cristóbal* se inició al grito de *¡Mueran los españoles!* dado por Belisario Peralta el 24 de agosto de 1879 y terminada con la entrega de Guillermon, José Maceo y Luciano Sánchez el 29 de julio de 1880, el país quedó pacificado aparentemente aunque en realidad seguíase conspirando.

El país empezó á reponer la riqueza perdida en la primera guerra que la paz del Zanjón terminó; inicióse un gran movimiento de carácter económico, y



Uniforme usado en España en época de la República.

aunque se creía asegurada la paz material y moral, los laborantes cubanos iban minando con perseverante trabajo aquella sociedad, educando una generación de manera peligrosa para la integridad patria, y en el campo el bandolerismo era, mas que la protesta airada contra la propiedad, pequeñas explosiones de la futura insurrección que se preparaba.

La política de economías recayó en lo que nunca debió tocar, una de sus rachas fué á parar sobre la Guardia Civil de Cuba, y aquellos tercios que por la índole especial de su reclutamiento tenían menos consistencia que los peninsulares para resistir disminuciones de personal inspector y de fuerza, sufrió economías que repercutieron en su servicio, como oficialmente después se reconoció en el decreto que mas adelante insertaremos.

En vez de aumentar la fuerza, en previsión de futuros acontecimientos, en vez de procurar su completa semejanza en todo y por todo con la de la Península, el 7 de enero de 1885 se dictaba, siendo Ministro de la Guerra el general Quesada, la siguiente real orden.

"Sección de Ultramar.—Excmo. Sr.:—He dado cuenta al Rey (que Dios guarde), de la carta número 3.930 que V. E. dirigió á este Ministerio en 5 del mes anterior, en la que, á consecuencia de las economías que se introducen en el presupuesto de guerra de esa Isla, propone la reorganización del Instituto de la Guardia Civil dependiente de la misma. En su virtud, teniendo presente los medios expuestos por V. E. para atender á la imprescindible necesidad que existe de rebajar el actual presupuesto sin desatender el bien del servicio, S. M. se ha servido resolver lo siguiente:

1.° Se suprime la actual subdirección del Cuerpo y se crea en su lugar una sección especial en esa Capitanía general, cuyo jefe será un coronel, quien tendrá además á sus órdenes dos capitanes jefes de negociado, tres tenientes y un alférez como auxiliares.

2.° Se suprimen los coroneles subinspectores, tenientes ayudantes, secretarios y tenientes de plana mayor, con lo cual desaparece la denominación de Tercio, quedando las comandancias independientes, con lo que ninguna alteración se origina á la marcha del detall y contabilidad, toda vez que en la actualidad éstas se entienden directamente con todos los centros.

3.° Con objeto de que haya un jefe superior á los de las comandancias para que las inspeccione, se conserva una plaza de coronel Subinspector de los tercios de Cuba, el cual á las inmediatas órdenes de V. E. y desligado por completo de trabajos burocráticos, esté siempre en disposición de revistar las comandancias que le determine, dando á su autoridad detallada cuenta del estado en que todos los ramos se encuentran, para cuyo efecto, será auxiliado por un teniente ayudante con el carácter de secretario; debiendo reclamarse los haberes tanto de uno como de otro, en el extracto de la sección que se crea.

4.° Con la nueva organización que se dá al Cuerpo, se compondrá éste de un personal de 2 coroneles, 7 tenientes coroneles, 10 comandantes, 42 capitanes, 78 tenientes, 39 alféreces, 1 profesor veterinario de primera clase, 20 de segunda, 4 maestros armeros, 4.000 indivíduos de

tropa de ambas armas, 1.980 caballos de tropa y 192 de oficiales; organizado en diez comandancias de primera y segunda clase.

5.° Como con la nueva organización desaparecen los tercios, se hace indispensable las alteraciones de habilitados, maestros armeros, ascensos de guardias primeros á cabos segundos, la conceptuación de listas de elegibles que hoy ponen los coroneles, y para obviar los inconvenientes que esto pueda ocasionar y que sean prontamente resueltas las dudas que acerca del particular ocurran, se observará lo que se determina en las disposiciones siguientes:

6.° Los habilitados actuales continuarán hasta fin del año económico toda vez que las comandancias que se han suprimido quedan refundidas en otras del mismo tercio; pero para lo sucesivo se nombrará un habilitado para las comandancias de la Habana, Matanzas y Vuelta Abajo, otro para todas las comandancias que se hallan en las Villas y son, Cienfuegos, Sancti Spíritus, Santa Clara y Sagua, otro para la de Cuba y Holguín, y otro para la de Puerto Príncipe. Esto se llevará á cabo quedando á cargo del teniente coronel mas antiguo de cada agrupación indicada de comandancia, la gestión de los votos, presidir la junta y elevar á V. E. el acta para la aprobación; debiendo existir el libro de actas donde resulte el teniente coronel mas antiguo.

7.° Continuando los mismos maestros armeros que hay, prestarán sus servicios á las comandancias que lo efectúan y se les reclamarán sus haberes respectivamente en la Habana, Cienfuegos, Santa Clara y Cuba.

8.° Para los ascensos de guardias primeros á cabos segundos y á cabos primeros, se formarán los escalafones dentro de cada clase por agrupaciones de comandancias en esta forma. Uno para la Habana, Matanzas y Vuelta Abajo, otro para Cienfuegos y Sancti Spíritus, otro para Santa Clara y Sagua, otro para Cuba, Holguín y Puerto Príncipe, los cuales se llevarán en la sección que se crea, partiendo del coronel jefe de la misma las órdenes á las comandancias para que formulen las propuestas en favor de los indivíduos á quienes corresponda, las cuales se remitirán á dicho centro para la aprobación.

9.° La conceptuación de las listas de elegibles que estampaba hasta ahora el coronel Subinspector de cada Tercio, queda á cargo del coronel Subinspector que tiene motivos para conocer el personal por las revistas que pase á la fuerza.

10.° Como al llevarse á cabo esta transformación simultáneamente ha de producirse algún trastorno, tanto en la administración como en la organización, con objeto de que el servicio se resienta lo menos posible y que el movimiento de fuerzas que se origina no haga notar en la presente época la mas necesario vigilancia de la fuerza del Instituto, se llevará ésta á efecto en el periodo de tres meses, siendo la Subdirección la última que se transforme para poder dejar ultimados los trabajos en debida forma.

11.° Ordenará V. E. el regreso á la Península del personal sobrante, aplicando el criterio seguido para las demás armas y que fué aprobado por R. O. de 3 del anterior.

12.° Respecto á las pagas de marcha que hasta la fecha se han venido abonando con cargo al presupuesto de Guerra indebidamente á los

jefes y oficiales de la Guardia Civil que perciben sus haberes por otra sección del presupuesto de esa Isla, como al redactar el del ejercicio corriente no se pudo preveer esta circunstancia y se carecía de crédito suficiente, dispondrá V. E. que se satisfagan y carguen al sobrante que en presupuesto del Instituto ha de resultar efecto de la reducción.

Igualmente espera S. M. que por su parte dicte cuantas disposiciones juzgue oportunas en uso de sus atribuciones, para el buen resultado de dicha organización, que ha de llevarse á efecto en los meses indicados.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos.—Quesada.

Pintura interesante.

¿Cuáles fueron las consecuencias de aquella política reflejada en el anterior decreto y del estado de insurrección latente, disfrazada de bandolerismo? No somos los llamados á exponerlas, por razones fáciles de comprender. Preferimos transcribir lo que un escritor ilustre, Tesifonte Gallego, expone en su libro *La insurrección cubana*, al ocuparse sobre el mando del general Salamanca, durante el período de la paz.

La circunstancia de ser dicho escritor secretario particular del general Salamanca, da autenticidad irrecusable á sus manifestaciones, y el hecho de que en el capítulo que en parte vamos á transcribir, exponga lo que por aquella fecha era la Guardia Civil de Cuba, hace estimemos curiosas sus manifestaciones.

Llegó á la Habana el general Salamanca—escribe Tesifonte Gallego—el 13 de marzo de 1889, y fué recibido con un entusiasmo tan grande, que sólo tenía como precedente en las manifestaciones populares de aquella capital, el que se demostró al regreso del general Martínez Campos de la campaña, después del Zanjón.

Encontró dividido el partido de Unión Constitucional, en funciones activas el autonomista y trabajando solapadamente á los separatistas, pero sin organización positiva, siendo su primer empeño reconciliar los distintos elementos de aquél.

Su programa fué bien sencillo. Cuando las juntas directivas de todos los elementos políticos le ofrecieron sus respetos, les dijo con claridad: *No vengo á hacer política exclusivista. Como representante de la Patria y del gobierno estaré con todos los partidos, pero sobre ellos. Pueden llegar todos hasta mi, siempre que vengan á pedir justicia, y siempre que procuren soluciones de concordia que redunden en provecho de la Patria.*

En este sentido político informó su conducta, á tal extremo, que á los cinco días de tomar posesión, ya había planteado al ilustre conde de Casa Moré, jefe del partido constitucional, el problema de la reconciliación con la fracción entonces llamada izquierda, y decimos problema, porque lo era, y grande, en aquellos momentos, por estar excitadísimas las pasiones.

Tardó en conseguirla cuatro meses, y tuvo que pasar por unas elecciones municipales en que lucharon ambos elementos con bastante encono, pero logró la unión que apetecía como necesidad, más que de gobierno, nacional, pues entendía que la división de los españoles incondicionales era un gran peligro.

Tenía el general Salamanca un concepto del cargo muy distinto del que tuvieron otros gobernantes. Entendió que no se le había nombrado Gobernador general de la Habana, sino de la isla de Cuba, y que era deber imperioso ponerse en contacto con el país, no sólo para apreciar sus necesidades, sino para responder ante Cuba y la Península de la gestión que se proponía realizar, y cumplió sus propósitos, recorriendo el país, sin que fuera obstáculo su delicada salud.

Sin pereza, porque sabía de sobra que no son eternos los gobernantes en Cuba, puso manos á la obra.

Quería corregir la inmoralidad, pero entendió necesario y urgente evitar todo pretexto para que la administración no funcionara como la ley y la moral mandan.

A empleados sometidos al saqueo de una usura irritante, por adeudarles siete meses de haberes, no se les podía exigir grandes cosas; y de aquí que, al mismo tiempo que inspeccionaba todos los servicios administrativos, tanto civiles como militares, procurara con mano firme que se les pusiera al corriente en sus pagas; beneficio que logró pronto con la eficaz ayuda del entonces ministro de Ultramar D. Manuel Becerra, que á estos y otros títulos de gran mérito, une el de haber hecho un presupuesto que se liquidó con *superavit*.

La sola presencia del general Salamanca en la isla de Cuba, impuso respeto á los funcionarios de todos los órdenes; las recaudaciones fueron más nutridas; las oficinas regularizaron su marcha, y todo fué entrando en caja, en la proporción y medida que permitía un estado administrativo confuso desde antiguo.

Sin advertir á nadie de sus propósitos, se presentaba de improviso en la aduana, en las oficinas de la Intendencia, en el hospital militar, en el presidio, en los cuarteles y fortalezas, y sobre la marcha, sin necesidad de consejos, con el estudio que personalmente hacía de los asuntos, imponía correctivos, ordenaba la instrucción de expedientes, y volvía á Palacio sin que se penetraran del alcance de sus propósitos.

Con esta conducta nadie se consideraba seguro, y todos procuraban el cumplimiento del deber.

Esto no era, sin embargo, más que una pequeña parte de su plan de gobierno.

Había en él algo trascendental que le preocupaba, obligándole á un trabajo excesivo en todas partes y perjudicial en alto grado en aquellas latitudes enervantes.

Quince años dedicado al estudio de los problemas de Cuba, le habían enseñado que el obstáculo principal con que tenía que luchar era la resistencia pasiva, cualidad mortificante de aquel país.

Muy pocos días hacía que estaba en la Habana cuando tomó dos determinaciones; una, nombrar una junta para que estudiara el medio más rápido y eficaz de limpiar la hermosa bahía, foco de paludismo y de vómito, depósito de todos los gérmenes del mal; otra, remitir al Ministerio de la Guerra una memoria sobre organización de aquel ejército, en la que se preveía la contingencia de una nueva guerra.

Para cumplir el primer propósito, luchó con dificultades que no pudo vencer, á pesar de sus energías, en el breve tiempo de su mando.

La memoria sobre el ejército no mereció los honores de la contestación.

El cupo era mayor que el que correspondía á la cantidad presupuesta.

Iba entero el contingente á Cuba, pero como no podía sostenerse, inmediatamente que llegaban los reemplazos y se cubrían las plazas asignadas á los cuerpos se rebajaba al resto, en una proporción tan considerable, que cada regimiento de infantería tenía 704 soldados sin haber; 303 los batallones de cazadores; 300 el batallón de ingenieros y 265 cada regimiento de caballería; encontrándose estos hombres, al día siguiente de llegar á la Habana, en la necesidad de buscar trabajo; y allá iban á los comercios los unos, al campo los otros, sin más requisito que el de registrar sus domicilios en las oficinas respectivas de los cuerpos, para perderse más tarde en traslados exigidos por la necesidad de vivir de su trabajo.

Una de las bases de la crítica más despiadada de los elementos radicales del país, era el ejército.

Es un absurdo, es una tiranía, decían, mantener en Cuba un ejército tan considerable, cuando el presupuesto está en déficit y tan agotadas están las fuerzas contributivas.

Estamos en completa paz, nada hace temer que aquí se reproduzcan desórdenes, no hay justificación alguna para que se mantenga un contingente tan considerable.

Y siempre que se discutía un nuevo presupuesto, se renovaban las quejas y protestas.

Pues bien, la memoria citada tendía á concluir con el doloroso espectáculo de los rebajados y á prevenirse contra esas protestas, proponiendo al gobierno la creación de una brigada expedicionaria, formada por el ejército peninsular, con el haber que en la Península tienen jefes, oficiales y soldados, situada en Canarias, donde á la vez que recibía la necesaria instrucción, se aclimatara para disponer de ella en cualquier momento, y en condiciones de entrar en campaña á los diez días de pedirla.

Su principal preocupación consistía en que no le sorprendiera ninguna alteración del orden público.

Sabía que se conspiraba en el extranjero, y tenía puestos sus cinco sentidos en este aspecto esencialísimo de su gobierno.

Manteníase la alarma por medio del bandolerismo, y se sostenía alguna agitación, en sentido separatista, en Santiago de Cuba.

En honor de la verdad, el general Marín había perseguido tenazmente á los bandoleros, cuidándose mucho del orden público; pero esto no fué obstáculo para que á la llegada del general Salamanca, se encontrara parte del país profundamente alarmado.

Acababa de realizarse en la Habana un crimen horrendo (el de los Sañudos), con circunstancias gravísimas, que había producido honda preocupación; se habían repetido los casos de arrancar los pendientes á las señoras en los paseos; eran frecuentes los *atracos*, en pleno día, en las calles principales, y acababan de fugarse, del castillo del Príncipe, dos bandidos famosos condenados á muerte, los hermanos Machín.

Comarcas como las de Guanajay y Artemisa, en Vuelta Abajo, y Güines, Pipián, Madruga, San Nicolás y los Palos, en la Habana, estaban en profunda alarma, al extremo de que las gentes acomodadas de los campos no podían llegar á sus fincas sin riesgo de ser secuestradas, y puso todo su empeño en que terminara tan denigrante situación, no sólo por lo que importaba á la tranquilidad pública, sino por ver en el bandolerismo la avanzada de la revolución, pues sólo así se explicaba el apoyo que aquéllos encontraban en los campos.

Había llevado el general Salamanca á un prestigioso jefe de la Guardia Civil para encargarle el mando de la policía, D. Emilio Elías y Ortega, quien siguiendo instrucciones de aquél empezó su obra por la capital.

El empeño constante del separatista disfrazado, era dar al traste, cuanto antes, con el prestigio de las autoridades, y se encontró el jefe de policía con que el cuerpo de Orden público estaba atemorizado, por ser frecuentes los casos en que resultaban procesados los guardias que trataban, en cumplimiento de su deber, de imponer el orden.

Para que se forme juicio del procedimiento que se seguía, bastará decir lo siguiente:

Se armaba un escándalo en la acera del Louvre, los guardias de servicio llamaban la atención, y los grupos *de muchachos*, en vez de atender las serenas amonestaciones, aumentaban el alboroto. Los guardias sufrían la burla, y cuando ya no podían llegar á más en su paciencia, procuraban detenerlos, y entonces acusaban á los vigilantes de haberles insultado; iban al juzgado en procesión, todos declaraban contra los guardias, y el juez municipal, por lo general paisano y amigo de los muchachos, procesaba casi siempre á la policía por abuso de autoridad, detención arbitraria, etc., etc. Resultado: que aquella famosa acera, centro de la Habana, se encontraba en un estado de perturbación verdaderamente intolerable.

El remedio fué sencillo. El general llamó á su conocimiento estos procesos, vió claro lo que pasaba, y cantó claro á más de un juez.

Al mismo tiempo el Sr. Elías dió instrucciones á sus subordinados, y en cuanto se repitió un caso de esa naturaleza, los guardias no se anduvieron con rodeos; en vez de ir al juzgado acompañados de burlas y chirigotas, impusieron en el acto castigo contundente. Ya no hubo proceso sino recompensa para ellos, renació la confianza y terminaron aquellos espectáculos.

Alentada la policía, trabajó con tanto empeño, que en muy poco tiempo, tras severos escarmientos y buen número de prisiones de la gente maleante, quedó la Habana en un estado de tranquilidad absoluta.

Vencido en la capital este aspecto de gobierno, se consagró por completo la atención al campo.

Entre los procedimientos que pueden emplearse para perseguir al bandolerismo, se optó, como principal, por el de la confidencia.

Los bandoleros de cartel, en aquellos meses, eran los hermanos Machín.

Ya estaba alzado Manuel García, pero aún no había adquirido relieve su triste figura.

Dedicó el jefe de policía toda su actividad á la persecución de los bandidos citados, y con poco dinero y sin sacrificar hombres, tuvo la fortuna de capturarlos en la bahía de Cienfuegos, cuando ellos marchaban á comarcas lejanas de la Isla, por haber perdido la confianza en el terreno donde operaban.

De tal importancia fué este servicio, que al regresar el gobernador general á la Habana, desde Santa Clara, donde se trasladó para que no extrañara á nadie la ausencia del jefe de policía, se le tributó un recibimiento extraordinariamente entusiasta.

Fueron ahorcados á los pocos días, y renació la tranquilidad en la comarca de Vuelta Abajo, donde sólo quedaron dos bandidos de empuje, Arturo García y Alemán, hacia los cuales se dirigió la persecución, siendo capturado, este último, un mes después y herido y muerto, poco más tarde, el Arturo.

Desaparecidos éstos de la escena, cobró personalidad Manuel García, quien recogió á su lado los dispersos de distintas partidas, formando una de 20 hombres que operaba dividida en grupos.

Contra ellos se dirigió, desde luego, el esfuerzo; pero conviene, antes de pasar adelante, consignar datos de gran interés, para que se vaya formando concepto de la situación.

Resuelto aquel gobernante á dar fin con estas gavillas de secuestradores, ladrones y asesinos, que llevaban en sus carteras los títulos de *jefes del ejército libertador*, no empleó sólo el medio de la confidencia, sino que puso en movimiento las fuerzas de la Guardia Civil y utilizó el eficaz auxilio de los voluntarios.

Esto nos lleva, como de la mano, á decir lo que era la Guardia Civil en Cuba.

No tenia, por lo general, del benemérito Cuerpo, más que jefes, oficiales, algunos sargentos, el nombre y el reglamento.

Formada, no por soldados veteranos de especiales condiciones acreditadas en el servicio que prestaran en otros cuerpos, como sucede en la Península, sino por quintos escogidos entre los reemplazos que iban llegando á Cuba, faltaba á la Guardia Civil de la gran Antilla, una de las bases esenciales para responder como debía á su importante misión.

Era frecuentísimo ver que al mes de desembarcar ya prestaban los quintos el servicio de pareja en un país que desconocían en absoluto, y claro es que un guardia que se improvisa de esa suerte, difícilmente logra colocarse á la altura del papel que está llamado á representar.

No se permitía á los guardias contraer matrimonio, y como no se estimulaba con nada su amor al servicio, era raro el caso en que continuaba uno de ellos en el Cuerpo después de cumplido. Deseaban, por el contrario, que llegara el último día de los tres años que estaban obligados á servir en filas, para coger su licencia y regresar á la Península.

Por esto no eran tan eficaces sus servicios como en las provincias peninsulares, ni lograron inspirar el respeto que aquí se les tiene.

La Guardia Civil, además de llevar en sus entrañas estas deficiencias, estaba armada de Remington y por lo general mal municionada.

El servicio de parejas era punto menos que imposible de verificarse con provecho, por las condiciones del terreno.

Perô como á la Guardia Civil incumbe mantener la tranquilidad en los campos y garantir la seguridad personal, era preciso hacer algo por mejorar sus condiciones, y, en efecto, se logró dotarla de elementos que entonces no tenían en la Península.

Sin cargo para el Tesoro, sin necesidad de acudir al impuesto, se realizaron dos reformas trascendentales; una, la de unir los puestos de la Guardia Civil de todas las provincias por una red telefónica que permitía trasmitir órdenes, confidencias y combinar la persecución de los malhechores, con provechosa rapidez, además del inmenso servicio que prestaba á las fincas y poblados; otra, renovar el armamento de gran parte de las fuerzas, sustituyendo el Remington por el rifle belga, sistema Coll, arma que usaban los bandoleros, ascendiendo á 1.600 el número de armas sustituídas.



Sargento segundo con el uuiforme usado en España en época de la República.

Para lo primero, bastó con hacer uso de un depósito del fondo de réditos y remontas que había en la Subinspección del Cuerpo; sólo fué necesario para lo segundo excitar el interés de los hacendados, quienes comprendiendo las ventajas que lograban con la mejora, adquirieron y entregaron, llenando las formalidades exigidas por un decreto, los rifles con que habían de armarse las parejas en cuyas jurisdicciones de vigilancia estaban enclavadas las fincas.

No era esta obra tan sencilla que pudiera completarse en unos meses. El general Salamanca planteó y llevó á cabo el pensamiento en su mayor parte; tocaba continuarlo y hasta perfeccionarlo á sus sucesores; pero después de su muerte no volvió á hacerse nada en este sentido; ni siquiera se supo conservar todo lo que él dejó hecho

Estos elementos sirvieron de base para imponer el orden en el campo. El bandolero, perseguido por la Guardia civil y por los voluntarios en los respectivos términos municipales, y perdida la confianza por el temor á las confidencias que lograba la policía, huyó á los montes más intrincados, y en siete meses, Manuel García no dió señal de vida; en ese tiempo no pudo realizar ni un solo secuestro.

No le bastaba esto al General Salamanca. Era preciso exterminarlos y hacer imposible su resurrección, y á este efecto, llevó á la práctica la organización de los somatenes, encargando de este importantísimo trabajo al general Lachambre, quien con una actividad digna de todo elogio y un acierto plausible, empezó á realizar aquella obra que requería una fuerza de voluntad firmísima.

La organización de los somatenes despertó grandes recelos entre la gente tachada de sospechosa; veía en aquel organismo una fuerza que les dificultaría la tarea de mantener la intranquilidad y les impediría en lo sucesivo preparar las cosas para mayores empresas; pero el general Lachambre siguió adelante su obra, logrando dar forma al pensamiento.

Los somatenes de Cuba.

Hé aquí lo que dicho general hizo constar en una Memoria:

"Honrado por V. E. con el cargo de jefe de operaciones contra el bandolerismo, tengo el honor de exponer, Excmo. Sr., los resultados de las observaciones, estudios y trabajos realizados.

El bandolerismo ha tomado alarmantes proporciones en esta Isla, porque el pueblo no estaba en condiciones de defensa. No lo estaba, porque veía á diario, merced á los procedimientos judiciales seguidos, envueltos en causas á cuantos hacían armas contra los bandoleros, dándose con triste frecuencia casos de estar en las comandancias guardias civiles cumplidos, y sin su licencia, sujetos á sumarias por haber hecho fuego cumpliendo con su deber; no lo estaba, porque la Guardia Civil, suficiente para un estado de cosas normal, era escasa para el excepcional del bandolerismo; no lo estaba, porque siendo el servicio del Instituto tan excesivo, no podían cumplir las comisiones que les confiaran sus jefes, deseosos de acudir á todas partes, agotando por un compromiso del deber las fuerzas de sus subordinados, con tanta menos consideración, cuanto mayores eran las necesidades á que habían de atender. Esto hacía que los campesinos vieran lo mal que prestaban sus servicios aquellos pobres guardias, extenuados de fatigas por los trabajos del día, cuando por la noche se les exigía el penoso de emboscadas; ó al contrario, después de una noche al sereno metidos en barro hasta la cintura, sufriendo todas las inclemencias del tiempo, al romper el día y cuando debían descansar, emprendían correrías que necesitaban hombres frescos y llenos de vigor. De ahí nació el mal concepto que el paisanaje tenía de la Guardia Civil, á quien pocas veces vió con oportunidad.

Era necesario unir las fuerzas perseguidoras con los paisanos, hacer que cesasen las discordias que entre ellos existían y que todos sirviesen á la causa común de perseguir al bandolerismo con el mismo interés; las fuerzas, por su honor y la satisfacción de cumplir con su deber; y los paisanos, por la paz y tranquilidad que les proporcionara la extinción de esa plaga. Por esta razón se han creado los somatenes, y el resultado ha sido mucho más favoroble que lo que á primera vista podía esperarse.

El estado de cosas era alarmante por extremo. Los casos de secuestro hasta el mes de abril del año anterior, se repetían con frecuencia aterradora. Los hacendados vivían en constante amenaza; las fincas, por ellos abandonadas, caminaban á la ruina; el nombre de los bandoleros era cartel de terror, y la sociedad honrada exigía medidas eficaces para devolver la tranquilidad pública El éxito en casos aislados hizo renacer la esperanza y mejoró la situación en términos de que los secuestros disminuyeron, pero no bastaba esto; era preciso regenerar el abatido espíritu público, dar calor á las buenas relaciones entre el campesino y las fuerzas y someter el ataque á un método y unidad. Respondiendo á esta imperiosa unidad se me confirió el cargo de jefe de operaciones, que ciertamente no merecía, y por esto se crearon los somatenes.

No por mi actividad, no por mis esfuerzos, sino por el interés que la población buena demostró al verse amparada por los gobernantes, puede y debe consignarse el hecho elocuente, sobre el que me permito llamar la atención de V. E., de que desde su creación á la fecha no haya ocurrido ni un solo secuestro, ni se haya verificado un delito en el campo sin que se haya capturado á los autores. No quiere decir esto que se haya extirpado el mal de raíz, pero sí ha recibido el golpe de muerte que obliga á los pocos bandoleros que quedan en el campo á verse imposibilitados para ejecutar sus tenebrosos planes. Así, y sólo así, se ha conseguido que los hacendados hayan vuelto á sus fincas, convirtiéndose cada uno de ellos, de retraidos ciudadanos, en eficaces auxiliares de las fuerzas; así, y solo así, se ha logrado que los mismos vecinos de los pueblos hayan dotado á la Guardia Civil expontáneamente de armas modernas y de precisión; así, y solo así, se ha podido montar la red telefónica, medio de decisiva eficacia para combatir al bandidaje, y elemento que no existe en la Península, ni en otros paises que se precian de adelantados y prósperos.

Nadie conoce los somatenes porque nada se ha dado á conocer al público de este asunto tan delicado.

Aquí todo se discute con pasión; la política lo invade todo y cualquier arma parece buena con tal de herir al contrario; y esto se lleva hasta la exageración de entorpecer el planteamiento de cosa buena, por muy santos que sean los intereses que en ella se ventilen, con tal de no dar esa gloria ó prestigio al enemigo de su política ó intereses; porque no siempre los móviles de la lucha son honrados y dignos.

Informaba su creación el deseo de que esta institución fuese planteándose poco á poco, que obedeciese su formación y elementos á cada una de las localidades en que iban á prestar sus servicios y, que éstos fueran tales, que al conocer el público su existencia, ésta fuera respetada y bendecida, sin que hubiera manera de discutirla.

Es necesario haber recorrido esos poblados para ver el terror de que sus moradores estaban poseidos. Dentro de los pueblos había retenes de voluntarios para dar seguridad durante la noche, y muy pocos se atrevían á ver sus haciendas, por modestas que éstas fueran. El día que salían al campo tomaban mil precauciones, y fuera de los poblados no había más que hombres de mal vivir, de conciencia muy ancha, que trataban á los ladrones como amigos ó personas que nada poseían.

Los jóvenes residían en los pueblos sin dedicarse á nada, sin que sus madres les permitiesen ver los campos, aprendiendo á cultivarlos, único medio de subsistencia de la familia. En este estado se pudo aprovechar la irritabilidad de todos contra una situación tan insostenible, y se consiguió que unidos, con los alcaldes á la cabeza, hicieran batidas contra los bandoleros en cualquier parte que éstos se hallaran. Esto puso enfrente del bandolerismo á los pueblos en masa, y repetidas las batidas en cada caso necesario, al par que unían al vecindario con las fuerzas perseguidoras, prestábanle, además de su gran apoyo material, el de más estima, el moral, que en proporciones enormes hacía perder á los bandoleros.

Si bien se consiguió el auxilio de los alcaldes y paisanos cuantas veces se solicitó, llegando á crearse en muy poco tiempo la costumbre, ó mejor dicho, la casi obligación de prestar auxilio á las fuerzas públicas en el momento que aparecían los bandoleros sin excitación alguna, se observó cierta repugnancia á la creación oficial de los somatenes, porque evidenciaban mucho á los hombres que en ellos iban á servir, y temían, que al haber un cambio de criterio en el Gobierno, volviendo los campos á su abandono y potente de nuevo el bandolero, ser víctimas de ellos por faltarles el apoyo que ahora se les prestara. Comprendían la necesidad y ventajas de su creación, tal cual explicaré más adelante; pero necesitaban aun el apoyo de las fuerzas públicas, hasta tanto que pasado algún tiempo, fuertes y potentes, con el respeto y consideración de sus vecinos, pudieran ellos solos acabar con cuantos bandoleros hubiera en sus jurisdicciones.

No ha sido cuestión de una conferencia, ni de una sola prueba indiscutible, motivo bastante para convencer á los vecinos del campo de las ventajas que les había de producir la institución de los somatenes; ha sido resultado de un trabajo constante y asiduo, con pruebas y ejemplos irrecusables, ayoyados por los hombres más sensatos é ilustrados del país, que no han escatimado su concurso para ayudar al Gobierno en esta empresa y llevar al ánimo de sus convecinos la verdad de que todos unidos, aun sin el apoyo de la fuerza pública, matarían al bandolerismo en poco tiempo, pues solo vivía por la apatía de muchos campesinos y el terror de otros.

Si los voluntarios, como aquí están organizados, forman hoy un instituto que solo él basta para honrar á un pueblo, siendo el sostén del orden y del gobierno, manteniendo sus decisiones, los somatenes bien organizados, cuando tengan ese espíritu de cuerpo tan noble y levantado como aquéllos, serán el sostén de la paz de los campos, el guardador de la riqueza pública en este país agrícola, el perseguidor del malvado y la salvaguardia y custodia del hombre de bien y trabajador, base de la familia.

El somatén es la mejor policía de los campos, y gratis, pues que sus indivíduos sirven voluntariamente, unen entre sí las localidades ó centros por una red telefónica que puede poner en comunicación constantemente los somatenes unos con otros prestándose auxilio, haciendo más azarosa y difícil la huída del bandolero ó ratero. La red telefónica ya montada entre los puestos de la Guardia Civil exige este apéndice, porque es tanto lo que vale y tantos los servicios que puede prestar, que á poca ayuda que los hombres se faciliten hace imposible que en el campo se cometa el robo más pequeño sin que el autor sea cogido, como ha sucedido hasta aquí.

El somatén, Excmo. Sr., es la policía del pueblo por el pueblo, sin antagonismos de escuela, sin el recelo de la historia. A él van todos los vecinos honrados sin distinción de clases; es la defensa de las haciendas, no por el obrero, sino por el propietario. La institución de voluntarios que tantos días de gloria dió á la Patria, nació entre dificultades y hoy constituye elemento vigoroso de la defensa nacional; los somatenes, que en más breve plazo que el instituto de voluntarios se hubieran desarrollado, habrían llegado á ser, por el entusiasmo con que se han acogido, lazo de unión entre todos los ciudadanos para consagrar la nesaria tranquilidad pública.

Citaré como ejemplo y por que le creo muy bien formado, al de Alquizar, hecho por voluntad propia de sus vecinos, y en cuyo término juzgo imposible pueda cometerse delito alguno sin que sea castigado su autor.

Los ladrones están en el campo para robar, é imposible será esto, puesto que los lugares donde pudieran hacerlo estarían guardados, como he indicado, y el bandolero pelearía, por la comida y viviría en los montes más impenetrables, expuestos á constantes celadas que al fin y al cabo concluirían con todos.

Los somatenes como fuerza armada y organizada para la persecución del bandido, requiere que los gobernantes presten un gran calor, una verdadera fuerza moral á sus indivíduos, requisitos de absoluta necesidad en los campos; y como prueba de que el espíritu público se ha levantado por este apoyo de manera que á nadie le es lícito dudarlo, basta consignar que en ocho meses no ha habido un caso de sumaria á los perseguidores del bandolero, porque han encontrado ahora las pruebas de que antes carecían, por temor á venganzas de los bandidos los unos, por enemistad con la fuerza pública los otros, y muchos por ambas cosas.

Como se vé la idea que informó la creación de los somatenes de Cuba y la forma fué excelente, sin embargo para las circunstancias por que el país atravesaba era tal medida insuficiente. Solo una excelente Guardia Civil podía garantir la seguridad, y ésta no podía tenerse en la forma organizada. A reorganizarla tendieron todos los trabajos y ésta fué llevada á efecto como veremos á continuación.

Reorganización de los tercios cubanos.

Hemos dicho anteriormente, que sólo dos decretos merecían ser tenidos en cuenta, al tratar de las alteraciones sufridas en la organización de los tercios de Cuba, y dijimos también que el primero no estaba informado en las verdaderas necesidades de la Isla.

La confirmación oficial de ello está en el real decreto de 8 de agosto de 1893, cuando el país marchaba ya con pasos agigantados hacia la insurrección, que nos trajo como final la guerra con los Estados Unidos.

El bandolerismo reinaba y dominaba en la Isla, la Guardia Civil se multiplicaba con heróica abnegación; la reorganización tenía su razón de ser. Fué hecha en los términos que expresa el siguiente real decreto, que decía así:

SEÑORA: En el año 1885, y como consecuencia de la necesidad de hacer economías, se suprimieron en la isla de Cuba la Subinspección de la Guardia Civil y los cuatro coroneles Subinspectores, de igual número de tercios en que estaba organizada la fuerza de dicho Instituto en aquel distrito, quedando independientes las comandancias y entendiéndose directamente con el Inspector general. Un coronel tenía el cargo de revistar todas ellas, y otro, al frente de una sección que se estableció en la Capitanía general, el de tramitar los asuntos referentes á las tropas mencionadas y someterlos á la aprobación del Capitán general, Inspector nato de todas las fuerzas militares que guarnecen la referida Isla.

En breve pudo observarse que á la autoridad superior de la misma, con los múltiples cargos de Capitán general, de Gobernador general y de Inspector de todas las armas, etc., le faltaba materialmente el tiempo preciso para dedicar á la Guardia Civil la atención que exige la importante misión que desempeña allí, y que un sólo coronel era insuficiente para revistar con la frecuencia y minuciosidad requeridas, las comandancias, no ya en sus asuntos orgánicos y administrativos, sino además en lo referente al servicio peculiar de ese Instituto, para el cual indispensablemente tienen que estar fraccionadas las compañías y escuadrones en línea de puestos, lo que motiva, por las difíciles comunicaciones de aquel país, graves inconvenientes para esta clase de revistas.

Por tales causas, en el año 1888, se distribuyeron las comandancias en dos tercios, nombrando un coronel Subinspector para cada uno de ellos, lo cual tampoco correspondía al fin perseguido, por resultar, uno de dichos jefes, con mando de mucha mayor fuerza que el otro, y abarcando además un considerable territorio, lo que imposibilitaba que el coronel ejerciera la debida inspección, determinándose en su vista la organización de un tercio más, el que subsistió hasta el año 1891 en que, también por la necesidad de hacer economías, quedaron reducidos á dos.

Dada la actual situación de Cuba, como consecuencia de las recientes insurrecciones, de la evolución política que se viene efectuando desde que terminaron aquéllas, de las diversas razas que constituyen su población y de la peculiar manera de substituir ésta, pues siendo reducido el número de poblaciones, con relación á la extensión territorial, la mayoría de sus habitantes viven en fincas establecidas en los campos; y teniendo en cuenta, además, la circunstancia de que las principales producciones, como son la caña y los ganados, se conducen de unos á otros puntos, sin poderlo evitar sus dueños ó encargados, por efecto de la despoblación, se comprende la importante misión que en dicha Isla tiene que desempeñar la Guardia Civil, de cuyo buen servicio depende, mucho más que en la Península, la garantía indispensable á las vidas y propiedades de sus moradores.

Como quiera que, por virtud de la grande extensión de los campos en Cuba, cada uno de los puestos del referido Cuerpo, tendrá que vigilar y, en su consecuencia, recorrer territorios considerables, y que por la naturaleza del terreno, frecuentes y torrenciales lluvias y excesivo calor, resulta penosísimo este servicio, de ahí la necesidad de que las revistas á los puestos, sean más frecuentes por los coroneles inspectores, jefes de las comandancias, etc., y, por lo tanto, que además del número indispensable de éstos, haya un Subinspector oficial general que, con las atribuciones que crea convenientes en cada caso, delegarle el Capitán general, no sólo vigile, autorice y apruebe, dentro de sus facultades, cuanto se refiera á los asuntos orgánicos y administrativos, sino que en lo referente al servicio esté muy al tanto de cómo se ejecuta, prestando frecuentes revistas á las comandancias y puestos de que se componga cada uno de los tercios para que, sobre el terreno, proponga, apruebe ó reforme las recompensas ó castigos, modifique la situación de la fuerza y los servicios que presta, y tome las disposiciones convenientes para que el espíritu no decaiga, dando, al propio tiempo, ejemplo con su proceder, pues sabido es que las fuerzas distribuídas en pequeños destacamentos, si el jefe principal no las revista, autoriza tácitamente á que procedan en igual forma sus inferiores, con daño del servicio y quebranto de la disciplina y demás cualidades indispensables á toda fuerza armada.

Si á esto se agrega que la Guardia Civil en Cuba consta de más de 4.500 hombres, se comprenderá la necesidad de su organización en tres tercios y que éstos tenga á su frente un oficial general con el carácter de Subinspector, pues tanto el número como la especialidad del servicio, la ponen en condiciones análogas á las armas generales, á la artillería y á los ingenieros, armas y cuerpos que en Cuba tienen á su frente respectivo, un Subinspector de dicha categoría; siendo también de tomarse en consideración, que disminuída considerablemente la plantilla de oficiales generales, como quedará por consecuencia de organizaciones ha poco decretadas, conviene dar colocación, á parte de este excedente, en aquellos puestos en que sus servicios sean indispensables.

Además, los gastos consiguientes á esta organización en que se ha hecho alguna economía, con relación á la hoy vigente, han sido incluídos en presupuesto y éste aprobado por las Cámaras.

Fundado en lo anterior el Ministro que suscribe, de acuerdo con el Consejo de Ministros, tiene el honor de proponer á V. M. el adjunto proyecto de decreto.

San Sebastián 8 de agosto de 1893.—SEÑORA.—A L. R. P. de V. M.—José López Domínguez.

REAL DECRETO

A propuesta del Ministro de la Guerra, y de acuerdo con el Consejo de Ministros, en nombre de Mi Augusto Hijo el Rey Don Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero. Se restablece en el distrito militar de la isla de

Cuba, la Subinspección de la Guardia Civil, suprimida el año 1885; debiendo desempeñar el cargo de Subinspector general, un general de brigada.

Art. 2.° Las fuerzas de dicho Instituto se organizarán, en el referido distrito, en tres tercios y doce comandancias, con el número de compañías y escuadrones y plantilla de jefes, capitanes, oficiales, clases, tropa y caballos que se expresan en el adjunto estado, situándose las planas mayores de las comandancias en los puntos que en el mismo se indican, y la de los tercios donde designe el Capitán general.

Art. 3.° La Subinspección general se establecerá en la Habana, componiéndose su personal, además del Subinspector, de un comandante secretario, dos capitanes, dos primeros tenientes y los escribientes indispensables, cuyo número designará el Inspector general, los cuales serán clase y guardias de todos los tercios, prorrateados en proporción á la fuerza de los mismos.

Art. 4.° Las clases de tropa que resulten excedentes, se amortizarán, adjudicándose á la excedencia, las vacantes que ocurran hasta que se extingan, y el aumento que también resulta en dichas clases, se dará colocación, primero, al excedente que exista, y después al ascenso, en condiciones reglamentarias; procurando, durante el actual año económico, compensar el excedente de sargentos con la falta de cabos, cuyas vacantes se proveerán paulatinamente, conservando de menos los guardias indispensables para no exceder de la cifra consignada en presupuesto, ínterin se verifica la amortización.

Art. 5.° Las atribuciones del Subinspector general, serán las que considere conveniente delegarle el Capitán general, sirviendo para ello, de norma, las que tuvo anteriormente, las que actualmente asumen los demás inspectores de las armas y cuerpos en Cuba, y el servicio especial de la fuerza del mencionado Instituto.

Art. 6.° Las instrucciones oportunas para el cumplimiento del presente decreto, las dictará el Capitán general de Cuba, en virtud de la autorización que al efecto podrá concederle el Ministro de la Guerra.

Dado en San Sebastián á 8 de agosto de 1903.—María Cristina.—El Ministro de la Guerra.—José López Domínguez.

La fuerza que por virtud de este decreto se asignó á los tercios de Cuba, está expuesta en la siguiente:

PLANTILLA

	TOTALES
Generales de brigada	1
Jefes	25
Oficiales	166
Tropa	4.530

Caballos.

De jefes y oficiales	180
Tropa	1.130

Caben, ya después de lo expuesto, pocas consideraciones sobre alteraciones orgánicas, desde el anterior decreto á la fecha en que por consecuencia del tratado de París, perdíamos la soberanía en la isla de Cuba.

Hacia la repatriación.

Para la Guardia Civil únicamente fueron esos años, en la Gran Antilla, fecundos en servicios propios de la Institución y brillantísimos de campaña, cual en lugar oportuno veremos.

Para finalizar este ligero bosquejo de organización, sólo nos resta añadir, que con arreglo á presupuesto, al perder aquella Isla, la Guardia Civil de ella estaba compuesta por tres tercios, que en numeración correlativa con los de la Península, llevaban los números 17, 18 y 19.

El primero estaba constituído por las comandancias de la Habana, Matanzas, Colón y Vuelta Abajo; el segundo, por las de Santa Clara, Remedios, Sagua, Cienfuegos y Santi-Spíritus; y el tercero, por los de Puerto Príncipe, Cuba y Holguín.

Dichos tercios contaban con 26 compañías de infantería y 13 escuadrones y la siguiente plantilla: un general Inspector, 3 coroneles, 9 tenientes coroneles y 13 comandantes, con 34 capitanes, 54 primeros tenientes y 26 segundos, de infantería; 13 capitanes, 26 primeros tenientes y 18 segundos, de caballería.

El total de la tropa lo componían 130 clases, 3.270 guardias de infantería y 1.130 de caballería.

Esta era la plantilla, pero de ella, al zarpar rumbo á España los barcos que conducían los últimos restos de la repatriación, quedó á bien corto número reducida. Unos regaron con su sangre los campos de batalla y sus huesos blanquearon, convertidos en polvo, la traidora manigua cubana; otros se licenciaron y allá en Cuba recordarán, seguramente, con amor el cuerpo donde prestaron servicios no comparables á nada.....



Guardia Civil en España. (Año 1890).

Veamos ahora las alteraciones orgánicas del tercio, hermano gemelo en Ultramar: el de Puerto Rico.

Alteraciones en la organización de la Guardia Civil de Puerto Rico después de la amalgama.

Decretada la amalgama de las fuerzas, que en la pequeña Antilla prestaban el servicio de Guardia Civil, fué destinado como coronel Subdirector, el teniente coronel del noveno tercio de la Península, don José Castrillón y Polledo que se encargó del mando

el 14 de marzo de 1873; á su petición desapareció la organización mixta que tenían las compañías, y en 1.° de octubre pasó revista el escuadrón que se formó con la fuerza de caballería, que hasta entonces habían tenido aquellas unidades, declarándose á la vez de primera clase la comandancia de Puerto Rico.

En 1874, y por destino á Cuba del coronel Castrillón, quedó encargado del mando del tercio, el teniente coronel D. Miguel Galiano, que lo entregó en marzo al presentarse el de igual clase D. Vicente Florán y Cabanes, el cual fué reemplazado en julio por el coronel, procedente del tercer tercio de Cuba, D. Pedro Carniago y Pérez, que falleció en Puerto Rico á primeros de 1875, volviendo á encargarse el teniente coronel D. Vicente Florán, hasta que, presentado en 14 de septiembre el coronel del décimo tercio de la Península, D. Nemesio de Figuerola y Sociast, le hizo entrega del mando.

En dicho año de 1875, y á propuesta de la Capitanía general, se aumentaron al tercio 200 plazas, de las cuales se formó el segundo escuadrón y las restantes pasaron á las compañías de infantería, lo cual tuvo lugar en la revista de noviembre.

En 1876, y á propuesta de la Subdirección, se organizó el tercio en dos comandancias, y se dividió la fuerza de infantería en tres compañías de á cien plazas cada una, asignándose igual fuerza á ambos escuadrones.

A fines de enero de 1879 fué baja, por retiro, el coronel Figuerola, haciéndose cargo, con arreglo á ordenanza, del mando del tercio y despacho de la Subdirección, el comandante D. Pedro Pastor y Egea, primer jefe de la comandancia de Ponce, por hallarse con licencia en la Península el teniente coronel, primer jefe de la de Puerto Rico, hasta que se incorporó el coronel Subinspector, que era del octavo tercio, don José Palomino y Reyes, destinado por real orden de 20 de febrero de 1879 como Subdirector de Puerto Rico, y el cual cesó en junio de 1881, destinándose á D. Benito Macías.

En 1886 se suprimió la Subinspección del tercio, formándose una comandancia de primera clase, restableciéndose nuevamente el tercio en julio de 1897, destinando á D. Emilio Pacheco Llauradó y aumentando una compañía (4.ª) con residencia en Coamo, la cabecera compuesta de cien hombres. Se dió nueva distribución á las zonas de demarcación de los escuadrones, cortando la Isla de Norte á Sur y creándose dos gobiernos civiles, con residencia en San Juan y Ponce, respectivamente, formando las comandancias de una y otra, teniendo afecta la primera, las primera y segunda compañías y el primer escuadrón, y la segunda, las tercera y cuarta y segundo escuadrón.

La organización, que como consecuencia de esta división, de la fuerza en dos comandancias, se dió al tercio de Puerto Rico, fué la que expresa el siguiente cuadro:

Cuadro de distribución de unidades en la isla de Puerto Rico, el año 1897.

COMANDANCIAS	COMPAÑÍAS	LÍNEAS	PUESTOS
San Juan de Puerto Rico	Primer escuadrón, Río-piedras	Humacao	Humacao.
			Yabucoa.
			Naguabo.
		Fajardo	Ceiba.
			Fajardo.
			Luquillo.
			Río-grande.
		Dorado	Carolina.
			Río-piedras.
			Dorado.
			Vega-baja.
		Arecibo	Manatí.
			Arecibo
			Quebradillas.
	Primera, Utuado	Bayamon	Bayamon.
			La Muda.
			Toa alta.
			Vega-alta.
			Corozal.
		Ciales	Ciales.
			Florida.
			Jayuya-arriba.
			Mameyes
			Utuado.
		Lares	Lares.
			Piletas.
			Los Angeles.
			Pajuil.
			Camuy.
	Segunda, Cáguas	Juncos	Cáguas.
			San Lorenzo.
			Gurabo.
			Juncos.
			Las Piedras.
		Cidra	Cidra.
			Cayey.
			Aguas-buenas.
			Sábana del Palmar.
		Barranquitas	Aibonito.
			Barranquitas.
			Barros.
		Vieques	Vieques.
			Puerto Ferro.
			Playa-grande.

COMANDANCIAS	COMPAÑIAS	LINEAS	PUESTOS
Ponce	Segundo escuadrón, Mayagüez	Aguadilla	Isabela.
			Aguadilla.
			Rincón.
		Cabo rojo	Mayagüez.
			Cabo rojo
			San Germán.
		Ponce	Yauco.
			Guayanilla.
			Ponce.
			Santa Isabel.
		Guayama	Salinas.
			Guayama.
			Arroyo.
			Patillas.
			Maunabo.
	Tercera compañía, Sábana grande.	Moca	Montana.
			Moca.
			San Sebastián.
			Marías.
			Añasco.
		Hormigueros	Hormigueros.
			Los Llanos.
			Bartolo.
			Maricao.
			Sábana grande.
		Juana-Díaz	Pellejas.
			Adjuntas.
			Juana-Díaz.
			Coamo.

La oficialidad y tropa que prestando servicio se hallaba en los puntos que el anterior estado expresa, fueron 1 coronel, 1 teniente coronel y 2 comandantes, 8 capitanes, 12 primeros tenientes y 8 segundos. En cuanto á la tropa, que dichas comandancias constituían, fueron 476 hombres de infantería y 261 de caballería.

Con este personal y organización se encontraba el tercio de Puerto Rico al romper las hostilidades España y los Estados Unidos.

Desembarcadas en aquella isla las fuerzas americanas, por la bahía de Guáneca, no son de aquí los sucesos allí desarrollados, hasta que se firmó la paz, con la pérdida para España de la perla borinqueña. El 20 de octubre, en el transatlántico "Gran Antilla„, eran repatriadas á España las últimas fuerzas de la comandancia de Ponce, fuerzas que al doblar el barco sobre que iban, la punta del "Morro„, contemplaron con lágrimas de honda pena, cómo se arriaba el pabellón rojo y gualdo en aque-

lla isla, que el tratado de París entregó á los Estados Unidos, sin que sus tropas lo dominasen.

La Guardia Civil en Filipinas.

No tuvo relación alguna con la de la Península, más que en el calificativo de su totalidad y nombre de sus unidades. Pero aunque sólo sea porque en su organización se tuviese en cuenta darle el que los tercios de España habían hecho ya glorioso, merece que á la ligera, de ella nos ocupemos.

Islas Filipinas.

El primer medio adoptado en la parte de aquel gran archipiélago, donde era posible, para la protección y seguridad pública, fué, por consecuencia de la real cédula de Felipe IV para los dominios de Indias, el establecimiento de los alcaldes de Hermandad, y éstos designaban para cuadrilleros los vecinos honrados que juzgaban más á propósito, para que, provistos de algunas armas, saliesen á perseguir los malhechores cuando se presentaban en sus comarcas. A través del tiempo, consérvanse todavía en algunos distritos de la isla de Luzón, esta clase de cuadrilleros, nombrados por los respectivos ayuntamientos, armados con lanzas ó carabinas, y se empleaban en el mismo objeto por las inmediaciones, aunque más particularmente en el cuidado de las propiedades y cosechas, estando en compensación, libres de algunos servicios y cargas vecinales, ó retribuídos módicamente.

Pero como según se fué extendiendo el dominio y ejercicio de la autoridad española, y creándose nuevas provincias en aquellas pobladas posesiones, se juzgó insuficiente aquel elemento, sin ser tampoco dable guarnecerlas todas con tropas del ejército; se apeló á la creación de unas fuerzas á manera de milicias urbanas, á que se dió el nombre de *Compañías de dotación*, compuestas de paisanos alistados, á quienes se armaba del modo posible, y se señalaban muy reducidos haberes, sujetándolos á la ordenanza, bajo el mando de oficiales procedentes de sargentos de los regimientos veteranos, y dependiendo de los tenientes gobernadores ó alcaldes mayores, que mandaban los distritos como capitanes á guerra, para ser empleados en cuanto el servicio requería, y sobre todo, para velar por el orden, la seguridad y persecución de malhechores.

Suscitáronse frecuentemente competencias y dificultades entre los oficiales de estas compañías y los alcaldes mayores por pretensiones y celos sobre facultades ó jurisdicción; y para obviar á esto el Capitán general D. Narciso de Clavería, titulado después conde de Manila, y queriendo dar á esa Institución un carácter más civil, introdujo varias reformas, y cambió la denominación antigua por la de *Tercios de policía*, constituyendo con ellos bajo las respectivas autoridades de las provincias el cuerpo de agentes principales de protección y seguridad pública en los territorios á que pertenecían.

Más no juzgando bastante con eso para tan importantes fines, ni conveniente el empleo de partidas de soldados sacados de los regimientos, á que también se apelaba hacía muchos años, se decidió por adoptar allí en alguna manera la institución de la Guardia Civil, que tan felices resultados daba ya en la Península; y al efecto organizó en 1847 un cuer-

po especial, á que dió el nombre de *Carabineros de seguridad pública*, dotándole de un reglamento provisional para que se rigiese.

Su creación tuvo lugar en virtud del decreto del gobierno superior civil de 16 de septiembre de 1847, dictado para cumplimentar la real orden de 14 de junio de 1846, expedida por el Ministerio de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar, la que autorizó al Gobernador superior y Capitán general del Archipiélago para establecer la policía en Manila y extramuros, con objeto de asegurar la tranquilidad pública y proteger activa y eficazmente las personas y bienes.



Sargento del Cuerpo. (Año 1905.)

Dicho cuerpo estaba encargado de vigilar el cumplimiento de las leyes, ordenanzas, reglamentos, bandos de policía y buen gobierno, y de auxiliar á las autoridades en la represión de los delitos y contravenciones. Organizóse el cuerpo del modo siguiente: plana mayor; un primer jefe de la clase de segundos comandantes de infantería ó primeros de caballería; un segundo jefe de la de capitanes, encargado del detall; un teniente, ayudante y habilitado; un sargento primero, brigada y escribiente primero; ídem segundo, escribiente; un cabo primero, furriel y escribiente; seis brigadas, compuestas cada una de la siguiente plantilla: un teniente ó subteniente, dos sargentos se-

gundos, dos cabos primeros, dos cabos segundos, un corneta y 32 carabineros.

Cada brigada se dividía en dos secciones, compuestas cada una de un sargento segundo, un cabo primero, un segundo y 16 carabineros, estando las brigadas impares mandadas por tenientes y las pares por subtenientes.

El cuerpo estaba bajo la inspección del Subinspector, en lo que se refería al orden interior, administrativo y económico, pero, en todo lo que era peculiar del servicio de su instituto, dependía directamente del Capitán general.

Los jefes y oficiales eran del Ejército, y los indivíduos de tropa se sacaron de los cuerpos de éste, admitiéndose también paisanos y licenciados del Ejército ó milicias, que reuniesen ciertas circunstancias; quedaban sujetos á la ordenanza, y se les concedió el derecho á premio de constancia, al disfrute de haberes pasivos y á hospitalidad, y se les daba los ascensos, que les correspondiesen, en el cuerpo de donde procedían ó en el nuevamente formado, según las circunstancias; el vestuario y armamento consistía en casaca corta azul con vivos y vueltas carmesís y una hilera de botones de metal blanco con las iniciales S. P., que también llevaban en el cuello; cordones blancos de algodón pendientes del hombro izquierdo y rodeando el brazo, pantalón blanco de lienzo, *Salacòt* para la cabeza, á uso del país, pero negro y pequeño, con remate de seda encarnada, levita y gorra de cuartel para diario, mochila negra reducida, tahalí para llevar pendiente un machete, cinturón con cartuchera corrediza y fusil corto con bayoneta: los oficiales usaban el mismo uniforme, con la diferencia de ser larga la casaca y de plata los cordones, el sombrero apuntado para la ciudad y el sable con tirantes. Los haberes asignados á las diferentes clases eran: de 8 pesos al mes á los soldados, y 2 más si eran europeos, 10 á los cabos, 18 á los sargentos segundos, 23 al primero, 59 á los subtenientes, 72 á los tenientes, 77 al ayudante, 91 al capitán y 170 al primer jefe, que debía ser comandante de infantería ó de caballería.

Un reglamento particular, aprobado en concepto de provisional en real orden de 30 de abril de 1848, fijó sus atribuciones y servicio especial, y, según su art. 3.°, todos los indivíduos pertenecientes al cuerpo estaban obligados á vigilar la puntual observancia de las leyes y bandos de policía y buen gobierno, y á perseguir á los delincuentes para entregarlos á los tribunales competentes. Debían auxiliar á las autoridades gubernativas y municipales, concurriendo el número de indivíduos suficientes, á las fiestas públicas, para conservar el orden y tranquilidad. El jefe del cuerpo tenía facultad para imponer gubernativamente castigos correccionales, en los casos de contravención á los bandos de policía; cuando los amos acudían produciendo queja contra sus criados; cuando los casqueros y banqueros, no matriculados, cometían pequeños robos en los efectos que transportaban; respecto á vagos y mal entretenidos, debían cumplirse los artículos 49 y 73 de las Ordenanzas de buen gobierno de la Isla.

En resumen; el servicio del cuerpo se dividía en dos clases: la persecución de malhechores en el campo y el mantenimiento de la seguridad

pública, vigilando el cumplimiento de las leyes, ordenanzas y bandos. En una cartilla, aprobada en 5 de marzo de 1850, se consignaban las obligaciones de cada uno de sus individuos, desde el carabinero hasta el sargento.

Una vez organizado el cuerpo, empezó á funcionar en Manila y en las provincias de la Laguna y Cavite. Posteriormente se crearon dos brigadas más, denominadas séptima y octava, cuyo aumento lo aprobó la real orden de 5 de marzo de 1851; pero fué bien efímera su existencia, porque la real orden de 23 de noviembre de 1853, mandó se disolviese el cuerpo; providencia que se había puesto en práctica, al crearse las partidas de seguridad pública, con anterioridad á esta real orden, pues ya en 17 del mismo mes y año, aparece formado el reglamento de las referidas partidas.

Formáronse estas partidas para reemplazar á los carabineros de seguridad que habían sido disueltos, y el servicio que prestaban se encomendó á estas fuerzas, que lo desempeñaron, organizándose una partida por cada regimiento de infantería, compuesta de individuos de la sexta compañía, y de las clases y números que á continuación se expresan: uno de los subalternos, dos sargentos segundos, dos cabos primeros, dos cabos segundos, un corneta y 32 soldados.

Cada partida tomó la denominación del número del regimiento á que pertenecía, y se dividió en dos secciones, compuestas cada una de un sargento segundo, un cabo primero, un segundo y 16 soldados.

Estas partidas dependían y recibían órdenes directamente del gobernador, Capitán general, en todo cuanto era peculiar al servicio especial que prestaban; pero, en cuanto á las alteraciones y novedades que ocurrían en las mismas, los comandantes daban cuenta al jefe de su regimiento.

La fracción de la sexta compañía de los cuerpos designados para dar el servicio de que se trata, se componía de soldados que reunieran las circunstancias de buena conducta é idoneidad, elegidos entre todos los del regimiento; siendo admitidos también los carabineros de Seguridad pública, que, al tiempo de la disolución de dicho cuerpo, ingresaron en el Ejército.

Todos los oficiales, clases y soldados que componían las partidas, tenían, además de su sueldo, ciertas gratificaciones apropiadas á su empleo. Las atribuciones y servicio especial de las partidas de Seguridad pública, se consignaron en los artículos 13 al 36 del reglamento que se formó, quedando refundidos en él, al pie de la letra, los del cuerpo de carabineros, comprendidos desde el 30 al 53, como no podía menos de suceder, en atención á que era idéntico el servicio que prestaban; continuando las partidas desempeñándolo con arreglo á unas instrucciones aprobadas por el Capitán general en 14 de noviembre de 1865.

El reglamento orgánico de las partidas de Seguridad pública, fué enviado al Ministro de la Guerra, en cumplimiento de lo dispuesto en real orden de 13 de febrero de 1859, aprobatoria de los presupuestos, que dijo fueran remitidos; habiendo sido devuelto aprobado, con una ligera variación de su art. 16, en real orden de 24 de septiembre de 1860.

No debieron satisfacer por completo estas partidas al objeto para que

tueron creadas, puesto que se intentó reorganizarlas en vista de la recomendación hecha en real orden de 16 de mayo de 1865, que mandaba se propusiera una organización definitiva de las partidas de Seguridad pública, que les permitiera existencia y acción independiente del Ejército, como exigía el servicio que estaban llamadas á prestar; pero nada se hizo en este sentido á causa de estar en estudio, hacía largo tiempo, el establecimiento de la Guardia Civil, habiendo sido mandadas disolver por real orden de 19 de abril de 1867, que autorizó á la vez la organización de 500 hombres para prestar el servicio de referencia.

La Guardia Civil en Filipinas.

El excelente servicio que la Guardia Civil prestaba en la Península, y la fama que adquirió rápidamente, hizo pensar en organizar tal servicio en las islas Filipinas.

Al efecto, y por real orden de 23 de octubre de 1853 se pidió al Capitán general del Archipiélago que informase sobre la conveniencia de crear un cuerpo de guardias civiles, cuyo planteamiento hubo de ponerse en estudio, pero que no se terminó tan pronto como se deseaba, toda vez que la real orden de 20 de junio de 1854 insistió sobre lo mismo, mandando al propio tiempo que expresase la plana y fuerza de que había de constar el Cuerpo, con todo lo demás relativo á su organización.

En 9 de octubre de 1855, propuso el Gobernador superior la creación de la Guardia Civil; pero dificultades económicas impidieron, sin duda alguna, su planteamiento, y pasó largo tiempo sin ocuparse de ello, hasta que el gran número de malhechores que infestaba la isla de Luzón obligó á pensar de nuevo en su institución para reemplazar á las partidas de seguridad pública y tercios de policía, que no eran suficientes á cortar el mal. En el año 1867 se nombró una comisión para redactar un proyecto de reglamento basado en el de la Guardia Civil de la Península adaptándose á las circunstancias de localidad. Redactóse el reglamento; y, con los informes de las autoridades, se remitió al Ministerio de la Guerra en 15 de junio de 1867, y fué aprobado en real orden de 24 de marzo de 1868.

La mencionada orden dispuso la formación de un tercio de Guardia Civil para las provincias de Luzón en los términos expuestos en el citado reglamento, y el que, según los artículos 5.°, 6.° y 7.° de éste, había de componerse del siguiente modo:

Plana mayor: 1 coronel primer jefe, 1 teniente coronel jefe del detall, 3 comandantes jefes de distrito, 2 ayudantes, 1 profesor médico, 1 maestro armero, 1 cabo de cornetas. El tercio había de constar de 1.000 plazas, distribuidas en 8 compañías, que á su vez se dividirían en el número de secciones mas apropósito para el servicio de la localidad en donde estuvieran destinadas. Cada compañía sería mandada por un capitán y cada sección por un teniente ó alférez. La totalidad del tercio se había de constituir con los oficiales y clases que marca el siguiente estado: fuerza del tercio, 8 capitanes, 16 tenientes, 16 alféreces, 8 sargentos primeros, 32 sargentos segundos, 64 cabos primeros, 64 cabos segundos, 8 cornetas y 824 soldados.

El tercio se distribuyó en la siguiente forma: primer distrito, Manila

y Morog; segundo distrito, Cavite, Laguna, Batangas y Tayabas; tercer distrito, Pampanga, Nueva Ecija, Bulagán y Pamgasinan. Bien pronto se tocaron los resultados de la nueva institución, que, con gran éxito, prestaba sus servicios en las provincias citadas anteriormente. Este resultado sugirió la idea de creación de otro tercio á fin de estender sus beneficios á otras provincias de Luzón, completando de este modo el servicio de vigilancia y seguridad: se consultó en 21 el pensamiento al Ministerio de la Guerra, y la real orden de 1.° de mayo de 1872 autorizó la creación de un nuevo tercio de Guardia Civil, que había de organizarse bajo las mismas bases que el ya existente; suprimiendo el regimiento infantería núm. 5 y los tercios de policía de las provincias en donde hubiera de prestar servicio el nuevo cuerpo.

Procedióse á formar el segundo tercio, pero con algunas variantes del primitivo proyecto, tales como el aumento de sueldo al coronel y comandantes de distrito, el de el haber de los sargentos y cabos, la disminución del de la tropa, y la supresión de los cabos segundos, clasificando á los guardias en primera y segunda clase; quedando organizado el 1.° de junio de 1872.

No permite la índole del estudio que estamos haciendo entrar en detallada exposición de cuáles fueron las alteraciones introducidas en la organización de la Guardia Civil de Filipinas. Basta decir, que se fueron amoldando á las introducidas en la peninsular, calcándose casi sus reglamentos militar y para el servicio en los vigentes para España.

La Veterana filipina.

Del mismo modo y al ejemplo de lo que en Madrid se había hecho, fué creada la Guardia Civil veterana en la capitalidad del Archipiélago

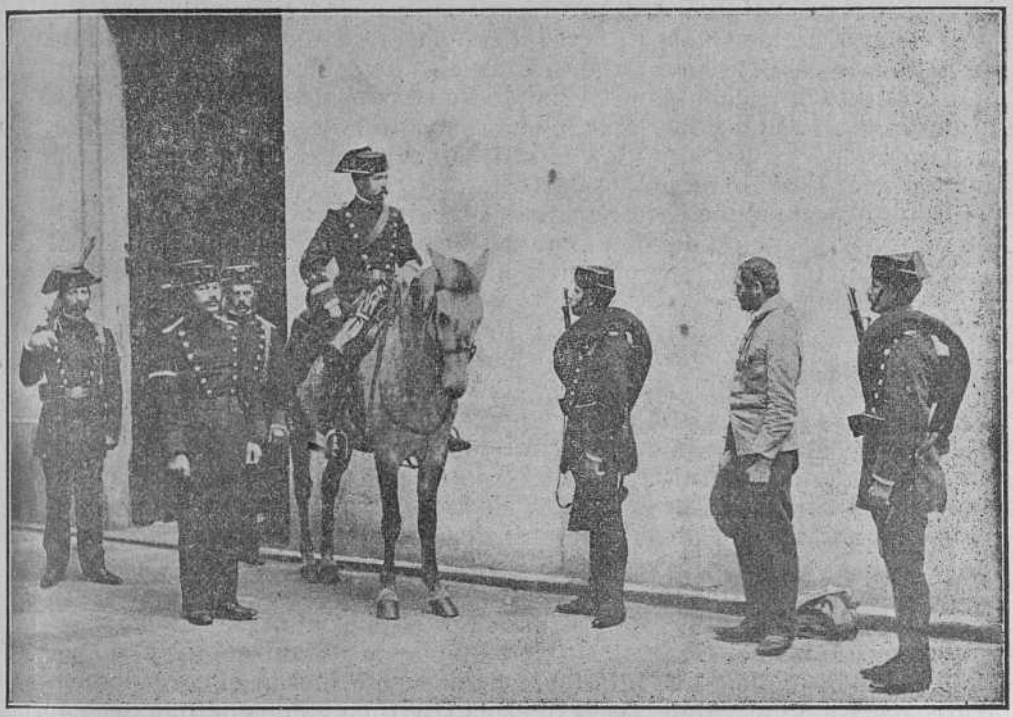
El servicio de vigilancia pública y municipal en Manila y sus arrabales estaba encomendado á unos funcionarios, que eran: un comisario, tres celadores y los munícipes de los gremios de naturales y mestizos, auxiliados por los indivíduos de las Partidas de Seguridad pública, los del Tercio de Policía, los cuadrilleros y alguaciles municipales. Elementos tan heterogéneos no debieron responder al objeto para que se destinaban, y surgió la idea de formar un cuerpo de Guardia Civil veterana, análogo al que había existido en la Península. Formóse el proyecto y se remitió en 27 de junio de 1871 al Ministerio de Ultramar, que á su vez lo pasó á informe del Consejo de Estado, habiéndolo emitido este alto Cuerpo favorable al proyecto, según se manifiesta en la real orden de 16 de marzo de 1872, trasladada por el Ministerio de la Guerra en 2 de abril del mismo año, pero exigiendo la práctica de ciertas formalidades, que no se llevaron á efecto á consecuencia de los sucesos de Cavite: pues éstos obligaron á plantear el proyecto desde luego para lo cual fué autorizado el Gobierno Superior, en virtud de la real orden de 6 de abril de 1872, comunicada por Guerra en 17 del mismo mes y año, aprobando el primitivo proyecto en concepto de provisional é ínterin se remitió el definitivo que había de regir.

Procedióse á la organización de la Guardia Civil veterana, introduciendo algunas pequeñas variaciones en el primer proyecto, que no eran esenciales; empezando á funcionar el 1.° de julio de 1872. Dióse cuenta al Ministerio de la Guerra que en real orden de 4 de septiembre

de 1872 manifestó haber dado conocimiento á Ultramar de la plantilla de que constaba el Cuerpo, informando á dicho departamento en el sentido de que no había inconveniente en aprobar su organización definitiva.

Con arreglo al proyecto de referencia, la Guardia Civil veterana se compuso de una sección del modo siguiente: un capitán comandante, jefe de la fuerza, seis tenientes, seis alféreces, tres sargentos primeros, nueve sargentos segundos, 12 cabos primeros, 72 guardias de primera clase y 250 de segunda, y en caballería un sargento segundo, un cabo primero y 12 guardias.

Por disposición de la Capitanía general de 3 de julio de 1874, aprobada en real orden de 20 de febrero de 1875, la sección la mandaba un co-



Pareja de la Guardia Civil presentándose á un capitán con un criminal aprehendido.

mandante, y teniendo en cuenta las clases europeas que á ella se destinaron, resultó que su plantilla fué la siguiente: un comandante primer jefe, seis tenientes, seis alféreces, dos sargentos primeros europeos, un sargento primero indígena, un sargento segundo de caballería europeo, seis sargentos segundos de infantería europeos, tres sargentos segundos

indígenas, seis cabos primeros europeos, un cabo primero de caballería europeo, seis cabos primeros de infantería indígenas, 12 soldados de caballería, 72 guardias de primera clase y 250 de segunda.

La sección se dividía en seis subdivisiones, compuesta cada una de un teniente, un alférez, dos sargentos, dos cabos y el número de soldados que requerían los distritos en donde prestó su servicio.

Dependía la Guardia Civil veterana de la Capitanía general en todo lo concerniente á organización, disciplina, percibo de haberes y personal, y del Gobierno civil y del Corregimiento en lo que respecta á su servicio y acuartelamiento, bajo la alta inspección del Gobierno general. Dependía también del Subinspector de Infantería, Caballería, Guardia Civil y Carabineros, quien desde agosto de 1877 ejerció la alta inspección de la Guardia Civil en general.

Expuesto lo anterior, no podemos por falta de espacio continuar estudiando detalladamente las vicisitudes por que la Guardia Civil de Filipinas atravesó. En general prestó excelentes servicios. Sin embargo, á ella como á la de Cuba y Puerto Rico, hasta su amalgama, le faltaba el necesario espíritu de cuerpo que tan alto ha sabido elevar el nombre del Instituto en la Península. Cuando ya se pensaba en la fusión de la Guardia Civil filipina con la de España, surgió la insurrección primero, el desastre de Cavite después y el abandono de aquellas islas por España á consecuencia del tratado de París.....

En tan triste fecha para España los tercios de la Guardia Civil filipina eran tres, y una sección Veterana. Aquellos con los números 20, 21 y 22, teniendo 155 jefes y oficiales, 3.530 indivíduos de tropa indígena y 26 caballos.

Posesiones del Golfo de Guinea.

Las islas de Fernando Póo, Annobon, Corisco, Elobey grande y Elobey chico y el territorio continental de Francia, cuya soberanía quedó reconocida á España por el tratado celebrado con Francia de 27 de junio de 1900, al encargarse el Ministerio de Estado de su régimen y administración, se dispuso por real decreto de 11 de julio de 1904 que constituyesen á los efectos de su gobierno y administración una sola entidad legal denominada oficialmente "territorios españoles del Golfo de Guinea„ y dividida en cuatro distritos, á saber: Fernando Póo, Bata, Elobey y Annobon.

Establecido por la ley de presupuestos para el año 1904 de las posesiones españolas del Golfo de Guinea que de la organización y mando del cuerpo de policía que allí debía establecerse fuesen encargados oficiales, clases é indivíduos de la Guardia Civil, en 23 de enero la Sección de instrucción y reclutamiento ofició al Director general de la Guardia Civil á fin de que éste designase el personal fijado en las plantillas correspondientes.

Así se hizo, y desde entonces, la Guardia Civil tiene en aquellos nuestras posesiones africanas, representación aunque exigua en los oficiales y tropa que al frente de la policía indígena allí se encuentran.

Dicho personal lo constituyen en el presupuesto actual, un primer teniente con el sueldo de 8.100 pesetas anuales, un segundo con 7.500, dos sargentos con 2.700 y 4 cabos y otros tantos guardias con 1.270 pe-

setas y dos diarias en concepto de ración. Hasta el año actual no se les acreditaba los pluses y premios de reenganche, pero afortunadamente al fin la razón ha triunfado, y sí se hace.

Esta fuerza figura en la plantilla de la Comandancia de Canarias por donde se les reclama y acredita premios, pluses y cruces. Los haberes únicamente figuran en el presupuesto del Ministerio de Estado, cobrando por él.

Nacientes aún aquellas colonias, es de suponer que aquel pequeño núcleo de fuerza del Instituto sea base de un verdadero destacamento de la Guardia Civil.

CAPITULO VI

Organización.—III

Organización que en la actualidad tiene la Guardia Civil.—Reclutamiento de la tropa.—Ingreso de oficiales.—Ascensos y sueldos.—Obligaciones generales como cuerpo militar.—Disciplina.—Derechos pasivos y Asociaciones de socorros.

Expuesto en los dos capítulos anteriores las alteraciones que la Guardia Civil ha sufrido en su organización desde que fué creada hasta la fecha, tanto en la Península como en las que fueron nuestras posesiones de Ultramar, réstanos para terminar el estudio de *Organización*, indicar la que actualmente tiene el Cuerpo.

Detalladamente, y en el cuadro que figura en las páginas 218 y siguientes. puede verse la plantilla orgánica que constituye el Instituto, número de tercios que lo componen, situación de comandancias y efectivas que la constituyen. Él de por sí, dá idea suficiente de cómo la Guardia Civil se halla distribuida en la Península. Veamos pues cual es su organización con arreglo al reglamento militar que la marca.

El Cuerpo de guardias civiles depende del Ministerio de la Guerra por lo concerniente á su organización, personal, disciplina y material; del de la Gobernación del Reino en cuanto á su servicio especial, percibo de los haberes y acuartelamiento; y del de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas en lo relativo al servicio de guardería rural y forestal, formando parte su presupuesto del del Ministerio de la Gobernación.

Un teniente general del Ejército es el jefe superior de este Cuerpo, con el título de *Director general*. Tiene á su cargo la dirección é inspección, y de su autoridad depende el régimen interior y disciplina; extendiéndose también á todos los ramos del servicio.

A sus inmediatas órdenes figura un general de brigada, que ejerce las funciones de secretario de la Dirección, interinando por ausencias del primero, y una *Dirección general* compuesta de personal del Cuer-

po, que dividida en negociados tiene á su cargo el estudio de todos los asuntos que al mismo le conciernen.

El Cuerpo de Guardia Civil está regido por las Ordenanzas del Ejército, observándose además de éstas, lo que para el servicio particular y privativo determina su reglamento especial.



Guardia en traje de paseo.
(Año 1907.)

La Guardia Civil constará de las fuerzas de infantería y caballería que el servicio haga necesarias, y que se marcan todos los años en el presupuesto, y dicho Cuerpo tiene por base la compañía de infantería y la sección de caballería como unidades inferiores orgánicas. Una ó más unidades de infantería, tengan ó no agregada fuerza de caballería, constituirán comandancias de 3.ª, 2.ª ó 1.ª clase, según su mayor fuerza, y de la reunión de dos ó más comandancias, resultarán unidades superiores que se denominarán tercios.

Las comandancias toman el nombre de las provincias en que se hallan sus fuerzas, y actualmente todas las comandancias, cuya situación puede verse en el cuadro de la página 218, son de 1.ª clase, excepción hecha de las de Alava, Soria y Palencia que tienen categoría de 2.ª, y las de Orense, Lugo y Pontevedra de 3.ª

Los tercios están mandados por coroneles que ejercerán además las funciones de Subinspectores de los mismos. Las provincias de 1.ª clase por tenientes coroneles y las de 2.ª y 3.ª por comandantes.

En las provincias de 1.ª clase es jefe de detall un comandante; en las de 2.ª un capitán, con sólo este cargo, y en las de 3.ª lo ejercerá el capitán de su única compañía.

Cada compañía de infantería consta de un capitán con la fuerza y número de secciones, mandadas por subalternos, que se designan en el cuadro de organización. Las secciones de caballería constan por lo menos de quince caballos y un oficial; y cuando el número de éstas es de tres ó cuatro en una provincia, constituyen escuadrón al mando de un capitán.

En los capítulos I y II de esta tercera parte de la obra, ha podido ver el lector la forma en que desde un principio se reclutó la fuerza

Reclutamiento de la tropa.

de la Guardia Civil. Las condiciones fijadas en el primitivo decreto de organización y las marcadas después en el reglamento militar al tratar de asunto análogo al del epígrafe que al margen va, no han sufrido de entonces á la fecha transformaciones grandes y dignas de mención. Por tal causa prescindimos de ellas, entrando de lleno á la sucinta exposición de cómo en la actualidad se recluta el personal de la Guardia Civil.

La fuerza total de este Cuerpo se nutre, por lo que á la clase de tropa se refiere, de individuos del Ejército activo, de licenciados y de hijos de veteranos del Cuerpo.

Los primeros para ingresar, deben llevar por lo menos dos años de servicio, uno de ellos en filas. Tener la estatura de 1'677 metros para Infantería y Caballería y 1'620 para cornetas y trompetas. No tener notas desfavorables y saber leer, escribir, las cuatro primeras reglas de Aritmética, la obligación del soldado, manejo del arma y los toques de ordenanza los cornetas y trompetas. Además tener por lo menos 22 años de edad.



Guardia en traje de servicio.
(Año 1907.)

Los licenciados del Ejército y los del Cuerpo, que quieran ingresar en él, deben presentar para que se les admita, licencia absoluta, sin nota desfavorable. Certificado de buena conducta, expedido por el alcalde del pueblo de su residencia, así como de sus esposas, si son casados, y partida de matrimonio. Acreditar no haber sido procesados ni sentenciados en juicio criminal ni de faltas. Saber leer, escribir, las cuatro primeras reglas de Aritmética, la obligación del soldado, manejo del arma y los toques de ordenanza los cornetas y trompetas, y tener la estatura de 1'677 metros para Infantería y Caballería y 1'620 para cornetas y trompetas. Además tener la edad de 22 años y no exceder de 35, no pudiendo ingresar los que hayan cumplido 35 años de edad y lleven más de uno separados de filas.

Los hijos de jefes y oficiales del Ejército, así como los de veteranos

del Cuerpo, para ingresar en el Instituto, deberán antes haber pertenecido al Ejército, prestando en él servicio dos años en filas; y llenado este requisito, lo serán con preferencia á los demás aspirantes, si tienen 18 años de edad, alcancen la estatura mínima de un metro 650 milímetros y reunan las condiciones prevenidas antes: los que no tengan la estatura mencionada, serán admitidos como cornetas y trompetas, siempre que lleguen á la de 1'620 metros.

Todas estas procedencias para ingresar sufren antes un examen en las comandancias, de las materias expuestas, y aprobados, la Dirección general procede con el informe de quienes lo examinaron á colocarlos en un escalafón por antigüedad de su petición de ingreso. Después, por riguroso turno van cubriendo las vacantes que ocurren por el orden siguiente: 1.° Procedentes de Guardias jóvenes. 2.° Hijos de jefes y oficiales del Ejército y de veteranos del Cuerpo. 3.° Licenciados de la Guardia Civil. 4.° Sargentos del Ejército ó licenciados. 5.° Cabos del idem ó idem. 6.° Soldados del idem ó idem.

Por si fuese necesario, se admiten como aspirantes á los indivíduos que lo soliciten y tengan la estatura de 1 metro 647 milímetros para guardias, y 1'610 para cornetas, formando con ellos relación separada, á fin de que, solamente en el caso de faltar aspirantes con todas las condiciones prevenidas, se les adjudiquen vacantes por el orden en que se encuentren figurando en la relación. Pero desde que tal escala, llamada condicional, fué creada, hasta la fecha, no ha sido necesario echar mano de ella.

Ingreso de oficiales.

Expuesto queda en el capítulo II, el sistema por el cual se nutrió de oficialidad, en un principio, la Guardia Civil. Y es digno de tener en cuenta, que sistemas de ascensos, cuyo sólo anuncio han sido en época bien reciente, de no pequeña controversia, cayendo en la opinión como innovaciones modernísimas, son para la Guardia Civil el primitivo, por el que se constituyó su cuadro de oficialidad, como puede verse en el reglamento militar. El sistema mixto de elección y antigüedad en los ascensos, fué el usado en un principio dentro del Cuerpo, y recordando nombres, dicho sistema, tan combatido después, produjo en el Instituto excelente plantilla de jefes.

Pero dejando á un lado consideraciones ajenas á la materia que nos ocupa, veamos cual es la forma porque se nutre de oficialidad la Guardia Civil, á partir de la fecha en que aprobada la actual Ley Constitutiva del Ejército, con arreglo á ella ingresan los oficiales en el Instituto.

Desde julio de 1889, por virtud de la referida ley, quedó cerrado el ascenso para las clases de tropa y el ingreso de oficialidad en el Cuerpo, por categoría superior á la de entonces alférez y hoy segundo teniente.

Previniendo aquélla que para ascender á oficial era condición precisa ejercer sus estudios en una academia militar, quedaron sólo con derecho á ingresar en la Guardia Civil, los segundos tenientes de las armas generales que estuviesen bien conceptuados, con 20 años de edad y menos de 40, sin nota alguna desfavorable, y alcanzando por lo menos la estatura de 1 metro 590 milímetros.

A tal efecto, habían de sufrir un examen los procedentes de infante-

ría, de los conocimientos tácticos de caballería, higiene del caballo y reglamentos peculiares del Cuerpo, y los de caballería de táctica de infantería y reglamentos citados, y dichos segundos tenientes admitidos en el Cuerpo, practicar seis meses el servicio del Instituto como jefes de línea de la capital.

Como por regla general no hubo siempre suficientes segundos tenientes de activo para cubrir las vacantes que se producían, fué necesario echar mano de otras procedencias, disponiéndose en agosto de 1892, que cuando no existiesen segundos tenientes de las escalas activas que voluntariamente deseasen ocupar vacantes en la Guardia Civil, se concediera el pase á los de las escalas de reserva retribuída de infantería y caballería que lo solicitasen, reuniendo las condiciones siguientes: no llegar á los 40 años de edad, haber prestado 10 años de servicios efectivos antes de su pase á la reserva, tener la estatura mínima de 1 metro 590 milímetros, no tener nota desfavorable en las hojas de servicios y de hechos, y demostrar, mediante examen, hallarse al corriente de las obligaciones exigidas por Ordenanza á los de su empleo, y de los reglamentos del Cuerpo.

La prelación para ser admitidos fué por antigüedad de empleo, ocupando dos de cada tres vacantes que de dicha clase ocurriesen en el Instituto, y en el caso de que no hubiese excedentes, se les adjudicaría también las terceras; en la inteligencia de que los aspirantes de dicha procedencia, no podrían alcanzar dicho ingreso mientras los hubiese de la escala activa.

No siendo esto aún suficiente para nutrir de oficialidad al Cuerpo, y á pesar de haberse creado el Colegio para oficiales, de Jetafe, del cual oportunamente en capítulo posterior hablaremos y que dotó de un regular contingente de subalternos al Instituto, se dispuso en septiembre de 1897, que cuando la tercera parte de las vacantes de segundos tenientes que ocurrieran en la Guardia Civil, no se cubriesen con oficiales de las escalas activas de infantería y caballería, se admitan de las escalas de reserva, prefiriendo á los que pertenezcan á las del instituto respectivo.

A pesar de todo, el nutrirse de oficialidad el Cuerpo, ha constituído gravísimo problema en los últimos años. Desde que se iniciaron nuestras desdichadas contiendas coloniales, nunca hubo los necesarios aspirantes para pasar al Cuerpo, de las armas generales. En ellas, á las veinticuatro revistas en el empleo de segundo teniente y cuatro, cinco, á lo sumo seis años de primer teniente, se ascendía á capitán, mientras que en la Guardia Civil, á más del tiempo perdido antes de pasar al Cuerpo, veníanse llevando la oficialidad del mismo cinco años de segundo teniente y de nueve á once en el de primero. Tan enorme diferencia hizo, naturalmente, retraer á quienes pudiera entrar en sus cálculos el ingreso en el Cuerpo. Si á esto se une no encajar con la edad á que se sale de las academias militares, horizontes cual los que tiene la oficialidad del benemérito Instituto, propios de la madurez que sólo los años dan, se comprenderá fácilmente las dificultades que presentó y presentará siempre nutrirse la Guardia Civil de oficiales por el empleo de segundo teniente. Mientras funcionó el extinguido Colegio de Jetafe, en el que los sargentos de todas las armas, después de un limitado plan de estudios,

ascendían á segundos tenientes con destino al Cuerpo; mientras existió el contingente de las reservas y otras procedencias, en los que la característica edad era principalísima, el problema pudo ir sorteándose, pero se llegó al presente año 1907 con cerca de cien vacantes de subalternos en el Cuerpo, sin esperanza de cubrirlas, resintiéndose el servicio, repercutiendo en todas las manifestaciones de aquél, en una palabra, el problema era ya gravísimo, exigiendo remedios heróicos.

Y no puede culparse de ésto al Centro directivo. Cuantas soluciones pudieron darse al asunto, una tras otra, en forma de mociones, proyectos y gestiones de índole personal, se estudiaron y propusieron. Ninguna, por la inestabilidad que á los cargos ministeriales dió en los últimos años nuestra accidentada vida política, fué aprobada. A última hora, cuando ya el problema no admitía espera, la ley de 14 de febrero de 1907 ha venido á solucionarlo en forma que no somos los llamados á juzgar. Dice así ésta:

Artículo 1.° Las vacantes de segundos tenientes que ocurran en los cuerpos de Guardia Civil y Carabineros serán cubiertas, dentro de cada instituto, por sargentos de los mismos, que reunan las condiciones que se determinan.

Art. 2.° Se crea una academia especial en cada uno de estos cuerpos, en la que los sargentos de ellos que aspiren al ascenso á oficial puedan adquirir y probar los conocimientos necesarios.

Art. 3.° Los sargentos con buena conceptuación y conducta intachable que hayan prestado como indivíduos ó clases, cuatro años, por lo menos, de servicio del cuerpo, en comandancias precisamente, podrán solicitar el ingreso en la academia especial, en la cual habrán de cursar las materias que se señalen, en un año, con exámenes semestrales, formándose relaciones de los aprobados, al final del segundo semestre, por orden de notas de concepto.

Art. 4.° Los sargentos que hayan cursado y obtenido aprobación en las academias especiales, cubrirán las vacantes que ocurran de segundos tenientes en las plantillas de este empleo, en las escalas activas de sus respectivos institutos, como segundos tenientes de la escala de reserva retribuida y con servicio en activo.

Art. 5.° La mitad de las vacantes de sargentos que se produzcan en cada intituto serán cubiertas por elección entre los cabos de ellos que lo soliciten, que cuenten con dos años de efectividad en sus empleos, siete en filas, y de ellos cuatro, por lo menos, de servicio del Cuerpo en comandancias precisamente, y la otra mitad se reservará á la antigüedad sin defectos.

Art. 6.° Para el ascenso, por elección, á sargento, sufrirán los cabos un examen de tanteo, en los tercios ó subinspecciones, ante un tribunal compuesto del coronel y jefes de las comandancias y un capitán secretario. Este tribunal designará los que se hallen en condiciones de presentarse al concurso para el ascenso por elección, y los elegidos sufrirán el examen definitivo en las respectivas academias, en las que tomarán el número que les corresponda, según las notas de concepto que hubieran alcanzado, sirviendo este número para determinar el orden de preferencia.

Art. 7.° En el caso de no haber suficientes aspirantes de la clase de sargentos para cursar en las academias los dos semestres que se preceptúan en el art. 3.°, ingresarán desde luego en ellas los cabos que hayan obtenido más puntos en el examen para el ascenso por elección, hasta completar el número que falte de aquella clase, los cuales si fueren aprobados, irán cubriendo las vacantes de segundos tenientes que se produzcan en sus respectivos cuerpos, por el orden de prefencia que alcancen dentro de su promoción, y al llevar tres años de efectividad en el empleo de sargento; entendiéndose que, no perfeccionando su derecho, hasta transcurrido este tiempo, si durante él hubiere otros sargentos que llenen la perfección del suyo, éstos serán los que cubran las vacantes que se originen; unos y otros en las condiciones que se determinan en el art. 4.°

Art. 8.° Una vez extinguidos por ascenso los actuales segundos tenientes de los cuerpos de Guardia Civil y Carabineros, las vacantes de primeros tenientes que ocurran en las plantillas de los referidos cuerpos serán cubiertas con los de esta clase de las armas de Infantería y Caballería que lo soliciten, y con los segundos de nuevo ingreso ascendidos en las condiciones que en esta ley se determinan, otorgándose la primera vacante á los primeros tenientes de las armas citadas, y las segunda y tercera, al ascenso de los segundos tenientes procedentes de las academias especiales de los respectivos institutos, los cuales, al ascender á primeros, continuarán perteneciendo á la escala de reserva.



Guardia en traje de gala.
(Año de 1907).

Art. 9.° Los primeros tenientes procedentes del Ejército y los del mismo empleo ascendidos con arreglo á esta ley, figurarán en una sola escala, con la antigüedad de la fecha de su pase al instituto los primeros, y de su ascenso los segundos; pero haciéndose constar la procedencia. Unos y otros obtendrán dentro de aquella, por antigüedad, el ascenso á capitán y cuantos les correspondan, conservando siempre su denominación los de la escala de reserva.

Art. 10. Tendrán derecho á los beneficios ya concedidos ó que en adelante se otorgaren, por leyes de caracter general, á los oficiales de las escalas de reserva de las demás armas y cuerpos del Ejército, con

excepción del relativo al retiro, el cual obtendrán, precisamente, á la misma edad que los oficiales de las escalas activas de Guardia Civil y Carabineros.

Además, como artículos transitorios. disponía:

1.° Interín las academias antes citadas no den contingente con que cubrir las vacantes de segundo teniente en Guardia Civil y Carabineros, se proveerán éstas con los segundos tenientes de las escalas de reserva retribuida de ambos institutos que lo soliciten y con arreglo á las bases siguientes:

Primera. Que no excedan de cuarenta y nueve años y no tengan nota alguna desfavorable en sus hojas de servicios y de hechos.

Segunda. Para la colocación de los aspirantes se observará el orden siguiente:

a) Los que hayan ascendido por mérito de guerra.

b) Los que estén en posesión de la cruz de María Cristina; luego los que posean la cruz roja pensionada; después, los que tengan la cruz roja, y por último, los que no reunan estas circunstancias.

c) Dentro de cada caso, será preferido el más antiguo, y á igualdad de antigüedad, el de más edad.

Tercera. Los oficiales que obtengan estos destinos continuarán figurando en sus escalas de reserva respectivas, siguiendo el movimiento natural de ellas, y no cesarán los oficiales de la reserva de las demás armas é institutos del Ejército; esto no obstante, al cumplir la edad que para el retiro forzoso marcan las leyes á los oficiales de Guardia Civil y Carabineros, cesarán de prestar servicio en los institutos, continuando en sus escalas de reserva respectivas hasta que les corresponda el retiro por edad, con arreglo al art. 5.° del real decreto de 13 de diciembre de 1883.

2.° Las vacantes de segundo teniente que ocurran en las plantillas de las escalas activas de Guardia Civil y Carabineros, mientras no haya segundos tenientes de la reserva que las soliciten ni sargentos en condiciones de ascenso procedentes de las academias especiales, serán cubiertas por antigüedad, dentro de cada instituto, por sargentos aprobados en el examen que se señalará, los cuales pertenecerán á la escala de reserva y prestarán servicio en activo, con las mismas condiciones y ventajas que se señalan para los segundos tenientes procedentes de las academias expresadas.

3.° Cuando por falta de personal en las condiciones preceptuadas en el art. 8.° no pudieran cubrirse las vacantes de la clase á que el mismo se refiere, serán provistas con primeros tenientes de las escalas de reserva de los respectivos institutos, en las mismas condiciones y con las ventajas que se determinan en los artículos anteriores para los segundos tenientes de la indicada procedencia.

Tal es la ley por virtud de la cual ha de regularse en lo sucesivo el ingreso de oficiales en el Instituto. Votada en febrero no se puso en práctica hasta el mes de agosto, en que un centenar de sargentos del Instituto fueron examinados en la Dirección general por tribunal al efecto y ascendidos á segundos tenientes de la reserva fueron á cubrir en la siguiente revista las vacantes que en el Cuerpo existían.

Hasta que asciendan los actuales segundos tenientes de activo, no comenzarán á ingresar los primeros tenientes de las armas generales; para el decretado Colegio de sargentos no hay asignados hasta la fecha los precisos créditos, y teniendo en cuenta los plazos señalados en la ley para fijar las convocatorias, no es de suponer que el próximo año las haya. Todo hace deducir que la única finalidad de dicha ley será, que en lo sucesivo ingresen los oficiales en la Guardia Civil por la categoría de primeros tenientes de las armas generales. Y como van arraigando las orientaciones respecto al ascenso de las clases de tropa á la categoría de oficial y escala activa en condiciones determinadas, no sería aventurado predecir que á plazo no muy lejano se nutra el cuadro de oficialidad del Cuerpo con los primeros tenientes de las armas generales, dando un número de vacantes al ascenso de la clase de tropa. Sistema este mixto que si el cronista pudiera aventurar su opinión sería por el cual se inclinase, pues no cabe duda que así existiría con tal interpolación de procedencia un equilibrio en las escalas y dando porvenir á las clases de tropa, procedimiento para tenerlos sobresalientes.

Y sobre todo porque se asemejaría grandemente al primitivo del Cuerpo, que en realidad no han mejorado posteriores procedimientos.

Ascensos de tropa y oficiales.

Pocas líneas tenemos que dedicar á este inciso, por lo que se refiere á oficiales. En virtud de las vigentes disposiciones que regulan el ascenso de toda la oficialidad del Ejército, éste es por rigurosa antigüedad y mediante vacante en el empleo superior que lo motive. Del sistema de ascensos, mixto de elección y antigüedad, por el cual se rigió en un principio el Cuerpo, se saltó al actual. ¿Fué mejor aquél que éste? Dejamos la palabra al ya varias veces citado coronel señor La Iglesia.

Con el actual sistema de antigüedad riguroso—escribe—en virtud del cual, el oficial no está obligado á reconocer en su jefe otra superioridad que la de los años y la del grado, ¿no se habrá resentido algún tanto la buena disciplina? ¿no se habrá destruído todo noble estímulo y toda levantada aspiración?

Por las Reales Ordenanzas de 1768, aún vigentes en parte, se hacía indispensable, para obtener ascensos, "el invariable deseo de merecerlos y un grande amor al oficio.„ Hoy sólo se requiere el regular cumplimiento del deber y una buena dosis de paciencia para dejar transcurrir año tras año sin cansarse, hasta que figurando el propio nombre con el número uno en el escalafón respectivo, haya alguien del grado inmediato superior que sea baja por muerte, retiro ó ascenso.„

En cuanto á las clases de tropa, en la actualidad, se rigen sus ascensos por el reglamento de 15 de octubre de 1901.

Como recompensa y premio á los indivíduos que más se distingan por su buena conducta, disciplina, policía, constancia y aplicación, se les confiere el distintivo de guardias primeros. La elección se hace dentro de las comandancias, adjudicando las vacantes en las compañías que ocurran y siempre que en ellas haya indivíduos que reunan las expresadas condiciones, estando dispuesto, sean preferidos, los que lleven mayor número de años en el Cuerpo prestando servicio en puesto.

Tal distintivo no forma parte de la escala gradual de ascensos, pero en realidad es categoría superior al guardia segundo, toda vez que sustituyen á los comandantes de puesto por ausencia ó enfermedad y en todos los casos van siempre encargados de pareja.

Al empleo de cabo se opta por oposición dentro de cada tercio, entre todos los guardias, tanto de primera como de segunda clase, que se consideren en condiciones para obtenerlo, y para tomar parte en las oposiciones, son circunstancias indispensables:—Tener veinticinco años cumplidos de edad.—Llevar por lo menos cuatro años prestando servicio en el Cuerpo, y de ellos dos en puesto, sin desempeñar en este último tiempo destino de escribiente, ordenanza, ni otro alguno que les separe de aquel cometido.—Observar buena conducta y no tener nota alguna desfavorable en la filiación ni en la hoja de castigos y reunir condiciones de carácter para el mando.



Oficial en traje de servicio. (Año 1907).

Los conocimientos que se requieren para las oposiciones, son los siguientes: Leer bien en impreso y manuscrito. Escribir al dictado con la mayor corrección ortográfica.—Aritmética.—Obligaciones del soldado, cabo y sargento.—Instrucción táctica del recluta y sección.—Idea de los delitos militares y sus penas más comunes.—Honores, tratamientos, saludos y divisas.—Partes verbales y por escrito.—Idea del servicio de guarnición, en lo concerniente á guardias de plaza y rondas.—Los 11 primeros capítulos de la Cartilla y los Reglamentos militar y del servicio del Cuerpo.—Documentación de puesto.—Formación de un atestado y casos en que pueda hacerse.—Nomenclatura del armamento é ideas generales sobre teoría del tiro.—Deberes del secretario de un procedimiento.—Deberes y atribuciones del guardia como funcionario de la policía judicial. Los de caballería, deberán conocer además las enfermedades más comunes del caballo, hacer su reseña, partes de que se compone el animal y las de la montura.

Dicho examen lo verifican ante un tribunal que preside el coronel del tercio respectivo.

En cuanto al ascenso de los sargentos, es también por antigüedad, previo un examen de las materias expresadas anteriormente, que sufren cuando se hallan en el primer quinto de su escala.

Sueldos.

Pocas variaciones han sufrido los sueldos de la oficialidad y tropa de la Guardia Civil, desde su creación á la fecha. Hé aquí los que unos y otros disfrutan en la actualidad:

CLASES	DIARIO		MENSUAL		ANUAL	
	Ptas.	Cts.	Ptas.	Cts.	Pesetas.	Cts.
PLANA MAYOR						
Coronel Subinspector	25	»	750	»	9 000	»
Teniente Coronel, primer jefe de provincia	20	83	625	»	7 500	»
Comandante, 1.° ó 2.° jefe de idem	13	88	416	66	5 000	»
Capitán, segundo idem	9	16	275	»	3 300	»
Capitán, ayudante secretario	9	16	275	»	3 300	»
INFANTERÍA						
Capitán	9	71	291	66	3 500	»
Primer teniente	7	56	227	08	2 725	»
Segundo teniente	6	66	200	»	2 400	»
Sargento	2	86	86	»	1 032	»
Cabo	2	60	78	25	939	»
Guardia 1.°	2	49	74	75	897	»
Guardia 2.° y corneta	2	36	71	»	852	»
CABALLERÍA						
Capitán	10	55	316	66	3 800	»
Primer teniente	8	05	241	66	2 900	»
Segundo teniente	7	08	212	50	2 550	»
Sargento	3	41	102	50	1 230	»
Cabo	3	10	93	25	1 119	»
Guardia 1.°	3	03	91	»	1 092	»
Guardia 2.° y trompeta	2	90	87	25	1 047	»
GRATIFICACIONES						
De escritorio para provincia de 1.ª clase	»	»	33	33	400	»
De idem para idem de 2.ª idem	»	»	25	»	300	»
De idem para idem de 3.ª idem	»	»	20	83	250	»
De idem para Cajero	»	»	25	»	300	»
De idem para Habilitado	»	»	25	»	300	»
De idem para Ayudante	»	»	25	»	300	»
De idem para comandantes de puesto	»	»	2	50	30	»

Los capitanes disfrutan la gratificación de 480 pesetas de mando de compañía, y á los diez años de efectividad en sus empleos perciben anualmente los tenientes coroneles 900 pesetas, los comandantes 720, los capitanes 600 y los primeros tenientes 480. La oficialidad residente en Madrid disfruta además de las gratificaciones siguientes por concepto de casa: tenientes 60, capitanes 75, jefes 90.

La tropa 10 pesetas mensuales para los casados que no disfruten de pabellón.

Además de los sueldos antes expresados, los guardias y cabos disfrutan á los seis años de servicio en filas de un plus de 600 pesetas como cuota de cuatro años, más 25 céntimos diarios por tal concepto. Este plus se eleva á 50 céntimos diarios á los dieciseis años de servicios efectivos como voluntario.

Los sargentos, en concepto de premios, tienen 30 pesetas mensuales á los diez años de servicio, disfrutándolo hasta los dieciseis; de los dieciseis á los veintiuno se eleva á 40 pesetas, de los veintiuno á veinticinco á 50, y de esa época en adelante, á 60 pesetas.

Una ligera comporación entre la anterior tarifa de sueldos y la de la página 161, que es como allí vimos, los que tenían las diversas clases y categorías cuando el Cuerpo fué creado, dá lugar á no pocas consideraciones. Si el autor no vistiese uniforme y tuviese muy en cuenta aquel hermoso precepto de las sabias Ordenanzas que previenen "se manifestará siempre conforme con el sueldo que goza y empleo que ejerce...„ las haría, por ser muchas y contundentes las que aportarse pudieran. Pero ya que tales razones se lo impiden, no puede por menos de aportar juicios agenos sobre esta importante cuestión.

Todos los sueldos—escribe el precitado coronel señor La Iglesia—han experimentado alteración, y algunos muy notable, excepto los de coroneles y tenientes coroneles. Podían estos jefes, en 1844, considerarse bien retribuídos y hacer con desahogo, sosteniendo decorosamente la alta categoría de que estaban investidos, sus revistas reglamentarias y extraordinarias salidas que los incidentes del servicio exigiesen. Hoy, con la carestía sin cesar creciente de los artículos más necesarios para la vida; con demarcaciones menos extensas, ciertamente, que las primitivas, pero que comprenden un número de puestos doble, triple y aún cuádruple, tales dotaciones resultan á todas luces insuficientes. Y no digamos nada de nuestros actuales primeros jefes de la clase de comandantes, que con sueldo igual al de los de las demás armas é institutos, sus revistas reglamentarias y sus forzosos *gastos de representación*, son los de su clase peor retribuídos de todo el Ejército. De poco han servido los repetidos trabajos de la Dirección general para que se les asignara un sobresueldo; todas las propuestas del Centro directivo se han estrellado contra la palabra "economías„, que á diferencia del "Sésamo„ de *Las mil y una noches*, parece tener el triste privilegio de cerrar todas las puertas.

Estas diferencias son más de apreciar en las clases de tropa. El guardia segundo de infantería de 1844 era, con sus dos pesetas diarias, una especie de potentado entre los jornaleros y artesanos, con quienes podía compararse. Hoy, con sus 78 pesetas mensuales, la desventaja, evidentemente, está de su parte; sin contar con que los españoles de entonces vivían, por regla general, con una humildad y una modestia que, desgraciadamente, hemos perdido los de ahora, creándonos, en la mayoría de las clases, necesidades muy superiores á nuestros habituales recursos. Quizá este mal que corroe á la sociedad moderna, y que ha alcanzado á la española, no tenga grandes proporciones en la Guardia Civil; que no en vano se vive la vida de abnegación y sacrificio que, caracterizando á nuestros guardias, les hace olvidarse de su propio bienestar para impedir que nadie ataque el ageno; pero con todo, es indudable que la existencia modesta y patriarcal de nuestros mayores, propende á desaparecer de nuestras costumbres, y no hay para qué decir que con tal desaparición las necesidades de la vida son mayores.

Obligaciones generales como cuerpo militar.

En el poco más de medio siglo, que de vida lleva el Cuerpo, bien poco han variado las obligaciones que como instituto militar le señaló su reglamento, que el lector ha podido ver, por lo que á este punto concreto se refiere, en la página 175 y siguientes.

Hoy, como entonces, el guardia civil como soldado, es ajeno á toda responsabilidad cuando ha ejecutado bien y fielmente las órdenes de sus jefes, y todas las clases de tropa del Cuerpo deben saber, para cumplir y hacer observar en su caso á las que les estén subordinadas, las obligaciones generales que para sus empleos señalan las Ordenanzas del Ejército y los Reglamentos y Cartilla del Cuerpo. Del mismo modo cumplirán y harán cumplir cuantas órdenes reciban de sus jefes, y los guardias de primera clase, cabos y sargentos, como comandantes de los puestos, son los más directamente responsables de la policía y disciplina de sus subordinados, debiendo cuidar con especial celo de su aseo, compostura y buen porte, y vigilar csnstantemente su conducta y desempeño en el servicio.

En cuanto á las obligaciones de los diversos empleos del Instituto, bien pequeña ha sido su variación.

Las de los segundos y primeros tenientes, además de las marcadas á los de su clase en las Ordenanzas del Ejército, están determinadas en los Reglamentos y Cartilla del Cuerpo. Deben revistar y reconocer con mucha frecuencia y á lo menos una vez al mes, los puestos que de su sección dependan, y cada tres todos los pueblos de la demarcación de ésta; corrigiendo todas las faltas que noten y tomando repetidos informes sobre la conducta de sus subordinados y exactitud en el servicio que les está encomendado, consignando las providencias que adopten en el libro destinado á este objeto y poniéndolas igualmente en noticia del capitán de la compañía. En cuanto á los subalternos jefes de las secciones de caballería no afectas á escuadrón, tendrán con respecto á ellas y al territorio que abracen, los mismos deberes que se consignan á los capitanes.

Los capitanes con mando de compañía ó escuadrón tienen como tales á su cargo la vigilancia sobre el servicio, la instrucción, administración, policía y disciplina. Deben corresponderse directamente con los jefes de sus provincias, y son los más particularmente responsables del exacto cumplimiento de todos los deberes de sus respectivos subordinados: de su celo é incansable actividad dependen principalmente la exactitud en el servicio y el honor y buen nombre del Cuerpo.

Mensualmente revistan una de las líneas en que esté subdividida la demarcación que cubra la fuerza de su compañía ó escuadrón, fiscalizando todos los ramos de gobierno interior y servicio, con arreglo á lo prevenido en instrucciones vigentes. En los libros de providencias anotan las faltas que observaren en el cumplimiento de los deberes de sus subordinados, como asímismo las órdenes que para su remedio hubiesen dictado.

Aprovechando las revistas y todo el tiempo que el servicio les permita disponer, visitan los pueblos que radiquen dentro de la demarcación de su compañía ó escuadrón, por lo menos dos veces en el año, y

con mayor frecuencia según sea menor la población ó extensión del territorio.

Como ya se ha dicho, á las inmediatas órdenes del coronel figura un capitán con el cargo de ayudante secretario, siendo sus auxiliares en todos los trabajos y servicios, acompañándoles constantemente en sus marchas y revistas á las provincias de la demarcación del tercio.

Como representante del tercio, ante la administración militar, por cada uno se nombra un habilitado de la clase de subalternos, que desempeña en la capital del distrito las funciones que á este cargo imponen las Ordenanzas generales y reglamentos vigentes. Su nombramiento es anual á pluralidad de votos entre todos los jefes y oficiales del tercio, verificándose el escrutinio en la residencia del Subinspector, que preside la junta con arreglo á Ordenanza.



Guardia en traje de gran gala.
(Año 1907).

De toda cantidad que el habilitado reciba para cualquiera de las comandancias del tercio que representa, dá conocimiento por escrito é inmediatamente al jefe Subinspector del mismo, donde quiera que se encuentre; y á la vez noticia lo correspondiente á cada jefe de aquéllas, para que puedan hacerse cargo y realizar en la forma conveniente las cantidades que se les hayan designado. Para su seguridad deposita provisionalmente en las cajas de las provincias cualquiera cantidad que tenga en su poder perteneciente á las demás é ínterin no pueda remitirla á su destino.

En caso de quiebra ó desfalco de caudales, el habilitado queda sujeto, así como los jefes y oficiales que lo hubiesen elegido, á cuanto para estos casos previenen las Ordenanzas del Ejército.

La habilitación es un cargo obligatorio á todos los elegibles y por lo mismo no puede renunciarse ni ser reelegido antes de mediar un año.

En cada comandancia de primera se elige un capitán y un primer teniente en las de segunda, que se hace cargo de la caja, donde se custo-

dian los caudales que por todos conceptos se reciben, correspondientes á la fuerza y diferentes fondos de la misma.

La elección del expresado oficial se hace anualmente dentro del último mes del año económico, á pluralidad de votos entre todos los jefes y oficiales de la provincia, y en el orden que determinan las Ordenanzas generales, verificándose el escrutinio en junta presidida por el primer jefe de aquélla. Tiene la tercera llave de la caja y ejerce las funciones que para este cargo determinan las Ordenanzas y reglamentos vigentes.

Su cometido dura un año, pudiendo ser reelegido otro. En caso de quiebra, el cajero, así como los demás jefes y oficiales que lo hubiesen elegido, quedarán sujetos á lo que sobre este particular previenen las Ordenanzas del Ejército.

Los segundos jefes en las provincias, además de las funciones que á su cargo imponen las Ordenanzas del Ejército, son los encargados del detall y contabilidad y como tales tienen la segunda llave de la caja. Cuando el primer jefe sale de la capital por cualquier concepto del servicio, se encarga el segundo de la correspondencia de la provincia y despacho ordinario, dando de todo cuenta al jefe y cumplimentando cuanto éste le prevenga, y por enfermedad ó ausencia fuera de la provincia del primer jefe, desempeña el segundo el mando accidental de la misma, siendo substituído á su vez con arreglo á Ordenanza.

Los tenientes coroneles y comandantes primeros jefes en las provincias, con todas las atribuciones de mando que á este cargo corresponden, son los centros de acción de donde parte la dirección del servicio y administración de la fuerza designada á las suyas respectivas. Correspondiendo dignamente á la confianza en ellos depositada y que es inherente á tan importante mando; su perseverante y exquisito celo por el bien del servicio, su contínua movilidad, su justicia é imparcialidad, son las dotes que, elevando su concepto, sirven de escuela y de ejemplo á todos sus subordinados.

Una vez al año revistan minuciosa y detalladamente la fuerza de sus provincias, y si en cualquiera punto de su provincia ocurre novedad que reclame su presencia, se dirigen á él inmediatamente, remediando por sí lo que pudiesen dentro de sus atribuciones y dando parte á quien corresponda para la resolución competente.

Mantienen una correspondencia activa y directa con el Director general del Cuerpo para todo lo relativo al servicio y detall de la fuerza de su provincia, con extricta sujeción á las prescripciones vigentes. Tienen la primera llave de la caja y son responsables de su contabilidad y administración. Durante sus ausencias de la capital y si las circunstanlo exigieran, pueden hacer entrega de este cargo especial.

Dan conocimiento al coronel jefe Subinspector de cuantas novedades importantes ocurran en la fuerza y provincia de su mando, así como de las providencias que adopten para su mejor gobierno y administración, facilitándole además cuantos documentos y noticias les exija y necesite aquel jefe, como datos precisos á su ilimitada fiscalización. Siempre que el coronel jefe Subinspector residiese en el mismo punto, se presentan diariamente á darle parte de las novedades ocurridas y recibir sus órdenes.

En cuanto á los coroneles, inspección y mando sobre todos los ramos que constituyen el buen orden y administración de la fuerza de los suyos respectivos, no tienen limitación y comprenden hasta los menores detalles de su disciplina, instrucción, orden interior, administrativo, económico y servicio especial de la Institución; examinan con incansable celo si estos ramos se dirigen y gobiernan con arreglo á los reglamentos y órdenes vigentes y á las disposiciones del Director general, para que todo se halle en el estado que el bien del servicio y la reputación del Cuerpo exigen.

De cualquiera falta que notan en contradicción con los reglamentos y disposiciones vigentes ó que pueda lastimar la opinión del Cuerpo, dan inmediato parte al Director general, proponiendo, si necesario fuese, la suspensión de mando de cualquier jefe ú oficial á sus órdenes.

Como consecuencia natural de sus atribuciones, los jefes Subinspectores de tercio se consideran en *revista permanente*, y en tal concepto inspeccionarán los puestos que juzguen convenientes de las provincias que comprenda la demarcación del tercio de su mando, para imprimir la marcha debida á todos los ramos del servicio, revistando en dos años como máximum el tercio de su mando. Al terminarla remiten al Director general una Memoria extensa y detallada del estado de la fuerza en todos conceptos.

Aun cuando su residencia habitual debe ser en la capital del distrito ó centro de su tercio, podrán, sin embargo, trasladarla accidentalmente á cualquiera de las provincias de su mando, según lo consideren conveniente al mejor servicio, ó cuando circunstancias excepcionales lo exijan, dando cuenta al Director general.

Presiden las juntas que por todos conceptos hayan de verificarse con relación al tercio, teniendo en ellas voz y voto con arreglo á Ordenanza.

Tales son las obligaciones militares, en particular, de los diversos empleos. En cuanto á disposiciones de carácter general, la Guardia Civil en el servicio especial de su Instituto, se halla constantemente de facción, y por consecuencia, así los militares de cualquiera graduación que sean, como otras personas constituídas ó no en autoridad, deberán siempre á los individuos de este Cuerpo la consideración y respeto que para todo centinela determinan las Ordenanzas generales. Este Cuerpo, cuyo servicio peculiar es distinto del que prestan las demás tropas del Ejército, excepto en caso de guerra, nunca se considerará como parte de la guarnición de las plazas ni cantones en que se encuentre; por consiguiente, no hace más servicio que el propio de su Instituto, ni da guardia alguna que no sea en los cuarteles; pero en casos extraordinarios y á falta de otra fuerza pública, puede el gobernador en las capitales de provincia disponer que dé guardia este Cuerpo para custodiar los caudales públicos.

No estando declarada la provincia en estado de guerra, los jefes y oficiales de la Guardia Civil no pueden ser destinados por las plazas para vocales de consejo de guerra, defensores, fiscales ni secretarios de causas, más que en las que ocurran en el interior del Cuerpo: tampoco pueden ser empleados por la plaza como secretarios los individuos de la clase de tropa.

En las plazas ó guarniciones se toma el Santo por la Guardia Civil, enviando por él á un guardia. Los jefes Subinspectores lo recibirán en la misma forma que los demás jefes de plana mayor del distrito militar en que se encuentren.

Ningún indivíduo de este Cuerpo puede ser distraido de su servicio por concepto alguno: en casos de falta que motiven arresto, podrá imponérseles terminado aquél, dando conocimiento inmediato á sus jefes y también de la causa que lo haya producido. La Guardia Civil no puede tampoco ser empleada en la conducción de pliegos si no cuando alguna circunstancia extraordinaria y urgente lo hiciese absolutamente indispensable.

Las guardias y puestos militares se hallan obligados á prestar todos los auxilios que cualquier guardia civil les reclame en funciones de su especial servicio.

Disciplina.

Ya ha podido verse en el Reglamento militar, página 178, las prescripciones que respecto á disciplina se dictaron para el Cuerpo. Poco mas tarde de ser puesto en vigor aquel, entre las penas gubernativas que cual castigo se establecieron en el Instituto figuraron las multas sobre el haber de los indivíduos de tropa con sujeción á reglas fijadas por el Inspector general. La primera disposición relativa á tales castigos data del 14 de mayo de 1846: en ella se prevenía habían de servir las cantidades recaudadas por tales conceptos para reparaciones de armamento, socorros á inutilizados en función del servicio, resarcimiento de prendas inutilizadas en función del servicio, premios á los que se distinguieron por su intachable conducta, en una palabra en conseguir que esta mortificación moral y pecuniaria contra el guardia malo redundase en beneficio del bueno y del honrado.

¿Fué buena aquella clase de correctivo hoy derogado como parte del sistema gradual de castigos? Panegiristas tiene entre quienes conocieron sus efectos, recordando, el miedo grandísimo que existía entre aquellos veteranos no solo por ver mermados sus haberes con la imposición de una multa, si que también ante la vergüenza de que su nombre figurase estampado en la relación correspondiente.

En contraposición á quienes abrogan por aquel sistema afirmando mantuvo una excelente disciplina por muchos años, no faltan quienes afirmen todo lo contrario. En realidad cada época tiene sus costumbres, sus necesidades y son distintos los medios coercitivos que la sociedad puede y debe imponer.

Actualmente ha variado por completo cuanto á disciplina se refiere, pues vigente el Código de Justicia Militar aprobado por real decreto de 27 de septiembre de 1890, quedan derogadas todas las leyes y demás disposiciones relativas á organización y atribuciones de los tribunales de guerra, leyes penales del Ejército y cuantas se opongan al cumplimiento de dicha ley, solamente ésta es la que se aplica en todos los cuerpos é institutos del Ejército, confirmándose lo expuesto en la real orden de 5 de febrero de 1891 se dispuso quedasen derogados los reglamentos especiales de Guardia Civil en cuanto se opongan á dicha ley, sin perjuicio de las amplias facultades que han de tener los jefes para el castigo

de faltas leves, y quedando expedita la acción gubernativa para expulsión del Cuerpo de aquellos indivíduos cuya continuación se considere inconveniente ó perniciosa.

La real orden de 29 de febrero de 1892 marca que en la Guardia Civil, los coroneles Subinspectores podrán aplicar las correcciones que determina el art. 311, así á los oficiales como á las clases de tropa, y que en cada comandancia los primeros jefes podrán imponer veinticuatro horas de arresto al segundo jefe, cuarenta y ocho á los capitanes y subalternos y ocho días á las clases é indivíduos de tropa; los segundos jefes veinticuatro horas á los capitanes y subalternos y seis días á las clases de tropa; el capitán de compañía ó escuadrón veinticuatro horas en su casa á los oficiales y tres días á las clases de tropa; los jefes de línea cuarenta y ocho horas, y los comandantes de puesto veinticuatro á sus respectivos subordinados; en la inteligencia, de que todos han de dar conocimiento del ejercicio de tales facultades al jefe inmediato, pudiendo éste aprobar, guardar ó revocar dichos correctivos, que participará con igual objeto á su superior, quien los transmitirá á su vez del mismo modo, sin otra excepción que los impuestos por los coroneles Subinspectores, de las cuales sólo se dará cuenta al Director general del Cuerpo.

Derechos pasivos.

Desde que fué creada la Guardia Civil por el carácter esencialmente militar que se le dió, quedaron, y aún están sus indivíduos, con idénticos derechos á retiros é ingreso en Inválidos que los demás del Ejército, como igualmente sus viudas é hijos á disfrutar de las pensiones señaladas por las leyes y reglamentos para las de todos los militares.

El desamparo en que quedaban las familias de los indivíduos al fallecer éstos, movió al insigne fundador del Cuerpo á buscar, en lo posible, medio de remediarlo. Del fondo llamado de multas, se entregaba cuatro ó cinco mil reales á las familias de los fallecidos en función del servicio; más tarde estos auxilios se hicieron extensivos á prudenciales casos, y por último, la inagotable caridad y compañerismo de los indivíduos, se traducían en constantes suscripciones de índole privada para allegar con ellas algunos recursos á dichas familias.

Esto, aunque loable por su finalidad, daba lugar á no pocos abusos y á que tales actos de caridad no alcanzasen por igual á todos, naciendo de ésto la reglamentación de tan hermosa virtud con carácter obligatorio, y en forma de las actuales Sociedades de Socorros mutuos de jefes, oficiales y tropa.

El reglamento de la de oficiales fué aprobado en 1.° de enero de 1875, siendo Director del Cuerpo el general Cotoner.

Es el objeto de ella, según preceptúa el artículo primero del reglamento, suministrar á las familias de los jefes y oficiales que fallezcan, un auxilio pecuniario é inmediato con el que puedan cubrir los gastos de entierro y funeral del finado y atender á sus propias necesidades hasta que empiecen á percibir la pensión de Montepío á que tengan derecho, ó dispongan su modo de vivir.

Componen la Sociedad todos los jefes y oficiales de la Guardia Civil que pasen revista en las comandancias y tercios del Cuerpo en la Pe-

nínsula, y los colocados en la Dirección general; los que hallándose de reemplazo ó de supernumerarios quieran pertenecer á la Sociedad. Los generales ó brigadieres procedentes del Cuerpo y los jefes y oficiales retirados que siendo socios quieran continuar. Los jefes y oficiales de otras armas del Ejército y sus asimilados que prestaban sus servicios en el Cuerpo á la creación de la Sociedad, y los que en lo sucesivo los prestaren, si voluntariamente lo desean.

Para intervenir y resolver sobre todo lo concerniente á la Sociedad, se constituye con el nombre de *Junta ejecutiva* una comisión que bajo la presidencia del Director general del Cuerpo, la componen el Secretario de la Dirección como vicepresidente, siendo vocales natos de la misma los jefes del 1.° y 14.° tercios y los de las Secciones del personal y de contabilidad de la Dirección, con un oficial de ella que desempeñará las funciones de secretario.

Esta Sociedad no cuenta con fondo alguno. Al tenerse conocimiento, por relación mensual que publica el periódico oficial del Cuerpo, de los socios fallecidos, se descuenta á cada asociado dos pesetas cincuenta céntimos por defunción.

La cantidad que resulta después de cubiertos los gastos del entierro y funeral del socio fallecido hasta el completo del socorro, se distribuye por iguales partes entre la viuda y los hijos habidos en los diferentes matrimonios.

El socio viudo sin hijos, legalmente reconocidos, ó soltero que se halle en igual caso, puede designar en su testamento la persona que á su fallecimiento deba obtener los beneficios que la Sociedad proporciona.

Las comandancias á que están afectos los socios que fallecen, se hallan autorizadas para entregar inmediatamente á sus familias, si lo solicitan, 500 pesetas á cuenta de la derrama, con el fin de que obtengan brevemente los beneficios de la Asociación.

La de tropa funciona análogamente á la de oficiales, con la única diferencia de que la cuota por fallecido es de 10 céntimos únicamente.

De ella son socios obligatorios todos los indivíduos del Cuerpo, así como los que ingresen, los retirados con sueldo del mismo por cumplir la edad reglamentaria, y los licenciados por inutilidad adquirida en función del servicio que deseen continuar perteneciendo á ella.

También conservarán el derecho de continuar figurando como socios todos los indivíduos de la clase de tropa que al ser bajas por cualquier concepto en las comandancias, cuenten quince años de permanencia en el Cuerpo.

Tales son las filantrópicas sociedades de que con razón puede enorgullecerse el Cuerpo, creadas como fueron en épocas que eran desconocidos ó muy raros tales esfuerzos de mutual interés. El funcionamiento no puede ser más sencillo ni más hermosa su finalidad. ¿Pero en la época actual hay unanimidad de criterio respecto á su desenvolvimiento?

Faltaríamos á la verdad si dijésemos que esta Asociación, puramente particular, se desenvuelve hoy á satisfacción de todos los asociados. La pérdida de las colonias aportó á ella un regular contingente de socios, que mientras permanecieron en Ultramar, no pertenecían á ella y que al ingresar la mayoría, si no en el ocaso de su vida muy próximo á

él, lo hicieron con notable perjuicio de quienes pagaban sus cuotas desde el comienzo de su vida militar; el ingreso de personal determinado, que sólo pertenece al Cuerpo mientras sus servicios presta en él, ingreso legal sí, pero respecto al cual se hacen las anteriores apreciaciones; los casos de socios que por ser solteros y morir abintestato, sus sacrificios anteriores resultan estériles; la elevación notable de defunciones, proporcional á los grandes aumentos que el Cuerpo ha tenido desde que se fundó la Sociedad, aumento que constituye una suma de cuotas que se traducen en un descuento de consideración en los haberes y sueldos; las probabilidades de que vaya creciendo en lo sucesivo y otra porción de concausas, hacen que desde largo tiempo véngase exteriorizando un ansia de reforma en el funcionamiento de tales sociedades.

Pero también sería estar fuera de la realidad, creer que el problema tiene fácil solución y que pueden sustituirse dichas sociedades por otras, sin graves quebrantos y perjuicios. Hay legítimos intereses creados que deben respetarse legal y moralmente; se han exteriorizado por campañas periodísticas, hechas únicamente con vistas al aumento de suscripciones, soluciones que lanzadas sin números resultan maravillosos proyectos y en realidad son engendros de acaloradas ó interesadas fantasías.

En una palabra, las sociedades actuales realizan un fin altruista, podrán tener defectos en su desenvolvimiento; se exigirán reformas en los procedimientos, hijos de concausas, que no pudieron preveerse, pero resolver el problema á gusto de todos es muy difícil, por no decir imposible

CAPITULO VII

Uniformidad.—Armamento y equipo.—Remonta.

Alteraciones introducidas en el uniforme del Instituto — El mal llamado uniforme de la República.— Otras modificaciones.—Juicios.—Uniforme actual.— Armamento y equipo.—Cartilla de uniformidad — Sistemas de remonta.—El Depósito de Jefe —Cómo se remonta actualmente el Cuerpo.

Una ligera ojeada comparativa entre la primera cartilla de uniformidad dictada á raíz de la creación y la que actualmente está en vigor, demostraría que pocas y pequeñísimas son las alteraciones introducidas en el típico y genuino uniforme de la Guardia Civil—descrito en la página 159—desde el año 1844 á la fecha. Mientras en las demás armas y cuerpos, las variaciones en toda clase de prendas se han sucedido con pasmosa rapidez, en el Instituto, afortunadamente, por bien de todos no ha ocurrido así. Las corrientes innovadoras que avasallándolo todo en diferentes épocas parecía, nada era capaz de contenerlas, desviáronse siempre, por lo que al uniforme del Cuerpo se refiere, gracias á la persistencia y unificación de criterio que siempre dominó en el Centro directivo.

Legalmente, con las disposiciones pasadas y vigentes á la vista, el uniforme actual es el mismo que el de la creación, salvo pequeñísimas modificaciones. Y sin embargo ¡qué diferencia más grande del primitivo al actual! El sombrero, la levita, el pantalón y casi la totalidad de las prendas, tienen en la vigente cartilla de uniformidad, dimensiones, forma y materiales de composición, iguales á los que aparecían en la dictada el año 1844. A pesar de ello, diríjase una ojeada á los grabados que intercalados van anteriormente, y después de ello véase si teníamos razón al decir que la diferencia es inmensa.

El primitivo sombrero con su pala posterior de 85 milímetros de altura, picos caídos de 10 centímetros de largo, á contar desde la copa,

que daban imponente y majestuoso continente al indivíduo, ha ido achicándose hasta quedar reducido al minúsculo, hoy de generalizado uso; al elegantísimo siempre y reglamentario pantalón recto, ha sustituído el abotinado, y conocido con oriental calificativo; la levita de faldones 15 centímetros sobre la rodilla, práctica para ocultar inevitables brillanteces hijas del uso, y al propio tiempo de severo, irreprochable y elegantísimo porte, ha ido achicando aquéllos hasta casi desaparecer, dejando los bolsillos del pantalón al descubierto y en disposición de poder meter cómodamente las manos para que el sable vaya estorbando la marcha. En una palabra, mientras la letra de la cartilla de uniformidad, no ha cambiado el transcurso del tiempo, ha variado el uniforme, convirtiendo las prendas primitivas en otras de igual denominación y forma parecida, pero que dan conjunto completamente distinto, y á nuestro juicio, con mengua de ese *algo* externo que no poca influencia ejerce sobre las masas.

Alteraciones en el uniforme.—El del general Infante.—El mal llamado de la República.

Ya hemos dicho que son muy pocas las alteraciones introducidas en el uniforme del Cuerpo, desde su creación á la fecha. Como principales, tenemos que señalar las importantes modificaciones que por reales órdenes de 28 de noviembre de 1854, estando al frente de la Inspección el general Infante, se llevó á efecto y la de 15 de enero de 1873, siendo Director el teniente general D. Cándido Pieltain, que se introdujo en la cartilla de uniformidad y que dió lugar al uniforme cuyos modelos ha podido ver el lector en las páginas 241 y 249 de este libro y que sólo se llevó desde la fecha citada hasta el 23 de marzo de 1875, que á propuesta del general Cotoner, Director del Cuerpo, fué restablecido el primitivo y actualmente en uso.

Antes de exponer los fundamentos que informaron su uso y cuales fueron, conviene hacer una aclaración. Son, desgraciadamente, mal llamados "Uniforme de la República„ lo que ha hecho—según hemos varias veces oído—que fracasasen siempre los intentos de restablecerlo, á pesar de reconocerse sus ventajas y por fuerza del calificativo. Pero es el caso, que uno y otro uniforme, que tienen entre sí grandes puntos de semejanza, como podrá verse, fueron, el primero dispuesto su uso en el reinado de D.ª Isabel II, y en cuanto al segundo, siendo D. Amadeo I rey de España y Ministro de la Guerra el general Córdova, fué usado en España durante el período revolucionario que sucedió á la abdicación de D. Amadeo I de Saboya hasta la proclamación en Sagunto de D. Alfonso XII. Resulta, pues, que ambos uniformes, que en realidad sólo son uno por los grandes puntos de semejanza que tienen y espíritu que los informa, no se deben á la República, como generalmente se cree y no pocas veces hemos visto escrito, al lanzar amorosos requerimientos, sin duda para hacer olvidar las negruras de tristes jornadas, por que el Instituto atravesó bajo aquel desenfrenado régimen popular.

Veamos ahora en que consistieron aquellos uniformes.

Natural era, que un inspector de la firmeza de caracter y arraigo en sus convicciones, como de sus obras despréndese fué el organizador del Instituto Duque de Ahumada, en el lapso de casi diez años que estuvo

la primera vez al frente del mismo, no introdujese alteración alguna en el uniforme que por indicación suya se había dotado á la Guardia Civil.

Pero su sucesor el teniente general D. Facundo Infante desde que se hizo cargo de la Inspección (1 agosto 1854) encaminó sus trabajos principalmente á modificar aquellas prendas que por la práctica veíase era necesario efectuar, y libre como estaba de los perjuicios naturales que el Duque de Ahumada había de tener.

En 5 de octubre del año citado elevó respetuosa comunicación al Ministro de la Guerra proponiendo la variación de algunas prendas, y supresión de otras, teniendo como principal objetivo—según decía—"disminuir gastos, suprimir lo supérfluo y aligerar el peso del soldado„. Su propuesta fué aceptada y el 28 de noviembre del expresado año 1854 se le autorizaba de real orden, con el considerando anterior para que dispusiera la variación del primitivo uniforme.

He aquí los términos en que tal modificación se hizo y que copiamos de la circular que con tal objeto fué dictada.

"Se suprime—decía—la casaca de gala, pantalón de punto blanco y botín alto de paño azul turquí en la infantería; las mismas prendas de pantalón y casaca en la caballería, y además las botas de montar que por costosas é incómodas la esperiencia ha hecho conocer la inutilidad de su uso. Tambien se suprimen las tapa-fundas, mantilla y maleta de gala. La levita será de paño azul turquí con solo una carrera de botones, el cuello abierto, y de grana igualmente que las vueltas, hombreras y vivos; el largo del faldón cuatro dedos por encima de la rodilla. Pantalón gris oscuro de paño marengo con vivo de grana, y en la caballería con sobre-bota de cuero, trabilla de lo mismo y dos botones de metal dorado á cada lado. Para reemplazar la capota esclavina en la infantería, sobre todo de paño verde oscuro con hombreras y vivos de grana, cuello alto y dos carreras de botones de metal blanco; esta prenda cuando se use estando de servicio se llevará puesta por encima del correaje. La chaqueta bayeta amarilla se reemplaza por otra de paño marengo gris oscuro con botones de metal negro. La cartuchera será de forma inglesa, pendiente del cinturón, con dos correas que pasen por encima de los hombros en forma de tirantes, cruzadas por la espalda. El sable de infantería solo lo usarán los guardias cuando vayan sin las demás armas, pendiente de un cinturón por un tahalí colocado al costado izquierdo. En el correaje de caballería se suprime la bandolera de la fornitura por no tener uso en el cuerpo. Los señores oficiales usarán en actos del servicio y á caballo, espada igual á la que llevan en el Cuerpo los del arma de caballería, así como la sobre-bota en el pantalón; y para abrigo en vez de la esclavina, capote en un todo igual á los que en la actualidad usan los de caballería.„

Este uniforme fué acogido con gran aplauso, por considerarse verdaderamente más práctico que el primitivo para el peculiar servicio del Instituto, salvo el pantalón de paño marengo, que por lo manchadizo se consideró poco conveniente y fué sustituído por otro de igual paño que la levita.

Pero el 12 de octubre de 1856, era nombrado nuevamente Inspector del Cuerpo, el Duque de Ahumada, el 13 tomó posesión del cargo y dos

días después, el 15, aparecía la circular restableciendo el primitivo uniforme, suprimiendo el anterior y disponiendo el uso de todas aquellas prendas, que una real orden, apenas hacía dos años, había considerado supérfluas.....

Expuesto lo anterior, pasemos á la segunda tentativa hecha para suprimir prendas y modificar otras, hecha en época, como hemos dicho, de D. Amadeo, y fundamentándose en casi idénticas razones como idéntico casi también era el uniforme.

"He dado cuenta al Rey—decía en el preámbulo del decreto el citado ministro al Director del Instituto, general Pieltain—de la comunicación que V. E. dirigió á este Ministerio en 14 de agosto, proponiendo las modificaciones que ha creído conveniente se introduzcan en las prendas de vestuario y equipo del Cuerpo de su cargo, atendido al excesivo coste de ellas con relación al sueldo que disfrutan los indivíduos; y considerando que las reformas consultadas proporcionan economía á la par que comodidad, sin disminuir el brillo y prestigio del Cuerpo, respetando el sello tradicional de la Institución; S. M. se ha dignado aprobar las que se expresan en la adjunta relación, las cuales deberán llevarse á efecto con la mayor economía posible y el menos gravamen para los oficiales é indivíduos de tropa. Al propio tiempo ha tenido por conveniente autorizar á V. E. para que modifique el cuello de la levita, adoptándolo vuelto, procurando así á los guardias mayor desahogo en el fatigoso servicio que desempeñan. Es, así mismo, la real voluntad, que antes de resolver la consulta relativa á la supresión de la visera y cogotera que tiene la funda blanca del sombrero, remita V. E. á este Ministerio, lo antes posible, un sombrero con dicha funda, á fin de que el Director general de Sanidad Militar, oyendo á la Junta superior facultativa del Cuerpo, manifieste si para evitar la acción directa de los rayos solares sobre los ojos y el cuello, es conveniente el sostenimiento de la indicada visera y cogotera ó si puede prescindirse de ella.„

Y he aquí las alteraciones que por la real orden, cuyo preámbulo antecede, se introdujeron en el uniforme, quedando el que ha podido verse en las páginas citadas.

En la gorra de cuartel de la caballería del Cuerpo, fué suprimido el galón blanco, quedando con la roseta ó sol que tenía en el casco, del mismo galón blanco, siendo extensivo el uso de esta prenda para ambas armas. Se suprimieron las prendas que constituian la gran gala del Cuerpo, consistentes en casaca, calzón de punto blanco y botín de paño azul tina. Fué modificada la levita con la supresión de la solapa, quedando abrochada en el centro del pecho con una hilera de nueve botones y acortados los faldones de las de infantería á las mismas dimensiones que las de caballería. Para los días de gala se adoptó el pantalón de corte recto con franja color grana de cinco centímetros de ancho y suprimiéndose el vivo en el de uso diario. La polaina de carretera se recortó hasta quedar por bajo de la rodilla, en donde debía sujetarse por una correa negra con hebilla. El material de suela que se empleaba para la bota de montar, fué sustituido por el de becerro, haciéndose extensivo el uso de esta prenda á todos los oficiales del Cuerpo.

A la infantería se le dotó de borceguí para población y un zapato de

tacón con media suela sobrepuesta para el servicio en despoblado. Por conveniencia al mejor servicio se disponía dotar la fuerza de infantería con rewólver como lo estaba la de caballería. Se alijeró la cartuchera en las bandoleras, reduciéndose también el ancho de la correa á las mismas dimensiones de la del cinturón, suprimiéndose la chapa y colocándose la cartuchera en el cinturón del sable.

Para reconocimiento de documentos y otros usos en el servicio de noche, se dispuso fuesen provistos de una linterna cada pareja. El guante blanco debía usarse solamente para el servicio en población, y para cuando se preste en despoblado durante el tiempo frío, se adoptó el de estambre color verde. Continuaba el uso de la esclavina con la variación de su color, que se disponía fuese el azul tina igual al del uniforme.

El gobierno de la República dispuso el 19 de septiembre de 1873, en este uniforme, la supresión del cuello vuelto y la corbata blanca con él usado, por lo mucho que manchaba el fusil al primero y las dificultades que la segunda presentaba, poniéndose á la levita cuello alto encarnado y abierto. Con esta modificación, y la autorización concedida en febrero del mismo año para usar la típica alpargata del Ejército en las operaciones de campaña, siguió el Cuerpo usando tal uniforme hasta el 23 de marzo de 1875 que como hemos dicho fué restablecido el primitivo.

Algunas modificaciones.

Pocas son después de las expuestas, las alteraciones ó modificaciones introducidas en el uniforme que podemos señalar. Redúcense á pequeños detalles que casi no merecen la pena de ser señalados. Tales son los números en el cuello, designando el ordinal correspondiente al tercio en que se sirve, y dispuestos poner por real orden de 29 de julio de 1889—contra los que está la opinión general por considerarlos causa de cantonalismos contrarios á la unidad de miras—; la sustitución en 30 de mayo de 1891 de la espada de montar que usaban los jefes, oficiales y tropa por el actual sable modelo 1888; el disponerse en 19 de octubre de 1892 que las fuerzas de Baleares llevasen las iniciales C. B. en el cuello en vez de números; la sustitución en la caballería del guante blanco por el gris para el servicio en 27 de agosto de 1895 y autorización en 7 de mayo de 1897 á los oficiales de llevarlo á diario de algodón ó gamuza; el disponerse al ser modificado el reglamento general de uniformidad para el Ejército que á pesar de lo en él dispuesto los jefes y oficiales llevasen constantemente sable ó espada; el autorizarse por circular de 18 de mayo de 1899 usar para con el traje de diario un sombrero de hule con armazón de cartón ó tela encolada que después se ha dejado solamente para servicio ó días de lluvia; la supresión en agosto de 1899 del boca-botín que evitaba el roce de la bota de montar con el pantalón; los uniformes de verano dotados á varias regiones en 24 de julio de 1901, de algodón azul tina, forma igual al de diario, variado en julio del año siguiente, disponiéndose sea de tela azul semejante al *guingón* de Filipinas, variándose la forma de la prenda de cuerpo; el de la sección de ciclistas organizada en Madrid, de la que ya hablamos, y en fin, como hemos dicho otras pequeñísimas alteraciones que no merecen la pena de citarse.

Por último, señalaremos el intento hecho, siendo Director general

D. Luis M. de Pando y ministro de la Guerra D. Valeriano Weyler, en que se propuso la sustitución de la levita por una guerrera de dos hileras de botones, cuello alto encarnado, bolsillos á los costados y autorización á los oficiales para usar gorra teresiana fuera de los actos de servicio.

Dicha propuesta del general Pando, fué aceptada por el ministro de la Guerra, pero habiendo vuelto á la Dirección para que se incluyese en ella la concesión de poder los oficiales usar también pelliza como prenda de abrigo, en vez de la capota, en ese tiempo salió del Ministerio el general Weyler y quedó relegada al olvido dicha interesante modificación.

Juicios agenos.

Por las mismas razones que el autor expuso al hablar de sueldos, se vé imposibilitado de emitirlos en esta cuestión de uniformidad. Pero sería quedar imcompleta la materia dejando de traer los agenos.

En primer término, desde hace tiempo viene exteriorizándose en contínuas campañas periodísticas, que unánimemente hacen todos los periódicos profesionales y hasta los políticos en crónicas, sueltos é informaciones, la necesidad de dotar al Cuerpo de un uniforme de verano, cómodo, sencillo y adecuado al servicio que presta en todas las regiones.

No son menores por su continuidad y viveza los hechos á favor de que el uniforme actual de diario y gala sea modificado, siguiendo las corrientes que en todas las naciones van en busca, de uno adecuado al ambiente en que cada arma desarrolla sus funciones. En la imposibilidad aun de extractar todas las opiniones y proyectos que en los periódicos se han publicado, he aquí una, que aun cuando vió la luz sin forma en un periódico militar, se atribuye á un jefe de los mas jóvenes y entusiastas del Cuerpo, que á nuestro juicio merece ser recojido por los razonamientos que expone para ir á parar al uniforme cuyo proyecto presenta, y del cual prescindimos por salirse de la índole de esta obra.

"Hasta hace poco tiempo—escribe—el uniforme del Ejército en general era intransformable lo mismo en una época que en otra del año, diferenciándolas tan sólo el uso del abrigo, según los cuerpos, que era autorizado en las plazas, de ciertas á ciertas horas, señaladas en la orden de las mismas y con arreglo á las condiciones del día á juicio del gobernador militar.

Hoy todo ha cambiado y no se supedita como entonces á la visualidad la comodidad del personal.

La gorra teresiana; la diversidad de prendas de abrigo utilizadas á juicio del interesado; la guerrera; el espadín; el impermeable, permitido en recientes maniobras, hasta en formación, y los trajes adecuados de verano y campo para comisiones topográficas y fuerzas que han de hacer una relativa vida á la intemperie, son las características de la época en las armas de combate y en Carabineros; pero en la Guardia Civil, que es la fuerza que vive constantemente en el campo, que todos sus servicios se desenvuelven entre las rudezas del sol, del agua y del polvo; que sabe cuando sale, pero no cuando regresa á sus hogares, es la Cenicienta del cuento que no tiene hada que de ella se apiade por un tonto error de interpretación sobre la tan cacareada fuerza moral.

¡Oh, la fuerza moral! Cuán pueril, por no llamarle otra cosa, es la

creencia de que la Guardia Civil actúa mejor ó peor en el ánimo de las gentes con quien interviene, por llevar en todo tiempo el modesto tricornio y el carísimo é incómodo uniforme de hoy, más propio para una Guardia Civil urbana y hasta para un cuerpo de lujo, que para perseguir malhechores. escoltar trenes y comer y dormir en los montes.

Antaño rendían, según queda dicho, gran culto á la uniforme presentación, y entonces libráranos Dios pretender para nosotros comodidades, aun siendo lógicas, que aquéllos no tuvieran; mas ahora no existe razón alguna para que se nos sacrifique en aras del simple buen ver, cuando de paso se nos multiplican y hacen más penosos los servicios.

Y volvamos á lo de la fuerza moral, que algunas gentes sin ideas prácticas suele atribuir á detalles de indumentaria.

¡Qué equivocados están los que así discurren!



Sección de caballería.—(Año 1907.)

La fuerza moral á que nos referimos es cualidad abstracta, inmaterial, de orígenes diversos; es simplemente la consecuencia de hermosas acciones ejecutadas por un indivíduo ó corporación, sin que influya en ello para nada el que sus vestiduras resulten más ó menos lucidas, ni sean negras ó azules. Estriba tan sólo, como sabiamente lo establece la Cartilla del Guardia Civil—artículos 3.°, 4.°, 5.°, 7.°, 15 y otros—en la acrisolada honradez, en la abnegación y en la seriedad de costumbres y de procedimientos.

Quien esto escribe lleva muchos años de practicar en filas, y en for-

ma muy activa, toda clase de servicios del Instituto, gozando siempre su fuerza grandes prestigios, que no debieron nunca al tricornio, á la levita ni á la aparatosa presentación, sino á la labor justa, seria y ruda, amparada y sostenida vigorosamente en los trances difíciles por los superiores jerárquicos, como hoy se hace hasta donde se puede.

Saturando esas energías de arriba con un saludable y oportuno rigor para el indivíduo que olvide la austeridad y esfuerzo que en esta Institución se requiere, mantendremos vivo el buen espíritu del personal, con cualquier uniforme que use, logrando á la vez, en todo tiempo y ocasión, el resplandecimiento de su fuerza moral.

Mas si, á consecuencia de vigorosas acciones ejecutadas por esos guardias en bien de la salud pública, se abaten los poderes, se vulnera y endulza la justicia ó se abandona en cualquier forma al que cumplió para halagar bastardos intereses ó falsas corrientes de opinión, iniciadas por cuatro vocingleros, entonces sí que hará falta proveerles de un ropaje santo que, apoyado en la fe que inspire, les salve de la muerte moral.

Es altamente baladí seguir manteniendo aquellas ideas, hijas tan sólo de una preocupación tradicional, y conviene, en alto grado, cambiar de rumbos para aliviar con un poco de comodidad parte de las penalidades.

Ningún cuerpo extranjero similar de la Guardia Civil mantiene, con el rigor que aquí, un vestuario tan caro, tan molesto y tan manchadizo, ni persona alguna emplea para viajes, caza ó trabajos de campo colores ni prendas parecidas á las que aquí se llevan.

No existe mortal español que no sepa que el guardia y el oficial viven en contínuo movimiento, interviniendo á cada paso en asuntos varios, y que necesita prendas que no le mortifiquen ni le enfermen.

Pues es todo lo contrario: dispone de un traje negro con cabos blancos y grana y correaje amarillo, que con las aguas destiñe, manchando su uniforme.

Va ceñido y molesto dentro de una levita con dobles solapas sobre el pecho, que lo ahogan en verano, sin disponer siquiera de la pequeña comodidad de poder llevar nada en sus bolsillos, como lo necesita el que viaja.

Cubre su cabeza con un sombrero caro y que derrite los sesos, sin reservas efectivas para el sol ni para el agua.

Disfruta por armamento para subir y bajar en coches y trenes, revolverse y actuar entre grupos de gente, espesuras de bosques, tabernas ó estrechas habitaciones que registre, etc., etc., de un hermoso y poco manuable fusil Mausser, propio sólo para la guerra, con su machetito, que puede servir al guardia para que lo maten con él durante algún tumulto, por lo fácilmente que se cae ó se saca de la vaina, aprovechándose de hallarse distraido y, en cambio, no le utiliza para despejar de ramas y zarzas los mil sitios difíciles que ha de cruzar.

Y por si algo más necesita para estar incómodo en el campo y andar leguas y leguas sin refugio, dispone de una amplia costosa capota que lo convierte de gallardo en jorobado, que actúa todo su vuelo sobre un gran corchete y éste sobre la garganta, donde pesa, embarazando mo-

vimientos cuando va mojada, rasgándose en el monte con facilidad suma, enganchándose y sirviendo de estorbo en todas partes, y, por último, cuando hace viento, sirve para envolvérsele en la cabeza, dejando, en cambio, al descubierto la parte de su cuerpo que debía abrigar. Menos mal si esos remolinos de aire no guardan tal gracia para cuando están examinando ó deteniendo á alguien, porque, de suceder entonces, dan facilidades á sus contrarios para proporcionarles un disgusto, aprovechando la lucha entablada para defenderse de las alas de esa prenda de abrigo ó lo que sea.

No hablemos de las polainas, que no pueden ser peores; ni de la falsa colocación de la cartera, que, á más del tiro molesto que hace sobre el cinturón por delante, no permite hacer uso de ella con la facilidad que se requiere en los casos precisos.

¿Y qué puede pedírsele al oficial en materia de estética, cuando marcha al frente de su fuerza, espada en mano, y la capotita da en juguetear? Nada, no le den vueltas á la cosa los enemigos de reformas; éstas se imponen; y muy santo y muy bueno que conserven las históricas prendas, armamento y correaje para las ciudades, pero para el servicio de campo es inhumano continuar así, no tan sólo por las molestias, sino por lo caro que resulta el entretenimiento de los actuales trajes.

Razones á puñados seguiríamos exponiendo para evidenciar inconvenientes, si lo permitiera el periódico y la índole de ellos; pero creemos suficientemente justificada la necesidad de crear un uniforme de campo.„

Vestuario que en la actualidad tienen los guardias de infantería.

Con arreglo á la cartilla de uniformidad vigente en el Instituto, el vestuario de los guardias de infantería es, salvo ligeras modificaciones en las dimensiones que se citan para algunas prendas y que el uso ó abuso han introducido, el siguiente:

Como prenda de cabeza, el clásico y típico sombrero llamado de tres picos, por las razones de que ya hemos hecho mención. Es de fieltro negro, guarnecido de galón de algodón blanco, presilla de algodón, escarapela nacional, barboquejo de charol, funda de hule negro y visera para invierno, y de hilo blanco con visera y cogotera para el servicio exterior en verano.

Las dimensiones del sombrero, deben ser:

Altura de la pala posterior, medida por el centro, 125 milímetros. Ancho de la misma, tomado por el borde inferior del galón, 22 centímetros. Altura de la pala anterior, medida por el centro, 85 milímetros. Ancho de la misma, tomado por el borde inferior del galón, 33 centímetros.

Largo de cada pico, tomado desde su unión por la copa, 10 centímetros. Ancho de los mismos, 8 centímetros. Diámetro de la escarapela, 7 centímetros. Ancho del galón para guarnecer, 8 centímetros. Ancho del galón de la presilla, 23 milímetros. Ancho de la presilla, contando con la abertura del centro, 5 centímetros.

El barboquejo se usa sólo en los actos del servicio, colocándolo de modo que puesto el sombrero, la hebilla quede á la altura de la parte superior de la oreja izquierda, quedando hacia abajo el latiguillo, que será de 4 centímetros de largo.

El calzón es de punto blanco para gala.

La casaca de paño azul tina obscuro, solapa sobrepuesta del mismo paño, abrochada con siete botones á cada costado, cuello cerrado con tres corchetes negros, castillos y leones de algodón blanco en los faldones, y presillón de algodón blanco también, en los hombros. Uno de los lados de la solapa, así como las bocamangas, barras, vivos y cuello, son de grana. El corbatín se suple con una tira de orleáns negro, que lleva el cuello por su parte interior.

Las dimensiones de esta prenda, deben ser:

Largo del faldón, 6 centímetros sobre la corva.

Ancho de la manga, 23 centímetros por la parte superior y 22 por el codo; de la bocamanga, 16 centímetros por la parte superior y 15 por la inferior; altura de ella, 92 milímetros, y altura del cuello, 3 centímetros.

La levita es de paño igual al de la casaca, abrochada con dos solapas y siete botones á cada costado, cuello, bocamangas y presillón igual á los de la casaca, el faldón queda á 15 centímetros sobre la rodilla. Las solapas se abrochan por trimestres, es decir, el primero de cada año natural, á la derecha.

El pantalón debe ser recto del propio paño que la levita y casaca, sin vivo ni franja alguna, y con bolsillos abiertos en las costuras de los lados exteriores.

La capota de paño como el de las demás prendas, aunque más grueso, cuello recto, de 14 centímetros de alto, cerrado con cuatro corchetes negros, y con carteras de grana en los costados. Esta prenda lleva en un lado cinco botones grandes de los del Cuerpo, y en el otro igual número de ojales.

Para el servicio de carretera, se lleva una polaina de paño pardo obscuro, que llega á 5 centímetros por encima de la rodilla, abrochada con doce botones negros de hueso y sujeta interiormente por una cinta de hilo del propio color, trabilla de becerro embetunado, con tres botones también de hueso por la parte exterior de cada costado.

Esta prenda sólo se usará desde 1.° de septiembre á fin de mayo, excepto en caso de lluvia.

La polaina de gala es de paño azul turquí, con doce botones pequeños de los del Cuerpo, y trabilla con cuatro botones de hueso en la parte exterior.

Guante de punto blanco, de algodón, con un botón que lo ajusta á la muñeca.

Chaqueta de bayeta azul, cerrada con una sola hilera de siete botones pequeños de los del Cuerpo, y cuello de las mismas dimensiones y forma que el de la casaca.

Gorro de paño como el de la levita, con una roseta ó sol formado con galón igual al que sirve para guarnecer el sombrero.

Borceguí de becerro liso, con la pala de una sola pieza, y sin pespunte alguno visible.

Camisa de algodón blanco y cuello de hilo fino, sujeto con dos ojales por la parte interior de la casaca ó levita, sobresaliendo de él 6 milímetros.

Guardias de caballería.

El sombrero, gorro, casaca, levita, polaina, pantalón, corbatín, camisa, chaqueta de bayeta azul y borceguí igual á los de infantería del Cuerpo.

Las botas de montar son de becerro vaca de granito, engrasada, cuya bota, después de puesta, ha de quedar rizada por la caña.

Las espuelas son de hierro, de las llamadas de cuello de pichón, y se usarán tanto en la bota de montar como en el borceguí. Este, para caballería, llevará la pestaña correspondiente, para sujetar la espuela.

Guantes de ante grís para el servicio á caballo, blanco para gala y de algodón para dentro de las poblaciones.

El capote es de paño azul tina con aletas, dos bolsillos interiores en los delanteros, forro de bayeta verde hasta la cintura, cuello alto abrochado con tres corchetes y carteras encarnadas con un botón pequeño á cada extremo de ella, esclavina de 47 centímetros, cinco botones grandes para abrochar el cuerpo y cinco pequeños en la abertura posterior.

El pantalón de cuadra, de lienzo rayado.

Los cornetas y trompetas, con arreglo á la cartilla de uniformidad, usan vestuario igual al de los guardias de las respectivas armas, con la sola diferencia que en estas clases la casaca es encarnada, con el cuello, vueltas y barras azul turquí, de cuyo color es también el presillón, y en la levita éste es encarnado.

Una reciente circular del general Director, teniente general D. Joaquín Sánchez Gómez, dispuso la supresión de la citada casaca encarnada, sustituyéndola por la de los guardias. Diferéncianse, por consiguiente, aquéllos de éstos, hoy únicamente, por las hombreras que son encarnadas en los cornetas y trompetas.

Las divisas de la clase de tropa, son:

Sargento, tres galones de plata de 13 milímetros de ancho, del llamado de panecillo.

Cabo, tres galones de 13 milímetros de ancho, y de estambre grana.

Guardia de 1.ª clase, un galón de estambre grana en el antebrazo izquierdo, formando ángulo, con el vértice hacia arriba.

El traje de cuartel se compone de chaqueta, pantalón azul y gorro. Este traje no se usará más que en el interior de la casa cuartel, y los guardias de caballería para dar agua al ganado, sacar provisiones y montar á caballo en pelo, según circular de 20 de diciembre de 1844.

Los oficiales podrán usar el gorro, según circular de 22 de junio de 1864, en el interior de las casas cuarteles, cuando viajen en carruaje y para asistir al picadero en las primeras horas de la mañana.

Los nombrados de servicio en la caballeriza, usarán el pantalón de lienzo listado.

Vestuario de jefes y oficiales.

El sombrero es como el de los guardias, sin más diferencia que ser de plata el galón de que está guarnecido, y estar la presilla formada con la divisa correspondiente al empleo efectivo del Cuerpo. A esta prenda se adaptará una visera para el servicio en despoblado, forrada por la parte interior con badana color verde.

La casaca de paño azul tina obscuro, solapa sobrepuesta del mismo

paño, abrochada con siete botones á cada costado, cuello cerrado con tres corchetes negros, castillos y leones bordados con hilillo de plata en los faldones y hombreras también de hilillo de plata. Uno de los lados de la solapa, así como las bocamangas, barras, vivos y cuellos, de grana. El corbatín se suple con una tira de orleáns negro que lleva el cuello en su parte interior.

La levita de paño igual al de la casaca, abrochada con dos solapas y siete botones á cada costado, cuello, bocamangas y hombreras igual al de la casaca.

Pantalón recto, del propio paño que la levita y casaca, sin vivo ni franja alguna, y con bolsillos abiertos en las costuras de los lados exteriores.

Calzón de punto blanco para gala, usándose el negro de punto para diario.

El capote de montar es de paño azul tina con aletas, dos bolsillos interiores en los delanteros, cuello de paño grana forrado de terciopelo negro; insignias y las cifras G. C. bordadas de canutillo de plata; esclavina larga y forros en la prenda, de bayeta apañada color grana.

La capota ó esclavina del mismo color azul obscuro que el capote, igual en la forma y dimensiones á la hoy usada en los actos pie á tierra por los jefes y oficiales de los institutos montados, aunque de largo igual al de la reglamentaria de los indivíduos de infantería; llevando forro grana y cuello bajo sesgado, de extremos redondeados y del mismo color que el del capote de montar, con muletillas y presillas de cordón de plata, y en él las insignias del empleo.

Botas de montar de becerro vaca de granito engrasada, cuya bota después de puesta, ha de quedar rizada por la caña.

Espuelas de metal blanco, de las llamadas de cuello de pichón, y se usarán tanto en la bota de montar como en la de paseo; se halla autorizado el uso de los espolines con el traje de paseo.

Los jefes y oficiales pueden usar en los diferentes actos del servicio, el guante de ante grís en sustitución del de color blanco, que deberá reservarse para los días de gala y paseo. Los jefes y oficiales que estén de luto, pueden usarlos negros, no siendo día de gala, fuera de los actos del servicio.

Las polainas de gala son de paño azul turquí con doce botones pequeños de los del Cuerpo y tablilla con botones de hueso en la parte exterior.

El tahalí es de paño azul turquí para la espada de ceñir.

Cinturón de charol negro con chapa dorada, y pendiente de él el carcáx, que es del propio material para el revólver.

Cinturón para el sable, de ante amarillo, con un tirante del propio material y chapa.

Cordón del sable, de ante amarillo con borla de hilillo de plata para gala y de ante para diario.

Autorizado el uso del anteojo de campaña, se lleva éste en un estuche de charol negro, pendiente de una bandolera del mismo material que el cinturón para el sable.

Los oficiales de infantería lo usarán á caballo siempre que presten

servicio en despoblado, y los de caballería en los actos propios del arma en que sirven y con traje de diario.

Estos últimos, así como los jefes, sustituirán en los días de gala á los gemelos con una cartuchera de charol negro que llevará en el centro de la tapa el escudo de armas de España, entre las iniciales G. C., pendiente de una correa bandolera del mismo color y dimensiones que la anterior, con un escudo en el centro de la parte que apoya al pecho, y un pasador y hebilla con remate de metal blanco en la posterior.

Las divisas de jefes y oficiales, son las siguientes:

Coronel, tres galones de cinco hilos de plata, de 12 milímetros de ancho, y tres estrellas de ocho puntas y 30 milímetros de diámetro, bordadas de canutillo mate de plata..

Teniente coronel, dos galones y dos estrellas como las de los coroneles.

Comandante, dos galones y dos estrellas de las condiciones y dimensiones expresadas; pero de oro uno de los galones y de plata el otro, como así mismo las estrellas.

Capitanes y primeros tenientes, llevarán tres y dos trencillas, respectivamente, de seis milímetros de ancho y cinco hilos de plata, y tres y dos estrellas de seis puntas y 25 milímetros de diámetro, bordadas con canutillo mate del mismo metal que los galones.

Segundos tenientes, dos trencillas y dos estrellas de las condiciones y dimensiones expresadas para los primeros; pero de oro una de las trencillas y de plata la otra, como asímismo las estrellas.

Los jefes y oficiales llevarán en las bocamangas las trencillas y galones separados entre sí por intervalos de dos milímetros, y adactándose á la forma del borde superior de dichas bocamangas, que ha de ser recto. El extremo superior de la bocamanga es paralelo al inferior, del que dista 92 milímetros, y los galones y trencillas forman al costado exterior el mismo ángulo que resulta en la unión de aquél con la costura correspondiente de la manga. Los jefes llevan las estrellas por bajo de los galones, situadas de modo que sus centros se hallen en una misma línea paralela á la inferior, distante 25 milímetros de ésta, mediando además, entre los expresados centros, intervalos de 40 milímetros, y situándose el de las estrellas que ocupa el lugar par, cuando éstas son tres, ó si sólo son dos, el punto medio del intervalo entre ambas, que en este caso tendrá 60 milímetros, en la mitad del ancho de la bocamanga libre de galones.

En las divisas de comandantes y segundos tenientes, el galón y trencilla superior y la estrella más inmediata al botón de la bocamanga será de plata.

Las condecoraciones las llevan los oficiales pendientes de uno ó más pasadores de oro, de un centímetro de alto y seis milímetros de claro ó hueco para la cinta. Cuando hubiere necesidad de colocarlas en dos órdenes, se pondrá el primero á la altura del primer botón de la casaca ó levita, y el segundo á la del segundo, y á una distancia intermedia en caso de poder colocarlas en un sólo orden. Inmediatamente debajo de las cruces, se colocarán las placas correspondientes á ciertas condecoraciones.

Los individuos de tropa deben llevar la cinta con la cruz respectiva, pendiente de una presilla de estambre del mismo color de la solapa en que se coloque, doblando sobre la cinta lo suficiente para que, cosida por las orillas del ancho, la parte doblada tenga sobrante de caída hasta la anilla para sujetar la cruz los tres centímetros marcados.

Correage y equipo. Con arreglo á la cartilla de uniformidad he aquí el actualmente usado en el Instituto por la infantería del mismo.



Guardia de caballería en traje de servicio. (Año 1907).

Cartuchera de igual forma y dimensiones que la de la infantería del Ejército, de cuero negro, sin cajón de lata y suficiente cabida para dos paquetes de cartuchos.

Tirantes de ante de Granada, de un metro 10 centímetros de largo, 23 milímetros de ancho con dos hebillas cuadradas, con las cuales se forma un lazo por medio de un zambarco del mismo material; al extremo de este lazo tiene un gancho que sirve para abrochar en las anillas que llevan las bolsas de municiones, y al otro extremo del tirante, cerrado por un botón, sujeta la vuelta á la anilla de la cartuchera. Dichas correas se abrocharán, por encima de los hombros, en las hebillas colocadas en los tirantes de las cartucheras.

Bolsas de municiones una á cada lado de la chapa del cinturón; cuadradas por la parte superior y redondeadas por su base; de cuero negro, y de cabida para un paquete de cartuchos; cada una tiene una anilla de metal dorado, en la que se abrocha el gancho del tirante.

Cinturón de ante, de 50 milímetros de ancho, con chapa dorada, en la que aparece el escudo de armas reales y á los costados las iniciales del Cuerpo.

Porta-sable, del propio material que el resto del correaje.

Porta-cuchillo del mismo material que el porta-sable.

Cartera de cuero negro armado, forrada de tela, de 20 centímetros de altura y de 26 centímetros 5 milímetros de anchura; témpano de 6 centímetros de ancho; la tapa es de forma semicircular, prolongada, y su centro, después de cerrada, llega á 6 centímetros del borde inferior de la misma, y á 12 centímetros desde la tapa á los dos extremos; en el frente de la cartera hay una hebilla negra de hierro con su espiga; en su interior una división de badana color de avellana y una bolsa interior de lo mismo para el tintero; el respaldo es de hule negro, y con el mismo se forma el ribete; éste en la parte de adelante es de becerro. Las dos correas de ante doble, de 23 milímetros de ancho y del largo conveniente para que se abrochen, pasando por encima de los hombros, en las hebillas colocadas en los tirantes de las cartucheras.

Mochila-morral, como la que usa la infantería del Ejército; su frente y témpanos son de cuero sillero, con hombreras de baquetilla suave y fuelles de cuero rebajado; ribetes de piel de cabra; la tela del respaldo es de lona de cáñamo natural, como se deja cuando se charola.

Bolsa de reserva de badana abecerrada negra; mide 29 centímetros de largo por ocho de ancho, témpano doblado de la misma piel. Altura



Oficial en traje de servicio.
(Año 1907).

cuatro centímetros todo alrededor; las dos correas con hebillas, miden 28 centímetros de largo, por 15 de ancho y sirven para sujetar ésta á la

tapa del morral, hallándose colocadas en dos vaguillas de cuero puestas al efecto.

Porta-fusil de ante amarillo de 33 milímetros de ancho y un metro cuatro centímetros de largo, contando lo que sobresale la hebilla, hallándose colocado el agujero donde engancha ésta á la distancia de 37 centímetros del extremo de ella.

La caballería á su vez usa:

Cinturón para sable de montar, de ante, de 55 milímetros de ancho, con idéntica chapa que los de infantería, con un tirante de tres centímetros de ancho, por 74 de largo, llevando dos pasadores del mismo material y un botón doble de metal dorado, que une los extremos de la correa.

Cordón de sable de ante, de 44 centímetros de largo, por dos y medio de ancho.

Bandolera de ante, del mismo ancho que el cinturón, con un porta mosquetón grande de hierro, para sujetar con él la tercerola.

Canana de 10 centímetros de ancho, por 250 milímetros de largo.

Cordón para el rewólver de pelo de cabra, negro, pasador y porta mosquetón.

En cuanto á la montura es reglamentaria la aprobada por real orden circular de 7 de octubre de 1898 que por su mucha estensión no insertamos.

Armamento.

Como sable se usa el llamado de montar modelo 1880.

La oficialidad usa tambien para el traje pié á tierra la espada de ceñir recta, modelo 1844, puño negro, alambrado, guarnición dorada y vaina de cuero.

De revólver puede usarse el modelo que se prefiera, recomendándose por su clase y coste, el denominado Smith-Wesson, reformado y construido por la fábrica Orbea (Eibar).

El cartucho reglamentario se denomina cartucho de 11 milímetros (M. de 1884).

La funda para el revólver es de charol negro, y el cordón de pelo de cabra del mismo color.

En cuanto al armamento, la fuerza de infantería usa el fusil Mauser que sustituyó al Remington y éste al primitivo de que fué dotada, y la caballería la tercerola también Mauser.

Uso de las diversas prendas de uniforme.

Seis son los uniformes que viste la oficialidad y fuerza del Cuerpo con arreglo al día.

El de gran gala, el de gala, día festivo, de diario para población, de carretera y el de cuartel. Puede casi asegurarse que es de Europa el Cuerpo que más diversidad de combinaciones hace con las prendas de que está provisto.

El de gran gala, consiste:

Sombrero sin funda, casaca con solapa grana, calzón de punto blanco, botín azul la infantería, y bota de montar la caballería. Los jefes y oficiales llevan con este traje la espada de montar; pero los oficiales que presten el servicio á la cabeza de fuerza de infantería, vestirán de po-

laina alta de paño azul y la espada de ceñir con cinturón de charol negro para el revólver.

Este traje, según lo dispuesto en circular de 5 de abril de 1864, se viste el día de Jueves Santo, el del Corpus Christi, el de SS. MM. y el de S. A. R. el Príncipe de Asturias, y siempre que la oficialidad concurra por cualquier causa al Palacio Real.

La gala consiste en sombrero sin funda, casaca con solapa encarnada y pantalón azul. Todos los jefes y oficiales llevan con este traje la espada de ceñir.

Se viste según circular antes citada, el día 1.° de cada año, el de la adoración de los Santos Reyes, el Viernes Santo, el día de la Ascensión del Señor, el del Apóstol Santiago, patrón de España, el de la Purísima Concepción, el cumpleaños de SS. MM. y el de S. A. R. el Príncipe de Asturias, y cuando la fuerza del Instituto acompaña en ferrocarril á SS. MM., conforme á lo prevenido en circular de 31 de agosto de 1864, aunque posteriormente las escoltas de los trenes reales llevan el uniforme de servicio.

Los domingos y demás días festivos, siempre que no se desempeñe servicio fuera de población, se viste casaca con solapa azul y las demás prendas del día de gala.

El traje de diario para población consiste para la infantería, en sombrero sin funda (si no llueve ó nieva, en cuyo caso se pone ésta), levita y pantalón de paño azul.

En caballería, las mismas prendas para servicio pie á tierra; si el servicio es á caballo, levita, pantalón y bota de montar. Los jefes y oficiales usarán con este traje la espada ceñida para todo servicio pie á tierra, y para el que desempeñen á caballo, la de montar.

El traje de carretera consiste para la infantería, en sombrero con funda, levita, pantalón azul y polaina, capota arrollada en forma de collera. Así la polaina como el abrigo, se determinará por los jefes los días en que han de llevarse en las estaciones calurosas.

En caballería, para el servicio á caballo, sombrero con funda, levita, pantalón azul y bota de montar. Para el de pie á tierra el sombrero y levita, pantalón sin trabilla, polaina de paño pardo, el capote arrollado en forma de collera, como la infantería, cuando use dichas prendas, cartuchera y cinturón de la espada sin ésta.

Los jefes y oficiales, cuando presten el servicio á caballo, lo verificarán con la bota y espuela designada para la tropa.

La capota la infantería y el capote la caballería, lo usarán desde el mes de octubre al de abril, y en las horas que median desde que se pone el sol hasta las nueve de la mañana, llevándolo bien colocado, abrochados los corchetes del cuello y sin embozarse.

También se usará cuando el rigor del frío reclame este abrigo, pero en población, si el tiempo está despejado, no se llevará desde las once de la mañana á las cuatro de la tarde, sin orden expresa del jefe de puesto, que graduará cuando sea indispensable. La funda blanca del sombrero se usará de sol á sol, desde 1.° de abril á fin de septiembre de cada año, y la cogotera de hule se lleva sólo en las estaciones lluviosas.

Cuando se lleva puesto el correaje, las hombreras llevan tres vueltas.

Remonta.

A partir desde la creación de la Guardia Civil, así los oficiales del Cuerpo, como las clases de tropa, tenían el ineludible deber de presentarse montados de su cuenta, al verificar su incorporación al destino de que eran objeto.

Las serias dificultades y anomalías que este procedimiento llevaba en si, hizo pensar en la necesidad de formar un fondo denominado de Remonta, el cual se constituyó por real orden fecha 11 de agosto de 1857, fecha con la que, se publicaron las bases que desde luego empezaron á regir.

Este nuevo sistema dió lugar á la constitución de las juntas por tercios llamadas de compra, y que presidiéndolas el coronel de cada una de dichas unidades, adquirieron el ganado necesario para cada una de las plazas montadas que carecían de caballo, siguiendo después el mismo procedimiento en los años sucesivos.

Varias fueron las aclaratorias que sobre este particular se dictaron, pero la de 1863, circulada por el entonces Director general D. Genaro de Quesada, fué la que mas puntualizó las formalidades que debían observarse por las comisiones jestoras, y tanto es así, que sirvió de base esta disposición, hasta el año de 1893 en que se organizó el depósito de doma, variando por completo el sistema hasta entonces establecido.

La transición de uno á otro sistema no pudo ser mas brusca y radical, pero las razones á que obedeció esta medida la justificó con exceso.

Constituidas las juntas de los tercios por un personal, que aunque lleno sin duda alguna de los mejores deseos, desconocía por lo común este dificil é importantísimo servicio, era preciso concretarse á la opinión técnica de los veterinarios de las localidades, que aun suponiéndoles la mayor competencia y el interés mas decidido en pró de los intereses del Cuerpo, no podían en manera alguna estar exentos de los múltiples compromisos que contínuamente les asediaba, coartando esto su libertad de acción, en la mayoría de los casos en que se presentaba un caballo de dudosas condiciones.

¿Y para que no decirlo tambien cuando en lo humano todos tenemos las mismas debilidades?

Estos compromisos que eran presiones para los funcionarios antes dichos, alcanzaban sin duda alguna tambien á los indivíduos de las juntas, y como estas resultaban autónomas y sus resoluciones no tenían superior fiscalización, claro, que veían menor peligro en aceptar como bueno aquello que sus asesores técnicos daban por tal, por creerse irresponsables.

Las personas de significación quedaban complacidas y el Cuerpo recibía un mal ganado á cambio de la consideración á que quedaban obligadas esas personalidades.

Sin embargo, no siempre la irresponsabilidad es completa, y bien por una circunstancia ó bien por otra, se originaron procedimientos escritos de índoles diversas, y como resultantes de estos procedimientos se siguieron las correcciones á que hubo lugar.

La diversidad de hechos de aquí originados, hizo pensar muy acertadamente al Director general de la Guardia Civil en 1893, en la creación de un depósito de doma, bajo la base de extraer el ganado cerrero

de las remontas del arma de caballería, en las mismas condiciones que salían para los regimientos; con la diferencia, de que el cuerpo satisfaría el valor de los potros á los establecimientos, al coste y costa en que eran valorados en vez de extraerlos independientemente del pago, cual los regimientos venían y vienen haciéndolo.

Una vez decretada la creación del depósito, salió la primera potrada compuesta de los 60 potros que los establecimientos tenían sobrantes, después de cubiertas las bajas que á cada regimiento resultó, sirviendo este primer paso de ensayo dentro del nuevo sistema, á la vez que se acumulaban paulatinamente los elementos necesarios para la implantación definitiva del depósito.

Dificultades mil surgieron entonces tanto por la carencia de locales para acuartelar á los hombres y caballos, como por las condiciones que el personal debía reunir para el desempeño de tan complejo servicio, dificultades que en lo posible se vencieron, dentro de los elementos de que se disponía y decimos que se vencieron aquellas dificultades, no por que en un todo se llegára á la perfección, pues esto no era posible hacerlo en mucho tiempo, sino mas bien, porque los elementos diversos que se fueron acumulando, permitían dar mayor estensión á los servicios, y claro es, que cada uno de estos mejoró en cuanto se hizo posible.

Resultado que dió el personal.

Séanos permitido al tratar de este delicado asunto, hacer algunas consideraciones acerca de lo que fué y de lo que debió ser.

No queremos molestar á nadie en absoluto: muy lejos de ello, empezaremos por decir, que los deseos de cuantos oficiales fueron destinados voluntariamente al centro que nos ocupa, merecieron toda clase de plácemes.

Sentían afición y querían aprender, y aquí está precisamente la dificultad de la cosa. Se puede aprender cuando al realizarlo no sufre perjuicio alguno el sistema. Cuando se está al lado de quien domina el servicio que lo motive y sobre todo, cuando no se vá á ejercer funciones de profesor, desde el momento en que uno toma posesión del cargo.

Pero si hay ocho sujetos y los ocho se han de dedicar al aprendizaje, cuando lo que se necesita es saber, para desde los primeros momentos poder enseñar, entonces, ni se aprende, ni se enseña y esto es precisamente lo que era de lamentar.

Pero hemos de convenir que no era culpa del personal, pues éste en su buen deseo, al pedir el destino al depósito, ignoraba que los demás se encontraban en su mismo caso, si no todos, sí la mayoría: el mal estaba en no haber sujetado los destinos á un criterio orgánico-técnico, conviniera ó no á los interesados y entonces el depósito hubiera contado con una base sólida, sirviendo de garantía á los posteriormente á él destinados.

El mal procedimiento empleado fué causa de deficiencias muy notadas, y que no cabe duda tomaron cuerpo, y en su día originaron la disolución del centro, que bien llevado, existiría aún.

En cuanto á la tropa, los males fueron todavía de mayor consideración, pues afectaron no solo á la parte técnica del organismo en cues-

tión, si que tambien á la moral con grave detrimento de la colectividad Guardia Civil.

Organizado el depósito con los guardias solteros de la caballería del Cuerpo en calidad de agregados, y en su mayoría de reciente ingreso, las comandancias tuvieron muy buen cuidado en mandar los de peores condiciones, para de este modo *limpiar*, digámoslo así, sus unidades montadas, y fuera de contadas excepciones, los demás eran un futuro y seguro contingente para el aumento de los cuerpos disciplinarios.

De aquí surgió en el primer año lo que solo se podía esperar dada la clase del personal aludido, pero ya en el segundo tuvo necesidad el nuevo jefe que fué destinado al depósito, de aplicar la ley con todo su rigor y tomando medidas extraordinarias, propuso el relevo de casi todo el personal, que fué seguidamente llevado á efecto.

Con esta determinación, y la aplicación del reglamento que en aquel entonces empezó á regir, la variante fué considerable y la normalidad que debe reinar en todo organismo militar, se puso de manifiesto.

Mejorado el personal, restaba tocar un punto importantísimo, en cuanto á la instrucción de éste para la doma de los potros, y no fué labor de fácil ejecución el llevarlo á cabo.

Aunque procedentes los nuevos guardias de los cuerpos montados del Ejército, y por consiguiente de último ingreso, puede asegurarse, que en mas de una mitad, habían desempeñado en sus regimientos cargos como los de asistentes, ordenanzas, forjadores, herradores, carreros, escribientes, ó bien eran artilleros, que es lo mismo que decir, carecían de todo conocimiento necesario para el caso, sobre todo, si eran de montaña.

Se hizo, por lo tanto, preciso dedicar á la enseñanza de este núcleo, una parte del tiempo y dicho se está, que era este tiempo perdido para la educación del potro, resultando mayores obstáculos que los tenidos, si la tropa hubiese sabido, en general, llenar su cometido desde los primeros momentos.

Como se adoptó por la superioridad el criterio de renovar anualmente la tropa al terminar la doma de cada potrada, claro es, que las dificultades arriba apuntadas se sucedieron constantemente, pues excepción hecha de una tercera parte de los indivíduos que llegaron á imponerse en este servicio y continuaron hasta comprender la misión que como potreros se les encomendaba, los restantes, ningún resultado práctico dieron.

Es indudable, que aún á pesar de todas las malas cualidades que como jinetes distinguían al personal primeramente dicho, durante el año que en el depósito permanecía, se formaron hombres á caballo, que en otro caso no lo hubieran sido, pues al ingresar aquellos soldados en la Guardia Civil, con el antecedente de sus anteriores destinos, se habrían mandado á los puestos, donde lejos de aprender lo que tan indispensable es á todo soldado, hubieran continuado en el mismo estado de ignorancia, y sus caballos, así como el servicio y fondo de remonta, resultarían las víctimas de ella.

No cabe duda, por tanto, que el paso de estos contingentes por el depósito fué provechoso para los ramos ya indicados, pudiendo decir, que

si el resultado de este personal dejaba que desear en cuanto á lo que el depósito necesitaba, en cambio ganó la caballería del Cuerpo en general, pero que hubiese sido mucha mas la ventaja, si de primera intención hubiésemos contado con regulares jinetes. Basta fijarse en un solo punto, para comprender la razón que nos guía al pensar de este modo.

Si el guardia civil montado ha de prestar el servicio cumplidamente, necesita mandar á su caballo con absoluto dominio de sus facultades.

La persecución de los malhechores implica mas trabajo del que á primera vista parece. Un caballo bien dirigido, corre, salta y cruza por toda clase de terrenos. Si no lo hace así, resultarán con frecuencia malogrados los servicios, pues los perseguidos, huirán facilmente de sus perseguidores.

Si el caballo está bien educado y no peor dirigido, será prueba evidente de que el hombre reuna buenas condiciones como jinete, y dicho se está, que ha de tener amor á su cabalgadura procurando conservarla en ventaja propia; ventaja, que por tanto refluirá sobre el fondo de remonta; y estas dos circunstancias las aportaba el depósito de doma con solo hacer verdaderos soldados á caballo.

Resultado que se obtuvo con el ganado.

Tócanos ahora, aunque también sucintamente, hacer una reseña de las condiciones del ganado que durante el funcionamiento del depósito se recibió de los establecimientos de remonta pertenecientes al arma de caballería.

No podemos regatear los elogios tan merecidos como los tributados al entonces general subdirector de remontas D. Pedro Sarrais.

Al decretarse la creación del depósito prévio el informe favorable del veterano general, formó éste un juicio exacto de las circunstancias, y sin separarse de ellas, logró alcanzar aquello que sin duda se propuso, es decir, acreditar la procedencia del ganado.

Las potradas que se sucedieron, pusieron de manifiesto este aserto, pues llegaron á ser causa de cierta admósfera embarazosa, por no faltar quien hiciera supuestos que no tenían fundamento.

Si el ganado que se destinaba á la Guardia Civil era bueno, y aparentaba serlo mejor que el destinado á algunos regimientos, no tenía otra razón que la apariencia natural que da los caballos de grandes alzadas y el estar bien atendidos.

En estas condiciones se recibían, y comparados nuestros potros con los que se mandaban á un regimiento de cazadores, claro es, que los de la Guardia Civil parecían la flor de la potrada de aquel año.

Que este ganado dió excelentes resultados, pero muy superiores á los obtenidos con el de hasta entonces comprado por las malhadadas juntas de tercio, nadie lo ha puesto en duda y la razón es tan lógica como lo está al alcance de cualquiera que se penetre de ella.

Al adquirirse por el inteligente personal de las comisiones de los establecimientos de remonta, del arma de caballería, se seleccionan las piaras que presentan los ganaderos, contando el potro entonces dos ó tres años de edad indistintamente.

Despues son trasladados á las dehesas de aquellos centros de recría y en ellas permanecen uno ó dos años, según la edad en que fueron comprados, siendo objeto del mayor cuidado y trato adecuado.

Si por efecto de una mala invernada los pastos escasean, se suplen éstos con la alimentación mixta, ó sea la que produce el pastoreo, mas el pienso seco que se suministra en compensación del verde y dicho se está, que con este procedimiento se obtiene parte del amansamiento del potro y mayor facilidad para la ulterior estabulación.

El potro en estas condiciones recriado, en contacto continuado con la naturalera y viviendo sin ningún género de contrariedades, se desarrolla y comparte sus fuerzas por igual, efecto de la libertad con que se cría.

Como al comprarlo se cuide de que los vicios de conformación existan en la menor escala posible, y que de tenerlos sean de aquellos que con el crecimiento se pierden, claro es que mas tarde han de ser verdaderamente aceptables.

Caballos de hueso, cabeza, cuello, dorso y grupas proporcionadas, remos derechos, etc , no pueden menos de constituir en la mecánica animal, un principio de perfección para el desarrollo de la locomoción y por tanto de resistencia para la fatiga.

Viene mas tarde este ganado al Cuerpo y si, se le atiende como en realidad llegó á hacerse en el depósito, con una alimentación abundante y un trabajo moderado y en relación á sus fuerzas, no puede dudarse del resultado.

Por esto, cuando años despues de la desdichada extinción del depósito, quedaban aún bastantes caballos, se decía por todos, que lo mejor era lo que quedaba de aquella procedencia, y con esto, no se decía mas que una verdad inconcusa.

Tenía, sin embargo, el sistema, un grave defecto para la Guardia Civil y era el siguiente.

Se cubrían en el mes de junio las vacantes, con la potrada del año anterior é ingresaban en el depósito la del corriente en número de 210 potros, y este número de caballos empezaba por faltar ya á los tercios.

En el mes de junio mismo daban comienzo las bajas del ganado viejo, bien por muerte, desecho, declaración de propiedad etc. etc., y en los meses sucesivos, continuaba la misma proporción de bajas, resultando, que al llegar el mes de junio del otro año, faltaban los 210 que terminaban el año de estancia en el depósito, mas las bajas durante el ocurridas, aproximándose á un total de 500 caballos.

De aquí, que el número de desmontados en un tercio concurriera muchas veces en una misma unidad, dándose el caso de que la sección de Guadalajara llegára á estar con solo 4 hombres montados habiendo en otros escuadrones, puestos donde de 5 guardias, solo uno ó dos tenían caballo.

Esto como se vé, representa un grave inconveniente, pero que de haber continuado el depósito podría haberse subsanado sino en todas sus partes, sí en la mayoría de ellas, pues una vez que los cuarteles en construcción se hubieran terminado y por tanto se contase con los picaderos que estaban proyectados, se haría innecesaria la estancia de los po-

tros en la dehesa de Perales durante el estío y la doma tendría comienzo tres meses antes, en la seguridad, que la mayor parte de los potros, hubieran podido ir saliendo del depósito en menos tiempo del que forzosamente se veian obligados á estar por falta de medios para alojarlos en las épocas de calor y educarlos tambien por encontrarse pastoreando.

En resumen, podemos decir, que en cuanto á la calidad del ganado, nada dejaba que desear; si el depósito tenía sus defectos y resultaba caro por exceso de personal, obedeció á los vicios de origen, que con el tiempo se hubieran podido modificar unos y hacer desaparecer otros.

Ventajas que tenía el depósito desde el punto de vista económico, y bondades del procedimiento.

Las ventajas que el depósito podía tener bajo el punto de vista á que se refiere la primera parte del anterior enunciado, no existían para el Estado, considerada la pregunta en líneas generales. Para el fondo de remonta privativo del Cuerpo, sí fué muy económico, pues el ganado se pagaba á menor precio que el de compra hoy, y el sistema de racionamiento, permitía atender con desahogo á la recría, mas el Estado, atendía separadamente al personal que por pertenecer á las comandancias no prestaba en ellas servicio, mas el racionamiento del ganado, que se encontraba en el mismo caso; y por parte la plantilla de jefes, oficiales y clases de tropa, que de hecho pertenecían al centro en cuestión, cosas todas, que una completa reorganización hubiese hecho desaparecer y reducido los gastos en proporción extraordinaria, debido pues á las anteriores causas resultó caro.



Oficial en traje de gran gala á caballo.
(Año 1907).

En cuanto á la bondad del procedimiento, habremos de ser justos diciendo, que siendo la Guardia Civil un servicio, todo tecnicismo ageno á él, encuentra y encontrará siempre detractores, pues siéntase como principio general, que el hombre y el caballo al entrar á servir en el Cuerpo, deben estar educados, por ser el guardia civil soldado caro y la doma de un potro cara tambien; así es, que bajo estos puntos de vista, el asunto no tiene defensa alguna, pues no hay ejemplo de que en otras naciones existan cuerpos que como éste, tengan ni hayan tenido tecnicismo que solo consideran deben existir en aquellos

donde su misión es trabajar la cosa para su exclusiva aplicación á ellos, ó para los demás que tengan por deber otra misión.

Creación y funcionamiento de la comisión de remonta.

A la disolución del depósito de doma, en la fecha que pudo verse en el capítulo de organización, fué preciso pensar de momento el modo de reemplazar aquel organismo por otro á fin de adquirir el ganado con destino á la Guardia Civil.

Difícil y no de fácil solución era por lo complejo del asunto, adoptar cualquier medida poco meditada, pues si las juntas de tercio fueron desechadas por inconvenientes á todas luces; si el depósito no llegó cual es de suponer, á responder como se creyó á las necesidades para que fué creado, el naciente organismo, llamado á sustituir á dichos dos sistemas, parece que debía subsanar los males de que los dos desechados adolecieran.

Bajo esta base, se pensó en crear una comisión permanente de remonta, para que por medio de su gestión directa con los vendedores de ganado, comprase el necesario para remontar á los jefes, oficiales é individuos de tropa de la Guardia Civil, y así se hizo en efecto.

Tenía esta comisión sobre las juntas que antes se constituían en los tercios, la ventaja de ser reducida y única, pudiendo permitir esta circunstancia elegir todo su personal, lo que dicho sea de paso no se miró con el cuidado que mereció pero al menos, ofrecía el poderlo hacer.

La circunstancia de ser residenciado este organismo por todos lo que componen el Cuerpo, era una garantía indiscutible para el mejor éxito de su gestión, pues no cabe duda, que entre comprar uno para si el ganado sin ulteriores formalidades que dieran á conocer sus condiciones, ó adquirirlo para otros que una vez recibido tenían el deber de hacerlo reconocer y reseñar nuevamente, dando conocimiento á la superioridad de cuantas anormalidades se observaran, existe una gran diferencia.

Lo primero se llevaba á efecto cuando las compras de ganado se hacían por tercios.

Lo segundo fué estatuido para la naciente comisión.

Esta razón unida á la mayor facilidad de adquirir el ganado bajo una sola dirección, con el conocimiento estadístico que se hace necesario para el mayor acierto de lo que al Cuerpo conviene. La unificación del criterio que debe presidir para que los caballos estén en lo posible adaptados al tipo que precisa para el servicio del Cuerpo, y por último, la garantía que ofrece el pertenecer á la comisión como miembro de ella, el veterinario asesor que debía acompañarla siempre, fueron desde luego ideas aceptadas como buenas, por apartarse en un todo de los procedimientos anticuados y desprovistos de lógica, que hasta la creación del depósito se habían seguido.

Difícil por consiguiente resultaba el desempeño de este servicio, que por otra parte, como de nueva implantación, habría de presentar otros obstáculos, á medida que se fuera desarrollando como así fué en efecto.

El primer inconveniente que se observó, fué el que se presenta siem-

pre en que no vá unida la acción que dan los medios, para llegar al extremo que uno se propone y por tanto aquí, fué el dinero.

A raiz de pagar mil pesetas por cada potro cerrero de los que ingresaron y salieron del depósito, á cuyo precio había que añadir la manutención durante un año sin prestar servicio que no bajaba de 700 pesetas por cabeza, mas el del personal de plantilla y agregado que hacía elevar aquel en cada caballo al ser dado de alta, á unas 3.000 pesetas, se hizo necesario atemperarse al tipo que entonces regía en la Guardia Civil, ó sea á mil pesetas por cada caballo domado, y en condiciones de prestar servicio desde los primeros momentos de su adquisición, es decir, á una tercera parte de lo que costaba otro de los de la anterior procedencia, que si bien era mejor, razón había tambien para ello.

Ahora bien. ¿Con datos tan elocuentes, podía pedirse á la comisión de remonta, que el ganado por ella comprado fuese de las mismas condiciones que el perteneciente á las remontas que por las diversas trasformaciones que sufría á fuerza de gastos era forzosamente mejor?

No: en manera alguna puede aceptarse tal comparación, pues el hacerlo, equivaldría el mas completo desconocimiento de la materia y hasta una carencia absoluta del sentido práctico de este servicio, ya que no digamos tambien del común.

Así pues, llegó un momento en que las compras se paralizaron por no encontrar caballos, no ya buenos, porque esto hubiera sido mucho pedir, sino medianos que pudieran adquirirse á tan bajo precio.

Y la causa era tan lógica como á la vista de todos estaba. Los ganaderos en su mayoría, adoptaron el partido de cubrir sus yeguas con el garañón, porque los productos obtenidos, como ganado híbrido, tenía mayor aceptación para las labores del campo, y la pareja de muletas alcanzaba el exhorbitante precio de 3.000 y 3.500 ptas.

Claro es que con estos incentivos, la mula se fué generalizando, los labradores dejaron de utilizar la yegua y el caballo para sus faenas agrícolas, y la raza caballar en el trascurso de muy pocos años sufrió un decaimiento alarmante.

Lo anteriormente descrito, aunque á grandes rasgos, fué una de las causas, seguramente la mas poderosa, que motivó la paralización del comercio de caballos, y de aquí, que las comisiones de compra se vieran tan embarazadas para llenar sus cometidos.

Ante este estado de cosas, fué de necesidad absoluta, elevar la cantidad que como máximo se pagaba por cada caballo, pues no de otro modo podían hacerse algunas transaciones.

Fijado en 1.250 ptas. el tipo que por cada cabeza de ganado caballar había de abonarse, se facilitó algo la gestión de los compradores en la Guardia Civil, y decimos algo solamente, porque el corto número de caballos que quedaban en las provincias con algunas condiciones de recibo, se valoraron tan alto, que no era posible pagarlos, razón por la que, la dificultad de cubrir todas las vacantes, subsistió bastante tiempo, en virtud de estar casi cerrados los mercados de la provincia de Valencia, por efecto de la suspensión de las compras con motivo de la creación del depósito.

La supresión de éste, hizo que los valencianos volvieran á adquirir

ganado joven en las plazas de andalucía y aunque un tanto defectuoso en conformación por ser potrancos no recibidos por las comisiones de las remontas, la recría que despues llevan á cabo en aquel prodigioso suelo, lleva en sí un desarrollo á los animales, por medio del cual se corrigen los defectos antes dichos que son suceptibles de modificación y ya algún tiempo después, empezó de nuevo á observarse en aquella provincia un mayor aumento de caballos, mientras que en Andalucía disminuían.

En esta situación se dictó la real orden fecha 14 de diciembre de 1905, que vino á suprimir la comisión de remonta, para incorporarla á la Dirección general del Ejército con arreglo al real decreto de creación de este centro, cesando por tanto en sus funciones desde 1.° de enero de 1906.

Con este motivo, los regimientos del arma de caballería suministran á la Guardia Civil, como á todos los demás cuerpos del Ejército, los caballos que para los que son plazas montadas se hacen necesarios dentro de cada año.

Del resultado de este nuevo procedimiento, solo con relación al año de 1906 podríamos decir algo, pero siendo por cierto, muy poco laudable cuanto se nos ocurre, nos limitaremos á poner de manifiesto los puntos siguientes. (1)

1.° Que la Guardia Civil entrega religiosamente todos los meses á los establecimientos de remonta, los devengos que por el concepto de este servicio abona la hacienda, extraíganse ó no, los caballos que corresponden á la plantilla, y como deja mucho por extraer, de aquí que la Guardia Civil pierda las gratificaciones que antes conservaba en su fondo.

2.° Que el ganado que se destina,—ó elije si es de oficial—deja mucho que desear, pues no obstante de ser de la misma procedencia que el que ingresaba en el depósito, se diferencia de éste, en que es viejo, resabiado y lleno de defectos de sanidad, defectos todos de trascendencia suma y que quitan su valor al caballo.

3.° Que por los pertenecientes á jefes y oficiales, se abona 1.300 pesetas uno, mientras que la circunstancia de no sacarse los mas jóvenes por efecto de su poca doma, hace se recurra á los de mayores edades, por cuya circunstancia llevan en si una depreciación considerable.

4.° Que no siendo posible que todos los caballos de un regimiento tengan las mismas cualidades ni valor, los jefes, oficiales, sargentos y batidores, se montan en los mejores, y por tanto, valorándolos, resultarían á mayores precios, que el tipo y por consiguiente que los que montan los cabos y soldados.

5.° y último. Por la razón expuesta en el caso anterior, como los oficiales elijen entre los caballos de los cabos y soldados, que como queda dicho son los de peores condiciones, forzosamente tienen que hacerlo en ganado de mucho menos precio que lo que importa su gratificación de remonta.

---

(1) Juicios que sobre este punto de remonta, son debidos al ilustrado coronel D. José Sancristóbal.

En cuanto á la tropa, réstanos decir, que dadas las edades de 9 y 10 años, que son los que tienen al hacerse el destino, son en la mayor parte una ruina completa y estando por consiguiente en la mitad de su vida oficial, resulta que se paga por ellos el doble de lo que en coste y costa valdría.

Resumiendo: descartado el depósito de doma por las circunstancias expuestas cuando de él nos ocupamos, el término medio conveniente para remontarse el Cuerpo, está en la comisión central, que mejora indudablemente el sistema de comprar por tercios, y es bastante mejor tambien que el actual, tanto por la edad, como por las demás cualidades que en un caballo de servicio deben concurrir.

CAPITULO VIII

Servicio peculiar del Instituto.

Tienen oficialmente definidas sus obligaciones los indivíduos del Instituto, por lo que se refiere á su servicio peculiar, en la llamada *Cartilla del Guardia Civil*, y que es minuciosa y detallada explicación de los reglamentos.

Constituye documento notable del que justamente puede enorgullecerse el Cuerpo y su fundador á quien principalmente se debe; siendo modelo de claridad y concisión desde su primer artículo, donde se indica al guardia civil "que el *honor* es la divisa del Cuerpo, debiendo conservarlo sin mancha, porque una vez perdido no se recobra jamás„, hasta el último de los 267 que la constituyen.

Pero la primitiva *Cartilla*, la de 1852, la de 1867, la que aparece en el *Manual* reglamentario, que por la Dirección del Instituto fué impreso en 1905, difieren muy poco. Son sencillamente, todas ellas, copias de la debida al Duque de Ahumada, y que en las ediciones sucesivas hechas, algunas de las cuales hemos citado, se limitaron, quienes á la imprenta las mandaban, á indicar al pie de los artículos que derogados iban estando, tal extremo ó manifestar que por disposiciones legales posteriores no tenían aplicación.

Y habiendo variado del año 1844 á la fecha, casi por completo, la legislación, fácil es deducir que de los preceptos encerrados en la *Cartilla*, tal cual están redactados, son muy pocos los que tienen carácter legal. Por tal causa nos vemos obligado á decir algo sobre los diversos servicios encomendados al Cuerpo y para que quienes ajenos á él sean, puedan conocerlos aunque en esqueleto.

Después de las prescripciones generales para todo guardia civil, que constituyen el primer capítulo de la *Cartilla* y que deben considerarse cual un código de honor, manual de peculiar educación militar y atinado conjunto de reglas para el mejor desempeño de todos los servicios; se ocupa ésta, de los diversos que á la Guardia Civil le están encomen-

dados, cual son; el servicio en los caminos; protección á las personas y propiedades; pasaportes; uso de armas, caza y pesca; desertores y prófugos; juegos prohibidos; contrabando y conducción de presos y obligaciones de los diversos empleos.

Servicio en los caminos.

Ha sido y es el más importante de los confiados al Cuerpo desde su creación; y se presta á distintas horas del día y de la noche, sin período fijo ni determinado, á excepción del que se destina para las escoltas de los carruajes públicos, trenes y conducción de presos. La creación de la Guardia Civil obedeció principalmente á la necesidad reconocida de este servicio, para evitar el descarado bandolerismo que ejercía su repugnante y temido oficio impunemente en despoblado.

El servicio en las carreteras y caminos se presta con arreglo á lo que dice el capítulo III de la *Cartilla* y según las circunstancias y el objeto. Las parejas que se destinen á él, vigilan escrupulosamente la zona que recorren, sobre todo si el paso de viajeros es mucho y en horas extraordinarias.

El servicio en los caminos tiene por objeto enterarse de todos los trabajadores, camineros y pastores, de la clase de gente que transita por ellos, preguntándoles si han observado algo de particular: examinar á derecha é izquierda si hay daños en el arbolado ó algo que deba ser corregido: reconocer los sitios en que pueda ocultarse gente sospechosa: pedir los documentos á las personas ajenas al país y que infundan alguna sospecha: dirigir al viajero por el camino que desconozca, acompañándole hasta donde lo permitan las atenciones del servicio á que esté destinada la pareja: recoger las caballerías sueltas y que no tengan dueño conocido: detener á todo delincuente, presunto ó declarado que encuentre, poniéndole á disposición de la autoridad que corresponda: vigilar que las palomas mensajeras no se maten por los cazadores ni se las moleste y cuidar de que la tropa suelta no se separe de la ruta que les marque el pasaporte, el cual exigen.

Auxiliar á los peones camineros y empleados de portazgos, pontazgos y barcajes y en general á todo transeunte que lo necesite ó lo pida.

Perseguir en el curso del servicio el contrabando y denunciar las plantaciones de tabaco que encuentren, auxiliando al cuerpo de Carabineros, cuando lo reclame.

Proteger á los conductores de ganado contra las exigencias de los pueblos y de los guardas, vigilando las vías pecuarias, abrevaderos y descansaderos destinados y situados en el tránsito, y vigilar además de las líneas telegráficas y telefónicas, para evitar daños, los coches que transiten por la demarcación del puesto, situándose en puntos elevados que dominen el mayor trayecto posible del que aquellos deben recorrer, pero cambiando de sitio para que no sea siempre el mismo.

Las parejas que salgan de servicio, sea cual fuere el objeto, guardan absoluta reserva, tanto respecto al motivo como al del punto donde se dirijan, evitando, si las salidas y condiciones del pueblo lo permiten, que sepan los vecinos, por la dirección, el lugar á donde se encaminan, para lo cual muchas veces contramarchan á largas distancias para despistar á los curiosos ó interesados.

Este servicio lo prestan la fuerza de caballería siempre á caballo, salvo los casos en que no se pueda disponer del ganado por enfermedad ú otras causas justificadas.

Servicio forestal y vías férreas.

Tuvo por objeto encomendar este servicio á la Guardia Civil, evitar la rapacidad y afán destructor de los pueblos que, ciegos ante su propia y egoista conveniencia, talaban los montes sin piedad arruinando sus mismas propiedades por el deseo inmoderado de un lucro inmediato. Esta destrucción que los pueblos principales interesados presenciaban indiferentes, hubo necesidad de reprimirla por medio de leyes severas, cuyo cumplimiento se encargó al Cuerpo por la ley de 7 de julio de 1876.

Este servicio se presta con la frecuencia y formalidades que determina el reglamento; pero después de aquél se han dictado algunas disposiciones que en cuanto á la penalidad y causas que la determinan lo han modificado.

En cuanto á las vias férreas siendo las arterias principales por donde continuamente transitan las gentes, el servicio de caminos ha disminuido en importancia tanto como ha aumentado el de aquéllas, razón por la cual la real orden del Ministerio de la Gobernación de 6 de mayo de 1886 que lo reglamenta, lo declara preferente.

Esta nueva fase de nuestros medios de comunicación y transporte, obligó á dictar reglas fijas y prácticas para la vigilancia de las vías, trenes y estaciones y la seguridad de los viajeros.

Las parejas de escolta de trenes, en las estaciones cuya parada exceda de dos minutos, deberán apearse y dar una vuelta por el andén, teniendo cuidado de subir antes de ponerse en marcha aquél, para evitar accidentes desgraciados.

En las empresas donde las escoltas de tren no tengan departamento marcado, lo designará en cada caso el jefe de la estación de partida, debiendo ser en tercera clase y no en los furgones. En los trenes que no haya coches de tercera, irán en uno de segunda, cuyo departamento también les designarán si no lo estuviese de antemano.

Es obligación de las parejas de escolta aprehender á los delicuentes que hallen en el curso del servicio, los cuales entregarán á la autoridad local, para que sean conducidos, cuando corresponda, á disposición de la que lo reclame ó competa el conocimiento del hecho motivo de la detención. Para estos casos, las empresas están obligadas á facilitar gratis el viaje al detenido ó detenidos hasta la estación en que termine su servicio la pareja aprehensora.

Vigilan, y con preferencia al llegar los trenes á las estaciones, el lado opuesto al andén, para evitar que se apeen por él viajeros de ninguna clase, pero particularmente los que tengan necesidad de ocultarse y burlar la vigilancia de los guardias.

Es obligación de las parejas reembarcar á los indivíduos del Ejército sueltos ó formando cuerpo que, habiendo perdido el tren que llevaban, deban seguir su marcha en el primero que lleve la misma dirección, acompañándoles hasta donde terminen el servicio que se encargará de hacer lo propio la pareja que releve.

Como el art. 354 de la ley de Enjuiciamiento criminal, encomienda, en ausencia de toda autoridad, á los conductores ó encargados de los trenes, la misión de levantar y recoger los cadáveres víctimas de aquéllos, limitándose las parejas de escolta á auxiliar al empleado y á los viajeros, tomando los datos que juzguen necesarios para el esclarecimiento del hecho.

Es obligación de las parejas de escolta, vigilar y prohibir que ningún individuo que haya sido licenciado del Cuerpo viaje de uniforme, arrestando en la casa-cuartel del puesto en que terminen el servicio, al que contravenga, teniendo presente que los guardias que les corresponda pasar á la reserva podrán viajar solamente con gorro, chaquetilla y pantalón.

Servicio de correrías y entrevistas.

El servicio de correrías tiene por objeto visitar con frecuencia todos los pueblos, caseríos y sitios habitados de la demarcación, y particularmente aquellos que accidental ó permanentemente se consideren sospechosos.

Al practicar este servicio, para que resulte útil, las parejas que lo presten preguntan, inquieren, examinan á las personas que infundan sospechas, y se informan de las honradas respecto á lo que por allí ocurra ó se diga, tomando las medidas que consideren convenientes, si en las noticias adquiridas hubiese alguna que mereciera la atención.

No se reduce este servicio al hecho de recoger la firma de la persona que deba prestarla, se extiende á conocer con detalles todo lo que haya ocurrido por los contornos entre vecinos y colonos, aprovechando para el objeto todo lo que convenga, y practicando seguidamente cuanto fuese necesario para impedir la realización de algún hecho que se deba perseguir, si las noticias diesen por resultado la presunción racional de que aquel pudiera ocurrir.

Si por resultado de tales investigaciones la pareja tiene necesidad de prestar servicio fuera de la zona que se le hubiese marcado, y su regreso no hubiese sido ordenado terminantemente, ni su objeto fuese el de prestar otro servicio más importante, sigue su trabajo y no vuelve al puesto hasta conseguir lo que se proponga, si bien avisará á su comandante de puesto.

El comandante de pareja cuando sale á prestar este servicio, recibe una papeleta en la que su jefe habrá consignado los puntos que ha de recorrer y los de descanso. Al terminar este servicio y regresar la pareja al puesto entregan al comandante de él la papeleta firmada por el jefe de pareja con la antefirma "cumplimentado„.

Dichas papeletas, que se darán para todo servicio ordinario que no sea el de trenes y conducción de presos, las guardan los comandantes de puesto en la carpeta que corresponde, para que los jefes y oficiales comprueben, cuando lo tengan por conveniente, el servicio anotado en ellas al revistar ó recorrer la demarcación; papeletas que fechan y firman anteponiendo "confrontado este servicio„, pero solamente en aquellas que hayan comprobado, las cuales conservará aparte el jefe del puesto, para cuando se tenga á bien pedirlas y examinarlas por la superioridad.

Servicio de entrevistas.

El servicio de entrevistas ha tenido y tiene por objeto el que todas las clases se comuniquen personalmente para ocuparse de los asuntos relacionados con aquél, conviniendo en el mejor medio de prestarlo y facilitándose mutuamente las noticias de toda clase que sean de interés para su cometido.

Los comandantes de puesto las tienen sin periodo fijo y solamente cuando haya algún asunto urgente del servicio que comunicarse entre sí, tomando la iniciativa el más moderdo ó el más antiguo indistintamente y siendo obligatoria la asistencia, de no impedirlo un asunto preferente, cuyo extremo justifican. Cuando este servicio se preste, dan parte al jefe de la comandancia.

Las entrevistas se hacen á diferentes horas del día y de la noche.

Servicio auxiliar.

Como dice con sobra de razón un ilustrado jefe (1) el mas difícil de llenar de todos los servicios que al Cuerpo están encomendados, es sin duda alguna el de auxiliar á las autoridades y empleados del Estado en los distintos ramos de la administración pública.

Tropieza siempre, tratándose de las autoridades, con la dificultad de las ilimitadas facultades que aquéllas se atribuyen, aun tratándose de este Cuerpo que, aunque dedicado á un servicio especial, es siempre parte integrante del Ejército, y como tal regido por principios fijos é invariables.

Es muy común entre las autoridades del orden judicial y administrativo, la creencia de que la Guardia Civil obra bajo sus órdenes de una manera incondicional, y este error es el que ocasiona generalmente las dificultades y rozamientos que hacen este servicio difícil y enojoso.

La Guardia Civil no presta, no puede prestar en ningún caso servicio alguno á las órdenes de autoridades extrañas al Cuerpo: sus jefes naturales son los únicos bajo cuyas órdenes deben cumplirlo y practicarlo, salvo los casos extraordinarios en que dependa de la autoridad militar. Sin embargo, cualquier autoridad ó particular puede requerir ó solicitar el auxilio que necesite, el cual se le presta dentro del radio de la respectiva demarcación si la índole del servicio es de los encomendados al Cuerpo según la Cartilla y Reglamentos.

Puede sin embargo, dentro siempre de esos límites, ordenar la prestación de cualquier servicio, el Gobernador civil dentro de la suya precisamente; pero aun en este caso, corresponde á los jefes del Cuerpo dirigir y ejecutar el servicio en los términos reglamentarios, cuyos preceptos no puede violar en ningún caso aquella autoridad.

Ya se ve, pues, por lo dicho, que únicamente el Gobernador civil, como representante del Gobierno de S. M., es el que puede *ordenar*; pero solamente para los asuntos peculiares del servicio de la institución, y sin autoridad ni facultad alguna para los demás ramos.

Como el guardia civil, según la vigente ley de Enjuiciamiento crimi-

---

(1) Comandante señor Puchades ya retirado y al cual se debe una de las obras más útiles publicadas sobre servicio de la Guardia Civil y de la cual hemos tomado por su concesión y claridad la mayoría de lo aquí expuesto.

nal, es considerado como agente de la policía judicial, de aquí sin duda arranca la interpretación errónea de algunos funcionarios de dicho orden, los cuales se apropian la cualidad de superiores, sin tener en cuenta que el guardia civil como tal agente, es para el solo caso de la persecución de criminales y auxiliar de aquellas autoridades en este mismo servicio.

Pero como no siempre podrá evitarse alguna extralimitación por parte de aquellas autoridades en el uso equivocado de sus facultades, la Dirección general en su circular de 3 de junio de 1884 previene que, cuando se pretenda por alguna de ellas la realización de algún servicio extraño al Cuerpo, el jefe de la fuerza se niegue con entereza á prestarlo, oponiendo respetuosamente los motivos que tenga para ello, y únicamente en el caso de originarse un conflicto por la negativa, accederá á la petición, pero dando cuenta inmediatamente á sus jefes. Esto cuando no diese tiempo á comunicarlo antes y recibir sus órdenes.

De lo dicho se deduce que el auxilio á las autoridades judiciales está limitado á los actos de descubrir, perseguir y aprehender á los delincuentes dentro de las vías legales de la ley, y á practicar servicios de detalle que se relacionen directamente con esos mismos actos y que tiendan á aclarar los hechos, como sucede en los registros domiciliarios é instrucción de atestados, etc.

A los alcaldes de los pueblos se les auxilia siempre que lo soliciten de oficio, en los motines ó alteraciones de orden público, en los registros domiciliarios por embargos de la administración municipal, en las fiestas de los patronos y ferias, y en todos los casos en que su autoridad sea desconocida y desobedecida por los obligados al cumplimiento de los bandos de buen gobierno y ordenanzas municipales, cuando no se trate de asuntos políticos locales.

En las elecciones políticas auxilia la Guardia Civil á los presidentes de las mesas, pero teniendo en cuenta que dentro del local ni en las puertas de él, debe situarse fuerza alguna armada, reduciéndose por consiguiente este auxilio, al solo caso de que dentro de él se altere el orden y lo solicite en forma el presidente, que es la única autoridad dentro del edificio. Aun hallándose dentro la fuerza por expresa orden por escrito del presidente, se reduce ésta á evitar el motín ó alboroto, pero sin detener á persona alguna ínterin aquél no lo ordene.

A las autoridades militares debe auxiliarlas la Guardia Civil en las concentraciones y llamamientos de reservistas y revistas de éstos, y en los incendios, terremotos, inundaciones y demás accidentes fortuitos se pone la Guardia Civil sin excitación de ningún género á disposición de las autoridades, con el fin de auxiliarlas y secundarlas en sus disposiciones si ya la fuerza no hubiese tomado la iniciativa como tradicionalmente hace.

El auxilio que pidan las autoridades judiciales debe ser por conducto del primer jefe de la provincia en el punto donde éste resida, cuando diese tiempo este trámite; pero cuando fuese urgente, lo piden directamente al jefe de la fuerza más inmediato, avisándolo al mismo tiempo al citado jefe. Donde éste no residiese, lo pedirán directamente al jefe de la fuerza por escrito, expresando el motivo, cuando sea compatible

con el sigilo que reclame la administración de justicia. Cuando el caso sea urgente y del momento, se prescindirá de todo trámite y formalidad por escrito atendiendo á la petición de palabra.

En las alteraciones de orden público auxilian los guardias civiles á las autoridades que intervengan cuando éstas sean impotentes para dominarlo y ninguna autoridad extraña al Cuerpo puede ordenar á la fuerza que haga fuego sobre los perturbadores ni cargue contra ellos con arma blanca, pues estos actos se ejecutarán siempre obedeciendo las órdenes del que mande la fuerza. Los gobernadores civiles podrán sin embargo disponer de la fuerza para sofocar cualquier motín ó desorden, dirigiéndose en este caso al jefe de ella, el cual cumplimenta las órdenes que le comuniquen, pero sólo hasta el instante en que los revoltosos rompan el fuego ú hostilicen á la fuerza, en cuyo caso el que la manda obra con entera independencia de la autoridad civil, toda vez que desde este momento corresponde de hecho y de derecho á la militar el mando y, por consiguiente, la facultad de disponer lo que convenga, estando dispuesto que "la obediencia estricta á las órdenes de la autoridad en ese caso exime de responsabilidad, incurriendo en desobediencia ó morosidad el que no cumplimente aquella clase de órdenes „

Conducción de presos.

Otro de los servicios, y tal vez de los más importantes, encomendados á la Guardia Civil, es el de conducción de presos, servicio éste que se practica con arreglo á lo prescripto en el art. 172 del capítulo X de la Cartilla.

Las conducciones se verifican en días determinados, salvo las extraordinarias y por ferrocarril que tienen lugar sin período fijo, cuando ordena la Dirección general de los establecimientos penales. En cuanto á la forma de efectuarse unas y otras, hé aquí lo más saliente de cuanto hay dispuesto sobre el particular, que insertamos, aún cuando va á salirse de la materia de este libro, en gracia á lo característico del servicio.

El primer cuidado de toda pareja destinada á prestar este servicio, es reconocer minuciosamente á todos los presos que se le entreguen, y en seguida llamarlos por su nombre y dos apellidos, para cerciorarse de que son los mismos á que se refieren los documentos personales que se le entreguen.

Si nota alguna equivocación la advertirá al alcaide ó autoridad que se los entregue, y tanto en este caso, si la equivocación no se subsana, como en el de no estar debidamente socorridos, dejará de hacerse cargo de ellos, dando cuenta en seguida á sus superiores de los motivos que obligaron á suspender la conducción.

Durante la marcha no debe permitir el guardia civil se sirva á los presos más bebida que la necesaria para reparar las fuerzas y satisfacer la sed, cuidando para ello de que ni conductores ni conducidos entren en los establecimientos, salvo cuando sea por las vías férreas, que podrá bajar un preso, acompañado de un guardia, á proveerse en la cantina de la estación de lo que necesiten sus compañeros para la alimentación.

Para las conducciones de presos, fuera de las vías férreas, señala la circular del Director general del Cuerpo de 22 de abril de 1850, la fuerza que, según el número de aquéllos y su importancia, debe conducirlos

en circunstancias ordinarias con las seguridades convenientes. Según la citada disposición, una pareja puede conducir ocho presos bien atados, aunque sean muy criminales, y si son mujeres, ancianas y niños, aunque sean doce; pasando de ocho, todos criminales, tres guardias; si doce, cuatro, y de ese número en adelante, los acompañará el comandante del puesto, avisando al del inmediato para que salga á recibirlos. La real orden del Ministerio de la Gobernación de 26 de junio de 1852, modifica aquélla en el sentido de que no se emplee á la fuerza del Cuerpo en escoltas de presos y caudales, cuyo número é importancia necesite más de una pareja, excepto en las que tengan lugar por las vías férreas, para las cuales rigen nuevas disposiciones.

El trato con los presos ha de ser grave y comedido, y sin permitirse los guardias confianzas de ningún género, ni consentir que las tengan personas extrañas, para evitar en este último caso las confabulaciones que pudieran facilitar una fuga. No deben consentir tampoco que nadie les insulte ni maltrate, siendo responsables de la seguridad y de las agresiones que se les dirijan. No está permitido que los presos cambien de traje ni alteren éste en ninguna forma, entregándolos á las demás parejas ó autoridades tal como salieron del punto de partida.

Tampoco permitirán, al entrar en las poblaciones, que los empleados de consumos registren á los presos y sus equipajes, pues ésto ha de tener lugar en las cárceles ó establecimiento en que aquéllos ingresen, para lo cual los empleados de dicho ramo podrán acompañarlos hasta los sitios indicados.

Una vez entregados los presos en las cárceles del tránsito, cesará por completo la responsabilidad de los guardias, contrayéndola de nuevo al hacerse cargo de ellos para seguir la marcha, durante la cual adoptarán las medidas reglamentarias que consideren convenientes para la seguridad de los conducidos.

Cuando haya presos enfermos ó imposibilitados, niños, mujeres y ancianos que no puedan hacer las jornadas á pie, solicitará con anticipación el comandante del puesto el número de bagajes mayores y menores ó vehículos que necesite, á fin de que la jornada pueda hacerse sin obstáculos á la hora marcada. Si de los conducidos enfermase alguno de manera que no pueda continuar el viaje, lo dejarán en la cárcel hasta que se restablezca, conservando la documentación correspondiente y dando cuenta á sus superiores. Cuando la conducción fuese por vía férrea y ocurriese este caso, entregarán el preso á la primera pareja de estación ó de escolta que encuentren.

La disposición 3.ª de la real orden de 4 de agosto de 1890 del Ministerio de la Guerra, previene que los acusados militares de la clase de tropa que deban quedar á disposición de los tribunales ordinarios, sean conducidos por la guardia civil en trenes ordinarios y de ninguna manera confundidos con los demás presos, ínterin no sean sentenciados.

Los corrigendos destinados á la Penitenciaría de Mahón, se les socorre diariamente con 57 céntimos de peseta y con 50 á los demás conducidos de los juzgados ordinarios ó establecimientos correccionales. Todas estas cantidades las reciben los guardias, entregando el socorro diario á los conducidos, sobre todo si fuesen penados cumplidos desti-

nados al Disciplinario de Melilla, á los cuales está muy recomendado no se les entregue más que los 50 céntimos cada día.

Los socorros á militares serán facilitados en las capitales por los cuerpos que están encargados de los transeuntes de sus armas respectivas, y en los pueblos por los ayuntamientos, debiendo unos y otros hacerlo por la cantidad que corresponda hasta el punto de destino ó fin de mes, si excediese la marcha de ese plazo. A los paisanos que sean conducidos de las cárceles de los pueblos, los facilitarán los ayuntamientos si no hubiese alcaide encargado de hacerlo.

El dinero que las parejas reciban de los jefes de los establecimientos, ó que encuentren al registrar los presos, lo recogerán, observando lo que previene la circular de la Dirección general del Cuerpo de 22 de julio de 1853.

Según esta disposición, recibida ó encontrada una cantidad, se anotará en un pliego de papel con la conformidad de los interesados, y de pareja en pareja, se hará la entrega con el "entregué„ y "recibí„, de ambos comandantes por medio de notas que se repetirán tantas veces como entregas se hagan hasta llegar al punto de destino en que, al entregar los presos, se hará también del dinero al jefe del establecimiento, quien librará un recibo expresando la cantidad, reservándose el comandante de pareja el pliego en que se han hecho constar las entregas del metálico, para conservarlo en la carpeta de los recibos de presos, como prueba en todo tiempo de la conducta de los indivíduos del Cuerpo.

Todo jefe de escolta de presos ó encargado de pareja que deba conducir rematados ó confinados á otros establecimientos penales, audiencias ó juzgados, recibe del jefe del establecimiento los documentos que señala el real decreto del Ministerio de Gracia y Justicia de 24 de noviembre de 1890, que consisten, según los casos, en liquidación de condena, testimonio y hoja de conducción de cada reo, en que se exprese, su nombre y apellidos, edad, naturaleza, estado, señas personales, traje que viste, delito por que ha sido condenado, pena que le hubiese sido impuesta, fecha en que sale de aquella prisión para ser conducido y establecimiento penal á que va destinado. Estos documentos se entregarán de pareja en pareja al mismo tiempo que se entreguen los presos, bajo recibo, repitiendo esta formalidad en todo el tránsito, hasta el punto de destino que se entregarán con las mismas formalidades al jefe del establecimiento. En el caso de que dichos documentos se perdiesen, los directores de los establecimientos no podrán negarse á recibir sin ellos á los presos si tuviesen orden de destino.

Cuando los penados deban ser conducidos otra vez para reingresar en el establecimiento de donde salieron, se observarán las mismas formalidades, teniendo en cuenta en ambos casos que la hoja de conducción que hemos dicho en el párrafo anterior, deben firmarla los jefes de los establecimientos que entreguen y reciban, quedándose con ella, y el jefe de la escolta con el recibo que lo acredite.

Cuando los indivíduos del Cuerpo conduzcan penados, tendrá cuidado el jefe de observar lo prevenido por el Director general del Cuerpo en 11 de marzo de 1878 y 10 de septiembre de 1879, respecto á la cantidad que pueden llevar consigo aquéllos, que no excederá en ningún caso

de una peseta, recogiéndoles lo que pase de esa cantidad para entregarla en el tránsito á las parejas, y al fin del viaje al jefe del establecimiento, en la forma que dejamos dicho, y ante los interesados, si es posible, para que éstos manifiesten su conformidad.

También ordena la circular de S. E. el Director general del Cuerpo, de 25 de junio de 1878, que durante el tránsito no permitan las parejas que los confinados cambien de traje, llegando al punto de destino con el mismo que sacaron del de partida, no permitiéndoles llevar consigo más que el petate.

Para las conducciones en coches celulares, por las vías férreas, se nombra una clase y cuatro guardias por coche para líneas generales ó ramales de importancia, y una clase y dos guardias en los trayectos de corta duración ó escaso movimiento de presos, y en los casos extraordinarios la fuerza que se considere necesaria.

Estas escoltas se relevan de provincia en provincia, si en los límites de ellas hace el tren parada suficiente que dé tiempo para la entrega de presos y documentación, ateniéndose para dicho relevo, más que á los expresados límites, al tiempo que se disponga para la entrega.

Establecido este servicio por el real decreto de 2 de enero de 1883, de esta fecha arranca toda la legislación publicada sobre la materia, y á ella vamos á referirnos para condensar en pocos renglones su esencia y la parte dispositiva que es necesaria conocer para practicarlo bien y cumplidamente.

Los sargentos y cabos, que son los que han de mandar las escoltas por las vías férreas, observarán todas las reglas generales de las conducciones de presos que hemos explicado respecto á documentación, registros, precauciones, seguridades, etc., y además, como exclusivas y propias de este servicio, las siguientes:

Al hacerse cargo de los presos, previas las formalidades que hemos dicho, recibirán del jefe del establecimiento que los entregue, el socorro diario á razón de los 50 céntimos de peseta por individuo, y por tantos días como deban invertir en la expedición, contados los que por jornadas ordinarias empleen para llegar al punto de destino.

Extenderán, desde luego, las hojas de ruta correspondientes, colocando los nombres de los presos en correlación con las estaciones de su descenso.

Conducidos á la estación con la anticipación necesaria, hará presente el comandante de la escolta al jefe de aquélla, el número de presos que tiene que embarcar para que disponga el material necesario. En seguida procederá al embarque, llamándolos por su nombre y dos apellidos, repitiendo uno por uno el registro escrupuloso que tan recomendado está, no permitiéndoles llevar herramientas ó útiles de ninguna clase que pueda servirles para una evasión. Colocados los presos, con la debida separación de sexos, en los departamentos respectivos, cerrará, conservando las llaves y se colocará con la escolta en su lugar, desde donde vigilará por las rejillas los movimientos y ocupación de los presos.

La regla 11 del art. 17 de las instrucciones dictadas por las compañías de ferrocarriles y convenidas con la Dirección general de Establecimientos penales, determina que los penados que se conduzcan en los

coches celulares, podrán llevar consigo 15 kilos de equipaje en el menor volumen posible, el cual llevarán consigo, dentro del coche, precisamente sin que las escoltas permitan que vaya en otro sitio. Así lo determina la circular del Director general del Cuerpo de 11 de febrero de 1895.

Si los conducidos fuesen todos de un sexo, podrá colocarlos en los dos departamentos, hasta el completo de 37, que es el máximum de asientos de cada coche celular; pero ésto solamente lo hará en el caso de que haya más presos de un sexo que asientos en el departamento que les corresponda, teniendo presente para hacerlo, que en el trayecto pueden presentársele de distinto sexo, y en tal caso tendría que desalojar el que provisionalmente hubiera mandado ocupar; no perdiendo de vista, que la circular de 26 de septiembre de 1891, previene debe admitir todos los presos que se le presenten en el recorrido, siempre que haya asientos, y cuando no, lo advertirá al jefe de estación para que agregue otro coche, si es posible, en cuyo caso firmará la factura que aquél le presente, en que constará el número del coche que se agregue, fecha y punto de partida y de destino. Este documento se quedará en poder del jefe de estación citado, para justificar con él el pago de la nueva unidad agregada.

Como en las hojas de conducción, de que ya hemos hablado, que habrá recibido de los jefes de los establecimientos, estará expresado, entre otros detalles, el punto de destino; el jefe de la escolta formalizará, durante el viaje, duplicada factura, la cual firmará y tendrá prevenida para entregarla con los presos que en ella consten, al comandante de la escolta que haya salido á recibirlos. Este firmará también los dos ejemplares, si está conforme, quedándose uno cada uno, que guardarán en el puesto para justificar la reclamación de pluses que señala el artículo 4.° de dicho real decreto, á la vez que manifiesta haber llegado el preso ó presos á su destino. En todas las estaciones de tránsito que tenga que desembarcar presos, repetirá el jefe de la escolta la misma formalidad, hasta llegar al término del viaje, que entregará los presos á la fuerza que hubiese salido á recibirlos, y únicamente en el caso de no haberla, los conducirá y entregará en el establecimiento de destino, si existiese en la misma localidad.

Para recibir los presos que durante el trayecto presenten las parejas del Cuerpo, observará las formalidades que hemos expuesto y firmará la factura ó recibo duplicado antedicho, del cual llevarán un ejemplar cada jefe de escolta para entregarlo al comandante del puesto respectivo, siendo del cuidado del jefe de la expedición, anotar en su hoja de ruta todos los que haya recibido en el camino, una vez colocados en su departamento.

Las escoltas que en las estaciones reciban los presos, los entregarán al jefe del establecimiento á que vayan destinados, si estuviese en la misma población, y de no ser así, lo harán al jefe de la cárcel, para que esperen allí ser conducidos, cuando corresponda, al punto de destino.

Servicio de campaña.

Presta la Guardia Civil á las inmediaciones de los ejércitos de operaciones un servicio auxiliar importantísimo que se determina en el capítulo XIV de su Cartilla.

Este es el de campaña. Las secciones que de la Guardia Civil se destinen á un ejército de operaciones, dependen directamente del Jefe de E. M. G., dándose á reconocer en la orden general del ejército, división ó brigada á que fueren destinados, al Comandante de la sección y número de indivíduos de que se componga.

La Guardia Civil, considerada siempre de servicio y con el mismo carácter que los salvaguardias, no deberá emplearse en guardias de honor, ordenanzas ni conducción de pliegos, y á su vigilancia estarán sujetos cuantos vivanderos, brigaderos y demás indivíduos sigan al ejército.

Vigila sobre la perpetración de los delitos comunes, arresta á los culpables y mantiene el orden. Es uno de sus principales deberes proteger á los habitantes del país ocupado.

La Guardia Civil deberá hacer presentar los permisos para seguir al ejército á cuantos indivíduos lo hagan, arrestando á los que no estén provistos de él ó por su uniforme se vea que pertenecen á los cuerpos ó institutos que lo compongan. El Jefe de E. M. ó Gobernador del Cuartel general dará una noticia al Comandante de la Guardia Civil de todos los indivíduos á quienes se confiera este permiso.

En las marchas, la Guardia Civil seguirá á las columnas, arrestará á los que por su vanguardia ó flancos se separen, hará incorporarse á los rezagados y cuidará del cumplimiento de las órdenes del Jefe de E. M. con respecto á la marcha de equipajes, vivanderos y bagajes.

Al entrar las tropas en los pueblos, cuidará la Guardia Civil que ningún asistente ni soldado suelto se adelante á su Cuerpo, y con arreglo al artículo 11, título XIII, tratado 6.º de las Reales Ordenanzas, al llegar á todo pueblo cuidará del orden en los puestos en que se vendan los artículos de primera necesidad, vigilando que no haya alteración ni fraude en los precios, pesos y medidas.

A la llegada del cuartel general, el Comandante de la Guardia Civil, de acuerdo con el Gobernador de aquél, elegirá el local apropósito para la prisión de los contraventores á las leyes y órdenes generales del ejército.

En los cuarteles generales cuida la Guardia Civil de la ejecución de las leyes del reino, bandos, órdenes generales del ejército ó de los jefes de E. M. y Gobernador del cuartel general, y para cuidar de su puntual observancia, mantendrá patrullas de parejas que celen su cumplimiento.

Diariamente se presenta el Comandante de la Guardia Civil á tomar la orden del Jefe de E. M. G., á quien da cuenta de los partes que hubiese recibido de los comandantes de la Guardia Civil de las divisiones.

El Comandante de la Guardia Civil seguirá siempre con los guardias libres de servicio al Jefe de E. M. G., á no estar destinado por éste en algún punto particular.

La Guardia Civil se alojará siempre á inmediación del Jefe de E. M. G. ó Gobernador del cuartel general ó divisionario donde se halle haciendo su servicio.

Tiene la Guardia Civil como parte integrante que sus individuos son de la policía judicial, el importante servicio mencionado al margen.

Aprehensiones y detenciones.

El guardia civil puede detener ó aprehender sin necesidad de orden ni requerimiento de autoridad competente, á cualquiera persona por los motivos siguientes: 1.° A la que intentare cometer un delito en el momento de ir á cometerlo. 2.° Al delincuente *in fraganti*. 3.° Al que se fugare del establecimiento penal en que se halle extinguiendo condena. 4.° Al que se fugare de la cárcel en que estuviese esperando su traslación al establecimiento penal ó lugar en que deba cumplir la condena que se le hubiese impuesto. 5.° Al que se fugare al ser conducido al establecimiento ó lugar mencionado en el número anterior. 6.° Al que se fugare estando detenido ó preso por causa pendiente. Y 7.° Al procesado ó condenado que estuviese en rebeldía.

Podrá ser detenido también por la fuerza del Cuerpo, todo delincuente presunto y sus cómplices, cuyo delito sea conocido y haya presunción racional de quienes sean los autores; y cuando éstos se hallasen ó refugiasen en algún domicilio se solicitará para entrar en él, el auto ó la presencia del juez respectivo si el caso no estuviese comprendido en las excepciones que dejamos expresadas.

Según lo dicho en todos los casos, salvo una excepción que expresaremos, en que, conocido el delito, se conozca también el delincuente presunto y sus cómplices, la Guardia Civil los detendrá y pondrá á disposición de la autoridad correspondiente, incautándose á la vez de todos los objetos, cuerpo del delito, previo el atestado que se instruirá para entregarlo al juez, al propio tiempo que los detenidos, entendiéndose que el competente en cada caso es el municipal ó de instrucción del partido en que se hubiese cometido el hecho, si el delito fuese común y correspondiese su conocimiento á la jurisdicción ordinaria; y á la autoridad militar de la región respectiva, con las diligencias instruídas, si el delito tuviese carácter militar por razón de la persona, del delito ó del lugar. En estos casos, no estando en suspenso las garantías constitucionales, el detenido ó detenidos deberá entregarlos la Guardia Civil á la autoridad que corresponda, ó á la más próxima al lugar en que se efectúe la detención, dentro de las 24 horas siguientes á la que tuvo lugar aquella, ó ponerlos en libertad dentro del mismo término, incurriendo de no hacerlo así en las penas superiores en grado á las señaladas en el art. 210 del código penal común.

La excepción que en el párrafo anterior apuntábamos, se refiere á los senadores y diputados, cuya detención no puede efectuarse cuando estén las Cortes abiertas, más que cuando fuesen delincuentes *in fraganti*, reduciéndose nuestra acción, salvo este caso, á dar cuenta al juzgado ó autoridad que corresponda, de todos los antecedentes y datos que tiendan á probar la delincuencia; y aun cuando saque de sus investigaciones la convicción de que es culpable cualquiera persona que tenga esa representación, se abstendrá de proceder contra ella ni menos detenerla.

Por faltas no se podrá detener á persona alguna á no ser que el de-

lincuente no tuviese domicilio conocido ni diese fianza bastante á juicio del guardia que intente detenerla.

De todo delito común que hallen, formalizan el correspondiente atestado documento que debe extenderse por los guardias en los casos en que se hallen solos, pues si estuviesen auxiliando á la autoridad judicial, á ésta toca instruir las diligencias, y en caso de que, hallándose sola la fuerza instruyendo aquél, se presentase dicha autoridad, lo suspenderá en el acto, entregándolo con los objetos de que se hubiese incautado que tuviesen relación con el hecho. La misión de aquéllos es prevenir y recoger las primeras impresiones y detener á los delincuentes conocidos ó presuntos.

En poblado corresponde á la Guardia Civil auxiliar á los jueces, pero no instruir los atestados si están presentes aquéllos ó sus representantes legales.

Cuando se aprehendan delincuentes que correspondan á la autoridad militar, de ninguna manera se entregarán á los jueces civiles.

Los desertores, cuando se aprehendan, son puestos á disposición del gobernador militar de la provincia ó de la autoridad militar que lo reclame.

Otros servicios.

Réstanos para finalizar este capítulo, citar otros servicios encomendados al Instituto y que están definidos en sus reglamentos y disposiciones posteriores. La misión de impedir se cometan infracciones á la ley de caza y pesca poniendo bajo el fallo de la ley á quienes contravengan sus preceptos, la persecución del contrabando cuando en el curso del servicio surja este incidente, ó pidan su auxilio la fuerza de Carabineros que tiene tal misión como principal, los servicios extraordinarios que debe prestar, cual fuerza dedicada á garantizar y sostener el orden público, proteger la propiedad y dar todos los auxilios humanitarios que estén á su alcance, son cúmulos de obligaciones encomendadas á la Guardia Civil y en las que puede poner á prueba lo mucho que la sociedad confía en ella. Y cierto es, que desde su creación, la Guardia Civil cuenta en todos esos servicios no definidos concretamente pero que caen dentro del espíritu que informaron su creación, gallardas muestras de lo mucho que vale.

CAPITULO IX

Servicio de la Guardia Civil.

Los diez primeros años.—Primeros sucesos políticos en que intervino.—Servicios humanitarios.—Contra el bandolerismo.—Las intentonas revolucionarias de 1848.—La revolución de julio de 1854.—Jornadas sangrientas.

No cabe dentro de los estrechos límites en que este modestísimo libro se está desenvolviendo, minuciosa ni ordenada relación de los servicios de diversas índoles prestados por la institución de que estamos haciendo ligera reseña histórica. Por millares se registran rasgos de sublime valor, de prudencia, de ingenio, de abnegación y para siquiera extractarlos, exigiríase varios volúmenes de mayor extensión que ha de tener éste, de límites ya fijados en un principio.

Por tal causa, tenemos que prescindir del orden cronológico agrupándolo aquéllos de que nos ocupamos, con relación á la finalidad que tuvieron y que pudiéramos llamar etapas diversas del servicio que al país el Cuerpo ha prestado.

Cual embocadura á ellas, necesariamente se exige exponer á grandes rasgos algunos de los realizados por aquéllos veteranos, que desde 1844, cimentaron con sus hechos las legítimas glorias del Instituto. Ellos con su conducta á toda prueba, con sus rasgos de valor, con sus inapreciables servicios, rápidamente elevaron el naciente Cuerpo al pináculo de un triunfo sin precedentes históricos. Los jalones por ellos puestos, han permitido después á sus sucesores marchar con facilidad grande por caminos erizados de obstáculos sí, pero en los que han ido envueltos por el ambiente que aquéllos les crearon ante el país.

Y si la generación presente lucha con dificultades sin cuento, fácilmente se comprenderá cuales serían las que tuvieron que vencer, aquellos que primeramente vistieron un uniforme prenda de garantía y orden con una sociedad en que desatadas pasiones políticas y relajamientos sociales hoy incomprensibles, tenían convertidos al país en un verdadero caos.

Primeros sucesos políticos en que intervino.

Ya hemos dicha la expectación con que fué recibida la fuerza del Cuerpo en las diversas provincias donde fué á prestar sus servicios. Las pasiones políticas fueron una de las cosas que mayores dificultades presentaban á la Guardia Civil para la difícil realización de su misión.

El ejército debía ser para el gobierno el elemento de que se valiese para sofocar cualquier movimiento revolucionario, principalmente. Sin embargo, la Guardia Civil constituyó el principal factor de orden, y en distintas ocasiones hizo abortar intentonas antes de que hubiese necesidad de un derramamiento de sangre é interviniese aquél.

Como una prueba de ello, recordemos aquí unos cuantos hechos.

Tratábase en Madrid de organizar una facción (1847) que en determinado día debía salir y reunirse en los montes de Toledo. El brigadier baron de Purgold, primer jefe del primer tercio, tuvo noticias de esta conspiración y apostó convenientemente fuerzas del Cuerpo en la vía de Extremadura y otras que conducen á aquellos montes. Cinco complicados que se adelantaron á los demás, cayeron con armas y municiones en poder de los guardias situados en las ventas de Alcorcón, con lo que quedó destruida la facción.

Por las provincias de Toledo, Cuenca y Ciudad Real vagaban diferentes partidas que bajo la bandera de Carlos VI causaban infinitos males al país. Los comandantes de algunos puestos salían con la escasa fuerza de los mismos á perseguir las facciones, sin cuidarse nunca del número que las componían. La persecución se multiplicaba porque siendo varios los puestos eran otras tantas las partidas que les acosaban.

Las facciones de la Mancha sufrieron una derrota instantánea, tanto por la persecución activa de la Guardia Civil como por el especial conocimiento que los puestos del Cuerpo poseían del terreno teatro de las operaciones.

El segundo tercio en Cataluña tambien se vió precisado á luchar contra los enemigos del orden, haciendo ver en muchas ocasiones cuán poderoso sostén del orden y del trono era la Institución.

Tocó á la Guardia Civil hacer el servicio más penoso y brillante, el de ir á vanguardia de las columnas por el conocimiento que tenían del terreno, portándose en todos los encuentros que tuvieron lugar con su acostumbrada bizarría. Los servicios de este tercio fueron extraordinarios, derramándose la sangre de los guardias en reñidos combates que libraron con las partidas del pretendiente.

Tal fué el ahinco con que trabajó, que en 1849 las partidas carlistas y republicanas, después de batidas en numerosos encuentros dejaron de existir y desaparecieron, convencidos sus satélites de que la nación entera les rechazaba á ellos y á los principios políticos que defendían.

En Andalucía, además del bandolerismo tuvo que luchar también la Guardia Civil con numerosos levantamientos.

La Guardia Civil en las mencionadas provincias, donde tan inveterado era el vicio del robo y del latrocinio tuvo que derramar su sangre, para dar comienzo en ella á su misión altamente civilizadora, pues se

levantaron en aquella hermosa región algunas partidas carlistas que no tardaron en ser destruídas.

No hablamos aquí de la revolución del 56 que tratamos en lugar aparte.

Al año siguiente, en el 57, en junio, los conjurados en número de 80 á 90 se reunieron en la venta de Enmedio término de Dos Hermanas, invadieron á Utrera cometiendo toda clase de excesos y pretendiendo fusilar al jefe de la línea que se encontraba en cama.

La fuerza facciosa se engrosó con lo más soez del pueblo, cayendo aquella orda de salvajes sobre Arahal, donde cometieron más excesos, saqueando las casas, quemando los archivos y exigiendo una fuerte contribución á los habitantes.

Una sección revolucionaria se dirigió sobre Paradas, dando muerte á un sacerdote y saqueando la casa, pero acudió fuerza de la Guardia Civil y logró ponerlos en dispersión.

Terminadas las partidas continuó su activa persecución contra el bandolerismo.

A fines de 1859 había conseguido el benemérito instituto llevar la tranquilidad á las provincias de Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva.

Este trabajo había costado la vida á 19 indivíduos, habiendo resultado heridos más de 25.

El cuarto tercio realizó también trabajos importantes, y para no extendernos mucho basta consignar que estuvo operando en el Maestrazgo, territorio tristemente célebre por la guerra civil.

Las numerosas cuadrillas de criminales, ladrones y asesinos que traían en contínuo temor y sobresalto á todos los habitantes de aquel país especialmente en la famosa huerta de Valencia; el desprestigio en que en la misma época se encontraban las autoridades locales y administrativas por falta de una fuerza que hiciese respetar sus mandatos; todo esto puede formar una idea el lector, de los afanes y trabajos de la Guardia Civil empleados, para que aquellas provincias llegasen á disfrutar de alguna tranquilidad.

En 1846 dió el grito de rebelión un batallón de guarnición en Lugo. La escasa fuerza de aquel tercio fué ventajosamente reemplazada por el valor de los guardias.

Dos años después el benemérito instituto tuvo que luchar con la partida de Caspe que asaltó el cuartel de la Guardia Civil, portándose denodadamente.

El 30 de octubre la Guardia Civil dió alcance á una partida republicana en Siétamo, consiguiendo destrozarla, no sin que resultasen heridos ó muertos algunos indivíduos del Cuerpo.

En el 55 intervino para acabar con la sublevación de dos batallones en Zaragoza. Un puñado de valientes guardias sostuvieron el fuego, consiguiendo poner en fuga á los sediciosos. La Guardia Civil, mirada hasta entonces allí con prevención, fué recibida con entusiasmo por el pueblo de Zaragoza que le recibió con abrazos.

También el séptimo tercio trabajó con denuedo contra las partidas enemigas del trono y contra el bandolerismo.

Para no cansar más, los tercios restantes lucharon con igual entu-

siasmo que los anteriores, consiguiendo tras inauditos esfuerzos extirpar el bandolerismo y destruir las partidas facciosas.

No fué esto último tarea tan fácil, particularmente en las provincias del Norte, donde mayor número de partidarios contaba el pretendiente, pero los actos de valor y abnegación de la Guardia Civil, de que reseñamos algunos á continuación, para que los lectores puedan formarse idea de lo realizado, y la estadística, son datos elocuentísimos que bastan para formar un juicio exacto de los servicios prestados.

Servicios humanitarios.

En la imposibilidad de citar todos los llevados á cabo por la Guardia Civil en los primeros años de su institución, nos limitaremos á dar cuenta tan sólo de algunos prestados por los diferentes tercios.

En el mes de marzo de 1854, una tempestad convirtió el arroyo de Alborche en caudaloso río. Una desgraciada familia compuesta de dos hombres y tres mujeres, estaba cortando mimbres y fué sorprendida por la riada, teniendo sólo tiempo para encaramarse en un arbol.

Pasaron una noche terrible luchando con la muerte.

Ya casi exánimes pudieron vislumbrar alguna esperanza al ver la Providencia representada en los guardias Simeón Gómez y Francisco Moure, que se arrojaron al río, y con peligro de ser arrastrados por la corriente, lograron salvar á la familia, después de gran exposición.

Las ropas de los guardias se empaparon de agua, excepto las capotas de que se habían despojado para prestar aquel auxilio, y con las que abrigaron después á aquellos séres desgraciados, prodigándoles toda clase de cuidados hasta dejarlos en sitio seguro y suministrándoles comida.

El teniente D. José Pérez Colomer, con la fuerza de su mando, prestó grandes servicios en Talavera de la Reina el 8 de septiembre del año que nos ocupa, á consecuencia de una inundación por haberse desbordado el arroyo de la Portina. El mismo día el cabo Juan Chacón y el guardia José Germanis, oyendo lamentos en una casa cerrada, hicieron ceder la puerta, y penetrando en ella, vieron que estaba inundada, logrando salvar á dos personas ancianas y cuatro niños, subiéndolos al tejado.

Enseguida, acompañados del guardia Francisco Moure, acudieron á otra casa, y al querer salvar á su dueño, el cabo Chacón cayó en un arroyo, auxiliándole el guardia Moure, que se arrojó para ello á la corriente.

Los guardias del puesto de Jadraque, Laureano Varela y Francisco Serrano, salvaron el 28 de septiembre, desnudándose y arrojándose á nado con peligro de sus vidas, á un joven que sorprendido por la corriente de un río se había refugiado en la copa de un arbol, donde se encontraba hacía diez horas.

El teniente D. Juan Gonzalo Caballero, con la fuerza del puesto de Alcaudete de la Jara, prestó eminentes servicios en la inundación de aquel pueblo, salvando la vida á muchas personas y ganados con exposición de la suya.

En el mismo año las fuerzas de la Guardia Civil prestaron auxilio á 610 carruajes públicos, salvando en algunos casos á los viajeros de una

muerte segura; en seis inundaciones salvaron la vida á varios infelices; en catorce ocasiones la presencia de la Guardia Civil arrancó de la corriente de los ríos varias personas arrastradas por aquélla. Concurrió á extinguir 29 incendios, abrasando en algunos su uniforme por salvar ancianos ó criaturas envueltas en las llamas. Por seis veces en este año devolvió la Guardia Civil á sus dueños muchas y ricas alhajas hasta de 4.000 duros de valor, y cantidades crecidas de dinero encontradas ó rescatadas á los ladrones.

Estos fueron los servicios más salientes (sin relatar otros muchos), llevados á cabo por el primer Tercio de la Guardia Civil en el período que nos ocupa.

Como no es posible dar gran extensión á estos apuntes, referiremos á la ligera otros servicios humanitarios llevados á cabo por los demás tercios.

Fuerzas del segundo salvaron la vida á infinidad de personas que se vieron arrastradas por las aguas con motivo de las inundaciones de 1853.

El 24 de marzo, el guardia primero Luciano Martín y los segundos Mariano Ducal y Francisco Rager dieron auxilio al coche correo, que no podía atravesar el río Francolí por la crecida de su corriente, recogiendo varios efectos que arrastraban las aguas, siendo digno de mención el eminente servicio prestado en la noche del 24 al 25 en la ciudad de Tortosa por el cabo primero Miguel Gluguet y demás indivíduos que tenía á sus órdenes en dicho puesto.

Desbordado el río Ebro de una manera nunca vista en aquella población, y de que no hay memoria, el cabo primero mencionado con los demás indivíduos de la fuerza de su mando, apenas notó la crecida de la corriente y en medio de un temporal horrible se dirigió á los barrios bajos, que fueron los primeros que se inundaron, logrando salvar muchas personas que se hallaban en inminente peligro de perecer y multitud de efectos que eran arrastrados por las aguas.

También lograron salvar, después de tres horas de inauditos trabajos, 500 fanegas de trigo y varias personas que en el barrio de Remolinos se habían refugiado en los tejados, en una lancha que tripulaban el cabo segundo Salvador Sentis y los guardias de segunda clase Bartolomé Mestro y José Serra.

Los guardias Luis Martínez y José Sopena prestaron eficaces auxilios al carruaje de D. Félix Capelo, precipitado por un barranco en 1859, logrando salvar á algunos viajeros de una muerte segura, poniéndolos en salvo, lo mismo que á las mulas y equipajes, por cuyo servicio fueron recompensados.

En febrero de 1848, fuerzas del tercer Tercio, el cabo de caballería José Franco y guardias Antonio Rojas y José Vargas, con arrojo y exposición de sus vidas, salvaron á la tripulación de la goleta *María*, que naufragó el 9 del citado mes en el sitio conocido por el Inglés, en la costa de Sanlucar de Barrameda.

En 1859 los guardias José Expósito y Juan González salvaron con exposición de sus vidas, las del juez de primera instancia de Mula y su familia, arrastrados por una corriente.

El alferez D. Francisco Briones y fuerza á sus órdenes, prestaron servicios de importancia en una inundación ocurrida en La Roda.

El cabo José Mansenet y guardia Pedro Corredor arrebataron á una niña de la corriente, salvándole la vida con exposición de las suyas.

El guardia Antonio Aller, del quinto Tercio, se distinguió extraordinariamente por los auxilios prestados en un incendio en Orense.

También las fuerzas del sexto Tercio se distinguieron en este período por los auxilios prestados en incendios é inundaciones.

Los guardias Antonio Ruedas y Silvestre Pardo, extrajeron en brazos á varias señoras que viajaban en una diligencia y que se encontraban en peligro de perecer.

Estos indivíduos pertenecían al séptimo Tercio.

El 3 de febrero de 1851, en el pueblo de Vodón, provincia de Salamanca, indivíduos del octavo Tercio, guardias Miguel Nuñez y Juan Martín, con el auxilio de algunas personas, consiguieron apagar un horroroso incendio en la casa del propietario D. Tomás Recañero, salvando innumerables objetos de valor y rehusando cortesmente cierta cantidad que á la fuerza quería obligarles á aceptar dicho propietario.

El 5 de junio de 1855 fuerzas del noveno Tercio, cabo primero Ildefonso Sanguino Rico y guardias Juan Bejarán Muñoz y Vicente Frías Jiménez, cooperaron á la extinción de un incendio de una casa de comercio de Olivenza, en cuyo servicio el citado cabo perdió un ojo, por lo cual fué premiado con una cruz.

El décimo Tercio ocupa también lugar preeminente por sus servicios humanitarios en este período.

En el mes de enero de 1848, los guardias Vicente Uson y Cayetano Segura, del puesto de Astrain, prestaron durante dos días consecutivos los auxilios más eficaces á las personas, diligencias y carruajes en el Portillo del Perdón, á causa de la nieve, y toda la fuerza del Tercio se distinguió en el mismo mes en esta clase de servicios.

En 1853, los actos de valor se repitieron con motivo de las grandes nevadas y los ventisqueros.

Los cabos Pedro Barragán é Ignacio Moral, que componían una columna á las órdenes del comandante D. Antonio Armijo, en la provincia de Santander, prestaron un interesante servicio en la mañana del 27 de julio de 1856. Hallándose estos indivíduos del undécimo Tercio á la orilla del mar, oyeron gritos, y dirigiéndose al sitio de donde partían, vieron á una señora próxima á ahogarse por tratar de salvar á uno de sus dos hijos con quienes se bañaba.

Vestidos como se hallaban se arrojaron al agua y salvaron á las tres personas.

El esposo de la señora quiso remunerar á los guardias, y no lográndolo, consiguió que se le concediese autorización para abrazar á los dos guardias al frente de la fuerza, lo que hizo derramando abundantes lágrimas.

En 1846, fuerzas del duodécimo Tercio sofocaron varios incendios y dieron auxilio á carruajes que volcaron ó se atascaron en los caminos.

En 1852, el guardia segundo Alejandro Montoya auxilió á dos señoras que se estaban bañando en las playas de Portugalete y que arrastra-

das por la resaca estaban en peligro de perecer. El pundonoroso guardia rehusó cortesmente una onza de oro con que querían gratificarle las agradecidas señoras.

En los días 17 y 23 de noviembre del mismo año, se distinguieron en la extinción de dos horrorosos incendios, en Azpeitia y Escoriaza, el guardia primero Valentín López y el segundo Rafael García.

En 1859, D. Antonio Vicente Paz, comandante de la provincia de Guipúzcoa, con individuos del puesto de la capital, prestaron eficacísimo auxilio á los náufragos de una goleta que se perdió en las costas de San Sebastián, contribuyendo al salvamento de seis de los marineros que le tripulaban.

El barranco de Bellver.

Entre los infinitos servicios, altamente humanitarios, que la fuerza del cuarto tercio prestó en 1850, se encuentra uno que por sí sólo da á conocer toda la abnegación con que la Guardia Civil se consagra al cumplimiento de sus deberes; un hecho para siempre memorable que honra á todo el Cuerpo á que pertenecían los ilustres mártires que lo ejecutaron. El día 14 de septiembre, á las diez de la noche, cayó en el barranco de Chinchilla el coche correo que procedente de Barcelona iba con dirección á Madrid. Aquella noche llovía á torrentes, efecto de la terrible tempestad que se había desencadenado; en el momento mismo en que el coche se atascó, se aparecieron el cabo primero Benito Cepa, comandante del puesto de Oropesa, con los guardias de segunda clase Wenceslao Pérez y Antonio Mat, y salvaron de aquel primer tropiezo á aquellos desgraciados viajeros, que el dedo de Dios tenía señalado para morir arrastrados por la corriente.

El agua entraba y salía por las portezuelas del carruaje.

Salvados de aquel inminente peligro, quisieron regalar á sus favorecedores, como una muestra de su agradecimiento, dos onzas de oro, que fueron rehusadas sin herir la susceptibilidad de las personas que las ofrecían.

Un caballero oficial de ingenieros, que viajaba en el coche, mandó que aceptasen un cigarro de su petaca. La noche seguía tempestuosa y cayendo agua á torrentes; estaba decretado que había de ser la última de la existencia de aquellos infortunados.

En el sitio llamado *barranco de Bellver*, el agua, descendiendo de la montaña formando un torrente impetuoso, había deshecho el pretil de la carretera.

Al llegar á este sitio el coche, no pudiendo ver sus conductores el precipicio por la obscuridad de la noche, se fué por aquel derrumbadero al mar, arrastrando en su pavorosa caída el ganado y todas las personas que llevaba.

Los guardias de primera y segunda clase Pedro Ortega y Antonio Jimeno, que prestaban su servicio en aquel paraje, acuden presurosos, se despojan de sus vestidos y se lanzan al abismo á ver si pueden arrebatarle alguna de sus víctimas... A la mañana siguiente, catorce cadáveres, entre ellos el de los dos valerosos guardias, se veían tendidos sobre las arenas de aquellas playas.

El cabo comandante del puesto de Oropesa y los guardias Pérez y

Mat, fueron recompensados debidamente, recibiendo directamente el primero, el nombramiento de sargento con las divisas dentro, costeadas por su General, y para honrar la memoria de los dignos guardias Ortega y Jimeno, el Excmo. Inspector general del Cuerpo, duque de Ahumada, mandó, algún tiempo después, erigir un sencillo y modesto monumento en el mismo sitio de la catástrofe.

Servicios contra el bandolerismo.

Si gratitud merecieron aquellos indivíduos de la Guardia Civil por su abnegación en los servicios humanitarios, no menos acreedores se hicieron por sus trabajos para perseguir y destruir el bandolerismo de toda España.

Hé aquí, recogidos al azar, algunos de sus más importantes servicios.

Ya hemos dicho, en el capítulo III, cual fué el primer servicio prestado en los alrededores de Madrid, infestados de bandidos que llevaban su audacia hasta saquear los coches en las mismas puertas de la capital. El sangriento escarmiento de la carretera de Extremadura, ahuyentó la gente maleante y baste decir, para comprender los importantes servicios del primer tercio, que en el primer año de servicio consiguieron detener ó dar muerte á 84 bandoleros, y en el 1849, contaba en sus estadísticas 320 criminales puestos bajo el fallo de la ley ó pasado á otra vida.

En 8 de diciembre de 1850, los capitanes D. Francisco Michelena y D. Matías del Campo con 20 guardias, sostuvieron un reñidísimo combate con una partida de criminales en Arroyo Molinos, causándoles seis muertos y logrando con ello librar del bandolerismo á aquella comarca.

El 25 de abril de 1851, el teniente D. José Prior con seis guardias, se lanzó á una casa, en cuyo desván, sin más entrada que una escalera de mano, se albergaban dos famosos bandidos que se habían encastillado con armas.

Cuatro de los seis guardias resultaron heridos. El teniente cogió el fusil de uno de los heridos y tras desesperada lucha mató á bayonetazos á uno de los bandidos é hirió al otro, logrando, poco después, detener á cuatro cómplices de los bandoleros, cuya captura había costado tanta sangre.

El 12 de noviembre de 1852 libraron bizarramente á la Malia de Francia de una partida de facinerosos que trataron de asaltar el coche.

Hecho como este podíamos citar á millares.

Los guardias Rafael Valero y Laureano Serrano dieron alcance en las inmediaciones de Cuenca al famoso bandido conocido por *Lirondo*, criminal terrible, azote de aquel pais y fugado de presidio.

En 1856 dió muerte la Guardia Civil á otro foragido *Alma negra*, cuyo apodo indica claramente el terror que causaba entre los labradores.

En Navalmoral del Peiro tuvo un encuentro una pareja con tres criminales, resultando muerto uno de éstos llamado Juan Sevillejo.

El capitán D. Manuel Villacampa se lanzó en Talavera de la Reina, pistola en mano, en una casa en que estaban robando, dando muerte á uno de los ladrones, hiriendo á otro y deteniendo á los restantes.

El sargento Antonio Campos y dos guardias mataron al famoso criminal Indalecio Gómez que había dado muerte al guardia civil Pascual Vicente.

Varios servicios contra el bandolerismo realizaron las fuerzas del segundo tercio.

Merece consignarse en el año 1850 el 29 de abril un servicio importante, capturando á cinco ladrones que intentaron robar el coche número 23 de la empresa de portes generales.

El servicio lo realizaron el guardia Tadeo Bravo que hirió y rindió luchando cuerpo á cuerpo al jefe de dichos ladrones, y el guardia de primera clase Bautista Llorens que fueron los primeros que atacaron á los ladrones. En 9 de junio capturaron á 10 ladrones en Hospitalet.

En 1857 hizo interesantes servicios aprehendiendo terribles criminales, sosteniendo luchas con ellos, descubriendo fábricas de moneda falsa, etc.

El siguiente año fué asesinado el guardia Jaime Rosa al descubrir una fábrica de moneda falsa. Los autores fueron detenidos.

El tercer tercio por estar destinado á Andalucía fué uno de los que más tuvieron que luchar con el bandolerismo.

En Cantillana y en Estepa detuvieron á varios ladrones en 1845.

Al año siguiente los anales registran varias víctimas entre ellos el guardia Francisco Guijillo que murió de un balazo traidoramente disparado; el cabo primero de caballería Alfonso Jiménez Serrano fué muerto de un tiro que le disparó el criminal conocido por el *Huerto de Alajar* y otros varios resultaron heridos.

En este año consiguió destruir el benemérito instituto la gavilla de facinerosos capitaneada por *Zamarra*.

En el 47 se cuenta la muerte del bandido Juan Ramis Gil é infinidad de detenciones.

En noviembre del 48 fué condecorado el sargento Joaquín Ruíz por haber dado muerte al bandido José Serrano.

En el mismo mes nombrado del año siguiente, el teniente D. Francisco del Castillo logró dar alcance y muerte al célebre criminal conocido por *Barquero de Cantillana*.

En esa época los vecinos de Sanlucar la Mayor, dirigieron una solicitud con infinidad de firmas para pedir que el sargento D. Francisco Lasso continuase en aquel puesto, agradecido á los beneficios recibidos del benemérito Instituto.

En el año 50 fueron capturados los bandidos Manuel Abad y Antonio Olmedo y otros menos célebres.

El 9 de abril fué muerto de un balazo el guardia Froilán González.

En el 51 y 52 hubo que lamentar otras pérdidas sensibles. En el primero de los últimos años citados, el cabo José Alvarez y en el segundo Manuel Ortega y Manuel García. Poco después el reo prófugo conocido por el *Comerciante* mataba de un tiro al guardia José Jiménez.

No pararon con esto las víctimas de los bandoleros, sin que por ello se arredraran los indivíduos del Cuerpo, que realizaron importantísimas capturas entre ellas el famoso *Sordo de Ruta*.

Fué aumentado este tercio, lo que le permitió emprender la campaña con mayor empuje y sin cesar en sus propósitos á pesar de que el plomo criminal continuaba haciendo bajas en las filas de la Guardia Civil.

No podemos relatar todos los hechos; citaremos sin embargo que el 7 de agosto de 1858 el cabo primero Francisco Salda Laserna sostuvo un combate cuerpo á cuerpo dentro de un reducido aposento y á oscuras en la villa de Estepa con el bandido Manuel González *Muselina*, de que resultó muerto el bandido y con varias heridas de puñal el cabo, por cuyo hecho fué agraciado con la cruz de San Fernando.

Y por último en 1859 fueron aprehendidos otros famosos criminales.

A la brillante historia de hechos realizados contra el bandolerismo hay que añadir los llevados á cabo por el cuarto tercio, sintiendo solamente que por no hacer pesada la lectura nos veamos precisados á acortarla.

En los tres primeros años del 1845 al 48, la Guardia Civil prestó grandes servicios, dando muerte y capturando á famosos bandoleros, como Pedro Avilés, Juan Manuel Nogueras y Francisco Alcaraz, que atraía á su casa á las personas para degollarlas y robarlas.

Grandes servicios continuó prestando también en años sucesivos, hasta el de 1852, en que hay un hecho que merece ser referido.

El comandante D. Teodoro Artalejo, jefe de la Guardia Civil de Albacete, se vió acometido un día en las afueras de la ciudad por cuatro asesinos armados de navajas. Después de haberse defendido valerosamente con su espada, estando ya herido y en inminente peligro de perecer, se apareció en el lugar de la escena el guardia Blas Montijano, y poniéndose al lado de su jefe, lo salvó, haciendo huir á los asesinos, recibiendo dos heridas.

Los asesinos fueron capturados.

El quinto Tercio, en el año 1848, capturó al famoso cabecilla de ladrones Domingo Gómez *Velazquillo*.

En 1849 fué tal el número de bandidos detenidos y muertos por este Tercio, en la región gallega, que sería preciso dedicar muchas páginas para consignarlo.

Desde el año 50 hasta el 59, y no obstante la merma que sufrió el Tercio por rebajársele el personal, fueron numerosísimas las partidas de bandidos desbaratadas, dando muerte á algún célebre criminal.

Entre los aprehendidos figuraba el famoso *La Soba*, que tuvo atemorizada la región durante algún tiempo.

La historia del sexto Tercio registra hechos gloriosos en su historia en el período que describimos.

Desde 1846 hasta 1848 fueron aprehendidos varios bandoleros famosos y desbaratadas sus cuadrillas, entre otros el célebre José de las Obras, que por espacio de 20 años había sido el terror del país.

El 23 de diciembre de 1849, los guardias Vicente Gallán y Mariano Cidraque evitaron con su arrojo que fuese robado por ocho bandidos el coche de las diligencias que detuvieron en el tránsito de la venta de Santa Ana, atravesando una maroma en el camino. Los guardias civiles se lanzaron sobre ellos, dando muerte al que los acaudillaba.

Siguió el Cuerpo realizando servicios en años sucesivos, mereciendo citarse el sargento segundo Juan Casamayor, que en desigual combate detuvo á 13 criminales, 12 caballerías, armas y otros efectos.

En 1853, Manuel Anido y su compañero Isidro Castro lucharon con

una numerosa partida de contrabandistas, resultando muerto el primero, consiguiendo el segundo hacerse dueño del campo y socorrer á su compañero hasta que expiró, siendo premiado por este servicio con la cruz de plata de San Fernando.

En el año siguiente debemos consignar un hecho meritísimo.

El guardia Antonio Montoya, en marcha para su casa con licencia, fué requerido por el alcalde del pueblo en que pernoctaba, y no creyéndose relevado de prestar servicio á pesar de la licencia, persiguió á dos criminales autores de un asesinato, consiguiendo detener á uno, y al ir á hacer lo propio con el segundo fué muerto por el facineroso de un pistoletazo.

Meritísimos fueron los servicios prestados durante la epidemia colérica por este Tercio. En las casas cuarteles se encontraban medicamentos, adquiridos de antemano para facilitar á los enfermos las medicinas, ya que en muchos pueblos las boticas carecían de lo indispensable.

Diez individuos del Cuerpo murieron contagiados de la terrible enfermedad por haber prestado sus servicios á coléricos

En los años 57, 58 y 59, siguieron las detenciones de ladrones, apoderándose las fuerzas en una ocasión de 19 cargas de contrabando, después de reñido combate á la bayoneta, y otro sostenido contra 30 contrabandistas por ocho hombres, deteniendo á muchos y logrando poner en dispersión á los demás.

El séptimo Tercio tuvo necesariamente que intervenir en mayor número de hechos relacionados con el bandolerismo, ya que la zona en que prestaba servicio era una de las más apropiadas.

Asustan los datos que tenemos á la vista acerca de las partidas de facinerosos que pululaban por las provincias de Granada, Jaén y Córdoba.

Más de 30 famosos criminales con sus secuaces tenían establecido su campo de operaciones en diversas zonas. La mayoría de estas partidas se formaban en la serranía de Ronda, y al verse perseguidas con ahinco, marchaban hacia las provincias ya mencionadas.

Una prueba de la actividad desplegada por la Guardia Civil en este primer año de 1845, es el haber detenido los 390 individuos de infantería y 120 caballos á 250 foragidos, amén de otros servicios importantísimos.

La lista de las detenciones hechas al año siguiente ocuparían varias páginas de esta obra, así como la de hechos criminosos registrados.

Pasaríamos más á la ligera esta relación, si un hecho meritísimo no lo creyésemos digno, por todos conceptos, de ser referido.

Nicolás Olmo y los guardias Manuel Sánchez, José Martínez y Juan de Dios López, sostuvieron un empeñado combate con una gavilla de ladrones, los que, cargados á la bayoneta, huyeron cobardemente, dejando un rastro de sangre que, seguido por los guardias, les condujo á una cueva. El denodado Olmo hizo atarse y se descolgó á 14 varas de profundidad; encendió un manojo de esparto y al encararse con los bandidos en aquel antro, le hicieron un disparo, que afortunadamente no hizo blanco, tiran de él y lo sacan y permanece á la boca de la cueva hasta rendir dos feroces asesinos que se albergaban allí.

Siguió el tercio realizando proezas de valor hasta el año 1856, en que ocurrió otro hecho que merece ser referido.

El 21 de septiembre, una pareja tropezó con una partida de contrabandistas. Estos al verse frente á dos indivíduos solos, dijeron: *A ellos que no son más que dos.*

Los dos guardias descargaron sus armas contra los bandidos; cargaron después á la bayoneta y les hicieron huir, dejando abandonadas tres cargas.

El período que describimos, terminó para la Guardia Civil tan brillantemente como había comenzado.

El octavo tercio no desmereció en nada á los demás, por sus trabajos realizados. Aparte de hechos políticos y humanitarios, que mencionamos en otro lugar, merecen citarse los realizados al ser incendiadas las fábricas de harinas de Valladolid, Palencia y Rioseco. La Guardia Civil se lanzó enmedio del peligro para desafiarlo, consiguiendo detener á tres incendiarios. Una masa de amotinados quiso libertarlos, consiguiendo los guardias imponerse y presentándolos á la autoridad.

Siguieron las detenciones de bandoleros y asesinos, entre ellas la del célebre Ramón Fernández *El Moreno*, Ramón Alvarez *El Cura* y otros.

La estadística que damos en otro lugar de este capítulo, basta para dar cuenta de los servicios llevados á cabo por el noveno tercio en las provincias de Cáceres y Badajoz.

Fueron detenidos el bandido Francisco Cordón, Narciso Flores, Salustiano Seco y otros.

El cabo comandante del puesto de Llerena, averiguó que eran cómplices de una partida de ladrones, dos indivíduos del ayuntamiento de Malcocinado, á los que detuvo. El alcalde, en el acto de prenderlo, ofreció mil duros al cabo Martínez para que le dejase en libertad, que fueron rechazados con la dignidad propia de un guardia civil y que fué ascendido por tan meritorio acto.

En 1856, una partida de más de 600 hombres armados de hachas, se presentó en el pueblo de Matamoros, robando los frutos y talando los campos. Un cabo y ocho guardias lograron reducir á los malhechores, sin necesidad de que hubiese derramamiento de sangre.

El décimo tercio, por razón de los puntos que ocupaba, intervino más que nada en sucesos políticos y actos humanitarios, sin que por ello dejase de hacer importantes capturas de bandoleros.

Fuerzas del undécimo tercio detuvieron á varios malhechores, que en el término de Peñafiel, sitio conocido por Salto del Caballo, cometieron un robo de varios efectos y 30.000 reales en metálico.

También detuvo á un feroz asesino fugado de presidio y á los autores del asesinato del guardia Olmedilla.

El sargento Pascual Lapeña, puso á disposición de los tribunales, con las pruebas del crimen, á nueve personas que gozando de buena opinión, habían asaltado la diligencia de Bayona el 3 de junio de 1858 y robado un cajón de dinero con 4.000 Napoleones.

Otros muchos más servicios realizó, como detenciones de asesinos, monederos falsos y ladrones.

El duocécimo tercio, quizá el de menos contingente, debido á las pro-

vincias en que prestaba servicio, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, realizó también importantes servicios, deteniendo á infinidad de bandoleros y entre ellos al famoso ladrón Felipe Gil *El Judas*.

El 26 de diciembre del 49, detuvieron á cuatro ladrones que en la noche del 18 del mismo mes robaron el caserío de D. Santiago Echevarría, maltratándole cruelmente.

En el 53, fué detenido un licenciado de presidio que prendió fuego á la casa de su padre. ¡Un angelito!

Por último, el décimo tercero tercio hizo en Baleares lo que los demás tercios realizaron en la Península tan brillantemente.

Fueron muchas las detenciones realizadas, logrando como los demás tercios y pasado el período de trastornos políticos, á que renaciese la calma, y el bandolerismo sin extinguirse por completo, cosa difícil de conseguir en España, por no decir imposible, y á que los robos, asaltos y asesinatos desapareciesen casi en absoluto, quedando reducido el pillaje á su más mínima expresión, triunfo que se debe á la Guardia Civil, que en poco tiempo lo logró gracias á sus activos trabajos.

Una estadística.

Como comprobación de los meritísimos servicios llevados á cabo por la Guardia Civil en el período que mencionamos, damos á continuación una estadística resumen de los hechos realizados por el benemérito Instituto, desde la creación del Cuerpo hasta el año 1859 inclusive.

Para mayor claridad, consignamos el resumen por tercios.

Los servicios prestados por el primer tercio, en el período ya mencionado, fueron: detenciones de delincuentes, 6.490; ladrones, 3.288; reos prófugos, 623; desertores, 769; faltas más ó menos leves, 22.625; total, 33.795.

Segundo tercio: detenciones de delincuentes, 6.603; ladrones, 1.946; reos prófugos, 483; desertores, 1.020; faltas más ó menos leves, 13.749; total, 23.801.

Tercer tercio: detenciones de delincuentes y ladrones, 21.164; reos prófugos, 2.158; desertores, 1.681; faltas más ó menos leves, 34.490; total, 59.493.

Cuarto tercio: delincuentes y ladrones, 13.734; reos prófugos, 1.190; desertores, 1.393; faltas más ó menos leves, 22.110; total, 38.427.

Quinto tercio: delincuentes y ladrones, 16.648; reos prófugos, 1.719; desertores, 1.397; faltas más ó menos leves, 10.934; total, 30.798.

Sexto tercio: delincuentes y ladrones, 7.996; reos prófugos, 272; desertores, 548; faltas más ó menos leves, 24.638; total, 33.454.

Séptimo tercio: delincuentes y ladrones, 18.122; reos prófugos, 4.369; desertores, 1.734; faltas más ó menos leves, 29.241; total, 53.466.

Octavo tercio: delincuentes y ladrones, 18.790; reos prófugos, 824; desertores, 959; faltas más ó menos leves, 35.045; total, 55.618.

Noveno tercio: delincuentes y ladrones, 5.701; reos prófugos, 210; desertores, 296; faltas más ó menos leves, 5.350; total, 11.557.

Décimo tercio: delincuentes y ladrones, 1.872; reos prófugos, 153; desertores, 239; faltas más ó menos leves, 3.069; total, 5.333.

Undécimo tercio: delincuentes y ladrones, 6.878; reos prófugos, 276; desertores, 373; faltas más ó menos leves, 12.308; total, 19.835.

Duodécimo tercio: delincuentes y ladrones, 1.696; reos prófugos, 57; desertores, 133; faltas más ó menos leves, 3.244; total, 5.130.

Décimo tercer tercio: delincuentes y ladrones, 1.420; reos prófugos, 62; desertores, 163; faltas más ó menos leves, 3.951; total, 5.596.

Las intentonas del 48.

Ya hemos dicho que los principales servicios del Instituto fueron en los primeros años de su creación, constituir seguro baluarte del orden público. A los sucesos políticos relatados, tenemos que añadir las intentonas revolucionarias del 48 y los tristes sucesos de 1854, que por su intensidad y desarrollarse en la capital de España, repercutieron doblemente en la historia.

Francia al comenzar el año del margen, había despertado las pasiones revolucionarias con la derrocación del régimen monárquico. El gobierno español viendo venir serias perturbaciones del orden público, de que eran indicios racionales el diario levantamiento de partidas carlistas y republicanas en Aragón y Cataluña, dispuso la suspensión de garantías en todo el país.

No se amilanaron por ello los revolucionarios y de público se sabía que el 26 de marzo era fecha señalada para un alzamiento en Madrid.

El gobierno se había preparado, disponiendo que las tropas permaneciesen en los cuarteles para defender el trono.

En la tarde de dicho día empezó á notarse cierto movimiento agitador, signo de la tormenta que amenazaba en algunos barrios. Al obscurecer, algunos enemigos del orden organizados y armados se lanzaron á la calle ocupando puestos de antemano designados y dando mueras y vivas.

El brigadier, Barón de Purgold, que se hallaba con toda la fuerza en el cuartel, dispuso que los ayudantes del tercio montasen á caballo y marcharan á la Puerta del Sol, donde se hallaba el Principal, á tomar órdenes.

Los ayudantes regresaron sin poder cumplir la orden. Todas las avenidas estaban ocupadas.

Por segunda vez lo intentaron, logrando su propósito y llevando la orden de que toda la fuerza disponible marchase inmediatamente á la Puerta del Sol; en el acto salió por la calle de las Hileras y al desembocar en la calle Mayor, formó por cuartas en columna con la caballería disponible á retaguardia.

La columna formada por 150 infantes y 40 caballos marchaba al punto designado, cuando al llegar á la altura de la calle de Boteros, sufrió una descarga que rompió un brazo á un guardia, sin causar otro daño.

Entonces el brigadier, seguido del comandante Periche y algunos guardias, se lanzó á la Plaza Mayor, logrando despejarla después de algunos disparos. Se dirigió entonces á la Puerta del Sol por el arco que da salida á la calle de Atocha.

Mientras, el comandante Moreno reconocía los soportales de los que salía de vez en cuando algún que otro disparo. Al llegar á una de las columnas que forman los arcos, donde la obscuridad de la noche no permitía distinguir objeto alguno, se avanzó á Moreno un hombre armado

con un trabuco, cuya boca le puso al pecho. Este sereno oficial apartó el cañón con el sable y se lanzó sobre él haciéndole prisionero.

A la una de la noche se presentó el brigadier Purgold y ordenó que entregase aquel puesto á la fuerza de Carabineros y Moreno se uniese á él para marchar con dos compañías de América á atacar la Plaza de la Cebada, donde los revoltosos sostenían un vivo fuego contra las tropas del Ejército.

Llegó la fuerza hasta la Puerta de Toledo, permaneciendo en observación.

Sofocado el motín en toda la población, la Guardia Civil regresó al cuartel á las tres de la madrugada del 27, notándose la pérdida de seis guardias heridos, tres de ellos de bastante gravedad.

La caballería permaneció más tiempo en la Puerta del Sol.

El orden establecido no ofrecía suficientes garantías de estabilidad. Las tropas permanecían en los cuarteles, y no obstante la lección sufrida el 26 de marzo, poco tardó en fraguarse otra tentativa.

Los cuarteles destacaban patrullas por las noches para recorrer las inmediaciones, y éstas traían al retirarse noticias alarmantes del estado de la sublevación.

El teniente D. Mariano Julve, último que salió de patrulla, participó á su regreso que el regimiento de infantería de España marchaba en abierta rebelión á posesionarse de la Plaza Mayor.

El brigadier Purgold con 120 infantes y 60 caballos marchó á la Puerta del Sol, punto señalado de antemano para todos los cuerpos y militares sueltos en Madrid. No habían pasado muchos minutos, cuando una descarga hirió los oídos de las fuerzas.

La descarga hecha á quemaropa había sido dirigida al duque de Ahumada, que con solo cuatro guardias se dirigía desde su casa al punto de reunión.

Asaltado en medio de la calle Mayor, se apoderaron de las bridas de su caballo, y él, sereno en medio del peligro, sacó una pistola del arzón que no pudo disparar por que al entrar á la altura de la calle del Triunfo recibió la descarga que le causó una herida en la ceja derecha, recibiendo su caballo dos balazos, otros dos ó tres su montura, quedando heridos dos guardias de los que le acompañaban.

A su serenidad debió el salir de las manos de sus enemigos.

Reunidas las tropas en la Puerta del Sol, se dispuso atacar la Plaza Mayor, donde efectivamente se hallaba el regimiento de España con casi todas sus fuerzas, incluso los sargentos y varios paisanos.

La Guardia Civil marchó á posesionarse de la casa del Cordero y de la de Astrarena, la primera para defender las avenidas de la Puerta del Sol y la segunda las de las calles de Hortaleza y Fuencarral. Dominada la revolución permaneció sobre las armas la Guardia Civil en la Puerta del Sol hasta el anochecer, que como las demás tropas recibió orden de retirarse á sus cuarteles.

El penoso servicio prestado por la Guardia Civil en la corte era contínuo durante los acontecimientos que reseñamos, y su fatiga extraordinaria en nada quebrantaba las fuerzas de aquellos bizarros guardias que con emulación deseaban ser empleados en todas ocasiones.

El comportamiento observado por la poca fuerza del primer tercio y las diferentes partidas que con distintas denominaciones se levantaron en la mayor parte de las provincias del reino, debieron hacer sentir al gobierno la necesidad de distraer las fuerzas del Ejército en persecución de aquéllas y de dotar á Madrid de una respetable y fiel guarnición, y así dispuso por R. D. de 10 de mayo que se reuniesen en la corte 4.000 hombres de Guardia Civil. De todas las provincias y á marchas forzadas se dirigieron á ella los guardias solteros, teniendo especial cuidado el inspector de que á los casados y sus familias se les atendiese por el oficial que quedaba encargado con igual esmero que lo estaban de ordinario.

Llegaron á formarse en Madrid cuatro magníficos y respetables batallones, cuya presencia en la gran parada que tuvieron para ser revistados en el salón del Prado, causó tal impresión en el pueblo de Madrid que todo el mundo admiraba con entusiasmo aquel brillante uniforme, terrible espanto del criminal y prenda segura de orden para el vecino honrado.

Durante la permanencia de esta fuerza en la capital de la monarquía, dió el servicio de guarnición en ella y se ocupó de la instrucción militar en los cortos días que tenía de descanso, permitiendo al gobierno disponer de los regimientos de infantería para la persecución de las facciones, y asegurarse de la disciplina que felizmente en ninguno había sido quebrantada más que en el citado de España número 30 de infantería.

Conseguido este objeto, el gobierno dispuso que regresase la Guardia Civil á sus provincias; parte de la del primer tercio fué destinada á la desdichada comisión de conducir á Cádiz y Algeciras numerosas cuerdas de presos políticos, llenándola con tanta exactitud y teniendo con los presos tales miramientos, que algunos años después muchos de los mismos hallándose en el poder tributaron elogios á sus conductores.

Las compañías á medida que regresaban á sus provincias y en especial la 3.ª, 4.ª y 5.ª, que correspondían respectivamente á Toledo, Cuenca y Ciudad Real, se dedicaron á la persecución de las facciones que se habían levantado en ellas y las demás al servicio especial del Instituto, prontos siempre sin embargo, á rechazar cualquier facción que se aproximase á sus puestos.

La revolución del 54.

Mal año fué el de 1854 para la Guardia Civil, pues los tristes sucesos políticos desarrollados en Madrid durante los meses de junio y julio pusieron á prueba no sólo el valor de sus indivíduos si que también una resignación de que tantas muestras ha dado el Cuerpo ante los injustos ataques de sus detractores.

Fueron tan violentas las escenas desarrolladas, las pasiones se enconaron tanto contra la Guardia Civil, que en pleno Congreso se le llegó á lanzar tremenda é injusta diatriba. Si no tuviéramos á la vista imparcial relato de los sucesos y fuese nuestra guía lo que dicen los periódicos de aquella época y trasmitido la tradición, tendríamos que dejar la pluma con tremendo desaliento. Tan enorme es.

Pero por lo mismo, por ventilarse la honra de la Guardia Civil, re-

presentada en el primer tercio, ultrajada por el calor de apasionados críticos, ultrajes de los que aún embozadamente se han hecho eco historiadores y publicistas, tenemos que ocuparnos extensamente de tales sucesos, recogiendo al pié de la letra el relato que testigos oculares de ellos como los señores Quevedo y Sidro, citados al prólogo de esta obra, hacen.

La tempestad, — escriben, — que de tiempo atrás venía formándose en las regiones de la política, empezó á verse muy claramente en la madrugada del 28 de junio de 1854, del modo que todo el mundo recuerda. La Guardia Civil, extraña completamente á las cuestiones políticas, se encontraba entonces como de ordinario diseminada en sus respectivos puestos, prestando el servicio especial de su instituto. El mismo día 28, tan pronto como el gobierno supo el peligro que le amenazaba, expidió una real orden mandando que la Guardia Civil se reuniese en las capitales de provincia, y la de Castilla la Nueva, es decir, todo el primer tercio, en Madrid. La Guardia Civil cumplió entonces como siempre aquel superior mandato, de modo que el 12 del siguiente julio ya se hallaba todo el primer tercio en la corte, á excepción de la compañía de Ciudad Real, que permaneció en dicho punto por razones especiales; de la de Cuenca, que en el momento de su llegada volvió á salir para su provincia en persecución de las fuerzas acaudilladas por el entonces coronel Buceta, y á las que batió sobre su marcha; del primer escuadrón que había marchado formando parte de la columna del ministro de la Guerra, que lo era entonces el general D. Anselmo Blaser, de una sección del segundo que también había quedado en Ciudad Real, y de unos 30 hombres de esta arma que no llegaron á salir de Guadalajara.

Reunido en Madrid, como dejamos dicho, el resto del tercio, pronto empezaron los caminos á infestarse de ladrones y á cometerse infinidad de robos, en términos que se hacía muy peligroso salir de la corte sin exponerse á ser robado á sus mismas puertas. En vista de ésto se mandó que volviera alguna fuerza á cubrir las carreteras en un radio de ocho á quince leguas, á fin de que los carruajes públicos y los trajinantes pudieran caminar con menos exposición. Calcúlese por lo que sucedió entonces lo que sucedería si la Guardia Civil fuese suprimida. La vigilancia quedó restablecida en cierto modo en los puntos próximos á la corte; desmembración de fuerzas que redujo la que quedaba dentro de ella el día 17 de julio de 1854 á 670 hombres y 74 caballos disponibles, que ocupaban los cuarteles de San Martín y Guardias de Corps.

En ellos se hallaba colocada la fuerza de la Guardia Civil en Madrid la noche citada, organizada en dos batallones provisionales de campaña, con su correspondiente dotación de jefes y oficiales y un escuadrón de caballería compuesto de parte del segundo, pues el primero, según queda dicho, había marchado con la división del ministro de la Guerra. Toda la fuerza de la Guardia Civil, en caso de obrar reunida, estaba al mando de su jefe natural el brigadier primer jefe del tercio; pero de no, cada batallón tenía sus correspondientes jefes.

Es público y notorio que ni antes ni después de haberse recibido el correo con la noticia de los pronunciamientos de Valladolid y Barcelona, ninguna medida de precaución se tomó por la autoridad militar, de

quien dependía entonces la Guardia Civil como parte de la guarnición de Madrid, á pesar de la fermentación que desde las primeras horas de la tarde empezó á advertirse en el pueblo, debiéndose tal vez todas las desgracias que después sobrevinieron á esta excesiva confianza; así es, que aquélla, lo mismo que las demás tardes, toda la fuerza del Ejército y de la Guardia Civil salió de sus cuarteles á paseo. Al medio día eran ya tan públicos en Madrid los pronunciamientos de las dos capitales de Cataluña y Castilla, que ninguna persona de regular posición lo ignoraba; sin embargo, ni á los jefes ni á los oficiales se les dijo una palabra oficialmente. Eran ya cosa de las tres cuando el Excmo. Capitán general de Castilla la Nueva mandó llamar á su despacho á los jefes de los cuerpos, y les dijo éstas ó parecidas palabras: "*Señores, el Ministerio se ha retirado y se está organizando otro; Barcelona y Valladolid se han pronunciado; de consiguiente, pueden VV. retirarse y hacerlo saber á los oficiales, y cuento con VV. únicamente para sostener el orden, si llega á alterarse.*„

Los jefes cumplieron con lo que se les había prevenido, y la Guardia Civil, como los demás cuerpos de la guarnición, se retiró á sus cuarteles. A ésto se redujeron todas las medidas tomadas, que sepamos, para sostener el orden en el caso probable de que se alterase.

A la caida de la tarde, el café Suizo y otros parajes públicos se habían convertido en un foco de insurrección; repartíanse públicamente proclamas, se declamaba á voces contra el gobierno que todavía no estaba formado, en tanto que los más tímidos ó los más exigentes elaboraban en el retiro y el silencio el tumulto que en breve debió estallar. A la salida de los toros la efervescencia era ya manifiesta y extraordinaria en todo Madrid.

Llegada la noche, la autoridad militar dispuso que treinta guardias civiles de la fuerza que estaba en el cuartel de San Martín, pasase á reforzar la guardia del Principal, encargando al mismo tiempo al oficial que los mandaba que procurase entrar en el edificio sin hacer uso de la fuerza.

Efectivamente salió dicha fuerza, y el oficial, cumpliendo fielmente la orden, dió varios rodeos, se acercó al Principal por diferentes calles para ver si podía conseguir entrar del modo que se le había prevenido; pero bien pronto se convenció de la imposibilidad de hacerlo, puesto que un gentío inmenso y compacto obstruía todas las avenidas, excitando á los soldados de la guardia á que abriesen la puerta; así que, regresó al cuartel manifestando que si á viva fuerza no se abría paso, no era posible penetrar en el Ministerio de la Gobernación. Se le contestó que de ninguna manera se hiciese uso de la fuerza, y que por consiguiente, permaneciera en el cuartel unido á los demás.

Previsor como siempre, el brigadier jefe del primer tercio envió á algunas personas para que adquiriesen noticias ciertas de lo que pasaba en la capital, quienes á su regreso le manifestaron que un gentío inmenso circulaba por las calles victoreando á varios objetos y hombres públicos, y que en especial en la Puerta del Sol era la concurrencia tan numerosa, que llenaba por completo aquel sitio. Preguntóles qué hacia la guardia del Principal, á lo que contestaron que nada decía á los gru-

pos, ni se advertían precauciones algunas militares ni hostiles, sino que por el contrario, aquella muchedumbre pasaba ó se detenía á su antojo, gritaba ó hacía lo que más le cuadraba, sin que nadie pretendiera estorbárselo. No obstante aquellas noticias, que á otro hombre menos experimentado y sereno le hubieran llenado de confusión y alarma, el brigadier permaneció con todos los oficiales en la parte exterior de la puerta del cuartel de San Martín, tan tranquilo é impasible como si á lo lejos no se oyeran confusamente las voces del tumulto.

Apenas había anochecido cuando un inmenso gentío se acercó al cuartel, y deteniéndose frente á su puerta prorrumpió en vivas á la libertad y á la Guardia Civil, abrazándose algunos con los oficiales, cuyos cuerpos cerraban la puerta que, como de ordinario, estaba abierta. Empero aquel jefe, que todo lo observaba en medio de la confusión, no tardó en notar que entre los abrazos, los vivas y la alegría natural ó fingida, había en los grupos cierta tendencia á penetrar dentro del edificio. Procurando entonces hacerse oír, les manifestó en los términos persuasivos que le son tan habituales, que siguieran su camino y dando muestras de su regocijo, seguros de que la Guardia Civil no les interrumpiría ni el uno ni el otro; y por el pronto consiguió que se alejasen de aquel sitio.

No bien despejado el terreno, algunos oficiales advirtieron dolorosamente sorprendidos, que al corresponder con lealtad á los abrazos del pueblo, habían sido despojados de sus espadas, sacándoselas de la vaina á unos y cortando el tahalí á otros sin que lo sintiesen. Tal proceder manifestaba desde luego siniestras intenciones en aquella gente, y debió excitar tanta más indignación cuanto mayores habían sido la doblez y perfidia con que se había ejecutado aquella acción innoble. Esto, unido á los marcados deseos que se advertían en los grupos de penetrar dentro del cuartel, convenció al entonces brigadier D. Antonio María de Alós, de la poca sinceridad de los vivas y abrazos, pues se conocía que sólo eran un pretexto de que se valían los grupos para ver si conseguían entrar en el edificio y apoderarse de las armas; y como era natural, desde aquel momento empezó á desconfiar de unas gentes que aparentando querer fraternizar, como entonces se decía, con los militares, les despojaban de su prenda más querida, la espada. Los temores del brigadier no tardaron en realizarse, acaso más pronto de lo que él mismo creía.

Pocos minutos habían pasado, y nuevos y más numerosos grupos se presentan delante del cuartel exigiendo con arrogancia se les entregasen las armas, y profiriendo terribles amenazas si no se accedía á sus deseos. Entonces el brigadier ordenó que se cerrasen las puertas, y cuando ésto se hubo verificado volvió de nuevo á dirigir la palabra á los grupos desde la ventana del cuarto del oficial de guardia; pero sus exhortaciones no surtieron efecto alguno, ó mejor dicho, sus palabras se perdían entre la confusión de gritos y amenazas que salían de aquella multitud frenética, que por instantes tomaba un aspecto cada vez más imponente y amenazador. Viendo que nada conseguían con sus exigencias y que sus amenazas eran oídas con la sonrisa en los labios, pasaron á vías de hecho y empezaron á golpear fuertemente la puerta del cuartel, creyendo sin duda que les sería muy fácil derribarla y de este modo

abrirse paso para penetrar en el interior. Ignoraban que aun cuando hubieran conseguido echar por tierra aquella débil barrera no hubieran adelantado un paso en su propósito, porque en aquel edificio se albergaban soldados pundonorosos, en su mayor parte veteranos aguerridos, con un jefe tan valiente como decidido á su cabeza, ni tenían tampoco presente que aquellos soldados eran guardias civiles, acostumbrados á vencer siempre ó perecer en la demanda, y que saben, no solo despreciar el peligro, sino también luchar contra la impetuosidad de los enfurecidos elementos; y finalmente, que para atacar nunca cuentan el número de sus adversarios. Detrás de la puerta que intentaban violentar estaba formada la guardia de prevención con el brigadier Alós á su cabeza, oponiendo una valla de hierro para el caso de que cediera la puerta, y dispuestos á escarmentar á los temerarios que intentasen penetrar en el edificio confiado á su custodia.

Tan humano como valiente aquel jefe, quiso apurar todos los medios de persuación que su prudencia le dictara, á fin de evitar desgracias y que se derramase sangre inutilmente. Dispuso, pues, que el segundo jefe subiera al balcón que hay sobre la misma puerta y que desde allí anunciase á los grupos la resolución que había tomado de defender el paso; al oir esta advertencia abandonaron su temeraria empresa en aquel sitio; pero se dirigieron á la puerta de entrada de la Inspección del Cuerpo, que se hallaba separada unos doce pasos de la del cuartel.

Mal podía ocultarse á los conocimientos militares del brigadier que si lograban forzar aquella puerta le envolverían dentro del mismo edificio; y así que tan pronto como oyó los primeros golpes que asestaban, se dirigió precipitadamente hacia el sitio amenazado, llevándose los escribientes y ordenanzas de la Inspección general del Cuerpo que encontró ya con las armas en la mano, colocándolos en el descanso ó primera meseta de la escalera frente á dicha puerta. Ejecutado esto con la mayor rapidéz, trató de asomarse al balcón situado sobre ella con el objeto de intimar á la multitud que desistiera de su temerario empeño, si no quería que hubiese grandes desgracias que llorar: pero antes de llegar al balcón, cedió la puerta á los violentos y combinados golpes que la daban, y vino abajo, produciendo al caer gran estrépito que resonó pavorosamente en las bóvedas del edificio. Al oirle el mencionado jefe, vuelve atrás con precipitación, aunque sin perder en lo más mínimo la serenidad que le es habitual, para salir al frente á los que intentaban invadir el cuartel por aquella parte, sorprendiéndole á los pocos pasos la detonación de una descarga que los escribientes y ordenanzas colocados en la meseta de la escalera habían hecho, si bien con la puntería alta para no causar daño alguno contra los primeros que, derribada la puerta, se precipitaron dentro del portal. A ella costestaron estos con un pistoletazo, ganando la calle á la carrera. El brigadier los llamó, y uno que al parecer hacía de jefe ó cabeza de los demás, se paró temeroso en la puerta, acompañado de otro paisano, ambos armados. Los llamó por segunda vez asegurándoles que podían acercarse sin ningún recelo, pues nada tenian que temer. En vista de estas seguridades volvieron á entrar los dos paisanos, y el digno jefe les preguntó con la mayor afabilidad qué era lo que querían.—*Nosotros*, contestaron en

tono desabrido, *queremos armas y extrañamos mucho que se nos reciba á tiros*. El brigadier, con la firmeza y prudencia que son innatas en él, con esa sangre fría que Dios le ha dotado y en la que seguramente pocos hombres le aventajarán, les contestó que no tenía más armas que una para cada guardia, y que no creía justo quitárselas para entregárselas á otros, en quienes á la verdad no reconocía otro derecho para pedirlas que el que se abrogaban por medio de la fuerza; además que las peticiones no se hacían entrando en el cuartel por sus puertas derribadas, con desprecio de cuantas refiesiones les había hecho anteriormente; manifestándoles por último que se retirasen en buen hora y no le hostilizasen, porque de lo contrario le pondrían en la terrible necesidad de derramar una sangre que nadie seguramente lamentaría más que él.

El asalto de que acabamos de hacer mención, y que no tuvo malas consecuencias por las prudentes y conciliadoras palabras del brigadier, decidió á éste á tomar disposiciones de defensa en las partes del edificio donde pudieran adoptarse, especialmente en las puertas, como puntos más débiles.

Escenas parecidas á las que estaban pasando en el cuartel de San Martín se representaban á la misma hora en la Puerta del Sol y otros puntos de la capital. Cuando esto pasaba, ya los sublevados se habían apoderado en el gobierno civil de las armas allí depositadas por el conde de Quinto, gobernador y corregidor en aquella época, tal vez con el objeto de defender aquel punto.

El edificio que ocupan las oficinas del gobierno civil está próximo á Palacio, y como á la sazón no había en él más fuerza que la guardia ordinaria montada por los municipales, á fin de evitar un golpe de mano contra la morada de S. M. y el conflicto de tener que rechazar la fuerza con la fuerza en cualquiera agresión que se intentase, dispuso el Ministro de la Guerra, general Córdova, que saliesen del cuartel de San Martín 100 guardias al mando de un comandante y los correspondientes oficiales, para que se situasen en aquel edificio.

Las nueve de la noche serían cuando la Guardia Civil, á las órdenes del comandante D. Félix Fernández Soto ocupó las citadas oficinas, estableciendo el comandante de ella dos centinelas en la puerta principal; dispuso que se nombrase un retén para que permaneciese formado en la parte interior de ella y que la fuerza restante se sentase dentro con las armas en la mano. Así permaneció la Guardia Civil sin impedir el tránsito á nadie ni notar novedad alguna por aquellas inmediaciones, hasta que á las diez y media ú once de la noche se presentaron varios grupos de paisanos (alguno que otro armado) que se dirigían á Palacio. En aquel momento llegaron á aquel punto dos compañías del Ejército, procedentes del Real Alcázar, y formando en columna apoyaron la cabeza de ella en el edificio del Gobierno civil, con el objeto de impedir el paso á la inmensa multitud que formaba los grupos que hemos citado y que se aumentaban por momentos. En vano se les decía que era imposible pasar á Palacio; en vano, que tanto el comandante de la Guardia Civil como los oficiales del Ejército se esforzasen para persuadirlos que no se podía transitar en aquella dirección, que se dirigieran á otros puntos, en la seguridad de que el Ejército no les haría fuego, y tanto sería así, cuanto

que estaba mandado por verdaderos militares, cuya fidelidad en defensa del Trono y de la libertad habian sellado con su sangre en los campos de batalla. Empero, todas estas razones, tan atendibles, tan en su lugar, eran despreciadas por aquella gente. Sabido es que la razón sólo tiene entrada en las personas de sensatez, de corazón sano, de una regular educación y que discurren con ánimo desapasionado: á éstas es muy fácil convencerlas; pero cuando la persuasión se emplea con personas insensatas, ó de corazón dañado, ó con un populacho en tumulto dirigido por hombres aviesos, es completamente inútil, pues no tardan en creer, lejos de disuadirse de su propósito y de caminar á otro fin más conforme con la razón, que la persuasión es cobardía y que el deseo de no derramar sangre vanamente es el deseo de evitar el combate por debilidad. Así es como interpretaron los grupos las amonestaciones de los jefes y oficiales, y abusando de la grandísima prudencia que la tropa había observado durante la confusión, y de la confianza tal vez excesiva de los que la mandaban, se arrojaron sobre varios soldados para arrancarles las armas de la mano. Y, sin embargo, todavía á pesar de tan brusca embestida, los soldados obedientes á la voz de sus jefes, tolerantes hasta el extremo, sólo luchaban para que no les arrebatasen las armas; pero de ningún modo se creyeron autorizados para dispararlas contra aquellos que, en el mero hecho de atacarlos, se declaraban sus enemigos.

¡A cuántas y cuán graves reflexiones no dan lugar estos hechos! Y, sin embargo, los omitimos á nuestro pesar, porque no se crea que somos demasiado propensos á encomiar la conducta noble y digna por todos conceptos, que tanto en esta ocasión como en otras muchas que se ofrecieron en aquellos días, observó la Guardia Civil, como igualmente la demás fuerza del Ejército; conducta y comportamiento que sin disputa merece los elogios que justamente le tributamos en esta historia, y que el Gobierno de S. M. no dejó sin recompensa.

El comandante de la Guardia Civil Sr. Soto, que ocupaba el edificio del Gobierno, en cuyo frente tenían lugar estas escenas, tan pronto como vió asomar las dos compañías del Ejército, rodeadas de una multitud de hombres que trataban no sólo de interceptarlas el paso, sino también de arrollarlas, prevalidos de la escasa fuerza con que aquellas contaban y de su actitud pacífica, salió con las de su mando del edificio para proteger y auxiliar á sus compañeros de armas, y todos reunidos permanecieron formados en columna fuera de él, hasta que viendo cuán infructuosos eran los esfuerzos que se hacían para calmar la efervescencia del pueblo, su constante trabajo y contínuas reflexiones durante dos mortales horas; como no tenía orden alguna para obrar, á la una de la noche dispuso que el teniente D. Fernando Moreno pasara á Palacio á pedirlas. Este hizo presente su comisión al Inspector general del Cuerpo que se encontraba allí, pero como estuviese delante el general Córdova, ya Ministro de la Guerra, el Inspector le previno solicitase órdenes de este último, y efectivamente, el citado oficial pintó al Sr. Ministro, con los más vivos colores, la situación comprometida en que se encontraba aquella fuerza, la imposibilidad de sostenerse neutral por más tiempo y la exposición de ser desarmada si no se defendía. Entonces el general

Córdova le previno que dijese al comandante *que en el último extremo de querer atropellar la fuerza armada, se rompiese el fuego y se hiciera uso de la bayoneta.*

Parecerá increíble, pero es lo cierto, que en la noche del 17 de julio esta fué la orden y las instrucciones dadas á la Guardia Civil que ocupaba el cuartel de San Martín, de donde procedía la que estaba en el Gobierno civil. Regresó el oficial de Palacio, y afortunadamente no hubo necesidad de cumplimentar la orden de que fué portador. Los grupos que tan tenaces se presentaran al principio, habían ya desistido de forzar el paso ante la actitud, si bien pasiva, severa de aquella fuerza, á la cual en un momento de ciego desvarío habían creído poder desarmar, dispersándose hacia otros puntos. Aquel había quedado despejado, por cuya razón se retiraron también á Palacio las dos compañías del Ejército que antes habían venido de él. El Sr. Soto dispuso que la fuerza que tenía á sus órdenes volviese á entrar dentro del edificio, cuya custodia estaba á su cargo; estableció sus centinelas y un retén, ordenando que el resto de sus guardias se sentase con las armas en la mano.

Todo estaba en aquel punto y sus inmediaciones en completa calma, nada se advertía que indicara las tumultuosas escenas que allí acababan de pasar, cuando á las dos y media ó tres de la madrugada se vió desde el Gobierno civil pasar una columnita formada por unas dos compañías del Ejército, con el Excmo. Sr. General D. Francisco Mata y Alós á la cabeza, que marchaba en dirección de la Plaza Mayor. Así que esta fuerza llegó al arco que da entrada á dicha Plaza por la calle de las Platerías, empezó á oirse fuego de fusilería. Como era consiguiente, la fuerza de la Guardia Civil de que venimos ocupándonos, se puso sobre las armas y en aquella posición esperó su comandante las órdenes que pudieran comunicársele según el curso de los acontecimientos. Al poco rato se vió que la columna regresaba al Real Palacio, que era el punto de donde había salido, y que conducía tres soldados gravemente heridos.

La mañana del 18 de julio apareció bien pronto clara y serena, como si en aquel día que empezaba no debieran las calles de la capital ser espantoso teatro de una lucha fratricida.

Al amanecer, las inmediaciones del Gobierno civil se encontraban en una completa calma, que duró hasta la mitad del día. Las gentes transitaban por las calles sin que nadie pensara en oponerles resistencia. Sólo de tiempo en tiempo se oían algunos tiros lejanos, que según después se supo, procedían de la Plazuela de Santo Domingo y calles que en ella desembocan.

Sería la una del día y aquella fuerza se hallaba sin comer desde la tarde anterior y acosada más que por el hambre, por el cansancio y la sed en un día de calor insoportable. Como del cuartel no viniese comida alguna ni aviso de que la mandarían, el teniente Moreno, ya citado, pidió permiso al comandante para ir á él con alguna fuerza á buscar alimentos para los guardias. Accedió el comandante á tan justa como generosa pretensión, y en su vista marchó este oficial con ocho guardias, dirigiéndose por la calle Mayor, la de Milaneses, Espejo, etc., á salir á la Plazuela de Isabel II; pero al desembocar en ella, se encontró con un grupo de más do 100 hombres armados, que al verle prorrumpieron en

gritos y amenazas, apostándose en las esquinas inmediatas para hacerle fuego. Sin embargo, continuó su marcha en dirección del cuartel de San Martín, que era el punto á donde debía llegar. En la entrada de la calle del Arenal notó que en ella había muchísimos paisanos armados y que las esquinas estaban tomadas. Con razón se creyó entonces cercado y perdido, procuró evitar que sus subordinados fueran sacrificados cobardemente por las masas armadas; y así, tomando su dirección por la calle de las Fuentes marchó al punto de donde había partido, al cual llegó sin la menor novedad y sin ser hostilizado en el camino. Hizo presente á su comandante cuanto había visto y observado, de lo que resultaba la imposibilidad de penetrar en el cuartel, como no fuese abriéndose paso á viva fuerza. El jefe le previno que se reuniese á la demás que había en el gobierno y permaneciese en su puesto.

Como las noticias que el comandante Soto recibió del oficial no eran, segun puede observarse, muy pacíficas, procuró estar preparado para cualquier eventualidad, y tomó al efecto algunas precauciones de defensa para en el caso de que los grupos se acercasen á aquel punto y tratasen de atacarle. Si esto último no se realizaba, había formado el firme propósito de mantenerse á la defensiva custodiando aquel edificio, pues carecía absolutamente de órdenes para obrar en ningun sentido.

Los hechos que vamos á referir fiel y desapasionadamente pondrán en claro lo que tanto se ha desfigurado con la más siniestra intención. Ellos nos pondrán de manifiesto el modo sincero y leal con que en tan críticas circunstancias obró la Guardia Civil, diseminada en diferentes puntos, sin órdenes de ninguna clase á que atenerse, y guiándose solo por el noble y humanitario instinto de los jefes que la mandaban. Nosotros hubiéramos querido ver en su lugar á los que con tanto empeño han procurado deprimirla en aquellos días; de seguro que no hubieran manifestado más prudencia que la que demostraron aquellos sensatos y valientes oficiales, ni hubieran llevado su paciencia hasta aquel extremo.

A cosa de las dos de la tarde vieron venir por la calle de las Platerías, marchando hacia el gobierno civil, al coronel de caballería señor Garrigó, acompañado de un paisano, ambos á caballo, á quienes seguían unos 20 guardias civiles al mando de los capitanes D. Casto López Espinosa y D. José Roure, y detrás un número considerable de paisanos armados.

Al llegar al gobierno civil dispuso el mencionado Sr. Garrigó que los guardias que le acompañaban penetrasen dentro del edificio y previniesen al comandante de la fuerza que lo ocupaba (que creemos no se habrá olvidado que era de la Guardia Civil) que al momento retirase los centinelas apostados en las ventanas; que formase la fuerza y saliese con ella para *fraternizar* con el pueblo; pues ya todos eran unos y cesaba toda hostilidad; y que mandase un oficial á la Plaza Mayor para que la Guardia Civil que lo ocupaba hiciese lo mismo.

Una turba inmensa, en su mayor parte armada, cubría la calle Mayor y el frente del edificio del gobierno civil. El comandante Soto dió cumplimiento á esta orden: formó la fuerza, abrió la puerta y salió con la buena fé de un valiente y honrado militar encanecido en el servicio de su patria y que llevaba en su cuerpo las honrosas cicatrices de cua-

tro heridas que recibiera en el campo del honor. Apenas él y las cuatro primeras hileras de la cabeza se hallaban fuera de la puerta, cuando aquel inmenso gentío se le echa encima dando desaforados gritos. Y no faltó un miserable, perseguido quizá por la Guardia Civil, que ocultándose entre la confusión, llevado de instintos sanguinarios y para satisfacer acaso una miserable é injusta venganza, se lanzó sobre el comandante Soto, le insultó, le injurió de una manera soez y le exigió el sable. Imitan otros su punible ejemplo, arrójanse sobre la cabeza de la fuerza y logran arrancar el fusil de las manos al sargento primero y á otro guardia que le seguía. Entonces el Sr. Garrigó desaparece, acaso para no ser testigo ni autorizar con su presencia la felonía de que eran víctimas aquellos indivíduos que por orden suya habían salido del edificio, y el Sr. Soto sospecha que aquella orden le había sido arrancada á la fuerza. Los guardias que mandaba, al presenciar esta escena, guiados por el instinto de conservación, general á todo ser viviente, no esperan la orden de retroceder, y cuando el comandante Soto quiere darla ya la estaban ejecutando; cierran la puerta apresuradamente, y queda en medio de aquella confusión de gritos y amenazas un oficial, el capitán D. Casto Espinosa. Allí se le maltrata, se le insulta y se le llama mal español y traidor, por hombres frenéticos y enfurecidos por hallar obstáculos á sus intentos: le arrancan su sable, le abofetean y le disparan á quemarropa un pistoletazo que le abrasa la levita; y otro asesino, porque no merece más nombre, le asesta un puñal traidor y homicida al lado izquierdo del pecho.

Sus compañeros, que ven esto desde una ventana, corren á la puerta, la abren y consiguen salvar al capitán Espinosa, arrancándolo de entre aquella muchedumbre que sólo quiere verter sangre, aunque sea de héroes!...

El capitán Espinosa, que corrió tan grande peligro, era un veterano encanecido en la carrera, sin otra mancha en su vida militar que las que en su uniforme puede haber dejado la sangre que de sus numerosas heridas derramara abundantemente en los campos de batalla en defensa de su patria, de su reina y de las instituciones liberales que invocaban los que el 18 de julio quisieron asesinarle. Aquellas canas que cubrían su honrada cabeza y que demostraban la larga serie de trabajos sufridos en las campañas, no fueron respetadas por los hombres que se decían defensores de una causa santa, la cual manchaban con sus inícuos atentados y felonías del peor género. Las cruces que condecoraban el pecho del antiguo soldado, símbolo del valor del que las ostentaba con orgullo, no infundieron ninguna veneración á sus agresores; el puñal del asesino pareció respetarlas más que los hombres, pues tropezando su punta en una de ellas, resbaló milagrosamente y no causó la menor lesión en el pecho del bravo capitán.

El comandante mandó á la Plaza Mayor al entonces teniente Roure, según se le había prevenido, el cual marchó escoltado por paisanos, á fin de comunicar la orden que se le había dado; y á pesar de lo sagrado de su comisión, tampoco fué respetado en el tránsito sino que por el contrario, se vió acometido y desarmado en el camino, y sólo ocultándole se le pudo salvar la vida.

Los grupos, que ya formaban una masa compacta é imponente, se aumentaban cada vez más, y con desaforadas voces pedían las armas de los guardias. El jefe que mandaba á éstos no cesaba de exhortar á la multitud, conjurándola á que se retirase; pero sus palabras no eran escuchadas y las exigencias iban en aumento en términos que, habiendo perdido ya el Sr. Soto la esperanza de conseguir cosa alguna por medio de la persuasión, se disponía á defenderse con la fuerza.

En tan crítica ocasión observa que los paisanos rompen el fuego en dirección del Real Palacio; procura enterarse de la causa, y advierte que venían por aquella parte como unas dos compañías de infantería con dos piezas de artillería. Tan pronto como aquella fuerza avanzó, batiéndose á la altura del Gobierno civil, dispuso el comandante salir con la que tenía á sus órdenes para unirse á la que acababa de llegar, rompiendo el fuego que aquella venía ya haciendo. Ambas fueron avanzando hacia la Plaza Mayor por un terreno que era disputado palmo á palmo.

En la calle de las Platerías cayó mortalmente herido de dos balazos el bizarro comandante Soto, con otros dos ó tres guardias más. Entonces toma el mando de la fuerza su segundo D. Antonio Gimeno y Ostaló, sosteniendo el nutrido fuego que sobre aquella fuerza se hacía desde las ventanas, balcones y esquinas, en términos que hubo momentos en que la entrada en la Plaza se creyó poco menos que imposible. En el arco que da entrada á ella por la calle de Ciudad Rodrigo, se había levantado, por los paisanos, una barricada con unos maderos, la cual fué preciso deshacer con la artillería para entrar en la plaza. Efectuado esto, se despejó el recinto, teniendo que sufrir para ello un fuego vivísimo. El teniente D. Fernando Moreno, con parte de los guardias, se dirigió al arco y escalinata que dan paso á la calle de Toledo, sosteniendo un nutrido fuego con los paisanos que por allí se habían retirado, hasta que consiguió apagar el que éstos hacían desde una barricada levantada en la antedicha calle de Toledo. A esta fuerza se le concluyeron las municiones, y el Sr. Moreno, encargando á sus subordinados la defensa de los dos arcos, voló á pedirlas con algún refuerzo al Arco del Triunfo y al de Ciudad Rodrigo: regresó seguidamente á su puesto, distribuyendo á los guardias los paquetes de cartuchos que había podido recoger de los demás, y continuó defendiendo aquel punto.—Mientras allí sostenía el fuego, las dos compañías del Ejército, la artillería y mitad de la Guardia Civil, siguieron su marcha por la calle de Atocha y la de Carretas hasta dejar en el Principal las dos compañías, que eran del regimiento de Extremadura. Introducidas dentro del Ministerio de la Gobernación (antigua casa de Correos), regresó la Guardia Civil con la artillería por la calle Mayor, y al llegar á la Plaza se dió orden á la mitad que antes había quedado, y á la cual se unieron en el ínterin unos 30 municipales, para que se incorporase á la demás fuerza y siguiese marchando hacia el Real Palacio, en cuyo tránsito recibieron á cuerpo descubierto, á más del fuego que se les hacía por balcones, ventanas, etc., multitud de ladrillos, tejas, piedras y otros proyectiles que se les arrojaban.

Ya en palacio se mandó á la fuerza que formase pabellones, y sin embargo de haber transcurrido veinticuatro horas de contínua fatiga sin tomar alimento alguno, el único descanso que se les proporcionó

en aquella noche fueron las piedras que cubren la extensa plaza de Armas. De alimento no se les suministró cosa alguna.

Al romper el alba del siguiente día 19 de julio se previno á la fuerza de la Guardia Civil que unida á unos 30 municipales saliese al mando del general Mata y Alós escoltando un carro que conducía municiones, dirigiéndose por el arco de la Armería á la calle Mayor. Mandó el general que una cuarta (25 hombres) marchase á vanguardia para franquear la marcha á la columnita, apostando una pareja en cada bocacalle; la que debía reunirse al resto de la fuerza tan pronto como esta pasase de la calle que guardaba; también dispuso que otra cuarta se adelantase también á tomar la Plaza Mayor, con el propio fin é idénticas instrucciones. Se cumplieron estas instrucciones con la exactitud y el arrojo con que la Guardia Civil sabe cumplir todas las que se le dan, y la columna siguió su marcha sin otra novedad que algunos tiros cambiados en la calle de las Platerías.

En la Puerta del Sol hizo alto la columna formando en batalla con el frente á Correos, en cuya posición permaneció mientras se introducían en este edificio las municiones que para aquel punto venían destinadas; en el mismo se le incorporaron algunos guardias que estaban desarmados. Concluída esta operación siguió su marcha por la calle de Alcalá en el mismo orden que antes había observado, y al llegar á la altura del café Suizo dispuso el general que un sargento con ocho guardias se apoderase de la casa en que está situado dicho establecimiento; así se efectuó, siguiendo después la demás fuerza al palacio de Buena-Vista, donde hizo alto. A los pocos minutos dió orden el general para que se emprendiese la marcha hasta llegar á la esquina del Prado, y esperar allí á que vinieran dos piezas de artillería que debían escoltar hasta el Real Palacio. Llegaron en efecto las dos piezas, y entonces la fuerza de la Guardia Civil se dividió, quedando la mitad con el general Mata y Alós, y siguiendo la otra con las dos piezas mencionadas al mando del general conde de Yumuri, único de los varios llamados por S. M., que escuchando la voz del honor y del deber aceptó el cargo de Capitán general en tan críticas circunstancias. Este general marchó por la ronda á Palacio, donde llegaron sin novedad á las diez de la mañana. Desde allí y sin darles un momento de descanso, se les mandó marchar al polvorín del campo de Guardias en busca de municiones que debían conducirse en furgones de la Real Casa, en cuya operación emplearon el resto del dia, regresando á Palacio al anochecer del 19, sin haber descansado un instante ni comido cosa alguna.

Después de cuarenta y ocho horas de fatiga y fuego, se dió á oficiales y tropa un rancho compuesto solamente de patatas, un cuarterón de carne, otro de pan y una copa de vino por plaza. Desde aquella noche (la del 19) no volvió á salir esta fuerza de Palacio hasta el día 27, que entrando de guardia la Milicia Nacional, recibió la orden de marcha para Villaviciosa de Odon, prestando entretanto todas las noches el servicio de reten en uno de los puntos más importantes.

De la otra mitad que había quedado en el Prado á las órdenes del general Mata y Alós, se mandó al capitán D. Casto Espinosa con 20 guardias á posesionarse del Casino y casas del conde de Cuba, en la Carrera

de San Gerónimo, y la demás, aumentada con 41 guardias desarmados que se le incorporaron, los cuales se armaron con los fusiles de los quintos del regimiento de la Constitución, se pusieron al mando inmediato del comandante del cuerpo, D. Tomás Iglesias, y éste, como era consiguiente, al del expresado general, permaneciendo toda la noche del 18 en el palacio de Buena-Vista. Al siguiente día 19 salió esta fuerza por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol, y regresó al poco tiempo al mismo punto de partida, donde permaneció hasta las cinco de la tarde que, habiéndose oido toques de alto el fuego, dispuso el general que se pasara un aviso al capitán que estaba en el Casino para que se incorporase al resto de la fuerza. Recibido que fué el aviso, formó sus guardias y salió del edificio en la actitud pacífica que se le había prevenido, es decir, con las culatas levantadas; pero los paisanos, sin hacer caso de esta demostración, le hicieron una descarga por la espalda, de la cual perdió tres guardias y él mismo recibió una fuerte contusión. A pesar de tan traidora acometida, el mencionado capitán siguió su marcha hasta incorporarse á la demás fuerza en el punto que se le había ordenado, y toda ella estuvo reunida en Buena-Vista la noche del 19.

Al amanecer del 20 mandó el general Mata y Alós abandonar aquel punto, y al efecto ordenó al comandante de la Guardia Civil que escoltase con su fuerza unos carros de dinero que se trasladaban al cuartel de ingenieros. Desempeñada felizmente esta comisión, se le previno ocupar la plaza de toros para protejer el paso de otros carros que, también con dinero, debían dirigirse por la Ronda al real palacio. En el momento cumplimentó esta orden, posesionándose de dicha plaza, y allí permaneció hasta el anochecer, en cuya hora pasó, de orden superior, al cuartel de artillería del Retiro, donde continuó hasta el 26, que recibió pase de la autoridad militar para dirigirse al pueblo de Villaviciosa de Odón. Aquella misma noche llegó á su destino.

Para la mejor inteligencia de los sucesos que relatamos, nos hemos propuesto narrar por separado la parte que en ellos cupo á cada uno de los diferentes grupos ó destacamentos en que la Guardia Civil se vió fraccionada, pues de otra manera sería poco menos que imposible el comprendernos tan clara y minuciosamente como deseamos ser comprendidos. Para ésto tendremos que repetir fechas y volver con frecuencia sobre nuestros pasos; pero en cambio así será más util nuestro trabajo.

Señalada queda anteriormente la fuerza del Cuerpo que había el 17 de julio en el cuartel de Guardias de Corps. Esta, como la demás de que hemos hablado, carecía absolutamente de órdenes que le sirvieran de guía para obrar. Al anochecer oyó su comandante D. Domingo Olalla la confusa gritería de los grupos que recorrían las calles inmediatas, y sólo por precaución previno que se armase la fuerza que tenía á sus órdenes y bajase al patio para esperar en esta disposición las que pudieran comunicársele.

A cosa de las ocho y media de la noche recibió un aviso del teniente D. Enrique Ramos que mandaba la fuerza del Cuerpo que cubría la guardia de la carcel de Villa, diciéndole que los presos se habían sublevado y escalaban la carcel; que no le era posible contenerlos con la que

tenía, y de consiguiente, que si no se le mandaba refuerzo nada tendría de extraño que los mil y tantos presos que custodiaba se fugasen, sin que sus cuidados pudieran impedirlo. Al momento dispuso aquel jefe que un capitán con un subalterno y cincuenta guardias marchasen á reforzar la de la carcel; pues aunque para ello ninguna orden tenía de la autoridad competente, creyó aquel caso no sólo de la mayor consideración, sino muy apremiante y de aquellos en que la menor dilación suele acarrear funestas consecuencias. En efecto, calcúlese cuáles hubieran sido éstas si los mil y tantos criminales que encerraba la carcel se hubieran desparramado por las calles de Madrid en una noche de alarma y confusión. Asusta la sola idea de semejante suceso. ¡Cuántas venganzas, cuántos asesinatos, cuántos robos no se hubieran cometido en medio del tumulto y á pretexto de los acontecimientos del día! Todo ésto dejó de suceder, porque para fortuna de las gentes honradas y pacíficas, era la Guardia Civil la que custodiaba la carcel, y gracias á sus esfuerzos Madrid se vió libre del crecido número de criminales que estaban esperando el fallo de la ley, y que con un poco menos de arrojo y serenidad por parte de la guardia hubieran alcanzado violentamente la libertad. La Guardia Civil tuvo el criterio suficiente para hacerse cargo de la trascendencia de un momento de debilidad, y supo soltar á los presos políticos y redoblar su vigilancia respecto á los que lo estaban por delitos comunes. Sin embargo, la Guardia Civil no recibió una palabra de gratitud en aquellos días por este importante servicio.

A las diez de la noche se presentó en el cuartel de Guardia de Corps un oficial de Estado Mayor disfrazado de paisano, con una orden de la autoridad militar para que la fuerza franca de servicio saliera á situarse cerca de la Puerta del Sol. No tardó en emprender su marcha hacia aquel punto, dirigiéndose por la calle de la Palma á la de Fuencarral. Al final de ésta y entrada de la de la Montera hizo alto el comandante y formó su fuerza en batalla, situándola en la acera de la izquierda apoyada la cabeza en esta última calle. En aquella posición permaneció hasta las doce, que recibió orden de marchar por la calle de Alcalá á Buena-Vista, donde acampó aquella noche.

Al amanecer le preguntó el teniente general D. Juan de Lara, entonces Capitán general del distrito, qué fuerza tenía allí; y contestándole que 150 guardias, le previno que fuese con ella á posesionarse de la Plaza Mayor; que estudiase su posición y la defendiese sin consideración alguna en caso de ser atacado.

En cumplimiento de esta orden, el comandante formó la fuerza y se dirigió con ella hacia el punto indicado, por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle de Postas. Habiendo entrado en la plaza sin resistencia, hizo alto en los soportales de la Panadería y mandó la mitad de la fuerza á los de enfrente, y la despejó haciendo salir de ella la mucha gente que allí había, sin emplear otros medios que la persuación y sin que á nadie se le causara la menor violencia. Ocupó todos los arcos de entrada y mandó descansar á la poca fuerza sobrante, señalando antes á cada cual el punto que debía defender en caso de necesidad; también recomendó á todos que empleasen la persuación y buenos modales hasta el último extremo de ser atacados. De cuando en cuando se acercaban

grandes grupos de hombres armados; pero como obedeciesen á la voz de alto, salía el comandante Olalla, les hablaba, les dada algunos vivas y conseguía persuadirles á que rodeasen un poco más en atención á que no podía permitir la entrada en la plaza, y de este modo consiguió conservar aquel punto sin necesidad de recurrir á medios violentos.

Serían las doce del día cuando pasó por allí un ayudante del Excelentísimo Sr. Inspector general del Cuerpo, quien le manifestó que venía del Principal de comunicar una orden del Ministro de la Guerra. El comandante le dijo que hiciese presente á S. E. que aquella fuerza estaba sin comer y sin racionar. El ayudante tomó nota de los guardias que allí había, asegurándole que cumpliría su encargo; y efectivamente no tardó en recibir pan, queso y algún vino para la fuerza á sus órdenes.

En esta situación se mantuvo hasta la una y media ó dos de la tarde que se le presentó el Sr. Garrigó á caballo con un pañuelo blanco en la mano en señal de paz. Se le permitió la entrada en la plaza, lo mismo que al gran número de hombres que le seguía, armados la mayor parte con diferentes clases de armas. El Sr. Garrigó ordenó al comandante Olalla que reuniese su fuerza y se retirase; pero éste le hizo presente la orden que había recibido del Capitán general para defender y conservar aquel punto á todo trance. Entonces el Sr. Garrigó repuso que aquella autoridad había cesado en sus funciones, y que el gobierno que acababa de ser nombrado por S. M. ordenaba que la fuerza se retirase, según se le prevenía.

Empezaba el comandante á dar cumplimiento á esta orden, teniendo ya reunidos como unos 30 ó 40 guardias, cuando los hombres que seguían al Sr. Garrigó prorrumpieron en desaforados gritos pidiendo que se levantasen en alto las culatas de los fusiles en señal de paz.

Nada estaba más lejos del ánimo del comandante y de los guardias que mandaba que el hostilizar al pueblo; así que no bien fué significado el deseo de que los guardias hicieran aquella demostración con sus armas, cuando ya estaba ejecutada. Pero hé aquí que apenas ve las culatas levantadas, se lanza la multitud frenética sobre los guardias para arrancarles las armas que tenían en la mano, y se traba una lucha, por cierto bien desigual en las intenciones de unos y otros contendientes. Los guardias, generosos hasta lo sumo, no quieren herir á la muchedumbre que intenta desarmarlos; luchan, sí, pero es solo para conservar las armas que ningún militar honrado puede abandonar sin deshonrarse. El paisanaje.... decimos mal, algún criminal mezclado en la confusión los acomete, los hiere, ya asestándoles traidoras estocadas, ya disparándoles pistoletazos á quemaropa.... ¡Momento horrible! Algunos guardias, víctimas de su generosidad, caen heridos y parten el corazón con sus lamentos.—¡Traición! ¡traición! gritan aquellos veteranos al ver correr la sangre de sus compañeros, sangre que vertían por ser fieles observadores de lo que su jefe les ordenaba. Los lamentos que exhalaban aquellos valientes que en la agonía se arrastraban por el suelo, empuñando aún el fusil con sus manos moribundas, excitaron como era natural la indignación de sus camaradas, y la escena cambia completamente en un momento. Se rehacen, rompen un vivo fuego y se

arrojan á la bayoneta sobre la muchedumbre. Los que tan hábilmente se habían aprovechado de la confianza de los guardias para intentar su desarme, huyen despavoridos ante la actitud resuelta y el marcial continente que demuestran los ofendidos, y en pocos minutos la plaza queda despejada; pero no sin haber causado pérdidas dolorosas á la muchedumbre, que la prudencia hubiera podido evitar. Situáronse en seguida los guardias en los arcos como puntos de defensa, á fin de impedir que los paisanos volvieran á penetrar en la plaza. El populacho grita para que cese el fuego.... más ya era tarde. Los guardias habían sellado con la sangre de algunos de sus compañeros la fiel protesta de fraternizar con el pueblo tan pronto como este se lo anunció con palabras de paz. No acusamos á todos los que aquél día se hallaron fatalmente en frente de la Guardia Civil; creemos, por el contrario, creemos que solo algunos de esos hombres feroces que se ven en todos los tumultos, fueron los que, ignorando lo que vale un guardia, cometieron la torpeza de lanzarse sobre ellos para desarmarlos, y de aquí las desgracias de una y otra parte que se siguieron. Ignoraban que á la Guardia Civil se puede, en un momento dado, en un día de confusión cuando nadie sabe quién manda ni á quien obedece, hacerla vacilar por la buena fé con que obran sus indivíduos; pero jamás vencerla, porque su lema es morir antes que dejarse vencer; y en esta ocasión como en otras muchas no miró el número de los que la acometían hiriendo alevosamente á sus indivíduos, sino que reponiéndose como por encanto supo escarmentar á sus adversarios.

Esta parte de las jornadas de julio es la que más se ha desfigurado y donde la calumnia se ha cebado con más encarnizamiento; por ella hasta se intentó manchar con el epíteto de traidores á los indivíduos de la Guardia Civil, y todo porque no se dejaron desarmar y asesinar como unos cobardes; porque no cedieron ante el furor y las exigencias de las masas amotinadas, porque viendo moribundos á sus compañeros heridos alevosamente, dieron á sus desleales enemigos una lección dura, pero ocasionada por la fatal imprudencia que dió orígen á aquellos lamentables sucesos.

Despejada la plaza continuaban los guardias haciendo un vivo fuego con la vista fija en el arco que da salida á la calle de Platerías, por donde se había retirado la mayor parte de la gente que antes la invadía, sin pensar ya en otra cosa que en vender cara su existencia. En esta disposición se hallaban cuando por la parte opuesta de la plaza entraron dos oficiales de Estado Mayor, y dirigiéndose al comandante le gritaron en tono de reconvención *que mandase cesar el fuego, pues comprometia la causa de la Reina y de la Patria.* Como los guardias y las masas del pueblo oyeron estas voces cesaron unos y otros, y los primeros obedientes á la voz de *Patria* y *Reina* ya no se ocuparon en impedir la entrada en aquel punto. Pocos instantes bastaron para que la plaza se llenase completamente, y los grupos del pueblo irritados é incapaces de apreciar la razón y la justicia que guiaban á aquellos valientes, sacian su furor en algunos guardias ya indefensos y desarmados. En medio de la confusión de escena tan espantosa, diseminados los guardias, cada cual, incluso su comandante procuró salvarse de la turia popular, habiéndolo

logrado varios y entre ellos su jefe por la mediación de personas de ascendiente que tuvieron que luchar, para conducirlos al cuartel de San Martín entre mil peligros, pues á cada momento querían matarles.

Así terminó la sangrienta escena de la tarde del 18 de julio en la Plaza Mayor y calle de Platerías, escena horrible, cuadro desgarrador de que resaltan con los más vivos colores la ciega obediencia y el valor que brillaron de una parte, y la preocupación y la imprudencia que cegaron á la otra, para que ambas derramasen sangre preciosa, porque al fin era de españoles.

Retrocedamos ahora para relacionar los sucesos en que de algún modo figuraron los 74 caballos que, como única fuerza de esta arma que había en Madrid, se encontraron en distintos puntos, á las órdenes de diferentes jefes, y no teniendo un sólo instante de sosiego en los días que duraron las ocurrencias.

Ya hemos dicho en dónde y cómo se encontraba esta fuerza dividida entre los dos cuarteles de San Martín y Guardias de Corps. A las primeras horas de la mañana del 18, se les previno que se presentasen en Palacio, á cuyo punto llegaron sin novedad al mando del teniente, hoy capitán, D. José Palomino Al poco tiempo se dispuso que saliesen formando parte de una pequeña columna al mando del general Mata y Alós, marchando por las calles de Santiago, Mayor, Puerta del Sol, Alcalá á Buenavista, donde echaron pie á tierra y permanecieron hasta la una de la tarde, que uniéndoseles dos piezas de artillería rodada se pusieron en marcha hacia la Puerta del Sol, ocupando siempre la caballería la derecha de las piezas. Frente al Principal se hizo un pequeño alto, y la columna regresó de nuevo al Palacio de Buenavista sin novedad.

A las tres de la tarde, la caballería que nos ocupa, formó de orden superior en el paseo destinado á los carruajes en el Salón del Prado, y allí se dividieron los 74 caballos en tres secciones, al mando, respectivamente, de dos alféreces y un sargento. Serían las cinco cuando recibió orden de incorporarse á las tropas y artillería que estaban en Buenavista, y efectuada la incorporación, salió una sección mandada por un oficial (D. Pedro Marta), componiendo parte de una pequeña columna á las órdenes del coronel Gándara, que bajando por el Prado hasta la desembocadura de la Carrera de San Jerónimo, subió luego por ésta y tomó desde la plazuela del Congreso la calle del Prado, haciendo y sufriendo en el tránsito un nutrido fuego, que al llegar á la plazuela del Angel se hizo tan intenso, en especial el que hacían desde una casa que da frente á la parroquia de San Sebastián, que para acallarle fué preciso batir dicha casa con la artillería y tomarla á viva fuerza. Pero no por esto cesó el fuego en aquella parte, sino que por el contrario, se multiplicó desde otras casas inmediatas, desde las esquinas, bocacalles y todo lo largo de la de Atocha. La sección de caballería no dejó de prestar su cooperación para sostener las piezas, pues hubo momento en que por efecto de la escasísima infantería que las protegía, comparada con la inmensa muchedumbre que por todas partes rodeaba á la columna, algunos paisanos llegaron casi á tocarlas. Tan horroroso era el fuego en esta parte de Madrid, que al anochecer, viendo el jefe de la columna que las demás fuerzas del Gobierno no cooperaban por otros puntos, como sin duda se ha-

bía acordado, y que se atraía sobre las pocas de que constaba la suya todo el pueblo, se replegó bajando por la calle de Atocha al Prado, y de aquí la sección de caballería marchó al cuartel de artillería, en el que, y en la plaza de toros, permaneció hasta el día 26 que recibió orden de dirigirse á Villaviciosa.

Las otras dos secciones formando parte de una pequeña columna mandada por el general Mata y Alós, se dirigieron por la calle de San Miguel, Infantas, Hortaleza y Montera: en ésta hicieron alto, situándose ambas secciones á las inmediaciones de la calle de Jardines. Tan intenso era el fuego que se les hacía desde las esquinas de las de Jacometrezo y Caballero de Gracia y desde las ventanas y balcones, que se les mandó envainar las espadas y hacer uso de las carabinas para contestarlo. Al llegar la cabeza de la columna á la Puerta del Sol recibió hasta dos descargas que la hicieron desde la calle de Carretas. Formada la columna, se mandó á la caballería colgar las carabinas y sacar las espadas.

En esta disposición, y hallándose la calle Mayor completamente llena de gente, se dió orden para que la primera sección cargase á todo lo largo de ella hasta Palacio, con el objeto de despejarla para que la columna pudiera marchar con algún desembarazo. El teniente, hoy capitán, D. José Palomino, que mandaba aquella sección, y alférez D. José Olivares á sus órdenes, dieron un viva á la Reina, y mandó el primero cargar á discreción y al trote. Esta fuerza sufrió en su carrera, además de un vivísimo fuego, diferentes proyectiles que les arrojaban desde las ventanas y balcones, llegando á Palacio con la pérdida de cuatro guardias y tres caballos heridos y dos de los últimos muertos. Entre los guardias heridos, uno lo fué cobardemente; pues habiendo resbalado y caído su caballo en los adoquines, se le fracturó una pierna al jinete, y sin respetar la dolorosa situación en que se encontraba, se le echa encima una multitud de paisanos, de los cuales pudo defenderse con su espada hasta que fué recogido en el Principal; por fortuna sólo recibió de los que le atacaban una herida en la mano. Hubo además algunos guardias y caballos contusos que no se enumeran, porque siendo tan multiplicado el fuego y tantos los proyectiles arrojados, el que mejor libraba era el que únicamente recibía una contusión. Cerca del anochecer llegaron á Palacio, como dejamos dicho: y como nada hubieran comido en todo el día ni hombres ni caballos, pasaron estos últimos á las cuadras del cuartel de Guardias de la Reina, donde permanecieron aquella noche.

En la tarde del 19 se pidieron y facilitaron cuatro caballos para que acompañasen á un jefe al Palacio de Buenavista, único servicio que en aquel día prestaron.

Llegada la madrugada del 20, se dispuso que el teniente comandante de estas dos secciones montase á caballo y marchara con ellas á Buenavista con un pliego cerrado para el general Mata y Alós. Habiendo emprendido su marcha con las debidas precauciones militares, llegó al Campo de Guardias, donde encontró un guardia de los cuatro que la tarde anterior habían salido acompañando al jefe á Buenavista. Aquel guardia le manifestó que en los paseos de la Fuente Castellana les habían hecho una descarga, de cuyas resultas se espantó su caballo arrojándole al suelo, quedando tan aturdido del golpe, que al levantarse no

vió á sus compañeros ni supo la dirección que habían tomado. El oficial continuó su marcha, penetró en la población por la puerta de Recoletos, y llegando al cuartel de Ingenieros entregó el pliego al jefe á quien iba dirigido. Dos horas después el general puso á sus órdenes 20 zapadores con un oficial, entregándole un carro de dinero que debía conducir al Real Palacio. Destacó algunas parejas de caballería para explorar el camino; dispuso que los 20 zapadores escoltasen el carro, y él con la caballería se colocó á retaguardia para sostener y cubrir la marcha, que se efectuó sin novedad, llegando á las tres de la tarde á Palacio. Allí siguió esta fuerza hasta el 27, que recibió orden de dirigirse á Villaviciosa de Odón, á fin de incorporarse á la demás que había salido para el mismo punto.

El 18 por la noche, ó más bien al amanecer del 19, llegó por el ferrocarril el coronel graduado, comandante del Cuerpo, D. Javier San Martín, con unos 100 guardias que se hallaban destacados en Aranjuez, Tembleque y Alcázar de San Juan. En la estación de Madrid le fué entregada, en el momento de su arribo, una orden del Excmo. Sr. Inspector general del Cuerpo para que se dirigiese con aquella fuerza al cuartel de San Martín. Ya había principiado á desfilar para cumplimentarla, cuando le advirtieron todo lo ocurrido en la tarde anterior, el estado en que se encontraban las calles del tránsito y el gran conflicto en que se vería envuelto si se dirigía á aquel cuartel, pues que indudablemente tendría que abrirse paso á viva fuerza. "En el cuartel de Guardias de Corps, le dijeron, se halla muy comprometido en su posición un oficial del Cuerpo, que desde la noche del 17 se encuentra en aquel punto con sola la guardia de prevención, y en San Martín hay más de 200 guardias." En vista de ésto, y no obstante la expresa orden de su general, guiado, sin duda, este jefe por el espíritu de Cuerpo y el honor militar, se dirigió al cuartel de Guardias de Corps y entró en él sin novedad al rayar el alba del 19.

Apenas se posesionó del cuartel procuró reconocer sus alrededores y observó el afán con que los paisanos estaban levantando barricadas en todas sus inmediaciones. Dirigió la palabra á los grupos exhortándoles á que no le hostilizasen, pues este era el único medio de evitar toda efusión de sangre; empero los ánimos se hallaban desgraciadamente demasiado preocupados contra la Guardia Civil, por la exageración é inexactitud con que se referían los sucesos de la tarde anterior: así es que ningún caso hicieron de las palabras que aquel jefe les dirigía, sino que por el contrario, á las dos horas el cuartel fué atacado por varios pelotones de gente armada que dirigía sus fuegos contra la puerta, mientras otros procuraban envolver á la Guardia Civil dentro del edificio, á cuyo fin penetraron por el inmediato cuartel del Conde-Duque, que les fué franqueado por un pequeño número de soldados de caballería, que después de haberse separado de sus banderas estaban refugiados en él, añadiendo de este modo á su primer delito la horrible perfidia de entregar á sus compañeros de armas. Atento á los grupos que le hacían fuego, ni remotamente pensaba que pudiera ser vendido en su posición, y mucho menos por tropa del Ejército. Grande, en verdad, fué la sorpresa que le causó la noticia de que estaban echando abajo un tabique del

cuartel del Conde-Duque con el objeto de sorprenderle por la espalda. Acto contínuo mandó al teniente D. Pedro Bentosela que á toda costa defendiese la puerta, y él marchó con la rapidez del rayo á la cabeza de alguna fuerza á repeler á los que procuraban sorprenderle.

Simples narradores de los sucesos, y no sus panegiristas, no es nuestro ánimo prodigar elogios á este ó al otro jefe, por eso pasamos por alto los esfuerzos que el comandante San Martín, de quien vamos hablando, tuvo que hacer para reprimir el valor de sus subordinados, á fin de que no hicieran pedazos dentro del mismo cuartel á aquellos hombres que se habían introducido allí por una cobarde traición. Si los guardias emplearan contra ellos el mismo encono que ellos demostraban contra la Guardia Civil, seguramente que ni uno solo hubiera salido con vida; pero no fué así. Los repelieron, pero á nadie quisieron herir.

El resto del día se pasó sin ocurrir más novedad que alguno que otro disparo que los grupos dirigían á las ventanas del cuartel, á los que, por disposición del jefe, no se contestaba.

Al amanecer del día 20 supo que había sido nombrado Capitán general de Madrid y Ministro de la Guerra el general San Miguel: con esta noticia, y viendo que los paisanos, abusando del propósito que de no hostilizarlos se había formado, no cesaban de levantar barricadas para atacar al cuartel, dirigió una comunicación al expresado general, manifestándole que la Guardia Civil, siempre fiel á las autoridades legítimas, lo mismo que lo había sido á las anteriores lo sería á las nuevamente nombradas; y que en este concepto le participaba que se encontraba en aquel cuartel con 100 guardias civiles á sus órdenes, prontos á ejecutar las que les comunicase como Capitán general y al mismo tiempo presidente de la Junta de Salvación. Ninguna contestación recibió sobre aquel escrito; pero el Inspector general del Cuerpo le había avisado que si era tan crítica su situación, saliese por la espalda del edificio al campo y se incorporase á Palacio sin empeñar combate alguno. El comandante San Martín vacilaba acerca de la resolución que debía tomar. Lanzarse al campo era operación sencillísima, y mucho más mandando 100 valientes guardias, que seguramente no retrocederían ante un triplicado número de enemigos aun cuando éstos fueran de las mejores tropas; pero ¿podía tomar este partido como militar pundonoroso y menos como guardia civil, á no ser en un caso desesperado? El creyó que no; porque para efectuarlo tenía que abandonar á merced de la multitud los repuestos de varios cuerpos de caballería del Ejército, los efectos de la escuela especial de E. M. y cuantos intereses encerraban los dos edificios de Guardias de Corps y Conde-Duque, lo cual hubiera sido una pérdida de alguna consideración para el Estado. Por otra parte, permanecer allí era exponerse, no á que le venciesen, sino á tener que rechazar con la fuerza cualquiera agresión por parte del pueblo, y él quería evitar la efusión de sangre, completamente inutil ya en aquellas circunstancias.

¡Cuán distante está este modo de pensar noble y generoso de merecer las insidiosas calumnias que con intención pérfida se propalaron por aquellos días y algunos después, diciendo que la Guardia Civil había acuchillado traidoramente al pueblo! Nosotros retamos á sus autores y

á sus propagadores á que nos desmientan, si se atreven, sobre la veracidad de estos hechos. ¡Que nos digan qué fuerza armada viéndose asediada, insultada y que á gritos se pide su exterminio, obraría con la prudencia y circunspección con que obró la Guardia Civil!

El jefe de que nos ocupamos tenía también que luchar con otro inconveniente de no pequeña consideración para prolongar su permanencia en el cuartel. La fuerza que tenía á sus órdenes no había comido cosa alguna desde el 18 por la noche, y en la del 20 se hacía ya sentir, como era natural, la falta de comestibles; el hambre comenzaba á asomar su faz terrible en aquel recinto, y el agua, que hasta entonces no había faltado por la precaución adoptada en tiempo oportuno de llenar todos los pilones por si la cortaban, como sucedió al fin, principiaba también á escasear; contratiempo más horrible en días de verano.

Pensativo se hallaba el comandante por lo apurado de la situación en que se veía envuelto. Las razones expuestas le aconsejaron permanecer en aquel punto para conservar los efectos que allí se encontraban, y por otra parte debía igualmente mirar por la conservación de los individuos que mandaba. Faltábanle agua y comestibles y ésto le ponía en gran cuidado. Mientras discurría el medio de salvar los apuros de la situación sin faltar á su propósito de no verter una gota de sangre; mientras le angustiaba el corazón la perspectiva de la suerte que esperaba á los guardias, caso de prolongarse la penosa situación en que se hallaban, éstos, que á fuer de soldados veteranos no carecen de experiencia, conociendo los cuidados que por ellos atormentaban á su jefe, llenos de abnegación y prudencia, guiados por los sentimientos de que se hallaban poseidas sus almas generosas, comisionan á un guardia para que presentándose al comandante le hiciera presente en nombre de todos que no se preocupase por la falta de subsistencias, pues que todavía podrían resistir un día más sin comer; manifestándole al propio tiempo que si transcurrido éste no podían salir del cuartel con honor, había aún en la cuadra algunos caballos, con cuya carne podían alimentarse hasta tanto que la autoridad legítima dispusiera de su suerte; y por último, que entretanto allí tenía sus vidas para sacrificarlas al cumplimiento de su deber si así lo creía necesario. ¡Raro contraste! ¡Sublime virtud! ¡Abnegación sin límites, que hoy encuentra en la historia el valor que en sí tienen!

Estos son, lo decimos muy alto, los sentimientos de los indivíduos de la Guardia Civil, á quienes algunos hombres que no queremos calificar, incapaces de apreciar en lo que valen las virtudes militares porque nunca las han poseido, se encargaron de desacreditar... Y esos hombres que han esgrimido sus plumas impregnadas de odio y manejádolas tan indignamente guiados por una miserable venganza, ¿no pudieran haberse tomado el trabajo de analizar los hechos, á fin de no ocultar deliberada ó indeliberadamente el heroismo que algunas acciones demuestran? Así no tropezarían á cada paso con hechos que por más que se procure desfigurarlos, siempre colocarán á grande altura el nombre de la Guardia Civil. Aquellos guardias á quien con tanta vileza se calumnió entonces, tenían en sus manos el medio de proporcionarse los comestibles que necesitaban, porque el pueblo que tanto les amenazaba y que impedía

que entrasen subsistencias en el cuartel que custodiaban, no podía intimidarlos en manera alguna, acostumbrados como se hallaban á luchar uno contra diez; y sin embargo, al odio y al rencor que contra ellos demostraban, contestaron imponiéndose voluntariamente un sacrificio penoso, el hambre y la sed, por no hacer uso de sus armas. ¡Y todo por no querer derramar la sangre de ningún individuo de aquel populacho que los rodeaba é insultaba!

Al oir el jefe las palabras de aquel veterano, se enterneció en tales términos, que no supo qué contestarle, y sólo se concretó á pedirle su nombre y la compañía á que pertenecía.—*Mi nombre*, contestó el guardia, *para nada se necesita, mi comandante; mi compañía es la 6.ª del primer Tercio.*—Esta compañía presta servicio en la provincia de Guadalajara.

Aunque jamás dudó aquel jefe de la bizarría y nobles sentimientos de sus subordinados, sin embargo, la tierna escena que ante sus ojos acababa de pasar y que tan directamente le interesaba, le tranquilizó en parte; así que en los angustiosos días del 20 al 22 no pensó más que en mandar comunicaciones al presidente de la Junta de Salvación, asegurándole la fidelidad de aquella fuerza y pidiéndole órdenes para obrar; empero los avisos particulares que sin duda recibía la Junta de los que se hallaban en las barricadas inmediatas debían neutralizar aquellas en el ánimo de los señores que la componían, y la prueba es que no recibió más contestación que una orden de la Junta en que se le hacía responsable de las faltas que cometiesen sus subordinados dentro del cuartel, y de no poner en libertad unos cuantos carabineros que allí se hallaban, orden que ninguna conexión guardaba con las comunicaciones que él había dirigido ofreciendo sus servicios y pidiendo instrucciones. Así fué, que sorprendido con semejante orden, pasó otra comunicación al Capitán general manifestándole que por los términos en que estaba concebida se infería que la Junta había sido mal informada, suponiéndole que tenía presos cierto número de carabineros, cuando allí no existía ninguna clase de presos ó detenidos; y con tanta más razón no los había, cuanto desde la mañana del 20 se había brindado expontáneamente á su autoridad, que fué cuando tuvo noticia de que era la única legítimamente nombrada. A esta comunicación le contestó el Capitán general diciéndole que quedaba enterado de ella, así como del buen espíritu que reinaba entre sus subordinados, *á quienes podía tranquilizar acerca de la suerte que les cabría en la situación en que se encontraban.*

Por fin, al medio día del 22 de julio, recibieron orden para dirigirse á Villaviciosa de Odon, á cuyo punto llegaron sin novedad al anochecer del mismo día.

De nuevo tenemos que ocuparnos de la fuerza que se hallaba en el cuartel de San Martín, con el objeto de narrar lo que allí ocurrió desde la noche del 17, en que la dejamos, hasta la conclusión de los sucesos.

Ya dejamos referido lo que sufrió en las primeras horas de tumulto del 17, y cuánta prudencia, cuánta sangre fría, cuánta impasibilidad necesitó el brigadier para evitar que el paisanaje entrase en el cuartel, manteniéndose en una posición defensiva sin recurrir á la fuerza. Su persuasiva palabra fué la única que empleó.

Ninguna orden recibió en el transcurso de la noche, y en la mañana del 18 dispuso que se abriese la puerta del cuartel como de ordinario, sin que en todo el frente del edificio se advirtiese más aparato bélico que el centinela que siempre había establecido, permitiéndose el libre tránsito á toda clase de personas.

Al poco tiempo empezaron á verse en las bocacalles y esquinas inmediatas grupos de gente armada, algunos de los cuales comenzaron por disparar sus armas contra el centinela que impasible estaba en la puerta del cuartel. Observó el oficial de guardia que algunos grupos, cubriéndose con la casa que hace esquina por el lado de la fuente de la plazuela de las Descalzas, se aproximaban sin duda para que sus tiros fueran más certeros, casi á quemarropa, por la poquísima distancia que mediaba. En vista de esta observación, el brigadier previno al oficial capitán D. Juan Antonio López, que saliese con cuatro números é hiciese despejar aquel punto. Para conseguirlo se cambiaron algunos tiros de una y otra parte, que dieron por resultado la muerte de un guardia, cuatro paisanos heridos y uno muerto. Al momento dispuso el brigadier que se retirase el cadáver del guardia que acababa de morir, y mandó al capitán que cerrase la puerta y se replegase al cuartel. Con esta operación cesó el fuego á cuerpo descubierto por aquella parte. Aquí debemos hacer justicia al cabo José Rodríguez, escribiente de la Inspección, por su certera puntería en sus disparos.

En este estado, careciendo como carecía de órdenes y noticias de lo que ocurría, mandó que un oficial y los criados del cuartel saliesen fuera y se enterasen de los puntos que ocupaba el resto de la fuerza del Cuerpo, necesidades que tuviese y demás que se le pudiera ocurrir. Los criados no volvieron y el oficial cuando regresó dijo que le habían asegurado que la Guardia Civil se hallaba distribuida en varios puntos, y que parte de ella ocupaba la Plaza Mayor, donde no se le había permitido entrar.

Esta noticia le hizo ver al brigadier jefe del Tercio que desde los primeros momentos su fuerza había sido desmembrada por órdenes distintas.

En tal estado, sin órdenes, según ya hemos dicho, con poca fuerza dentro del cuartel, ignorante de lo que pasaba en la población, sin conocimiento alguno del plan que podría tener la autoridad y cuya combinación podría frustrarse fácilmente si disponía para algún movimiento de aquella fuerza, y aun privarlo de ella y del punto de apoyo y línea de defensa, que en caso necesario sería San Martín, entre el Real Palacio y la Puerta del Sol, resolvió permanecer en el cuartel á la defensiva, custodiando la Inspección del Cuerpo con su caja y la del Tercio, con todos los intereses que una y otra encerraban, al mismo tiempo que estaría pronto para cumplir cualquiera orden que se le comunicase.

A poco más del medio día principiaron á llegar algunos guardias vestidos de paisanos, de los que habían sido desarmados en los puestos de guardia de la plaza que cubrían, y alguno que otro que había sido cogido fuera del cuartel. Más tarde personas decentemente vestidas acompañaron á los guardias que fueron desarmados en la Plaza Mayor y otros puntos.

Cuando esto pasaba ya habían empezado á construir dos barricadas en las inmediaciones del cuartel, la una en el Pasadizo de San Ginés, y la otra en el Postigo de San Martín, esquina á la calle de la Sartén, construcciones que muy poco cuidado infundían al brigadier, porque dominándolas desde el cuartel, podría destruirlas cuando quisiese y fuera necesario.

Un paisano, procedente sin duda de la barricada del Pasadizo de San Ginés, se colocó en la esquina de esta iglesia que dá á la calle de Bordadores, empezó á cargar su fusil y hacer fuego á las ventanas y balcones del cuartel. Repetidas veces ordenó el brigadier que se le mandase retirar de allí, que se le amenazase y aun que se le apuntase, pero todo fué en vano. Preciso fué hacerle fuego, si bien con la puntería baja: herido en una pierna cayó al suelo y al momento dispuso el brigadier que se le recogiese, y en el cuartel fué curado y colocado en una cama hasta el día siguiente que se le trasladó al hospital. Examinado se le conoció que estaba ébrio, y en los bolsillos se le encontraron algo más de cinco duros, la mayor parte en calderilla, cuya suma manifestó haberla recibido hacía unas dos horas; también se le hallaron unos cuantos cigarros habanos de precio más que regular para su clase. Todo se le conservó religiosamente y á su presencia se entregó el día 19 á los que se encargaron de conducirle al hospital. Llegó por fin la noche sin más novedad que alguno que otro disparo que los paisanos dirigían á las ventanas y balcones, y que no eran contestados desde el cuartel, porque el brigadier lo había prohibido.

Ninguna orden, ninguna instrucción se le había comunicado, ninguna autoridad había visto en todo el tiempo transcurrido á no ser la del Inspector del Cuerpo á las nueve de la mañana, para que fuesen á Palacio los caballos que había en San Martín y Guardias de Corps.

El día 19 fué pasando como los anteriores, cambiándose alguno que otro tiro y llegando por intervalos alguno que otro guardia disfrazado de paisano al cuartel de San Martín para unirse á sus camaradas.

Por la tarde recibió el brigadier una comunicación de D. Camilo Valdespino que se titulaba jefe de la barricada que habían levantado en el Postigo de San Martín, esquina á la calle de la Sartén, intimándole que se rindiese, á la cual tuvo por conveniente contestar de un modo evasivo, con el objeto de ganar tiempo. Al poco rato se presentaron algunos paisanos, dándose á conocer como comisionados de una junta, y tomando la palabra el que hacía cabeza de ellos, le indicó que le sería concedida la faja de mariscal de campo si estaba dispuesto á reconocer á la junta que representaban; pero he aquí que cuando el brigadier los estaba despidiendo, rechazando como era consiguiente tal oferta, se presentan nuevos comisionados de otra junta diferente, haciéndole igual ofrecimiento. A unos y otros contestó como militar pundonoroso desoyendo semejantes proposiciones y diciéndoles que no podía reconocer más que al gobierno que se nombrase; que la mudanza de éste la procurasen de quien pudieran; y, por último, que podían comunicar á quien les enviaba que á nadie se rendiría, así como que tampoco hostilizaría á los que pasasen por la calle. También les rogó que por su parte aconsejasen al pueblo que no le hostilizase ni se propusiera tomar el

cuartel por la fuerza, pues teniendo como tenía el deber de conservarlo á toda costa, le pondrían en el duro trance de tener que derramar sangre que nadie seguramente lamentaría más que él, cuyo conflicto podía evitarse, respetando la conducta inofensiva que observaría rigurosamente hasta que recibiera órdenes.

Tan noble como enérgica contestación, así como el contenido del oficio de que hemos hablado, no debieron satisfacer al jefe de la barricada de la calle de la Sartén, puesto que de nuevo volvió á oficiarle para que se rindiese por medio de una capitulación, que reconociese á la junta y contestase cuanto antes.

Ya no había medio de tregua ni dilaciones; sin embargo, el brigadier, aprovechando la coyuntura de que casi á un mismo tiempo se le habían presentado comisionados de parte de dos juntas diferentes, le contestó diciendo que tenía conocimiento de la existencia de más de una junta, y ésto le ponía en la imposibilidad de saber cuál sería la legítima, y de consiguiente de reconocer á ninguna: además de que debía tener presente que al proponerle la entrega del cuartel le proponía lo que á un militar no le es lícito hacer sino en el último extremo y cuando ya se hayan agotado todos los recursos.

No tardó el jefe de la barricada en enviarle otra comunicación noticiándole que se les había unido una batería rodada, y que si no se entregaba le atacaría ó incendiaría el edificio, haciéndole ante todo responsable de la sangre que se derramase.—Si el jefe de la barricada creyó, por un momento, que podría intimidar al brigadier hablándole de cañones y de ataques y de incendios, se equivocó completamente; porque no mereció de él otra contestación que decirle en tan categóricas como decisivas palabras, *que la responsabilidad de la sangre que pudiera derramarse pesaría sobre aquél que tomase la iniciativa en el rompimiento de las hostilidades*.

Ya entrada la noche, el jefe de la barricada de que venimos hablando, pidió tener una conferencia con el brigadier, á lo cual accedió éste, desde luego, repitiéndole en ella de palabra lo mismo que ya le había manifestado por escrito, añadiendo además que tenía formada la firme resolución de perecer con toda su fuerza entre las ruinas del cuartel antes que entregarse.

En el mismo estado de alarma é incertidumbre que el anterior se pasó el día 20, sin que en todo él recibiese el brigadier órdenes ni instrucciones de ninguna clase. Lo más notable que se observó desde el cuartel, fué que las barricadas de las inmediaciones habían sido elevadas á mayor altura, dándolas al mismo tiempo más solidez.

Este hecho llamó, como no podía menos, la atención del brigadier, á quien empezaba á inquietar igualmente la escasez de agua, pues los paisanos no contentos con impedir que los guardias saliesen por ella á la fuente de la plazuela de las Delcalzas, habían cortado la cañería en la calle de Jacometrezo.

La previsión del brigadier había hecho que no careciesen también de comestibles, porque en los días 18 y 19 hizo comprar y recoger cuantos artículos de esta clase pasaban por la calle, tomando el pan del que se cocía en el horno de las Descalzas. Sin embargo, todo esto se hubie-

ra concluído seguramente antes de tres días si le llegaran á bloquear en forma.

Los generales D. Evaristo San Miguel, D. Francisco Valdés y D. Martín Iriarte, se acercaron al cuartel de San Martín, sin duda para informarse del espíritu que animaba al bizarro jefe que le defendía, quien en el instante les manifestó que era el mismo que le había animado siempre, ser el más firme observador de las órdenes que le comunicase la autoridad legítimamente constituída. Al poco tiempo empezó á correr el rumor de que el general D. Evaristo San Miguel había sido nombrado Ministro de la Guerra y Capitán general de Castilla la Nueva, y á la caída de la tarde llegóse á confirmarlo el jefe de la barricada de la calle de la Sartén, como una noticia que obligaría al brigadier á reconocer á aquella autoridad, y por consecuencia la situación creada. Quiso asegurarse de la veracidad de aquella noticia, y al efecto, después de darle los de la barricada las mayores seguridades, entre otras, la de quedarse en rehenes, dispuso que el comandante Olalla pasase á Palacio para asegurarse de la noticia, el que desempeñó esta comisión y regresó al cuartel, afirmando que era cierto el nombramiento del general San Miguel para Ministro de la Guerra y Capitán general del distrito, y desde aquel momento cesó toda hostilidad.

Parecía natural que al llegar aquí debiéramos terminar nuestra narración; pero todavía nos vemos en la necesidad de continuarla para describir otras escenas y episodios tristes, que no dejarán de ofrecer interés al hombre pensador.

Habiendo reconocido, desde luego, al nuevo gobierno, y por consiguiente á la situación creada, era de esperar que contra aquel escudo se estrellasen todas las tentativas de venganza contra un cuerpo que ya á nadie hostilizaba; pero desgraciadamente no sucedió así. Los criminales, eternos enemigos del orden, que se habían mezclado con los que de buena fé tremolaron en Madrid la bandera de la libertad, bandera que para los primeros era únicamente un pretexto, y que debían manchar con atentados que reprueban los hombres sensatos, los amantes del orden, los verdaderos liberales, no podían desconocer que si aquel cuerpo se salvaba de la borrasca que contra él habían levantado, volvería á ser lo que antes había sido, el perseguidor incansable de las gentes de mal vivir, el más firme sostén del orden, y de aquí nacía el tenaz empeño con que procuraban el exterminio de sus indivíduos.

Desde la tarde del 18 en que ocurrieron los desgraciados cuanto lamentables sucesos de la Plaza Mayor, que, como ya hemos dicho más de una vez, fueron desfigurados y explotados por los enemigos de la Guardia Civil, se había corrido por Madrid de uno en otro punto, de una en otra barricada, á manera de consigna, una palabra terrible que encerraba la sentencia de muerte contra los indivíduos de aquella institución que fuesen habidos; y con tanta exactitud la observaban cierta clase de hombres, que aun cuando los guardias fueran desarmados é indefensos ó cubiertos con un disfraz para librarse del furor sanguinario que los perseguía, eran asesinados cobardemente tan pronto como se les reconocía: hasta se cree que algunos infelices paisanos perecieron de esta manera, por suponérseles guardias civiles. Por fortuna fueron muy

pocos los que sucumbieron á un odio tan encarnizado, debiéndose la salvación de los demás que se vieron dispersos á la sensatez y humanidad de algunos vecinos de Madrid, que se apresuraban á abrir sus puertas al que veían acosado, á disfrazarle y ocultarle á la vista de sus asesinos, que no merece otro nombre el que da muerte á su enemigo cuando le ve imposibilitado de defenderse. Y aquí debemos consignar que no faltaron hombres que expusieron su vida por salvar la de algunos guardias, parando con sus cuerpos los golpes que contra estos se asestaban. Sentimos en el alma no poder publicar los nombres de tan buenos ciudadanos; pero nos consta que entre los muchos que de este modo humanitario se portaron, fué uno D. Santiago Cordero y D. Pedro Juan Amat.

El nuevo Capitán general, á cuya ilustración no podía ocultarse el movil que hacía recaer tal animosidad contra un Cuerpo cuyas virtudes conocía y había apreciado antes como historiador militar, animado de la mejor buena fé y guiado por el mejor deseo, quiso sin duda dar un público testimonio del aprecio que al nuevo gobierno le merecía la Guardia Civil. Al efecto, después de recorrer varias barricadas y cuarteles, se presentó á caballo delante del de San Martín, seguido de un gentío inmenso, en su mayor parte armado. Estrechó la mano al brigadier delante de los expectadores, y victoreó á la Reina y á la libertad. Seguidamente dirigió la palabra al pueblo, manifestándole que la Guardia Civil merecía el aprecio del Gobierno, que depositaba en ella su confianza por la acrisolada lealtad y demás relevantes prendas que adornaban á sus indivíduos, que contaba con ella, porque ni un momento dudaría de su fidelidad, volviendo, por último, á repetir los vivas que anteriormente había dado, añadiendo otro á la Guardia Civil, que fueron contestados con desdeñosa frialdad por el pueblo que le escuchaba. Vuelve su caballo para retirarse, invitando al pueblo á que le siga, como hasta allí lo había hecho; empero ¡vana ilusión! el pueblo se mantuvo inmóvil. De nuevo le dirige la palabra, de nuevo le arenga y repite los vivas, y de nuevo ruega al inmenso gentío que le siga: nada adelanta el anciano general, porque el pueblo no sólo se muestra sordo á sus palabras, sino que instantáneamente empieza á gritar *muera la Guardia Civil* y á pedir que entregue las armas. El general hace cuanto le es posible hacer en tales circunstancias y en tan críticos momentos para acallar el griterío; pero su voz no es escuchada, y despreciando su presencia algunos atrevidos quisieron penetrar en el cuartel. Nada les importan las palabras del respetable general San Miguel, nada, como hemos dicho, su presencia, ni las venerables canas del anciano que tantas desgracias evitó en aquellos días.

Para fraternizar con el pueblo había dispuesto el general que salieran á la calle algunos números de la guardia de prevención, entre ellos el sargento. En vez de abrazarse con los guardias, como el general deseaba, los desarman, los golpean, les arrancan los correajes y la ropa, y en el más lastimoso estado, sufriendo golpes é insultos, son llevados de calle en calle, hasta que algún hombre compasivo salía á su defensa exponiendo su vida para salvarlos. Uno de los que más sufrieron fué el sargento de la guardia, que en medio de la confusión se vió amenazado de muerte, consiguiendo librarle algunas personas bien portadas que

formando círculo alrededor de él alejaron á los que le maltrataran; después le ocultaron en una casa, desde donde por un paisano de confianza mandó al cuartel las llaves del calabozo que tenía en la mano en el momento de ser desarmado.

Viendo el general el mal estado de los ánimos, mandó cerrar la puerta del cuartel; y echando pié á tierra, se colocó delante de ella como para servir de escudo contra el furor popular á los que dentro se encerraban. Desde allí volvió á arengar á los que se atrevían á faltar á lo que él, en nombre del pueblo, había prometido; desde allí los exhortó otra vez á que desistiesen de su intento... pero otra vez también fué en vano; sus arengas apenas eran escuchadas. Momentos hubo en que creyendo el general en la buena fé de las protextas de aquella gente, llevado de su deseo de que cesase toda animosidad, dispuso que salieran 20 ó 30 guardias para fraternizar con el paisanaje. Desgraciadamente no podía llevar á término feliz sus loables intenciones, porque en el momento que se abría la puerta comenzaban con más furor las exigencias y había que desistir de aquel propósito.

En honor de la verdad y pagando un justo tributo de agradecimiento, debemos consignar aquí que la fuerza armada de las barricadas que había en las inmediaciones del cuartel de San Martín, prestó en esta ocasión un servicio importante. Presentose formada en ala delante de la puerta del cuartel, hizo despejar la acera, y después, por medio de una conversión que ejecutó á derecha é izquierda, dividió en dos partes á la masa de gente allí reunida, dejando casi despejada la puerta.

Fatigado el anciano general por lo mucho que había lidiado con el gentío, y creyendo por lo visto que ya no tendría la cuestión ulteriores resultados, que su conclusión sería obra de más ó menos tiempo, se retiró; pero dejando á su ayudante el coronel Sarabia, que en unión de los jefes de las barricadas y otras personas influyentes consiguió al cabo de seis mortales horas que se retirase la gente y dejase despejada la calle.

El servicio que prestaron aquellos señores es de aquéllos que nunca se recompensan suficientemente, porque para apreciarlos en lo que valen es necesario presenciarlos y ver los peligros que se corren y la paciencia que hay qne emplear para convencer á un pueblo que ha roto los diques de la obediencia y que en su desbordamiento no conoce más ley que su omnipotente voluntad; fué un servicio de aquéllos que proporcionarán al escritor una dulce satisfacción al publicarlo para que sirva de util enseñanza y ejemplo digno de imitación. ¡Cuántas y cuántas desgracias hubieran ocurrido el 21 de julio en frente del cuartel de San Martín, si la firmè decisión, la sin igual constancia del ayudante Sarabia y de las personas citadas, no hubieran evitado un choque que parecía inevitable! ¿Cuál hubiera sido la causa del derramamiento de aquella sangre? ¿Cuál el fruto? ¿Quién hubiera sido responsable de las vidas de los que perecieran en una lucha totalmente inútil? ¿Lo sería el brigadier que mandaba la fuerza? De ninguna manera, porque aquel jefe no podía obrar con más prudencia de la que obró; además, por mucha influencia que sobre sus subordinados tuviera; por más que la Guardia Civil fuera un cuerpo modelo de disciplina y abnegación, ¿podía lison-

gearse de contener á los guardias hasta el extremo de dejarse desarmar y maltratar impunemente? No. Bastante habían sacrificado ya su amor propio como militares, por no causar desgracias que á nada conducían.

Nosotros nos complacemos en consignar aquí los laudables esfuerzos del coronel Sarabia, de los jefes de las barricadas y de las personas que contribuyeron también la tarde del 21 á que el pueblo desistiera de un empeño que le hubiera costado no pocas víctimas, y la sin igual prudencia y firmeza que el brigadier jefe del primer Tercio demostró en tan críticas circunstancias, en las que no dejándose ultrajar, supo mantenerse á la defensiva y conservar su fuerza sin derramar una gota de sangre. Increible parecería á no haberlo visto, tamaña insistencia en querer desarmar á la Guardia Civil, cuando ningún objeto tenía, puesto que sus indivíduos no habían hecho otra cosa que cumplir con su deber como militares; ni creemos que se haya visto oponer á exigencias de tal naturaleza más constancia, más firmeza ni más prudencia que la que entonces se opuso. ¿Y todo por qué? Por no causar desgracias.

Viendo el brigadier que le era imposible hacerse oir en la calle, porque su voz se perdía entre el clamoreo de las turbas, se asomó por dos veces al balcón y desde allí procuró calmar los ánimos; empero cuando parecía acallarse algún tanto el griterío, no faltaban personas indignas de pisar el suelo de esta patria, madre de tantos y tan generosos héroes, que excitaban á las masas con el gesto y la palabra, y de nuevo y con más furor comenzaban las exigencias.

Dotado el brigadier de un tacto poco común, de una firmeza de ánimo á toda prueba y de una circunspección y sangre fría en que pocos le igualarán, debió padecer moralmente en aquellos días más que en toda la campaña y más que en los muchos peligros y azarosas circunstancias que le habrán rodeado en su larga y brillante carrera militar. ¿No es una virtud sublime, digna del más elevado premio, permanecer impasible ante una multitud ávida de sangre, intentando desarmar la fuerza que mandaba para vengar en ella supuestas traiciones que jamás habían cometido ni cometerán los indivíduos de la Guardia Civil? Y sin embargo, todo lo venció su prudencia y su sangre fría.

La orden que recibió el general San Miguel era para que permaneciese en el cuartel, mas ésto ofrecía serias dificultades. Mil y mil rumores á cual más absurdos circulaban respecto á la Guardia Civil; quién decía que estaba prisionera en su cuartel; quién que iba á ser disuelto el Cuerpo; quién que algunos guardias serían castigados severamente; y á estos rumores daba en cierto modo pábulo la situación anómala y comprometida en que nuestros compañeros se hallaban. Esto decidió al brigadier á presentarse al general, que hallándose ocupadísimo con infinidad de personas le envió á la Junta de salvación. Ante los señores que la componían expuso el objeto que allí le llevaba, manifestando que si se extinguía el Cuerpo le facultasen para expedir pases á los guardias á fin de que marchasen á sus casas, y si había de continuar se les destinase de nuevo á las carreteras á prestar su servicio especial. Con todo, nada se resolvió por la Junta ni en aquel día ni en los sucesivos, por más que el brigadier insistió en su petición.

Por fin, vino á saber que no se había resuelto el primer día que la fuerza saliese á las carreteras por el temor de que fuese atropellada en los pueblos, y nada tenía de extraña esta creencia de los señores de la Junta, puesto que ellos se atenían á lo que oían y veían en la capital.

A las seis de la mañana del día 26 salió el brigadier á la cabeza de toda la fuerza, del cuartel de San Martín, con dirección á Villaviciosa de Odón, y el 28 la distribuyó en las provincias y pueblos que antes ocupaba. Reclamó la que había quedado diseminada en Madrid, á la cual según fué llegando la dió el destino que la correspondía, hasta que concluyó de distribuir toda la del Tercio, sin que hubiese sufrido más vejaciones que las que le hicieron los criminales que se albergaban en Madrid y sus inmediaciones.

Entonces ¡raro contraste! se vió que los oficialos, sargentos, cabos y guardias que habían sido destinados á puntos distintos de los que ocupaban antes de la revolución, eran buscados por las autoridades salidas de ella y reclamados por la autoridad superior para que volviesen á prestar el servicio donde eran ya conocidos por sus virtudes. Esta es la prueba más palmaria de que la Guardia Civil no había desmerecido en el concepto público que había sabido conquistar á fuerza de tiempo y sacrificios. En las poblaciones pequeñas hay algunos malhechores, pero como los conoce todo el mundo, no se atreven á levantar la voz contra los defensores de la moralidad pública, y si se atrevieran caería sobre ellos toda la reprobación de sus honrados convecinos.

Hé aquí, pues, toda la narración, exacta, sencilla y completamente descarnada de la parte que tocó á la Guardia Civil en los lamentables sucesos que presenció Madrid en el mes de julio de 1854: nadie se atreverá á desmentirnos, estamos seguros de ello; no obstante de que el lector por escasa que sea su memoria advertirá una gran diferencia entre lo que dejamos consignado y lo que algunos periódicos políticos que por entonces se publicaban y otros muchos á que dieron nacimiento aquellas circunstancias, arrastrados por el ciego espíritu de partido, que no se detiene ante la falsedad y la mentira cuando una y otra convienen á sus intereses, se atrevieron á propalar, con el miserable objeto de halagar en su desbordamiento las pasiones populares, para ver cada cual de los interesados en ello cumplidos sus particulares fines.

Los periódicos que insertaron tales noticias abusaron sin duda en aquellos días de la completa y absoluta libertad en que quedaron para publicar cuanto les vino al antojo.

Nada respetaron: á las tropas del Ejército que en escaso número componían la guarnición de Madrid las injuriaron atrozmente; y olvidándose de que eran soldados españoles, intentaron hasta manchar su honra con el estigma de la cobardía, y todo por enaltecer las *fabulosas* hazañas de los héroes de los barricadas.

Muy escasa era la guarnición de Madrid en aquellas tristísimas circunstancias; apenas llegaban á 3.000 hombres de todas armas; y sin embargo, si desde el momento en que el ministerio Sartorius presentó su dimisión, las nuevas autoridades se hubiesen revestido ante todo de energía y hubiesen tomado desde un principio las debidas precauciones,

y se hubiesen comunicado á todas las fuerzas existentes en Madrid órdenes terminantes, y se les hubiese dado la conveniente distribución, ocupando desde luego con imponente aparato los puntos que en tales casos son siempre de mayor peligro, en nuestra humilde opinión, la tranquilidad pública no se hubiese alterado en la capital de la monarquía en los términos en que tan dolorosamente se alteró.

CAPITULO X

El bandolerismo en Andalucía.

Consideraciones generales.—Causas y concausas.—El clima, la orografía y el carácter.—El contrabando. Estado social en la época que nos ocupa.—Manifestaciones de un guardia.—¡Guerra á los bandoleros! —Servicios meritorios de la Guardia Civil.—Algunas anécdotas.

En otra parte de esta obra, al ocuparnos del origen del bandolerismo en España, hablábamos de las causas y concausas de su existencia, de los sucesos políticos desarrollados en el siglo XIX y anteriores en nuestro suelo, de la relajación de las costumbres, de la inestabilidad de los gobiernos, bajo distintas formas y de la inseguridad de la vida y hacienda de los ciudadanos que hicieron que los ministerios se ocupasen seriamente en la necesidad de atajar un mal, que por sus caracteres, parecía convertirse en crónico, sin que disposiciones gubernamentales, creación de cuerpos especiales y otras medidas sirviesen para el objeto que se creaban.

El mal adquirió caracteres tales de gravedad que el bandidaje llegó á estar organizado en tal forma, que á ello se debió que se organizasen asociaciones como la *Túnia*, *Germania*, *Bohemia*, *Galilea* y *Hampa*, ya mencionadas en el capítulo IV de la parte segunda de esta obra (1).

---

(1) Aunque no de absoluta necesidad. creemos de curiosidád para el lector el relatar en forma sucinta algo referente á dichas asociaciones.

El llamado *Reino de la Túnia*, fué la primera de las asociaciones, y la constituían personas de diferentes clases sociales. Los más opulentos eran designados con el nombre de *sollastronas de la leonera* dividiéndose éstos á su vez en diversas gerarquías y grupos. Su principal *comercio* estaba en los garitos que recibían diversos nombres: *teblejas, teblajaises, casas de conversación, leoneras* (de aquí el nombre de los jefes) *mandiachos, encierros* y *garitos*, nombre este último que aun conservan y con el cual se designan, no solo las casas de juego sino los lupanares de baja estofa. Los dueños de estos establecimientos eran como queda dicho ricos y pobres, hidalgos y plebeyos, comerciando por sí ó arrendando el *negocio*, llamándose *barato* el precio ó remuneración por el alquiler del local. Estos locales cuando se jugaba de día y noche recibían el nombre de *gotera en paila*.

Aparte de *sollastrones* los dueños de estas casas recibían los nombres de *mandiacheros, coimeros, gariteros, chivitileros*, etc.

Pero ocupándonos solo del bandolerismo en Andalucía, limitemos á ella el estudio de aquélla época, recogiendo cuidadosamente cuanto pueda servir de interés para el desarrollo de esta obra.

Estudiando detenidamente el caracter andalúz, los orígenes de aquel pueblo, la indolencia natural de sus habitantes, por el clima, lo exiguo de los jornales, lo inaccesible de sus sierras y cierta propensión á apoderarse de lo ageno sin duda por conservar aun en sus venas algo de sangre árabe, aún no extinguido á pesar del transcurso de los siglos, puede formarse idea del porqué allí y no en otras regiones el bandolerismo alcanzó mucha más importancia, haciendo que los gobiernos se viesen precisados á adoptar medidas extremas para reprimirlo.

En la época en que nos ocupamos, los secuestros y robos estaban á la orden del día. Ningún hacendado que tuviese en estima su pellejo se aventuraba á retirarse de poblado, como no fuese protegido de una fuerte escolta, y no atreviéndose mucho menos que sus allegados se separasen un momento de la casa sin adoptar antes todo género de precauciones.

Como prueba de esto creemos lo mejor citar un caso que relata el Sr. Zugasti en su obra sobre el bandolerismo:

"... llegué á Menjibar en cuya estación nos detuvimos algunos minutos para almorzar, y al volver al tren llamó notablemente mi atención un viajero, que en aquel momento se presentaba acompañado de ocho hombres á caballo y armados de retacos.

No bien se hubo instalado en nuestro departamento, cuando con la expresión característica de los andaluces, exclamó:

—¡Gracias á Dios, que ya no es tan facil que nos pesquen, ni nos roben!

—¡No hay que cantar victoria todavía por que tambien suelen detener los trenes y robar á los viajeros!

Tiene usted mucha razón caballero, las cosas están de modo que yo

---

El *personal* que intervenía en estos *negocios*, recibia también diversos nombres según la especialidad á que se dedicaban; así tenemos á los *fulleros, sages* (subdividos en *tretas, flores* y *pandillas*, ó sean trampas, engaños y hurtos) y *sages dobles*. Esta última denominación la recibian los *sages*, que por su habilidad ó destreza, lograban engañar á compañeros de profesión.

Los procedimientos que utilizaban para engañar á los primos eran muy diversos, según calculaban ellos la sagacidad del jugador. *El espejo de claramonte* consistia en colocar á la persona en forma tal, que pudiera verse su juego al trasluz. Los *apuntadores*, que de acuerdo con los *croupiers*, apuntaban á tal ó cual carta dejándose ganar muchas veces para engañar á los no iniciados en este secreto, cuando se dejaban ganar al principio le decian *Fullería del lamedor*. A veces entre estos considerados como neófitos, surgía uno más entendido que ellos, designando el hecho los del oficio con la frase de *descornar la flor*.

Además, habia otros llamados *muñidores* ó *encerradores* y que hoy son conocidos con el nombre de ganchos.

Después de esta asociación vino la *Germania*, de peores instintos que la anterior.

Dice el Sr. *Zugasti* en su obra sobre el bandolerismo, que la línea divisoria entre ambos la señalaban el hurto y robo, el gandul y el rufian, el timo y el ladrón.

Estas asociaciones se fueron perfeccionando en la maldad, debido á la impunidad de que gozaban los iniciados, y llegándose hasta el caso de que los titiriteros ambulantes que rodaban por las plazas de los pueblos, haciendo contorsiones ó representando obras siempre de pésimo gusto pagaban á los *Mayorales* ó *Monipodios* de la Picaresca, una cantidad con arreglo á los aranceles de la Túnia.

En todas estas sociedades se daban órdenes á los *cicatruelos* ó *bolsilleros, brecheros, murcios* (ladrones) y demás gente del hampa para que aprovechando la aglomeración del público, desvalijasen á los espectadores.

estoy deseando que acaben de inventar el viaje en globo, que sería el único medio de evitar los percances que por tierra nos amenazan.

Rieronse todos de la ocurrencia y encendiendo su chicote continuó:

—¿Han reparado ustedes en esos mozos que me acompañaban?

—Si señor, repuso uno de los viajeros que parecía sevillano ¡y qué mal encarados eran algunos de ellos!

—Toma, como que el que más y el que menos de esos mocitos tiene desvalijado más de un caminante, y gracias que la cosa quede en esto.

—Pues vaya una honrada compañía que traía usted, replicó el sevillano.„

Los propietarios se daban por satisfechos con perder un par de yuntas ó media piara de ovejas, considerando estas pérdidas como caso de fuerza mayor. No había por que molestar á las autoridades ni á la fuerza pública. ¡Era inútil!

Las autoridades eran las primeras en hacer ese movimiento característico de todo español, cuando no puede resolver un asunto y que se conoce con el nombre de encogerse de hombros.

No es esta una obra de crítica, ni el propósito es por lo tanto zaherir á persona determinada. Pero no se puede pasar por alto en modo alguno hechos ocurridos en este período álgido de bandolerismo, que ya que no pueden servir para otra cosa á lo menos sentarán conclusiones que han de influir á desvanecer errores muy arraigados, y á que las fuerzas de la Guardia Civil, que tan valiosos servicios prestaron en aquélla época, sean considerados como se merecen.

Ante todo surge una pregunta que se hará indudablemente toda persona al hablar del bandolerismo.

Los secuestradores, *dronistas* (1), *cacarelos* (2) y demás gente maleante con todas sus diversas denominaciones segun la especialidad á que se dedican, han existido en toda España, pero en ninguna región han alcanzado la popularidad que en Andalucía, ni sus *proezas* (valga la frase) han repercutido como las llevadas á cabo en Sierra Morena, en la sierra de Córdoba y en la serranía de Ronda. Algunas veces, pocas, esos mismos bandoleros se han corrido por Despeñaperros, extendiéndose por la Mancha y realizando no pocas fechorías en Castilla la Nueva. Esto ha sido la excepción, y á poder hacerse una estadística verdad de los malhechores de la fecha que nos ocupa, á buen seguro que el 98 por 100 lo cubrirían gentes nacidas en las provincias de Córdoba, Málaga, Granada, Jaén, etc...

¿A qué obedece esto? Son los andaluces más criminales que el resto de los españoles? De ningún modo. Cualquier *tourista* podrá observar si recorre las célebres ermitas de Córdoba, la Alhambra de Granada ó el Alcázar de Sevilla, que el pueblo andaluz es noble, generoso, compasivo, servicial y hospitalitario. Lo contrario precisamente de lo que observará en las provincias del Norte. Allí la fisonomía es distinta. Inútil que el extranjero, ó el español pretenda un favor ó una explicación de

(1) En el lenguaje del hampa, se designaban con el nombre de *dronistas* á los atracadores de caminos. *Cuatreros*, ladrones de ganados.

(2) *Guiñaores* ó *cacarelos* se llamaban á los ladrones de gallinas. También se llamaba á estos *gomarreros*.

un indígena, no contestará, seguirá tranquilamente su camino, si no dá un empujón ó separa con la mano al que se ha permitido molestarle ó distraerle de su ocupación. Y sin embargo, aquel hombre tosco, rudo, grosero (sin que esto quiera dar á entender propósitos de molestia) será incapaz de atentar contra la vida ó los intereses del forastero. Cualquier carretera de las infinitas que circundan á San Sebastián, están más seguras del pillaje á las tres de la madrugada que la Puerta del Sol á las doce del día, y en Andalucía... Solo el que ha vivido allí algún tiempo, sabe, que la finura, la atención y el hospitalarismo, existe, pero va unido también á cierto espíritu de bandidaje que da á entender bien á las claras la sangre árabe que circula por sus venas, como decimos anteriormente.

Si esto está en el espíritu, circunstancias de muy diversa índole han servido para fomentar ese carácter. ¿Quién ha contribuido á ello? Todos y ninguno. No queriendo molestar á nadie en particular, no pueden pasarse por alto, sin embargo, hechos ocurridos en las principales capitales y que podrán servir de norma para formarse un concepto exacto del bandolerismo.

En las épocas del bandolerismo en que las proezas de Luis Candelas, y otros tristemente célebres criminales eran la comidilla del día, no faltó escritor, de pésimo gusto, que ensalzara los hechos de algun famoso bandido. El café del *Burrero* de Sevilla, *Chinitas* y el *Turco* de Málaga, eran los escenarios donde se representaban obras que las más de las veces servían solo para soliviantar á los que aun no se habían lanzado al campo, la incultura general de los espectadores, la admiración de las mujeres de baja estofa que asistían al espectáculo, más hembras que mujeres, eran el incentivo para que honrados jornaleros, soñando con grandezas, tal vez en verse aclamados un día ú oir relatar sus proezas en algún periódico, y las dádivas y dinero que habían de entregar á sus novias ó queridas, les hacían lanzarse en el camino de la perdición. Ese era el principio. No faltaba después gente que explotase aquellas disposiciones. Les engatusaban, les hacían entrever un porvenir risueño. No había miedo de caer en manos de los *civiles*. Eran unos pobres hombres. Se relataban hechos fantásticos, de encuentros en el campo entre fuerza armada y bandidos, y en los cuales habían llevado siempre la peor parte los primeros. Facilmente eran acogidos estos datos, que ya encontraban desde luego materia abonada. Lo demás... ya una vez lanzados en el precipicio, no era fácil que se detuvieran.

En el campo tenían siempre cómplices, los aperadores de los cortijos, los manígeros, todo el que con su sudor regaba la tierra por un mísero jornal, era voluntario encubridor de secuestradores. Y no es de creer que lo hicieran por malos instintos. Su misma ignorancia era el principal causante de sus actos, haciéndoles ver seres sobrenaturales en aquellos caballistas, que bien trajeados sobre buena cabalgadura se dedicaban á desvalijar á los hacendados. ¿Por qué ricos y pobres? Ellos sabían muy bien, cuando llegaba el caso ó creían conveniente un golpe de efecto, demostrar su esplendidez con creces, arrojando un puñado de monedas de oro á un triste jornalero. Si el favorecido en un momento de apuro había visto que el amo no le ayudaba, y en cambio veía el des-

interés del bandido, no le consideraba como tal, suponiendo tan solo que aquel sujeto que sembraba la desolación en un hogar tranquilo y honrado asesinando al jefe de la casa, lo hacía justamente, puesto que al pobre sin exigencia ninguna y sin esperar remuneración arrojaba en un momento miles de monedas que el adquirirlas le había costado el arriesgar el pellejo.

Otra de las causas que indudablemente contribuyeron al arraigo del bandolerismo en Andalucía fueron la escasez de los jornales de que allí disfruta el trabajador, causa también no pocas veces de las emigraciones.

—¡Mizte señorito!—decía en cierta ocasión un procesado andaluz á su defensor al darle las gracias por lo bien que le había sacado del apuro y al escuchar la reprimenda.—Lo malo no eztá en robá, zinó en zaberlo jazé. Ze pué robá un monte, pero no una caja de zerillo...

En no pocas circunstancias, el contrabando ha sido causa del bandolerismo. Gentes conocedoras de los campos de Cádiz, Málaga y Córdoba, al tener un mal encuentro con fuerza armada, se veían precisados según ellos, para eludir la acción de la justicia, á *echarse al campo*.

Estos infelices, que las más de las veces trabajaban por cuenta ajena, ignorantes, sin que su corta ilustración les hiciese comprender que el camino emprendido por ellos, en vez de evitar su perdición, les lleva insensiblemente á ella, se lanzaban con alma y vida al pillaje, realizando hechos punibles, empezando por el hurto, continuando por el robo y terminando por el asesinato y el secuestro, y parando en un presidio durante toda su vida ó en un cadalso el rapto de locura de un momento.

Otras concausas.

Parte muy importante en el bandolerismo la tuvo, el estado especial del país en aquella época, la actitud de los gobernantes, más atentos á sostener el poder, amenazado contínuamente por luchas con otros partidos y la situación creada por las infinitas guerras sostenidas en nuestro suelo.

Dice Zugasti, refiriéndose á aquel tiempo, que la sociedad española arrastraba una vida, por extremo valetudinaria, en el sentido moral que es la obligada resultante y consecuencia inmediata de las ideas falsas ó de los errores morales.

En el orden político la acción y consecuencias del materialismo, había sido funestísimo. Se atendía por todos, más que á nada, á satisfacer los goces materiales; el materialismo campaba por todos lados, se había impuesto, y el materialismo anhela los goces sensuales, llegando á corromper las conciencias.

Vino también á contribuir á este especial estado, el indiferentismo religioso, el predominio de las doctrinas positivistas y el erróneo concepto de la libertad política, el abuso é injusticias de la administración y las instituciones en desacuerdo con la sociedad.

Todo este último, aplicable á España en general, por lo que respecta directamente á Andalucía, los antecedentes históricos, el estado de la propiedad territorial, la frugalidad de los andaluces, trayendo como consecuencia de ello la holganza y el bandolerismo.

Trabajos de la Guardia Civil.

Fué indudablemente la que consiguió, sino extirpar por completo el bandolerismo, como veremos más adelante, al menos reducirlo á mínimas proporciones, haciendo renacer en gran parte la tranquilidad en los campos y en las ciudades, no sin tener que luchar para ello con grandísimas dificultades.

Luchaba, en primer término, con el escaso número de indivíduos del Cuerpo insuficiente á todas luces para mantener el orden, sobre todo teniendo en cuenta el estado anárquico que reinaba en el país y contribuyendo no poco algunos traslados. El ascender de guardia segundo á primero, á cabo ó á sargento, les quitaba del puesto ó comandancia donde habían venido prestando sus meritísimos servicios, para ir á sitios que desconocían por completo.

La procacidad y osadía de los criminales se aumentaba por el temor que inspiraban generalmente, no atreviéndose nadie á denunciarlos ó declarar contra ellos; los informes, apuntes, notas que los guardias llevaban en sus cartillas, venían á ser punto menos que inútiles por el reglamento que les prohibía revelar los secretos que muchas personas les confiaban en la seguridad de no ser comprometidas por revelaciones indiscretas. Toda persona que hubiere podido contribuir á esclarecer algún hecho tenebroso ó á descubrir á un criminal era cómplice de ello, siendo los grandes hacendados los primeros en guardar estos sucesos conocidos de ellos.

No podrá negarse que algo de decaimiento, por el mal concepto propalado de ellos, contribuyó también á ello.

Los políticos de oposición, no teniendo sin duda motivos más serios para hundir al Gobierno, se cebaban en el bandolerismo, recriminando á los gobernantes y á la Guardia Civil, cuyo auxilio consideraban ineficaz por completo, considerando poco menos que innecesaria su existencia. ¡Como si esos mismos detractores, al convertirse en poder, no hubiesen sido los primeros en conservar esa fuerza para que el benemérito Instituto les garantizase sus haciendas.

El armamento de la Guardia Civil era deficiente, usaba carabina Minié, mientras el Ejército disfrutaba del fusil Remington y los bandoleros disponían de armas de fuego de precisión y alcance de las mejores marcas conocidas.

Otra dificultad grande encontraban los guardias para el acertado cumplimiento de su misión. La resistencia pasiva de las autoridades locales para suministrar á la fuerza datos concretos de los planes y conciertos de los ladrones, llevados siempre en las poblaciones y luchando los jefes con no pocas dificultades para averiguar la trama de los secuestros y robos á mano armada.

Antes de pasar adelante, conviene consignar aquí un hecho en el que un guardia prestó un relevante servicio y que muestra bien á claras el espíritu del Cuerpo, viniendo á ser, al propio tiempo, un solemne mentís á los hechos relatados por sus detractores.

Se fugaron de la cárcel de Belalcázar tres presos, uno de los cuales estaba condenado á dieciocho años de reclusión y que por cierto no logró su propósito.

A la sazón, todos los indivíduos del puesto de la Guardia Civil de la mencionada villa, se hallaban ausentes y de servicio á excepción del guardia de primera clase Isidoro Naranjo Guerra, que se encontraba enfermo.

Este digno indivíduo al comunicársele la noticia de la fuga, no esperó á que regresasen sus compañeros, comprendiendo que de la prontitud en acudir en su persecución debía el éxito de la captura. Tuvo una confidencia en la cual se le señalaba el sitio donde se habían ocultado los bandidos, ó por lo menos donde se sospechaba estuviesen, y por aprovechar el tiempo y no dar lugar á que desapareciesen, apesar del estado de debilidad y postración en que le tenía su enfermedad, marchó en persecución de los malhechores.

Al llegar al término de Hinojosa y sitio conocido por la huerta de *Viñas Viejas*, supo también que en un cañaveral próximo se había ocultado gente sospechosa, figurándose por los datos que logró adquirir fuesen los fugados de la cárcel de Belalcázar.

El guardia con heroismo sin igual, traspasando los límites de su deber, se encaminó al cañaveral con cautela y decisión, calando bayoneta, sintiendo que de pronto una mano oculta le asió la bayoneta y viendo aparecer un hombre con una enorme navaja.

Hé aquí como está relatado el hecho en el tomo I del bandolerismo:

"La lucha fué en extremo porfiada, porque el criminal le apartaba el cañón de la carabina para evitar el tiro si disparaba su adversario; pero éste con muy buen acuerdo, rehusaba el disparar, para no quedarse desarmado, limitándose á defender con ambas manos su arma.

El bandido, con increible presteza, descargábale furiosas puñaladas, que si bien no lograron encarnarle, destrozaron su ropa, y de seguro que el trance fué muy apurado para el guardia, que además de estar solo y enfermo, esperaba á cada instante verse bruscamente acometido por los otros dos malhechores.



Teniente en traje de gran gala para montar. (Año de 1907.)

El peligro pudo subir de punto cuando el criminal consiguió arrancarle la bayoneta, de modo que vino á quedarse armado con ésta y su enorme navaja; pero precisamente esta misma circunstancia, que parecía tan crítica, salvó al guardia, el cual forcejeando con su enemigo había procurado combinar sus movimientos de modo que se saliese la

bayoneta, á fin de evitar que con ella su contrario le sujetase la carabina.

Ya libre el guardia, retrocedió algunos pasos y le intimó que se rindiera; pero lejos de verificarlo así el criminal, le acometió de nuevo con más furia, y entonces Naranjo Guerra, temeroso de que acudieran los otros en su auxilio de repente y en un terreno en que la espesura le impedía el divisar de lejos, y rehusando el disparar, volvió á intimarle una y otra vez que se rindiese.

El bandido, por último, empezó á huir por el cañaveral, y ya el guardia no vaciló en dispararle, dejando muerto en el acto á su enemigo.„

Era éste un tal Manuel Calderón Ramírez, que tenía pendientes tres causas por lesiones, una por robo y otra por homicidio.

Excusado es encomiar la conducta del guardia Naranjo, que genuinamente representó el verdadero espíritu de abnegación y heroismo que caracteriza al Instituto de la Guardia Civil. Solo y enfermo no vaciló este guardia dignísimo en arriesgar su vida yendo expontáneamente más allá de lo que le dictaban sus deberes.

Por este hecho le fué concedida la cruz del Mérito Militar.

Un hecho vandálico.

Llegó á Villa del Río, provincia de Córdoba, un licenciado del Ejército llamado Pedro Mesa Urellana, y se presentó al alcalde pidiendo boleta para su alojamiento.

Se encaminó á la casa que le fué designada y se encontró con que las dueñas eran gente maleante, dadivosas de caricias, que corrían una *juerga* en unión de varios *rufianes*.

Quiso el soldado que le cambiasen el alojamiento, á lo que no accedió el alcalde, viéndose precisado á regresar de nuevo al local que se le había asignado, y preguntando á la dueña de la casa dónde podía aposentarse, le contestaron que se arreglase como pudiera, sentándose el soldado en un rincón y sacando de su mochila un pedazo de pan, empezó aquella frugal comida mientras en la mesa disfrutaban de opíparo banquete los reunidos.

Terminado el festín, uno de los rufianes llamado Cecilio Puro Corazo, licenciado de presidio por asesinato, tomó una guitarra y dijo dirigiéndose al soldado:

—Ahora va usted á divertirnos un rato.

Disculpóse el soldado manifestando que no sabía tocar, y mereciendo esta contestación un cúmulo de palabras soeces y burlas del peor género, á las que no hizo caso el militar, hasta que viendo la situación insostenible ante la pesadez de aquellos borrachos, salió de la casa dispuesto á descansar en medio del camino, ya que por su mala estrella el alojamiento que le proporcionara la autoridad sólo podía servirle para tener un disgusto serio.

Las cosas, sin embargo, hicieron que ocurriese lo que el soldado quiso evitar. A poco de salir del antro, vió el militar que en su precipitación en marchar se había olvidado la mochila, y volvió á recogerla.

Llamó á la puerta, diciendo que le entregaran la mochila. El militar debía hallarse muy cansado, pues mientras esperaba que le abriesen se inclinó en la puerta como para reposar de la fatiga.

En ésto se acercó silenciosamente un hombre, que parecía uno de tantos transeuntes; pero de pronto clavó dos veces un enorme puñal en la espalda del soldado, que cayó al suelo como herido de un rayo instantáneamente. Las puñaladas le habían partido el corazón.

El asesino, que no era otro que el Cecilio Puro Corazo, se abrió paso por entre el público, que había acudido y con indignación había presenciado el vandálico hecho, huyendo al campo. Poco después fué detenido por la Guardia Civil y ¡lo que son las circunstancias! muerto precisamente delante de la misma casa donde realizó el asesinato, al intentar fugarse.

La diligencia de la Guardia Civil en este caso no merece más que plácemes; el bandido fué capturado á las cuarenta y ocho horas en el término de Higuera de Martos, provincia de Jaén.

Uno de los muchos hechos que realizó el bandidaje en la época que mencionamos, revela la osadía de los ladrones, y contribuyó en gran parte á que se reanimase más el espíritu de la Guardia Civil.

En el pueblo de Palenciana se presentó un sargento de la Guardia Civil con algunos números, solicitando una audiencia del alcalde del pueblo, á quien pidieron ayuda para cumplimentar un auto de prisión que recaía en un célebre criminal que debía estar albergado en la casa de un rico hacendado pariente próximo del alcalde. No dudó éste en vista de las formalidades con que se presentaba la fuerza, en ayudarles, y él mismo les acompañó á la casa del hacendado, facilitándoles la entrada.

Pues bien, ni el sargento era tal sargento, ni los guardias tales guardias, sino bandidos capitaneados por el tristemente célebre criminal *El Garibaldino*, que adoptaron con inaudita osadía aquel disfraz, profanando el honroso uniforme del Cuerpo para llevar á cabo un secuestro que dió mucho ruido en aquella época y que se conoció con el nombre del secuestro de Orellana.

Por cierto que este criminal, capitán de bandoleros, era un tipo especial que hubiera podido servir de modelo para cualquier romance ó historia del bandolerismo. El apodo con que era conocido lo debía á haber luchado en Italia á las órdenes de Garibaldi, y se preciaba él de sus conocimientos é ilustración, considerándose por todos conceptos superior á los que le rodeaban. Se vanagloriaba de discurrir los secuestros mejor que ninguno de los de su partida, que le obedecían ciegamente, y aseguraba que en su época de bandidaje, si bien era cierto que había ordenado muchas muertes, nunca se habían teñido sus manos en sangre inocente. Es decir, que no había sido autor material de ningún asesinato.

¡El cumplimiento del deber!

Frase observada rigurosamente por el benemérito Instituto, y que fué causa del derramamiento de sangre de indivíduos que figuraban en sus filas, entre otros el guardia Juan Dorado Gil, del que hablaremos en otro lugar.

En la madrugada del 2 de julio del año últimamente citado, salieron de la carcel de Benamegí el sargento comandante de aquel puesto con tres guardias conduciendo á los asesinos Vinuet y Navas, que se habían fugado con anterioridad de la carcel de Córdoba.

Al llegar al sitio llamado *Cabrillana*, entre la Alameda y Benamegí, fueron acometidos por ocho hombres armados á caballo, que con osadía sin igual dieron el *alto* á los guardias, reclamándoles los presos.

Los guardias se parapetaron detrás de éstos y los caballistas dispararon tan desatinadamente, que mataron á los dos bandidos que querían libertar.

Viéndose la Guardia Civil libre del cuidado de los que tenía obligación de custodiar, acometió resueltamente á los bandoleros; no atreviéndose éstos á prolongar el combate, se retiraron, no sin haber herido á dos guardias.

En el término de Herrera, provincia de Sevilla, una pareja que recorría aquél se encontró con un arriero, al que preguntaron si había tropezado con gente sospechosa, respondiendo que nó.

El arriero ignoraba que por la esquila que llevaba su cabalgadura iba delatando su paso y le venían siguiendo unos bandidos, que al ver que de pronto cesó el ruido de la esquila dieron un rodeo para averiguar la causa y ver si encontraban ocasión para robarle, viendo que el arriero hablaba con la pareja. El odio de los criminales con la fuerza hizo que no se ocuparan ya de robar al arriero, sino únicamente de satisfacer su sanguinario espíritu de venganza, disparando á mansalva contra los infelices guardias que tan agenos estaban de aquella agresión, y resultando muerto de un certero disparo el guardia Juan Sánchez Moreno y gravemente herido su compañero.

Uno de los autores de este hecho fué el famoso Ramón Caro, el *Pulli*, asesino varias veces, desertor del presidio de la Carraca y que encontró después la muerte en otro encuentro con la Guardia Civil.

Y para dar una idea concreta del desarrollo de la criminalidad, baste decir que en un año sólo en los juzgados de Málaga se habían incoado procesos cuyo número ascendía á *1092* sólo por crímenes y lesiones, y que esta cifra era pequeña con la registrada en otras capitales andaluzas.

Perfeccionamiento del bandolerismo.

A tal extremo llegó el perfeccionamiento en el bandidaje, que existieron asociaciones temibles por su organización, y cuyo objeto era fabricar moneda falsa, billetes de Banco y toda clase de documentos. Esta asociación fué descubierta por la Guardia Civil, que secundó admirablemente los planes del Sr. Zugasti, siendo gobernador de Córdoba.

Como resultado de las pesquisas llevadas á cabo, se descubrió á no pocos malhechores de esta índole, pudiendo las fuerzas apoderarse de cartas y documentos comprometedores para infinidad de sujetos y que daban la clave y norma de la marcha de sus *negocios*.

Por la lectura de aquellos papeles se venía en conocimiento de muchos hechos inexplicables. La colección era curiosa, interesantísima, revelando en sus autores gran suma de conocimientos que aprovechados en el bien hubieran podido contribuir á realzar la tierra en que habían nacido.

Prescribían los métodos más perfectos para la aleación de metales, reblandecer el acero, consiguiendo la limpieza en el grabado de los tro-

queles, la identidad absoluta con la clase de moneda que se pretendía falsificar, obteniendo al propio tiempo el mismo peso y volumen.

Había también minuciosas instrucciones para la graduación de las tintas, el temple y engomado del papel, prescribiéndose en otras recetas las combinaciones mejores para conseguir la oxidación de toda clase de metales, para que apareciesen como pertenecientes á una época deseada.

Se enseñaban los medios más seguros para hacer el contrabando sin correr riesgo, advirtiéndose los defectos y lunares de las leyes para poderlas burlar sin caer bajo la sanción del código, preparando coartadas, y con el fin de eludir toda clase de responsabilidades.

Seguían los procedimientos más adecuados para expender la moneda falsa sin miedo á ser sorprendidos, dándose reglas también para extender la fabricación á otros puntos. Entre los modelos recogidos los había de toda clase de títulos y valores del Estado español y del extranjero, y para que se juzgue lo dilatado que llegó á ser este negocio y la importancia que adquirió, basta consignar que estos manejos criminales fueron causa en más de una ocasión de la baja de los fondos públicos. La mayoría de las notas recogidas estaban escritas en *caló*, indudablemente con el propósito de que no fuese conocido su contenido ó al menos costase trabajo descifrarlas si caían en manos de la autoridad.

Figuraba uno de los documentos con un título grande que decía: "Caminos, trochas y veredas para contrabandear sin peligro y con ganancia.„ Y por fin, una relación de las poblaciones donde radicaban los centros de esta vasta industria, como Sevilla, Málaga, Córdoba, Granada, Barcelona, Bayona y hasta ¡Buenos Aires!, residiendo la capitalidad en Sevilla (1).

Por lo consignado se verá que no sólo los crímenes, secuestros y asesinatos estaban á la orden del día, sino que también los falsificadores habían llegado al grado máximo de perfección.

Para dar una idea de la importancia de los secuestros y robos damos aquí una ligera nota de los llevados á cabo en el período de ocho meses.

---

(1) En el lenguaje usado entre esta gente, *caló* generalmente, conviene advertir que no era el lenguaje puro de los gitanos, importado por ellos.

Las gergas empleadas por la gente maleante, podían dividirse en varias clases: el llamado *Germania*, llamado así indudablemente por ser el que empleó aquella famosa asociación de que nos hemos ocupado, usado por los rufianes y mezclando frases inventadas por ellos para desvirtuar su conversación.

Otra gerga convencional, empleada por gente maleante para concertar crímenes. En esta gerga se usaban palabras de *Germania*, y otras eran nuevas ó desfiguradas de aquella especie de dialecto.

Otro lenguage empleado era el que generalmente usa la gente del pueblo en Andalucía, exagerado y desfigurado de propio intento para su más difícil comprensión por los propios interesados.

Y por último, el llamado *caló* usado por los gitanos, lengua importada por los gitanos desde Tiogania, región del Malabar.

Además pudiera añadirse otra posterior, efecto de la mezcla de las anteriores.

Difícilmente podrá encontrarse en la actualidad alguna persona que hable ó entienda el *caló* puro.

Utilizado como medio de expresión entre los presidiarios y los avocados á serlo, lo han desfigurado extraordinariamente mezclando palabras de los tres lenguajes de que se hace mención é introduciendo palabras modernizadas por ellos mismos.

Una prueba de ello está en que los nombres de las poblaciones y de muchos objetos reciben diversos nombres, hecho ésto tal vez con malicia para que no se conozca el lenguaje, y palabras que no trasladamos porque sería necesario para ello llenar muchas páginas.

Varios en Almodóvar del Río. En Baena existía una asociación reglamentada para cometer robos, perpetrándose infinidad de ellos, muchos seguidos de asesinato, entre otros en la casa del marqués de Cabeza de Vaca, matando á la criada Mercedes Aniero, el presbítero Mariano del Valle y un hermano suyo, martirizando al primero para que les comunicase dónde guardaba el dinero, y otro robo en casa de José García Cano, siendo detenidos por estos hechos diez criminales, entre ellos José Navas, cuyo nombre hemos dado á conocer al relatar otro hecho criminoso. En Benamejí se cometieron dos secuestros, intentándose otros y llegando á evitarse algunos por la necesidad en que se vieron los amenazados de transigir con los bandoleros. En Doña Mencía se registraron dos secuestros, martirizando á los propietarios en otros robos de aquel término. En Espiel, aparte de otros varios, los ladrones robaron á Teresa García, degollándola después, hecho que repitieron los criminales en diversos puntos, y por fin, para no cansar con esta relación, no quedó pueblo de la provincia, con otros de Málaga, Jaén, Granada, Cadiz y Sevilla, donde los secuestros, asesinatos y robos alcanzaron una cifra considerable, llamando la atención del gobierno el secuestro realizado en la provincia de Cadiz con dos subditos ingleses.

¡Guerra á muerte!

La persecución constante de que eran objeto los criminales por parte de las fuerzas de la Guardia Civil, hicieron que la criminalidad disminuyese. Los bandidos, ciegos de ira al ver que sus fechorías iban logrando el merecido correctivo, apelaron á toda clase de medios para acabar con el estado que para ellos era su perdición y que las personas honradas veían con íntima satisfacción, viendo llegar el término de aquel estado anormal, que durante tanto tiempo había tenido amedrantados á los andaluces.

Al ver los malhechores las órdenes circuladas para que la fuerza pública persiguiese á los bandoleros ó continuase su persecución en otras provincias si pretendían eludir los encuentros por este medio, empezaron por difamar contra las autoridades de las provincias y contra los honrados jefes del benemérito instituto, haciendo con ello que el gobierno decayera algún tanto en sus miras de enérgica represión, suponiendo en no pocas ocasiones que los relatos fantásticos inventados por el bandidaje contra los sostenedores del orden adquiriesen cierta fuerza, haciéndose eco de ello personas respetables que llegaron á tratar del asunto en las Cortes.

Afortunadamente las autoridades y la Guardia Civil no cejaron en su empeño de extirpar el bandolerismo, y continuaron con tesón la empresa en vista de los buenos resultados obtenidos, y prometiéndose acabar de una vez con hechos tan bochornosos.

No se escapó seguramente al bandidaje el poco éxito en sus tramas, y acordaron desde luego difundir entre todos ellos la idea de que era preciso imponerse de nuevo, extremando el temor en los campos y ayudándose unos á otros, facilitando los que disfrutaban de libertad la evasión de los presos.

Entre las invenciones de los perseguidos, figuraban el valerse las autoridades de recursos condenables, de medios ilegítimos, de tretas

inícuas, de infames seducciones, de ardides ilegales, de falsas promesas, de bárbaras violencias y de crueles torturas.

La comprobación, no tan facil en un principio, de estas infames invenciones, hizo que la reacción sobreviniese con más empuje, prestando más ayuda los hacendados á las fuerzas de la guardia, que hasta entonces no habían hecho, unas veces por miedo y algunas desgraciadamente por complicidad.

En confirmación de ésto viene aquí de molde el relato de un secuestro y de los medios que se valió el señor Zugasti para obtener la libertad del secuestrado.

El secuestro de Orellana.

Los raptores se habían presentado en el pueblo con el uniforme de la Guardia Civil, según queda apuntado en otro lugar de este capítulo, y después de llevarse al señor citado, no había vuelto á saberse otra cosa que las amenazas de los bandidos de darle muerte si la familia no respondía á las peticiones de dinero de los secuestradores. En virtud de confidencias, tenía motivos el gobernador citado para suponer que un rico hacendado tenía parte ó por lo menos conocía á los perpetradores de aquel hecho.

Supo que labraba un cortijo en el cual se albergaban los hombres más facinerosos, los escapados de las cárceles y presidios y toda clase de malhechores, por cuya razón era conocido aquel cortijo con el nombre de *Ceuta*, no atreviéndose nadie á penetrar por aquellos alrededores.

Con estos antecedentes, el Sr. Zugasti se decidió á provocar una confidencia, escribiendo para ello á un alcalde compadre suyo, manifestándole en términos corteses que deseaba avistarse con él para asuntos del servicio, rogándole le acompañase el sujeto de referencia, de cuyo caracter é influencia tenía las mejores noticias.

En breve se presentó el alcalde solo, sin duda como echadizo para indagar tal vez cuáles eran las intenciones del gobernador.

La conferencia con el alcalde fué puramente oficial, cordial y amistosa, saliendo sin duda satisfecho aquel.

Muy poco después el sujeto se presentó en el despacho, siendo recibido con muestras de estimación y afecto, y á fuerza de muchas preguntas y de una larga conversación, el Sr. Zugasti pidió á su interlocutor interviniese con su influencia para conseguir la libertad del señor Orellana.

—Yo quiero servirle á usted, pero no en eso.

No hubo medio de conseguir en buena forma otro resultado, hasta que vista la inutilidad de aquellos procedimientos, dijo el Sr. Zugasti:

—"Concluyamos de una vez; si usted quiere, puede salvar al secuestrado, y de todos modos, usted me responde con su vida de la del cautivo.

—¡Señor gobernador!

—No admito réplicas. Estamos á 26 de Marzo; si al finar el mes el secuestrado Orellana no está ya libre en el seno de la familia, yo le prometo que muy pronto ha de conocer que su sagacidad ha sido una torpeza y su valentía se ha convertido en miedo. Sólo me resta añadirle

que no dejo de cumplir jamás lo que prometo. Retírese usted y lo dicho dicho.„

En la noche del 28 los bandidos se presentaron en la rústica vivienda donde tenían al secuestrado, diciéndole que se preparase para marchar á su casa. El escondite estaba en el término de Pinos Puente (Granada), y la necesidad de despistar hicieron que hasta la mañana del 29 se detuvieran cerca de Loja, donde lo entregaron á personas que habían enviado la familia para recoger al secuestrado, que en las primeras horas del día 30 ingresaba en su domicilio.

La lucha crece.

El despecho y la rabia de los bandidos llegó á su límite al ver la tenaz persecución de que eran objeto y al convencerse de que las fantásticas revelaciones propaladas no habían surtido el efecto apetecido.

Los crímenes se registraron en este período con inusitada frecuencia, empleando procedimientos que horripila el pensarlo y ensañándose con las víctimas de una manera cruel.

Los bandidos en su desesperación se batían como fieras contra la Guardia Civil, á la que aborrecían de muerte, y á la que consideraban con acierto como á su más implacable enemigo.

Los criminales en los campos no se limitaban á defenderse de la Guardia Civil en los frecuentes encuentros que con ellos sostenían. Su rabia llegaba al extremo de que buscaban también á los *ceviles* para atacarlos, saliendo á caballo á las carreteras y sosteniendo rudos combates, en los que si bien es verdad llevaron la peor parte, no fué por desgracia sin que en estos encuentros saliesen heridos y muertos varios pundonorosos guardias.

Esta lucha fué breve, relativamente; el bandolerismo tocaba á su fin, las proezas del bandidaje pasarían á los romances de ciego. Los secuestros y los robos á mano armada habían terminado, señalándose tan sólo hurtos y robos de caballerías, hechos que en mayor ó menor número se registrarán siempre, ya que puede considerarse de todo punto imposible que desaparezcan en absoluto.

¿Qué cabe decir del benemérito cuerpo que tan fecunda campaña realizó, añadiendo una página más de gloria á su brillante historia?

Cuerpo sufrido cual ninguno, con un sueldo no crecido para sus atenciones, sin tranquilidad ni sosiego, en contínuo servicio, sin poder recibir recompensas de ningún género, eso mismo hace que los elogios sean más parcos y que su misión meritísima y llevada á cabo con un celo y conducta intachable, sea para los españoles la mejor salvaguardia de que han de ser respetadas sus vidas y haciendas.

El bandolerismo, atacado en la forma que queda descrita, cambió de forma y aun produjo no pocos sinsabores á los ciudadanos pacíficos y á los perseguidores, limitándonos por ahora á decir que ésto será objeto de otro capítulo, pasando á relatar algunos hechos en que intervinieron fuerzas de la Guardia Civil y que merecen ser conocidos.

El juez de Rute tuvo necesidad de ir á Velez Málaga, y hallándose conversando con un amigo suyo, se le acercó un hombre de malísima catadura, que le preguntó:

—¿Es usted el juez de Rute?

—Sí, señor.
—Quisiera preguntarle...
—Usted dirá:
—Por un preso.
—¿Qué preso?
—¿Usted tiene detenido á un abogado?
—Si no se explica usted mejor...
—Al abogado D. Juan de Rueda.
—¿Y porqué me lo pregunta?

Indudablemente esta contestación fué dada para ganar tiempo, al ver el juez que un guardia civil se acercaba al sitio en que se encontraban.

—Se lo pregunto, porque el señor citado es un amigo, y me intereso por él; defiende á los pobres, y ya vé usted...
—¿Y quién es usted, que se interesa tanto por él?
—Un amigo suyo.

En ésto el guardia, ya más cerca, pudo apercibirse de una ligera seña del juez, que comprendió á la perfección, arrojándose sobre el bandido, que luchó por desasirse sin lograrlo.

El detenido se llamaba José Palma, conocido por el *Bando*, que había hecho armas contra la Guardia Civil en distintas ocasiones, con gran número de muertes sobre su conciencia, y temible por sus instintos sanguinarios.

La rapidez del guardia en obrar salvó indudablemente la vida del juez.

Historia de un secuestro.

Para terminar este capítulo hemos escogido la historia del secuestro de que fueron víctimas dos ingleses domiciliados en Gibraltar. Hemos preferido este hecho rigurosamente verídico, porque en él resaltan desde el primer momento el aspecto de la época, los caracteres de las personas que intervinieron en el mismo y los trabajos que realizó la Guardia Civil para la captura de los autores, trabajos que fueron coronados por el éxito.

Lástima grande que la falta de espacio nos impida relatarla con el lujo de detalles que lo hace el Sr. Zugasti en su obra el *Bandolerismo*.

El 21 de mayo de 1870 salieron de Gibraltar dando un paseo á caballo los súbditos ingleses Mr. John Bonell y Mr. John Antoine Bonell, sobrino del anterior. Es costumbre de tiempo inveterado en los ingleses que habitan en el Peñón, de los *escorpiones de la roca*, como les designan despreciativamente sus hermanos de la Gran Bretaña. Estos paseos se dirigen siempre hacia la Línea de la Concepción, internándose en España por este punto, que aparte de ser el único en terreno firme, reune las ventajas de una vegetación expléndida apenas se internan los paseantes por el destartalado camino que conduce al camposanto y á San Roque.

Al separarse de la playa, de la bahía de Gibraltar, para entrar en el camino antes designado, se forma una angostura, siendo imposible el paso de varias personas por aquel punto, que se presta como pocos á que los malhechores desvaligen á los transeuntes sin que éstos tengan tiempo de apercibirse á la defensa.

Los ingleses entraron en la angostura bien agenos de lo que había de ocurrirles, y á los pocos pasos vieron á un hombre enmedio del camino con un trabuco que echándoselo á la cara les dió el alto en forma imperativa.

Trataron los caballeros de volver grupas picando espuelas á los caballos, encontrándose con que á sus espaldas había surgido otro hombre montado á caballo, y que les amenazó disparar si hacían el menor movimiento.

No tuvieron otro remedio que entregarse, y siguieron sin protextar ni hablar palabra por donde los bandidos les llevaban, hasta el cortijo de Salvá, donde se detuvieron, haciéndoles apearse de los caballos.

Una vez en el patio, vieron allí á otro hombre que por su traje y el tono autoritario con que hablaba calcularon sería el jefe de aquellos bandoleros. Este ordenó á sus hombres, que entonces eran tres, cerraran todas las puertas del cortijo, mandando encerrar en la cueva al mozo del cortijo y á la casera, sin duda para que no les molestaran en la conferencia que pensaban celebrar con ellos. El que como decíamos parecía jefe, manifestó á los ingleses que no supusieran desde luego que era un bandido; era sólo contrabandista, que había tenido recientemente pérdidas considerables y que necesitaba resarcirse de ellas, por lo cual les rogaba le entregasen *cinco mil duros*, é inmediatamente les concedería la libertad.

Manifestaron los detenidos que no tenían aquella cantidad, y que si les dejaba en libertad les prometía que al siguiente día por la mañana irían á llevársela al punto que designasen.

—La necesito ahora mismo.

—Aquí no la tenemos.

En este punto de la conversación entró una niña en el cortijo, que por orden del jefe fué conducida también á la cueva, y ordenó á sus subordinados que despojasen á los secuestrados de los relojes y cadenas, como así lo hicieron, reanudando después la interrumpida conversación.

—No la tendrán ustedes encima, pero puede usted ir por ella, dijo dirigiéndose al mayor de los Bonell, y su sobrino se quedará aquí con nosotros mientras vuelve.

Se negaron á ello tío y sobrino, diciendo que no se separarían de ningún modo, y en vista de que no llegaban á un acuerdo, á las 8 y media de la noche salían del cortijo á caballo, con las piernas amarradas y conducidos por cinco hombres, dirigiéndose al cortijo de Partichuelo, donde á viva fuerza hicieron que les acompañase un guía. Pasaron por San Roque, el bosque de Almoraima y Castellar, llegando el domingo 22 á un bosque sombrío, donde les digeron que podían dormir, dándoles como almuerzo cuatro huevos cocidos y pan.

El jefe de la partida les pidió entonces 30.000 duros por su rescate. insistiendo en las manifestaciones de antes y rogando á los bandidos que aquel lugar era apacible y debían matarlos allí, sin seguir más adelante.

No dejó de llamar la atención de los secuestradores la actitud de los secuestrados, deliberando sobre lo que debían hacer, hasta que acordaron continuar la marcha, ordenándoles qne saludasen afablemente á

cuantas personas se encontrasen, para no llamar la atención ni mucho menos dar á entender que iban detenidos.

Así lo hicieron sin la menor violencia, siendo éste otro de los detalles que llamó la atención de los ladrones. Al amanecer les vendaron de nuevo los ojos, y al cabo de muchas vueltas comprendieron que entraban en una casa, y al quitarles la venda vieron que se hallaban en una habitación donde había dos camas, una en el suelo y otra en un catre. En las paredes había varios cuadros con santos, llamándoles extraordinariamente la atención que las mantas de las camas tenían la marca del gobierno inglés. El mobiliario de la habitación consistía en una cama y cuatro sillas.

Al acostarse oyeron la conversación de los bandidos, que se encontraban en una habitación próxima, y se apercibieron de que al jefe le llamaban D. Antonio, y que después de larga discusión sobre la cantidad que en definitiva debía pedírseles, acordaron que fuese la de 27.000 duros, y si no la entregaban, decapitarlos.

Al siguiente día entraron en la habitación, viendo que los bandidos colocaban velas ante las imágenes, y al preguntarles por qué lo hacían, les respondieron que para que les ayudara en aquella empresa; lo que produjo, como es natural, la estupefacción general en los secuestrados. Vino después la conversación sobre el dinero, obligándoles á que escribieran una carta en la forma que ellos dictaron, pidiendo mil duros é indicando el sitio donde la persona debía entregarlos, que era en una fonda de Cadiz, y á la persona cuyas señas se hacían constar.

Transcurrieron algunos días y la carta no dió resultado, sin duda porque este procedimiento había sido solo una extratagema de los bandidos para ver hasta qué punto se podían fiar de los ingleses, y pasado este tiempo convino el jefe en que el tío marchase á Gibraltar y cuando regresase al sitio que ya le indicarían, pondrían en libertad al sobrino.

Así se hizo, el jefe de la partida vendó los ojos á Bonell mayor, le condujo un largo trecho hasta llegar á Jerez, donde le quitó la venda, entrando con él en una taberna, donde cenaron y descansaron, y subiendo después ambos al tren hasta Cadiz, donde el bandido se despidió al ver que Bonell tomaba el vapor para Gibraltar.

Este hecho demuestra la audacia incalificable de los bandoleros. El secuestro de los ingleses, como es natural, había causado gran sensación. El gobernador de Gibraltar y el representante de Inglaterra en España habían presentado la reclamación correspondiente al gobierno de Madrid, y todos los días insistían cerca del ministro y de las autoridades de la región para que buscasen el medio de poner en libertad á los detenidos.

El señor Bonell llegó á Gibraltar, siendo recibido con la alegría natural, que se trocó bien pronto en desasosiego al pensar qué podría ser del sobrino si no se entregaba la cantidad estipulada.

A fuerza de muchas conferencias y consultas, el gobierno inglés acordó entregar el dinero en monedas de oro, con la condición de que España había de devolverles la cantidad, y conviniendo también en que se adoptasen las precauciones necesarias para que cualquier impruden-

cia de las fuerzas encargadas de practicar la detención de los secuestradores no agravara la situación del secuestrado.

La Guardia Civil en esta ocasión, como en otras muchas, no se había dormido, su trabajo fué incesante, llevado á cabo con celo inusitado y tan á la perfección, que ni por un momento pudieron sospechar los bandoleros que tan de cerca les seguían los pasos.

Por fin llegó el Sr. Bonell al Puerto de Santa María, acompañado de otras personas que llegaron en diferentes veces para no despertar sospechas por si eran vigilados por los ladrones, y se hospedaron en la fonda del Toro, que era lo convenido de antemano.

Se presentó uno de los secuestradores, recogió el dinero que guardó en unos cintos, y se despidió afectuosamente, diciendo que aquella misma noche ó la mañana siguiente tendrían de regreso al sobrino sano y salvo.

Este había sufrido bastante durante su cautiverio. Los bandidos, con pretextos, le habían trasladado á una cueva, donde las pulgas le martirizaron horriblemente, pero como todo llega en este mundo, recibió la sorpresa de ver entrar un día á sus carceleros manifestándole que ya tenían en su poder la cantidad, pero que antes de libertarle tenían que contarla, á lo que le rogaron les ayudase, prestándose él de buen grado.

Terminada la operación, le acompañó el jefe á Jerez para que tomase el tren, diciéndole el precio del billete y haciéndole varias recomendaciones y devolviéndole *¡veintisiete pesetas!* que el tío del secuestrado le había prestado á él en Cadiz.

¡Qué rasgo de honradez!

Por cierto que al quedar solo el Sr. Bonell encontrose con el sereno, que le dió el alto, haciéndole pasar un susto mayúsculo temiendo verse envuelto de nuevo en otra aventura. A la mañana siguiente se abrazaban tío y sobrino y las autoridades circulaban las órdenes para la detención de los bandidos.

Las fuerzas de la Guardia Civil, que conocían los trámites del secuestro y que no habían intervenido antes para evitar que Juan Antonio Bonell lo pagase con la vida, se distribuyeron en forma conveniente, calculando que los ladrones se dirigirían á Sevilla indudablemente.

Así sucedió; á las tres de la madrugada del día 8, los guardias de caballería del benemérito instituto Mateo Zarzuela, Juan Paez y Juan Dorado Gil, vieron en la venta de Guadaira á tres hombres á pié y con las caballerías del diestro y otro á caballo tomando unas copas de aguardiente. El montado, al ver á los guardias, hizo varios disparos, dirigiéndose los otros á los caballos para alcanzar los retacos, pero no les dió tiempo. Los guardias se echaron encima quitándoles la acción. En este momento llegaron otros guardias á pié mandados por el sargento segundo Pedro Cordero Nogales y con los indivíduos á sus órdenes Bernabé García y Miguel Arcos de la Corte.

Por desgracia, los disparos del bandido habían herido de gravedad al guardia Juan Dorado. Sus compañeros de caballería salieron en persecución del que había escapado, y los otros bandoleros, aprovechándose de la confusión, cogieron los retacos, disparando á los guardias de in-

fantería, que respondieron en igual forma, quedando tendidos sin vida los bandidos.

A éstos se le ocuparon, á uno 21.150 reales y á otro 40.100.

Al guardia herido lo trasladaron con gran cuidado al hospital, siendo ineficaces los auxilios de la ciencia. Tenía dos balazos en la ingle derecha que le causaron la muerte á poco de ingresar en el benéfico establecimiento.

La fuerza fué felicitada por el servicio prestado, deteniendo á los bandidos á las veinticuatro horas de su persecución, siendo todos recompensados con cruces del Mérito Militar sencillas, excepto Mateo Zarzuela, que se le concedió la cruz pensionada con diez reales, por haberse distinguido en la captura

El gobierno inglés remitió comunicaciones de felicitación á España, por la rapidez con que habían recibido su castigo los secuestradores, regalando, previa autorización de la Dirección del Cuerpo, un magnífico revólver á cada uno de los guardias que tomaron parte en la refriega.

Los bandidos muertos en el encuentro eran, según pudo identificarse, Juan Morales Montero (a) *Cucarrete* ó *Cuco*, que por ambos apodos se le conocía, y Francisco José Martín Espejo (a) *Malaspatas*, éste, célebre en el bandidaje por haber tomado parte en no pocos secuestros y hechos criminales. El cadaver del otro bandido no pudo ser identificado.

Se nos olvidaba consignar que el entierro del guardia muerto en el cumplimiento de su deber constituyó una verdadera manifestación de duelo, y que el gobierno inglés, que fué reembolsado por el español de los 27.000 duros, remitió á la familia de la víctima 10.000 reales.

CAPITULO XI

La mano negra.

Período de tranquilidad.—Rumores alarmantes.—Opiniones para todos los gustos.—Asociaciones criminales en el extranjero.—La Mafia, el nihilismo, los abrasadores.—La mano negra.—Primeros chispazos. El terrorismo en Jerez.—Perfecta organización.... criminal.—Trabajos de la Guardia Civil.—¡Más de cuatrocientos afiliados.—Un aplauso más para el benemérito Instituto.—El crimen de la Parrilla.

Al finalizar el capítulo anterior dimos cuenta de la extinción del bandolerismo andaluz, gracias á las acertadas medidas del gobernador de Córdoba, señor Zugasti, tan admirablemente secundadas por la Guardia Civil.

En aquella hermosa región del Mediodía, atemorizada durante algún tiempo por el sinnúmero de fechorías llevadas á cabo por los bandoleros, renació la calma y la tranquilidad.

Los agricultores y ganaderos se aprestaron á visitar sus tierras, dando impulso á las labores del campo, paralizadas en diversos puntos, y pensando en resarcirse en poco tiempo de las enormes pérdidas sufridas, gracias á la bondad del terreno y del clima, envidia de españoles y extranjeros.

Esta tranquilidad y este estado normal no tardaron en desaparecer en parte de la región al poco tiempo.

Comenzaron á oirse frases alarmantes de un nuevo impulso del bandolerismo. No se concretaba. Los rumores, circulando con insistencia, hacían creer en la formación de una misteriosa sociedad formada con fines criminales, que iba ensanchándose rápidamente y amenazaba con destruirlo todo. ¿Qué sociedad era ésta? Las autoridades, la Guardia Rural y sobre todo la Guardia Civil, trabajaron sin descanso para inquirir si los rumores tenían fundamento.

La fantasía popular hizo de las suyas. La menor noticia de atentados, robos, hurtos, etc., llegaba á las poblaciones en tal forma, desvirtuada de tal modo, que era imposible conocer de una manera concreta

el orígen y fundamento de estas alarmas. Sabíase tan solo que los delitos habían aumentado, sobre todo en la provincia de Cadiz, y los agricultores y ganaderos, que sabían por desgracia los funestos resultados del bandolerismo, no tardaron en dar crédito á los noticiones y en guarecerse en sus domicilios ante el temor de ser víctimas de los malhechores.

En el año 1874 el jefe de la Guardia Rural de Jerez, señor Pérez de Monforte, que venía trabajando con ahinco para descubrir lo que hubiese de cierto en las alarmas cundidas con tanta rapidez, vino á confirmar en parte la exactitud de los rumores, llegando á su conocimiento y pudiendo comprobar que la existencia de la sociedad de que se hablara era cierta y que el nombre con que la designaron los fundadores no podía ser más siniestro: *La Mano negra*.

¿Cómo, cuándo, porqué se había establecido esta asociación? A nuestro juicio no es tan facil de precisar.

Varias opiniones.

Si en todos los órdenes de la vida se hace imposible que las personas marchen de acuerdo en un asunto determinado y tratándose de un hecho concreto y conocido, más difícil es llegar á este acuerdo cuando se trata de algo que no está definido por completo, y de lo cual sólo se conocen los efectos. Así, los escritores, no muchos, que se ocuparon de la famosa y terrible asociación de *La mano negra*, buscaron su orígen en diversas causas. Quiénes consideraban á *La mano negra* como una hijuela de la famosa *Internacional*, fundada para resistir á la burguesía, aquella asociación que durante bastante tiempo fué terror de los gobiernos de las naciones civilizadas, y que hizo temblar en sus propiedades y personas á la burguesía de todos los países.

Consideraron otros que la fundación de esta tenebrosa asociación reconocía como única causa *los actos de violencia* y el rigorismo empleados para perseguir el bandolerismo, rigor que había traido como consecuencia la reacción de los castigados.

Esta opinión nos parece absurda por completo, y desde luego le negamos exactitud, pues bien es verdad que las autoridades obraron con energía para terminar con los secuestros en Andalucía y adoptaron medidas extraordinarias de represión. Cuanto se propale y se haya propalado de abusos es completamente falso.

Escritores de pésimo gusto han cultivado esta nota, para hacerse simpáticos al populacho, tal vez porque su inteligencia limitada no les permitía desarrollarse en otros horizontes más puros. Y sin embargo, ¡es tan facil escribir cuando la razón sirve de guía! Las frases de relumbrón de escritores que lograron aprender palabras huecas y poco usadas del diccionario, son derrotados fácilmente cuando les sale al paso un contrincante que con la hermosa sencillez de nuestro idiona les ataja en sus fantasías y elucubraciones.

Siguiendo con nuestro asunto y aparte de las opiniones que ya quedan consignadas, hubo quien supuso que la fundación de *La mano negra* era debida al disgusto constante entre la clase jornalera por la mezquindad de los salarios, que apenas si bastaban para su sostenimiento, y otros escritores, por último, creían firmemente que la idea de la funda-

ción de esta sociedad tenebrosa, nacida en algún cerebro desequilibrado, debióse indudablemente á la perniciosa lectura de libros extranjeros en los que se describían con gran lujo de detalles el funcionamiento de sociedades misteriosas, fundadas con fines criminales, muchas de cuyas asociaciones fueron motivo de no pocas novelas sanguinarias y no pocos dramas y comedias que eran objeto de admiración de personas poco cultas, y que al digerir ó tratar de comprender aquellos abortos literarios, concluían por idealizar los personajes protagonistas de las obras, rodeándoles de una gran aureola y haciendo nacer en ellos la idea de ser también objeto de la admiración de los públicos, realizando hazañas que sólo podían conducirles á escalar las gradas del patíbulo ó pudrirse en los calabozos de una prisión.

Los autores que fundaban sus creencias, respecto al funcionamiento de *La mano negra*, en que la idea estaba tomada del extranjero, razonaban en apoyo de su tesis, que en España jamás se habían conocido asociaciones de tal índole, no pudiendo considerarse como antecedente para ello el bandolerismo andaluz, la partida que formaron en Madrid Luis Candelas, Balseiro y Paco el Sastre; el Bizco del Borge y Melgares en Málaga; el célebre José María ó la famosa partida de los Siete niños de Ecija.

Esta última fué acaso la única que tuvo algo de asociación en forma parecida á la de *La mano negra*. Tenía sus estatutos. La partida no podían formarla más de siete hombres. A la muerte de uno de ellos, el puesto era ocupado inmediatamente por un sustituto, lo que prueba que la asociación tenía muchos encubridores, llegándose al caso de ser muerto uno de los bandoleros en un encuentro con la fuerza armada, y encontrarse dos horas después la partida completa.

Como curiosidad referente á esta partida, cuéntase que un lidiador de reses bravas, de bastante aceptación, dió muerte á su mujer por haberla sorprendido con un amante, y que temeroso de las consecuencias que pudiera tener para él aquel crímen, desapareció súbitamente, marchando en busca de la famosa partida y solicitando ingresar en ella. Había una vacante, pero la plaza debía ocuparla otro á quien estaba ofrecida, toda vez que allí las vacantes se cubrían por rigurosa antigüedad. (!) Sin embargo, sus súplicas y el haber conocido con anterioridad á algunos de la partida, hicieron que se le permitiese formar parte de la banda, no volviéndose á tener más noticias de él.

Este hecho lo refiere, aunque en diversa forma, en su *Diccionario técnico*, el señor Sánchez de Neira.

Volviendo á nuestro asunto, repetimos que ésta es la única sociedad de malhechores que tuvo alguna organización en España, y que indudablemente tuvo su reglamento para regirse, como lo prueba el hecho que dejamos relatado respecto al ingreso.

Aparte de ésto, podemos asegurar que *La mano negra* no tuvo precedentes en nuestro suelo, y que los autores que la suponen importada del extranjero no andan descaminados, sin que nosotros neguemos tampoco visos de fundamento á que el estado precario de la clase jornalera fuese uno de los mayores elementos para organizar la asociación en la forma que relataremos más adelante, pasando ahora á decir algo acerca de las sociedades con fines criminales del extranjero.

Asociaciones criminales en el extranjero.

Dejando aparte la Internacional, á que aludimos al principio, por no creer qne tenga relación alguna con la que nos ocupa, no cabe dudar que han existido estas asociaciones en todos los países. Inglaterra, Italia, Rusia, etc.... han conocido estas asociaciones que con diversos títulos y diferentes medios han buscado tan sólo la venganza, el exterminio de la sociedad y el apoderarse de lo ageno, buscando los procedimientos más expeditivos, sin que pudiese recaer sobre ellos la menor sorpresa, con sus reglamentos cumplidos fielmente en la inmensa mayoría de los casos y callando ante los jueces y tribunales el nombre de sus cómplices cuando alguno ó algunos de los asociados caían en poder de la justicia. Esta abnegación, esta fuerza de voluntad en salvarse unos á otros, y en pagar muchas veces culpas agenas por no delatar á sus cómplices, demuestran un tesón y una fé, digámoslo así, en que cumplían una misión sagrada, que á haber empleado la misma constancia en otros órdenes de la vida, algo más hubiesen ganado ellos y la sociedad que les tuvo en su seno en vez de repudiarlos.

Ejemplo de estas asociaciones: *Los abrasadores* en Francia; *La mafia* y *La joven Italia* en este último punto y el nihilismo en Rusia.

Los abrasadores en Francia.

Es uno de los paises en que mayor desarrollo adquirió el bandolerismo, y los que la ferocidad de los criminales ha dejado triste recuerdo en la historia.

No es nuestro propósito hacer muy extenso el relato del bandolerismo y sociedades establecidas en la vecina república. Basta para nuestro propósito una ligera idea, que servirá para robustecer la opinión de que las asociaciones tenebrosas han tenido su orígen en el extranjero. Desgraciadamente solo hemos copiado en España todo aquello que era una equivocación ó algo peor, dejando á un lado cuanto pudiera haber servido para engrandecer nuestra patria. De todas las asociaciones para fines criminales que han existido en Francia, una de las que mayor desarrollo adquirió fué la conocida con el nombre de *Los abrasadores*, á causa de los procedimientos bárbaros que solían emplear sus afiliados, quemando los piés y piernas de los hacendados para obligarles por ese procedimiento *á cantar* dónde tenían encerrado el dinero.

Aparte de las gavillas de malhechores que pupulaban por París, Marsella y otros departamentos, existió la llamada banda Thibert en 1847 que llegó á contener ocho cientos indivíduos en sus filas. Con anterioridad á ésta había existido antes otra banda, la Banda Poulmaun que fué entregada íntegra á la justicia por su propio jefe en 1844. La banda Graft, en 1858, se hizo tambien temible por sus fechorías. Estaba organizada como sociedad mercantil.

Al propio tiempo que las anteriores existió una llamada *Asociación de Santerre*. Los principales ó jefes fueron apresados en 1857, y confesaron con un cinismo inaudito las fechorías llevadas á cabo. Su lema era: *Asesinato, robo, incendio.*

Lemaire, uno de los detenidos manifestó que en el periodo de diez años, habían cometido 10.000 robos en despoblado ó asaltando las casas.

El número de incendios y asesinatos eran incalculables. Tenían jurado guerra á muerte á la gendarmería. Uno de los que formaban parte de la asociación Próspero Villet, descollaba entre todos por su ferocidad. Una de sus hazañas consistía en echar vidrio machacado en los oídos. A este tenor podrían citarse infinidad de actos de salvajismo que horripilan y que hacen dudar que sean los hombres capaces de inventar tanta crueldad para martirio de sus semejantes. Todos los indivíduos de esta asociación eran parientes, y lo más notable de ello es que los ascendientes de todos habían formado parte de otra asociación anterior.

Catorce afiliados fueron detenidos el 4 de noviembre de 1857 y se les acusaba de haber cometido nada menos que 56 crímenes, aparte de los robos ya indicados, hurtos, estafas, incendios y otras menudencias.

El tal Lemaire, ya nombrado, fué el que dió á conocer con su cinismo sin igual los medios de que se valían para realizar las fechorías.

Varios de los detenidos murieron en el cadalso. Los restantes fueron condenados á diferentes años de presidio.

Pero la asociación terrible, la que sembró el terror á Orgeres y sus alrededores durante mucho tiempo, fué la famosa de *los abrasadores*.

Su primer jefe fué un tal Poulaillier, que fué ahorcado en 1785, sucediéndole el segundo de la banda llamado Flor de Espino, que dió gran impulso á la asociación. Estableció el cuartel general en Orgeres y reclutó gente para aumentar los afiliados, entre los mendigos, vagos, mercaderes ambulantes, jornaleros sin trabajo, saltimbanquis, etc. Este jefe fué asesinado en julio de 1792 por los amigos del célebre revolucionario Dantón, por equivocación.

Como la sociedad con sus estatutos y reglas determinadas para todos los casos no podía permanecer sin dirección, designó para jefe á un Juan Anger ó Francisco Girodot más conocido por Francisco el hermoso. Este dió nuevo impulso á los abrasadores, dictando órdenes nuevas y distribuyendo á su gente por distintos puntos y según las aptitudes de cada uno.

Estos asociados, tenían sus leyes, por las que se regían, y castigaban con la muerte á los traidores, muriendo por esta causa á sus manos algunos hombres y mujeres, una de éstas á palos.

Celebraban sus casamientos. Uno de los afiliados, desempeñaba el cargo de cura, leyendo á los que querían contraer matrimonio á presencia de todos, una epístola invención de ellos, y que no era otra cosa que una burla de la epístola de San Pablo, intercalando de vez en cuando, palabras obscenas y horribles blasfemias. Leídos aquéllos párrafos de literatura soez, dos de los principales que hacían de testigos con sendos garrotes se colocaban delante de los desposados y cruzaban los palos á unos centímetros del suelo preguntándoles entonces el cura á los novios:

—¡Guitón! ¿quiéres por mujer á la *guitona?*

—¡Sí, guitón!

—¡Guitona! ¿Quiéres por marido al guitón?

—¡Sí, guitón!

Y entonces exclamaba el cura:

—¡Saltad, guitones!

Ambos saltaban por encima de los palos cruzados y ya estaban ca-

sados, celebrándose á continuación una orgía, que dejada pálidas á las famosas de los emperadores romanos y que terminaba á cuchilladas la mayoría de las veces.

Cosa rara. Entre estos asociados, regidos por principios absurdos, tardó muchísimo tiempo en admitirse el divorcio. A este se le dió cabida en la época del último jefe. Con los anteriores el matrimonio era indisoluble, y cuando se admitió que pudieran separarse, celebraban una especie de juicio. Los hermanos, como se llamaban entre sí los afiliados, propinaban una tanda de palos al que consideraban causante de la separación, y de ello el otro estaba libre para contraer de nuevo matrimonio en la forma que hemos descrito.

Francisco el hermoso, fué detenido como monedero falso, logró escaparse y hasta después de la fuga no supieron que era el jefe de aquella temible asociación.

El cabo de gendarmes Pedro Pascual Vasseur, fué el que consiguió detener á los principales complicados, muriendo todos en la horca.

Como caso curioso y que revela la osadía de aquellos malhechores, en una época en que estaban atemorizados los ciudadanos y no se atrevía nadie á pasar por un bosque, donde se decía que se reunían para acordar dónde habían de dar el golpe, se le ocurrió á un presidente del parlamento penetrar en aquellos dominios, suponiendo que habría exageración en cuanto se decía. Fué apresado y el jefe Francisco el hermoso dijo que era conveniente soltarle para que la banda adquiriese más nombradía, pero que no había de ser sin darle un susto y le hizo conducir á su presencia, donde le hizo comer de un pastel fabricado con carne de viejo y de niño, según dijo, para asustarle y añadiendo que la carne del niño estaba muy tierna. Después le dejó en libertad y al respetable presidente le costó una enfermedad.

El nihilismo en Rusia.

Sin llegar á la época del terrorismo actual, en Rusia, y en que no solo el nihilismo, sino dos revolucionarios traen en jaque al gobierno moscovita como consecuencia de la desastrosa guerra ruso japonesa, en la que tan desacertado papel jugó la nación europea, el nihilismo ha sido siempre objeto de una seria preocupación por parte del gabinete de San Petersburgo, sin que las medidas adoptadas de todas clases hayan servido para extinguirlo.

Cuando se le ha considerado muerto, ha resurgido con mayor fuerza, siendo de notarse que así como en la mayoría de las asociaciones criminales el núcleo grande y principal ha estado formado por gente inculta y de la más baja esfera social, en el nihilismo ha ocurrido todo lo contrario.

La aristocracia del dinero, de la sangre y de la inteligencia, han sido los principales elementos que han pagado muchas veces con su vida el estudio de un explosivo ó máquina infernal, ó han sido trasladados á la Siberia, á donde suelen ir los condenados por los tribunales rusos y de donde dificilmente se vuelve, no solo por el rigorismo de las leyes autócratas, sino por el sin fin de penalidades que los deportados tienen que soportar, aparte la inclemencia del clima que la mayoría no pueden resistir.

El nihilismo ó anarquismo ruso llegó á tomar tal incremento en la época que nos ocupa, que el gobierno se preocupó seriamente de adoptar medidas extraordinarias que acabasen con tal orden de cosas.

Coincidió ésto con las hazañas de los fenianos en Inglaterra y con los atropellos de otras misteriosas sociedades en diversos paises, y Rusia invitó á otras naciones para ver de tomar acuerdos, ya que las sectas socialistas y anarquistas amenazaban destruir todo lo existente.

El tener esta asociación más de anarquista que otra cosa hacen que no hablemos aquí de ella con extensión, ocupándonos algo más cuando se trate del anarquismo que merece también capítulo aparte.

Como prueba de la osadía á que habían llegado los afiliados á las distintas sectas misteriosas, recordamos que un periódico extranjero dió cuenta de haberse inventado un producto al que su autor llamaba *plancastica* y que por su fuerza destructora había de sustituir con ventaja á la dinamita.

Muy poco tiempo después, un escritor ruso, afiliado al nihilismo publicaba un artículo en que se defendía al nihilismo, ensalzando al autor del invento y terminando el artículo con esta temible frase:

La plancastica ha concluído con la dinamita y ambas acabarán con la sociedad.

En España. Los primeros rumores.

Hemos hablado ya con detenimiento de las diferentes sociedades extranjeras cuyo móvil era el robo. el asesinato, la destrucción de la sociedad; por todo lo expuesto puede deducirse fácilmente la exactitud de lo apuntado al principio del capítulo, considerando que todas las asociaciones mencionadas nacieron fuera de España y que al fundarse aquí otras, nada más lógico que se debiera á propaganda de extranjeros ó á que los andaluces, donde estuvo el foco principal, tomasen de folletos y periódicos lo que les había de servir de base para constituirse en la hermosa región andaluza.

Dijimos al principio que en 1874 el jefe de la guardia rural señor Pérez de Montforte tuvo noticias de la existencia de la misteriosa asociación de *La mano negra*. Trabajó incesantemente por descubrir algo que le pusiese en la pista, y aun que en alguna ocasión eficazmente auxiliado por la Guardia Civil dió con documentos y armas, no se le concedió á la misteriosa sociedad toda la importancia que pocos años después llegó á adquirir por medio del temor.

Diríase que en esta época estaba en período de formación puesto que hasta el año 1878, es decir, cuatro años después, no empezó á dar señales de vida la secta *La mano negra*.

Sin embargo, á este descubrimiento no se dió gran importancia, tal vez por que los afiliados hasta aquella fecha no habían pasado á realizar en la práctica todo lo que estaban obligados á cumplir según sus reglamentos.

La prensa no se hizo eco tampoco de esta alarma, y leyendo periódicos de Madrid de aquella fecha puede verse que más bien censuraban á los que propalaban tales noticias, creyendo que los agricultores andaluces, recordando tal vez los hechos del bandolerismo, creía que la te-

nebrosa asociación de que se hablaba, era la encargada de sustituir con gran ventaja á los secuestradores.

Apesar de esta predisposición á no creer en tamaños relatos, poco á poco los rumores fueron adquiriendo importancia, y aunque oficialmente se ocultaba todo cuanto pudiera servir para difundir la inquietud, los hechos llegaron á tal punto que la opinión entera se alarmó, el gobierno fué objeto de interpelaciones en las córtes y se vió precisado á enviar á Jerez al capitán de la guardia civil Sr. Oliver con cien indivíduos del catorce tercio.

Esto ocurría en el año 1882. La prensa sin quererse acordar de que cuatro años antes había desmentido rotundamente y aún burlándose de las alarmas propaladas por los propietarios andaluces, fué también la primera en llamar la atención de los gobernantes creyendo que tal estado de cosas no podía continuar y urgía poner remedio á tanto desmán.

Ya no era un mito la existencia de aquella formidable asociación, y estos lamentos y estos comentarios sirvieron tan solo para que el pánico entre la gente acomodada cundiese, trasladándose á toda la nación y acogiéndola en el extranjero con mucha más importancia de la que tenía.

Notábase sin embargo en este tiempo una lamentable confusión. No se sabía si eran socialistas, anarquistas ó ambas cosas los que tal secta habían formado y esta confusión y el desconocimiento de lo que pudiera haber en el fondo del asunto, es lo que precisamente vino á aumentar el desasosiego.

Otro hecho vino á aumentar la alarma entre las clases pudientes de Andalucía. Se hablaba de que no pocas mujeres estaban afiliadas á la misteriosa secta y que entre ellas las había de diferente clase social, contándose considerable número en las criadas de servir. Esto hizo que no pocas personas despidiesen de sus casas á las sirvientas, pues una de las noticias circuladas insistentemente era que el veneno formaba parte de los procedimientos empleados con preferencia para quitar de en medio á los ricos y conseguir por este medio la igualdad.

La actividad desplegada por las fuerzas de la Guardia Civil, ya acostumbradas por sus trabajos cuando el bandolerismo, hizo que se pusiesen en claro muchos puntos obscuros acerca de *La mano negra*.

Entonces fué detenida Isabel Luna, célebre propagandista del anarquismo, jóven de veintitrés años, simpática, que se expresaba con gran facilidad y que consiguió no pocos éxitos por su manera de decir y de presentarse.

Los escritores de aquélla época hicieron mal en ensalzar á la propagandista nombrada. Detenida en Jeréz, fué conducida posteriormente á la cárcel de Cádiz, siendo numerosísimo el público que acudió á presenciar su paso para ver de cerca la que había sido objeto de tal medida por sus energías varoniles, dignas de mejor causa.

La conspiración social.

Según la prensa de aquélla época, cotejada con documentos y datos que tenemos á la vista, puede decirse que tres elementos constituían el núcleo de la conspiración social.

Primero. Los fanáticos ó iluminados imbuídos de un espíritu reformista mal entendido y dotados de ardiente imaginación,

estimulados por las doctrinas de la Internacional, que creía volver de arriba abajo todo lo existente, cambiando las cosas en su esencia y en sus principios y logrando por sus procedimientos si rigurosamente eran puestos en práctica, que los pobres fuesen ricos, y que el hacendado, el señor, el amo hasta entonces, quedase convertido en un simple trabajador para ganarse el sustento.

Entre estos fanáticos, los había de varias clases: internacionalistas, colectivistas, anarquistas, etc.

La imaginación meridional contribuía en mucho á que este grupo tuviese grandes prosélitos, tomando como natural y corriente todos los hechos fabulosos y extraordinarios que á su corto alcance ponían los propagandistas de la idea. Estos sabían bien á donde dirigían su puntería, con la seguridad de no equivocarse.

Segundo. Este núcleo era mucho más reducido en número. Estaba formado por facinerosos, contrabandistas y toda clase de gente maleante. La mayoría de los que formaba este grupo, habían visto sus nombres varias veces en las requisitorias de la Guardia Civil. Este grupo estaba encargado de ejecutar lo que disponían los otros grupos. Era por decirlo así, el brazo de la asociación.

En el infinito número de procesos que se siguieron con motivo de crímenes y atentados, incendios, envenenamientos de *La mano negra*, no se dió sino muy raramente el caso de que los acusados no hubiesen tenido alguna cuenta pendiente con la justicia.

Tercero. Forman este grupo los inteligentes, lo que pudiéramos llamar la parte intelectual, la cabeza y dirección de la asociación.

No cabe dudar la inteligente organización dada, siendo admirable sobre todo la fé ciega con que el inferior, el que por su escasa ilustración no podía dirigir á sus consocios, obedecía las órdenes recibidas por absurdas que éstas fueran.

El reglamento era para ellos la única ley á que debían sujetarse, sintiendo un profundo desprecio hácia el resto de la humanidad.

El reglamento de «La Mano Negra»

A la actividad incansable del jefe de la Guardia Civil Sr. Oliver, se debe al haber sido recogido un reglamento de la asociación andaluza.

Bueno es consignar de pasada que los dignos jefes y los indivíduos del benemérito instituto callaban cuantas noticias se referían á *La mano negra* y sus afiliados, ocultando sus planes y las denuncias que recibían, y á ello se debió en gran parte que el éxito les acompañara siempre en sus gestiones.

A ello se debió tambien el que se conociese á catorce grupos pertenecientes á *La mano negra*, sabiéndose que los grandes núcleos de organización radicaban en Jeréz, Grazalema, Ubrique, Arcos de la Frontera y otras poblaciones.

En una comunicación de este tiempo remitida desde Cádiz al gobierno de Madrid se detallaban todos los pormenores que hemos relatado, los trabajos realizados por la Guardia Civil y copia de los reglamentos de la asociación, añadiéndose que se ignoraba hasta entonces el número total de los asociados, pudiendo asegurarse tan solo que todo el terreno estaba minado.

He aquí ahora el famoso reglamento de *La mano negra*, por el que se regía la misteriosa sociedad.

Antes de lo que pudiera llamarse el articulado, venían una serie de consideraciones que explicaban el objeto y fines de la asociación.

"Es una sociedad, decía, de los pobres contra los ladrones y verdugos„.

Cuanto existe en la tierra y cuanto contribuye al bienestar y á procurar por todos los medios el mayor número de goces al hombre.

Que es absurda y criminal la actual organización de la sociedad que hace que los trabajadores produzcan solo para los ricos y los holgazanes que *se lo quedan todo entre las uñas*.

Que debe mantener el odio á todos los partidos políticos sin distinción, porque todos son lo mismo, en cuanto se refiere á proteger al trabajador.

Que es ilegítima la propiedad adquirida por el trabajo ajeno aunque sea de renta ó interés, siendo única legítima, la adquirida por el trabajo personal, directo y útil.

Declaramos que los ricos están fuera del derecho de gentes y que hay que combatirlos á todo trance y por todos los medios que puedan conducir al fin propuesto como el hierro, el fuego, la calumnia„.

Las consideraciones preliminares terminaban con las últimas palabras consignadas.

A continuación venían los artículos del reglamento.

"La sociedad es esencialmente secreta. Al que por ligereza, mala fé ó cualquier otra causa aunque no esté especificada en el reglamento, propale noticias ó revele algo que afecte á la asociación, será separado de la misma, entendiéndose que esta separación será ilimitada, ó la pena de muerte, según la importancia de la revelación hecha.

—Todo encargo recibido es obligatorio cualquiera que él sea. Si se negare repetidas veces á ejecutarle, sufrirá la pena de muerte, considerándosele como traidor desde el primer momento.

—El afiliado ocultará en público cuidadosamente sus simpatías á la sociedad, al punto que no pueda conocerse por ninguna manifestación de palabra ni por ningún gesto que pertenece á la asociación.

—Esta le distinguirá según sus actos constantes. En su oficio deberá ser puntual y trabajador, dando á entender á la familia y amigos que hace ahorros, para que no extrañen los ingresos que tenga en razón á la parte que le corresponda en la asociación.

—Cada subsidio estará en relación con los servicios, estando obligado en este punto á guardar el secreto de cuanto le hubiese correspondido, incluso con sus mismos consocios. El contravenir á estas disposiciones se castigará con la pena de muerte„.

Venían después de todos estos artículos, las condiciones exigidas para el ingreso en la asociación.

Se exigían determinadas pruebas no muy bien especificadas, pues parece que dependían del tribunal que las acordaba según las aptitudes que creían encontrar en el que solicitaba el ingreso. Después de cumplidas estas pruebas, el iniciado era presentado al grupo que había de corresponderle.

Los indivíduos del mismo le recibían dizfrazado y con grandes precauciones para evitar sorpresas, por si acaso el iniciado *era echado* que se proponía unicamente averiguar el punto de reunión y los planes de la asociación para delatarlos y caer en poder de la justicia.

Después de oir al iniciado sobre los asuntos que le preguntaban, se ponía á votación su ingreso, siendo preciso que fuese por unanimidad. Un solo voto en contra hacía que el iniciado no pudiese pertenecer al grupo, advirtiéndosele entonces que sería estrechamente vigilado por si soltaba la lengua y comprometía con sus palabras á los socios.

El tribunal popular.

A los trabajos de la Guardia civil, se debió también el conocimiento de otra asociación con el nombre que encabeza estas líneas y á lo cual se debió en un principio la confusión que existía para conocer el modo y forma de funcionar las asociaciones secretas, aun que para los fines de esta obra, aparecerán mezclados en varias ocasiones.

Hacemos solo constarlo aquí, dando por separado su organización y su reglamento que también cayó en poder del benemérito instituto.

Sus diferencias no son trascendentales y aunque los medios se asemejan, merecen conocerse los estatutos.

El documento recogido y por el que se vino en conocimiento de esta secta, estaba encabezado en esta forma:

"Varios internacionalistas declaran que en vista del proceder de los gobiernos burgueses, deben ser declarados fuera de la ley Internacional, siendo preciso de todo punto la organización revolucionaria.

Los socios tendrán que ser necesariamente internacionalistas y

Castigará á los burgueses por todos los medios posibles como el fuego, el hierro, el veneno y otros.

Se celebrará una sesión ordinaria el día 1.º de cada mes.

En esta sesión contará cada uno de los socios cómo efectuó las represalias que son el principio fundamental de la sociedad y contra quien ejerció este derecho.

Manifestará también cada socio al ocuparse de la burguesía, cuantos procedimientos y ventajas haya empleado. Esto se hace con el propósito de que todos se vayan instruyendo y así puedan introducir reformas en los sistemas seguidos y perfeccionar los procedimientos empleados, proponiendo por su parte las reformas que crea conveniente introducir.

Cada asociado está obligado además de lo anteriormente expuesto, á inventar los medios que considere más ventajosos para incendiar los campos y propiedades, los medios más seguros para asesinar á las personas y además otras clases de daños que explicará minuciosamente y expondrá á la aprobación de los reunidos.

Para atender á los gastos de sostenimiento de la sociedad, correspondencia, etc., cada socio abonará cinco céntimos mensuales. Cuando haya necesidad de hacer mayor reparto, pagarán á prorrateo la cantidad que se necesite y si hubiese necesidad y en caso extraordinario se acudirá á la federación.

De ningún modo se impondrán castigos que puedan redundar en perjuicio de los asociados.

Cuando hubiere que adoptar tal determinación, se buscará el medio de no comprometerse, encargando de la ejecución á otro grupo.

El que no aceptase más de una vez los encargos de la asociación, será puesto en observación, y si continuase negándose será expulsado.

Venían, después de ésto, multitud de disposiciones referentes á guardar un absoluto secreto acerca de cuanto afectase á la sociedad, adoptar todo género de precauciones y en los actos en que fuese preciso cambiar de nombres ó tomar otros al azar. Usar en las comunicaciones y documentos una cifra convenida y otra infinidad de pormenores y detalles de menos importancia, que revelaban, desde luego, un profundo estudio de la materia y una gran habilidad para burlar la ley en caso de ser sorprendidos.

Desde luego, en lo que mayor empeño ponían una y otra sociedad, era en castigar duramente la traición de un socio, comprendiendo que sin ese castigo que se ejecutaba siempre fielmente, estaban vendidos en todo momento.

Artículo de un periódico.

Después de conocidos estos reglamentos, no cabe dudar que la alarma de los hacendados era fundada, máxime cuando aún la Guardia Civil, apesar de sus incansables trabajos y numerosas detenciones, no había conseguido extirpar el mal.

Ocurrió en ésto algo parecido á lo pasado en la época del bandolerismo; cuando mayor fué la persecución de los bandidos; cuando con mayor ahinco se vigilaron los caminos, haciendo un registro minucioso en caseríos, bosques y cuanto podía servir de guarida á los malhechores, mayor empeño pusieron éstos en demostrar su osadía, imponiéndose por el terror. Lo mismo sucedió en esta ocasión. La Guardia Civil, sin precipitaciones que á nada conducen, pero con gran tesón, fué poco á poco desenredando aquella maraña, descubriendo crímenes, deteniendo asesinos é incendiarios que se creían libres de toda delación.

Los robos, los incendios y las venganzas menudearon. Conocían, seguramente, que su fin estaba próximo y querían hacer de una vez lo que tenían en proyecto para muchos años. No les salió la cuenta, sin embargo.

Aunque fué causa suficiente para que la alarma cundiese con mayor intensidad y que en un artículo publicado en un periódico de Madrid, por cierto el mismo día que daba cuenta de una interpelación en el Congreso con motivo de *La mano negra*, se tratase con minuciosidad de la cuestión y se aconsejase al Ministro de la Gobernación, adoptase medidas represivas, aumentase la Guardia Civil, cuyos buenos deseos se estrellaban en parte por la escasez del número, y que acogiese una noticia que no llegó á confirmarse.

Que el Sr. Zugasti había conferenciado con el Presidente del Consejo y con el Ministro de la Gobernación y que se le indicaba para un alto puesto, tal vez para el que pensaba crearse de comisario general en la región andaluza, con instrucciones y atribuciones especiales para acabar de una vez con *La mano negra*, como en época no lejana había dado término á los secuestros.

El periódico decía después: últimamente se han registrado varios

asesinatos, llevados á cabo con solemnidades que horripilan y que más parece que sus autores lo hacen en el escenario de un teatro.

"La Guardia Civil, cuyo celo enérgico y activo en estas circunstancias no será nunca bastante alabado, merece el aplauso de todos.„

Así terminaba el artículo del periódico en cuestión.

Ramificaciones.

Los trabajos de investigación de la Guardia Civil dieron por resultado el conocerse pronto las ramificaciones de *La mano negra* y el *Tribunal popular* en toda Andalucía.

De resultas de estas investigaciones, pudo saberse que en Espera radicaba uno de los grupos principales, en Arcos de la Frontera, en Villamartín, en varios pueblos de la serranía de Ronda, comprendiendo las provincias de Cádiz y Málaga.

En Martos, provincia de Jaén y en Hornachuelos (Córdoba), en Alcalá de los Gazules (Cádiz), Línea de la Concepción, que algún escritor de aquella época la llamaba la Línea de Gibraltar, no sabemos si por ignorancia ó por mala intención.

No hay que contar las correspondencias con Barcelona y Alcoy, donde había centros anarquistas.

Entonces también recibió la prensa de Madrid noticias de haberse presentado en Eibar varios indivíduos enmascarados en casa de una señora, á la que pidieron con amenazas 30.000 reales.

No se sabe si efectivamente era otro grupo de *La mano negra*, como ellos mismos manifestaron, ó fué sólo un ardid para atemorizar á la señora y que les entregase la cantidad pedida.

Lo cierto es, que todo ello contribuía poderosamente á que la opinión continuase atemorizada.

También se recibió entonces en Madrid una instancia suscrita por los vecinos de Vélez Málaga, en la que se pedía al gobierno enviase con urgencia fuerzas de la Guardia Civil, pues los campos estaban en poder de los foragidos, no habiendo quien se aventurase poco ni mucho fuera de la población, á menos de exponerse á ser pasto de las iras de los bandoleros que se decían formar parte de la terrible asociación de *La mano negra*.

En Guadix, Granada, en un corto período se habían registrado varios asesinatos que se achacaban también á *La mano negra*, porque es de advertir que todos cuantos sucesos anormales ocurrieron por aquella fecha en la Península, fueron colgados á indivíduos de la tenebrosa asociación.

Que el mal existía y con graves caracteres no cabe dudarlo, hasta el punto de que muchas veces para un conflicto, hubo que cambiar la hora de salida de los presos de las cárceles para evitar un motín popular que se promoviese con el exclusivo objeto de libertar á los detenidos.

Trabajos de la Guardia Civil.

La llegada del jefe del benemérito Cuerpo, señor Oliver, y los cien indivíduos á sus órdenes del 14.° tercio, dieron resultado casi inmediato, emprendiendo una campaña tenaz, no sólo para conseguir volviese la tranquilidad á la hermosa campiña jerezana, sino para descubrir á los autores de tanto crimen impune.

Poco después de la llegada de las citadas fuerzas, el juez instructor de Arcos de la Frontera recibió un anónimo en el que se le comunicaban datos importantes relacionados con *La mano negra*. Se puso de acuerdo con la Guardia Civil y lograron sorprender un convenio suscrito por cinco indivíduos para asaltar la casa de un vecino del citado pueblo, con el propósito de robarle y asesinarle. Parece que en el anónimo se indicaba que el hecho lo llevarían á cabo los asociados para cumplir una venganza á tenor de lo que disponía su reglamento.

No hay que decir que fracasó el intento, que los complicados fueron detenidos é incomunicados y que entre otros documentos importantes se les recogió una lista de complicados ó afiliados á *La mano negra*.

Por esta época hubo necesidad de trasladar á la cárcel de Cádiz á varios presos que se encontraban en la de Arcos, por ofrecer ésta pocas seguridades.

El 22 de marzo de 1883 fué robada una hacienda del término de Villamartín. Poco después, la Guardia Civil detenía á ocho indivíduos que dijeron pertenecer á la asociación de *La mano negra* y que convictos y confesos del robo ingresaron en la cárcel.

Fuente Mireje fué asaltado por veinticinco hombres armados y enmascarados, siendo detenidos los principales al día siguiente.

En Espera descubrieron la existencia de uno de los grupos secretos, deteniendo á varios afiliados y recogiéndoles dinero y documentos importantes.

En una choza del término de Arcos se había cometido un robo de importancia por enmascarados. Los autores fueron detenidos.

Según las listas recogidas después de la detención de estos últimos, el número de los comprometidos como consocios de *La mano negra* pasaba de doscientos, calculándose, sin que en ello hubiese exageración alguna, que el total de los afiliados en los diversos grupos organizados en Andalucía, pasaban de miles.

El fiscal de Sevilla, Sr. Ballester Tripita, visitó la cárcel de Jerez, interrogando á trece de los detenidos á quienes se consideraba como jefes y obteniendo no pocos datos de interés que supo aprovechar la Guardia Civil.

No cabe duda que entonces fué cuando *La mano negra* adquirió mayores proporciones. En los alrededores de Jerez la alarma era grandísima.

De los detenidos por hechos realizados en aquel tiempo, setenta estaban convictos y confesos y doce de ellos eran criminales consumados, que habían sufrido ya varias condenas.

Era opinión unánime que la Guardia Civil trabajaba con éxito.

En el término de Villamartín fueron asesinados tres propietarios en el espacio de un mes. La sentencia fué dictada y ejecutada por el *Tribunal popular*. Las víctimas habían sido consideradas como traidores á su causa.

La mano negra, decían los mismos afiliados, no quiere que sus asociados se hagan ricos. Esos se han hecho separándose de nosotros y han recibido el justo castigo á que se han hecho acreedores con arreglo á reglamento.

La prensa de Cádiz y Jerez que llenaba á diario varias columnas sobre estos sucesos, decía:

La mano negra arranca indudablemente de un período remoto, ahora el movimiento es terrible y el incremento grande.

Toda la celeridad y el rigor que puedan emplearse son insuficientes. El problema es árduo y la cuestión harto compleja.

Hace falta mucha Guardia Civil de caballería.

No todos los afiliados pertenecen á la clase proletaria. Hay propietarios de fincas y personas de rústicos conocimientos, otras de inteligencia nada vulgar.

Los enmascarados han lanzado su grito de muerte. Esa asociación cree que se basta asímisma para caer sobre la sociedad pusilánime y como necesita dinero, lo busca donde lo haya, sin importarle los medios ni los procedimientos.

Son los nihilistas andaluces y parece imposible que esos seres abyectos corrompidos, que debieran desaparecer para siempre del mundo, hayan nacido en esta hermosa y fertil tierra, cuando solos son seres del Averno, indignos de toda consideración humana.

Está próxima la reunión trimestral en que *La mano negra* acuerda resoluciones de más bulto. ¿Qué maquinará?

Hoy (el 3 de marzo de 1883) son diez las causas que se tramitan por hechos realizados por esa secta, de ellas, tres importantísimas.

El jefe Sr. Oliver, piensa salir en breve para un asunto de la mayor importancia, relacionado con nuevos atentados.

Ha sido detenida una mujer por incitar á la rebelión á las demás.

En Arcos ha sido preso un comisionado y el secretario de la junta revolucionaria, celebrada recientemente, cogiéndose documentos y contraseñas.„

Así se expresaba la prensa de la región.

La Guardia Civil detuvo también á Juan Galán, conduciéndole á la Venta de Núñez, lugar donde había cometido el crimen y allí á presencia del juez especial Sr. Pozo y de los jefes señores Oliver y Pérez Montforte, nombró á sus cuatro cómplices en el asesinato de los esposos Núñez. Los cinco formaban el jurado ejecutor del tribunal popular. Los cuatro restantes, llamados Francisco Moyuelo, Juan Morón, Andrés Morejón y Francisco el Rotén, fueron detenidos y confesaron su crimen con un cinismo espantoso.

Antes de pasar adelante en esta relación de hechos criminales y de servicios prestados por la Guardia Civil, conviene consignar que los afiliados tenían prohibido terminantmente á los socios, entrar en las casas de prostitución y dedicarse al juego. Tenían orden también al concurrir á alguna junta de llevar cada uno un asiento.

En una de las juntas acordaron después de larga discusión que la primera vez que se emborrachase un socio, se le impondría una multa de 4 reales, multa que se iría duplicando con las reincidencias. ¡Y hay del que no la pagase! Al socio que se le sorprendía jugando, se le imponía una multa de 8 reales la primera vez, aumentando también con la reincidencia.

En una de esas famosas juntas se prohibió por unanimidad el juego

y se prohibió también que á las reuniones se asistiese con armas visibles.

Por entonces se descubrió una nueva sociedad llamada *Los desheredados*, con organización revolucionaria anarquista que tenía su comité de guerra de la nación española, y en la cual ingresaron los agricultores de veinticinco pueblos de las provincias de Cádiz, Málaga, Huelva, Sevilla y Cádiz.

También en esta fecha el digno jefe Sr. Oliver, recibió diferentes anónimos amenazándole de muerte, y llamando por apodo *contra mano* sin duda por valiosos servicios contra *La mano negra*.

Estos anónimos fueron causa de que se detuviesen once sujetos más que no dudaron en confesarse los autores.

Una sola pareja de la Guardia Civil detuvo poco después á trece internacionalistas, sin que por ello disminuyesen los atentados.

Cerca de Espartina fueron taladas cien cepas, deteniéndose á cinco complicados en el hecho.

Los detenidos eran ya en tal número que hubo necesidad de habilitar el castillo de Santa Catalina de Cádiz para poder alojar á los presos.

Tan crecido era el número de afiliados que un periódico de la corte lo hacía ascender á 49.000.

Más detenciones.

El teniente de la guardia civil Sr. López Millán jefe del puesto de Arcos, detuvo á Pedro Navavio Cantero secretario de un grupo de *La mano negra*.

El Sr. Oliver con fuerzas á sus órdenes sorprendió en una sesión á siete afiliados que quedaron detenidos, recogiéndoles documentos de importancia.

También fueron detenidos los jefes de Villanueva, Pérez Villar y Juan Titos, cogiéndoles dinamita y documentos. Cien sujetos pertenecientes á este grupo se presentaron expontáneamente diciendo que habían sido engañados.

Al intentar sacar de Arcos 75 presos para conducirlos á Cádiz, hubo un conato de motín y fué necesario aplazar el acto pidiendo refuerzos para evitar que pudieran escaparse. Se decía que los trabajadores de Bornos y Villamartín estaban dispuestos á ayudar la evasión.

El jefe de la Guardia Civil de Arcos, detuvo á Cristobal Duran Gil autor con Antonio Oliver del asesinato cometido el 11 de agosto en la persona de Fernando Olivero por haberse negado éste á pertenecer á *La mano negra*. Le habían dado un plazo de tres meses para que se decidiera y al transcurrir el tiempo lo asesinaron. La detención se llevó á cabo con fuerzas del 14.° Tercio.

Fué detenido otro jefe llamado Deemiol.

En Hornachuelos detuvo la Guardia Civil á 38 afiliados y poco después á otro complicado también en el asesinato de Olivera.

Por entonces pasaban de dos mil los detenidos en Cádiz.

En Cartaya detuvo el Sr. Oliver á veinticinco con documentos y armas; á una gitana, la detuvo el alferez del benemérito instituto Sr. Marmi. Era coautora con otros cuatro de un robo con escalo llevado á cabo á media noche

Otro detenido y consocio de *La mano negra*, Antonio Moreno Merino.

Para no cansar con esta relación inacabable de detenciones, abrimos aquí un corto paréntesis para dar cuenta de un hecho curioso en estos afiliados. Reñidos con la religión inventaron un matrimonio para su uso particular á semejanza del adoptado por otras bandas en el extranjero y del que hablamos al ocuparnos de *Los abrasadores* de Francia.

Casamientos especiales.

Esto pudo conocerse también en virtud de documentos cogidos á los afiliados.

Las actas de matrimonio estaban extendidas en la siguiente forma, copiando para ello una de las recogidas.

"Arcos 4 de agosto de 1882.

Yo, Prudencio Ruíz Vázquez, de oficio carpintero, de veinte y ocho años de edad, contraigo emancipación con Trinidad Muñoz Almario. Conformes: Fulano y Mengana, los padres de ella.

Yo, Trinidad Muñoz Almario, contraigo emancipación con Prudencio Ruíz Vázquez. Están conformes, etc., (los padres de él), y á continuación firmaban dos testigos, especificándose que serían castigados si faltaban al compromiso contraído.

No solo había actas de esta índole, sino también de bautizo y de *separación*, pues por lo visto sus ideas no les libraba de reñir con la costilla cuando venía al caso.

La rabia de los afiliados al ver que sus maquinaciones las echaba por tierra la Guardia Civil hicieron que precipitasen las venganzas.

Más fechorías.

El 30 de marzo de 1883, los afiliados apalearon brutalmente al alguacil del juzgado de Grazelema que había tenido *el atrevimiento* de citarles á declarar en una causa de *La mano negra*.

El día antes hicieron lo propio con una mujer del citado pueblo que tuvo la avilantez de negarles su domicilio para celebrar una reunión. Antes habían realizado un hecho que revela la mayor crueldad. Amarraron á un hombre con una cuerda larga y lo hicieron descender por un despeñadero, haciendo que su cuerpo rozase con las rocas.

En Arcos envenenaron á un sujeto por considerarlo traidor.

Fueron asaltados los cortijos de Fontan y Cañada Canillo.

Asesinaron al ventero de Rota, Antonio Vázquez.

Para asesinarle, se reunieron Antonio Roldán, Francisco Prieto, José Jiménez Doblado y Diego Maestre que labraban á renta una viña de Evosilla.

Llegaron por la noche y pidieron comida. El Maestre sacó una pistola y colocándola en la sien del ventero le exigió les dijese dónde encerraba el dinero, y como manifestase que solo tenía vinos y aguardientes Antonio Roldán lo degolló con un cuchillo.

Después colocaron en un burro tres barriles de vino, botellas de ginebra, aguardiente y ron y se lo llevaron ocultándolo en la viña.

Todos los complicados pertenecían á *La mano negra*.

Antes de terminar, relataremos, aunque á la ligera, otras importantes detenciones llevadas á cabo por la Guardia Civil.

Las últimas detenciones.

Descubrió un grupo en Alcalá de los Gazules, grupo formado por 214 indivíduos y que había organizado Cayetano Rodríguez que fué detenido con 21 más. Los restantes se fueron presentando expontáneamente diciendo que habían sido engañados, hecho que se repitió no pocas veces.

El Sr. Oliver detuvo á los autores de un incendio llevado á cabo en diciembre del año 1882 y que fué hecho por represalias de *La mano negra*.

El teniente López Millán y guardia civil á sus órdenes, detuvo á dos que atentaron contra el alcalde de Gamaza á quien calificaban los bandidos de demasiado burgués.

También fueron capturados Antonio López Zamora, José Perdigones Martínez, Felipe Sol y un tal Castillo que intentaron asesinar á un jóven que se negó á formar parte de *La mano negra*. Una anciana, madre del jóven, avisó á la Guardia Civil y esta llegó á tiempo de evitar el crimen, deteniendo á los malhechores. La detención la hicieron el teniente del puesto, un sargento y dos guardias.

En la Línea de la Concepción fueron detenidos veinte y siete internacionalistas.

En Arcos fué preso el jefe de *La mano negra* conocido por el *Americano*.

Fueron detenidos los autores del asesinato del ventero Antonio Vázquez, ya nombrados.

En Benamahoma fué descubierto otro grupo formado por 300 indivíduos; quedaron detenidos veinte y dos, presentándose después catorce. Se les recogió dinero, armas y documentos.

También fueron capturados seis que habían sostenido un tiroteo con fuerzas de la Guardia Civil y Carabineros.

Por una declaración fueron presos otros afiliados. El delator fué comisionado para matar á una persona para él muy querida y denunció el hecho antes de ejecutar la sentencia.

También fueron detenidos otros por apalear á una mujer que se negó á realizar un hecho vandálico. La mujer tuvo que guardar cama durante 28 días.

Por último fueron detenidos treinta acusados de asesinatos, incendios, lesiones, robos y otras *pequeñeces*.

Vista de la causa. Nota triste.

Aparte de las detenciones mencionadas, realizó otras la Guardia Civil en personas aisladas, pudiendo decirse que en mayo ó junio del año 1883 la Guardia Civil pudo descansar algún tanto de los penosos trabajos que había venido realizando.

El 26 de mayo del citado año, se vió la causa en juicio oral y público por asesinato del ventero y de la que era principal autor Antonio Roldán. En esta vista se presentó una hermana del muerto, de riguroso luto, pobremente vestida y que no cesó de llorar durante el acto del juicio.

El día 30 se vió otra causa contra Cristóbal Durán y Antonio Jaime por muerte violenta de Fernando Olivera el 13 de agosto del año anterior.

En corto espacio de tiempo se fueron viendo las causas seguidas con-

tra afiliados á *La mano negra*, siendo de todas la que despertó mayor interés la conocida por el crímen de la Parrilla que relatamos al final del capítulo.

Una nota triste tenemos que consignar aquí.

Cuando el público mostrábase ya tranquilo y las faenas del campo empezaban á reanudarse sin el temor de nuevas tropelías, se supo el fallecimiento del jefe de la guardia rural Sr. Pérez Montíorte, á consecuencia de una enfermedad que contrajo precisamente por su excesivo trabajo persiguiendo á *La mano negra*.

La muerte fué sentidísima y por el precario estado en que quedaba su familia, se abrió una suscripción que produjo unos tres mil duros; muy poco si se tiene en cuenta que á sus trabajos se debió en gran parte la extinción de la famosa secta, terror de la comarca durante algunos años.

El crimen de la Parrilla.

Uno de los hechos vandálicos que más conmovieron á la opinión, fué el asesinato de uno de los afiliados á la sociedad, conocido por el mote del *Blanco de Benaocaz*.

Este crimen merece ser relatado, por que en él se demuestra hasta qué punto cumplían los afiliados su tenebroso reglamento, y cómo tomaban medidas y precauciones para no ser descubiertos. El crímen se cometió á fines del año 1882, y hasta meses después no pudo descubrirse, conociéndosele entre la crónica negra con la denominación de *El crímen de la Parrilla*, por haberse llevado á cabo en este último punto.

Bartolomé Gago Campos (a) el *Blanco de Benaocaz*, había estado sirviendo en casa de los hermanos Francisco y Pedro Corbacho afiliados á *La mano negra*, y sea por que no quisiese continuar más tiempo con el temor de caer en manos de la justicia ó por otra causa, decidió separarse y dejar de servir á sus amos, manifestándole al poco tiempo le devolviesen sus ahorros que se elevaban á unos cincuenta duros.

Los Corbacho no quisieron desde luego acceder á entregarle el dinero, surgió cuestión entre los tres y el *Blanco de Benaocaz* cometió la imprudencia de amenazarles con delatar sus planes y referir el número de los asociados, sin saber que él mismo con aquel acto pronunciaba su sentencia de muerte.

Se aseguraba también que el *Blanco de Benaocaz*, había ingresado en *La mano negra*, solo por las amenazas de que había sido objeto, toda vez que según el reglamento, el que rechazaba formar parte de la asociación pagaba con la vida la negativa.

Lo cierto es que el *Blanco* desapareció repentinamente, y su familia empezaba á inquietarse cuando el padre recibió una carta fechada en Barcelona en la que le decía que estaba allí dedicado á la industria, ganando mucho dinero y que no se inquietase por su suerte. Al final en una posdata se leía: Esta carta la escribe un amigo mío á mi ruego.

Al propio tiempo que se escribió esta carta de la capital del Principado, lo que demuestra que los afiliados de Jeréz estaban en comunicación constante con Barcelona, la Guardia Civil que venía trabajando sin descanso para desenmascarar á los afiliados, supo que el *Blanco* había

sido asesinado y después de no pocos trabajos logró reconstituir el crimen.

A fines de noviembre de 1882 los hermanos Francisco y Pedro Corbacho presidente y vicepresidente del grupo de Alcornoquejo con el maestro de escuela Juan Ruíz, secretario del grupo, convocaron á una reunión á los afiliados y después de exponer el motivo que no era otro que juzgar la conducta de el *Blanco* á quien acusaban de traición, acordaron por unanimidad condenarlo á muerte, y al propio tiempo comunicar la orden al grupo de *La Parrilla*, del cual eran jefes dos primos hermanos del sentenciado. Según manifestación de los Corbacho, esto lo hicieron para despistar á la justicia que desde luego no sospecharía lo más mínimo de los parientes de la víctima, toda vez que entre ellos no mediaba resentimiento de ninguna clase.

Los jefes del grupo de La Parrilla, los hermanos Bartolo y Manuel Gago, se hallaban precisamente en compañía del sentenciado en un molino y decidieron llevarla á cabo rápidamente aprovechando un descuido del *Blanco*. Bartolomé encargó á su hermano Manuel, que lo entretuviera un rato en la taberna del Pollo y que lo más tarde posible lo llevara hacia el arroyo de las Plantelas, donde estaría todo prevenido para ejecutar la sentencia.

Así lo hizo Manuel mientras Bartolo reunía á los afiliados de aquel grupo y les comunicaba la orden recibida de Alcornoquejo. Todos se mostraron conformes, designándose como ejecutores á Gonzalo Benítez y Rafael Jiménez, los más jóvenes del grupo, según prevenía el reglamento de la sociedad. Les dieron escopetas cargadas con bala, les indicaron el punto del camino donde debían apostarse, conviniendo para no errar el golpe y no pagasen con la vida los acompañantes del sentenciado, que al verles llegar, les diesen el alto, y por ese medio, podrían separarse á un lado, dejando solo en el camino al *Blanco de Benaocaz* y á disposición de los ejecutores.

Uno de los asociados, un tal Cristóbal Fernández Torrejón, desconfiando de Manuel Gago, por decir que era un sujeto de buenos sentimientos y podía á última hora arrepentirse de ser cómplice en el asesinato de su primo hermano, decidió también acompañarles y ya bien tarde emprendieron el camino por la vereda convenida.

Bartolo, el hermano de Manuel, se había quedado en el molino de que antes hablamos para distraer al administrador y no despertar sospechas.

Los encargados de llevar á la encerrona al sentenciado se retrasaron demasiado y la oscuridad era tan completa que temieron al llegar al sitio convenido, ser ellos las víctimas, pues los ejecutores difícilmente distinguirían á la víctima en aquella oscuridad. Puestos de acuerdo los acompañantes dejaron marchar delante al *Blanco*, y apuntándole con pistolas, le hicieron dos disparos por la espalda, cayendo de bruces el *Blanco* y gritando:

—¡Ampárame, primo mío!

No sabía el infeliz, que su primo, á quien había querido siempre como hermano, era precisamente uno de los asesinos.

Al ruido de los disparos, acudieron los que estaban apostados y acu-

dieron en el acto con otro socio que se les había agregado llamado José León Ortega.

Este último se precipitó sobre el *Blanco*, y tapándole la boca para que no gritase más, sacó una navaja y lo degolló.

Cogieron después el cadáver y lo trasladaron á un lugar próximo donde previamente habían cavado una fosa para enterrarlo, dirigiéndose después al pueblo tan tranquilos y comunicando al grupo de Alcornoquejo, que la orden había sido cumplida sin novedad.

Se olvidaba consignar que antes de enterrar á la víctima, el primo de Manuel Gago registró los bolsillos, encontrándole un documento que acreditaba la deuda de cincuenta duros de los Corbacho, y una nota al final en que constaba otra deuda de los primos del asesinado. Esta orden fué cumplida también por encargo de los Corbacho.

Poco tardó la Guardia Civil en averiguar quiénes habían sido los asesinos, y fueron detenidos conduciéndoles á la cárcel del partido.

Los Corbacho y otros se encerraron en la negativa más absoluta, mientras otros de los acusados relataron con gran cinismo el modo y forma en que se había ejecutado el crimen.

Poco después de la prisión de los asesinos, se supo el lugar en que había sido enterrada la víctima y fué sacado de la fosa á presencia de los ejecutores que fueron trasladados allí con aquel exclusivo objeto. Según refieren los periódicos de aquella época, la escena impresionó grandemente á los criminales, cuando al sacar el cadáver ya en estado de descomposición el jefe de la Guardia Civil Sr. Oliver, desenvainando la espada dijo:

—¡Miserables! ¡Asesinos! Aquí tenéis á vuestra víctima!

El ataud en que se metió el cuerpo, y que á prevención había sido llevado, fué conducido á lomos de una mula hasta el cementerio.

En esta causa, los asesinos que habían sido más explícitos en sus declaraciones durante el sumario, enmudecieron en el juicio oral, manifestando que las declaraciones se las habían arrancado por la fuerza, sistema desacreditado que suelen emplear los criminales, creyendo que así pueden librarse de una sentencia condenatoria.

Por el contrario, los que habían negado su participación en el crimen en las primeras declaraciones, en el acto del juicio cantaron de plano.

Para dar una idea del terror que causaba la *La mano negra*, aún entre los mismos asociados, basta consignar que mostró tal pánico uno de los presos, después de sus declaraciones en el sumario, y por las que pudo descubrirse el hecho con todos sus detalles, que temió ser objeto de una venganza por parte de los demás afiliados, creyendo firmemente que el estar preso no le serviría para escapar al castigo que desde luego acordarían sus consocios.

Hubo necesidad de encerrarlo en un calabozo aparte para que se calmase su excitación y aún no por eso se tranquilizó, hasta el punto de que intentó suicidarse, causándose lesiones gravísimas, de las que tardó mucho tiempo en curar.

Los tribunales sentenciaron á la pena de muerte á Pedro y Francisco Corbacho, á Bartolomé y Manuel Gago, á Cristóbal Fernández To-

rrejón, José León Ortega y Gregorio Sánchez Novoa, como autores del asesinato. y á diez y siete años y cuatro meses de cadena temporal á otros ocho indivíduos complicados en el asesinato.

El crímen fué tremendo. La Guardia Civil que tan meritorios servicios ha prestado desde su creación, pudo añadirse entonces un timbre más de gloria descubriendo á los asesinos para que sufriesen la pena á que se habían hecho acreedores.

Al acto del juicio asistieron infinidad de personas, presenciando en el patio de la audiencia más de quinientas el paso de los presos.

Todos oyeron con indiferencia la lectura de la sentencia de muerte, exclamando tan solo Manuel Gago que había llorado varias veces durante el juicio:

—¡Soy inocente! Pero quiero que la sentencia se cumpla cuanto antes, que no temblaré.

CAPITULO XII

El anarquismo.

Las doctrinas socialistas.—Algo acerca del individualismo.—El anarquismo en sus dos formas y en sus dos épocas.—Los escritores ácratas.—El por qué del anarquismo.—Medidas de represión.—Las primeras bombas.—Llueven atentados.—Trabajos de la Guardia Civil.—La última bomba y la última víctima.

Para hablar del anarquismo y conocer algo acerca de sus principios, se hace preciso hacer algo de historia socialista siquiera á la ligera para comprender mejor el orígen y doctrinas ácratas.

"El anarquismo es una aberración del socialismo„ dice el Sr. Mena en su libro *El anarquismo y su represión*, y como quiera que cada atentado hace tan solo que la opinión reclame la necesidad de una legislación represiva, deben tenerse en cuenta los factores que han contribuído á que adquiera tal desarrollo.

La cuestión social, la lucha entre el capital y el trabajo, entre el rico y el pobre, ha existido siempre y ocupará todas las páginas de la historia. Las fases han sido diversas según los tiempos y los pueblos, el carácter, las costumbres y las necesidades, pero nunca se ha atinado con conseguir darle una solución satisfactoria á este asunto y será difícil que los gobiernos logren encontrarla.

Son intereses tan encontrados los del capital y el trabajo, la lucha entre ricos y pobres, que se hace difícil encontrar la fórmula que sirva de avenencia. La libertad absoluta que buscan los individualistas, coloca á la clase trabajadora en lastimosa situación. El Estado ha sido testigo mudo en el desarrollo de estos problemas económicos. El que cae vencido por la lucha ese ha perdido.

De las exageraciones en que incurrió el individualismo, vino como consecuencia necesaria la reacción, dando vida al socialismo.

El malestar del obrero, el odio de clase latente siempre en las clases desheredadas de la sociedad y causa del bandolerismo de que nos hemos ocupado en otro capítulo, constituyó á que arraigase la teoría. Una

hija de ésta fué la tendencia revolucionaria desarrollada también en distinta forma y con distintos carácteres según las épocas.

El Estado ha debido deslindar los campos, aún dentro de estas teorías.

Dice un escritor contemporáneo, que no es lo mismo el malvado que lucha por amor al mal contra la sociedad y aboga por la destrucción de lo existente, que el desdichado obrero que trata por cuantos medios le sugiere su escasa inteligencia de mejorar su situación.

El Estado no debe intervenir para favorecer al capital. Es injusto y egoista que los ricos se impongan, obligando al obrero al trabajo indebido, con una retribución escasa, insuficiente para sus modestas necesidades. El poderoso no debe olvidar que el trabajo puede hacer paralizar el capital.

Prescindiendo de la exageración que puedan encerrar las frases anteriores, algo hay de verdad en el asunto.

Como decíamos antes, la exageración individualista produjo el socialismo y la última degeneración de éste es el anarquismo y sus errores.

Diversas opiniones.

Kant establece que la única misión del Estado es la realización del derecho individualista. Cada uno de por sí buscará su felicidad sin que el Estado deba preocuparse por ello.

Por este sistema la industria y la propiedad en pequeño, serán absorbidas por las poderosas huestes. El obrero no podrá ahorrar. La situación angustiosa que necesariamente han de atravesar con las pequeñas industrias y las propiedades en miniatura, pues será imposible de todo punto que tengan gran desarrollo, porque con el régimen que sustenta, impuesto en el mercado, no es posible sostener la competencia con los poderosos

Con esa libertad económica, los poderosos lo serán más cada día, arrollando á su paso á los necesitados.

A Hamon dice en su obra *Socialismo y anarquismo*, que el socialismo no tiene más que un dogma bien establecido, la negación de la propiedad privada y define después el socialismo, diciendo que consiste la buena doctrina en saber que pertenecen á la sociedad, todos los medios de producción, el suelo, el subsuelo, los muebles, la maquinaria, los instrumentos del trabajo, etc... No hay que decir la escuela á que pertenece el autor del libro.

Contrastando con estas teorías vienen las doctrinas sustentadas por los escritores católicos socialistas.

Estos van contra Alemania, diciendo que en los tiempos modernos allí han establecido su cuartel general; allí realiza la educación filosófica y científica y de allí la extiende á todas partes. Citan las palabras del diputado alemán que sostiene que "es un mal universal„.

Es el diputado Jœrg.

No paran ahí sosteniendo que todos los disparates en que se puede incurrir con el pensamiento, han sido defendidos por los filósofos; por eso las doctrinas absurdas contemporáneas tienen antecedentes en la historia y en muchos sistemas antiguos de filosofía, pero los restaura-

dores de errores viejos los completan y perfeccionan en la actualidad y los presentan juntos para que produzcan mayores confusiones.

A consecuencia de estos trabajos, todas las ciencias incurren en la misma falta, manteniendo la lucha entre la verdad y el error. De esta manera los hechos confirman el apotegma de la Eterna sabiduría *Nihil novun sub sole.*

Esto que ocurre en todos los órdenes de la vida, sucede más en la esfera de las ciencias sociales.

Las cuestiones originadas por el socialismo, como todas las cuestiones palpitantes, son complejas. Las luchas que sostienen dan origen á que surjan sus aspiraciones definidas con precisión aunque no con toda claridad, y esas aspiraciones constituyen el problema social.

El elemento individual y el social están en la naturaleza humana y se hace dificilísimo establecer distinciones esenciales entre los diversos partidos que forman el socialismo.

Los errores del socialismo antiguo han cambiado de forma constantemente.

Los escritores católicos socialistas hablan de la filosofía pagana de Oriente, del paganismo, del panteismo en Grecia, de la filosofía cristiana y de la protestante, y por último, del materialismo en Francia, en Inglaterra y en Alemania

El socialismo es utópico, dice un escritor, y el primer utopista Platón.

No son pocos los escritores que consideran á las revoluciones como concausa de estas diversas evoluciones del socialismo.

Dicen que la revolución francesa dió alientos al socialismo de entonces, ofreciéndole soluciones prácticas. Se ocupan de las doctrinas funestas del siglo XVIII. Hablan de Saint Simón, Owen, Founier, Proudhon y Blanc, y añaden que el socialismo radical nació con J. J. Rousseau y murió con Luis Blanc.

Como prueba de esto de revoluciones veamos lo que dice Lombroso.

Lo que dice Lombroso.

El célebre criminalista italiano, dá su opinión también sobre el anarquismo y sus causas, haciendo un minucioso estudio de los hechos realizados, y fundamenta el anarquismo principalmente en el estado de perturbación cerebral de los que han realizado algún atentado. Como antropólogo se fija en las medidas de los acusados, deduciendo que la mayor parte de los que han cometido crímenes de esa índole son criminales natos, encontrando en otros síntomas de conformación irregular y deduciendo de ello que son muchas veces irresponsables de los actos que ejecutan.

Respetamos su teoría sin creer de ella un ápice, y como es libro éste para sostener una controversia, veamos otras causas que analiza en su obra *Gli anarchiste.*

Hace un estudio detenido de las revoluciones en Europa, considerando que ese estado de vida anormal en las naciones, ha contribuído en mucho á que la anarquía prevalezca. Los gobiernos se han visto precisados más que nada á atender á su propio sostenimiento sin fijarse nada ó por lo menos no lo suficiente, en las cuestiones sociales que tanto afectan y contribuyen á la vida de un país.

No deja de ser curiosa la estadística de las revoluciones registradas en Europa desde 1791 á 1880 y pasamos á copiarla á continuación:

En Rusia 6; Alemania 25; Austria-Hungría 58; Inglaterra 23; Polonia 10; Suecia, Noruega y Dinamarca 12; Francia 61; Bélgica y Holanda 23; Servia y Bulgaria 15; Irlanda 15; Turquía europea 28; Grecia 19; Portugal 29; Italia 88 y España 99.

Como se vé, estos dos últimos países, con Francia se llevan la palma. La deducción es muy fácil de sacar si se fija el lector en que los tres pueblos en que las revoluciones han alcanzado mayor cifra son meridionales y de la raza latina.

No deja de ser curiosa una afirmación que encontramos en el libro de Lombroso. Como consecuencia de la estadística de las revoluciones, dice que un pueblo para salir á la vida del progreso, debe atravesar por una revolución, y en apoyo de la teoría sustentada con anterioridad por la antropometría, asegura que Ravachol y Pini son los tipos completos del criminal nato. Copia las frases de un anarquista explicando su proceder ante los tribunales.

—"Primero me causaba horror la idea de un homicidio, después ví que era una verdadera inspiración. Durante quince días me sentí impulsado, no comía ni dormía. Después de realizado el hecho vine á la vida normal y pude dormir tranquilo.

Habla después del anarquista Henry, y dice ocupándose de él, de los trabajos de su madre y del abogado, que el ácrata se expresó en este sentido:

—*Che il mestrere del' avocato é di difendere quanto á lui vole va morire.*

Hace un estudio después de las estaciones y coloca también su correspondiente estadística. Tomaremos solo la referente á España, que es la que más nos interesa.

En el otoño 18; en el invierno 20; en la primavera 23 y en el verano 38, que dan el total de los 99 antes consignados.

Después hace otra proporción de las revoluciones por número de habitantes, y viene á confirmarse que los meridionales á pesar del carácter apático y poco amigo del trabajo, somos sin embargo los más exaltados y más aficionados á andar á la greña.

En el norte de Europa 12 revoluciones por cada diez millones de habitantes.

En la Europa central, el 25 por 100.

En la Europa meridional, el 56 por 100.

Sigue con sus combinaciones y cálculos, defendiendo á Italia ¡naturalmente!, diciendo que no es pais más criminal que otro alguno, pero todo esto podría refutársele con el siguiente razonamiento. ¿El número de criminales anarquistas, no arroja el convencimiento de un 50 por 100 de italianos?

El socialismo en sus dos aspectos.

Dos tendencias desde luego se manifestaron en el socialismo, el colectivismo y el comunismo.

En el primero se niega la propiedad privada en cuanto á los medios de producción. El comunismo lo niega en su totalidad.

Dedúcese de esto que la nota necesaria del socialismo, es decir, para que éste exista, es preciso la negación absoluta ó relativa de la propiedad. En ambas ramas hay una nota común, la solidaridad en el pacto de producción y una diferencial de la manera de distribuir.

De esto hablan Jaurés y Naquet. Después de esto nació el socialismo católico y de cátedra, mal llamado así, ni uno ni otro tienen límites fijos, tomando de los anteriores los principios que les convienen ó creen justo. El socialismo que ha prestado y prestará grandes servicios, es el histórico ó realista.

En la actualidad, muestra el socialismo dos tendencias, la evolucionista que cree que llegará un día su triunfo por medios legales, contando para ello con las leyes, entre las que cuentan el sufragio universal y el revolucionario que cree que para triunfar no hay más que dos caminos, la huelga general ó la revolución; estos á su vez se dividen en autoritarios y anarquistas.

Para comprender mejor toda esta amalgama, hagamos un resumen del socialismo.

La Internacional nació el 28 de septiembre de 1864 en un mitín en que se señaló el derecho al trabajo y consignando como fin la revolución social. Este Congreso socialista se repitió los años 67, 68, 79 y 81. A este último asistieron más de dos millones de asociados. Vino el cisma y con ello el descrédito de la Internacional, y en el congreso celebrado en la Haya el 1872, unos siguieron y optaron por el socialismo y otros formaron el Consejo federal internacional, con Marx á la cabeza, desde los Estados Unidos.

Bakounine, hijo de distinguida y aristocrática familia, fué el jefe de la Federación del jura.

No faltan escritores que aseguran que aunque nacido el socialismo con la Internacional, el pensamiento que le dió vida era más antiguo, diciendo que nació en una reunión comunista celebrada en 1847 bajo la dirección de Marx y de Federico Engels, y que entonces se redactó en distintas lenguas el programa y se empezó la propaganda por medio de folletos, reuniones y en artículos de periódicos y libros, y que esta propaganda fué la que promovió la reunión de la Internacional algunos años después.

Los principios sustentados fueron:

La abolición de la propiedad privada.

La centralización del crédito en poder del Estado.

El estudio de un plan científico y general, el desarrollo del trabajo agrícola y la creación de talleres para el trabajo industrial.

Para ello se proponía la federación universal, y proyectóse la reunión de un congreso internacional en Bruselas en 1848 que no pudo celebrarse.

El 5 de agosto de 1862, se reunió la junta en Londres en honor de los franceses que habían llegado, pronunciándose discursos, hablando del problema de los salarios y designándose comisiones que activasen los distintos puntos acordados.

Y por último se reunió la Internacional el 28 de septiembre de 1864, como ya hemos indicado.

Presidió el profesor Beesley, y hablaron, entre otros, Tolain, Marx y Wolf. Después se nombró una comisión que fué la encargada de redactar los estatutos de la *Asociación Internacional*, y se constituyó la sociedad legalmente.

Por último, después de luchas inconvenientes, ésta acordó para el 1.° de mayo de 1890, la paralización del trabajo en todas partes para significar la jornada del trabajo de ocho horas y hacer la fiesta del trabajo, demostrando la fuerza y la unión en ellos existente.

Esta fiesta se ha repetido anualmente en la misma fecha, perdiendo mucho de fuerza y de la gravedad que revistió la primera vez, que hizo cundir la alarma á todos los gobiernos constituídos.

Hablábamos de los socialistas revolucionarios, divididos en autoritarios y anarquistas, según que el día del triunfo el Estado se encargue de la distribución del trabajo y la distribución de los productos, ó se establezca un estado social sin gobierno, sin poder, ni autoridad constituída (definición que dá Hamon del anarquismo).

En el Congreso de 1904, se presentaron tres puntos á discutir: el del partido obrero revolucionario; el de los franceses y el democrático socialista de Holanda.

Casi todos abogaban por la huelga.

Por cierto que Pablo Iglesias, el apostol del socialismo en España, es enemigo de la huelga general: dice que los partidarios de ella no son socialistas, sino anarquistas.

El anarquismo. Llegamos ya después de apuntar ligeramente las teorías socialistas, á una derivación de ella, al anarquismo, cuyos primeros chispazos se sintieron en nuestra Península hacia 1874, aumentando cuatro años después y formándose de ahí las asociaciones conocidas por *La mano negra*, el Tribunal popular y otras de las que nos hemos ocupado en otro capítulo. Esas fueron indudablemente las primeras manifestaciones anárquicas en nuestro país, aunque no revistieron los caracteres que en la actualidad. Sin embargo, causaron no pocos daños, llamó la atención del gobierno español y gracias á la actividad y celo desplegados por la Guardia Civil, el mal pudo atajarse por el pronto. Resurgió después con mayor violencia aunque no con la misma intensidad, ni en la misma forma. También se vieron conatos en aquella fecha en los centros obreros, principalmente en Alcoy y Barcelona.

Bakomine, como hemos dicho, fué el alma del anarquismo, predicando con el comunismo absoluto, la asociación internacional de obreros socialistas revolucionarios y haciendo la negación del gobierno.

Se reunieron después varios congresos (el anterior había sido en 1881) en los 83, 88, 90, 92, 93 y 98, y proyectaron celebrar otro en París durante la Exposición internacional de 1900, y el gobierno francés negó la autorización enérgicamente, adoptando grandes precauciones para evitar cualquier desmán.

Los anarquistas buscan todos los medios imaginables para hacer propaganda, y no poco daño han hecho los escritores, llegando alguno á escribir en "El indicador anárquico„ más de cien recetas de explosivos, amen de otros innumerables medios de destrucción.

Para ellos todos medios son buenos para conseguir el fin que se proponen.

Recordarán los lectores que no hace mucho tiempo fué detenido en Madrid un anarquista llamado Ceferino Gil, y se le encontró en el bolsillo la receta para fabricar un gas deletéreo. De este gas, solo una ampolla llena, podía causar la muerte á todos los espectadores de un teatro, por grande que fuese.

Lombroso, de quien ya nos hemos ocupado, mira á los anarquistas bajo un punto de vista especial considerándolos como inscónscientes.

Analizadas las medidas antropométricas de Ravachol y Pini, ve en ellas los tipos completos del criminal nato. Considera reos por pasión á Caserio, el asesino de Carnot, y á Salvador el que arrojó las bombas en el teatro del Liceo de Barcelona.

Escritores hay que sostienen que esa enfermedad produce arrebatos, nace la que puede llamarse pasión socialista y como última consecuencia nace el anarquismo. Algunos protestan de esta teoría.

Los escritores que se ocupan del anarquismo, dicen que es de antiguo abolengo, y que las teorías socialistas modernas no han hecho otra cosa que hacerlo renacer.

Unos citan á Platon entre sus precursores y otros á Rabelais en su famosa trase *¡Fais ce que veux!*

Entre las máximas anarquistas no falta quien coloca la siguiente de Lafontaine: *Notre ennemi, e' est notre maitre.*

A Malon, en su obra *El socialismo integrel* dice, que el anarquismo es el hijo legítimo de la propaganda Bakounista (de Bakounine).

Las muchas manifestaciones del socialismo revolucionario, pueden considerarse como manifestaciones del anarquismo.

Elíseo Reclus en 1893 dijo en un periódico, que la anarquía encierra teorías humanitarias. La persona anarquista debe ser buena, dulce. Los que realizan actos de barbarie se equivocan.

El periódico *Arbeiter Zeitung* decía en 1886:

El anarquismo es el único medio que tienen los obreros para romper las cadenas con que les atan los capitalistas. Es el solo camino que conduce á la libertad. Con el revólver en una mano, el puñal en la otra y los bolsillos llenos de bombas explosivas, debe irse para conseguir la revolución y la libertad.

El 7 de noviembre de 1887, fueron condenados á muerte siete anarquistas. Al entierro de los asesinos asistieron más de 6.000 personas, pronunciándose discursos amenazadores y proclamando las excelencias del incencio y del asesinato. Todo puede sintetizarse en las palabras pronunciadas en un mitin en Nueva York por el anarquista aleman Most "¡Cada gota de sangre de esas víctimas, costará una vida!„.

La propaganda por el hecho, la defendieron Enrique Malatesta y Carlos Cafiero en el *Bulletin de la Federación Jurassienne*, imponiéndola á todo el partido anarquista.

En abril de 1887 incendiaron los archivos del Lorentino y San Galo que quedaron hechos cenizas.

No ha faltado quien asegure en vista del proceder de los ácratas, que las represiones violentas ensoberbecen á los anarquistas.

Algunas opiniones funestas.

Para obtener un punto de partida en las representaciones vagas del anarquismo y sus especies, es preciso conocer, siquiera sea á la ligera, algunas de las ideas sustentadas por los escritores anarquistas.

Para ello, debe recorrerse un camino ó estudio, que desde el punto de partir, el fin puede dividirse en tres partes. Primero determinar los conceptos del derecho del Estado y de la propiedad según los escritores que más se han distinguido acercà de estos trabajos, exponiendo las afirmaciones anarquistas, y finalmente determinar el concepto del anarquismo y sus especies.

No es tarea tan fácil, pues aparte de las opiniones ya sustentadas, veremos la disparidad de criterios aun entre indivíduos de la misma secta.

El derecho es un conjunto de normas jurídicas, y la norma jurídica es aquella norma cuya base consiste en que unos hombres quieren que se observen por todos determinada conducta, ateniéndose á preceptos consignados con antelación, dentro de un círculo de hombres del cual ellos forman parte.

El Estado es una relación, en virtud de la cual existe en un territorio un poder supremo.

La propiedad es una relación jurídica, en virtud de la cual, dentro de un círculo de indivíduos, corresponde á alguno la facultad exclusiva de disponer una cosa en último término.

Prescindamos de la doctrina de Godurú sobradamente conocida y la de Proudon según el cual, nuestra suprema ley es la justicia. ¿Y qué es la justicia?, dice á continuación. La estimación inmediata y recíprocamente prestada, de la dignidad humana, sea quien sea la persona y sea donde quiera el sitio en que la misma se halle en juego y sea cual sea el peligro á que nos exponga su defensa.

Rechaza casi todas las normas jurídicas concretas, y sobre todo las leyes del Estado.

La doctrina de Stirner se halla contenida en su libro *El único y su propiedad*, y no reconoce que exista verdad alguna.

Según él, todo lo existente y constituído es falso por completo, y el hombre no debe en ningún caso supeditarse á los que otros han dictado.

Para Stirner, la única ley aceptable, la ley suprema, es el propio bienestar.

Viene después la doctrina de Bakonin, al que nos hemos referido antes. La opinión de este ácrata intelectual, se encuentra en la proposición presentada al comité central de la liga de la paz y de la libertad en 1868, y en su obra acerca de *Dios y el Estado*.

El cambio por que aboga, dice que debe esperarse que se produzca, cuando la humanidad pase desde su actual vida animal, á una existencia humana, ó sea cuando desaparezcan totalmente del Estado, sufra su transformación el derecho y la propiedad, y venga la implantación de un nuevo orden de cosas que ha de verificarse por medio de la revolución social, es decir, por medio del transtorno violento que se producirá por sí mismo, por la fuerza de las cosas, cuyo aceleramiento y facilitación, incumbe á aquéllos que preven la marcha de la evolución que necesariamente tiene que llegar.

Analizando después de la doctrina de Bakonin, que como se ha visto no tiene el diablo por donde desecharla, viene después la de otro intelectual que tampoco se quedó corto. Nos referimos á Kropotkine, escritor ruso.

Después de definir á su modo los conceptos de Estado, propiedad y derecho, cosas que hacen todos los escritores ácratas, condensa su pensamiento en la siguiente forma:

El cambio que conforme hay que esperar llegará un día y será verificado por la humanidad, consiste en que pasará de un estado menos feliz á otro más feliz posible, y esto no podrá ser por consiguiente, sin lograr la desaparición del Estado, la transformación del derecho y sobre todo la transformación de la propiedad.

La instauración de un nuevo orden de cosas, se efectuará por medio de la revolución social, es decir, por medio de la revolución violenta, que se realizará por sí misma, pero cuya preparación incumbe desde luego á aquellos espíritus que preven la marcha de la evolución.

Examinando estas dos últimas doctrinas, se vé que ambas aspiran á la consecución de un mismo fin. Ambas son ácratas, abominan de todo lo constituído y piden la desaparición del Estado, de la propiedad y del derecho, y ambas consideran á la revolución social como el único medio de conseguirlo, si bien ambas creen que esta revolución ha de llegar por distintos caminos.

Viene después Tucker, que previó el exámen de los tres conceptos que nos venimos ocupando, base en que se apoyan todas las teorías anarquistas, dice que el cambio exigido imperiosamente por el propio bienestar de cada hombre, debe efectuarse de manera tal, que aquéllos que hayan llegado á conocer la verdad, convencerán en primer término al número suficiente de hombres de distintas clases sociales, explicando bien la doctrina sustentada, convenciendo, repetimos, de lo necesario que es, que el cambio se produzca para lograr el bienestar propio de ellos, y convencerles de que todos, absolutamente todos, deben negarse rotundamente á obedecer al Estado.

Así suprimirán éste en primer término para después, como consecuencia inmediata, vengar la transformación del derecho y después la transformación de la propiedad.

Conseguido ésto, que puede realizarse facilmente, se provocará la implantación del nuevo orden de cosas.

Tolstoi, en cambio, funda las cosas en otro sentido distinto y habla del amor, como único fin á que debe aspirarse, pero no el amor tal y como se entiende generalmente, si no un amor á su manera, que para analizar sería preciso leer todas sus obras que no son pocas, y al final ver que todo era un verdadero maremagnum, pues no son pocas las contradicciones en que incurre el apostol ruso.

Y vamos refiriéndonos solo al estudio del anarquismo. Las conclusiones que saca después de analizar diversas doctrinas y diversos hechos que relata con verdadero lujo de detalle, sin duda para dar más fuerza á sus conclusiones.

El cambio que el amor prescribe, dice, debe realizarse haciendo que los hombres que hayan llegado á conocer la verdad (¿está seguro Tolstoi

que lo que él sustenta y defiende es la verdad? No dicen otros escritores ácratas, que la verdad no existe? ¿En qué quedamos? (Lo que se deduce de todo esto, es la armonía que existe aun dentro de los mismos doctrinarios, no pudiendo ponerse de acuerdo). Los que hayan llegado á conocer la verdad, convenzan al mayor número posible de los demás, de la necesidad de que se produzca semejante cambio por exigirlo así el amor; además, debe negarse la obediencia, para abolir por este medio el Estado, el derecho constituído y la propiedad en la forma en que se encuentra; dando con ello orígen á un nuevo orden de cosas.

No podemos pasar por alto lo dicho por un escritor español, el señor La Iglesia, acerca del anarquismo en su obra "Tolstoismo y anarquismo„.

Las teorías anarquistas, dice, presentan dos tendencias claramente definidas y que en el fondo son contrapuestas.

La individualista radical y la humanitaria democrática.

La primera se refiere toda al *yo*, no viendo más fin que el del indivíduo, y es la más funesta y subversiva de las doctrinas sociales.

En ella se inspira la obra de Stirner, negaciones que fueron fielmente seguidas por su discípulo Nietzsche. La doctrina no significa otra cosa que la destrucción de los principios y relaciones que hace retroceder á los pueblos al admitirlas como leyes

El anarquismo individualista radical, da reglas morales y jurídicas, diciendo que las que siguen son propias tan solo de un rebaño de esclavos.

Ensalza al hombre que quebranta todo lo establecido, y dice que no debe tener otro límite que su poder. Abomina de la piedad, la conmiseración y la debilidad.

El ser ideal, no es para ellos el que trata de evitar la sangre, sinó el que la derrama.

Para ellos, San Vicente de Paul con una humanidad inferior, César Borgia que envenena y asesina, un superhombre.

Esta forma de anarquismo, da rienda suelta á los malos instintos: no leyes para la coacción externa, sino leyes necesarias que pertenecen al dominio de la teratología.

Nietzsche ha propagado estas ideas á fines del pasado siglo y que han sido aceptadas por inteligencias...

Advierte Novicou, la facilidad prodigiosa con que el espíritu humano acepta y defiende tan inconcebibles errores, y hace notar que basta que un indivíduo realice alguna monstruosidad, siempre que la rodee de ciertas fórmulas, para que la muchedumbre entusiasmada le aclame.

Obra del anarquismo y del peor género, es el nuevo evangelio, la negación radical del antiguo. Creen que la injusticia, la agresión y la profanación, son propias tan solo de los seres superiores.

El anarquismo humanitario y democrático merece mayor consideración y estudio á juicio de este escritor.

Parte del principio erróneo de que el Estado, lejos de favorecer á los hombres, entorpece siempre, y predica por tanto la desaparición del poder coactivo. Hay algo de alma verdadera en sus protestas. No sabe si en Rusia, la culpa está de parte de las autoridades ó de los nihilistas.

Frase que por otra parte no aceptará desde luego sin la mayor protesta por parte de los gobiernos constituídos.

El anarquismo humanitario sufre la influencia del anarquismo antisocial y contradice con actos sus propias doctrinas.

El anarquista de acción del occidente de Europa, tiene más odio que amor, es rebelde al Estado y á las leyes colectivas. Si pudieran llevarse á la práctica sus teorías muchos de los indivíduos á ellas afiliados, constituirían una verdadera perturbación.

No hay nada que justifique los atentados que por desdicha se han repetido tanto en los últimos años.

Abundando en estas ideas últimas, está la opinión del Sr. Sanz y Escartín que dice:

"Se comprende la muerte del gran duque Sergio, pero son inexplicables de todo punto, la bomba arrojada en París en la calle de Rívoli al paso de S. M. Don Alfonso XIII y Mr. Loubet, y la bomba arrojada en el teatro del Liceo de Barcelona (1)„.

Dice el Sr. Sanz y Escartín, que teóricamente la doctrina ultimamente estudiada, nada tiene de contrario al sentimiento y á la razón abstracta.

Hemos expuesto ya las opiniones más importantes y ahora pasaremos á decir algo, siquiera brevemente, de las distintas especies de anarquismo, siguiendo para ello al escritor Eltzbacher.

Es el título de uno de los principales capítulos de la obra á que nos referimos.

Las especies del anarquismo.

Dice que las doctrinas anarquistas no tienen de común nada más, sino que todas ellas niegan la existencia futura del Estado.

La dividen las doctrinas anarquistas en *genéticas* (por razón de sus bases naturales) que son las que reconocen como ley suprema de la conducta humana meramente una ley natural, y *críticas*, las que estiman que el ser es la ley suprema de la conducta humana, una norma.

Estas á su vez se dividen en *idealistas*, cuya ley suprema consiste en una obligación y *endemonistas* cuya suprema ley es la felicidad.

Los *endemonistas* pueden ser *altruistas* cuando la ley suprema para ellos es la felicidad colectiva, y *egoistas*, cuando la ley suprema para sus asociados consiste tan solo en obtener la felicidad del indivíduo, anteponiéndola á todo y prescindiendo por completo de la felicidad colectiva.

Atendiendo á aquéllos que pretenden reemplazar al Estado en lo futuro, las asociaciones anarquistas pueden dividirse:

En *federalistas*, que lo porvenir existe en la convivencia humana fundada sobre la norma jurídica que manda cumplir lo pactado, y *espontanistas* cuando creen que lo porvenir está en la convivencia humana sobre la ley no jurídica.

Por razón de sus relaciones con el derecho, se clasifican en *anomistas* que niegan la existencia del derecho en lo futuro y *nomistas*, que

(1) Cuando expuso estas opiniones el Sr. Sanz y Escartín, seguramente no había ocurrido la explosión del 31 de mayo en la calle Mayor, atentado de los más infames conocidos.

afirman la existencia de dicho derecho en ciertas condiciones para lo futuro.

Por su relación con la propiedad, y atendiendo á los que hacen incapié en este punto, dejando á un lado los demás ó considerándolos como secundarios en *indomistas* que niegan la existencia del derecho para lo futuro, y *domistas* que lo afirman.

Estas á su vez, se dividen en dos clases: *individualistas* cuando reconocen la existencia de la propiedad de un modo ilimitado; *colectivistas* cuando solo admiten la propiedad como medio de consumo pero solo colectiva y referente tan solo á los medios de producción.

Y *comunistas*, que no admiten otra propiedad que la colectiva.

Por razón del procedimiento se pueden dividir en *reformistas*, que son las que piensan efectuar el tránsito sin infringir el derecho constituído, y *revolucionarias* que son las que sostienen todo lo contrario.

Estas últimas pueden ser *resistentes* ó *insurgentes* según que crean puede conseguirse la evolución sin el empleo de la fuerza ó solamente con ella.

Aquí termina la clasificación, aunque á nuestro juicio se le ha olvidado al escritor incluir en ella á los que escriben y defienden á los ácratas, sosteniendo sus teorías, porque no han podido abrirse paso por otros medios en la literatura y los que han seguido estas huellas por creer que es de hombres de talento el sustentar ideas que se salen de lo corriente.

Estos son más despreciables aún que los anteriores, y no estaría demás una sanción penal exclusiva para ellos ó una buena tanda de palos que les hiciese abdicar siquiera de su imbecilidad.

Hemos terminado la clasificación con la cual podrán los lectores formarse un juicio aproximado de las teorías anarquistas. (1).

Concluída esta parte, hablemos algo que viene á comprobar y afirmar todo lo sostenido hasta este momento.

Por lo que á continuación vamos á exponer, se deduce que los escritores que suponen que el anarquismo ha existido siempre aunque en diversas formas, no dejan de tener razón.

Lo prueban los hechos que son los que siempre vienen á dar ó quitar la razón á la teoría.

Antes expondremos, para no insistir ya más, otras teorías aun no tratadas, pero solo á la ligera, para no cansar en asuntos que solo puede

---

(1) Para los que deseen hacer algún estudio de mayor importancia, en este sentido, damos á continuación los títulos de algunas obras referentes á anarquismo y el nombre de sus autores: *El anarquismo según sus más ilustres representantes* por Elzbacher; *Código de la naturaleza* por Morelli; *El socialismo y los anarquistas*, Cristobal Botella; *La antropología criminal*, doctor Francotte; *Estudios criminalistas*, Garofalo; *Problemas jurídicos contemporáneos*, Pedro Dorado Montero; *Estudios penales y sociales*, Tarde; *Estudio de antropología criminal espiritualista*, Benito Mariano Andrade; *La sociología criminal*, Martínez Ruiz; *El anarquismo según las fuentes suecas y extranjeras*, F. Lindholmo; *Gli anarchiste*, Lombroso; *El anarquismo y su represión*, Antonio María de Mena; *Caracteres del anarquismo en la actualidad*, Gustavo La Iglesia; *El socialismo católico*, Nith; *Problemas del día*. César Silió y Cortés; *La criminalidad comparada*, Tarde; *El problema social*, Nilo María Fabra; *El peligro anarquista*, Félix Dubois; *Socialismo y anarquismo*, Antonio Vicent y *El indicador anarquista* que contiene recetas y procedimientos de todas clases para atentar contra la humanidad.

interesar á personas que por su profesión se vean precisados á intervenir en tales hechos.

Sobre el mismo tema.

No podían menos de producir resultados deplorables, las doctrinas sustentadas por infinidad de escritores, que sostenían que era lícito degradar y aún matar á los reyes; así los ilusistas sostenían que era lícito degradar á los reyes por cualquier delito que estos cometieran, extendióse en consideraciones á cual más absurdas en apoyo de su tésis.

El teólogo de París Juan el Petit, decía que asistía el derecho de matar al rey que estaba próximo á la tiranía.

Otros escritores conocidos como Lutero, Zuinglio, Kuox, Jemén y varios más, abundaban en las mismas ideas, añadiendo que los pueblos tenían el derecho de insurreccionarse contra los soberanos.

Otros escritores más modernos han seguido estos pasos y el axioma *odia el delito pero compadece al delincuente*, ha tenido tan acérrimos defensores, que necesariamente había de producir en cerebros perturbados y faltos de cultura, deplorables efectos.



Guardia de caballería en traje de gala.—Año 1907.

De ahí lo inexplicable de la mayoría de los atentados cometidos por la secta anarquista y por personas que sin sustentar más ideas en ningún tiempo, por hechos inexplicables se han visto impulsados á realizar atentados, casi siempre contra personas reales.

Un ejemplo de ello es el atentado de que fué víctima la reina doña Isabel II el 4 de mayo de 1847.

Al anochecer, al retirarse sus majestades hácia palacio en carretela abierta, al pasar por un establecimiento de diligencias situado en el paseo del Prado, dispararon dos tiros desde un carruaje allí parado contra la reina, sin que los proyectiles hiciesen blanco.

Se acusó del hecho á un abogado llamado D. Angel de La Riva, natural de Santiago de Galicia y fué detenido, juzgado y condeno á muerte. Interpuesto el recurso se le conmutó la pena por veinte años de presidio. Por decreto de 23 de julio de 1849, se le conmutó la pena por la de destierro de la corte. Un mes después la reina Isabel, siempre magnánima, le indultaba del destierro.

No pudo averiguarse qué móviles había impulsado al abogado para atentar contra la reina.

Otros muchos atentados de esta índole podríamos referir, entre ellos el de Oliva contra Don Alfonso XII y otros, ninguno de cuyos autores pertenecía á la secta anarquista.

Una máquina infernal. Las primeras bombas.

En el año 1835, fué testigo Francia de un atentado, que conmovió á la nación, no solo por los efectos que produjo, sino por la premeditación que suponía en los autores del hecho.

En este hecho criminal, se da el caso de que mucho tiempo antes, se venía diciendo que se preparaba algo contra la vida de Luis Felipe.

Se pensó hasta en variar el itinerario que había de seguir la corte, pero se opuso rotundamente el monarca y milagrosamente resultó ileso del atentado.

Al pasar frente á la casa número 50 del boulevard del Temple, una explosión tremenda conmovió los edificios próximos, destrozando los cristales de las casas vecinas, que cayeron al suelo con estrépito.

Luis Felipe marchaba á caballo, y su rostro se contrajo al contemplar el cuadro de desolación á su alrededor. Más de cincuenta personas de su séquito y curiosos habían resultado heridas, de ellas 19 mortalmente.

El suelo y las paredes de la casa indicada, aparecían con grandes charcos y manchas de sangre.

Se buscó por todas partes al autor y no parecía. Vieron en la habitación de donde había partido la explosión y que estaba llena de humo, una máquina extraña, formada por cañones de fusiles sujeta á una especie de trípode y unidos entre sí por alambres y combinaciones misteriosas. En la habitación se veía sangre en el suelo y las paredes, luego el autor ó autores del hecho debían haber resultado también heridos.

Por fin en otra habitación próxima á un patio, vieron á un hombre sentado con una horrible herida en la cabeza y cubierto el rostro con su misma sangre. Lo recogieron y su estado de gravedad impidió que se le pudiese tomar declaración, manifestando tan solo que se llamaba Jacobo Girard y diciendo por señas que no tenía cómplices. Al siguiente día dijo que su verdadero nombre era el de José Francisco Girard, de

39 años, mecánico. A las demás preguntas contestó por escrito, teniéndose que suspender la declaración por su estado de gravedad.

Fué mejorando el herido y la policía continuando los trabajos, logró dar con una jóven de gran belleza llamada Nina Lassave, querida de Girard. Aseguró que el verdadero nombre de éste, era el de Fieschi, que era italiano y de su país había venido á Francia, trasladándose después á Lóndres, donde se supone se fraguó el complot. Fieschi (José) y dos cómplices suyos, Morey y Pepin, murieron en la guillotina, pagando con eso su deuda á la sociedad.

El 24 de diciembre de 1800, se colocó otra máquina infernal para atentar contra la vida del primer cónsul en Francia. Treinta y dos fueron las víctimas, de ellos ocho muertos.

Siguieron después otros atentados hasta que llegó el año 1858.

El 14 de enero del indicado año y al ir á entrar en la Opera el carruaje que conducía á Napoleón y á la emperatriz, se oyó una formidable explosión que apagó las luces de gas, llenándolo todo de humo. Diez segundos después se oyó otra detonación de la misma intensidad de la primera. Los caballos del carruaje, heridos con la primera bomba, se desviaron del trayecto, debiéndose á ello sin duda, que los efectos de la segunda no alcanzasen de lleno á la carroza imperial.

Los cristales de las casas próximas estallaron hechos añicos y al reconocerse el carruage se vió que estaba agujereado por setenta y seis proyectiles.

Los emperadores saltaron del coche viendo en el suelo gran número de muertos y heridos, y el propio Napoleón resultó lesionado, si bien levemente, en la nariz.

Quisieron los emperadores salir de nuevo á la calle, diciendo la emperatriz:

—¡Vamos, señor! que no crean que somos tan cobardes como ellos!

La policía empezó desde luego á trabajar denodadamente para buscar á los autores del criminal atentado. Se dió enseguida con una pista, pues cerca de la Opera había sido detenido un sujeto sospechoso que llevaba una bomba ¡la tercera! y que no fué lanzada gracias á haberse hecho á tiempo la detención.

La bomba, de las llamadas Orsini, estaba formada por dos cilindros huecos de paredes delgadas y dividido en dos partes. La altura total era de nueve centímetros y cinco milímetros. De diámetro tenía siete centímetros y tres milímetros. La parte superior tenía veinte y cinco chimeneas de hierro de unos cinco centímetros de grueso y estaban guarnecidas de pistones. La bomba estaba cargada con fulminato de mercurio.

A fuerza de preguntas, el detenido dijo algo, lo suficiente para poner en la pista á la justicia, de los autores del hecho. El detenido confesó que la bomba la llevaba con el propósito de arrojarla si las otras dos no surtían el efecto apetecido. Manifestó que él solo las había fabricado, y que su resultado era siempre seguro. Los ensayos que se hicieron con la bomba, dieron por resultado el que arrojada desde distintas alturas y lanzada á diferentes distancias, caía siempre del lado de las chimeneas, sin duda porque gracias á ellas el peso era mayor por aquel

lado, y que siempre también, sin que fallase ni una sola vez, estallaba algún pistón

Como se vé, la fabricación revelaba ciertos conocimientos.

Continuaron las pesquisas y fueron detenidos Orsini, Pieri, Rudio y Gómez; los tres primeros italianos y el último español. Todos confesaron haber tomado parte en el atentado, y todos se negaron también á decir si tenían cómplices y dónde y cómo se había fraguado el complot. Fueron condenados á muerte y sufrieron la pena con la mayor indiferencia.

El 23 de marzo de 1807 se descubrió en Rusia un complot, tramado por los nihilistas para asesinar al Czar. Fracasó y fueron detenidos los autores.

Jacobo I de Haiti fué asesinado el 17 de octubre de 1809.

El año veinte cuenta con el regicidio de Lawal. Fué ejecutado el 7 de junio.

Otra ejecución se hizo el siguiente año. El asesino Brune, murió en el suplicio el 25 de febrero.

Diez años después, el 9 de octubre se registró el asesinato de Capo de Istria.

Al siguiente año aumentó la criminalidad en el sentido de que nos venimos ocupando. El 22 de junio se descubrió la sociedad secreta Tubinguía consiguiéndose como es natural, que abortaran los planes de la secta y que poco menos pretendían la destrucción del mundo, y el 19 de noviembre hubo otro atentado contra Luis Felipe, del cual salió ileso el monarca, de milagro.

En otro lugar hemos relatado la máquina infernal colocada en el boulevard del Temple con el monarca últimamente citado y la ejecución de los autores en 1835. Al siguiente año, el 25 de junio hubo un nuevo atentado contra el rey de Francia. El 16 de agosto del mismo año moría asesinado el general Quesada.

En 1837 al finalizar el año se registró un nuevo atentado regio. El 27 de diciembre trataron de matar á Luis Felipe, monarca al que parecían haber escogido los criminales de todas castas para desatar sus iras.

No terminaron aquí los atentados al referido rey, pues el año 1840, el 15 de octubre fué víctima de otro. En el mismo año el 10 de junio se descubrió en Inglaterra un complot contra la vida de los monarcas. El hecho no pasó de una tentativa.

Dos hubo en 1841. Contra el duque de Aumale el 13 de septiembre, y el 25 de diciembre el asesinato del inglés Caboul.

En 1846, añadió la historia de Francia un atentado más dirigido contra Luis Felipe. El hecho fué el 16 de abril.

Dos años más tarde hubo dos asesinatos; el del príncipe Lichmwsky el 18 de septiembre y el del conde Rossi el 15 de noviembre.

El 22 de mayo de 1850 se realizó un atentado contra el rey de Prusia.

El 2 de febrero de 1852 fué el atentado del cura Merino contra Isabel II.

Un año después, el 18 de febrero de 1853 atentó Libeny contra Francisco José I de Austria.

En 11 de enero de 1862 fué asesinado el ministro de Honduras.

El 72 y en 8 de febrero, murió asesinado el virrey inglés de la India.

Los nihilistas asesinaron al czar Alejandro II de Rusia el 13 de marzo de 1881.

En 1886, en España, el atentado del cura Galeote, el 18 de abril, que fué declarado demente por los médicos y encerrado en un manicomio.

Ya hemos hablado del atentado contra don Alfonso XII cometido por Otero, y además hay que consignar el de Oliva.

Aparte de estos hay muchos mas atentados que vienen á aumentar la lista de la crónica negra.

Después, y prescindiendo de la época de las asociaciones secretas de *La mano negra* y el *tribunal popular* en Andalucía, y de que ya hemos hablado, el anarquismo cambió de forma. Continuaron las asociaciones secretas ciertamente, pero los afiliados adoptaron procedimientos distintos, proponiéndose desde luego imponerse por el terror y repitiendo sus hazañas con tal frecuencia que el gran rigor empleado para castigar estos crímenes apenas si bastaba para contenerles.

A semejanza de lo ocurrido, durante la época del bandolerismo, la persecución tenaz y constante de que fueron y siguen siendo objeto los anarquistas, sobre todo por lo que respecta á la Guardia Civil sirvió para que les cegase una especie de rabia y el odio á la humanidad que habían ido mostrando en diversos atentados y maquinaciones maquiavélicas, lo reunieron de una vez, como si hubiesen querido realizar en pocos meses todo lo que tenían premeditado para mientras existiese el mundo.

El terror anarquista.

Decíamos que el anarquismo adquirió nuevos caracteres.

Con efecto. Los atentados por el puñal, el revolver y la dinamita menudearon de un modo alarmante.

La Guardia Civil trabajó de un modo eficacísimo, y si bien en los primeros momentos no dió resultado, poco á poco se ha ido restableciendo la anormalidad. En los últimos años y prescindiendo del atentado del 31 de mayo de 1906, los atentados anarquistas han sido contadísimos.

¡Con tal de que lleguen á desaparecer por completo!

Como confirmación de lo que decíamos al hablar de *otros atentados* citaremos aquí algunos que pertenecen á lo que puede llamarse el terror anarquista.

En el año 1892 se repitieron las bombas en París causando víctimas y destrozos de consideración.

Estalló la primera bomba en el boulevard de Clichy el 27 de marzo y por venganza de los anarquistas, colocaron otra el 25 de abril en el restaurant Very, que produjo la muerte al dueño y resultaron varias personas heridas. Esta última se atribuyó á que el dueño del citado restaurant había denunciado como sospechosos á unos anarquistas que había comido en su casa.

Al año siguiente fueron encontradas bombas por la Guardia Civil en diferentes puntos de España, sobre todo en Barcelona, que es donde la propaganda anarquista se hacía mayor éxito. Las detenciones de anar-

quistas fueron numerosísimas, y los ácratas pensaron vengarse con creces de la persecución de que eran objeto, realizando para ello el atentado contra el general Martínez Campos, al que arrojaron dos bombas, hiriéndole en un muslo, y resultando además otra víctima de las explosiones.

Las detenciones se hicieron con rapidez, como ya verán los lectores, y sin duda para demostrar los ácratas que no les arredraba el temor á la justicia ni á los tribunales militares, el 7 de noviembre fueron arrojadas por el anarquista Salvador las dos bombas en el teatro del Liceo.

Este último atentado fué de tal resonancia, y la prensa se ocupó con tal extensión, pintando el cuadro de desolación de la sala, las numerosas víctimas inocentes de la barbarie y aquel espectáculo de sangre, que es inutil relatarlo de nuevo.

No terminó el año con el atentado último. En París, y cuando se celebraba la sesión en la Cámara de diputados, fueron arrojadas dos bombas que produjeron el pánico consiguiente, hiriendo á 17 diputados

Trataron éstos de huir, y el presidente Brisson pronunció aquella frase con calma y que pasará á la historia:

—¡Señores, continúa la sesión! dijo agitando la campanilla.

El haber ocurrido el hecho en aquel lugar hizo que los diputados pronunciasen discursos violentísimos pidiendo todos se castigasen fuertemente aquellos delitos, sobre todo tratándose de hechos cometidos en el templo sagrado de las leyes.

No terminó el año sin nuevas explosiones, que por fortuna no ocasionaron desgracias, aunque sí daños materiales, y que sobre todo contribuyeron grandemente á que la alarma continuase.

Entonces atravesó Barcelona uno de los períodos más difíciles. Aún no se había extinguido el eco de los últimos atentados cuando volvieron de nuevo los anarquistas con saña fiera á dar fé de vida con nuevos atentados y nuevas bombas, que iban perfeccionando paulatinamente, introduciendo procedimientos novísimos en su fabricación y buscando las más peregrinas combinaciones para que con el menor tamaño posible, la bomba causase mayores daños.

En 1894 el furor anarquista llegó al límite, dejando en mantillas al terror producido por sus hazañas en los tres últimos años.

El día 2 de enero fueron encontrados por la Guardia Civil nada menos que cuarenta bombas que estaban enterradas en una montaña próxima á Barcelona. Se supuso que el fabricante y el que las había ocultado era un español apellidado Villarrubias y que había huido á Montevideo en vista de la persecución de que era objeto.

Al día siguiente estalló una bomba en una casa de Lamines (Bruselas) que causó grandes destrozos materiales, y sin que afortunadamente se registrasen desgracias personales.

El día 7 se repartieron profusamente hojas anarquistas en los teatros de Roma, consiguiendo con ello que se apoderase el pánico de los espectadores, que abandonaron el teatro, y se vieron éstos casi desiertos durante algún tiempo.

El mismo día las autoridades francesas recibieron multitud de anónimos anarquistas profiriendo infinidad de amenazas contra todo lo

existente. El motivo no era otro que estar próxima á verse la causa de Vaillant por el atentado en la Cámara de diputados.

El día 9 la policía practicó registros en Roma, dando por resultado el recoger 10.000 ejemplares de un manifiesto que pensaban repartir y una lista con los atentados realizados y los que estaban por realizar por medio de bombas de dinamita.

La policía en Francia había detenido en este día 24 anarquistas en Lyón, uno en París, seis en Ruen, siete en Brest, cinco en Irages y otros cinco en Mont Lucon.

De Niza fueron expulsados 15 italianos por sospechosos de estar afiliados al anarquismo.

Se habían hecho en estos primeros días del mes 2.000 registros domiciliarios, deteniéndose como consecuencia de ellos á cinco anarquistas más. Uno de ellos español, en Montpellier.

En Roma habían aparecido algunos pasquines, y los ácratas reprodujeron en Florencia la hazaña de la capital de Italia, arrojando pasquines y manifiestos desde el paraíso del teatro.

Poco después los registros llevados á cabo en Francia se elevaban á la respetable cifra de 3.022. El número de anarquistas detenidos era el de 2.015.

El día 10 se vió la causa de Vaillant en París, adoptándose grandes precauciones. Al leérsele la sentencia condenándole á muerte, se puso de pié gritando: ¡Viva la anarquía! La bomba aquella había herido á 50 personas, y murió en la guillotina sin dar señales de decaimiento ni un solo instante.

El día antes se había celebrado una imponente manifestación anarquista en Praga con motivo de haberse verificado el entierro de un soldado que había sido muerto por la policía.

El día 14 los ácratas atacaron á un destacamento de carabinieri (guardia civil italiana) en Massa di Carrara, hiriendo á uno.

Ese mismo día comunicó el cable la noticia desde Buenos Aires que en Rosario de Santa Fé habían sido detenidos unos anarquistas, que intentaban nada menos que volar el teatro de Olimpia.

También fué hallado en Coruña en un coche del ferrocarril, un petardo con la mecha apagada. No pudo saberse el propósito ni el autor.

Otro hecho más sensacional se registró el mismo día. Después de la sentencia de Vaillant, la duquesa de Urés se propuso educar á la hija del anarquista, y los ácratas, para evitar que fuese educada fuera de sus doctrinas, la raptaron, ocultándola en casa de un tabernero que profesaba las mismas ideas. Afortunadamente la policía destruyó los planes, recuperando á la hija de Vaillant

El mismo día también estalló una bomba de dinamita en la puerta de la casa cuartel de la Guardia Civil de Monteagudo, provincia de Soria, causando grandes desperfectos en el edificio.

Fueron encontradas 19 bombas en diversos pasillos y habitaciones de la prefectura de París, no pudiéndose encontrar á los autores del hecho. Por fortuna no llegó á estallar ninguna. Una estalló el mismo día en Neuilly, que no produjo más que la consiguiente alarma.

Llegó el 25 de enero de 1894, y ese día se registró el atentado contra

el gobernador de Barcelona, señor Larroca. Salió éste de sus habitaciones y subió al carruaje acompañado del secretario del gobierno, y antes de que el coche saliese del portal, un indivíduo que estaba acechando con otro hizo dos disparos, hiriendo uno de ellos al gobernador en la mejilla izquierda.

El autor del hecho se llamaba Ramón Murull Comas, de 37 años, natural de San Andrés de Palomar. Era alto y fornido.

Por algunos días se temió que la herida de la primera autoridad de la provincia que tanto trabajaba con la Guardia Civil para extirpar el anarquismo de Barcelona, tuviese funestas consecuencias pero no sucedió así por fortuna.

El día 26 del mismo mes y año que nos ocupa estalló en León en la plaza de San Pelayo un cartucho de dinamita que causó grandes destrozos. Una niña vió al autor colocar el petardo en una ventana y encender la mecha desapareciendo enseguida. Gracias á las señas que dió del anarquista, pudo éste ser detenido.

Al siguiente día estalló otro en Esparraguera (Cataluña) en la fábrica del Sr. Sedó. Los daños fueron considerables.

El mismo día volvieron á circular anónimos en París, conteniendo amenazas por aproximarse el día de la ejecución de Vaillant.

El 31 se celebró el consejo de guerra en Barcelona para fallar la causa seguida contra J T. Albret.

Empezó el mes de febrero con la celebración de un mitin monstruo por los anarquistas en Lóndres.

El día 5 fué la ejecución de Vaillant en la plaza de la Roquette. Se adoptaron infinitas precauciones no permitiéndose el paso más que á limitadísimo número de personas.

Al siguiente día fueron encontrados en la calle de Roger de Flor de Barcelona 97 cartuchos de dinamita.

El día 10 aparecieron pasquines en las calles de Lisboa. Todos eran incendiarios y terminaban con el consabido viva á la anarquía.

El día 12 estalló una nueva bomba en París, en la terraza del hotel Terminus. La detonación fué formidable causando enorme pánico entre el público que corrió en todas direcciones, atropellándose por huir del sitio de la bomba.

La bomba según declaró un camarero que presenció el hecho fué colocada por un jóven rubio que dijo llamarse Leon Lebreton. Con la explosión resultaron 24 heridos. Al ser detenido se defendió, disparando con un revolver.

De las diligencias practicadas resultó que su verdadero nombre era José Emilio Henry y que había nacido en San Martin de Provensals el 26 de septiembre de 1872.

Manifestó que se había formado un complot para vengar en primer término la muerte de Vaillant. El complot se había organizado en Lóndres de donde él había llegado en union de otros compañeros.

El día 15 fué encontrada una bomba en Barcelona en el Banco sociedad general. No llegó á estallar.

El día 17 estalló un petardo en la casa de don Francisco Cabrera en Javalquinto (Jaén) causando considerables destrozos.

Al siguiente día se celebró otro mitin en Lóndres en el que los ácratas hablaron de la injusticia de la justicia y convinieron por unanimidad en que había que seguir el ejemplo de Vaillant, Pallás y Henry.

El 20 estalló una bomba en el hotel Calabresi en París. No pudo explicarse por que habían escogido aquel modesto hospedaje situado en el barrio latino y una fonda en que las personas que vivían no disfrutaban de gran posición. Llegó un sujeto aquel mismo día y al salir á la calle recomendó que no entrase nadie en su habitación. Al ver que tardaba mucho el dueño fué á abrir la puerta de la habitación encontrándose con que oponía resistencia y al empujar hizo explosión la bomba, resultando tres heridos entre ellos su mujer que falleció en medio de horribles sufrimientos el día 21.

A las once había estallado otra bomba en otra calle próxima causando tambien grandes destrozos.

El día 22 la policía logró detener á cuatro anarquistas complicados con la explosión de la bomba en la comisaría de la calle de Bous enfants.

El 23 estalló otro petardo en el barrio de la Villette de París que no causó grandes daños y otra explosión el 26 en la calle de Saint Denis que no causó daños. El mismo día estalló una bomba que había colocada en una ventana del teatro de Oise, que causó grandes destrozos.



Batidor en traje de diario.—Año 1907.

El día 27 fué encontrado un petardo en la casa cuartel de la Guardia

Civil de Badalona con la mecha apagada pero con señales de haber sido encendida.

El 28 se encontró en Praga otra bomba apagada y con esto terminó el mes de febrero, que como se vé no tuvo nada que envidiar al de enero.

Empezó el 1 de marzo con la noticia de haberse hecho en París 150 detenciones con motivo de la explosión del hotel Terminus.

El día 7 se encontró una bomba en Londres en el quicio de una ventana y el día 11 estalló una bomba en Nueva York sin que causase grandes daños.

El día 16 volvió á cundir la alarma en la vecina república. En el hermoso templo de la Magdalena estalló una bomba que produjo una formidable detonación y que sembró el pánico entre los fieles que huyeron atropelladamente. Una sola victima causó la bomba y fué el propio autor del atentado que quedó tendido sin vida con el cuerpo horriblemente destrozado. En el vientre tenía una brecha enorme y los intestinos estaban esparcidos por el suelo. Los daños materiales se redujeron á la rotura de los cristales del templo. El autor y víctima del atentado se llamaba Desiderio José Pauwells y era belga.

El día 22 estalló otra bomba en la iglesia de Grenoble (Francia) resultando heridas por los proyectiles más de veinte personas. No pocas resultaron pisoteadas al pretender huir.

En el mes de marzo no se repitieron mas atentados anarquistas que los citados y otra bomba que estalló en Limoges en la ventana de la casa de un notario que casaba á su hija aquel día, y que produjo la alarma consiguiente. Los daños causados fueron de bastante consideración. No pudo saberse si el atentado fué obra de los anarquistas ó se debió á alguna venganza personal.

El mismo día fué hallada una bomba encendida en un comedor de la fonda Laebkheach de Londres. Analizado el contenido se vió que estaba cargada de pólvora y clavos.

Empezó el mes de abril por publicar la prefectura de París el día 3 un voluminoso album de anarquistas, formado por más de 500 páginas, con los retratos de frente y de perfil de todos los anarquistas detenidos y con las medidas antropométricas.

Fué un trabajo que sirvió de mucho para la detención de anarquistas en épocas posteriores.

El día 5, y como si los anarquistas quisiesen demostrar que cuanto mayor cuidado pusiesen las autoridades en perseguirlos mayor número de atentados cometerían, estalló otra bomba en el restaurant Fogot, que entonces estaba de moda en París. La explosión fué á las ocho de la noche, y la detonación se asemejó á un trueno formidable, sembrando el pánico en más de quinientos metros á la redonda. La explosión fué en el alfeizar de una ventana, y abrió un boquete de más de medio metro en el cierre metálico, haciendo caer al suelo todos los cristales del establecimiento La ventana en que hizo explosión era la de un gabinete reservado donde cenaban una señora y dos caballeros. Uno de ellos resultó gravemente herido y otro levemente. La señora resultó ilesa.

El herido se llamaba Lorenzo Thailde, era escritor anarquista y tenía el pecho acribillado, una herida en la ceja izquierda y vaciado el ojo

derecho. Este escritor había sido procesado por sus artículos ácratas. De la explosión resultaron también heridos el cocinero del restaurant y dos camareros.

La bomba era de las llamadas de inversión, por el ácido que iba corroyendo el corcho exterior. El explosivo era una caja cilíndrica de hojalata con un agujero en el centro.

Al examinar los restos en el laboratorio se dijo que la bomba suponía un nuevo adelanto en la fabricación de explosivos.

El día 6 se supo que las gestiones encaminadas á buscar á Mennier, el autor de la bomba colocada en el restaurant Very el año último, y que estaba condenado á muerte en rebeldía, no habían dado resultado alguno.

Por entonces empezaron á circular en Francia monedas de diez centimos con la inscripción ¡viva la anarquía! y alrededor las palabras *Droit, Justice, Verité, Raison.*

El día 9, en el punto llamado Salve de una cantera en explotación en Bilbao, un obrero encontró dos botes de hierro, uno de ellos con su mecha correspondiente. Ambos estaban cargados.

El día 11 estalló una bomba en el jardín de la casa del juez de paz de Argenteuil, causando la rotura de todos los cristales y otros destrozos de menos importancia. Se dijo que la colocación de este explosivo era debida únicamente á una venganza de los anarquistas, por haberles cogido el citado juez varios documentos comprometedores.

El mismo día fué detenido un anarquista en la aldea de Cromivede (Inglaterra), cuando iba á colocar una bomba cerca de la iglesia.

Al siguiente día fueron detenidos en las calles de Roma dos anarquistas que iban armados de su correspondiente bomba.

El día 13 fué encontrado en París un depósito de bombas, formado por doce cajas de lata, pólvora, dinamita, clavos y bombas de inversión. Un verdadero arsenal, suficiente para hacer volar media población.

El mismo día se hizo la autopsia en Barcelona al anarquista Natcher, que se había quejado de recibir malos tratos de la guardia civil, y que se vió después de muerto, según dictámen de los médicos, que padecía una afección crónica cardio-pulmonar.

Los supuestos martirios habían resultado, como siempre, un infundio.

También ese día fué encontrada una bomba cargada con dinamita en el Coliseo (Roma).

En Londres fué detenido el dia 15 el anarquista Francisco Polti, italiano, que llevaba una bomba cargada con dinamita. En el registro llevado á cabo en su domicilio, se encontraron folletos, periódicos ácratas y sustancias explosivas. Polti formaba parte activa de un vasto complot tramado y que se descubrió gracias á su detención.

El complot iba contra la vida de varios jefes de Estado del continente.

El día 22 fué detenido Ferrera, cómplice de Polti, y dijeron que uno de sus propósitos era volar el palacio de la Bolsa.

El día 25 detuvo la policía de París al anarquista Malthé, complicado en la bomba colocada en el hotel Terminus.

El siguiente día, en la misma población, fué detenido un empleado del ministerio francés por sus ideas anarquistas, llamado Félix Farcón. Se le encontraron documentos comprometedores.

El 27 de abril se vió el proceso contra el anarquista Henry, asistiendo á la vista como testigos 17 heridos. Al preguntarle el presidente si tenía que hacer alguna observación, dijo:

—¡Aceptaré la pena, cualquiera que ella sea! y después, dirigiéndose á los periodistas:

—¡Eh! señores, ¿iréis á ver cortar mi cabeza? Después dió su correspondiente viva, y no perdió la serenidad ni un solo momento.

El día 1.° de mayo se celebró en Barcelona el consejo de guerra que condenó á cadena perpétua al autor de la bomba colocada en la casa cuartel de la Guardia Civil de Villanueva y Geltrú.

El día 6 fueron condenados á muerte por el atentado de la Gran Vía, cinco procesados; tres á cadena perpétua y dos fueron absueltos.

El día 4 de este mes, el doctor Renson vió una bomba en su casa, y al agacharse para cogerla hizo explosión, recibiendo infinidad de heridas en la cara y resultando con una pierna rota. La mujer del doctor y el doctor Bandard, que se hallaban presentes, resultaron también heridos. Los daños materiales fueron de consideración.

En Londres fueron condenados á diez y veinte años de presidio, respectivamente, los anarquistas Fornaro y Polti.

El día 8 estalló una bomba en el palacio Odescelchi de Roma, resultando tres personas heridas y causando grandes deterioros.

El día 11 estalló una bomba en la casa número 42 de la avenida Kleber en París, cerca del palacio de Isabel II. El explosivo no hizo daño alguno, sirviendo tan solo para difundir el pánico ya reinante en la capital de la vecina república.

El autor de la colocación de esta bomba fué detenido el día 13. Llamábase Tournemine y se pudo averiguar que había sido despedido de varias casas de huéspedes por la activísima propaganda que hacía de la idea anarquista.

Al siguiente día se vió ante el Supremo de Guerra y Marina la causa seguida contra Mariano Cerezuela y nueve anarquistas más, como autores de las bombas arrojadas al general Martínez Campos. Confirmó las cinco penas de muerte impuestas, imponiendo una más y condenando á Codina á cadena perpétua. En este mismo mes se había confirmado también el fallo condenando á cadena perpétua á Allet, el autor de la bomba en la casa cuartel de la Guardia Civil de Villanueva y Geltrú.

Leyendo los periódicos de la fecha se vé el cinismo de los fusilados por las bombas de la Gran Vía.

Labat dijo al despedirse de sus hijos en la prisión:

—¡Aprended como muero! ¡Salud para vengarme!

Arch, al leerse la sentencia, que se negó á firmar como los demás compañeros, dió un viva á la anarquía.

Bernat dió un ¡muera la inquisición!

Por este tiempo fué guillotinado en París el anarquista Henry, y al conducir sus restos en un furgón del depósito dos anarquistas dieron vivas á la anarquía y á Emilio Henry.

El público, á pesar de ser numerosísimo, no se atrevió á intentar detenerlos ni á señalarlos á la policía, tal era el pánico que reinaba y el temor á que los ácratas ejercieran represalias, como desgraciadamente se había visto ya muchas veces en otros sucesos.

La policía los buscó inútilmente. Las personas que habían sido testigos de los gritos subversivos callaron prudentemente, y los ácratas se se alejaron tranquilamente, sin que la policía les molestase para nada.

El día 22, en el primer piso de la Avenida Niel, fué encontrada una bomba encendida.

El portero la vió y pudo apagarla á tiempo. El explosivo iba contra el abate Garnier que era socialista católico y á quien aborrecían los anarquistas; al examinarla se vió que estaba cargada con pólvora cloratada y metralla.

El día 31 estallaron dos bombas en Roma, una en el ministerio de Justicia y otra en el de la Guerra. Los daños fueron insignificantes.

Llegó el 24 de junio y aquel día se cometió el asesinato de Carnot, el presidente de la república francesa.

Marchaba en un coche el presidente, cuando se le acercó un hombre con un ramo de flores en una mano; al aproximarse al carruaje sacó un puñal que llevaba escondido y dió una puñalada tremenda á Monsieur Carnot.

El arma era triangular y llevaba la marca de la fábrica de Toledo. En los primeros momentos se dijo que el nombre del criminal era Cesáreo Giovanni, de 22 años. Después se rectificó el nombre diciéndose que se llamaba Cesáreo San Hierónimo y por último pudo saberse que el verdadero nombre era el de Irónimo Santos Caserío.

El día 30 se supo que el gobernador de Barcelona Sr. Larroca participó al gobierno francés que tenía noticias de que del 15 al 20 se había celebrado una reunión secreta en Argelia y en ella se había acordado dar muerte á Mr. Carnot.

Se olvidaba consignar que el asesino al realizar el crímen dió un viva á la anarquía y que el público que presenció el hecho criminal quiso matar al agresor promoviéndose manifestaciones en Lyon y atacando el público los comercios de los extranjeros allí establecidos.

Como consecuencia de este atentado fueron presos cuatro anarquistas, dos franceses, un español y un italiano.

Tambien se confirmó la noticia suministrada desde España y es que Caserío había cumplido el acuerdo de una sociedad secreta al dar muerte al presidente. Como consecuencia de este hecho criminal fueron detenidas más de doscientas personas.

En el mes siguiente se hicieron mas de cuarenta registros en Marsella que dieron por resultado la detención de nueve anarquistas italianos y dos franceses

No cejaron por ello los anarquistas en sus propósitos, de Londres comunicaron á la prensa del continente la noticia de que se había celebrado un mitin ácrata y acordándose hacer una activa propaganda con los hechos y con folletos.

El 16 de julio fué condenado Munill por el jurado á 16 años de presidio.

En Palermo se descubrió un vasto complot dirigido contra el comendador Lafarina que fué el que instruyó el proceso por el atentado contra Crispi.

El 11 de Julio fué condenado el anarquista Salvador en Barcelona á la pena de muerte por cada uno de los veinte asesinatos cometidos y á 17 años de prisión por cada uno de los 27 asesinatos frustados, más las costas.

Al siguiente día de esto se descubrió en Londres una conspiración que iba contra Francia. Los conjurados pensaban volar nada menos que la Cámara de diputados, el Senado, el Elíseo y otros edificios importantes.

El día 14 un periódico de París acogió la noticia de que entre los anarquistas existía el propósito de secuestrar á madame Carnot y tenerla en rehenes hasta que el Gobierno no indultase á los anarquistas que tenían algún proceso pendiente.

A fines de 1894 volvió á dar que hacer á la justicia el anarquista Salvador. Gracias á su enfermedad y á sus lamentaciones consiguió que se le mejorase de celda, pidió un confesor y dijo solemnemente que abjuraba de sus errores, abrazando el catolicismo, se hizo varios retratos dedicándolos á diferentes personas y una ampliación de tamaño natural en el que colocó máximas dedicadas á su hija, recomendándole que sólo el temor de Dios podía guiarla en el mundo.

Pero llegó el día de la ejecución y al decirle que firmase la sentencia se negó rotundamente diciendo que él no firmaba su muerte y dando un viva estentóreo á la anarquía. Los hermanos de la caridad cesaron de postular por él, y al salir á la calle el sentenciado dió un viva á la revolución social rechazando á los sacerdotes.

Así murió el autor de las bombas del Liceo que había estado durmiendo muellemente mientras muchas de sus víctimas se revolcaban en medio de la mayor miseria.

Pero no cabe dudar que consiguió engañar por algún tiempo á las autoridades que vieron en él á un arrepentido.

En el año siguiente, ó sea en 1895, se registraron algunos hechos aislados de poca importancia, sustanciándose la mayoría de los procesos pendientes contra los anarquistas. El 6 de noviembre fué asesinado un ministro inglés.

El hecho realizado por un anarquista.

Llegó el año 1897 y en él se registra otro atentado de importancia. El realizado en la persona de Don Antonio Cánovas del Castillo. El hecho de que el asesino del entonces presidente del Consejo, Angiolillo, emplease el revólver y el haber utilizado el puñal Caserío contra Carnot hizo suponer que los anarquistas habían desistido de emplear la dinamita contra la sociedad valiéndose de esas otras armas para realizar los atentados contra personas determinadas, y que no pagasen como la mayoría de las veces ocurría, personas ignoradas de los ácratas y contra los que no iba su intención.

Es sobradamente conocido. Angiolillo alojado en el mismo balneario de Santa Agueda aprovechó la ocasión de encontrarse solo al presidente en el salón de descanso y realizó la agresión.

Al siguiente año se registró otro atentado anarquista y tambien en forma parecida á los anteriores. Un ácrata salió al paso de Isabel de Austria que estaba en Génova y le dió muerte.

Este atentado vino á confirmar las suposiciones hechas con anterioridad pero poco después vinieron los hechos á demostrar que en cuestión de anarquismo no podía asegurarse nada. Al atentado del 10 de septiembre, sucedió el del restaurant Champion en París, el 20 de noviembre. Este atentado fué por la dinamita. Los autores colocaron la bomba que hizo explosión y que ocasionó víctimas aparte de deterioros de importancia.

En 1900, el anarquista Sípido disparó dos tiros de revólver al príncipe de Gales en una estación del ferrocarril de Bélgica. Afortunadamente los disparos no dieron en el blanco. El hecho fué el 4 de abril.

El 30 de julio del mismo año fué asesinado el rey de Italia Humberto I. El hecho produjo gran indignación en Roma y en todas partes se pidió un castigo ejemplar para el culpable y que las leyes fuesen modificadas castigándose severamente al que intentaba realizar actos de tal naturaleza.

Después del año 1900 se registraron otros atentados de importancia aparte de hechos aislados por que los anarquistas no cejaron en su propósito de exterminar á la humanidad y de difundir el terror por todos los medios imaginables.

El primero de estos hechos criminales fué el asesinato del presidente de la república de los Estados Unidos del Norte América Mr. Mackinley, hecho que por lo reciente es conocido de todo el mundo.

Posteriormente se registró otro acto idéntico aunque no revistió la misma gravedad por el resultado.

En el viaje del presidente del consejo de ministros D. Antonio Maura á Barcelona, marchando éste en carruaje por una de las ramblas de la capital, se le acercó un hombre con rollo de papeles en la mano y avanzando hacia el carruaje al mismo tiempo de hacer ademan de entregar el documento, hirió en el pecho al político español.

Esto vino á demostrar que los anarquistas no descansaban y que su silencio momentáneo era tal vez estudiado para no infundir sospechas, se les dejase tranquilos y poder así cumplir sus propósitos.

Trabajos de la Guardia Civil.

El benemérito instituto fué el que como siempre consiguió restablecer la normalidad en España y sobre todo en Cataluña que es donde mayor fuerza adquirió desde los primeros momentos el anarquismo.

A este propósito, el Sr. Maura, en su libro *El anarquismo y su represión* recuerda y cita los valiosos trabajos prestados por el benemérito instituto, censurando duramente la lenidad con que se han tratado por parte de la prensa las doctrinas ácratas y censurando además las campañas emprendidas en diferentes ocasiones por periódicos que poco escrupulosos con tal de hacer propaganda del perro chico, no han titubeado en acoger todas las especies malsanas lanzadas contra la Guardia Civil, sin inquirir antes su origen y procedencia, consiguiendo tan sólo con ello hacer que fuesen considerados como mártires criminales de la peor especie y contribuir con ello á que llegase el desprestigio de un

cuerpo que hoy por hoy y digan lo que quieran personas poco escrupulosas, es la única garantía de los ciudadanos honrados.

Todos esos mismos que han acogido y aun comentado con facilidad, supuestos martirios y malos tratos, lanzadas indudablemente con mala intención para crear atmósfera, serían seguramente los primeros al constituirse en poder ó en autoridad el solicitar el concurso de esos hombres motejados antes, para que fuesen su salvaguardia.

Es muy facil lanzar la calumnia; lo difícil es poderla sostener y mucho menos probarla.

Ya hemos dicho los trabajos meritorios que realizó la Guardia Civil para extinguir el bandolerismo en Andalucía y sus esfuerzos para la persecución de *La mano negra* y otras sociedades secretas, primera etapa del anarquismo en España.

Esos mismos trabajos ha realizado con el anarquismo, cabiéndole la satisfacción de que á pesar de cuanto se ha dicho ha cumplido siempre con su deber.

Citemos en apoyo de ello algunas detenciones y trabajos del benemérito instituto en la época del terror anarquista.

Un sargento y una pareja de la Guardia Civil detuvieron á las nueve de la noche del día 2 de enero de 1894 al anarquista Santiago Salvador Franch, natural de Castellseras (Teruel), y que hacía veinte días había huido de Barcelona por saber que le buscaban como autor del atentado cometido en el teatro del Liceo.

El anarquista, al ser detenido, se disparó un tiro en el costado derecho. También sacó un frasco, no se sabe si para arrojarlo á los guardias. Dijo que se disparó el tiro en el costado y no en la cabeza, porque quería hablar y contar todo lo de la bomba antes de morir, y no hubiera podido hacerlo de dispararse el tiro en la cabeza. Añadió que era anarquista y quería el exterminio de la sociedad, confesando fué el que arrojó las bombas en el Liceo.

El mismo día detuvo la Guardia Civil al anarqnista Domingo Frutos.

Salvador, en su segunda declaración, dijo que las bombas las arrojó desde el piso segundo, que las llevaba en la faja y que se quedó de pié en el pasillo para poder huir. Terminó su declaración diciendo:

—El anarquismo se impondrá á la sociedad por medio del terror.

Dijo ser el único responsable, y que las bombas las fabricó él mismo. El frasco al analizarse se vió que contenía una sustancia venenosa. En su casa se encontró una pistola, un cuchillo de grandes dimensiones y varios cartuchos de fusil Remigton.

Por entonces fueron condenados Manuel Ferreia Da Silva, Juan María Desbats y Felipe Muñoz de la Torre, que intentaron arrojar una bomba en el Congreso el 4 de abril de 1892. Los tres fueron condenados á siete años de prisión mayor.

El teniente de la Guardia Civil D. Manuel Cid detuvo en Alcañiz, el día 3, á los anarquistas Constancio Blanco y Antonio Alfaro, y el mismo día trasladó á Montjuich el benemérito instituto á los ácratas Cerezuela, Bernat, Sogas, Codina, Archts, Fontanch, Sabat, Ripoll, Carbonell y Frutos.

En Málaga detuvo la Guardia Civil al propio tiempo al conocido anar-

quista José Grillo, y fueron incomunicados en Barcelona Navarro y Bocherini.

El día 4 del mismo mes fué puesta en libertad Antonia Vicarzo, la mujer de Salvador, por no resultar cargo alguno contra ella, y fuerzas de la Guardia Civil detuvieron á Francisco Fit, compañero de Salvador y Navarro, que trató de desenterrar el cuerpo de Pallás.

El día 9 una pareja detuvo al anarquista Antonio Ceperudo (a) *General*, y al día siguiente entre Gracia, San Martín de Provensal y Sans hizo diez detenciones, que se aumentaron al día siguiente en Barcelona, gracias á una pista que encontraron.

La misma fuerza logró averiguar que el número de bombas construídas para los últimos atentados era el de 13, de las cuales dos arrojó Pallás en la Gran Vía; dos Salvador en el teatro del Liceo; dos se encontraron en una cueva, y las siete restantes lograron descubrirlas poco después.

El día 17 detuvo una pareja á Carburigoli, que fué el que colocó la bomba en la casa cuartel de Villanueva y Geltrú.

En marzo la Guardia Civil encontró en Cartagena, en el castillo de la Concepción, cuatro bombas cargadas provistas de pistones y mechas. Gracias al descubrimiento se evitaron algunos atentados que los ácratas tenían en proyecto.

No terminaron aquí sus trabajos: en el resto del año y siguientes continuó realizando servicios, muchos de los cuales permanecen ignorados por no haberlos comunicado á la prensa. ¡Qué les importa que no hayan llegado á la publicidad!

El último atentado.

Llegamos al último atentado, el cometido por Mateo Morral en la calle Mayor, al regresar SS. MM. de San Jerónimo el Real de contraer matrimonio.

El hecho es tan reciente, y dejó tal impresión en los madrileños, que difícilmente podrán olvidarlo en mucho tiempo. No es necesario extenderse en ello ya que es sobradamente conocido.

Eran las dos menos cinco minutos. En la puerta del regio alcazar aguardaban la llegada de la carroza real generales, jefes y oficiales del Ejército, mayordomos de semana, gentiles hombres, nobles, damas, autoridades, cuando se oyó una formidable detonación que se sintió en algunos pueblos cercanos á Madrid. En el primer momento creyose por el público que eran salvas anunciando la llegada á palacio de los monarcas.

Llegaron los príncipes de Gales, la reina madre y la princesa Beatriz. El coche real no llegaba. ¿Había ocurrido algo? La alarma cundió y todos se pusieron en movimiento.

Un caballerizo llevó la noticia de que había estallado una bomba junto al coche real. En el acto se pusieron todos en movimiento, corriendo hacia la calle Mayor.

Allí pudieron comprobar la noticia. Desde uno de los últimos pisos de la casa número 88 de la citada calle, un hombre había arrojado una bomba, estallando al lado del coche real, destrozando los testeros de la carroza, rompiendo los cristales; uno de los caballos quedó muerto, los restantes gravemente heridos. Uno de los palafreneros perdió la vida; su cadaver estaba horriblemente mutilado.

Por fortuna los soberanos habían resultado ilesos. El público los aclamó con entusiasmo, rodeando la carroza y siguiendo hasta palacio y haciendo á los monarcas una ovación delirante.

En los primeros momentos fué difícil darse cuenta exacta de las víctimas que había ocasionado la bomba.

El lugar del suceso ofrecía el cuado más aterrador que puede imaginarse. Ayes de muerte, mezclados con gritos de cólera. Cuerpos de personas horriblemente mutilados, charcos de sangre, dos caballos muertos con destrozos horribles, pedazos de madera de los coches, trozos de tela, pedazos de uniforme de soldados, sombreros, guarniciones, galones, cintas, encages, hebillas y un sin número de objetos diferentes esparcidos por el suelo manchados de sangre y de piltrafas de los animales muertos.

Entre los muertos se veía un niño de unos cinco años, vestido con elegancia y con el rostro deshecho, siendo imposible reconocerlo.

Al principio se contaron 15 muertos entre los paisanos y militares, dos capitanes, dos tenientes y ocho entre cornetas, tambores y soldados, todos éstos pertenecientes al regimiento de infantería de Wad-Rás. Heridos, innumerables.

Muy poco después se supo que el número de víctimas era aún mayor. Uno de los palafreneros de la casa real perdió la vida. En el piso tercero de la casa 88 de la calle Mayor, y en un balcón inmediato por donde se arrojó la bomba, había el cadaver de un hombre todo cubierto de sangre. Otra señora que presenciaba el paso del cortejo desde la citada casa, quedó también muerta en el acto.

Los heridos fueron curados en la Capitanía general, en la farmacia militar, en palacio y en la casa de socorro del distrito del Centro, siendo tal el pánico que la explosión produjo, que muchos heridos que no lo estaban de suma gravedad, corrieron desesperadamente, curándose nada menos que en los Cuatro Caminos y en otras casas de socorro.

Los heridos pasaron de ciento. El corneta del regimiento de Wad-Rás, Martín Alberto, tenía cuarenta orificios de proyectiles, lo que prueba que la bomba estaba cargada bárbaramente.

Se recordaba que aquel día se cumplía un año del atentado cometido contra D. Alfonso y Mr. Loubet en París en la calle de Rivoli. Aquella bomba hirió á varias personas, pero los efectos del explosivo no fueron, ni con mucho, tan desastrosos como el arrojado en Madrid.

¿Quién era el autor? Pasados los primeros momentos, soldados y Guardia Civil rodearon la casa desde donde se había arrojado la bomba. Se hizo un registro minucioso. El autor había desaparecido. Aprovechando la confusión bajó tranquilamente la escalera y se perdió entre la multitud, impasible ante el espectáculo de desolación.

No tardó, sin embargo, en conocerse el nombre. Mateo Morral, catalán, había llegado á Madrid días antes con el propósito indudable de realizar el atentado, y después de haber vivido en la calle de Atocha se trasladó á la calle Mayor, sin duda por haber fracasado sus gestiones para obtener una invitación para la iglesia de San Jerónimo.

Horroriza pensar los efectos que hubiera causado el proyectil en la iglesia.

Compró aquí las cajas de caudales que le sirvieron para fabricar el explosivo, y esperó pacientemente el momento señalado para su criminal atentado. Se supo también que durante el viaje en ferrocarril y hablando con los compañeros, se mostró defensor entusiasta de la monarquía, deseando á los jóvenes reyes toda clase de dichas y felicidades.

Sabido es también el triste fin de este desdichado loco.

Huyendo de la corte y detenido por sospechas en Torrejón de Ardoz, prefirió suicidarse á caer en manos de la justicia, no sin causar antes otra víctima, asesinando al guarda que le había capturado.

Lo demás referente á este hecho es tan reciente, que no necesita referirse.

Para terminar. Más de un año después del atentado, después de vista la causa y cuando iban borrándose los efectos del explosivo, sabemos el fallecimiento del teniente de Seguridad Sr. Monjas, que fué herido por la bomba gravemente, y á quien se dió por muerto en los primeros instantes.

El Sr. Monjas no consiguió curar de las heridas que entonces recibiera, y su padecimiento fué tan largo como horrible. Falleció el 31 de octubre de 1907.

El Sr. Monjas es una víctima más que añadir á las que en cumplimiento de su deber perecieron en aquel terrible crímen.

En el presente año 1908, aún se han registrado nuevas víctimas de aquel inícuo atentado. No pocos, entre soldados y paisanos que convalecían de sus heridas, han ido paulatinamente pagando con su vida un tremendo tributo á la saña de Morral. Las substancias químicas que componían el explosivo, envenenando los cascos en que se fragmentó la caja de hierro que ofició de bomba, envenenaron las heridas, produciéndoles, cuando ya se les creía en salvo, una muerte dolorosa.

¡Paz á esas pobres víctimas! y cuando las generaciones venideras contemplen el monumento levantado en la calle Mayor, frente al sitio donde explotó la bomba, recuerden que el atentado del 31 de mayo de 1906 constituye uno de los crímenes más injustificados y de iniciación y consecuencias más estupendas.

La vindicta pública señaló como gérmenes de las teorías que dieron luz al crímen de Morral la instalación de la escuela libre de Barcelona. El resultado del proceso Ferrer despertó tal expectación y tuvo un desenlace tan imprevisto, que no ha preciso lugar á recordarlo ni hacer consideración alguna. Más tarde el indulto de Nakens, encubridor de Morral para ponerlo fuera de la acción de la justicia después del atentado, ha extendido un velo sobre aquel sangriento suceso.....

No lo descorramos, pero sí permítasenos una consideración.

Que se hace necesario una legislación especial para castigar los hechos realizados con el nombre del anarquismo, no cabe dudarlo.

Todos los legisladores están conformes en ello, aunque ninguno se ha atrevido á dar el paso decisivo.

El Sr. Mena, abundando en estas ideas, sostiene que esa ley no debía establecer diferencias entre los mal llamados anarquistas científicos ó teóricos y los anarquistas de acción.

Para él, los primeros tal vez tienen más responsabilidad: ellos con

sus falsas doctrinas doradas con la habilidad de su pluma, han contribuido no poco á que tales ideas adquieran arraigo, aprovechándose de la poca cultura del vulgo, y escudándose después cuando ha venido la ley á castigarlos con que no son ni pueden ser responsables. Su teoría no produce víctimas, las producen únicamente los anarquistas de acción.

El feroz anarquista.

Todo tiene su parte cómica. Al tratar de estas cuestiones terroríficas, recordamos un hecho acaecido hace no muchos años, y que nos refirió persona que ocupa hoy cargo de importancia y que fué testigo principal de parte de lo sucedido.

El gobernador civil de una provincia del Norte ó Noroeste de España, expidió un telegrama urgente á Madrid al ministro de la Gobernación, participándole que un anarquista terrible que premeditaba dar un golpe de importancia había caído en su poder, y que precisaba fuese á aquel punto una persona capaz de sonsacarle y que le condujese á Madrid, donde parecía que tenía sus ramificaciones.

Se buscó la persona, que es la que ha referido el hecho, y no citamos nombres por no creernos autorizados para ello. Lo cierto es que llegó, se avistó con el gobernador y le preguntó por el feroz anarquista, á lo que le respondieron:

—Aquí, en una habitación del gobierno, encerrado. Entre con precaución, porque es un pajarraco temible.

Entonces se enteró de la hazaña del preso, que no era otra cosa que un pobre diablo.

Llegó al gobierno detenido por la policía y fué conducido á la presencia del gobernador, al que refirió un plan tenebroso de complots, cuya dirección estaba en la corte.

Llamó la atención su estado miserable, y le preguntaron cómo iba á componérselas para matar tanta gente.

—¡Con ésto! exclamó el preso con ademán trágico á tiempo que desenvainaba un puñal.

El gobernador y el secretario se miraron, no sin experimentar una sensación algo parecida al miedo, y al cabo de un momento, haciendo de tripas corazón, replicó el gobernador:

—¿Con eso?

—Sí, señor, porque está envenenado, añadió con acento feroz.

¡Para qué lo dijo! Gobernador y secretario se sintieron ya difuntos y emprendieron veloz carrera, cerrando la puerta con llave y amontonando sillas y mesas delante hasta formar una barricada.

De allí lo sacó el..... en cuestión y lo trajo á Madrid, confesando al pisar el andén de la estación del Norte que ni él era anarquista ni lo había sido nunca; que el puñal no estaba envenenado, como podía comprobarse, y que ni había tal complot ni cosa parecida.

Parecióle á H... que era sincero el detenido, y no tardó en comprobar la exactitud de lo que él manifestaba, no pudiendo menos de preguntarle antes de ser puesto en libertad:

—¿Pero qué te proponías entonces?

—Pues muy sencillo, D. J... Como no tenía dinero para hacer el viaje á Madrid, donde tengo familia y es facil que pueda colocarme, se me

ocurrió aquello del veneno, del puñal y del complot, y ya vé usted que me ha dado resultado.

—Anda, anda, y no vuelvas á las andadas.

Y salió de la prisión tan satisfecho y continuará pacíficamente en su profesión si la falta de dinero no le ha sugerido una nueva trastada.

El terrorismo catalán.

No debemos cerrar este capítulo sin dedicar unas cuantas líneas,—las menos posibles,—á lo que hoy se conoce con el epígrafe que al margen hemos estampado.

A los atentados y gestación de las teorías anarquistas que, asentando sus reales en Barcelona, han hecho de dicha hermosa población fatídica ciudad, siguieron, y continúan aún, serie no interrumpida de crímenes inexplicables.

La explosión de bombas colocadas en diferentes sitios, la leyenda que sobre ellas se está formando, constituyen proceso laberíntico cuyo descubrimiento tal vez no se alcance en muchos años.

De atentados anarquistas no deben lógicamente ser considerados por apartarse de los medios y fines que dichas teorías persiguen. El reciente proceso de Rull y el atentado en una *golondrina* del puerto, pareció esclarecería el misterio legal en que se halla envuelto el terrorismo catalán. A la hora de escribir estas líneas, las autoridades y el jurado que intervino en el proceso Rull, tuvieron y tienen el convencimiento moral de quiénes fueran los autores de tales atentados.

Pero no hay efecto sin causa, y ésta es la que aún permanece entre nebulosidades que la buena voluntad de muchos, entorpecida por la mala de no pocos y la indiferencia del resto, no han podido hacer desaparecer.

Apúntase que el terrorismo catalán ha nacido al calor de las ideas separatistas. Todo pudiera ser, que entre los crímenes que determinadas ideas significan y los crímenes materiales, hay sólo cortísima distancia, que se encargan de salvar quienes practican la máxima de "á río revuelto ganancia de pescadores„.

CAPITULO XIII

El bandolerismo en la actualidad.

Es cuestión social.—El problema agrario.—Miseria del campesino.—La propiedad territorial vinculada en pocas manos.—Escasez de jornales.—Protección que ha encontrado siempre el bandolero.—El Vivillo, el Cristo y el Pernales.—Ambiente favorable al bandolerismo.—No es lo que fué antiguamente.—Una interpelación.—La respuesta del Ministro.

El bandolerismo, por lo menos en lo que á Andalucía se refiere *ha existido, existe y existirá*, frase del Sr. Zugasti conocedor como ninguno de la región meridional española, y que parecerá seguramente algo exagerada á nuestros lectores.

Es cierto, desde luego, que ha existido en diferentes épocas, adquiriendo algunas veces terribles proporciones, es cierto también que existe actualmente; aunque muy mitigado en sus manifestaciones en el campo; respecto á si ha de existir ó no, no queremos actuar de profetas en este asunto, aunque cabe, sin embargo, tener en cuenta que las principales causas que lo han originado, existirán durante muchos años, mientras los gobiernos españoles y en la escuela no se procuren atajarlas por todos los medios posibles.

No es poco que en la época actual se haya conseguido mermar importancia al bandolerismo. Ya sea por que *todo degenera*, según frase de un diputado andaluz en interpelación dirigida en el Congreso al Ministro de Gracia y Justicia, ya por otras causas, lo cierto es que el bandido de los campos andaluces, dista mucho de ser lo que eran los antiguos caballistas como José María y otros, y que el menos lince en estas cuestiones podría trazar sin temor á equivocarse, una línea divisoria.

Existe, ha existido y es lo más probable que exista en lo sucesivo el *chulo* de colmados y cafés cantantes de las ciudades.

Allí tiene el *matón de oficio* asegurado su porvenir sin gran trabajo. Apenas si nadie se atreve á contender con el sujeto que por un vaso de café de recuelo, alguna que otra piltrafa que el parroquiano deja en su plato y un par de pesetas á lo sumo por todo emolumento, hace de *guapo* en defensa de los intereses de la casa.

Si el que promueve el *jollín* es uno de tantos seres desheredados de

la sociedad, que tiene siempre un pie en el primer escalón del presidio, la cosa puede revestir malos caracteres y en no pocas ocasiones un provocador de estos les quita el puesto gracias á su desplante de un momento. Estos casos son raros siempre, porque unos y otros tienen por qué temer de la justicia y apenas vislumbran un uniforme ponen pies en polvorosa, y no digamos nada si el uniforme es el honroso de la Guardia civil, entonces les dura el susto tres meses.

Sus hazañas, sus grandes proezas son con los soñoritos chulos, plaga que también abunda por desgracia, pero aquí no llega nunca la sangre al río. El señorito concluye por pagar el destrozo hecho, admite una propineja y *tutti contenti*.

Esta clase de seres despreciables como ninguna, han tenido siempre arraigo en ciertas poblaciones de Andalucía; *entre croupiers, ganchos y guapos* podría formarse una buena cuerda y librar á los ciudadanos honrados de tenerse que codear en algunas ocasiones con gente tan despreciable.

El bandolerismo en los campos no es ni sombra de lo que ha sido en la antigüedad.

Las razones que se aducen para la existencia del bandolerismo, sobre todo en la región andaluza, las fundamentan unos en la falta de cultura é ilustración en las clase proletaria; otros en las costumbres, en el clima; quién considera que los gobiernos son los únicos responsables, y por último, sosteniendo no pocos que la cultura mal digerida de esos obreros, tuvo por causa el que apareciesen en aquella zona los principios socialistas revolucionarios.

Lo que no puede dudarse en modo alguno, sean cualesquiera las teorías que se sustenten acerca de este extremo, es que el estudio de la cuestión social dará la clave del bandolerismo, y que haciendo un estudio detenido (todo lo que permita la extensión de este libro), podrá sacarse como consecuencia el verdadero orígen y sostén del bandolerismo en la actualidad.

Nada tan apropósito como reproducir algunos artículos del Sr. Troyano, publicados no hace muchos años en un periódico de Madrid, y extractar aquellos conceptos que por su mucha extensión harían molesta la lectura. En estos artículos estudió el Sr. Troyano la cuestión agraria mirándola bajo diversos aspectos y sacando la consecuencia natural del por qué del bandolerismo.

Principio quieren las cosas.

Antes de empezar el estudio de la cuestión agraria, el articulista que nos ocupa había publicado algunos artículos relacionados con la industria andaluza, y á continuación vino otro en que hablando de aquella región en particular y de España en general, empezaba por sustentar una serie de principios, llamando á este país el país de las primeras materias.

Como prueba de su aserto extractamos sus conclusiones:

Tenemos en la poesía épica, la más abundante y selecta materia prima: el romancero.

Tenemos la música popular más rica, más variada, más original que tiene país alguno.

Tenemos una filosofía del sentido común de la índole más positiva fundada en la observación gruesa pero á veces muy honda de la realidad y formulada en máximas y refranes copiosísimos.

Tenemos un instinto popular guerrero que ha creado una forma entera de cruenta lucha; la guerra de guerrillas, que otros pueblos amantes de su independencia y combatidos por fuertes y poderesos han sabido ampliar y sintetizar en nuestros días.

Tenemos uno de los manantiales más abundantes en conocimientos históricos que pueblo alguno ha podido lograr.

El archivo de Simancas y el de Indias encierran la clave de la formación de las naciones modernas.

Las primeras materias en ese orden son inagotables.

Y lo mismo acontece en el orden económico.

Las primeras materias de industrias abundantísimas, las transformadas, las perfeccionadas, contadas, muy contadas.

Disponemos de todas esas materias primas en los distintos órdenes, lástima que no sepamos aprovecharlas y vengan otros pueblos superiores en el arte industrial á buscar lo que necesitan á nuestro país y que nosotros miramos con desdén.

Todas estas consideraciones que estimamos atinadísimas las hemos consignado únicamente por creerlas necesarias para el estudio de la cuestión agraria, el más árduo problema, según frase de más de un político de altura.

La cuestión agraria.

Como decimos antes, la consideramos como el más árduo de los problemas, por ser preciso ver la multiplicidad de condiciones, la dificultad de su estudio, los coeficientes inseparables, los factores, el problema, la naturaleza, el indivíduo, la sociedad y la consecuencia de los desniveles que se deducen de este estudio.

Como importancia al estudio, Don Alfonso XIII instituyó un premio, hace algunos años, á la mejor memoria que se presentase acerca del problema agrario en Andalucía.

Conviniendo en lo dicho antes, es asunto que no puede juzgarse por meras y fugaces impresiones, por datos pedidos á personas interesadas, por analogías aparentes, por sentimentalismos retóricos y principios abstractos, porque con todo ello se tendría tan solo la seguridad de ir camino del error.

Desde la psicología de la raza, hasta la naturaleza del suelo donde la acción se desarrolla; desde los desniveles de altura hasta las desproporciones en el reparto de la riqueza; desde la constitución de la propiedad rural hasta la alteración de las relaciones con el campesino; desde los atractivos de la vida hasta las dificultades de vivir; desde las disposiciones para el goce hasta las aptitudes para el lamento y la protesta; desde la estima del derecho hasta llegar al concepto de la fuerza; desde el legado de circunstancias históricas hasta la influencia irresistible del movimiento social en los demás pueblos; hay una serie de términos que exijen un análisis delicado y hondo.

Las condiciones de la vida nacional. Los gobiernos mirando antes el partido que al país, el caciquismo artificial creado á esa misma sombra

que degrada y corrompe con la acción y con el ejemplo; el fisco, ciego en la cobranza de tributos; la administración que entorpece la acción al ciudadano aparecen allí, en Andalucía, con inevitable exageración regional.

Recorriendo el país pueden verse grandes vegas de fertilidad prodigiosa, al lado de alturas, colinas y cerros de espantosa aridez.

En las tierras hondas, el calor iguala en verano al senegal y las umbrías de algunas cordilleras, disfrutan de la nieves perpétuas.

La naturaleza dá la primera nota de exageración.

Los hijos del país son generalmente de entendimiento vivo y perspicaz. En periodos en que la inteligencia ha venido á ser potente arma, es fácil presentar una lista interminable de andaluces ilustres; y si se trata de la masa popular muchos se encontrarían sorprendidos de la prontitud con que los más ignorantes se hacen cargo de lo que ni muy llano ni de un modo muy sencillo, se les dice.

"Pero el andaluz que sale tonto, dice el Sr. Troyano, es el más tonto de los mortales.„

Abunda el gracejo, aunque no tanto como se cree, pero el *sombrón*, como allí le llaman, que se cree obligado á ser gracioso, es intolerable, inaguantable, insufrible.

El tipo del fanfarrón que vocea un valor que no tiene y que quisiera tener y que ante el peligro *se echa fuera*, ha dado mucho que hablar á extraños y que sentir á los andaluces formales expuestos á serios disgustos para restablecer la verdad de las cosas.

El temple heróico se ha manifestado también entre otros, por no citar á todos, en Alvarez de Castro, Errarti, Diego de León, Narváez, Duque de la Torre, etc.

Colectivamente ocurre lo mismo.

De comarcas donde se han impuesto dos ó tres bandidos, salieron quintos de un mes á luchar en Bailén con las tropas de Napoleón y vencieron.

En el manejo del dinero los generosos abundan, los derrochadores y pródigos pululan; mas el andaluz que nace tacaño podría ofrecer nuevos rasgos al gran Quevedo. Avaro ha habido que murió de hambre teniendo las arcas llenas de oro.

En seriedad, en broma, en actividad, en holganza, en ligereza, en tenacidad, en todo, se observa la propia exageración. Nota que debe tenerse muy en cuenta para el estudio de este problema.

Otros desniveles.

Tamaños desniveles en la naturaleza habían de manifestarse en la sociedad y existen en la distribución de la riqueza, en la división de la propiedad territorial, en el reparto de la población, en la proporcionalidad, en la cultura, en todo.

Hay fortunas colosales, en cambio la miseria llega á algunos rincones proletarios á los límites de lo inconcebible.

Leguas y leguas pueden recorrerse por los campos andaluces sin vislumbrar más que una ú otra casa aislada y á grandes distancias. En cambio los campesinos se aumentan de tal modo en los centros de población, que muchas de ellas son superiores en el número de vecinos á la mayoría de las capitales de provincia.

En villas y lugares ocurre lo propio.

El campesino en cambio no alcanza los beneficios de la instrucción. En ninguna otra región existe mayor cifra de analfabetos. El contraste en ese orden es también grande; donde menos se piensa se encuentran hombres modestos, casi ignorados, de cultura extraordinaria.

"No hay que olvidar que donde hay desniveles grandes, facilmente se halla el abismo.„

Los latifundios.

Procede ocuparnos ahora, siquiera con gran brevedad, de la acumulación de la propiedad territorial en Andalucía y la que desde luego hay que buscar en causas históricas.

El latifundio es una enfermedad peligrosa de la propiedad territorial que agrava el problema agrario y que debe combatirse.

En otros paises, en Inglaterra por ejemplo, no se ha considerado ésto como un padecimiento, sino como una condición favorable al desarrollo de la agricultura, pero allí el carácter es muy distinto y el clima tampoco es idéntico, y en distintos paises, las mismas causas pueden producir distintos efectos.

Desde luego el origen del latifundio, se encuentra en los antiguos señores, á quienes los reyes cedían grandes extensiones de terreno, para que los guardasen.

Cuando vino la desamortización, hubo quien creyó llegado el momento de resolver esta cuestión importantísima para el campesino andaluz.

Un economista español, el señor Flores, propuso que se repartieran los latifundios procedentes de las comunidades en pequeñas parcelas entre los braceros, pero el Gobierno, en aquella ocasión, estaba más necesitado de dinero para sostener las guerras, que de favorecer á los españoles.

Lo único que se hizo fué que se dividiera en el mayor número de partes posibles.

No llegó á conseguirse, y aunque algunos grandes propietarios han cedido parte de sus tierras en arrendamiento, el mal no ha llegado á resolverse.

Ambiente favorable al bandolerismo.

En uno de los notables artículos del señor Troyano, á que nos venimos refiriendo, habla de que como en todas las cuestiones sociales, en el problema agrario se levanta de un lado el estado de las cosas y de otro el de las personas; junto al latifundio, el trabajador del campo, por la acumulación descompasada de la propiedad territorial, el bracero más desvalido é indiferente.

La clase obrera siente con viveza la solidaridad de clases y con mayores ó menores motivos impulsada en la misma dirección.

Esta corresponde en gran parte al anarquismo. La tendencia socialista moderna ha enviado allí sus apóstoles, cuyo éxito ha sido escaso.

El temperamento y el estado mental de la raza se adapta poco al método legal, escalonado, lento, aunque menos fecundo y consistente de la evolución.

Una amplia información mandada abrir por el Gobierno en 1903, da-

ba datos estadísticos que acusaban una superioridad numerosa, enorme, á favor de las sociedades de resistencia que con carácter libertario existen en territorio andaluz.

"El anarquismo es el socialismo impaciente y exagerado, dice el señor Troyano; por eso no encaja bien y pronto en un pais y pueblo cuya nota es la exageración„.

La ignorancia, que en el campesino obedece á causas muy hondas, la pésima organización de la propiedad territorial en muchas comarcas y los frecuentes y deplorables ejemplos de ociosidad irritante y placeres ruidosos que dan con inconsciencia funesta muchos indivíduos de casas ricas, familias acomodadas, son contínuos estímulos para la enemiga de clases.

Tal sentimiento de separación y enojo tiene raices en el pasado.

Era él, quien forjaba la leyenda del bandido generoso, hácia el cual iban en escandalosa corriente las simpatías de la plebe rural, á cuyos ojos aquél era un vengador.

Oigamos al señor Troyano:

"En ocasiones he presenciado fiestas orgiásticas, que tenían por escenario un teatro formado por el amplio y hermoso caserío de un cortijo, ó una magnífica hacienda de olivar. La manzanilla vertida á torrentes, suculentos manjares devorados, vajilla y cristalería rodando por el suelo con estrépito, á impulsos de la borrachera... Y aquellos campesinos, aquellos hombres de atezados rostros se les veía mirar á unos con envidia, á otros con tristeza, y á todos con indignación diciendo para sus adentros: "Con el dinero que aquí se derrocha locamente, mi familia y yo podríamos salir de apuros y matar muchas hambres.„

"A veces los juerguistas por jactancia relataban proezas suyas realizadas en la capital, puñado de billetes arrojados á los pies de cualquier meretriz ó sobre el tapete verde.

"Los campesinos aguzaban sus orejas para no perder palabra ni detalle de aquellas relaciones, en las que indudablemente había mucho de exageración y cuyos narradores ignoraban el daño que hacían.

"Cierto que ese tipo no abunda mucho, pero uno que grite hace más ruido que ciento callando „

En terreno así abonado y en ese favorable ambiente no es difícil comprender que adquiera facil desarrollo cualquier germen anárquico.

Recordemos para ello una sublevación de 1857, en que una partida numerosa asaltó varias casas en Arahal, cometiendo todo género de tropelías.

La época de apogeo del bandolerismo y los demás de la Mano negra de que ya nos hemos ocupado.

Como conclusión de todo saca en consecuencia el señor Troyano que el bandolerismo puede considerarse como cuestión social, influyendo en su desarrollo la escasa alimentación, la enseñanza deficientísima, el gran número de braceros y lo exíguo de los jornales, agravado todo ésto con las grandes crisis producidas por las lluvias ó por la sequía.

Una de las concausas que más han favorecido y favorecen al bandolerismo en Andalucía es la protección, no solo de la gente del campo, sino de algunos hacendados, temerosos sin duda de ver arrasadas sus fincas si delatan en ella la presencia de los malhechores.

Otras concausas.

Esta protección ha existido allí en todas las épocas.

Recientemente y con motivo de las fechorías del *Pernales*, se aseguraba por personas conocedoras del terreno, que sería inútil que la Guardia civil se esforzase en encontrar al bandido. Lo seguro era que éste no caería en poder de sus perseguidores hasta que no saliese de su esfera de acción y se alejare del término que había elegido para aterrar á los labradores.

Bueno es considerar que sin esa protección el *Pernales* se hubiese visto precisado á huir á otras tierras, y que los actos realizados por éste en los campos andaluces, como los del *Vivillo* y *Cristo* y otros, no son más que una especie de parodia de los hechos de los antiguos bandoleros.

¡Cuántos robos y delitos de diversa índole no se habrán cometido y achacado á estos nombrados, sin que ellos hayan llegado á enterarse de tales asuntos!

De quién eran tales criminales y cuáles sus hazañas, nos lo revela la prensa sensata de aquella época.

Un periódico burlándose y con razón de la aureola de que son siempre rodeados estos *héroes* de perro chico, decía lo siguiente después de hacer unas cuantas reflexiones acerca del bandolerismo, y poniéndolas en boca de un hacendado andaluz:

"La persecución del bandido había proporcionado á los campos y cortijos una vigilancia y seguridad que no conocíamos desde hace muchos años; los incendios de montes, los robos de ganado, las raterías en las eras y trojes eran un mito, porque teníamos abundancia de Guardia civil; ahora la Guardia civil quedará reducida á lo que era antes y comenzarán de nuevo los delitos innominados, incógnitos, cometidos por *Pernales* de menos fantasía, pero tan molestos y peligrosos como el muerto lo era en vida.

"La comarca de Estepa, sobre todo, necesita durante mucho tiempo una verdadera ocupación de la Guardia civil, para que los infinitos encubridores y cómplices del bandolerismo desaparezcan, y ésto es solo cuestión de tiempo, paciencia y Guardia civil.„

"Brindamos esta opinión á los poderes públicos, y felicitamos á la benemérita por el desarrollo que va á adquirir el prestigioso Cuerpo. Se va confirmando una idea de Nicolás Estévanez á raiz de abandonar las altas esferas del Gobierno en aquellos azarosos días de la República: "España puede entrar en vías de una moralidad perfecta haciendo guardias civiles á la mitad de los españoles y encargándoles de la persecución de la otra mitad.„

Todo ésto se publicaba después de la muerte del *Pernales*.

Respecto á la aureola de que no pocos corresponsales habían rodeado al último bandido de los campos andaluces, he aquí el recorte de otro periódico que no dejará lugar á dudas respecto á la *honradez* del sucesor del *Vivillo*.

"Nos quieren presentar al *Pernales*, los corresponsales, como un hombre el cual sólo se mete á robar á los ricos, estando su bolsa siempre á disposición del pobre, y dispuesto siempre también á *desfacer* entuertos cual el caballero andante de la novela cervantina.

¡Ya, ya! Que se lo pregunten á los cortijeros de Palma del Río, donde un pobre labrador, al ver que no podía sacarle dinero, fué atado, y á su presencia, el *Pernales* y demás miserables que lo acompañaban, abusaron torpemente de la infeliz cortijera. ¿Sentimientos caballerescos? También. Que recuerden esos fresquísimos corresponsales, los cuales están haciendo al *Pernales* una leyenda á lo José María, lo ocurrido al propietario Sr. Moscoso y al ganadero Benjumea.

Se les presentó exigiéndoles dinero. El primero lo tuvo encañonado con su escopeta, y al ver el "Pernales„ su decidida actitud le pidió por Dios y todos los Santos que no lo matase, pues con él nunca se había metido ni se metería. El Sr. Moscoso fué débil, lo dejó marchar, obteniendo como pago un balazo á traición. A Benjumea, que también le perdonó la vida, le pagó desporretándole unas cuantas caballerías.

Como estos hechos podríamos citar mil ejemplos que ponen de manifiesto los instintos de baja estofa que adornan á tal sujeto, pero creemos manchar nuestra pluma sólo con su nombre y hacemos alto en tal empresa, pero no sin protestar de esa leyenda que se le está haciendo alentándole y creando con ello más secuaces.

Misión alta y educadora le está encomendada á la Prensa, pero en ésto la olvida por completo. No es el camino ese; todo lo contrario.

Contando sus hazañas facilita entre la gente del campo andaluz, ya siempre al lado de *caballistas* y demás gentes maleantes, la impunidad y los alienta al encubrimiento ó al auxilio.

Más fructíferos para la sociedad serían los trabajos de la Prensa, echándole á ese y demás indivíduos de tal calaña la opinión encima y haciendo ver que tan miserable es un bandido como quien le proteje, y más culpable aún que ambos, quien le encubre. En cuanto á quien lo ensalza directa ó indirectamente, ese merece que la sociedad lo amordace como perjudicial á sus fines.

Ya el buen rey Carlos III, y eso que entonces no había periódicos, se adelantó á la época, prohibiendo por una pragmática de su Consejo que se publicasen "relatos de crímenes y romances de bandoleros y ajusticiados.„

¡No vendría mal ahora otra pragmática por el estilo para cortar el vergonzoso espectáculo que nos están dando esos poco escrupulosos cronistas del Hampa, que dedican cuatro líneas al pobre guardia civil que arriesga su vida en función del servicio, y llenando en cambio columnas y columnas para contarnos esas estupendas cosas del *Pernales*, que tiempo llegará nos lo presenten cual un Tolstoi de las andaluzas comarcas!„

Tenía razón el periódico.

Por si no fuesen suficientes los anteriores datos acerca de la *personalidad* del *Pernales*, copiamos otros párrafos de un periódico que por su sensatez merece el respeto de la opinión:

„¿Quién es? Un campesinote vulgar; un zafio ignorante, producido

por la última capa social de Andalucía; uno de tantos á quienes el hambre y la miseria arrojan de cuando en cuando en el sendero del crimen; un jornalero al que ayer quizás despreciaran ciertas clases acomodadas negándole el trabajo que de ellas solicitaba y hoy le rinden pleitesía, merced al temor que las inspira, ó por otra clase de conveniencias; uno de tantos, en fin, al que por una aberración moral inconcebible señala la musa popular de aquel país como héroe de la guapeza y de la valentía.

Fugado de la cárcel de Sevilla y puesto fuera de la ley, encuentra amparo y protección en el teatro de sus correrías merced á las amenazas que emplea contra la gente rica, más dispuesta á tratar con el bandido el seguro de su propiedad que á demostrar valor cívico para su exterminio, y por el auxilio que le presta la del campo, bien dispuesta no sólo á la admiración de sus hazañas, si que también á obtener más ó menos fruto de ellas, por las dádivas de que es objeto por parte del *Pernales*.

La mitad de las proezas que se le acumula son hijas de la fantasía de algún corresponsal á quien retoza la guasa de la tierra y sale desbordante en las informaciones transmitidas á la Prensa, ávida de noticias sensacionales.

En Puente-Genil, población relativamente populosa y de malas condiciones de seguridad para que impunemente burle un hombre, siquiera se llame *Pernales*, la acción de los encargados de perseguirle y capturarle, así como tampoco la de aquellos que, refractarios al medio ambiente del bandolerismo, no le temen ni le huyen, no han ocurrido las heroicidades relatadas, ni menos se ha atrevido el criminal á presentarse en ninguno de los cuatro casinos de aquella población en son de amenaza y desafío.

El *Pernales* no es otra cosa que un audaz recaudador de contribuciones, *per se*, el cual, una vez que explota las ventajas de su adjudicada fama y de distribuir algunas pesetas entre la gente miserable del campo que á su paso halla, corre á ocultarse en su guarida hasta que se le acaba el fruto de sus exacciones.

Hay hasta quien le niega poseer valor personal, fundamentando su opinión en el conocimiento que tiene de su vida, milagros y fechorías, explicando los arrestos hasta el presente demostrados, por lo apretado de las circunstancias que le exigieron convertirse en héroe por fuerza.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que la protección ó influencia de que disfruta entre propietarios, cortijeros y pastores, hace muy difícil su persecución por la Guardia civil, burlada hasta la fecha por los falsos informes que recibe. El celo de la benemérita, sus incansables energías y actividades, la fiebre que la domina por poner bajo el fallo de la ley á lo que es vergüenza de una sociedad civilizada, todo se estrella ante la dudosa moralidad de ciertas gentes, cómplices y encubridoras del foragido, bien por el lucro que de él obtienen, por el miedo que les inspira ó por la especial idiosincrasia que las distingue.

De aquí que el guardia civil tenga que luchar con las debilidades vergonzosas de quienes, por el temor de la venganza del bandolero en sus propiedades, aceptan el yugo de sus convenidas exacciones, ó con los egoísmos de los que disfrutan, merced á sus liberalidades, del pro-

ducto de sus fechorías, y con el arraigo de las ideas comunistas en la parte pobre de la población rural.

Añádase á todo ello el resultado de las exageraciones en que se incurren, al considerar como héroe de leyenda lo que sólo es una grosera vulgaridad, hiriendo de este modo la imaginación excesivamente meridional de los habitantes del campo andaluz, en quienes los progresos modernos no han destruído aficiones y reminiscencias al caballista y de admiración á sus fechorías ó guapezas, y se comprenderá lo muy difícil que es para la fuerza pública despejar tales incógnitas en el problema llamado á resolver.

. . . . . .

Y á buen seguro que el *Pernales* no lo habría de pasar muy bien, como igualmente sus secuaces, cómplices y encubridores, si energías fueran arbitradas, atribuciones concedidas y apoyo se prestara al organismo que tiene como exclusivo y primordial encargo el extirpar la cizaña social en cualquier campo que se produzca.„

Todas estas opiniones recogidas aquí bastan á confirmar lo que hemos dicho respecto al bandolerismo, pero como lo que abunda no daña, á continuación damos unos párrafos de un artículo publicado por el periódico *España Nueva* con motivo de la muerte del *Pernales:*

"...No, no hay razón por parte del Gobierno, que da importancia á estos sucesos, ni por la del pueblo, que agranda y glorifica estas tristes figuras.

Han muerto al *Pernales*, y no hay que llevarlo á la leyenda. Como dice muy bien *El País* esta mañana, más digno es de admirar el pobre guardia que se expone á morir, en cumplimiento de un deber, por tres pesetas; tanto más de admirar, añadiremos, cuanto que estos pequeños destacamentos de cuatro ó cinco hombres, van al peligro casi, casi voluntariamente, pues nadie los ve, nadie los vigila, y bien pueden, si quieren, esquivar el peligro y quedar bien, diciendo: "Buscamos al bandido. ¡No lo hallamos!„

Y en cuanto al bandolerismo andaluz, sepan todos que con el bandido muerto ayer no ha terminado. Ese bandolerismo durará mientras duren el caciquismo, la explotación y la miseria, por un lado; y por otro, la falsa moral, el prestigio de la leyenda caballista, la incultura y la ignorancia de los camperos andaluces.

El día que ese obrero aprenda á leer, se ilustre un poco, adquiera ideas más justas acerca de la lucha social y se organice, el bandolerismo andaluz habrá concluído...„

Una interpelación.

No podemos terminar el presente capítulo sin recoger una interpelación dirigida en noviembre de 1906 al entonces Ministro de la Gobernación señor conde de Romanones.

Lo más esencial y de interés para los lectores está en la réplica del Ministro, que damos con la extensión posible, aunque no es toda la que se merece y para ello nos vemos obligados á recoger aunque muy sucintamente lo dicho en la interpelación.

Después de los artículos á que hacemos referencia al principio del capítulo, la cuestión obrera se había agravado en la Andalucía y aparte

de las exageraciones que lleva consigo las noticias cuando son transmitidas á grandes distancias, lo cierto era que una sequía pertinaz hacía imposible las labores del campo y además como si ello de por sí fuese poco, la langosta había venido á aumentar las desdichas.

Millares de trabajadores se replegaban á las poblaciones aguijoneados por el hambre.

Se proponían al Gobierno miles de soluciones, entre ellas la repoblación del arbolado. Pero estas medidas en circunstancias tales, de poco podían servir.

La huelga era general, los pastores abandonaban los ganados confiados á su custodia, y no pocas familias acomodadas se refugiaron en distintos puntos, temerosas de que el mal revistiese caracteres gravísimos, que de por sí ya eran graves.

Llegó ya á un extremo, que hubo necesidad de acudir á la fuerza armada para reprimir los desórdenes.

Una consecuencia inmediata fué el recrudecimiento del bandolerismo, pero el bandolerismo de secuestros de otras épocas, sí el robo y más que nada instigado por el hambre.

¿Que hubo quien continuó sus fechorías, confiado en la proteccción que habían de dispensarle, ó en el miedo que pudiere causar á los campesinos? ¡Quién lo duda!

Pero este bandolerismo, repetimos, no es, ni con mucho, el antiguo, y solo risible es el que ha perturbado la paz de los campos recientemente.

....Y pasemos á la interpelación.

Habló el diputado sevillano, en primer término, de abusos de ciertas autoridades, que no son objeto de nuestra incumbencia, y se lamentaba de haber sido reducidas á prisión personalidades importantes de aquella provincia, acusadas de encubrir en sus fechorías al *Pernales*.

Hablaba también del nombramiento de un juez especial y decía que en la cárcel de Estepa había *ochenta y tantas personas con más ó menos gravedad de confabulaciones y compromisos punibles*.

Y añadía:

"Pero hay más; el *Fernales*, ese famosísimo bandido, es un *hombre político, cacique importante* dentro del partido de Estepa, y mi compañero el señor H... acaso lo sepa.

El *Pernales*, y claro es que no quiero decir con ésto ¡Dios me libre! que por los amigos del señor aludido se le guarden al bandido consideraciones y respetos, domina á muchísimos elementos de Estepa, por las simpatías ó el terror que les inspira; el *Pernales* le ha proporcionado al referido señor votos para que triunfe.

"El aludido: "Eso es completamente falso.„ Eso no es falso, y yo tengo pruebas de que es verdad. Responde de mis palabras toda la opinión honrada de Estepa, Sr. Juárez, y tengo aquí documentos en que hay testigos que lo acreditan.

. . . . . .

El *Pernales* es un agente electoral de influencia política; es un hombre que ha sido preso por la Guardia civil dentro del casino donde se reunían los amigos de S. S. en Estepa. No negará S. S. que fué preso el

día de las elecciones, precisamente cuando acababa de cometer el hecho brutal y monstruoso de Cazalla.„

Después, en su interpelación elogiaba el diputado al teniente de la Guardia civil de Estepa señor Romero que en el término de tres meses escasos había dado cuenta de siete famosos bandidos.

Estas alabanzas iban unidas á censuras á otro digno jefe, que solo consignamos aquí para que los lectores puedan juzgar de la contestación del Ministro.

Respecto á las denuncias hechas consignemos una que reviste gravedad y que fué también oportunamente contestada.

Decía que hallándose el juez especial acompañado del secretario, del teniente, del capitán de la Guardia civil y del juez del distrito "..... el *Pernales*, esa ladrón famoso y sanguinario, con toda libertad, tranquilidad y cinismo, con la seguridad del hombre que marcha por su propia casa sin peligro ninguno, estaba en la acera de enfrente, y estuvo allí mucho rato divirtiéndose, hasta el punto de que (el señor Cobián lo ha contado) la gente del pueblo, que se percató de aquella imprudencia verdaderamente temeraria del *Pernales*, fué por él, y algunos amigos suyos llegaron á donde estaba y tuvieron que forcejear con él para quitarle de allí.„

Después de todas estas denuncias hablaba de la escasez de sueldo de los guardias civiles, de la carestía de la vida y de la infinidad de contratiempos con que tienen que luchar los indivíduos del benemérito instituto, pidiendo al mismo tiempo á cada guardia "que sea un Argos, que todo sea ojos, que lo vea todo y lo pueda prever todo.„

La contestación del Ministro.

Llegamos á lo más culminante de este capítulo, la respuesta dada por el Sr. conde de Romanones á la interpelación del diputado sevillano.

Empezó el Ministro por lamentarse de las acusaciones dirigidas á un funcionario de la carrera judicial.

"¿Creen los señores diputados que es posible que el ministro de Gracia y Justicia oiga tranquilo y sereno estos ataques? Porque si el procedimiento se generaliza, ¿quereis decirme, señores diputados, á dónde iría á parar el prestigio de todo el Poder judicial? Pues ese prestigio de todo el Poder judicial nos interesa á todos defenderlo sobre todo.

"Pero vamos al fondo del asunto. Yo no quisiera hablar de la situación del bandolerismo en Estepa: es una página muy triste de la historia de España. ¡Ah, señores diputados, si yo pudiera traer aquí, á vuestra consideración y conocimiento, la Memoria que ha escrito el Sr. Cobián, qué cosas pensaríais vosotros! Porque yo os puedo asegurar que de cuantas cosas he leido, ninguna me ha producido una impresión tan penosa como esa Memoria.

"¡Que no hay bandolerismo en Estepa! Según nos anotaba, no hay más que un bandido, rodeado de otros cinco ó seis, que hacen de aquella tierra teatro de sus hazañas. Pero ¿es que acaso hemos olvidado lo que por desgracia ha sucedido en Estepa en la historia del bandolerismo? ¿Es que no saben los señores diputados que en Estepa el bandolerismo ha venido siendo endémico y que Estepa ha tenido la desgracia

de padecer, siendo teatro de sus hazañas, á la mayor parte de los que se han convertido en héroes populares en Andalucía?

"Pues continuadores de aquellos bandidos, aunque sin tantos arrestos como ellos, porque todo va decayendo, como dice el ilustre magistrado que ha redactado esta Memoria, y desde luego con menos generosidad, son los que hay allí, uno, el *Vivillo*, y otro, *Pernales*. Y en efecto, hace más de diez años que el *Vivillo* y sus secuaces vienen cometiendo toda clase de fechorías por aquellas tierras.

"La causa de ésto, la esencia y la médula de todo ésto, que precisamente se desprende de las palabras de S. S., no está en los bandidos ni en el terreno, sino en la funesta protección á aquéllos, y así se deduce de cuanto acerca de ésto se oye y del mismo discurso de S. S. Porque en otras regiones, si surge un malhechor, no prestándosele auxilio por sus convecinos y conterráneos, en poco tiempo cae en poder de la justicia; pero es que en Estepa,—y en ésto no hay ánimo de ofender á los vecinos de aquel pueblo, pero eso consta en un documento oficial,—los bandidos encuentran, por una serie de causas, una protección que no tienen en otras partes. De ahí que el lenguaje vulgar en aquella comarca, reflejando ese estado de cosas, á los bandidos no les llama así, les llama *muchachos*, ó á lo más, se les llama *caballistas*, y cuando realizan una de sus hazañas suele decirse que han realizado un *negocio*, y así sucesivamente van obteniendo una disculpa ó aureola tal, que un bandido, cuando es objeto de persecución, tiene en Estepa, por parte de algunas personas que debieran ayudar á la acción de la justicia, amparo que estorba la eficacia de ésta.

"Hay en ésto el influjo de preocupaciones y tradiciones deplorables, hasta el punto de que, por ejemplo, (también se dice eso en esta Memoria), en Estepa, cuando se va á visitar una de las imágenes más veneradas de aquella región, se muestra á la consideración y á la admiración de los visitantes las alhajas que regaló en tiempos á aquella imagen el célebre José María ó Caballero.

"Desde que yo era ministro de la Gobernación venía preocupándome mucho la situación de Estepa, y el caso, verdaderamente extraño y raro, de que el *Vivillo* estuviera por todas partes y no se le encontrara en ninguna, y el de que el *Pernales* cometiera hechos tan infames como el que cometió en Cazalla, que revela la mayor perversidad que puede tener el más empedernido bandido, y, sin embargo, se escapó y no pudo echarle mano la Guardia civil.

"Ocurrió también en aquel entonces el asesinato de un cortijero que se llamaba el *Nazareno*, mientras sus autores continuaron viviendo en libertad verdaderamente inconcebible. Conferencié entonces muchas veces con el director de la Guardia civil y con el digno gobernador de Sevilla. El gobernador puso todo su empeño en la persecución de estos bandidos, y me aseguró á mí que por parte de la Guardia civil no se podía hacer más de lo que se hacía; que ese teniente coronel, á quien Su Señoría no ha otorgado hoy título de aptitud, trabajaba con verdadero celo y actividad. Y ahora viene bien que yo recoja los ataques que Su Señoría ha hecho á la Guardia civil, porque yo soy de los que creen que la Guardia civil es el instrumento más necesario de gobierno en España,

y que sin ella no se puede hacer aquí nada. Soy entusiasta defensor de la Guardia civil; la defendería tal vez incluso en algún caso en que no tuviera razón; hasta ese punto tengo entusiasmo por ella, y estoy convencido de que es un elemento utilísimo. Pues ese teniente coronel, que lleva más de un año dedicado á este penoso servicio, y que, además de estar destinado en Sevilla, está en Estepa, ha sido tratado injustamente hoy por el Sr. Serrano Carmona, que se habrá quedado tan tranquilo.

"Pero se ponía en contradicción S. S., porque ha dicho que hasta el mes de marzo la persecución de la Guardia civil era activa y eficaz, y que luego con el cambio de teniente, ya todo varió. Pues en el mes de marzo, y antes, el jefe era ese teniente coronel y es extraño que habiéndole considerado activo y celoso hasta esa fecha no lo sea hoy, como dice S. S. En cuanto á la Guardia civil, no es poco lo que S. S. ha manifestado. Decía S. S.: "yo no quiero dirigir ningún cargo á la Guardia civil, pero al fin y al cabo son hombres y como son hombres y están mal pagados, nada tiene de extraño que no cumpla con su deber„; esa es la consecuencia que se deriva de lo manifestado por S. S.

"Yo tengo que decir á S. S. que la Guardia civil cumple y ha cumplido siempre con su deber. Lo extraordinario es que cumpla con su deber con esos 8, 9 ó 10 reales que, según S. S., gana. Aunque ganara más no podía prestar más y mejor servicio. Pero hay que ver en qué condiciones se mueve en Estepa la Guardia civil; elementos extraños en una población tan numerosa como Estepa, donde pueden entrar los bandidos y tener casas que les alberguen, donde van á los cortijos los guardias y si preguntan si ha pasado por allí *Pernales* se lo niegan los cortijeros amenazados, y lo niegan por ésto, aunque esté dentro del cortijo, donde, por razones que después indicaré para justificar el hecho, hasta ricos propietarios se ven obligados á prestar á los bandidos cierta protección y hasta ampararlos para evitar daños mayores ¿qué va á hacer la Guardia civil, cuando si hay siete bandidos hay tantas dificultades para su persecución? *(Un Sr. diputado:* Demasiado hace.)

Y pasando á otro asunto:

"El Sr. Cobián fué allí, estuvo un mes, indagó, hizo toda clase de averiguaciones y de investigaciones, estudió uno á uno los sumarios, oyó á todo el mundo, y después de ésto escribió una memoria que es un documento curiosísimo, de mucho mérito por su imparcialidad, que quizá alguna vez extrañe por su franqueza y su energía, pero la franqueza y la energía antes son condiciones dignas de elogio que vituperables en un magistrado que cumple con su deber. Y en ese documento se dice en conclusión al ministro de Gracia y Justicia que no ha lugar á mover á ese juez de Estepa, á quien S. S. trata aquí con tanto apasionamiento.

"Ahora los Sres. diputados dirán si yo debo recoger el ruego del Sr. diputado de que nombre un juez especial para que pudiera suponerse que concluiría quizá nombrando juez á un amigo de S. S., ó si, por el contrario, debo hacer lo que en el citado documento se me dice con razones que para mí son de grandísimo peso.

"S. S. ha entrado aquí á analizar el sumario, apreciando autos que no son definitivos, y yo sobre ésto también llamo la atención del Parla-

mento. Este es un malísimo precedente, es confundir las funciones fundamentales del Parlamento con las del Poder judicial; porque yo creo que S. S. como diputado tiene derecho á exigir del ministro de Gracia y Justicia responsabilidad por todo, incluso por las cosas que hagan los funcionarios que están á sus órdenes ó que dependen de él, si no les ha castigado; pero lo que yo creo que no es función del Parlamento es esta intervención en los procesos cuando estos procesos no están terminados; porque la resultante de esta discusión ¿quién duda que puede ser quizá en algunas circunstancias especiales, por ejemplo, cuando se trate de magistrados de ánimo apocado, bien por lo que diga el diputado ó bien por lo que diga el ministro, de funestos resultados para la Administración de justicia?

"S. S. no tiene derecho á dar ejecutorias de honradez á los que están sometidos á la acción de los tribunales (se refería á los detenidos en la cárcel de Estepa) de justicia por muy amigo que sea de ellos. Sí, en el día de hoy ha cometido un grave error. No estaba este problema en condiciones de traerlo al Parlamento. Algún día lo estará, quizá hoy lo esté en otros conceptos, pero no lo puede estar en el concepto á que S. S. aludía.

"Yo no tengo que decir á S. S. más que una cosa, y es que creo que las autoridades judiciales han cumplido con su deber; debo entender y entiendo que lo ha cumplido perfectamente ese juez, mientras no se pruebe lo contrario, y por quien debe probarse y ojalá pudiera decir lo mismo de S. S. si hace justicia á los que con más pasión sin duda que propósito ha agraciado hoy con sus palabras.„

Hemos dado cuenta de la interpelación por considerarla de interés, y con ella creemos hecho el estudio del bandolerismo andaluz en la época actual.

Para terminar.

Hemos señalado las principales causas, la cuestión social, la miseria del campesino, la protección del bandido y como consecuencia de todo, la existencia de los malhechores, que como se verá no son, ó mejor dicho no han sido, sino un recuerdo de lo que antiguamente fueron los caballistas.

Quiera Dios que con el tiempo no nos veamos precisados á añadir otra página más á la historia sobre este asunto.

PARTE CUARTA

CAPITULO I

Fechas más salientes en la historia del Instituto.

Servicios en campaña.—Africa.—Los Hierros.—El carlismo.—La noche de San Daniel.—La sublevación de Villarejo.—El pronunciamiento de San Gil.—El golpe de Pavía.—Salamanca.—Alcalá del Valle.—Otras fechas y varios hechos.—Cuatro consideraciones.

En capítulos anteriores y especialmente en el IX, hemos tocado á la ligera algunos de los importantes servicios de que puede enorgullecerse la historia del Instituto. Fuérale grato al autor, día por día, sin omisión de hecho alguno y señalando hasta los menores detalles, amén de no dejarse nombre alguno en el tintero, relatar tánto y tánto servicio como han venido realizándose en el transcurso del tiempo mediado desde la fecha de la creación del Cuerpo hasta hoy.

Pero precisaría para ello una extensión que no disponemos, limitada como fué ésta desde que apareció el primer cuaderno de la obra. Constituiría además, trabajo de índole distinta al que el autor se ha impuesto, y que solo quiere con ello reconstituir el armazón de la historia de la Guardia civil, para que sirviendo como índice, ello permita á otros de mayores condiciones, dar los vuelos que la obra merece.

Tal vez, pasado algún tiempo, el autor acometa la empresa, que materia abundantísima para unos *Anales* de la Guardia civil existe en los historiales de los tercios, *Boletines oficiales* y en el Archivo del Cuerpo, organizado hoy, gracias á la perseverante labor del comandante Sr. Morell y Agra. Entretanto y ante la imposibilidad de ello por las razones apuntadas, ha de limitarse el autor á ceñirse á unas cuantas fechas, que como jalones fueron trazando la historia del Cuerpo.

Y puesto el modestísimo cronista en camino de aclaraciones y exposición de programa, permítale el lector una última digresión. Las fechas que siguen han sido escogidas precisamente, para evitarse la cita de nombres.

Todos, absolutamente todos, cuantos tricornios llevan, cuentan en su más ó menos dilatada carrera, con rasgos de abnegación, servicios que honrarían cualquier hoja de servicios por lo brillantes, y que desarrollados en la obscura labor que la tradicional modestia del Cuerpo impone, no han trascendido cual merecieron. Citar á unos y olvidar á otros pudiera tomarse cual lisonja hacia los primeros y desafección hacia los segundos. Con tal dilema, preferible es cortar por lo sano y ceñirse á esas fechas que del dominio público fueron desvirtuadas por los apasionamientos de momento, á que tan propenso es el espíritu público.

Y basta de preámbulo.

Servicios en campaña.

De pocas instituciones podrá decirse como de la Guardia civil que cual el ungüento amarillo—según el popular dicho—sirve para todo. Fecunda nuestra historia patria en motines, pronunciamientos y hechos intestinos, para acallar unos y combatir sosteniendo el poder constituido otros, ha dado brillantes y continuadas muestras.

Concentrada en las capitales de provincia desde los primeros momentos la fuerza, registránse multitud de casos en que pequeñas columnas del Cuerpo, efectas á otras de diversas armas, demostraron que no en valde los viejos veteranos del Instituto aquilataron y elevaron las condiciones innatas al soldado español en su vida de constante servicio. La campaña carlista, Cuba, Puerto Rico, amén de los encuentros á que dieron lugar las sacudidas contra los gobiernos constituídos, permitirían no pequeño márgen al historiador para demostrar la verdad de un incontestable argumento que fué lanzado hace pocos años en el Parlamento y que diferentes hombres políticos y periodistas han recogido.

"Es estar fuera de la realidad negar aumentos de Guardia civil en España, dadas las condiciones del país y las virtudes inconcusas y sin precedentes de tan distinguido y abnegado cuerpo. En tiempo de paz servirá para garantir la seguridad pública. Con ella, cuando el caso llegue, tendrá el país un cuerpo de tropas excelentes que es imposible pueda reunir arma alguna por su instrucción, hábitos militares y costumbres guerreras.

Argumentar que es un soldado caro, es mirar las cosas superficialmente. Véase lo que en conjunto cuestan al país sus 18.000 hombres (eran los que entonces había) y después compárese lo que en globo cuesta igual contingente de tropa regular, con sus cuadros, almacenes, depósitos y cuantos anexos precisan.....

Es argumentar con ventaja manifiesta, tratar de comparar las *sobras* del soldado con el haber de un guardia, sin tener en cuenta que aquél no sólo con las sobras vive y el guardia sí con el haber....."

Hasta aquí lo dicho sin quitar punto ni coma, pero lo repetimos, seguir por este camino es apartarnos de nuestro objetivo.

El primer servicio de campaña desempeñado por la Guardia civil, prestando en un ejército de operaciones el propio del Instituto, se remonta al año 1847 con motivo de la expedición de Portugal.

La llamada insurrección del Miño en mayo de 1846, produjo el levantamiento de la provincia de Beira, levantamiento al que se reunió

parte del ejército, cundiendo rápidamente la insurrección y viéndose Lisboa seriamente amenazada.

Es indudable—dice un historiador—que el combate de Torres Vedras, ganado por el mariscal Saldanha, jefe de las tropas liberales, salvó el trono, próximo á derrumbarse, de doña María de la Gloria; pero con todo, los escasos recursos de que el Gobierno de S. M. F. podía disponer, ocupado como se hallaba en combatir al partido miguelista, en armas en las provincias del Miño, Tras-os-Montes y Sierra de la Estrella, fueron parte poderosa á que la lucha tomase un carácter muy pronunciado á favor de la junta revolucionaria de Oporto.

Era España entonces no más rica ni próspera, pero sí más atrevida y, por lo tanto, más respetada que ahora, ni gustaba tampoco del aislamiento político á que sus modernos estadistas la han condenado. Así no es extraño que por vía de precaución reuniera un cuerpo de ejército de unos 11.000 hombres frente á la frontera portuguesa desde Salamanca á Zamora, el cual, á las órdenes de D. Manuel de la Concha, y después de algunas negociaciones de nuestro Gobierno con los de Francia y de la Gran Bretaña, penetró en el vecino reino en junio del siguiente año, para combatir la revolución y asegurar la corona en las sienes de la joven reina doña María.

La campaña, hábilmente dirigida, terminó en breve tiempo por el convenio llamado de Oporto, dejando nuestras tropas, al retirarse de aquel país, gratísimos recuerdos por su buena instrucción, su moderación y su disciplina

Entre ellas figuró, prestando su especial servicio, un destacamento de la Guardia civil formado por dos secciones de gente escogida y veterana.

Designáronse al efecto, en virtud de real orden de 30 de mayo, dos oficiales con cuarenta indíviduos de caballería, á las órdenes del segundo capitán del escuadrón del primer tercio D. Francisco Aguirre. "De la acertada elección de los guardias que han de marchar al Ejército, decía el Duque de Ahumada en sus prevenciones á los jefes de los tercios, depende exclusivamente que el lustre del Cuerpo se cimente en los ejércitos, como lo va consiguiendo en las provincias.„ Y así fué, pues aquella corta fuerza, por su severo porte, correcta disciplina y exactitud en el servicio, se granjeó la estimación y el respecto de sus compañeros y la consideración de los extraños, en el país ocupado.

De esta época datan las instrucciones para el servicio de campaña, que, circuladas por real orden del Ministerio de la Guerra de 7 de junio, fueron en lo sucesivo adicionadas á la Cartilla. Escrita expresamente para el servicio del instituto en el ejército expedicionario de Portugal, allí fué donde por primera vez se aplicaron.

La Guardia civil en Africa.

La gloriosa, rápida y aunque poco eficaz por sus resultados, campaña de Africa (1859-60) que llevó nuestras armas desde el Serrallo á Wad-Ras de victoria en victoria, dió margen á que la fuerza del Instituto pudiese acreditar una vez más su valía.

Tres cuerpos de ejército, una división de caballería y otra de reserva constituyeron el ejército expedicionario á las órdenes de O'Donell, que

tomó parte en la lucha y desde los primeros momentos, septiembre de 1859, fueron destinadas al "cuerpo de observación sobre la costa de Africa„ que se organizaba en el campo de Gibraltar, dos secciones de la Guardia civil, una de infantería de 36 hombres, y otra de 25 de caballería, á cargo cada una de ellas de un teniente, y ambas al de un segundo capitán de infantería, las cuales fueron reforzadas, por real orden de 28 de octubre, con 39 indivíduos de infantería y 45 de caballería, designándose un primer capitán (comandante) para el mando de toda la fuerza del Instituto destinada á aquél ejército.

Constituyéronse, pues, una compañía de infantería y un escuadrón de caballería, que fueron distribuídos por secciones en los cuarteles generales, permaneciendo el núcleo principal á la inmediación del general en jefe.

El servicio de campaña que marca el reglamento comenzó á prestarse con la mayor exactitud, ya en las marchas, recogiendo y haciendo incorporar á los rezagados, ya en los campamentos, prestando en ellos el servicio de vigilancia y policía que aquél prescribe.

"Aquí, dice una correspondencia dirigida al periódico *Las Novedades* desde los llanos de Tetuán, se ha improvisado una verdadera ciudad con sus casas, sus calles, sus plazas, su palacio (la tienda del general en jefe), su iglesia, sus mercados y hasta su *guardia urbana*, que á decir verdad, llena mejor su cometido que la que estamos acostumbrados á ver funcionar en nuestras capitales. Es ciertamente curioso contemplar cómo estos guardias civiles, hechos en los despoblados á la persecución de criminales, aquí después de batirse bravamente al lado de sus compañeros del ejército en los días de combate, distribuídos por parejas, ponen orden en los mercados, mantienen á raya á los vivanderos, impidiendo todo abuso, y desempeñan los servicios de vigilancia y policía en el campamento.„

Más de una vez, en efecto, mereció elogios la Guardia civil del ejército de Africa, por la exactitud con que desempeñaba su cometido, de los generales á cuyas órdenes se hallaba, alcanzándolos muy expresivos del inglés Mr. Codringthon, Gobernador de Gibraltar, á quien escoltó en su visita al campo en 30 de enero de 1860.

Después de la toma de Tetuán, prestó servicio en las calles de la población, para mantener en orden á moros y judíos, arrostrando no escasos peligros, que algunos indivíduos pagaron con la vida, cuando rechazadas las proposiciones de paz el 23 de febrero, el enemigo, de acuerdo con los habitantes mahometanos, intentó el bloqueo de la ciudad.

Aunque no destinada á batirse en primera línea, á causa de la especialidad de su servicio, la Guardia civil del ejército de Africa, y particularmente la de caballería que formaba el núcleo de las escoltas del general en jefe y comandantes generales de cuerpo de ejército, tomó parte en casi todos los combates de aquella gloriosa campaña; pero donde se distinguió de modo extraordinario, llamando la atención del general en jefe, fué en la célebre carga del 23 de enero contra el grueso de las fuerzas enemigas.

Era en los llanos de Tetuán, y el general O'Donnell, tanteando las posiciones del adversario, preparaba su famosa batalla del 4 de fe-

brero siguiente. Un batallón del regimiento de Cantabria, acosado por fuerzas extraordinariamente superiores y en situación muy comprometida, tuvo que formar el cuadro, y entonces el bravo brigadier Romero Palomeque, con la Guardia civil del cuartel general, dos escuadrones de lanceros de Farnesio y una sección de Albuera, se lanzó á la carga arrollando y destruyendo cuanto encontró á su paso. El batallón de Cantabria se vió libre y el enemigo quedó completamente derrotado.

En aquellos gloriosos hechos se destacó notablemente el entonces teniente del cuerpo D. Teodoro Camino, que más tarde había de figurar en las listas del Estado Mayor general y quien en Wad-Ras cargó al frente de sus guardias nada menos que doce veces contra numerosos ginetes marroquíes.

De este brillante oficial, dice D. Pedro Antonio de Alarcón en su *Diario de un testigo de la guerra de Africa* las siguientes frases.

"Iba de práctico el bizarrísimo comandante de la Guardia civil don Teodoro Camino, de quien me atrevo á asegurar, que es el oficial nuestro que más enemigos ha matado por su mano en esta guerra.„

No debemos cerrar esta parte dedicada á relatar los hechos más salientes prestados por la fuerza del Cuerpo al frente de los ejércitos en operaciones, sin citar la relativa reciente campaña de Melilla en que individuos del 14.° Tercio prestaron el servicio que el Reglamento de campaña previene al lado del cuerpo expedicionario. Rápida y casi fugaz fué aquélla, no existiendo ocasión de salientes hechos de armas. Sin embargo, el anónimo y concienzudo servicio de los indivíduos, mereció unánime y oficial elogio de los jefes que presenciaron su labor y del general en jefe.

En Melilla y Ceuta después, y hasta el día, las fuerzas allí destacadas, suman á su peculiar servicio el que está marcado en el citado reglamento de campaña. Su rudo trabajo es inapreciable.

Partidas de latro-facciosos.

En la rápida exposición que venimos haciendo de las etapas más salientes del servicio del Cuerpo, merece especialísima mención los trabajos para la extinción de partidas de latro-facciosos, esos sidimentos de nuestras intestinas luchas internas.

A raiz, y como epílogo de las mismas, registráronse en todas las provincias multitud de ellas que no dieron poco que hacer á la Guardia civil poniendo á prueba su meritoria labor. Destacóse entre todas, las que se alzaron en las provincias castellanas por los años 1855 y 56 denominadas de *los Hierros*.

Figuraba—dice el señor Iglesias ya varias veces citado en este libro —entre las fuerzas del Cuerpo destinadas á su persecución, el sargento segundo de caballería del 8.° Tercio D. Víctor Villegas, con varios indivíduos á sus órdenes.

En 26 de abril del 55 consiguió darla alcance en el pueblo de Palacios del Alcor (Palencia), en ocasión de no llevar más que cuatro guardias, uno de ellos su hermano Mariano Villegas, y sin arredrarle el mayor número de sus contrarios cargó sobre ellos denodadamente. A los primeros disparos cayó muerto el guardia Villegas y gravemente herido otro llamado Lozano, lo que, lejos de arredrar, enardeció más el valor

del sargento y de los dos guardias que le quedaban, quienes sostuvieron un furioso combate hasta poner en fuga á sus adversarios. El bravo Villegas, sólo se detuvo en el pueblo más inmediato el tiempo necesario para hacerse vendar cuatro heridas que había recibido, montando inmediatamente á caballo para continuar la persecución.

El hecho fué de tal importancia, que los latro-facciosos no volvieron á pisar el territorio de la provincia.

Pero internados en la de Burgos, donde lograron rehacerse, fué preciso organizar varias columnas para perseguirlos, unas compuestas exclusivamente de fuerzas del Cuerpo, otras cuyo núcleo lo constituían compañías ó destacamentos de las de la guarnición. Una de éstas, compuesta de treinta cazadores, treinta caballos del regimiento de Sagunto y diez guardias, alcanzó á los *Hierros* el 30 de mayo del año citado en el pueblo de San Millán de Lara. "Al entrar la columna en el pueblo, los facciosos, perfectamente atrincherados, causaron en la caballería varios muertos y heridos, dispersándola completamente, pero llegado que hubo el teniente con solos los diez guardias, no obstante encontrar desordenada la fuerza de infantería y caballería del Ejército, atacó bizarramente, consiguiendo restablecer el honor de las armas sobre el campo y, en rudo y desigual combate, recuperar algunos prisioneros (1).„

La persecución de los *Hierros* continuó con vigor, pero sin que fuera dable todavía en algún tiempo consumar la destrucción ó rendir á aquellos tenaces bandoleros.

En 30 de noviembre, en la misma provincia de Burgos, el teniente D. Antonio Venero trabó combate con parte de ellos en el pueblo de Villasandino. A los primeros disparos cayó atravesado por un balazo este bravo oficial; más el sargento segundo de caballería, D. Pedro Nieto, que le sucedió en el mando, continuó la lucha, y, apoderándose de los criminales, los pasó por las armas á la vista del cadáver de su teniente, servicio que le valió ser recompensado con la cruz de San Fernando.

Todo el año siguiente de 1856 puede decirse que la fuerza del Cuerpo en Burgos no tuvo otro fin que la destrucción de estos latro-facciosos. Hábilmente dirigidos por Villalaín y con la protección de gran parte del pais, al que se imponían por el terror, lograban eludir la persecución incesante de que eran objeto. Su último hecho de armas fué en diciembre de aquel año, en Cubillo la César, donde murió gloriosamente el valiente capitán del Cuerpo D. Miguel Góngora. Una fuerza de veinte caballos con el comandante D. Sixto Jiménez, el citado capitán y quince infantes con el subteniente D. Juan Rodríguez les dió alcance en aquel punto, causándoles un muerto y haciéndoles un herido y un prisionero y dispersando á los restantes.

La muerte de Góngora, muy querido de sus jefes y subordinados, dió nuevo aliento á los guardias, deseosos de vengarla, pero ésto no llegó á suceder: acosados los *Hierros* y sin esperanza ya de salvación, gestionaron su indulto, que les fué concedido.

---

(1) *La Guardia civil.—Historia de esta institución.*—Madrid, 1858.

El carlismo.

Desde el año 1847—tres después de la fecha en que fué creado el Instituto—año en que se registran los primeros hechos de armas del Cuerpo contra los *carlistas* que con el dictado de *montemolinistas* se levantaron proclamando rey de España, bajo el dictado de Carlos VI, al Conde de Montemolín hijo del primer Pretendiente, hasta la última intentona del titulado general Moore en Cataluña (diciembre de 1906), que el teniente Maillo con un puñado de guardias se encargó de sofocar en pocas horas, prestando meritísimo servicio que no se apreció en lo que valía y cuyos alcances no es dable apreciar, ha tocado siempre al Cuerpo prestar el servicio más arriesgado.

Sufriendo los primeros chispazos, desempeñando el penoso servicio de vanguardia por el conocimiento que del terreno tuvo y tiene, sirviendo de guía, operando por cuenta propia y portándose siempre con su acostumbrada bizarría en nuestras fratricidas guerras civiles, ha rendido inapreciable labor. He aquí unos pocos hechos como muestra.

Era por el año 1848. En armas los partidarios del absolutismo, se hallaban concentradas en la Corte las dos compañías que su servicio prestaban en Extremadura y dando el peculiar del Cuerpo en aquella región el escuadrón de la misma.

Contando la causa del Pretendiente numerosos adeptos en la Mancha, quiso el cabecilla Peco, titulado brigadier carlista, pasar la frontera portuguesa por las inmediaciones de Alburquerque al frente de numerosos partidarios y antiguos facciosos carlistas.

Dieciocho jinetes de la Guardia civil al mando del teniente D. Francisco de Paula Córdova y alférez D. Francisco Palomo, dieron alcance á la partida en las inmediaciones de Campanario, destrozándola completamente, haciéndoles nueve muertos, cuatro prisioneros, apoderándose de diez y seis caballos y rescatando un carro de caudales.

De excepcional importancia debe calificarse un meritísimo servicio prestado contra los carlistas el año 1855 en Aragón por fuerzas del 6.° tercio, y que hizo variar completamente la prevención injustificada que contra el Cuerpo se tenía, á causa de haberse opuesto, cual era su deber, á los primeros sucesos de la revolución triunfante.

Levantadas en dicho distrito varias partidas carlistas, entre ellas una compuesta por dos escuadrones sublevados del regimiento caballería de Bailén y cazadores de Aragón, dispúsose el Capitán general á batirlos.

Organizó, al efecto, una fuerte columna de la Milicia Nacional de Zaragoza y como escolta suya salieron con dicha autoridad doce guardias civiles al mando del teniente Moreno.

Falta de cohesión y disciplina la Milicia Nacional, á la primera embestida de los carlistas se deshizo la columna, y mal lo hubiesen pasado los fugitivos, como igualmente tal vez habría caido el Capitán general en poder de la facción, si no hubiese sido por el heróico comportamiento de aquel puñado de guardias.

Serenos, con la arrogancia de quienes impávidos arrostran en todas las ocasiones la muerte sin contar el número de los enemigos que delante tienen, los doce guardias, con el teniente Moreno, rechazaron la carga de los dos escuadrones enemigos. Resguardando con sus cuerpos

al Capitán general, se parapetaron en un corral de la Almunia y allí sosteniendo nutridísimo fuego contra los rebeldes, consiguieron ponerlos en fuga salvando la destrozada columna.

Al otro día, entre frenéticas aclamaciones, entraba en Zaragoza aquel puñado de valientes, y á su esfuerzo y al de las pequeñas columnas que operando con rapidéz batieron las partidas carlistas, se debió que en brevísimo tiempo quedara aquella provincia tranquila.

Un tomo entero exigiera la narración de los hechos en que intervino fuerza del Cuerpo durante la pasada y última de nuestras guerras civiles, pero por las razones expuestas al comienzo de este capítulo, forzosamente hemos de prescindir por ahora de tal labor. Sólo diremos que en cuantos casos intervino, aisladamente ó formando parte integrante de las columnas, se robusteció más y más, si cabe, su prestigio militar.

La noche de San Daniel. — Villarejo. Pronunciamientos y sublevaciones.

Fecundos en acontecimientos fueron los años 1865 á 68, marcando desde la llamada "Noche de San Daniel„ en Madrid á la etapa revolucionaria denominada "Revolución de Septiembre„, diversas jornadas, en las que el Cuerpo hubo de poner á prueba su abnegación para sufrir rudos golpes y su valor, saliendo airosos quienes tomaron parte en los diversos incidentes desarrollados con tales motivos.

Con amenidad suma y concisión propia de esta clase de trabajos, han sido expuestos por el ya tantas veces citado en esta obra, coronel La Iglesia, en su obra "Reseña histórica del Instituto.„ Su cargo, las relaciones de parentesco y amistad que lo unieron con alguno de los actores que en ellos intervinieron, hacen sus manifestaciones inapreciables y á ellas nos atenemos por lo acertado de sus juicios, la veracidad de sus asertos y galanura en la exposición.

Los servicios que prestó la Guardia civil—dice—en la célebre noche de San Daniel el 10 de abril de 1865 y días que la precedieron, no puede negarse que fueron reglamentarios, pero sin que el reglamento se aplicara oportunamente por las autoridades que dirigieron los movimientos de aquella fuerza.

La prohibición de una serenata con que los estudiantes de la Universidad Central se proponían obsequiar á su Rector cesante, dió origen á aquellos sucesos. Si el primer día de motín estudiantil se hubiera aplicado el art. 26 del reglamento para el servicio del Cuerpo, la cosa, como vulgarmente se dice, no hubiera pasado á mayores; pero lejos de ésto se tuvo á la Guardia civil hora tras hora y día tras día, sufriendo, primero los insultos, después los silbidos, y, por último, las pedradas de la multitud. ¿Qué había de suceder? Que cuando se la dió la orden de atacar lo hizo con cierta especie de furor, deseando vengarse en los que encontraba á su frente, fueran quienes fueren, de tres días de contínuos sufrimientos y humillaciones. Díjose que muchos pacíficos ciudadanos fueron maltratados, lo que en Madrid, donde en todo motín ó asonada los curiosos son tantos ó más que los verdaderos amotinados, nada de extraño tiene. Siempre ha sucedido lo mismo.

El día 3 de enero de 1866 salía de Villarejo de Salvanés el general Don Juan Prim á la cabeza de los regimientos de caballería de Bailén y

Calatrava y lanzaba su famosa proclama, base de la revolución del 68, contra la Constitución del Estado y la legalidad vigente.

Dos fuertes columnas, á las órdenes de los generales Zabala y Echagüe, marcharon en su persecución, cerrándole el paso de Andalucía otra que en Manzanares improvisó el Marqués del Duero; pero Prim, viéndose aislado, pues el movimiento insurreccional que esperaba no se verificó, sólo pensó en poner á salvo los regimientos que le seguían y maniobró en consecuencia burlando con extraordinaria audacia y fortuna á las columnas que marchaban en su persecución. Y así, pasando de la cuenca del Tajo á la del Guadiana, y cruzando éste cerca de Villanueva de la Serena para ganar su margen izquierda por La Haba, donde pernoctó aquella noche, por Zalamea, Usagre, Fuente de Cantos, Fregenal de la Sierra y Encinasola, penetraba en Portugal el día 20 después de una marcha de 270 kilómetros en diez y siete días consecutivos. En ellos la única fuerza que le fué á los alcances sin perder un momento sus huellas, hostilizando á la retaguardia y hasta consiguiendo en Logrosán hacerle algunos prisioneros, fué una corta vanguardia de caballería del tercio de Madrid, destacada de la columna Zabala, á las órdenes del comandante Camino, jefe que desde sus hazañas de Africa era, puede decirse, el hombre de confianza del á la sazón Ministro de la Guerra General O'Donnell.

Poco faltó para que otra pequeña fuerza de Guardia civil introdujera la alarma entre los regimientos sublevados en la noche que pernoctaron en La Haba. Custodiaba el puente de Medellín, con 30 guardias de la provincia de Badajoz, un joven oficial recién ingresado en el Cuerpo, y tan luego tuvo noticia por la estación de Medellín de que Prim había cruzado el Guadiana y se detenía en La Haba, de dos á dos leguas y media de distancia, sin pensar en la responsabilidad en que incurría, se puso en marcha con el intento de penetrar en aquel pueblo por un lado, cruzarlo rápidamente, haciendo fuego á derecha é izquierda y salir por el otro, en la seguridad de evitar toda persecución de los sublevados á favor de las sombras de la noche; pero de diez á diez y media, cuando apenas habría andado cinco kilómetros, le alcanzó una pareja de caballería que había quedado en la estación de Medellín, para comunicarle la orden, acabada de recibir, de incorporarse en Mérida á la columna del general Arizcun, Capitán general del distrito.

Después de la sublevación de Villarejo, el estado de conspiración era permanente. Desconfiábase de todo y de todos. Sabía el Gobierno que se conspiraba, pero ignoraba dónde y cómo; y no pudiendo probar á los conspiradores, ó á los que por tales se tenía, que lo eran, había de proceder contra ellos por simples sospechas.

Así las cosas se llegó al 22 de junio ,y tan ajeno estaba O'Donnell de que el movimiento había de verificarse aquella madrugada, que se había acostado momentos antes y fué llamado sin haber llegado á dormirse.

Sabido es lo que ocurrió en aquella sangrienta y loca tentativa. Unos 1.000 artilleros, con treinta piezas, unidos al paisanaje sublevado, sostuvieron durante la mayor parte del día el combate en las calles de Madrid contra los cuerpos de la guarnición y los que de los cantones acudieron, mientras el resto de los artilleros *pronunciados* se defendía

bravamente en el cuartel de San Gil. Tomado éste á viva fuerza por una columna al mando del Duque de la Torre, y faltos por completo de dirección los sublevados, fueron batidos en detalle y dominado aquel movimiento que tan potente se presentaba.

La Guardia civil de los tercios 1.° y de Madrid cumplió como buena. El tantas veces nombrado D. Teodoro Camino, ya teniente coronel de caballería, fué de los primeros en acudir á la Puerta del Sol al frente de 30 guardias. Un numeroso grupo de artilleros insurrectos ocupaba la calle de Preciados. Ordenóle cargar el general O'Donell, lo que verificó con tal vigor y fortuna, que los dispersó completamente, haciéndoles cincuenta prisioneros y tomándoles dos piezas.

Pero donde la Guardia civil sostuvo sola todo el peso del combate fué en la calle de la Luna. Perfectamente defendida con barricadas y no mal dirigida la defensa, recibió orden de ocuparla el coronel Carnicero, jefe á la sazón del primer tercio.

Era D. Juan Carnicero San Román, á quien antes de ahora hemos citado, un antiguo oficial de la Guardia Real que se había batido bravamente durante la guerra civil de los siete años, y tal confianza tenía en sus condiciones militares el general O'Donnell, que allí, donde podía disponerse de un general por lo menos para cada regimiento, no vaciló en darle el mando de una columna.

Con ella preparó el ataque á las barricadas de la calle de la Luna; mas no se trataba sólo de las barricadas, porque, ocupadas á derecha é izquierda de ellas la mayor parte de las casas, los guardias se vieron expuestos á un fuego asaz mortífero. Sin embargo, un hábil movimiento combinado para caer por las calles laterales sobre el flanco de los sublevados, mientras una corta fuerza los entretenía por el frente, bastó para dar la victoria á los guardias y dominar aquel importante núcleo de resistencia.

No sin dolorosas pérdidas. Allí perdieron la vida, batiéndose valientemente al frente de su fuerza, el comandante de la provincia de Madrid Don José de Roure y el teniente D. Pedro Veraza, siendo herido de gravedad el capitán D. Gregorio Valencia, y más ó menos levemente ocho ó diez indivíduos de tropa.

Rudo fué el empeño, pero la Guardia civil quedó con gloria. El coronel Carnicero fué promovido á brigadier, y el capitán Valencia ascendido por vacante de sangre en la del desdichado Roure.

Como si la derramada fructificase en un terreno abonado al efecto, volvióse á la conspiración después del 22 de junio con más bríos que nunca. Nuevas tentativas de Prim en Valencia y Cataluña al año siguiente de 1867; la insurrección, en campo abierto, de Contreras, Baldrich, Escoda, Lagunero, Moriones y otros que en julio y agosto levantaron numerosas partidas en Aragón y en aquel Principado al grito de "abajo lo existente„, y la acción de Llinás de Marcuello, que costó la vida al bravo general Manso de Zúñiga, demostraron la fuerza de los revolucionarios.

La Guardia civil, concentrada, ya en las capitales, ya en las cabeceras de línea, ya formando parte de las columnas, apenas descansaba. Su proceder fué constantemente correcto y cual convenía á una insti-

tución que disfrutaba de la confianza general del país. Cierto es que la fuerza de las circunstancias obligó á la de las provincias andaluzas á seguir en septiembre de 1868 la suerte de los demás cuerpos del ejército, adhiriéndose al movimiento iniciado en la bahía de Cádiz; pero aun entonces hubo unidades completas en algunas de dichas provincias que, en la imposibilidad de oponerse al torrente revolucionario, abandonando las capitales sublevadas, esperaron en los montes la constitución del nuevo gobierno, para acogerse á la legalidad establecida.

¡Digno proceder, propio de un instituto que, no debiendo *representar en Cuerpo sobre ninguna clase de asunto*, comprendió que se debía á la nación y no á un determinado partido político!

El golpe de Pavía.

En las primeras horas de la mañana del 3 de enero de 1874, el coronel D. José de la Iglesia, primer jefe en propiedad del 14.° Tercio, aunque separado del mando desde septiembre del año anterior, penetraba en el Salón de Sesiones del Congreso de los Diputados, acompañado de una sección de cazadores de Mérida, y disolvía por la fuerza aquellas Cortes que amenazaban sumir al país en la más espantosa anarquía.

¿Cómo fué la intervención de la Guardia civil en aquel violento acto de justicia?

¿Cómo una tropa dependiente para su servicio del gobernador civil de la provincia, figuró en primer término en el hecho realizado por el general Pavia?

He aquí lo que vamos á explicar en las siguientes líneas.

El año de 1873 fué verdaderamente de prueba para la Guardia civil en general y muy en particular para el 14.° Tercio, á partir del 11 de febrero, en que se proclamó la República.

Acababa de hacerse cargo del mando el coronel D. José de la Iglesia y Tompes, jefe de singulares prendas de carácter y excepcionales dotes militares, las más propias, á la sazón, para captarse el respeto y cariño de sus subordinados. Algunos actos de severidad extraordinaria dieron fin de un golpe á las deserciones al carlismo, demasiado frecuentes por desgracia en los últimos meses... y no fueron necesarios más correctivos. Al mes escaso el 14.° Tercio, modelo de tropas disciplinadas, poseído del más vivo espíritu militar, estaba dispuesto á obrar como un solo hombre.

La relación de dos ó tres simples hechos, entre varios que pudieran citarse, bastará á demostrarlo.

Sorprendido un guardia de la Comandancia del Sur, junto á las Ventas del Espíritu Santo, por dos voluntarios de la República que pretendieron desarmarle, hendió la cabeza al uno de un terrible sablazo, haciendo huir al otro. ¿Consecuencias? Para él no las hubo. Acobardado por las que supuso pudieran sobrevenirle, se presentó en el cuartel, nervioso y febril, dando cuenta de lo ocurrido.—"Vete tranquilo, le dijo el coronel, que se hallaba revistando una de las compañías; nada te pasará. Con hombres como tú nadie se atreverá con la Guardia civil.„ Y, en efecto, nada sucedió. Los voluntarios no promovieron reclamación alguna y el parte de la Casa de Socorro donde fué asistido el herido, no pasó del Gobierno civil de la provincia.

Escasos días habían transcurridos desde la reorganización del ministerio de la Guerra, realizada, si mal no recordamos, siendo subsecretario el general Pierrad, cuando se acordó el relevo de la oficialidad del Tercio. Circuláronse órdenes reservadas para la incorporación de los designados, quienes, cumpliendo las recibidas, se presentaron en Madrid ignorando á su llegada el objeto para que se les llamaba. No tardaron en saberlo, dando entonces la Guardia civil, pues de todos los tercios procedían los destinados, un alto ejemplo de ese compañerismo y espíritu de cuerpo que ha sabido demostrar en las grandes ocasiones. Ni uno solo de los incorporados aceptó el destino, ni la oficialidad del 14.° se manifestó dispuesta á dejarse relevar. Y no se relevó.

Finalmente, el día de la desaparición del presidente Figueras, en que por el momento España quedó sin gobierno y Madrid sin autoridades, fueron llamados al ministerio de la Guerra, en las primeras horas de la mañana, el brigadier, al frente entonces de la Dirección del Cuerpo, y los coroneles de los tercios 1.° y 14.°, encargándoles se presentaran de paisano. Así lo hicieron; pero no sin que este último diera la orden concentrando todo el Tercio, incluso los puestos, en el cuartel del barrio de Salamanca, cuyas avenidas fueron ocupadas militarmente. (1) Los hechos demostraron bien pronto el acierto de esta previsión, porque el brigadier y los dos coroneles quedaron arrestados en el ministerio; y Dios sabe lo que hubiera ocurrido si la impaciencia del 14.° Tercio al no tener noticias de su coronel, no hubiera sido parte á interrumpir aquel arresto. Mediodía se aproximaba cuando el ayudante se presentaba en el ministerio, penetrando sin obstáculo ninguno hasta la antecámara del ministro. "Aquí se entra, pero no se sale, le dijeron; con detenerles aquí hoy, libramos á ustedes de gravísimos compromisos.„ "El compromiso grave, contestó, va á ser ahora, porque el 14.° Tercio se dispone á venir á buscar á su coronel.„ Y no hizo falta más: á los veinte minutos el coronel y el ayudante estaban de regreso en el barrio de Salamanca.

No había tiempo que perder. Decíase de público, y hasta en la prensa de los días precedentes se habían hecho á este propósito indicaciones, que los batallones de voluntarios de la República se proponían desarmar á la Guardia civil. Dióse la orden de desocupar los pabellones, para que ni una sola familia permaneciese en el cuartel, y jamás se vió rapidez tan extraordinaria, pues en el espacio de cinco á seis horas todas encontraron nuevos alojamientos, medida que en cierto modo vino á completarse con la publicación de un suelto que apareció en los periódicos de la noche concebido, poco más ó menos, en los siguientes términos:

"Dícese que los batallones republicanos se proponen desarmar á la Guardia civil. (2) Se nos asegura que pueden presentarse cuando quieran. Las puertas de los cuarteles permanecerán abiertas y serán recibidos como corresponde.

Y con lo dicho basta para comprender la cohesión existente y espíritu dominante en el 14.° Tercio durante aquellos azarosos días.

---

(1) Eran tales los temores de trastornos y tal la confianza que inspiraba la Guardia civil, y tal el desorden que reinaba, que un centenar de guardias de Orden público se ofreció pidiendo puesto para combatir al lado del Tercio. Fueron admitidos y empleados durante aquel día.

(2) Ya lo había sido en Granada.

Tal estado de cosas originó el procesamiento y arresto en Prisiones militares del coronel La Iglesia en 9 de septiembre del mismo año, á consecuencia de un incidente que, por la extensión que necesita relatarse, merece capítulo aparte.

¿Qué cargos se le hicieron? ¿Contra sus deberes militares? Ninguno. ¿Políticos? Quizá. Fué tachado de alfonsino, y hasta se dijo que en julio había alojado en su padellón al conde de Valmaseda; que había menudeado las conferencias con los generales Caballero de Rodas y Martínez Campos...; pero nada pudo probarse, en términos que á los dos meses era puesto en libertad y el proceso se sobreseía con todos los pronunciamientos favorables. (1)

Y aquí entra lo particular del caso. Ni fué trasladado, ni declarado de reemplazo; continuó cobrando el sueldo entero y hasta se vió en cierto modo halagado por el Gobierno; mas no fué repuesto en el mando, que un coronel de otro tercio desempeñaba interinamente.

Tal era la situación en 2 de enero de 1874; cuando la derrota prevista del Sr. Castelar, presidente del Poder Ejecutivo, por aquellas Cortes anárquicas, decidió el general Pavía, Capitán general de Castilla la Nueva, á disolverlas de grado ó por fuerza. Contaba el general Pavía con toda la guarnición, pero ignoraba si podía contar con la Guardia civil, de la cual una compañía, mandanda por el capitán D. Manuel García Kaggen, custodiaba el Congreso. El coronel La Iglesia, no solo por la antigua amistad que al Capitán general le unía, sino por deber, como jefe sin mando de tropas, se le había presentado desde el momento en que se tomaron las primeras precauciones militares.

—Usted tomará el mando de la fuerza del Congreso y disolverá las Cortes cuando yo lo ordene—le dijo el general.

—Está bien,—fué la contestación.

—¿Y obedecerá á usted aquella tropa?

—Así lo espero, mi general.

Y para la Guardia civil no hubo necesidad de más instrucciones.

Al amanecer del día 3, se presentaba el coronel La Iglesia en las puertas del Congreso, y al encontrarse con las parejas que por el exterior lo custodiaban:—¿Me reconocéis por vuestro jefe? les dijo.

—Sí, señor; mi coronel; pase V. S. adelante. Cuestión de un momento fué la de tomar el mando de la fuerza en el interior del edificio.

Ya el tiempo apremiaba, pues el gobierno de Castelar, única garantía del orden y de la integridad de la Patria, acababa de ser derrotado; y con las noticias que ya comenzaban á circular acerca de la actitud tomada por el general Pavía, el Ministro de la Guerra se presentó en el local ocupado por la Guardia civil, previniendo al jefe de la fuerza que pasara á recibir las órdenes del presidente de la Cámara.

—Aquí, mi general—contestó el coronel La Iglesia adelantándose—no se reciben más órdenes que las del capitán general.

---

(1) Las citadas conferencias, supuestas ó verdaderas, que no es esta ocasión de dilucidarlo, fueron causa de que se diera la orden de desalojar el pabellón á la familia del coronel mientras se hallaba preso y procesado. Encargado de comunicarla el teniente D. Julio Fajardo, después coronel distinguidísimo, se excusó noblemente de efectuarlo.

—¡El capitán general—gritó el ministro sorprendido, pues creía habérselas con un capitán—el capitán general está destituído!

—Ya es tarde—replicó friamente el coronel.

Y lo era. Dos ayudantes del general Pavía, después de intimar al presidente la orden de disolución, que ni fué acatada ni obedecida, comunicaron á la Guardia civil la de realizarla por la fuerza. Y el coronel, sin permitir que le acompañara un solo guardia, en la prudencia de los cuales, tan sujeta á terribles pruebas durante el año anterior, no tenía para el caso la mayor confianza, penetró en el salón seguido por la sección de cazadores que había venido escoltando á los ayudantes.

—¡Fuera! ¡Moriremos en nuestros puestos! ¡Soldados, matad á ese coronel!—se vociferaba desde todos los lados de la Cámara.

¡Vana palabrería! Tres ó cuatro disparos dirigidos al techo de uno de los pasillos, bastaron para restablecer el silencio. Los diputados comenzaron á desfilar y las Cortes quedaron disueltas (1).

Madrid, triste y silencioso en los días precedentes, temiendo los horrores de una próxima anarquía, se vistió de fiesta, por decirlo así; el cantonalismo, á la sazón envalentonado en grado sumo, recibió el golpe de muerte; el carlismo, aún potente y vigoroso, perdió toda esperanza de triunfo; y, por último, en aquella jornada ilegal y violenta, pero gloriosa, sí, ¿por qué no decirlo? quedó dado el primer paso firme y seguro para la restauración de la Monarquía en la persona de nuestro inolvidable y malogrado Rey D. Alfonso XII.

Salamanca.

Tiene tan fatídica resonancia para los prestigios del Cuerpo, que estamos biografiando, esta palabra, constituye el punto de arranque de tan inícua, injusta é infame campaña de difamación, que necesariamente se impoue un detenimiento grande en el relato de los sucesos ocurridos los días 1 y 2 de abril de 1903 en Salamanca.

La violencia de los ataques que al Instituto se dirigieron, las pasiones que aprovechando tal coyuntura se desataron y la virulenta mala fé puesta en juego para que sus negros celajes ocultase el fondo de las cosas, envolvieron de tal forma aquellos sucesos, que puede afirmarse es difícil, casi imposible, reconstituir los hechos pasados.

Muy recientes aún, precisa tino grande en el historiador aportar datos que pudieran despertar pasiones dormidas en factores que integraron la parte íntima de ellos. Por tal causa hemos de atenernos á datos que casi tienen caracter oficial, y que nadie, por consiguiente, podrá poner en duda se hallan exentos de los apasionamientos que por fuerza existen en todo ser humano.

Y dicho ésto, expongamos algunas indicaciones que tal vez permitan explicar mucho que no pueda aún escribirse.

---

(1) No se dió aviso ni orden ninguna á las comandancias del 14.° Tercio. Y sin embargo, allí estuvieron. La del Sur, con su jefe el coronel comandante D. Manuel Travesí, se presentó ante el Congreso tan pronto tuvo noticia de lo ocurrido. La del Norte, que con el coronel en comisión se dirigía al gobierno civil, llamada por el gobernador, comenzaba á subir la cuesta de la calle de Alcalá, cuando dicho coronel recibió orden de presentarse al capitán general. Separóse para cumplimentarla, mientras que la Comandancia, por la calle de Cedaceros y Carrera de San Jerónimo, se dirigió también al Congreso

Estaban por la fecha, de cuyo suceso vamos á ocuparnos, en el poder, los conservadores, hallándose próximas á verificarse elecciones generales en toda España. Ocupaba el ministerio de la Gobernación D. Antonio Maura, contra quien hacían, aprovechando la más pequeña coyuntura, oposición ruda, violentísima, capaz de amilanar á espíritus menos templados, la mayoría de los periódicos. El ministerio de la Guerra lo desempeñaba el general D. Arsenio Linares Pombo, y al frente de la Dirección general de la Guardia civil se encontraba el general D. Luis María de Pando.

Veda al historiador, el empleo que ejerce y el uniforme que viste, hacer consideraciones de ninguna especie sobre las personalidades citadas, y menos aún hablar si el hecho apuntado de la proximidad de elecciones generales, y otras causas, fueron ó no factor principal de los ataques, de las críticas, y en una palabra, de las campañas que en dicha fecha pudiera hacer la prensa de gran circulación y hasta la profesional, en uno ú otro sentido. Pero conviene conocer, para mejor poder juzgar los sucesos, algo de lo que la gran prensa decía, y que estereotipa de mano maestra lo crítico de la situación y pone de manifiesto la ruda oposición que al Gobierno se hacía.

El *Diario Universal*, fundado en primeros de aquel año, boyante y pletórico del poder que da la acogida que el público le hizo; órgano el más autorizado entonces del partido liberal, y que recibía las inspiraciones de los primates del partido, decía en su artículo de fondo dos días antes de aquellos tristes sucesos, entre otras cosas, lo siguiente:

"Si se necesitaran nuevas pruebas de la confusión, del desconcierto nunca visto que reina en la política, no habrá más que fijarse en la facilidad con que todos acogemos como la cosa más natural del mundo las hipótesis más inverosímiles y más absurdas.„

. . . . . .

"Los desaciertos del Gobierno han sido tales, que para contrarrestar el avance de los republicanos no queda quizás á estas horas más que un término útil: darles la batalla manejando ciertas armas prohibidas.... „

Más adelante, y con el título "Leyendo periódicos„ decía:

"Terriblemente hostil al Gobierno aparece la prensa.

„El Gobierno,—dice *El Imparcial*,—tiene perdidas las elecciones en Barcelona y en Valencia; casi perdidas en Madrid; muy amenazadas en las grandes ciudades.

Opina *El Liberal* que hay que echar á los ministros, á los conservadores todos.....

„Podría esperarse que ellos mismos se destruyesen con sus discordias, pero la demora que está permitida en las tareas de reconstitución no lo está en las de saneamiento.....

„Hay que echarlos, porque se lo llevarían todo ó porque tardarán en irse.„

Añádase á la hostilidad de la prensa que tales sueltos reflejan contra el Gobierno, lo que significar pueda la entonces reciente salida del Gobierno del Sr. Villaverde, y se formará cabal juicio del estado de opinión por entonces, que el historiador ni puede, ni debe, ni quiere juzgar.

De otra parte, integraba el momento un factor digno de tenerse en

cuenta. La Dirección de la Guardia civil se había recientemente suprimido y vuelto á restablecer, siendo de suponer que estos cambios bruscos de uno á otro sistema causaran, como en toda máquina, asperezas en la normalidad de su marcha y en las relaciones que necesariamente tienen que existir entre los diversos engranajes de todo mecanismo.

Por entonces dijeron también algunos periódicos, (entre ellos *Diario Universal*, 1 de abril), que se pensaba dictar una real orden encomendando á una comisión presidida por el general Pando el estudio de unas bases para el ingreso de capitanes en la Guardia civil, y que con tal motivo existía el consiguiente disgusto entre los jefes y oficiales del Instituto, noticia ésta cuya publicación no se puede comprender el objeto que tuviera, puesto que la citada comisión estaba ya creada por real orden de 27 de marzo y bajo la presidencia del entonces Director general de Carabineros D. Federico Ochando.

Sea lo que fuere, y expuestos los anteriores hechos, que por aparecer en los periódicos son del dominio público, y de los cuales no hemos de hacer consideración alguna, y aunque tal vez constituyan la fase más importante de aquellos sucesos, pasemos por alto tales preliminares, y eso que antes de estudiar cualquier acción militar en sus hechos de armas, precisa conocer la parte político-interna de ella. ¡Que sabido es que toda campaña tiene dos fases, la política de preparación para la guerra y la guerra misma!.....

Perdónesenos tantas digresiones, y pasemos al relato de los hechos.

La versión de un periódico como muestra.

El día 2 de abril había despertado Madrid en oleadas de entusiasmo. Por primera vez se realizaba la jura de banderas en público con asistencia de la familia real. Un sol espléndido cubrió con sus ardorosos rayos la patriótica fiesta, compenetrando al pueblo con el Ejército. Los detalles de ella aparecieron en primera plana de los periódicos; en la última figuraban las primeras noticias de los sucesos de Salamanca que causaron profundo estupor.

En tales relatos, donde no jugaban aún las pasiones que inmediatamente se despertarían, con crudeza se relataron los hechos.

En ellos podrá verse cómo sin darle importancia se decía que la Guardia civil había sido apedreada, agredida, se contaban hechos que explicaban la intervención á que se vió obligada la fuerza.

Para que no se nos moteje de parciales los insertaremos. Al final de ellos se verá cómo cogían la ocasión por los pelos, cual vulgarmente se dice, los periódicos para excitar la opinión.

El *Diario Universal* de la citada fecha — y repetimos que acojemos tal relato por la significación política que como los demás periódicos tenía—decía así después de sugestivos títulos:

"*Noticias y telegramas de nuestro corresponsal en Salamanca.*— Otro incidente de poca importancia ha originado en Salamanca sucesos análogos á los de Valencia; pero que han tenido por desgracia un desarrollo más grave, más sangriento.

Anoche después de cerrada la última edición recibimos las primeras noticias de nuestro corresponsal: parecía reducido el asunto á cosa pequeña, á una de tantas algaradas estudiantiles; pero los telegramas que

empezamos á recibir á las 5 de la tarde nos dan cuenta de sucesos gravísimos, nunca ocurridos en aquella pacífica capital, y quizás no registrados en ningún pueblo del mundo, pues ni en las mayores revueltas, donde todo exceso es posible, ha dejado de respetarse el augusto Santuario de la Ciencia.

Los esbirros del gobernador de Salamanca han entrado en aquella Universidad que fué la cuna del saber y de la mayor gloria de España, persiguiendo á los estudiantes hasta las aulas, y en ellas el estampido del fusil ha apagado el eco de la voz augusta de fray Luis de León y de tantos inmortales maestros como enseñaban al mundo.

La Universidad sagrada, las aulas santas que guardábamos los españoles como lo mejor, como la única reliquia de nuestros pasados explendores y que no hace muchos días eran señaladas como el medio amoroso que uniera las almas de América y de España, han sido asaltadas. Dentro de las aulas han sido asesinados dos estudiantes; el mismo rector está herido.

No tendría límite nuestra indignación, como no puede tenerlo nuestro dolor, si siguiéramos relatando lo ocurrido. Oigamos á nuestro corresponsal:

"*Origen del conflicto.—Lucha en las calles.—Predreas sobre los guardias.—Temores para hoy.*—Salamanca 2 (7,10 m.)—A consecuencia de haber reñido un estudiante con un empleado de la estación, citó el inspector á varios, deteniendo al que había reñido con el empleado.

Los compañeros celebraron una reunión, y después se dirigieron al gobierno provistos de pitos, voceando, silbando y apedreando el edificio.

Al estudiante detenido se le puso en libertad, continuando el alboroto estudiantil.

Los estudiantes siguieron descargando la pedrea, resultando el segundo inspector herido en la mandíbula derecha.

Dicen que el gobernador se negó á recibir á los estudiantes, por cuya causa creció la excitación.

Los guardias de Orden público dieron cargas á los estudiantes, alejándoles de la plazuela del gobierno.

Llegaron fuerzas de la Guardia civil de infantería y caballería, consiguiendo que se alejaran los manifestantes; pero se rehicieron después en la calle Rua.—*Real.*

Este es el telegrama que recibimos en las últimas horas de la tarde de ayer. En el correo de hoy nos ha enviado nuestro corresponsal amplios detalles en la siguiente carta:

"Reorganizada la manifestación en la calle de la Rua, dirigióse á la plaza de Castelar, cerrándose todos los comercios apresuradamente al paso de los manifestantes. A corta distancia les seguían varios guardias de Orden público y un piquete formado por cuatro parejas de la benemérita, mandadas por un sargento.

„Retornaron los estudiantes á la plazuela del gobierno civil, impidiéndoles un retén de fuerzas aproximarse al edificio, en vista de lo cual se dirigieron á la Universidad y empezaron á arrojar piedras sobre unos cuantos guardias civiles que se hallaban en el atrio de la catedral. Estos cargaron sus fusiles y apuntaron á los estudiantes, que se internaron

en los cláustros, arreciando entonces la lluvia de piedras lanzadas desde las ventanas de las cátedras del piso principal.

„El rector, que en aquellos momentos se hallaba en el gobierno civil, dirigióse á la Universidad y reunió á los escolares en la cátedra de Fray Luis de León, aconsejándoles prudencia, "pues á la razón de la fuerza empleada por el gobernador, debía de contestarse con la fuerza de la razón„.

„También el doctor Pinilla habló en parecidos términos á los alumnos de esta escuela.

„Después, con el rector á la cabeza, fué un compacto y numeroso grupo de estudiantes hasta la plaza, donde el Sr. Unamuno les rogó que se fueran á sus casas, prometiéndoles transmitir al gobernador las quejas que habían formulado.

„Consideraba ya terminada la manifestación el Sr. Unamuno, y así se lo dijo al gobernador, cuando á los pocos instantes aparecieron nuevos grupos frente al gobierno civil, silbando, dando mueras al inspector que, según decían, había pegado al compañero de cuya detención hablé, y reclamando á grandes voces la libertad de otro estudiante que había sido detenido por presentarse en el despacho del señor gobernador á pedirle explicaciones, en nombre de todos los demás, del proceder seguido con el estudiante cuya reclusión fué causa del conflicto.

„Nuevamente bajó el Sr. Unamuno á pedirles que depusieran su actitud, pero se negaron á obedecerle, consiguiendo que se iniciara el movimiento de retirada el alcalde Sr. Cuesta, después de elocuentes y oportunos consejos, que la muchedumbre estudiantil acogió con aplausos.

„Mientras tanto, el estudiante detenido solicitó audiencia del señor gobernador, para explicarle sus palabras y hacer constar que, en modo alguno, había pretendido tomarle cuenta de su proceder como autoridad ni molestarle con cuanto, en nombre de sus compañeros, le dijo.

„Cuando desaparecieron todos los grupos formados ante el palacio del gobierno civil, accedió el gobernador á la súplica del escolar recluso, concediéndole la libertad después de la extensa y cumplida rectificación con que había prometido sincerar su proceder.

„A la hora en que escribo, nueve menos cuarto de la noche, hay tranquilidad; pero se teme que mañana se reproduzcan los alborotos, porque los estudiantes insisten en que se destituya al inspector, á quien atribuyen el hecho de haber maltratado sin razón á un alumno de esta Universidad.

* * *

„Durante la primera pedrea entró una de grandes dimensiones en el despacho del gobernador (á pesar de la mucha altura á que están los balcones), rompiendo un cristal y pasándole muy cerca de la cabeza al presidente de la Audiencia y otros varios amigos que acompañaban al señor Velasco.

„Han resultado heridos, á más del segundo inspector, de que habla-

ba en uno de mis despachos, un sargento de Orden público y un guardia civil á quien una piedra le dejó al descubierto las falanges del índice de la mano derecha.„

"*Lo ocurrido hoy.*—Salamanca 2 (3,40 t.) —Urgente.—Mis temores se han confirmado. De nuevo se han recrudecido los sucesos de ayer, revistiendo caracteres más graves.

„La fuerza pública ha hecho uso de las armas, disparando sobre los estudiantes. Estos se refugiaron en la Universidad, pero allí entraron los guardias y de sus disparos resultaron un estudiante muerto y varios heridos. También está herido el rector Sr. Unamuno.—*Real.*—Salamanca 2 (3,40 t.)—Urgente.—El estudiante muerto recibió un balazo en el pecho estando dentro de la cátedra. Las paredes, los techos y las ventanas de la Universidad están acribillados á balazos.—*Real.*„

"Salamanca 2 (3,50 t.)—Urgente.—Acaba de fallecer otro de los estudiantes heridos.

„El claustro de la Universidad está citado para reunirse inmediatamente.

„Los alrededores de la Universidad están llenos de obreros que piden venganza. La ciudad está consternada.

„Es general la indignación contra el gobernador.—*Real.*„

Como verá el lector, los corresponsales contaban como la cosa más natural del mundo las agresiones á la fuerza y hasta las pedradas y desafío al gobernador. Solo se preocupaban y en Salamanca solo había indignación contra la fuerza que había procedido cual su reglamento y honor militar le exige.

En Madrid los periódicos en vez de aquilatar los hechos y no excitar las pasiones, jaleaban á los estudiantes madrileños. He aquí lo que decían:

"La impresión que han causado en Madrid las noticias de Salamanca ha sido enorme—escribía el *Diario.*—Los dolorosos sucesos han venido á entristecer el ánimo público en día que, como el de hoy, el alma nacional, entusiasmada por la fiesta de esta mañana, estaba predispuesta á todo menos á estas tristezas.

El Gobierno, por esta vez, ha procedido en justicia destituyendo al gobernador, aunque aparezca dimisionario, cuya torpeza se había patentizado desde los primeros momentos.

A su falta de tacto y á sus arrogancias frente á las primeras reclamaciones de los estudiantes, se debe el desarrollo sangriento de los sucesos.

Enterados los estudiantes madrileños á última hora de la tarde de los sucesos acaecidos en la Universidad de Salamanca, se han acercado á nuestra redacción, en crecido número, para protestar enérgicamente de tan salvaje atentado.

Para dar mayor carácter de solemnidad á esta protesta, á la que seguramente han de sumarse todos los estudiantes de España, se les convoca á una reunión, que se verificará esta noche á las nueve y media, en el local de la Tertulia Progresista, Pontejos, 1.„

No queremos seguir copiando más recortes, dejamos la palabra á la desapasionada información oficial.

La versión oficial y verídica.

El coronel subinspector del Tercio Sr. Brassa, que al tener noticia inmediata de los sucesos se trasladó á Salamanca, decía en comunicación que entresacamos de una memoria de la cual hablaremos más adelante, lo siguiente:

"Excmo. Sr.:—La noche del 1.º del actual cuestionaron un estudiante y un obrero, y al ser detenido aquél al dia siguiente y maltratado por el inspector de vigilancia, según manifestó á sus compañeros, estos protestaron pidiendo la destitución del funcionario, más no siendo atendidas sus peticiones por el gobernador civil efectivo, le insultaron y apedrearon el edificio donde está instalado el gobierno, haciendo causa común obreros y estudiantes, visto lo cual, y aquí habla el hoy gobernador interino D. Alberto Aparicio, presidente de la audiencia de lo criminal que se encontraba á la sazón en el despacho de aquella autoridad, el que con motivo de la visita que le he hecho esta mañana lo ha manifestado delante de mi ayudante y otras personas.—"Que al decirle el gobernador que interviniera la fuerza, el comandante primer jefe de la provincia D. Miguel Pinzón Carcedo, rehusó hacerlo, diciéndole debían apurarse todos los medios antes de emplearla, insistiendo de nuevo y volviendo á replicarle dicho jefe que debían bajar los dos á la plaza é intentar disuadirles, á lo que contestó que él no bajaba á exponerse á recibir una pedrada, visto lo cual, el comandante lo hizo solo, saliendo ileso por casualidad, de entre las masas, á las que logró convencer de que subiera una comisión á exponer sus quejas y deseos, siendo recibida de no muy buen talante y diciéndoles que mientras no depusieran su actitud no accedería á nada.—Ordenó de nuevo al jefe la intervención de la fuerza, y esta orden por fin se cumplió, en vista de la insistencia, logrando tranquilizar en parte los ánimos y que se disolvieran, no sin haber sufrido una lluvia de piedras, de la que resultaron guardias contusos.—En la mañana del 2 se reprodujeron los alborotos con mayor intensidad, volviendo á los insultos y pedreas del día anterior, ordenando el gobernador el restablecimiento del orden perturbado.—Intervino la fuerza, pero la agresión desde los primeros momentos fué tal á pedradas y tiros, sin atender á las repetidas intimaciones, que los oficiales que mandaban las secciones de infantería que se hallaban una en la plaza de la Universidad, y otra en la calle de Libreros, se vieron precisados á dar la voz de fuego ante el inminente peligro de ser arrollada su fuerza, resultando dos estudiantes muertos y uno herido, varios guardias contusos y desperfectos en el armamento á consecuencia de las pedradas.—Los disparos que fueron hechos á discreción durarían dos ó tres minutos, según apreciación del actual gobernador civil, bajando inmediatamente el jefe de la Comandancia, mandando cesar el fuego, poniéndose delante de la fuerza.—Volvieron por la tarde á reproducirse los alborotos contra dicha autoridad y fuerza que se hallaba en el patio del gobierno civil en situación muy crítica, pues los amotinados desobedeciendo toda clase de intimaciones, tenían rociadas ya de petróleo las puertas de dicho edificio, situación difícil que salvó la oportuna llegada de los diez y seis jinetes de la sección de caballería de esta Comandancia al mando de su primer teniente D. Fernando Torrens

Sánchez, no sin que éste resultara herido de tal gravedad de una pedrada en la frente, que sin sentido fué conducido á la casa-cuartel, donde se halla debidamente asistido, así como otros indivíduos á sus órdenes.—Encargado del mando el nuevo gobernador civil, mandó retirar la fuerza, entre la cual marchó á esta casa-cuartel, el destituído D. Joaquín Velasco Rodríguez de Vera, que en un coche escoltado por una pareja de caballería salió á altas horas de la noche para Alba de Tormes á tomar el tren, acompañándole también un capitán y un subalterno hasta las afueras de esta capital, á fin de evitar fuera víctima de las turbas, como lo fué aquella misma noche el inspector de policía á quien maltrataron cruelmente, encontrándose en grave estado, según me dicen.—A las 5 de la mañana del día 3 llegué á esta capital en el tren correo, y desde luego me hice cargo de la fuerza y ordené á su jefe que sin pérdida de momento diese cuenta al coronel comandante militar de esta plaza de los hechos ocurridos, y le rogase que como un acto de imparcialidad y satisfacción á la opinión pública, un jefe ajeno al Instituto instruyese la oportuna sumaria á fin de depurar la responsabilidad militar de la fuerza, así como la que cupiera á sus agresores, pidiéndole á la vez se presentase en esta casa-cuartel un médico de Sanidad Militar que reconociese al personal que había resultado herido ó contuso en estas jornadas, disponiendo que el veterinario lo efectuase del ganado de la sección aquí destacada, y se pasase una escrupulosa revista al armamento y municiones gastadas, dándome cuenta verbalmente de que estas últimas eran 76 cartuchos, y los demás extremos figuran en las adjuntas relaciones señaladas con los números 1, 2 y 3.—En vista de la excitación que existía en el vecindario ordené no se saliese de la casa-cuartel, donde me constituí con los señores jefes y oficiales aquí residentes y los reconcentrados, en donde me visitaron los señores gobernador civil interino y comandante militar, poniéndome de acuerdo en todos los extremos y necesidades que condujesen al sostenimiento del orden público, sin apariencias exteriores que fuesen motivo de provocación.—Así permanecí hasta que teniendo el ineludible deber de dar cuenta al gobernador civil de la salida para esa Corte del comandante Pinzón y demás oficiales, mi dignidad me obliga á efectuarlo, personalmente lo verifiqué, como llevo dicho, esta mañana á las 12 sin otro acompañamiento que el capitán ayudante, retirándome por los sitios más públicos á la casa-cuartel sin la menor novedad.—Probado con la suma de datos apuntados que el primer jefe de la Comandancia cumplió con los deberes de su cargo, no he podido aún penetrarme de las razones en que fundarse la animosidad que contra él existe en la población, y acaso en la sumaria cuyo secreto ni remotamente he tratado de romper, aparezca alguna razón que le motive ó sirva de fundamento, lo propio que sucede con el capitán D. Vicente Esteban Hijarrubia y primer teniente D. José Rivera Rodríguez.—Los tiros, por más que la prensa periódica y voz pública dicen fueron dirijidos con premeditación y acentuada la puntería, los efectos en que fundan sus juicios hacen sospechar lo contrario, por ser la trayectoria por elevación y dar á las ventanas altas de la Universidad en donde causaron sus balas una víctima, si bien la otra fué en la puerta del instituto, la mayor parte de

las balas las recibió la estatua de Fray Luis de León, que se halla en la plazoleta exterior de aquel edificio, y el herido que dicen lo fué de perdigones, sin duda lo está por alguna bala de rebote.—Las personas que del origen de este incidente me hablaron, culpan al ex-gobernador don Joaquín Velasco, por la rudeza con que trató á los que le pedían un correctivo para el inspector, y desoir las razonadas consideraciones del comandante Pinzón, manifestaciones que consigno, no como cargo al primero, sino por lo que pueda favorecer en su reputación y conceptos al segundo.—Los corresponsales impresionados desfiguran lo ocurrido á la puerta de esta casa-cuartel momentos antes de organizarse el entierro de las víctimas; la versión que más se sugeta á la verdad, es la que publica *El Imparcial* de esa Corte en su número de hoy domingo. —La fuerza montada, como todas las demás, estaba preparada sin alarde de ningún género, pues ni los toques de ordenanza se dán.—Los estudiantes que acompañaban los grupos que se pararon ante el cuartel y á los que me he dirigido sólo, me trataron con la mayor corrección y á breves consideraciones que les hice, colocándome en medio de ellos, terminaron por aplaudirme.—Es cierto me exigían cerrase el postigo que tenía abierto, convenciéndoles de que mi decoro militar me impedía hacerlo, retirándose de aquel parage sin que para ello fuese necesaria la intervención del señor gobernador civil que se acercó á la esquina de la Torre del Clavel, y que no dudo vendrá en mi auxilio, pero que, como llevo dicho, no necesité, sin darle importancia al suceso, por más que en un principio presentaba un caracter alarmante.—(Pasada la hora del correo del 5 cuando se empezó este oficio, se suspendió para el día siguiente 6).—A las 11 de hoy, acompañado únicamente del ayudante, visité al Excmo. Sr. Obispo y al comandante militar, discurriendo los oficiales y algunos guardias por las principales calles de esta población, todos en trage de paseo, sin que hayan recibido la menor ofensa ó provocación de este sensato y honrado vecindario, empezando á marcharse la fuerza á los respectivos puestos aprovechando los trenes de esta tarde y la restante en los de mañana, según orden que recibí del Ilustrísimo Señor Gobernador civil interino.—Réstame tan solo manifestar á Vuecencia sin que en ello trate de prejuzgar responsabilidades ni concretar cargos que hoy serían prematuros, estimo muy conveniente que toda vez se hallan en esa Corte el comandante y oficiales que tomaron parte en estos lamentables sucesos, permanezcan en esa algunos días hasta que se reaccione la opinión pública, cual se está verificando en favor de la verdad tan desvirtuada estos con especialidad al apreciar la conducta observada en aquella ocasión por el primer teniente D. José Rivera Rodríguez, que mandaba la fuerza que hizo fuego en la plaza del Instituto, cuyos hechos tan solo pueden puntualizarse en la sumaria que al efecto se instruye.—De los heridos y contusos han sido dados de alta todos excepto el primer teniente D. Fernando Torrens Sánchez, y guardia segundo Bienvenido de Cabo Velasco, que sigue mejorando, pero sin poder prestar servicio todavía.—Dios guarde á V. E. muchos años etc. —Salamanca 6 de abril de 1903.„

La anterior comunicación que transcribimos estaba fechada, como el lector habrá visto, el día 6 en Salamanca. Las únicas referencias que

en Madrid se tenían, fuera de las que se cruzaron entre el ministerio de la Gobernación y aquella población, eran los relatos de los periódicos, de los cuales ha podido formarse idea por el antes insertado, uno de los tantos publicados. Las informaciones acusaban cosas tan inexplicables como el que en el entierro de los estudiantes muertos figurasen coronas con lemas cual éstos:

"Los estudiantes de la Universidad Central á sus compañeros fusilados en Salamanca.„—"A los asesinados en Salamanca, los alumnos de la Escuela Central de Minas.„ Coronas del *Heraldo*, del *Globo*, del *Diario Universal*.....

Una memoria y varias comunicaciones.

Entretanto en Madrid se desarrollaban, como consecuencia de los sucesos de Salamanca, nuevos y tristes hechos que exacerbaban más y más la opinión. El día 3 se reunían los estudiantes madrileños para protestar de lo sucedido. Frente á la residencia del Sr. Silvela la policía y el Orden público tenían que disolver á los manifestantes. En diferentes puntos hubo pedreas y cargas. Por la noche repetíanse éstos y el día 4, después de diversos incidentes en varios barrios, la fuerza de Orden público era agredida á pedradas, á tiros, de mil modos en Lavapiés, resultando muerto un indivíduo llamado el *Hospicia*, y dando ésto lugar á una serie de incidentes cuyo relato no podemos hacer, puesto que nos aparta de la cuestión.

En provincias organizábanse manifestaciones, y leyendo los periódicos de entonces aparece una situación capaz de hacer perder la cabeza al espíritu mejor equilibrado, y entretanto, como hemos dicho, de Salamanca sólo se tenían las referencias periodísticas apuntadas que reflejaban oposición y campaña violentísima contra la fuerza. Los oficiales que habían intervenido en los sucesos se encontraban en Madrid, y como se habrá visto en el parte del coronel subinspector, estimaba éste debían continuar algunos días hasta que reaccionase la opinión, siendo de suponer, cuando en la Corte continuaban, y toda vez que autoridad suficiente tenían los ministros de la Guerra y Gobernación para ordenar su regreso, que éste no se consideraba político en las entonces actuales circunstancias.

Sea lo que fuere, puesto que no debemos entrar en el terreno de las apreciaciones, el caso es que debió considerar el Director general D. Luis María de Pando precisaba aportar al juicio que se ventilaba, cuantos elementos patentizasen la corrección de la fuerza en los tristes sucesos descritos, y que ésta se había visto, ante la violencia del ataque, en el doloroso deber de sostener sus prestigios. Independientemente de la información que por su cargo debía hacer el coronel subinspector, (el parte anterior de fecha 6), y que sería el que en su día sentase materia oficial de juicio; independiente de los sumarios que las autoridades militares y civiles estaban diligenciando, quiso, sin duda, el general Pando aportar nuevos datos de índole particular que demostrasen la sin razón de la campaña injustificada que contra la fuerza se hacía, y al efecto comisionó á su secretario particular (1) el día 6 para que sin caracter oficial

(1) Desempeñaba el autor este cargo en dicha época.

alguno recogiese sobre el terreno cuantos datos, cartas, periódicos é informaciones permitiesen demostrar palpablemente que la fuerza había cumplido con su deber.

No hemos de hacer consideraciones sobre tal medida, pero resultado de ella fué que á los pocos días el Director del Cuerpo decía de oficio á los ministros de la Guerra y Gobernación:

"Sin embargo de que la sumaria que se está instruyendo para depurar los sucesos ocurridos en Salamanca el día 2 del actual, ha de poner en claro el proceder de todos y cada uno de los que han tomado parte, el General Director que suscribe, en vista de la campaña de difamación hecha por la prensa contra este Instituto, no pudo menos de anticiparse á aquélla y ordené la instrucción de la información privativa que me honro en adjuntarle, por la que se vé, así como por el parte imparcial y detallado del coronel del Tercio, que la Guardia civil cumplió extrictamente con los deberes que le señalan los artículos 26 y 27 del capítulo V de su reglamento, después de apurar todos los medios de prudencia que los mismos determinan, sin que fueran atendidos, no obstante las agresiones de que venían siendo objeto desde el día anterior.—Esa injusta campaña, la excitación de los ánimos locales, explotados, sin duda alguna, con fines políticos, la aversión que el público, mal aconsejado, siente en estos momentos contra la fuerza del Instituto, ha creado una situación insostenible á la allí residente, que impone, con respecto á ella, una medida tan excepcional como lo son las circunstancias excepcionales por que actualmente atraviesa."

La información que con las anteriores líneas se acompañaba, comenzaba insertando íntegro el parte del coronel á las autoridades, puesto que nada mejor que él explicaba los hechos. (1) Seguían á continuación los siguientes extremos, que íntegramente copiamos de dicha Memoria:

Agresiones á la fuerza antes de los sucesos.

Está plenamente probado que antes que la fuerza disparase sobre la Universidad é Instituto, fué agredida á pedradas. En público lo manifiesta todo el mundo, público es que tenían chicos y mujeres trayéndoles piedras, y señales existen en los alrededores de dichos edificios. Los mismos testigos que han declarado lo manifiestan en público y los propios estudiantes al quejarse de la agresión por ellos sufrida dicen que solo tiraron piedras y, es más, en la clase llamada de Fray Luis de León ha podido ver todo el que ha visitado la Universidad días después de los sucesos, un montón de piedras de las recogidas ó tiradas por los alumnos dentro de la Universidad después del suceso, habiéndose hecho fotografías de ello por el que suscribe á presencia del jefe de los bedeles y del francés Mr. Albert Lecointre, el día 3.

Pero, es más, como los periódicos locales ignoran que tal agresión justifica el empleo de la fuerza, no se han recatado en publicar fué apedreada la Guardia civil en la plaza, y desde las ventanas, á la caballería y después á la infantería que marchaba á protegerla, aserto confir-

(1) El autor de la Memoria consideró que existiendo ese parte, estaban demás toda narración de los hechos, puesto que ninguna podía ajustarse mejor á la verdad que el citado parte.

mado según puede verse en los periódicos locales *Noticiero Salmantino*, de 2 de Abril, y *El Castellano*, del 5, que se acompaña.

Por estos mismos podrá verse que, es más, la Guardia civil dió antes de disparar un toque de atención y el de fuego.

Esto por lo que respeta al fuego de la Universidad. En cuanto al del Instituto, los mismos que apedrearon á la fuerza del átrio de la Catedral se corrieron directamente perseguidos hacia el Instituto, atravesando unos la Universidad y otros por las calles inmediatas, tirando piedras al mismo tiempo que huían y sufriendo al final la descarga que mató á uno é hirió á otro, ambos alumnos de la facultad de Medicina y no del Instituto.

Hay un extremo dicho por todos los periódicos de la Corte, informados por sus corresponsales en momentos de excitación, que conviene aclarar.

Se ha dicho que las ventanas altas de la Universidad, contra las que se disparó, estaban cerradas, y por consiguiente, mal podían desde allí tirar piedras.

Vistas las clases de referencia, á simple inspección resulta falso en parte lo expuesto. Debido á la gran penetración de los proyectiles en una de ellas que cerrada debía de estar, entraron las balas taladrándolos unicamente. En cambio en la otra, precisamente donde murió uno de los alumnos, no le ha quedado un sólo cristal, encontrando los pedazos en el suelo triturados, lo que indica que se hallaban abiertas y fueron rotas por los mismos alumnos que tiraban, al abrirlas violentamente ó por alguna piedra mal dirijida desde el interior de la clase al átrio de la Catedral. La ventana que debió estar cerrada y donde están los cristales unicamente taladrados, es la más lejana á donde la fuerza se encontraba, y por consiguiente la única por donde peor se podía tirar. En cambio la ventana de referencia, donde murió el alumno, es la más próxima al átrio, donde estaba la Guardia civil y la más lejana á la puerta de la clase, siendo necesario para llegar á ella atravesar las filas de pupitres que hay en la habitación. Si unicamente hubiese el muerto entrado en la clase para mirar, se habría dirigido á la ventana más próxima á la puerta, que es la que debía estar cerrada, pues desde allí se ve sin abrir el lugar de los sucesos.

Como con el muerto se hallaban en aquel momento dos alumnos y un bedel, según éste manifestó, es posible que tal extremo se haya aclarado en los procedimientos que se siguen.

Disparos hechos á la fuerza.

Es público en Salamanca y en todas partes se puede oir, siempre que los que comentan los sucesos en fondas, cafés ó puntos de reunión, no crean ser escuchados por elementos extraños de la población, que se hizo el día 2 desde las ventanas de la Universidad varios disparos de arma corta contra la infantería cuando ésta cruzándose en el centro de la plaza marchaba á proteger á la caballería.

He tenido ocasión de recoger esta versión no solo de la gente del pueblo sino que así me han manifestado haberlo oído varias dignidades de la Catedral, de la Intervención de Hacienda, y la oficialidad de la guarnición, cuyas personas no han tenido inconveniente en dar cartas

que á esta Memoria se acompañan. Además, los oficiales del regimiento de Caballería de Borbón, para corroborar este aserto, llevaron al que suscribe á una cantina situada frente al cuartel suyo, donde delante de los dueños recordaron lo ocurrido el día de los sucesos, manifestando los oficiales y dueños de la expresada, que momentos después de lo ocurrido estuvieron allí varios estudiantes comentando los disparos que cada uno de ellos había hecho contra la fuerza.

Se dice también, se han encontrado por personas de la población cápsulas de revólver descargadas dentro de la Universidad y un proyectil en el átrio de la Catedral, extremo éste que no he podido comprobar.

El secreto de las actuaciones que allí se siguen impide saber si tales manifestaciones habrán sido comprobadas en la inspección ocular que los periódicos locales dicen ha practicado el juzgado.

El *Adelanto*, periódico local fecha 6, que se acompaña, dice que tales especies corren por la población aunque atribuyendo que los proyectiles han sido encontrados por la benemérita, extremo éste falso, pues ningún indíviduo ha encontrado proyectil alguno ni salido del cuartel aquellos días.

Testigos de los hechos relatados.

Se ha tropezado con una dificultad grande al pretender traer á esta Memoria cartas y documentos que comprobasen los hechos relatados, sobre todo lo referente á los disparos hechos contra la fuerza.

La mayoría de las personas que los han visto no han querido manifestarlo por escrito por el temor de que dada la excitación grande que en Salamanca existe, fuesen atropellados.

De no haber este temor hubiese sido posible traer pruebas materiales, aunque lo manifestado y los recortes que se acompañan prueban que la fuerza antes de llegar al extremo que llegó fué vejada, insultada y apedreada, según está expuesto y por los propios interesados relatado.

No duda el que suscribe que tales extremos serán confirmados en los procedimientos que se siguen, puesto que los testigos de público manifiestan lo han hecho y por que fué tan pública y continuada la agresión que no hay posibilidad de ocultarla.

El secreto del procedimiento ha impedido dejar traslucir algún hecho que pudiera confirmar con pruebas irrecusables lo expuesto, y no habiéndose dado carácter oficial alguno al que suscribe para la investigación, le ha sido imposible hacer ciertas prácticas judiciales que atestiguasen lo expuesto y pudieran dar fé de lo manifestado.

A pesar de esto se unen copias de las cartas particulares recabadas y referentes á este asunto.

Consecuencias de los sucesos.

Graves han sido éstas, pues el prestigio del Instituto, principal fuerza de él, ha sufrido un rudo golpe en aquella población.

Ha motivado éste, el extravío sufrido por la opinión no viendo en la intervención de la fuerza y consecuencias del suceso que ésta ha cumplido un doloroso deber, extravío motivado por los cruentos ataques dirigidos á la Guardia civil en todos los periódicos tanto locales como de otros puntos, los cuales han relatado los hechos y las agresiones á la fuerza, haciendo comentarios violen-

tos contra el Instituto é injustificados por el absoluto desconocimiento que dichos periódicos tienen de los deberes que á la Guardia civil su reglamento les impone.

Tales relatos han sido origen hasta de que las personas amantes del orden no hayan aprobado ó por lo menos permanecido indiferentes en la apreciación de los hechos.

Por consecuencia de ésto, á raiz de ellos se inició en dicha población una corriente desfavorable al Instituto, originando el completo aislamiento de la fuerza y llegando hasta el extremo de publicar los periódicos que los casinos de la población habían dado de baja á la oficialidad del Instituto que de ellos eran socios, obligando esta medida según se me manifestó, á que la guarnición allí residente considerándola injustificada, se diese de baja en los referidos centros.

Por otra parte los periódicos locales entre ellos *El Adelanto* fecha 8 del corriente, que se acompaña, publicó que en la reunión extraordinaria celebrada por el Claustro de la Universidad de Salamanca se había dicho que, el comandante, capitán y teniente que intervinieron en los sucesos del día 2 y después fueron llamados á Madrid, serán destinados á Valladolid y que según los informes, dichos señores no volverán á Salamanca ni mandarán fuerzas por ahora, permitiéndoseles elegir punto de residencia hasta que se depuren las responsabilidades que puedan caberles.

Esta noticia dió lugar á que de público se digese que cuando con ellos se tomaba esta medida sería por haber encontrado responsabilidad en su conducta.

El desconocerse hasta ahora públicamente la relación de heridos y contusos en hombres y caballos del Instituto y los desperfectos de armamento sufridos, cuyas relaciones se acompañan al final, ha influido también en el indicado extravío de la opinión, originando el divorcio entre ella y un cuerpo que solo sacrificios cuenta en favor del pais, cuyo sacrificio hace gustoso en aras del cumplimiento de su deber.

Además la excitación natural de los ánimos en la masa de la población, se tradujo después en hechos como el haber sacado al ex-jefe de policía de la posada en que se había refugiado siendo atado, golpeado, escupido, mordido y paseado por parte de la plaza Mayor, y según de público pude escuchar, aunque se resista el creerlo, al lado de una cruz de madera que uno sacó hasta la botica del señor Urbina donde dos manifestantes apiadados de él, lo metieron dentro de ella salvándolo de las iras de los demás, y como el de que en todas las esquinas de la población pueden verse en las esquelas invitando al entierro de los estudiantes que sucumbieron en los sucesos de referencia, que se habían borrado las palabras *muertos el día 2* siendo sustituídas por las de *Asesinados por la Guardia civil.*

Resumen de lo expuesto.

Hechos como los relatados y otros más que citarse podrían, han motivado la indicada corriente de la opinión en un sentido peligroso por las consecuencias que podrá traer en las primeras intervenciones de la fuerza en aquella población.

De todo lo dicho se deduce lo siguiente:

1.° Los relatos de los graves sucesos ocurridos en Salamanca hechos por los periódicos, por los cuales han sido conocidos de la opinión, se apartan mucho de la realidad, bien por apasionamiento ó por otras causas en cuyo examen no debemos entrar, dando lugar con ésto al extravío de aquéllos, ocasionando una pérdida de su fuerza moral.

2.° La Guardia civil en esta ocasión, ha cumplido con lo prevenido en el caso 3.° del artículo 26 del reglamento militar del Cuerpo que dice:

Si á pesar de esta intimación (la del uso de la fuerza) persisten en la misma desobediencia, restablecerá á viva fuerza la tranquilidad y el imperio de la ley.

Y ha observado fielmente el artículo 27 que previene "Si los amotinados ó perturbadores hicieran uso de cualquier medio violento, durante las primeras intimaciones, la Guardia civil empleará también la fuerza desde luego sin preceder otras intimaciones y advertencias.—Madrid 10 abril de 1903.

Detalle final.

Transcritos los párrafos de la memoria que antecede, creemos aportados elementos suficientes para que el lector haga las apreciaciones que estime convenientes sobre aquellos sucesos. Solo hemos de llamar la atención acerca de los relatos que hacían los periódicos, del suceso, y que para mayor imparcialidad hemos insertado. Por ellos se verá que como la cosa más natural del mundo confesaban había sido apedreada y vejada la fuerza, argumentando en contra de su actitud que no había dado toques preventivos.... Tal especie iba engrosando creando un estado de opinión que haría imposible su intervención á futuro, y á cortar tales males se encaminó una comunicación que el general Pando dirigió á Guerra con fecha 4 del siguiente mes y que por relacionarse con los sucesos insertamos. Dice así:

"Excmo. Sr.:—Los tristes y recientes sucesos en que la fuerza del Instituto se ha visto por ordenes superiores obligada en cumplimiento de su deber á restablecer el orden público alterado por diversas causas, y las funestas consecuencias que como resultado de la represión por ella verificada se han obtenido y que la Guardia civil es la primera en lamentar, han dado lugar á censuras injustificadas en la opinión contra un organismo que solo sacrificios cuenta en su larga y brillante historia y que se limita con sentimiento sí, pero con la entereza del que realiza un doloroso deber al estricto cumplimiento de sus reglamentos.—En todos estos incidentes, la fuerza del Cuerpo ha sido agredida en diversas formas antes de que ella haya tomado la actitud militar que sus reglamentos le exigen, y como de estos hechos se desprende que los perturbadores ignoran las consecuencias de las agresiones á la fuerza, se impone la necesidad de hacer público por todos los medios los deberes de la Guardia civil, para que estando en el ánimo de todos que los individuos del Cuerpo sin facultades en la mayoría de los casos para discutir el instante en que son empleados para reprimir un desórden, desde el momento en que se colocan ante la más pequeña alteración de orden público y sea cual fuere la clase y sexo de los perturbadores, la más mínima agresión contra ellos tiene que ser reprimida con las armas que la Nación pone en sus manos, sin tener para nada en cuenta las consecuencias

de la represión, pues de no verificarlo así caería sobre los indivíduos del Instituto la inflexible ordenanza militar.—Como al ser relatados los sucesos de referencia por todos los periódicos en general, se dice al hablar de la actitud tomada por la fuerza, que ésta no dió los toques de ordenanza ni hizo descargas al aire, y como no cabe duda que al manifestar ésto los expresados es por que se hacen eco de la opinión, se desprende de tales manifestaciones que está en el ánimo de todos que la fuerza de la Guardia civil tiene obligación de tomar estas medidas cuando es agredida en cualquier forma, idea errónea que es necesario hacer desaparecer á toda costa para evitar agresiones de cualquier clase contra la Guardia civil, lamentables que dan lugar á que ésta se vea obligada á emplear sus armas y los agresores sean después juzgados por un consejo de guerra, originando tristes sucesos que no tendrían lugar si en el ánimo de todos estuviesen presentes las severas consecuencias á que dan lugar las agresiones contra la Guardia civil.—Ni el Código penal, ni la ley de Orden público mandan que al ser agredida una fuerza militar, como lo es la Guardia civil, repela la agresión haciendo intimaciones antes.—Además la Guardia civil según el art. 25 de su Reglamento *tiene obligación de obedecer al gobernador de la provincia y auxiliar á sus delegados cuando requieran la intervención de esta fuerza para reprimir cualquier desorden sea de la naturaleza que fuere.* Según el 24 *la menor desobediencia ó morosidad en el cumplimiento de esta clase de órdenes será castigada con todo el rigor de la ordenanza militar* y en cuanto á la forma de proceder para reprimir cualquier motín ó desorden, el inciso 1.° del art. 26 le dice que, *se valdrá del medio que le dicte la prudencia para persuadir á los perturbadores á que se dispersen,* y con arreglo al art. 27 *si los amotinados ó perturbadores hacen uso de cualquier medio violento durante las primeras intimaciones, la Guardia civil empleará tambien la fuerza desde luego sin preceder otras intimaciones ó advertencias.*—Están pues claras las obligaciones de la Guardia civil y se precisa á juicio del que suscribe hacer públicos tales extremos para hacer desaparecer de la masa general de la opinión esta idea errónea que tiene formada del momento en que la fuerza ha de hacer uso de sus armas, é inculcar en el ánimo de todos que los indivíduos de ella no pueden ser agredidos en forma alguna sin que se vean obligados con arreglo á la ley á repeler con las armas la agresión, y así se evitarán éstas y procediendo como siempre ha procedido el Instituto con perfecta imparcialidad, desinterés y abnegación se limitará á garantir el orden público cuando para ello sea empleada, y como le marca el artículo 7 de su cartilla *serán sus primeras armas la persuación y la fuerza moral recurriendo á las que lleve consigo solo cuando se vea ofendido por otras ó sus palabras no hayan bastado,* consiguiendo tambien con ésto que sea según lo preceptuado en el 8.° *será pronóstico feliz para el afligido,* y *no siendo temida sino de los malhechores y enemigos del orden,* cumpliendo así el objeto para que fué creada la Guardia civil, que es según su reglamento *la conservación del orden público, protección de personas y propiedades y auxilios que reclame la ejecución de las leyes.*—Lo que tengo el honor de exponer á V. E. por si estima procedente se interese del Excmo. Señor

Ministro de la Gobernación se hagan públicos los referidos extremos en los "Boletines Oficiales„ de las provincias para que llegue á conocimiento de todos ó por los medios que oportuno estime.—Luis M. de Pando.„

Hasta aquí lo más saliente del proceso que constituyen los sucesos de Salamanca. De un incidente,—doloroso, sí, pero á menudo répetido en España por la tendencia generalizada á respetar bien poco el principio de autoridad,—supieron aprovecharse determinados elementos, envenenando sus consecuencias y queriendo que la palabra *Salamanca* constituya página fatídica para la historia del Cuerpo. Afortunadamente, la opinión sensata fué reaccionando, y hoy en aquella población se analizan sin apasionamiento los hechos, dejando las cosas en el verdadero punto que les corresponde.

Corta, pues, el historiador el relato de tan enojoso asunto, aun cuando mucho haya de quedar en el tintero. Unicamente habrá de añadir que al poco tiempo de dichos sucesos, una combinación militar de altos mandos hacía pasar de la Dirección de la Guardia civil al Consejo Supremo, al teniente general D. Luis María de Pando, que al frente del Instituto se encontraba al iniciarse y desarrollarse dichos sucesos.

Por razones antes apuntadas no puede el historiador hacer deducciones de ninguna especie, señalar defensas ni exponer consideraciones. El lector, á la vista de los documentos antes insertados, podrá hacerlo. Nadie mejor juez.

Alcalá del Valle.

Otra página en que se pone de manifiesto hasta qué extremo pueden las pasiones humanas olvidarse de todo sentido moral, de toda justicia.

A fines de julio de 1903, la prensa periódica publicó noticias alarmantes acerca de las huelgas que los obreros agrícolas preparaban para el 1.° de agosto. Periódico hubo que insertó artículos alentando á la masa obrera, con grave perjuicio del interés general, aumentado si se tiene en cuenta que la mayoría de los obreros que trataban de conseguir la huelga general estaban afiliados al anarquismo.

Pero como nuestro objeto no es otro que reseñar los hechos, diremos solamente, para que lo de Alcalá del Valle sea conocido desde sus principios, lo siguiente:

El día 3 de agosto de 1903, *El Imparcial* publicaba en primera plana un telegrama concebido en los siguientes términos: Movimiento obrero. —*En Alcalá del Valle.*

Y en titulillos, lo que se inserta á continuación:

"Gravísimos sucesos.—Colisiones sangrientas.—Entre huelguistas y civiles.—Un paisano muerto y varios heridos.—Un guardia gravísimo.„

"Personas llegadas de Alcalá del Valle, (decía el telegrama), comunican noticias respecto á los sucesos desarrollados con motivo de la huelga.

"El pueblo se vió invadido por multitud de obreros, que profirieron gritos é insultos.

"Hubo colisión con la Guardia civil, resultando un paisano muerto y varios heridos graves, y un sargento gravemente herido.„

Un telegrama oficial expedido por el gobernador civil, decía lo siguiente: "Telegrama Olvera, obreros amotinados Alcalá del Valle, he-

rido grave sargento Marmol, comandante del puesto. Un paisano muerto y varios heridos.

"Los amotinados quemaron la documentación del juzgado. Se piden refuerzos.„

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos sucesos, se celebraban mitins anarquistas en Cadiz.

Con fecha 3, de la misma capital citada se referían los sucesos desarrollados, especificando más los hechos. El sargento Marmol estaba herido de dos balazos y una puñalada, y otro de los guardias civiles estaba gravemente herido.

Un telegrama del alcalde del pueblo, al gobernador, confirmaba todos estos hechos.

Por noticias particulares, se supo que á las ocho de la mañana del día de los sucesos, se celebró una reunión en las afueras de la población por los obreros del campo, titulados labradores, y que en su mayoría eran anarquistas. La Guardia civil trató de disolver el mitin, en virtud de órdenes superiores, presentándose un sargento con cuatro números.

Estas noticias particulares añadían que el alcalde, á pesar de los temores que existían de antemano y de haber pedido refuerzos, las fuerzas de la Guardia civil no se habían aumentado.

A poco de llegar la fuerza armada y tratar de disolver á los reunidos, se sintieron voces que atentaban á la dignidad de los guardias, y segundos después voces de ¡á ellos! ¡á ellos!

Las fuerzas de la Guardia civil hicieron disparos al aire para amedrantar á los huelguistas, pero éstos, en número de 500, se consideraron suficientes por el número para arremeter contra la fuerza armada, y de la refriega resultó gravemente herido el sargento que ya hemos nombrado y el guardia José Amado y otros dos compañeros.

Las turbas, navaja en mano, acometieron á los heridos, apoderándose de los fusiles y marchando en dirección al pueblo, gritando ¡viva la revolución social!

Después de la refriega fueron recogidos los guardias heridos y contusos y levantado el cadaver del paisano, que resultó ser un célebre agitador anarquista conocido por *El Pelma*.

En Alcalá se cerraron las puertas de las casas, muchas de las cuales derribaron los amotinados, que iban provistos de hachas y latas de petróleo, (indudablemente hurtadas de alguna tienda de comestibles).

Se dió aviso de estos hechos y llegó el señor juez de Olvera con algunos números de la Guardia civil.

Los anarquistas huyeron siendo perseguidos por algunas parejas de la Guardia civil de caballería.

El día 9 de agosto estaban en las cárceles 80 sujetos complicados en los sangrientos sucesos y se les instruía sumaria militar.

Otro telegrama participaba que habían sido detenidos 47 indivíduos, algunos de los cuales presentaban heridas de arma blanca, lo que supone que hubo divergencia entre los huelguistas y se acometieron mutuamente.

La Guardia civil continuó practicando registros para esclarecer los hechos.

Con fecha 18 se recibió un telegrama de Ronda, en el que se participaba que la Guardia civil había detenido á Juan Alvarez Marín (á) *Parola*, á Pedro Saborido Alvarez (á) *Juanete*, Andrés Gavilán (á) *Cunas* y á Fernández Vázquez Gavilán (á) *Mochanguito*, resultando que con éstos eran ya 97 los presos por los sucesos desarrollados en Alcalá del Valle.

El día 1.° de septiembre ingresaron en la cárcel de Ronda, Diego Caballero, Bartolomé Jiménez Alvarez y Francisco Villalón García con diez compañeros más.

Resumiendo, que noticias oficiales é informaciones periodísticas relataron los hechos acaecidos en Alcalá del Valle en términos poco más ó menos iguales á los anteriores. Con unanimidad rarísima toda la prensa comentó violentamente el inícuo proceder de los labradores, anarquistas que entrando á saco en la citada ciudad, después del atentado contra la Guardia civil, sembraron el espanto durante bastantes horas en aquélla.

Periódico hubo como *El Imparcial* que en su editorial, al anatematizar los hechos cometidos por los revoltosos, pedía casi el exterminio de los que profesaban las teorías anarquistas y habían cometido las brutalidades de Alcalá del Valle, hiriendo á unos pobres guardias, y como después el juez especial comprobó, allanando moradas, incendiando el archivo y mobiliario del ayuntamiento, sustrayendo latas de petróleo para rociar y quemar puertas, intentando matar al médico que con riesgo de su vida había querido asistir á los heridos, ocasionando la pérdida de un brazo con un tiro, á boca de jarro, del vecino Francisco Pulido, lesionando con un tiro de perdigones á la familia del alcalde y apuñalando por la espalda al hermano de éste, entre otras atrocidades.

Con *El Imparcial* coincidieron todos los periódicos, y la protesta fué general, pero al poco tiempo cambió la decoración por obra y gracia del culto á la perra chica y perdónesenos la frase en gracia á lo *gráfico* de ella.

Los elementos anarquistas que sufrían los justos rigores de la ley, comenzaron á agitarse. En vez de encontrar la unánime protesta que su conducta pasada y sus teorías merecían, encuentran en un principio su silencio que los alienta; más tarde éste se convierte en curiosidad, de ella se pasa al olvido de lo que aún estaba latente y surge la infame, la inícua campaña que algunos elementos y periódicos hicieron en favor de los sentenciados por los sucesos de Alcalá del Valle.

El "odia al delito y compadece al delincuente„ que sobre el frontispicio de nuestras cárceles se encuentra, lo transformaron aquellos periódicos en "alienta el delito y defiende al delincuente„ mostrándose propicios á la defensa de los asesinos y aceptando todas las burdas é infames calumnias que como venenosa baba cayó en sus columnas, con mengua del prestigio que el periodismo debía tener.

No queremos poner en este asunto una línea de nuestra parte en la defensa de la Guardia civil, para que no se considere como natural espíritu de cuerpo. En honor del partido conservador, hay que hacer constar tomó el mejor camino que podía seguirse: abrir una información especial para que el tiempo no envolviese con sus celajes hechos claros, concretos y precisos.

En el sumario instruído por la docta é imparcial audiencia de Cádiz, hecho público por real orden de 3 de diciembre de 1904 y siendo ministro de Gracia y Justicia el Sr. Sánchez de Toca, hay materia sobrada para apreciar lo sucedido en Alcalá del Valle.

No queremos poner de nuestra parte una línea—lo repetimos—en este asunto. El juez especial, la audiencia de Cádiz, el Sr. Sánchez Toca y el partido conservador hicieron al Instituto la justicia que se merecían, desvirtuando con pruebas claras y fehaciente los hechos inícuos que se quisieron imputar á la Guardia civil en unos cuantos de sus individuos.

Hé aquí lo más saliente del *auto de sobreseimiento libre* dictado por la citada audiencia.

Un extracto de la Subsecretaría de Gracia y Justicia.

El 5 de diciembre de 1904, el subsecretario de Gracia y Justicia, Sr. Hernández López, decía de oficio, al Ministro, lo siguiente:

Excmo. Sr.:—Cumpliendo lo mandado en la real orden de 3 de diciembre corriente en la que se encomendó á esta Subsecretaría la redacción de un extracto del expediente administrativo que sobre el asunto á que la citada real disposición se refiere, comprendiendo todo lo actuado desde que la prensa extranjera y las asociaciones obreras del extranjero se empezaron á ocupar del mismo, hasta que se tomó el acuerdo de designar un juez especial que se encargara del esclarecimiento de los hechos denunciados, tengo el honor de dar cumplimiento al expresado mandato en la forma siguiente:

Durante el mes de febrero del corriente año 1904, el correo extranjero trajo á este Ministerio numerosas cartas y documentos de diferentes federaciones, sindicatos, bolsas del trabajo, círculos y uniones de obreros, más ó menos importantes, dando cuenta de los acuerdos tomados en *meetings* y reuniones convocadas para protestar de los tormentos de que se suponía habían sido objeto los detenidos y presos por los sucesos ocurridos en Alcalá del Valle en agosto de 1903; siendo tan idénticas en el fondo y tan semejantes en los términos violentos en que se formulaban las protestas, que parecían obedecer á una consigna y producirse con sujeción á un plan acordado de antemano. Para dar idea de estos documentos, se transcriben á continuación los tres mensajes siguientes de protesta, formulados en los *meetings* obreros del extranjero, documentos que son como típicos de la redacción á que se ajustan todas las demás numerosas comunicaciones de esta misma índole, que por espacio de más de un mes fueron recibiéndose en considerable número cotidiano en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Estos documentos dicen así:

"Sección de la Federación de los Bolsistas del Trabajo de Francia y de las Colonias.

Unión de los Sindicatos en el Departamento del Sena.

París 1.° de marzo de 1904.

Sr. Ministro de Gracia y Justicia.—Madrid (España).

Tengo el honor de transmitir la siguiente orden del día adoptada por los trabajadores parisienses reunidos el miércoles 27 de febrero de 1904

en el gran salón de la Bolsa de París por convocatoria de la Unión de los Sindicatos obreros del Sena.

Orden del día: Después de haber oído exponer las atrocidades inquisitoriales de que han sido víctimas los militantes sindicalistas de España antes de ser juzgados (atrocidades que se resumen en mínimo por la suspensión por los órganos genitales) á fin de hacerles confesar hechos que no habían cometido, protestan enérgicamente y entregan al desprecio de la humanidad entera al gobierno español, por cuenta del cual sus grandes inquisidores han hecho sufrir tales suplicios; protestan más enérgicamente contra las inícuas condenas á trabajos forzados pronunciadas por orden y sin defensa de los acusados, culpables de haber querido solamente hacer el bien y la emancipación del pueblo.

Envían al Ministro de la Justicia española la expresión de su profundo desprecio, á este hombre que ha dejado deshonrar una vez más la supuesta civilización europea. Por orden, el secretario. Firma ilegible.„

"Bolsa del Trabajo de Bayona, 16 de marzo de 1904.

Sr. Ministro de Gracia y Justicia.—Madrid.

Estoy encargado de transmitir la orden del día votada en la reunión de 12 del corriente por los 700 obreros adheridos á nuestra Bolsa. Conmovidos por los tormentos innobles y bárbaros cometidos con los obreros de Alcalá del Valle, así como por su inícua condena, la Bolsa del Trabajo de Bayona entrega al público desprecio la cobarde crueldad del gobierno español y de sus infames policiacos.

En nombre del derecho de gentes reclama la libertad inmediata de esas víctimas inocentes, y pide que estos actos de barbarie queden vengados.

Reciba el Sr. Ministro de la Justicia la expresión del saludo de la Bolsa del Trabajo.—El secretario, Dupount.„

"Unión Sindical de los obreros de la ciudad de Meze, marinos pescadores, toneleros y agricultores.

Orden del día en favor de las víctimas de Alcalá del Valle: Movidos por sentimientos internacionalistas, después de la lectura de las atrocidades, dignas de la Inquisición, de que han sido víctimas los huelguistas de Alcalá del Valle, los militantes de la Unión de Sindicatos obreros envían la expresión de su más profundo desprecio á los esbirros sanguinarios españoles; se hacen solidarios de la campaña de protesta llevada á cabo por las organizaciones obreras de todos los países, y hacen votos cerca de S. E. para que use de su influencia cerca de S. A. R. el Rey Alfonso XIII, con el sólo fin de que los presos encarcelados sean devueltos lo más pronto posible á sus familias y de que semejante injusticia, contraria al derecho de la humanidad, no se renueve.

Siguen las firmas de los administradores de las Cámaras Sindicales de obreros, marineros pescadores, toneleros y agricultores.„

Se recibió en el Ministerio de Estado el traslado literal de una comunicación del Sr. Embajador de España en París, remitiendo copia de unas cartas dirigidas al propio Sr. Embajador por los Sindicatos de obreros de Avesnes-les-Aubert, Farges-en-Septaine y Thiers, al efecto de que nuestra misma Embajada sirviera de órgano de transmisión de esta misma protesta del clamor de la Solidaridad obrera internacional

contra los procedimientos inquisitoriales que atribuían á la Administración de justicia de la Nación española; todas ellas significaban la condenación de las clases obreras contra los supuestos tormentos aplicados á los españoles que iban á comparecer ante el consejo de guerra en Sevilla, por los indicados sucesos de Alcalá del Valle.

Inmediatamente se telegrafió al Presidente de la Audiencia de Cádiz, ordenándole que informara con urgencia y con cuantos datos obraran en aquella Presidencia ó considerase oportuno adquirir, acerca del asunto relativo á los sucesos de Alcalá del Valle; y al propio tiempo se dijo de real orden al Sr. Fiscal del Tribunal Supremo que comunicase instrucciones al Fiscal de la expresada Audiencia para que informara á su vez con cuantos antecedentes pudiera recoger y obrasen en aquella fiscalía.

Los términos y el sentido de las expresadas cartas y de otras muchas análogas y aun idénticas que se recibieron en el mismo mes de marzo de varios departamentos de Francia y alguna de Inglaterra, Italia y Bélgica, dirigidas ya todas al Sr. Ministro de Gracia y Justicia de España, produjeron en el Gobierno de S M. el convencimiento de que en España, y más en el extranjero, en nombre de la solidaridad obrera internacional y sobre la base de graves calumnias, se estaba extraviando y soliviantando contra el honor de la Nación española el espíritu de numerosas clases obreras, atribuyendo actos de inhumanidad y barbarie al benemérito instituto de la Guardia civil, propagando leyendas difamatorias contra nuestros tribunales en sus altas funciones de administrar justicia, y provocando en el seno de naciones amigas, clamores de muchedumbres que en ruidosas reuniones y *meetings* pedían la inmediata libertad de los procesados por aquellos sucesos.

El Sr. Ministro de Gracia y Justicia, ante este convencimiento, se dirigió de real orden al de Estado, llamando su atención sobre asunto de tanta gravedad y transcendencia y significándole la necesidad apremiante de que nuestros representantes en el extranjero, y singularmente nuestro Embajador en Francia, procurasen por todos los medios de acción é influencia á su alcance que se desautorizase, desvaneciera y rectificara la campaña de difamación internacional emprendida contra el honor de España. Al propio tiempo se hacía constar, no sólo lo calumnioso de las suposiciones, sino que por el Ministerio de Gracia y Justicia se tenía abierta especial información, gubernativa y judicial, con el propósito de recoger y esclarecer cualquier testimonio ó prueba, ó mero indicio de prueba, que pudiera alegarse en agravio de tal naturaleza.

Contestó el Ministerio de Estado manifestando que se había ordenado dirigir una circular á nuestros representantes en el extranjero, á fin de que, por todos los medios que estén á su alcance, trataran de desautorizar y rectificar la campaña de difamación internacional contra el honor de España.

Antes de ésto (5 de marzo), el presidente de la Audiencia de Cádiz informó dando cuenta de los sumarios que se instruyeron, que eran tres: uno, incoado en 31 de mayo de 1903 por desórdenes ocurridos en un *meeting* de protesta celebrado en Alcalá del Valle, en que se atacó á las instituciones y á las autoridades locales; otro, en 1.° de agosto, por agre-

sión á la Guardía civil de Alcalá, resultando herido el comandante del puesto, de cuyo conocimiento se exhibió el juez de instrucción á favor del fuero de Guerra, poniendo los presos á disposición de la jurisdicción militar de Ronda; y otro, en 2 del mismo mes de agosto, por atentado contra el juez municipal y secretario de Alcalá, que se refugiaron en la casa del primero, cuya puerta acometieron y rociaron con petróleo, atacando después á la casa consistorial y quemando en una hoguera los documentos de su archivo y del juzgado municipal, sin que se salvara uno solo. El presidente, por las noticias que había adquirido y que consideraba fidedignas, aseguraba, al informar, la inexactitud de los malos tratos en cuanto se refería á los reos sujetos á la jurisdicción ordinaria, sin que estimase de su incumbencia practicar averiguación alguna respecto de los sometidos á la jurisdicción militar, que fueron trasladados á la cárcel de Ronda, en la provincia de Málaga.

Se le contestó por el Ministerio telegráficamente, que la circunstancia de estar sometida una persona al procedimiento sumarial que contra ella instruya una jurisdicción distinta, cualquiera que sea, no impide el que por otros hechos de índole diferente que den motivo racional á especial depuración de responsabilidad, pueda otra jurisdicción, dentro de su propia competencia, formalizar las actuaciones que considerase procedentes.

El presidente de la misma Audiencia de Cádiz elevó á este Ministerio el expediente gubernativo instruído en aquella Presidencia, significando que había prescindido de examinar de nuevo á los que declararon en Ronda, por hallarse éstos en Sevilla presos á disposición de la jurisdicción de guerra. Se insistió por telégrafo en que se examinara, y así se verificó, declarando tres en Sevilla y otros tres en Olvera, en cuya cárcel se encontraban.

El Fiscal del Tribunal Supremo, á su vez, transmitió los informes que recibía del Fiscal de la Audiencia de Cádiz, sustancialmente conforme con lo informado por el Presidente.

Recibidos que fueron el mencionado expediente gubernativo y los informes del Fiscal, el Sr. Ministro dictó con fecha 6 de abril el siguiente acuerdo:

"Vistas las primeras diligencias de averiguación instruídas gubernativamente por el Presidente y Fiscal de la Audiencia de Cádiz, sobre las imputaciones de malos tratos inferidos á los procesados por los sucesos de Alcalá del Valle;

"Visto asimismo este expediente instruído con objeto de iguales averiguaciones;

"Y resultando de ello: que no aparecen recogidos, para las actuaciones correspondientes en vía judicial por la jurisdicción ordinaria, denuncias de malos tratos, como los aducidos en el periódico *El País* de 21 de septiembre último y los asertos de algunos presos en la cárcel de Ronda;

"Atendida la necesidad y urgencia de que, ante lo insistente de estas imputaciones, se produzca respecto de ellas la oportuna rectificación, bien sea por condenación de la calumnia, ó por severo castigo de cualquier acto punible que se comprobase en los trámites seguidos con motivo de tales sucesos; dígase al Fiscal del Tribunal Supremo que, en uso

severo de las atribuciones conferidas al Ministerio fiscal por la ley orgánica del Poder judicial, y en especial por su art. 838, disponga que se recoja sobre estos hechos todo testimonio ó prueba, ó mero indicio de prueba que pudiera alegarse en agravio del tal especie, y promueva sobre ello todos los sumarios y recursos á que hubiera lugar, para que quede sentada la mayor ejemplaridad de corrección, bien sea contra las imputaciones calumniosas de los difamadores, ó bien contra la más leve falta que se hubiere producido en orden á los procedimientos.

"Y á fin de facilitar las averiguaciones, remítansele: 1.° El expediente de la Audiencia de Cádiz en averiguación de si fueron ó nó objeto de malos tratos los presos por los sucesos de Alcalá del Valle. Y 2.° Copia de este extracto del expediente administrativo en trámite en este Ministerio, al mismo efecto.„

Este acuerdo quedó cumplido en la propia fecha 6 de abril, por medio de real orden al Fiscal del Tribunal Supremo, con remisión de los documentos expresados. El Fiscal del Supremo acusó recibo de la real orden el 8 de abril, y el 7 de mayo comunicó un telegrama del Fiscal de la Audiencia de Cádiz diciendo haber recibido el expediente gubernativo instruído por la presidencia y las diligencias complementarias, y ofreciendo que se estudiarían detenidamente y se promoverían los procedimientos oportunos y á que hubiere lugar, cumpliendo extrictamente las instrucciones de la misma Fiscalía del Supremo.

Estas disposiciones alcanzaron por de pronto la suficiente eficacia para contener, al menos dentro del territorio nacional, las campañas de difamación que sobre el supuesto de los horribles tormentos aplicados á los presos de Alcalá del Valle venían difundiéndose contra el benemérito instituto de la Guardia civil. Luego se produjo también en los estados de opinión notoria rectificación de juicios respecto al crédito que merecían las aseveraciones que servían de fundamento á la leyenda difamadora. A esta rectificación rindió nobilísimo testimonio el diputado Sr. Lerroux, manifestando ante el Congreso, en la sesión de 13 de julio último, que habiendo ido ex-profeso á visitar á los presos de Alcalá del Valle en la cárcel de Sevilla, no encontró en ellos huellas ni cicatrices que denuncien que han sido martirizados.

Transcurridos, entre tanto, más de dos meses sin que se adelantara en el sumario mandado instruir, en los primeros días de agosto volvió á recrudecerse la campaña de la prensa sobre malos tratos, tomando parte en ella por modo directo *El Diluvio*, de Barcelona, el *Diario Universal*, y muy singularmente *El Gráfico*, de Madrid, el cual, en los números correspondientes á los días 8, 9, 10, 11, 12, 14, y 31 de dicho mes de agosto, empleando letras gruesas, colores poco usados en la imprenta de los papeles diarios, y epígrafes sugestivos tales como "La Inquisición en Alcalá del Valle„ "La honradez castigada„ "Hecho inaudito„ "Gritos del tormento„ "Visión de un calvario„ y otros, dirigidos á fijar más la atención de sus lectores, y á predisponerlos á aceptar como cierto cuanto después de tales epígrafes decía, se aseguraba, entre otros hechos: que á Salvador Mulero, á pesar de hallarse herido de bala, se le había castrado, procediendo á la mutilación de sus testículos por medio de un acial, aparato que aparecía dibujado en el mismo periódi-

co, agravándose más esta afirmación al manifestar que un guardia sonriente le aplicó dicho instrumento, después de golpearlo de un modo cruel; que á María Dorado, que se casó con un obrero, después de haber rechazado las pretensiones amorosas de un guardia, se le hizo penetrar violentamente y rasgándole una oreja al tirarle de un zarcillo por ese mismo amante desdeñado, en la casa cuartel de la Guardia civil, y se le obligó á que presenciase, atada, los tormentos que se hicieron sufrir á su marido, abortando por consecuencia de tales violencias morales y materiales, y arrojando sus verdugos el feto á la letrina; que en Alcalá hay hombres llenos de cicatrices y terriblemente mutilados; y que á José Romero Sánchez (a) *Cornetilla*, además de dejarle el cuerpo cubierto materialmente de cicatrices, de un sablazo ó de palos, le hicieron perder parte de una oreja.

Denunciados varios de los periódicos expresados, se reiteraron al Fiscal del Supremo, por real orden de 10 del mismo mes, las instrucciones contenidas en la de 6 de abril, significándole la regla de conducta que habría de seguirse en este asunto, que debía ser: una vez denunciada la publicación y desde el momento en que se presente persona que aduzca prueba ó mero indicio de ella, admitirle cuantas ofrezca sin limitación dentro de las prescripciones legales, procurando la mayor actividad, y dando á lo que se actúe la publicidad que permite en cada caso el interés de la justicia.

En cumplimiento de esta real orden, y en consonancia con ella, el Fiscal del Tribunal Supremo dió las instrucciones oportunas á sus subordinados en las respectivas audiencias, pero considerando además, el Gobierno que no convenía permanecer en actitud pasiva, al desenlace del sumario instruído y de los recien incoados por las denuncias de los periódicos, estimó que debía recurrirse á algún procedimiento más eficaz para conseguir la más rápida depuración y proclamación de la verdad, cualquiera que esta fuera, y significó á la Sala de gobierno de la Audiencia de Sevilla la conveniencia de nombrar un juez especial, de excepcionales condiciones, que consagrado exclusivamente á la causa que se instruía en el juzgado de Cádiz y sus incidencias, pudiera llegar cuanto antes al esclarecimiento de los hechos, con prueba incontestable sobre lo de más relieve, llamando por edictos en los periódicos oficiales y demás, á cuantos pudieran prestar algún testimonio en el asunto, para que se viera que la averiguación se hacía con el sincero y leal propósito de descubrir y patentizar cuanto pudiera haber de cierto en el asunto.

La Sala de gobierno de la Audiencia de Sevilla en 21 de agosto nombró juez especial al magistrado de aquella Audiencia D. Felipe Pozzi, el cual en 29 del mismo mes se trasladó á Cádiz, encargándose desde luego de las actuaciones y dando comienzo al trabajo especial que se le había confiado, dándolo por terminado en 7 de noviembre y remitiendo lo actuado á la Audiencia provincial de Cádiz con el auto de conclusión del sumario.

El auto del juez especial.

Lo más saliente del auto y conclusiones dictadas por el juez especial, el dignísimo señor Pozzi, es de sobra conocido. Pero no queremos dejar de insertarlo

aunque por su extensión nos aparte mucho del camino que un dia nos impusimos.

El nombre de Alcalá del Valle será siempre piedra de toque para determinados elementos, y hacer pública la verdad de lo acaecido debe ser primordial objetivo de todo amante de los prestigios del Cuerpo.

Nombrado, como hemos dicho, juez especial el señor Pozzi y hecho cargo de la causa instruída ante la Audiencia de Cádiz por injurias y calumnias á la Guardia civil, he aquí lo que dice el referido señor en un *Auto* hecho público, como ya hemos dicho, de R. O.

Con fecha treinta de agosto—dice el señor Pozzi en su primer Considerando—este juzgado—el suyo—mandó publicar edictos en la *Gaceta de Madrid* y *Boletines oficiales* de las provincias de Sevilla, Cádiz, Córdoba, Huelva, Málaga y Granada, invitando á todo el que pueda aportar algún antecedente útil al esclarecimiento de los hechos, para que lo ponga en conocimiento del juzgado verbalmente ó por escrito, é interesando de la prensa española en general la publicación en días sucesivos del referido edicto, "para que nadie ignore que se instruye este sumario, y todos puedan lealmente auxiliar á la justicia en la investigación de la verdad„; publicándose los referidos edictos, como aparece en la pieza separada que acompaña al sumario, ordenándose, que varios ejemplares de los *Boletines* de las provincias citadas que reclamó el juzgado, se remitieran á las autoridades superiores civiles de España, como se verificó, publicándose en toda la Monarquía el citado documento, que fué reproducido por varios periódicos de distintas provincias, sin que á pesar de las leales excitaciones del juzgado y de la gran publicidad del llamamiento, se haya presentado nadie á prestarle su concurso, ni recibido más que una carta, que obra testimoniada al folio 384, en la cual José Jiménez Ortega, vecino de Setenil, niega haber firmado otra carta publicada por el periódico *El País*, de fecha veintitrés de agosto, en su número 6.229, protestando de tal abuso y denunciándolo.

Por providencia de veintitres de septiembre, se ordenó que se publicase un segundo edicto en las mismas condiciones que el anterior y dándole igual publicidad, sin que á pesar de haberse constituido el juzgado en esta capital y en Sevilla, Olvera, Alcalá del Valle, Setenil y Ronda, sin guardia ni estorbo que pudiera inspirar recelo á nadie, se haya presentado persona alguna á facilitar datos ni noticias, ni aun siquiera impertinentes.

Noticioso este juzgado de que en el del distrito de la Merced, de Málaga, se instruía sumario en averiguación de si habían sido ó no maltratados los individuos presos á consecuencia de los sucesos de Alcalá del Valle, por auto de treinta y uno de agosto acordó requerir de inhibición al expresado juez, el cual, accediendo á dicho requerimiento, remitió la expresada causa, formada con motivo de varios artículos publicados en *El Popular*, diario republicano de Málaga, números cuatrocientos diez al cuatrocientos trece inclusives, correspondientes á los días diez y seis, diez y siete, diez y ocho y diez y nueve de agosto último, en los cuales se hace eco el firmante, Mariano Suescum Guinda, de lo que venían ya hablando los periódicos de que más adelante se ocupará el juzgado, respecto á los referidos malos tratos ó tormentos; pu-

blicando en el número catorce, correspondiente al veinte de agosto, las mismas cartas que antes había publicado *El Gráfico*, habiéndose recibido distintas declaraciones á algunos presos de la cárcel de Ronda, los cuales manifestaron que á los referidos detenidos los habían visto con cardenales y lesiones, y uno de ellos, José Iturriaga, que luego se ratificó ante este juzgado al folio 849, afirma que á uno de los presos le había visto con las orejas casi desprendidas, y que á Mulero, un testículo apenas se le notaba y el otro le había quedado defectuoso; corriendo esta causa unida á la principal.

Teniendo en cuenta la índole especial de esta causa, y que se ha instruído con el exclusivo objeto de determinar, vindicando la honra nacional puesta en tela de juicio en España y en el extranjero, si es cierto ó es falso que fueron atormentados de un modo cruel los detenidos por los sucesos ocurridos en Alcalá del Valle en primero de agosto del pasado año; fijándose como consecuencia de tales investigaciones quién sea el ofendido, pudiendo ostentar este carácter en su día y cuando hubiera, por lo menos, un principio de prueba en uno ú otro sentido, tanto los que se dicen atormentados, como los jefes, oficiales é individuos del cuerpo de la Guardia civil, á los que se imputa la ejecución de los tormentos; á fin de evitar la suposición en el que provee de prejuicios de que carece, se ordenó que se prescindiera de consignar la diligencia prevenida en el artículo ciento nueve de la ley procesal al recibir declaración á unos y otros, por estimar que no procedía, por las razones expuestas, practicándose á su tiempo y en su caso, si hubiera méritos para ello, el ofrecimiento de la causa.

Con objeto de esclarecer el juzgado, si con anterioridad y en los primeros momentos de efectuarse las detenciones se había quejado alguno de los que se dicen martirizados y pedido asistencia médica, ha reunido los siguientes antecedentes: el médico titular de Alcalá del Valle D. Jacinto Picardo, al folio 119, dice: que asistió únicamente á María Dorado, y en el informe del folio 739, á José Romero Jiménez: á la primera que se hallaba con el flujo menstrual, y al segundo de un síncope producido por el calor; el coronel D. Manuel Cosío y Romero, manifestó: que siendo comandante militar de Ronda, recibió en la puerta de la cárcel á los presos procedentes de Alcalá, sin que ninguno de ellos le diese queja alguna ni solicitara asistencia facultativa, ordenando al médico de la cárcel que reconociera á los heridos, y á los demás que pidieran asistencia, manifestándole dicho médico, que las heridas de bala eran insignificantes, y que no había sido requerido por ningún preso para que le prestara sus auxilios; que aparece que todos los individuos que se han quejado después, ó la mayoría de ellos, declararon una ó dos veces ante el juez instructor de Olvera en la causa por sedición y otros delitos, sin que ninguno se haya quejado de malos tratamientos. Que de la certificación expedida por la autoridad militar, reclamada por el que provee, mediante exposición al Excmo. Sr. Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina en tres de septiembre, y que obra al folio 488, aparece que en la causa seguida por la jurisdicción de Guerra, ninguno se ha quejado de malos tratos en las primeras declaraciones, y sólo lo hicieron, cuando elevada la causa á plenario, se les recibió declaración con

cargos. Que en el informe del juez instructor de Olvera (folio 620), resulta: que ante dicho juez han tenido que desfilar muchos de los individuos que fueron detenidos, sin que ninguno de ellos formulara queja alguna, ni les observara señales ostensibles de malos tratamientos, expresando dicho dignísimo funcionario, que recuerda entre otros á Francisco Romero Dorado, que hoy dice haber recibido una lesión de dos pulgadas en el parietal izquierdo, sin que á pesar de haberlo tenido entonces á su presencia, observase nada absolutamente en él. El practicante de la cárcel de Ronda D. Antonio Parra, asegura asimismo (folio 812) que á excepción de los heridos de bala en la refriega, no ha tenido que asistir á ninguno de los presos de Alcalá. Y, finalmente, el capitán, tenientes, sargentos y cabo de la compañía de infantería, que declaran á los folios 825, 840, 911, 912 vuelto, 915, 916 vuelto y 918, expresan igualmente, que ni han recibido quejas, ni han observado en los presos señales que demuestren los malos tratos; apareciendo de las citadas declaraciones, que los presos llegaron en buen estado á Ronda, según se expresa en otro Resultando del presente auto.

Todo lo expresado en el anterior, se halla corroborado por las declaraciones del coronel, teniente coronel, oficiales, sargentos, cabos é individuos del benemérito cuerpo de la Guardia civil, prestadas ante el juzgado especial.

Hasta bastante tiempo después del ingreso de los presos en la cárcel de Ronda, no se oyó queja alguna relativa á malos tratamientos, pudiendo, según aparece de las declaraciones de los folios 315 vuelto al 321, atribuirsela idea de formularlas, á Mariano Suescum Guinda, natural de Madrid, zapatero y periodista, que reside en Málaga, y profesa ideas anarquistas de las que alardea en todas partes, que fué maestro de una escuela láica en Benaoján, de donde salió por sus ideas perturbadoras (folio 510); que ha cumplido seis meses y un día de presidio correccional por deserción, y seis años de prisión militar por maltrato de obra á un superior; apareciendo, que ha sido declarado rebelde en causa por estafa por el juzgado del Parque de Barcelona; que es de mala conducta, aficionado á la bebida, pendenciero y desaseado, y fué también preso por la Guardia civil por repartir folletos anarquistas, propagando las ideas libertarias y de anarquía, en los pueblos de la serranía de Ronda, diciéndose maestro láico; manifestando en todas partes su odio á la Guardia civil, y á todo principio de autoridad; y en las cárceles de Málaga, Antequera, Granada y Ronda, en donde ha estado, fué objeto de correcciones repetidas, por tocamientos deshonestos, por perturbador del régimen y por hacer descarado alarde de sus exaltadas ideas anarquistas, siendo considerado como el más peligroso de Málaga por la policía; todo lo cual aparece de los oficios é informes de los folios 420, 422, 504, 508, 514, 611, y hoja del 355.

Recogidos por este juzgado los ejemplares que le fué posible adquirir, de periódicos que se ocuparon de los tormentos que se dice fueron aplicados á los detenidos en Alcalá del Valle por los sucesos de 1.° de agosto de mil novecientos tres, al recibírseles declaración en la casa-cuartel de la Guardia civil hasta el día 8 del mismo mes que fueron conducidos á Ronda, aparece: que en el periódico semanal ilustrado, defen-

sor de las ideas libertarias, según se titula, en el número doscientos cincuenta y tres, que figura en la pieza separada de periódicos con el número 15, llamado *Tierra y Libertad*, correspondiente al 3 de septiembre del pasado año, en la segunda plana, con el título de "España ante la humanidad civilizada„, se publica una carta fechada en Ronda el día 1.º del mismo mes, y firmada por Tomás Vázquez y Alix, en la que se hace el relato de los hechos ocurridos el 1.º de agosto en Alcalá, en la forma que le parece conveniente, asegurándose que fueron apaleados el Treinta, Rodrigo Muñoz Villalón, Gaspar Villalón, Manuel Alfaro Pulido, Juan Valle Ponce y Salvador de Olvera, así como que el alcalde desde una ventana hizo fuego contra Francisco Calera, hiriéndole en un brazo, de resultas de lo cual se lo amputaron; añadiendo el periódico que los presos fueron á Ronda amarrados á la cuerda, entre ellos quince mujeres, dos embarazadas, á todo paso, aunque el sol calentaba; sin que á pesar de las diligencias practicadas, como resulta de los folios 712, 316, 866, haya sido posible averiguar si el Tomás Vázquez y Alix es un ser real, y en caso afirmativo, cuál sea su paradero; ni tampoco sea conocido en Alcalá, Gaspar Villalón.

Para averiguar este juzgado lo que hubiera de cierto en la forma poco humanitaria de conducir los presos, practicó las oportunas diligencias, y aparece: que los presos, en número de ochenta y ocho, fueron conducidos desde Alcalá á Ronda por la compañía de infantería de montaña, saliendo del primer pueblo después de las doce de la noche del día ocho, llegando á Ronda y siendo entregados en la cárcel el nueve, entre ocho y nueve de la mañana; que la distancia entre uno y otro pueblo es próximamente de dieciocho kilómetros; que el ayuntamiento de Alcalá facilitó veinte bagajes, quince mayores y cinco menores; que en la citada conducción iban trece mujeres, todas las cuales fueron en bagajes, ocupando otro las armas recogidas por la Guardia civil, y los demás, los tres heridos de bala en la refriega de primero de Agosto, yendo Juan Valle Ponce en caballería propia, por ser cojo, ocupando los restantes la impedimenta de la tropa, marchando los otros detenidos por su pié, y llegando á la cárcel de Ronda, sin novedad, y algunos riéndose, según dice el Comandante militar Sr. Cosío, que los recibió.

Respecto á la otra afirmación hecha en la referida carta, de que el alcalde de Alcalá disparó desde una ventana contra Francisco Calera, al que hubo que amputarle un brazo como resultado de la herida, aparece que el herido á quien hubo que amputarle el brazo de resultas de un disparo hecho en la plaza el primero de Agosto, fué Francisco Pulido Martínez (a) Calaza, que tiene sesenta años, y de su declaración aparece: que hallándose encendiendo un cigarro cerca del ayuntamiento, llegó un grupo de hombres armados, capitaneados por Antonio Jiménez Pérez (a) Rondino, que hoy se halla declarado rebelde en la causa por sedición, ordenándole que marchase delante de ellos, apuntándole con la escopeta; que obedeció este mandato, y al pasar por la plaza encontraron á D. Juan Gavilán, hermano del alcalde, que salía de su casa herido, y al verle ensangrentado, Pulido, que había servido en su casa, le preguntó: "Juan, ¿qué es eso?„, constestándole: "Que me han dado una puñalada„; replicando Pulido "¡Vaya por Dios, hombre!„; en cuyo

acto el Rondino dijo: "*Ese* no existe„, y á boca de jarro le disparó un tiro, teniendo que amputarle el brazo en seguida; y con relación á lo que en el periódico citado anteriormente se dice respecto á Manuel Alfaro, éste, asegura que nadie le molestó, no siendo cierto, por consiguiente, lo que el referido periódico expresa.

En el número doscientos cincuenta y ocho de dicho semanario *Tierra y Libertad*, correspondiente al ocho de septiembre del pasado año, se afirma: que en Ronda se aplica el tormento como en los mejores tiempos de Portas, el nuevo Torquemada; y en la segunda plana, quinta columna, del número correspondiente al veintiuno del mismo mes, se asegura, que ha ingresado en el hospital una de las mujeres embarazadas detenidas en Alcalá del Valle y que se habla de que la dieron una patada en el vientre "para matar el cachorro de anarquista que hay en él„; y el juzgado, para averiguar si alguna de las mujeres detenidas había tenido algún mal parto y las causas de él, obtuvo certificaciones y recibiendo las declaraciones, de todo lo cual aparece: que la única mujer detenida por los sucesos de Alcalá que dió á luz, fué María Velasco Ayala, que pasó al hospital el quince de septiembre de mil novecientos tres, y parió con toda felicidad una niña viable de todo tiempo y perfectamente desarrollada, siendo alta el veinticuatro del mismo mes; declarando la interesada, que fué detenida por los sucesos sin que nadie la molestara, siendo conducida á Ronda en donde dió á luz; y añadiendo el médico que la asistió en su alumbramiento como director del hospital, y para indicar el recelo que abrigaba la Guardia civil de que hasta los accidentes más naturales pudieran atribuirse á malos tratamientos, que cuando fué una pareja para conducirla, cree que á Olvera, pidió una certificación de que nada podía pasar á la María en el camino, cuya petición, como es natural, no pudo satisfacer el indicado médico director.

En el número doscientos setenta y ocho del citado periódico *Tierra y Libertad*, correspondiente al veintisiete de septiembre de mil novecientos tres, en la primera columna de la segunda plana, se inserta una carta firmada por Juan J. García, en la que se asegura que el guardia civil Sánchez Millán hizo declarar á palos y bofetadas á Manuel Martínez, y que éste á un hijo suyo, y por consejo del firmante, le había puesto el nombre de Demófilo, así como que Mulero tenía los testículos atrofiados por el martirio á que se le sujetó; negando Martínez que sea cierto que haya hablado con García del nombre de su hijo, ni esto sea verdad, pues el único que tiene se halla bautizado con el nombre de Francisco; ni se haya comprobado absolutamente nada de lo que sobre malos tratos ha manifestado, ni la queja que dice dió al juez municipal, el cual desmiente tal aserto en certificación.

En la misma carta antes citada, manifiesta García, que el guardia Sánchez Millán había abofeteado y pateado á una mujer embarazada, amenazándola con "hacerla echar el chivo por la boca„, añadiendo al ratificarse que se lo había oído al conocido por "Pucherete„, que es Antonio Jiménez Moreno, en la cárcel de Olvera, en donde le vió en la espalda, pies y manos las señales de los golpes que recibió el Andrés. También el periódico *Guttenberg*, número veintiuno, correspondiente al catorce de Noviembre del pasado año, publica una carta firmada por

Pedro Vargas á ruego de Andrés Jiménez Moreno, que tiene sesenta y dos años, afirmando, que el tres de agosto le dieron una gran paliza de más de una hora con palos y varas; que luego le colgaron de los pies y le dieron una paliza en la planta de los mismos; que á sus gritos de dolor lo descolgaron y un guardia le cogió por la garganta con ambas manos y le puso una rodilla en el pecho para que no gritase, dándole un puñetazo, de resultas del cual perdió un oído; que al día siguiente fué interrogado por el juez de Olvera, y no pudo conseguir se le reconociese; que también se prendió á su mujer María Navarro y á su hijo Andrés, al que se apaleó con igual brutalidad, y que el guardia Sánchez Millán abofeteó y pateó á sus dos nueras, amenazando á una de ellas, que estaba embarazada, con "hacerla echar el chivo por la boca„

Con el objeto de esclarecer la certeza de estas afirmaciones se recibió declaración al Andrés Jiménez y á sus nueras Rafaela Gallego y Rosario Romero; manifestando el Andrés en su primera declaración, lo mismo que en la carta se expresa, á excepción de lo del oído; y diciendo en la segunda, que no le ha quedado señal ni cicatriz alguna, y únicamente enfermedad al pecho que le produce opresión y mal estado de salud. Reconocidos por los médicos, manifestó lo mismo, añadiendo que había estado colgado por las piernas durante media hora, sin que presente cicatriz ni señal alguna que demuestre sus afirmaciones; dictaminando los facultativos, que de estar colgado por las piernas, necesariamente, dado el peso del cuerpo, se hubieran desorganizado los tejidos dejando señales indelebles; además, debieron presentarse trastornos cerebrales que no se presentaron, y si bien ofrece síntomas de una bronquitis crónica, aseguran que viene padeciéndola desde fecha anterior al primero de agosto de mil novecientos tres, habiéndole asistido uno de los médicos que le reconocieron.

Las dos nueras del referido Andrés declararon manifestando: Rafaela, que no tiene queja ninguna de la Guardia civil, y que ni antes ni después de los sucesos fué molestada por nadie.

En el núm. 71 de *El Liberal Rondeño*, correspondiente al veintiséis de septiembre de mil novecientos tres, núm. 25 de la pieza, y en el *Guttenberg*, de Ronda, de treinta del mismo mes, núm. 26 del ramo respectivo, se asegura que los presos de la cárcel de aquella ciudad, á los que visitaron los periodistas, afirman que allí no se les maltrató, y que donde sufrieron los castigos fué en Alcalá del Valle, en donde se les trató duramente al ser detenidos, añadiendo el periódico *La Antorcha*, en su número 40 y 26 de la pieza, publicado el cuatro de octubre de mil novecientos tres, que en Alcalá se les hizo sufrir desde la paliza mortal, hasta la trituración de los testículos.

Teniendo en cuenta el que provee que el informe técnico, con relación á las violencias de que dicen haber sido objeto los detenidos en Alcalá, había de ser en definitiva un elemento poderosísimo de convicción, acordó por providencia de seis de septiembre, pedir á la Real Academia de Medicina de esta capital, cuya autoridad, independencia y saber en la materia son notorios, informe respecto á los trastornos funcionales y las lesiones que naturalmente deben producirse, señales que deben quedar en el hábito exterior, y por cuánto tiempo serán perceptibles, las

violencias de que se quejan los referidos sujetos, las cuales se enumeran detalladamente en 23 números distintos, expresando que la Corporación, al evacuar el dictamen, debe tener en cuenta que los indivíduos que manejaban los instrumentos de tortura eran robustos, y de veinticuatro á cuarenta y cinco años próximamente, edad que era también, en general, la de los pacientes, con las excepciones que se marcan; teniendo presente, además, que los golpes se daban con violencia, y según alguno dice, sin tino y con ceguedad, debiendo la Academia manifestar también: 1.°, si es posible que hombres maltratados, en la forma que se expresa en los veintitres casos citados, puedan, de uno á cinco días después, hacer una marcha á pié de cinco leguas—téngase en cuenta que el juzgado hasta recibir la certificación del folio 216 creía ser ésta la distancia entre Alcalá y Ronda, que luego resultó de diez y ocho kilómetros,—y llegar sin trastorno alguno al término de su viaje sin demostrar gran cansancio, habiendo invertido en la marcha de ocho á nueve horas; 2.°, si también es posible que, á pesar de estar los indivíduos que se dicen atormentados reunidos en un local estrecho y malsano con otros sesenta, por lo menos, pudieron obtener la curación de las lesiones y de los trastornos funcionales que hayan sufrido de primera intención y sin asistencia médica; y 3.°, si es posible que los trastornos funcionales y las lesiones sufridas dejasen al paciente en estado de aparente normalidad, sin que pudieran sospecharse ni conocerse las violencias de que habían sido objeto; habiendo evacuado el referido informe la Corporación, consultada en diez y nueve de septiembre, contestando concretamente á cada una de las cuestiones propuestas en los veintitres casos, y manifestando al final: que es imposible que los indivíduos con las lesiones que lógicamente se suponen, dado los hechos consignados en cada caso, puedan en su casi totalidad emprender, de uno á cinco días después, una marcha á pié de cinco leguas, llegando al término de su viaje sin demostrar gran cansancio; que es muy difícil comprender que muchos sobrevivieran á sus lesiones, y que no se puede científicamente admitir que todos curasen sin tratamiento médico, ni mucho menos que los pacientes quedasen en un estado de aparente normalidad, sin que pudieran conocerse ni sospecharse las violencias de que habían sido objeto.

En el semanario *Tierra y Libertad*, en su número doscientos setenta y siete, ya citado, se dice que Salvador Mulero tiene los testículos atrofiados por el martirio; en el número veinte del *Guttenberg* se asegura, refiriéndose indudablemente á él, que los guardias civiles arrancaron las partes genitales á un obrero; en el número veintidós del mismo periódico, correspondiente al treinta de noviembre de mil novecientos tres, se afirma que Salvador Mulero puede enseñar sus partes genitales con la falta de uno de sus miembros, vil y cobardemente arrancado; que en el *El Gráfico*, correspondiente al diez de agosto último, se dice que Salvador Mulero, herido en el pecho por bala mauser, con orificio de entrada en la tetilla izquierda y de salida en la espalda, recibió una gran paliza; que luego un guardia, sonriente, le colocó un acial, diseñado en dicho periódico, en sus partes genitales, y después ataron los cordeles de dicho aparato en el pié, golpeando en la pierna sobre la cuerda, y produciendo los movimientos y contracciones grandes dolores al paciente, que perdió

el conocimiento, librándosele entonces del aparato, habiéndole producido un daño gravísimo é irreparable, dando á entender que sufrió la mutilación de los testículos; por último, en *El Gráfico*, correspondiente al doce de agosto siguiente, se pide el reconocimiento de todos los que han sido martirizados, sobre todo de Mulero, y al reconocimiento dicen que se atendrán; publica una carta fotografiada de Mulero, en la cual éste asegura que, á pesar de estar herido le derribaron al suelo á fuerza de golpes; que le vovieron á poner de pié, dándole otra paliza; que le amarraron por el pescuezo, le hicieron poner en cuclillas, y echándole una cuerda á los piés y otra á los testículos, y poniéndole otra cuerda al pescuezo, le hicieron levantarse en pié á fuerza de golpes, resultando que un testículo se le reventó y el otro ha desaparecido.

En el acta del folio 340, el referido Mulero dice: que fué colgado á una viga, amarrado por los testículos, piernas y cuello, dando por resultado haber quedado con aquéllos casi arrancados; manifiesta que le colgaron de una viga por el pescuezo; refiere lo de haberle atado los testículos al pié, haberle obligado violentamente á ponerse derecho, bajándole entonces aquéllos más de seis dedos de su sitio; y declarando ante el que provee, negó que se le aplicara el acial y se ratificó en la carta fotografiada, con la variación de que no le había desaparecido ningún testículo, quedando uno completamente sano, y que al otro se le reventó el pellejo por la parte de abajo; añadiendo, que enseñó sus testículos á un redactor de *El Gráfico* que le visitó en la cárcel hace unos dos meses—declaró el veintiuno de Septiembre—; que tiene una cicatriz en la pierna derecha procedente de un palo y deformado el dedo anular de la mano derecha por un estirón que le dieron; habiendo declarado también D. Julio Carapeto, subjefe de la cárcel de Sevilla—confirmando esta manifestación—, que un indivíduo llamado Tejero, enviado por *El Gráfico*, estuvo examinando á Mulero y le vió sus órganos genitales; y dicho D Angel Tejero, encargado por D. Julio Burell, director de *El Gráfico*, declara que es cierto que en agosto último vió sus partes genitales al Mulero, en las que no pudo observar á la vista cosa que llamase su atención, manifestando D. Julio Burell, que no le consta si Tejero hizo tal inspección, para la cual no llevaba encargo; apareciendo asimismo en la certificación remitida por la jurisdicción de Guerra, que al serle leídas al Mulero las preguntas de cargo, dijo que la declaración que prestó en Alcalá fué á fuerza de martirios, expresando en una de las visitas de cárcel hecha por la autoridad militar, que fué maltratado en condiciones de resultar castrado, certificando los médicos militares, que reconocido dicho sujeto, no observaron alteración anatómica alguna en su aparato genital, no siendo cierto que estuviese castrado, ratificándose los médicos en tal declaración.

Por providencia de treinta y uno de agosto, se ordenó el inmediato reconocimiento de Salvador Mulero por dos médicos forenses de Sevilla y otros dos distinguidos profesores de la Escuela de Medicina de aquella capital, fijando los extremos que había de contener el informe que después de reconocerle habían de emitir; practicándose el referido reconocimiento el día cinco de septiembre.

En dicho informe, los facultativos que lo firman manifiestan: que

después de haberles explicado Mulero, quien se presentó á ellos andando despacio, inclinado hacia abajo y con ambas manos abiertas y aplicadas con cierto cuidado en las respectivas regiones ilíacas, la forma en que le habían martirizado, atándole una cuerda al pié y el otro extremo á las bolsas testiculares, mandándole agacharse y levantarse alternativamente, produciéndole un dolor irresistible, y que, á consecuencia de ésto, se le hincharon sus partes hasta ponérsele negras, le quedó un dolor en la boca del estómago, ingles y vacíos que le impedían andar derecho, y había quedado sin potencia, porque los testículos no le servían; le desnudaron y estiraron sin violencia hasta quedar en perfecta vertical su cuerpo, viéndole andar seguido y sin tropiezo, por lo cual aseguran, de una vez para siempre, que no tiene lesión de hueso ni articulación: luego examinaron minuciosamente su aparato genital; observando que el pene y los dos testículos tienen el volumen y consistencia normales, un poco más largo el izquierdo que el derecho, como acontece en la generalidad, sin que se note alteración alguna en su conformación, ni á la vista se presente rasguño ni cicatriz remota ni reciente, ni haya induración ni adherencia alguna, dejándose llevar los testículos hasta el conducto inguinal, sin que la más ligera adherencia ni líquido alguno impida esta maniobra; bastando con esto para decir que ni Mulero está castrado, ni enfermo, ni padeció dolores agudísimos; que puede andar perfectamente, y aunque para certificar de su potencia sería preciso presenciar un acto viril que evidenciara la sexual y un reconocimiento microscópico para afirmar ó negar la generadora, en el caso á que la pregunta del juzgado se refiere, ó sea impotencia derivada de traumatismo, se puede afirmar que es potente. Y después de hacer distintas reflexiones científicas en apoyo de su dictámen, exponen: Primero. Que nadie puede asegurar que Mulero esté castrado. Segundo. Que afirman igualmente que es potente. Tercero. Que de haberse producido la impotencia ó la castración por traumatismo, éstos debieron dejar huella de su existencia en sus genitales. Y cuarto. Que de haber existido violencias, éstas se manifestarían por grandes dolores, fiebres, inflamación y demás síntomas propios de los procesos inflamatorios, que serían apreciables por las personas encargadas de su custodia, se haría difícil ó imposible la progresión, y aun cuando pudiera curar por el solo esfuerzo de la naturaleza, se trataría de caso que exigiría imperiosamente la asistencia facultativa. Habiendo manifestado el médico D. Rafael Castaño, que le asistió en la cárcel de Ronda las heridas causadas por bala en la refriega, que al reconocerle y curarle, no le hizo el Mulero la más leve indicación de que tuviera nada en los genitales ni le dijo que le hubieran maltratado ni causado molestia alguna.

Habiendo limitado los peritos médicos su dictamen á lo que resultaba en el aparato generador, se mandó ampliar el informe con lo que apareciese respecto á cicatrices que pudiera tener Salvador Mulero, los mismos médicos informan: que le observaron en la parte inferior lateral izquierda del cuello una cicatriz redondeada como de un centímetro, y otra de igual forma y dimensión pero un poco ovóidea situada en la parte superior y algo externa de la región escapular izquierda, correspondiente á la entrada y salida de una bala cónica. Y

vuelto á reconocer por dos médicos forenses de Sevilla, con relación á la cicatriz de la pierna, manifestaron que en la parte interna posterior de la pierna derecha hay un espacio de tres centímetros desprovisto de pelos, y depende de una afección local del dermis, de antigua fecha.

Con relación al Mulero, la Academia de Medicina dictaminó respecto á la castración, que, aparte de lo difícil que es la realización del suplicio en la forma expresada por el que se dice martirizado, por las razones que expresa, es imposible que el indivíduo llegara á ponerse en pié, siendo más lógico creer que la intensidad del dolor provocado al intentarlo, por los estímulos de palos y pinchazos, le hiciera rodar por el suelo, dispuesto á dejarse matar á palos antes de insistir en un intento de imposible realización; y que aun sin ponerse en pié, los esfuerzos para conseguirlo han debido producir la inflamación de ambos testículos, orquitis traumática, contusión, desgarres y esfacelos gangrenosos de las partes así contundidas del escroto; imposibilitándole por algún tiempo de todo movimiento; debiendo persistir las cicatrices y la indu-ración y aumento de volumen de los testículos como consecuencia de la orquitis sufrida.

En el número veintidos del periódico *Guttenberg* citado anteriormente, se dijo, que una pobre mujer abortó en la cárcel de Alcalá del Valle á causa de los malos tratos recibidos, y que se arrojó el feto al escusado; y en *El Gráfico* correspondiente al nueve de agosto último, en un artículo titulado "Alcalá del Valle„ "A la opinión y á los poderes públicos„ "Nuestro información„ se empieza afirmando que las cañas aguzadas para herir entre uña y carne, los trozos de madera para quebrantar los huesos, apretando la mano con fuertes cordeles, y las descomunales palizas propinadas por la Guardia civil, todo deja señales y cicatrices que la inspección técnica puede depurar; excita al Gobierno para que se averigüe la certeza de tales crueles tratamientos, y refiere á continuación, con el título de "Hecho inaudito„ "La honradez castigada„ que requerida de amores María Dorado por un guardia de los que lucharon con el pueblo en primero de agosto, con anterioridad á esta fecha, ella rechazó al guardia casándose con un obrero; dicho guardia encontró sola á María antes del día referido, y la dirigió proposiciones que ella rechazó indignada; hubo palabras acaloradas y amenazas, y ocurridos los desórdenes de Alcalá, el marido fué preso y apaleado bárbaramente por el mismo guardia desdeñado; que á los gritos dados por el marido dentro del cuartel acudió la mujer, y el articulista pinta la escena dramática que allí se desarrolló, haciendo el guardia que María Dorado á fuerza de palos entrase en el cuartel, tirándola de un pendiente y desgarrándola la oreja; atada con cuerdas tuvo, según *El Gráfico*, que presenciar aquella desgraciada cómo golpeaban á su marido, y entonces abortó, arrojando luego los guardias á la letrina los restos del aborto; termina el articulista diciendo que puede averiguarse si tiene ó no desgarrada la oreja, y todo lo demás ocurrido.

Con objeto de depurar la certeza de tan graves afirmaciones, el juzgado practicó las oportunas diligencias, y aparece la declaración de D. Jacinto Picardo, médico titular de Alcalá del Valle, quien con relación á este extremo, dijo: que fué llamado á la cárcel de dicho pueblo

para asistir á María Dorado, bajo el pretexto de un aborto, resultando que se encontraba en el período de la menstrual, puesto que no se verificó el aborto y ni antes ni después ha podido comprobarse que estuviese embarazada. Al folio 348 aparece la de María Dorado, en la cual asegura no ser cierto que sufriera lesión ni molestia por parte de los guardias, los cuales la trataron con toda delicadeza, si bien es cierto que sufrió un desate que le pareció fuese un aborto, reconociéndola el médico Sr. Picardo, quien la dijo que no era nada. En cuya declaración se ratificó ante el que provee añadiendo, que si bien es cierto que al pasar por la fuente por delante del cuartel, el guardia Francisco Muñoz—que ha sido asesinado por el *Cristito*—la requebraba y echaba flores y piropos, nunca ha tratado de molestarla en lo más mínimo; declarando su marido Antonio Soriano Blanco, que á su mujer no la ha molestado la Guardia civil, y que la María se encontraba en el período menstrual el día de los sucesos, en los que no intervino el matrimonio. Apareciendo de acuerdo con las manifestaciones del médico, las del capitán de Infantería de montaña D. Antonio Gutiérrez Calderón, que estaba en la cárcel de Alcalá como jefe de la fuerza que la custodiaba, cuando acudió el Sr. Picardo según resulta de su declaración.

En el periódico *El Gráfico* correspondiente al día once de agosto último, se publica una carta de Andrés Muñoz Romero, fechada en la cárcel de Sevilla el día treinta y uno de julio de mil novecientos cuatro, en la que asegura que su hijo Andrés, que gozaba de perfecta salud, falleció en el hospital el veintinueve de aquel mes á consecuencia de los martirios que le aplicaron en Alcalá del Valle; en cuya carta se ratificó el firmante, expresando que no la escribió para *El Gráfico*, y que los fundamentos que tuvo para hacer las afirmaciones en ella contenidas, fueron las referencias que le hizo su difunto hijo y haber visto en el cuerpo de éste huellas de cardenales y cicatrices; pero que él no había presenciado los malos tratos. Para depurar la certeza de esta afirmación, el juzgado, por providencia, pidió el oportuno certificado al Director del Hospital central de Sevilla, quien remitió el que obra al folio 480, en el que se expresa que el diez y ocho de julio último ingresó en dicho establecimiento Andrés Muñoz Villalón, falleciendo á consecuencia de pleuresía del lado derecho, el treinta del mismo mes, teniendo conocimiento de esto el juzgado militar permanente de aquella capital, al que se reclamó por providencia testimonio de las diligencias que hubiese practicado con tal motivo; y en dicho testimonio aparece: que á petición de Andrés Muñoz Romero hecha al juez militar en doce de julio último para que su hijo pasase al hospital, dicho juez oyó el dictamen del médico de la carcel, quien informó por los antecedentes suministrados por el enfermo, que hace próximamente tres años, como consecuencia de excesos en el trabajo y de un enfriamiento, fué atacado de una pleuresía aguda con derrame que pasó al estado crónico; que desde entonces tuvo mejorías y recrudescencias en dicho padecimiento, siendo su estado actual muy grave por haberse manifestado el proceso inflamatorio en el lado derecho de la pleura, con probables adherencias y derrame seropurulento, siendo conveniente trasladarlo á un establecimiento benéfico de mejores condiciones higiénicas y donde pueda operársele si fuera

necesario: y, en efecto, fué trasladado al hospital central; el médico de guardia, D. José Sánchez Mejías, encargado de su asistencia, informó en veinticinco de julio, que el paciente tenía una pleuresía del lado derecho en vía de resolución, de pronóstico grave, manifestando que daría cuenta de su estado cada diez días; apareciendo del parte fecha treinta del mismo mes, que en aquella madrugada había fallecido el Andrés Muñoz Villalón; practicada la autopsia por los facultativos forenses el día treinta y uno, consignaron los médicos que en el hábito externo no aparece señal ni signo alguno que revele violencia; que abierta la cavidad torácica, el pulmón izquierdo estaba anemiado y el derecho con grandes adherencias costales, multitud de tubérculos en todos sus lóbulos y principalmente en su vértice, con algún derrame seroso en la misma cavidad; que la muerte fué producida por tuberculosis pulmonar, la cual tomaría su orígen de la pleuresía que con anterioridad padeció, indicándose por las extensas adherencias referidas, que la enfermedad debía datar de hace dos ó tres años, pudiendo haber sido las causas espontáneas debido á su organización, ó determinadas por un proceso anterior agudo; que la enfermedad, causa de su muerte, no puede ser en modo alguno ocasionada por violencias ó malos tratos de obra ejecutados hace un año; oponiéndose completamente á ello las lesiones anatomo-patológicas encontradas en el cadáver, las que por su aspecto y organización, revelan claramente un tiempo muy anterior á esas ofensas. Terminando el testimonio con la declaración del médico D. José Sánchez Mejías, el cual dice: que habiendo interrogado al enfermo para sumar datos para la mayor certeza del diagnóstico, no sólo no le indicó nada respecto á malos tratos, sino que por el contrario negó clara y terminantemente que hubiera habido lesiones de origen traumático que determinasen el estado especial en que se encontraba; pudiendo comprobar por los antecedentes recogidos, hábito exterior y síntomas observados, que la naturaleza del padecimiento era específica, como lo hizo constar anteriormente.

El mismo Andrés Muñoz Romero, que escribió la carta que dió origen á la información sobre la muerte de su hijo Andrés Muñoz Villalón, dirigió á sus compañeros de *Tierra y Libertad*, así la encabeza, una carta en veintidos de septiembre de mil novecientos tres, en la cual refiere que su hijo Rodrigo fué bárbaramente apaleado para hacerle declarar á gusto de los esbirros, y que su hijo Andrés se encuentra detenido también en Ronda, sufriendo la nueva inquisición; sin que entonces dijese nada de que hubiesen atormentado al Andrés.

Respecto á Rodrigo Muñoz Villalón, que en la causa militar y por el Consejo Supremo de Guerra y Marina fué condenado á veinte años de reclusión temporal, aparece la fotografía de una carta firmada con su nombre y apellido, y que es una de las presentadas por D. Julio Burell con la denuncia, y una nota también firmada en las cuales se dice: que sufrió tres palizas con palos. en el cuartel, hasta caer tendido en tierra después de cada una, poniéndole palillos en las manos y apretándolos con cordeles, dándole, por último, un fuerte palo en la nariz, quedándole cubierto de sangre todo el cuerpo y pretendiendo atarle una cuerda á los testículos; firma también el acta del folio 77, en la cual, ante

un periodista de Ronda, asegura que en aquella cárcel no se les molesta: pero que en Alcalá sufrieron martirios terribles, desde la paliza mortal hasta la trituración de los testículos: se ratificó en el acta al folio 80 vuelto, volviendo á declarar en otra acta levantada el veintisiete de septiembre del pasado año, diciendo que fué apaleado, quedando en bastante mal estado; y ante el que provee declaró en veintiuno de septiembre último ratificándose en la carta y nota que recogió un redactor de *El Gráfico*, que dos meses antes había estado en la carcel interrogando á los presos, y se afirmó y ratificó en el acta, añadiendo que las palizas se las dieron con verdadera saña y con intención de matarlo; siendo siempre diez ó doce guardias los que había en el sobrado, que se relevaban cuando se cansaban, habiendo durado el martirio desde las ocho de la mañana hasta las seis ó las ocho de la tarde, y que no tiene más que una cicatriz en el brazo izquierdo, causada por un golpe con el cañón de un fusil.

En la diligencia descriptiva fijada por el juzgado, aparece que Rodrigo Muñoz tiene en el brazo izquierdo una cicatriz blanquecina, brillante, con repliegue saliente; que la Academia de Medicina en su informe, y al tratar de este caso, dice que, además que debían existir por efecto de las palizas contusiones, desgarros, bolsas sanguíneas y oleosas, que debieron dejar extensas cicatrices de carácter permanente, la circunstancia de echar sangre por todo el cuerpo revela la existencia de grandes erosiones y heridas más ó menos extensas por donde la sangre brotara, debiendo quedar las consiguientes cicatrices, y el uso de los palillos y el golpe de la nariz debían igualmente dejar señales bien perceptibles. Los facultativos que de orden del juzgado le reconocieron, afirman que la cicatriz que se le observa en el brazo es originada por ulceración ajena á todo traumatismo, y creen y aseguran que el Rodrigo no sufrió las violencias de que dice haber sido víctima, pues de ser ciertas no podían menos de haber dejado señales indelebles en la piel.

El periódico *El Gráfico* correspondiente al ocho de agosto último, en la primera plana y en una información firmada por "un periodista„, consigna que fué á Alcalá para averiguar la verdad de los martirios referidos por los periódicos republicanos, y dice que resultaron heridos de bala Juan Vázquez, Antonio Saborido y el llamado Calera, muerto Sebastián Aguilera y con contusiones graves el guardia Manuel Amado y el sargento Jacinto Olmo, al cual salvó la vida el guardia Sánchez, disparando sobre el Aguilera; refiere algunos antecedentes del motín, y dice que retrocediendo la multitud hacia el pueblo, entregó á las llamas los archivos del ayuntamiento y juzgado municipal, entrando de grado ó por fuerza en las casas para apoderarse de las armas de fuego; añadiendo, después de referir estos actos de fuerza, que en las doce horas que los amotinados tuviron por suyo el pueblo, no se registró acto alguno de violencia contra las personas ni un solo atentado contra la propiedad; que al día siguiente llegaron once guardias civiles con un teniente, seguidos de dos compañías de infantería y se restableció el orden.

Sin entrar el juzgado especial á depurar los hechos relativos á la sedición, ataque á la fuerza armada, allanamiento de moradas de particulares, incendio de archivo y mobiliario de ayuntamiento y juzgado mu-

nicipal, disparos, homicidios y asesinatos frustrados, sustracción de latas de petróleo en algunos comercios, robos de armas con intimidación en las personas y demás actos criminales ejecutados en Alcalá del Valle en primero de agosto de mil novecientos tres; entre los cuales se destacan algunos de tanto relieve, como el haber querido matar al médico, que heróicamente y con desprecio de su vida asistió á todos los heridos; haber lesionado con un tiro de perdigones á la familia del alcalde; haber anunciado que la *golletina* ó degüello de los burgueses sería por la noche; haber ocasionado con un tiro á quemaropa la pérdida de un brazo á Francisco Pulido (a) Calaza; haber apuñalado por la espalda á Juan Gavilán hermano del alcalde, y. por último, el innoble de haber una turba arrancado del lado de su madre, á la que asistía por hallarse con una congestión, á la sobrina del juez municipal D. Miguel García, obligándola á que se situara entre los grupos y su tío que se negaba á entregar las armas que tenía, consiguiendo de este modo que aquél cesara en su defensa temeroso de derramar la sangre inocente de su sobrina; porque tales hechos son objeto de un sumario incoado en Olvera y que se halla en trámite de calificación, y de las correspondientes sumarias militares en la parte que á su jurisdicción respecta, convino hacer constar á los fines de este proceso: que en la tarde del día primero de agosto de mil novecientos tres fué cuando llegaron á Alcalá los once guardias mandados por el teniente Martín; que en dicho punto sólo estuvieron, y no siempre reunidos, pues se relevaban, cuarenta y seis guardias civiles, contando las clases; que el juez instructor de Olvera se constituyó en Alcalá el día dos de dicho mes, permaneciendo allí hasta el siete por la mañana en que regresó á la capital del juzgado; presentándose también á las doce de la noche del día dos la primera compañía del segundo batallón de infantería de montaña, que acudió desde Ronda mandada por el capitán D. Antonio Gutiérrez Calderón y tenientes D. Leopoldo Galán Llinás. D. José Tormo Revelo y D. Rafael Gómez de la Cortina, los cuales declararon á los folios 825, 840, 911 y 912 vuelto. Permaneciendo dicha fuerza en aquel pueblo hasta el día ocho á las doce de la noche que salió con la conducción de los presos á Ronda.

El día tres por la tarde llegaron á dicha población el coronel subinspector del tercio de la Guardia civil D. Luis López Mijares, teniente coronel D. Antonio Pascual del Real y capitán ayudante D. Luis Martí, los cuales permanecieron en Alcalá hasta después de salir la indicada conducción, entrando y saliendo, según expresan en sus respectivas declaraciones todos ellos, en la casa cuartel bastantes veces en los citados días; que en la misma mañana del referido día tres de agosto del pasado año, se dió principio á practicar detenciones de indivíduos complicados en los sucesos y á recoger armas por la Guardia civil, á la cual auxiliaba la fuerza de infantería, estableciéndose en la casa ayuntamiento la cárcel provisional, de cuya custodia se encargó exclusivamente la compañía de montaña, actuando como juez instructor para la formación de las primeras diligencias de la sumaria militar, el teniente de la línea de la Guardia civil D. José Martín y Martín y como secretario el guardia José Sánchez Mariscal, los cuales estuvieron trabajando en las referidas diligencias hasta el día nueve que se entregaron con las armas y deteni-

dos al comandante militar de Ronda; habiendo establecido su despacho el referido juez militar en la casa cuartel, en una habitación de la planta baja, colocada á la izquierda de la entrada, con ventana á la calle de Ronda, desde cuya habitación, así como desde la puerta de la calle y demás estancias, se oye perfectamente cualquier conversación que en tono ordinario se tenga en el sobrado de la casa, por ser ésta reducida, según aparece de la diligencia descriptiva y croquis.

Los detenidos eran conducidos á prestar declaración al cuartel ante el juez militar, y desde allí á presencia del juez ordinario muchos de ellos, y luego á la cárcel, por la calle de Ronda, siendo entregados al oficial ó sargento encargado de la guardia, y colocados en las distintas habitaciones de la casa ayuntamiento, verificándose tal conducción por la citada calle de Ronda, en uno de cuyos extremos se halla la casa cuartel de la Guardia civil, á la que confluyen las del Candil y la Llana, desembocando por su otro extremo en la plaza, en la que se encuentra la casa ayuntamiento, haciendo esquina á la calle del Arenal, y afluyendo también á la plaza, por otro lado, la calle de Esperilla, que hace esquina á la iglesia parroquial.

Para acreditar si los presos que salían de la casa cuartel para ser conducidos á la cárcel situada en el ayuntamiento, presentaban señales ostensibles de violencia ó manifestaban con sus lamentos la existencia de malos tratos, se recibió declaración á buen número de vecinos de las casas situadas en las calles que los presos habían de recorrer, y recorrieron. y algunas de las adyacentes, y todas esas declaraciones convienen en negar que vieran nada anormal en dichos presos ni que les oyeran quejarse; manifestando D. Antonio Montes, cuya casa y tienda hace esquina á la calle de Ronda y á la plaza, que el día de los sucesos forzaron las puertas de su tienda y entraron en ella sustrayendo tres latas de petróleo.

El periódico *El Gráfico* correspondiente al diez de agosto, ya citado, en los resultandos referentes á Mulero, dice, que á Lorenzo Rasero López (a) Espartero, de sesenta y seis años de edad, muy enfermo á consecuencia de un cáncer, le dieron terribles palizas sin consideración á sus años ni á sus padecimientos; á José Romero Sánchez (a) Cornetilla le han pegado en condiciones de tener el cuerpo cubierto materialmente de cicatrices, y que de un sablazo ó de palos perdió parte de una oreja, expresando que es muy fácil la comprobación de todo esto, pues ni las cicatrices habrán desaparecido ni retoñado la parte de oreja mutilada; que "Pajote„ recibió cuatro monumentales palizas, desmayándose después de cada una; y que respecto á Valle, cuantos estaban esperando en los calabozos de la casa cuartel oyeron aterrados los ayes de dolor, que decia: "por Dios, por Dios, rematadme de un tiro, que no puedo con los dolores.„

Con relación á Lorenzo Rasero López, de sesenta y siete años, ya en la carta fotografiada del folio 52 y en otra del 246, manifiesta en la primera, sin hablar ni referirse á que padeciera de cáncer alguno, del cual tampoco hablan los facultativos, que el tres de agosto del pasado año le dieron diez ó doce palos con varas, y en la segunda, que le dieron palos hasta cansarse y luego le tiraron como cosa inútil al retrete, ratificán-

dose en ambas cartas, aunque no recuerda haber mandado escribir la segunda, y que lo que dice en ésta, ocurrió antes de lo relacionado en la otra. Manifiestan los médicos forenses de Sevilla, después de haberle examinado, que siendo en la vejez el proceso reparador imperfecto, pues supuran las heridas y falta la unión inmediata, no creen posible que haya sufrido los malos tratos de que se queja, por no presentar señal alguna de ellos

Habiéndose dibujado, desde el comienzo del sumario, la sospecha de que el movimiento sedicioso de Alcalá del Valle tenía en su desenvolvimiento carácter anarquista, por más que en ocasiones aparecía con el de socialista y en algunas como no definido, y limitado sólo á secundar la huelga acordada para el primero de agosto, creyó el que provee, que no sería ocioso depurar este extremo, y al efecto, dictó la providencia de diez de septiembre, que dió por resultado la unión al sumario de varios documentos remitidos por el Sr. gobernador civil de Cádiz. Aparece de ellos que, efectivamente, el carácter y tendencia del movimiento fueron anarquistas: que la sociedad obrera establecida en Alcalá del Valle, que fué clausurada por orden judicial en treinta de junio de 1903, y que al parecer se había creado para procurar el mejoramiento moral y material de la clase jornalera, desde un principio demostró pronunciadas tendencias libertarias; predicándose en sus reuniones la abolición de la propiedad privada de los actuales poseedores y el reparto de ella entre los asociados; el olvido de todo precepto religioso; el *boicottage* para todo aquel que no perteneciera á aquella sociedad; la rebeldía á todo principio de autoridad y orden; la unión natural de ambos sexos, sin solemnidades religiosas, ni aun civiles; el incumplimiento del deber que con arreglo á las leyes tiene todo ciudadano de servir á la patria con las armas; sustituyendo en sus saludos al santo nombre de Dios, que en absoluto desterraron, por las frases de "salud compañero„, "salud y revolución„ ó "salud y anarquía„, apedreando y maltratando á aquéllos que no se sujetaban á esta fórmula; fijando fecha para el reparto de los bienes, con la particularidad, verdaderamente extraordinaria, de que entre más de doscientos jornaleros, apenas si llegaban á ochenta los que tenían una suerte de tierra que poder cultivar; atribuyéndose, por esta consideración, la tendencia torcida que siguió la sociedad, á la predicación y propaganda de oradores extraños al pueblo.

Además de los datos que, en justificación de tales tendencias, facilitó el gobierno de provincia, el juzgado oyó los testimonios de cuantas personas tienen alguna significación social ó económica, de reconocida é intachable honradez y cuya veracidad no fuera dudosa. Apareciendo de sus manifestaciones confirmado cuanto se consigna en el resultando anterior Y aun entre los que se dicen atormentados, hay algunos como por ejemplo, Antonio Saborido y Juan Valle, que dijeron: que eran socios, porque de no serlo no había posibilidad de ganar un jornal, porque los asociados impedían trabajar á los que no lo eran, haciendo igual manifestación Francisco Pulido, y expresando José Martínez Ponce, que dejó de pertenecer al centro obrero porque como fueron á predicar á él cuatro ó cinco forasteros, oyó hablar una noche á uno de ellos de reparto de los bienes, lo cual no le gustó, porque toda su vida ha sido repu-

blicano federal de orden y honrado, y no le parece bien se despoje á un indivíduo de lo que le pertenece; habiendo también manifestado el señor cura párroco de Alcalá, D. Juan María Sánchez Blanco, que cuando se estableció la llamada sociedad de Agricultores, se ofreció expontáneamente á dar una clase en la escuela de la misma, siendo rechazada su oferta, porque dijeron que las ideas del sacerdote no estaban en armonía con las suyas; debiendo recordarse en este lugar, que alguno de los socios que se dijeron atormentados, se dirigía al semanario *Tierra y Libertad* de ideas libertarias, confesadas por él, diciendo "compañeros de *Tierra y Libertad*„. y que los maestros de las escuelas de los centros obreros de Grazalema y de Benaoján lo fueron los zapateros Juan J. García y Suescum Guinda, de ideas conocidamente anarquistas.

Habiéndose consignado en algunas de las declaraciones expresadas en el resultando anterior, que la sociedad obrera de Alcalá del Valle se hallaba en inteligencia y comunicación con las existentes en algunos pueblos comarcanos, se trasladó el juzgado á Setenil, y de las diligencias allí practicadas aparece: que la sociedad que se constituyó en dicho pueblo siguió la misma marcha y mostró iguales tendencias que la de Alcalá, llegando al extremo de manifestar públicamente sus indivíduos que degollarían á todo aquél que se opusiera á sus planes, y á no atreverse el cura párroco á salir de su casa ni asistir á los pocos entierros católicos que se celebraban, pues la mayoría eran civiles, sin ir acompañado del alcalde y de otras personas, acometiendo á dicha autoridad municipal en su misma casa; engrosando las filas de sus socios por medio de coaciones y amenazas; disponiendo las labores del campo y señalando jornales, sin contar para nada con los dueños de las fincas en que se efectuaban, y entonando públicamente canciones anarquistas, alguna de las cuales se han consignado en el proceso.

Habiendo exigido el desarrollo de las actuaciones la traslación del juzgado á Ronda, una vez allí, aparte de otras diligencias, recibió declaración á los que desempeñaban el cargo de alcalde en agosto del año último en los pueblos de Benaoján, Montejaque y Arriate, los cuales convienen en que en sus respectivos pueblos las sociedades obreras profesaban las ideas anarquistas más radicales y exageradas, haciendo uso también del *boicottage*, que ellos llamaban "coto„, prohibiéndose unos á otros que llevaran á bautizar á sus hijos, y discutiendo la parte mejor ó peor que habían de adjudicarse en el reparto de bienes; viviendo el vecindario de todos estos pueblos en medio de la mayor alarma é intranquilidad.

El Auto de la Audiencia provincial.

Hemos insertado hasta aquí lo más saliente de los "Resultandos y Considerandos„ del sumario instruído por el juez especial para depurar lo que hubiere de cierto en las denuncias hechas por los periódicos, sobre Alcalá del Valle. Réstanos como final dar á conocer el Auto de la Audiencia provincial de Cádiz que dice así:

"En la ciudad de Cádiz á veintidos de noviembre de mil novecientos cuatro.

Vista la presente causa incoada por orden del Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, en averiguación de si son ó no ciertos los tormen-

tos y martirios empleados en las personas de los presos, con motivo de los sucesos ocurridos en Alcalá del Valle, partido de Olvera de esta provincia, el día primero de agosto del pasado año de mil novecientos tres, de cuya causa ha sido instructor especial el nombrado como tal por la Sala de Gobierno de la Audiencia territorial, magistrado D. Felipe Pozzi y Gentón, asistido del secretario de Sala, nombrado también al efecto, Dr. D. Eduardo Callejo y de la Cuesta, cuyo juez, practicadas las diligencias que estimó conducentes al esclarecimiento de los mencionados hechos; dictó auto de terminación del sumario con fecha siete del actual, y aceptando la Sala los Resultandos de la referida resolución, que hace suyos, por estimar se hallan rigurosamente ajustados y son fiel reproducción sintética de las diligencias sumariales, así como los Considerandos ó fundamentos de derecho por su exacta aplicación, que se insertan literalmente á continuación del presente auto.

Resultando: que recibida la causa en esta Superioridad y pasada al Sr. Fiscal para instrucción, devuelta ésta por el mismo, se dictó auto con fecha diez y ocho del actual confirmando el de terminación del sumario y señalándose día para la vista previa, que tuvo lugar el diez y nueve del mismo, en cuyo acto por dicho Ministerio se solicitó *in voce* el sobreseimiento libre del número primero del artículo seiscientos treinta y siete de la ley de Enjuiciamiento criminal, puesto que no existen indicios racionales de haberse ejecutado los hechos que han motivado la formación de esta causa, y como quiera que por Andrés Jiménez Moreno, Salvador Mulero Medina, Andrés Muñoz Romero, José Romero Jiménez, Lorenzo Rasero López, José Romero Sánchez (a) *Cornetilla*, Diego Caballero Jiménez (a) *Pajote*, Juan Valle Ponce, Diego Barroso López, Juan Vázquez Gavilán (a) *Mochango*, Francisco Romero Dorado (a) *Canario*, Roque Vargas Pino, José Pulido Jiménez, Roque Alfaro Ruiz, José Saborido López, Antonio Rodríguez Conde, Antonio Listán Pulido, José Pérez Jiménez, Antonio Saborido Alvarez, Juan Villalón Jiménez, Juan Pulido Jiménez, Antonio Vílches Alvarez, Francisco Navarro Vázquez, José Listán Pulido, Juan Vázquez Torres (a) *Treinta*, José Jiménez Hormigo, Bartolomé Alfaro Ruiz, Cristóbal Vega Fernández, Francisco Vílches Domínguez, José Jiménez Carnero, José Aguilera Gallego, José Romero Racero, José Romero Jiménez, conocido por Francisco, Pedro Ruíz Pérez, Juan Ruiz Pérez, Pedro Vargas Ayala, Pedro Cabello Pérez y Benito Jiménez Alvarez, se han hecho en sus declaraciones prestadas en esta causa falsas imputaciones á la Guardia civil, de hechos que si fuesen ciertos serían constitutivos de delito de los que dan lugar á procedimiento de oficio, pide también, que de conformidad con lo preceptuado en el párrafo tercero del artículo trescientos cuarenta del Código penal, se acuerde por la Sala la deducción de los oportunos tantos de culpa, para abrir nuevas causas contra las expresadas personas á fin de exigírseles la procedente responsabilidad penal, y mandar que, cuando sea firme el auto que dictare, se publique en los periódicos oficiales y se comunique á la audiencia de Málaga y á los jueces instructores de los distritos de Buenavista, Centro, Hospicio y la Universidad de Madrid, al de esta ciudad de Cádiz y á cualquiera otro que siga causa por artículos publicados por la prensa so-

bre los supuestos martirios y tormentos á los presos por los sucesos de Alcalá del Valle, para que, teniendo conocimiento de dicha resolución, puedan hacerlo constar en sus respectivas causas, á los efectos oportunos.

Primero. Considerando: que desde que se comienza la lectura y análisis de las primeras líneas de este proceso, se ve palpitar en las causas que le dieron vida y movimiento, una orientación aviesa por mediocres inteligencias, desnudas de todo sentido moral, de perversa voluntad, dispuestas en todo caso y momento é imbuídas por corrientes perturbadoras, á la destrucción de todo organismo social, sin valladar en el recorrido de sus imputaciones; idea que se agranda más y más cuanto más se penetra en las entrañas de este voluminoso expediente, depurado, por fortuna, por manos hábiles y expertas, hasta conseguir el averiguamiento de la verdad pura, como asimismo que tales manejos, puestos al servicio de intereses mezquinos, dieron al viento de la publicidad, por impremeditaciones ó malicia, afirmaciones que, lejos de tener comprobación, la razón humana rechaza con irrefutables pruebas desparramadas por autoridades científicas y doctas corporaciones, colectivas é individuales.

Segundo. Considerando: que si las afirmaciones fueron notorias y públicas, adquiriendo triste celebridad aquende y allende los mares, en desprestigio de un instituto cuyos bienes y servicios jamás contradichos ni aun en siquiera sospecha de mal pensamiento; notorias y públicas del mismo modo deben ser las negaciones que de este fallo se desprenden, para que el mal moral, esparcido y puesto en tela de juicio por alguien, tenga la reparación merecida, colocando en su verdadero trono la justicia, que debe resplandecer en todos los actos colectivos é individuales de la humanidad.

Tercero. Considerando: que los grupos de hechos imputados de diversa índole y de idéntica esencia, de haber atormentado la Guardia civil á indivíduos presos sujetos á procedimientos judiciales, no ha tenido en este proceso indicio alguno de racionalidad existente, pues que las declaraciones de los mismos supuestos atormentados son incompatibles con las pruebas en contrario practicadas en este sumario, no sólo de orden material y perceptible á los sentidos, sino también corroboradas por la ciencia, cuales son las inspecciones oculares de actos que, de ser ciertos, debieron dejar vestigios en el organismo de aquel contra quien se supone cometida la violencia, y los brillantes informes técnicos, únicos que pudieran denunciar la posibilidad dentro de la ciencia; y ni unos ni otros elementos probatorios dan acceso á la razón humana, antes al contrario, los rechaza, para que de ellos se pueda inferir siquiera la duda de haberse albergado más que como huésped enfermo en una imaginación febril por la malicia, que llega hasta pintar el cuerpo ó espalda al rededor de un desvalido para dar relieve falso á cicatrices antiguas curadas, poniendo el arte al servicio de la perversidad.

Cuarto Considerando: que desechas por absurdas, dentro del orden racional, las indicaciones de los denunciadores, los hechos que determinan no pudieron jamás tener existencia real, y en todo caso, es potestad de los tribunales, justificada ahora, como siempre y más que nunca,

además de declarar el sobreseimiento libre número primero del artículo seiscientos treinta y siete de la ley de Enjuiciamiento criminal, mandar proceder de oficio cual dispone el último párrafo del seiscientos treinta y ocho en relación con el trescientos cuarenta del Código penal, por cuanto las imputaciones de los interesados dentro de este sumario, no ofrecen duda de su falsedad y malicia, la cual expresamente se consigna para derivar de ellas las responsabilidades correspondientes y enseñar á los que tales manejos malévolos emplean la severidad ejemplar á que se hayan hecho acreedores y repercuta en los que, por medios indirectos y anónimos, coadyuvaron por los medios á su alcance á la propagación de la calumnia en que incurrieron.

Vistos dichos artículos:

Se sobresee total y libremente en esta causa, con arreglo al número primero del artículo seiscientos treinta y siete de la ley de Enjuiciamiento criminal, por no existir indicio alguno racional de que se haya perpetrado acto de ninguna clase referente á tormentos ó malos tratos de la Guardia civil á persona alguna. Y en atención á resultar falsas y calumniosas las imputaciones por las cuales se procedió, se declara expresamente tal pronunciamiento, mandando testimonio tanto de culpa contra Andrés Jiménez Moreno, Salvador Mulero Medina, Andrés Muñoz Romero, José Romero Jiménez, Lorenzo Rasero López, José Romero Sánchez (a) *Cornetilla*, Diego Caballero Jiménez (a) *Fajote*, Juan Valle Ponce, Diego Barroso López, Juan Vázquez Gavilán (a) *Monchego*, Francisco Romero Dorado (a) *Canario*, Roque Vargas Pino, José Pulido Jiménez, Roque Alfaro Ruiz, José Saborido López, Antonio Rodríguez Conde, Antonio Listán Pulido, José Pérez Jiménez, Antonio Saborido Alvarez, Juan Villalón Jiménez, Juan Pulido Jiménez, Antonio Vílchez Alvarez, Francisco Navarro Vázquez, José Listán Pulido, Juan Vázquez Torres (a) *Treinta*, José Jiménez Hormigo, Bartolomé Alfaro Ruiz, Cristóbal Vega Fernández, Francisco Vílchez Domínguez, José Jiménez Carnero, José Aguilera Gallego, José Romero Rasero, José Romero Jiménez conocido por Francisco, Pedro Ruiz Pérez, Pedro Vargas Ayala, Pedro Cabello Pérez y Benito Jiménez Alvarez, para que se proceda contra ellos por denuncia falsa con arreglo á derecho y se comunique este auto á la audiencia de Málaga, á los juzgados de los distritos de Buenavista, Centro, Hospicio y la Universidad de Madrid, al de esta ciudad, y á cualquiera otros que sigan causas por artículos publicados por la prensa sobre los supuestos martirios y tormentos á los presos por los sucesos de Alcalá del Valle, para que surta los efectos correspondientes. Y además publíquese esta definitiva resolución en los periódicos oficiales, *Gaceta de Madrid* y *Boletín Oficial* de la provincia, para que en congruencia con los llamamientos que se hicieron á las personas para declarar, llegue á su conocimiento el resultado de este proceso, declarando las costas de oficio.

Así lo acordaron y firman los señores del margen, de que certifico. Federico de Castro Ledesma.—Javier Muñoz.—Perfecto Mira.—Rafael Coello, Secretario.„

Y damos, con el anterior auto de la Audiencia provincial de Cadiz, por terminado este largo paréntesis que en la historia del Cuerpo he-

mos hecho, deteniéndonos en la fecha que marca la palabra *Alcalá del Valle*, tomada como ariete para tratar de demoler injusta y criminalmente los prestigios del Instituto, los enemigos de todo cuanto orden significa.

Han pasado algunos años desde aquellos sucesos á cuando estas líneas se escriben, y á pesar de ello, de cuando en cuando, siempre que precisa remover por elementos extraños al gobierno la opinión insensata, se echa mano de la palabra, se habla de martirios que no existieron, y se pide la libertad de los delincuentes de Alcalá del Valle, que al paso que van sus apologistas, convertirán en mártires.

A la Guardia civil solo toca tener presente la inscripción que campea sobre el frontispicio de las cárceles:

"Odia el delito y compadece al delincuente.„

Y en esta ocasión los delincuentes son quienes cometieron materialmente el delito y quienes moralmente continúan perpetrándolo.

Cuatro consideraciones.

Finalizamos este largo capítulo dejándonos en el tintero larga relación de nombres, hechos y páginas gloriosas de la historia del Cuerpo.

Son muy recientes todos y habría que personalizar, cosa de lo que el historiador debe huir, máxime tratándose de ligeros, sintéticos y generales puntos de historia.

Pero no queremos efectuarlo sin hacer presente que difícilmente atravesará época más angustiosa y más digna de estudio que la marcada por estos últimos años.

En período álgido la cuestión social, su intervención constante, su movilidad, concentrándose á diario en distintos puntos, le ha servido para demostrar constituye poderosísimo elemento de gobierno á los partidos turnantes.

En Andalucía, las hazañas de *Vivillos*, *Cristos* y *Pernales*,—y pluralizamos porque á la sombra de estos nombres hubo no pocos que se aprovecharon de ello,—hicieron que en aquellas regiones se presentase el mal con casi caracter epidémico.

Una larga concentración de fuerzas, medidas previsoras y un tesón digno de todo elogio ha conseguido estirpar el bandolerismo andaluz y que hoy se respire en los campos era de tranquilidad allí desconocida.

La oficialidad, la tropa y el alto mando merecen todos los elogios. Por las causas ya dichas omitimos nombres. Tal vez pasado el tiempo lo hagamos. Hoy no podríamos efectuarlo porque parecieran tal vez interesados.

Como final, apuntaremos otro dato. Indotados, casi íbamos á decir desprestigiados, los servicios de seguridad y vigilancia en el interior de las poblaciones españolas, un gobierno, el presidido por el Sr. Maura, por mano de su ministro el Sr. La Cierva, echó sobre sus hombros la difícil labor de reorganizarlo, modernizarlo y, por qué no hemos de decirlo, honorificarlo.

Sabias medidas, férrea voluntad, labor digna de los mayores encomios ha sido preciso efectuar; pero hoy día los jalones están puestos, y ya hay en España *madre* para excelentes cuerpos de *Seguridad* y *Policia*.

El hecho que queríamos apuntar es, que como colaboradores en esta obra han tenido las personas citadas á jefes, oficiales é indivíduos de la Guardia civil.

De tales auxilios nacieron en momentos que no hemos de recordar, rivalidades dignas de aplauso por el espíritu honroso de cuerpo que significan, rozamientos de índole peculiar que no hay para qué señalar.

Unas y otras, fueron hijas de acrecentado cariño al Cuerpo; por ello son perdonables y hasta aplaudibles en el fuero interno de quienes juzgarlas debieron.

CAPITULO II

Colegios y Asilos del Cuerpo.

La compañía de guardias jóvenes.—El Colegio del mismo nombre.—Asilo de huérfanos.—El Colegio para oficiales de Getafe.

Dos nombres están íntimamente ligados con el epígrafe de este capítulo: Valdemoro y Getafe. En estos pueblos cercanos á Madrid, las disposiciones superiores instalaron los centros mencionados.

No caeremos en consabido lugar común aplicado á la mayoría de los centros docentes militares, respecto á si las condiciones climatológicas y de localidad son y fueron los más propios para que en tales puntos se instalasen Diremos sí, únicamente, que por lo que á los de Valdemoro se refiere, las donaciones hechas después compensaron lo que en contrario á la bondad del lugar pudiera decirse.

Pero siendo nuestro objeto solamente hablar á grandes rasgos de su historia, prescindimos de juicios para entrar de lleno en la materia.

Compañía de guardias jóvenes.

El 26 de enero de 1853, y á propuesta del Duque de Ahumada, Inspector general de la Guardia civil, y siendo á la sazón Ministro de la Guerra el general La ra, se creó, por real orden de 1.° de abril, la *Compañía de Guardias jóvenes*. Empezó su organización en el cuartel de San Martín, ocupado por la fuerza del primer Tercio, en Madrid, bajo la dirección del subteniente graduado, sargento primero del 8.°, D. Tomás María Pérez y Rodríguez, elegido por sus buenas cualidades para tan difícil como importante cargo.

El 31 de julio le fué expedido el correspondiente pase para trasladarse á la villa de Pinto, con un cabo, un guardia de primera clase y 12 alumnos, en cuya población se alquiló una casa particular, que fué habilitada desde luego como cuartel, pasándose la revista de agosto en el mencionado punto.

Dictáronse seguidamente por la Inspección general las órdenes para el régimen interior, policía é instrucción, igualas facultativas con el médico y farmacéutico, acopio de víveres y formación de las cuentas de

gastos, disponiéndose también que los jóvenes, para paseos y demás actos fuera del establecimiento, usasen el uniforme al efecto establecido, que se componía de un pequeño morrión de paño con galón blanco, levita de igual corte que los guardias, pero con una sola hilera de botones, teniendo como armamento carabina como la de la caballería de entonces, con bayoneta y correage amarillo, cual la infantería.

El flamante morrión de aquellos pequeños soldados fué sustituido en 1859 por el ros de la Infantería española, sustituyéndose la levita de una hilera de botones por la de dos en el mismo año, que es usado en la actualidad

La finalidad de esta institución fué exclusivamente dar educación y porvenir á los hijos de los indivíduos del Cuerpo, con preferencia á los de quienes murieran en función del servicio y ateniéndose á las reglas que podrán verse en las disposiciones citadas y reglamento de 30 de junio de 1856, que, salvo el número de jóvenes, tiene grandes puntos de semejanza con el que actualmente rige.

Como el local en que en un principio se instaló la Compañía de guardias jóvenes en Pinto no reunía condiciones, se comenzó á buscar otro, y en vista de que las gestiones practicadas para buscar nuevo local, no dieron resultado alguno en la villa de Pinto, á pesar de los buenos deseos del ayuntamiento y vecindario, fué preciso hacerlas en la inmediata de Valdemoro, en donde se encontró uno de mayor capacidad que el ocupado por los jóvenes en Pinto. Al efecto, la Inspección general dispuso en 1856 la compra de la antigua fábrica de paños titulada *Los longistas*, en 110.000 reales vellón y después de las obras que requería el nuevo objeto para que se la destinaba, se hizo entrega de la que hasta entonces había servido como casa-cuartel, trasladándose el Establecimiento á Valdemoro el día 26 de marzo.

A título de curiosidad añadiremos algo de la historia del edificio en que se instaló la compañía y hoy Colegio de guardias jóvenes.

En 2 de octubre de 1712 le fué concedido á D. Francisco Aguado y Guerra, natural de esta villa, residente en Madrid, real privilegio y franquicias por cuarenta años para establecer en la localidad una *fábrica de paños finos* semejante á las que entonces existían en Inglaterra y Holanda, autorizando se empezaran los trabajos con 27 operarios flamencos, que tenía el Superintendente general de Hacienda; encargando S. M. fueran españoles el mayor número de obreros, proporcionándoles con ello un medio más de ganar el sustento. En aquella época atravesaba Valdemoro una terrible situación económica, por el poco valor y consumo de los vinos, que era su principal riqueza.

S. M. concedió el título de real fábrica al nuevo edificio, autorizando se pusiera el escudo de armas en las casas y oficinas que la constituyesen, así como en los sellos que llevaran las piezas de paños, declarándose libre y franca, sin restricción ni limitación, la salida por mar y tierra de todas las manufacturas que la fábrica remitiera á paises extranjeros, y prohibiéndose que ni en la villa ni en cuatro leguas á la redonda pudiera establecerse otra de igual clase.

Se libraron por el Estado á favor del Sr. Aguado y Guerra veinte mil escudos de plata, eximiéndole, juntamente con los administradores, em-

pleados y obreros, de ir á la guerra forzosamente, de contribuir al reparto de consumos, gabelas y otros gastos de la época, ni ser nombrados para ningún oficio de la villa, ya fuere honroso ó gravoso, aceptándolos, sin embargo, voluntariamente; mereciendo todos las mismas consideraciones que los labradores, en cuya opinión encargaba S. M. se les tuviera.

Tal es el orígen del cuartel de Guardias jóvenes: desde su construcción como fábrica de paños en 1712, hasta 1856, en que el Colegio se instaló en él, perteneció á diferentes sociedades fabriles: á partir de la última fecha, pasó á ser propiedad de la Guardia civil, según escritura de venta otorgada por la Compañía de Lonjistas en 30 de noviembre de 1855. Después se declaró edificio del Estado.

Desde su fundación, la finalidad de esta compañía, salvo ligeras variantes de índole orgánica, fué, como ya hemos dicho, dar instrucción militar con preferencia para ingresar en la Guardia civil, á los hijos de veteranos del Cuerpo.

Puede decirse, repetimos, que arranca su verdadera organización de la real orden de 30 de junio de 1856, por la que se aprobó el reglamento orgánico-interior formado por la Inspección general para el régimen de la Escuela de Guardias jóvenes, cuyo mando, á ser posible, decía sería desempeñado por un teniente, teniendo á sus órdenes como auxiliares un subteniente, un sargento primero, dos segundos, seis cabos, seis guardias y un corneta ó tambor. Los alumnos se aumentaron á 110, á razón de dos por cada compañía ó escuadrón del Cuerpo. Se fijaron las reglas de ingreso que se consignan y se estableció el principio de filiar los jóvenes á su presentación en el Establecimiento, sin sujeción á las obligaciones que impone la Ordenanza hasta que, cumplido los diez y seis años, lo fuesen de nuevo con arreglo á ella, si voluntariamente quisieren seguir la carrera militar ó tener ingreso en el Cuerpo.

La enseñanza que se les daba era lectura, escritura, doctrina cristiana, gramática castellana, aritmética, ordenanza hasta la obligación de sargento primero inclusive, táctica de infantería ó caballería hasta la instrucción de compañía, reglamentos, cartilla del Cuerpo y gimnasia. Como accesoria á dichas clases se les enseñaba á los jóvenes que lo solicitasen los oficios de sastre ó zapatero; pero en ningún caso hasta cumplir los diez y seis años, y los que deseaban servir en caballería, si reunían las circunstancias para esta arma, recibían las primeras nociones seis meses antes de salir del Establecimiento.

Pocas novedades pueden registrarse en dicho organismo hasta el año 1858.

En esa fecha fué nombrado, en comisión, comandante de la compañía el capitán graduado, teniente del primer tercio, D Vicente García Aguado, quien se hizo cargo del mando de ella el 3 de mayo, destino en que fué confirmado, según real orden de 7 del mismo mes.

Forzosamente hemos de hacer un paréntesis al hablar de este oficial, coronel más tarde del Instituto, y uno de los jefes seguramente de más relieve que el Cuerpo ha tenido. Colaborador con el Duque de Ahumada en los primeros pasos de la Guardia civil, su labor anónima al frente del Colegio y como jefe de Negociado y alma de la Dirección más tarde, no

puede salir á la superficie por completo, pues regla de todo buen funcionario de cualquier índole y jurisdicción, fué siempre laborar para que la gloria recaiga en quien al frente del organismo se halle.

Sin embargo, repasando la historia íntima que arroja la documentación del Centro directivo, en ella puede hallarse vigorosa muestra de un talento poco común, de unas dotes de organizador insuperables, y sobre todo de un amor á la institución inmenso, traducido en obras de engrandecimiento orgánico que consiguió ver realizadas muchas, plantando los jalones de otras, cuyas consecuencias hoy toca el Cuerpo y que van llevando á feliz término la labor de quienes tienen su apellido, y respecto á los cuales nos está vedado el elogio, por no ser la misión del historiador ensalzar á quienes por fortuna viven y con ellos les une lazos de agradecimiento y cariño.



Coronel D. Vicente García Aguado.

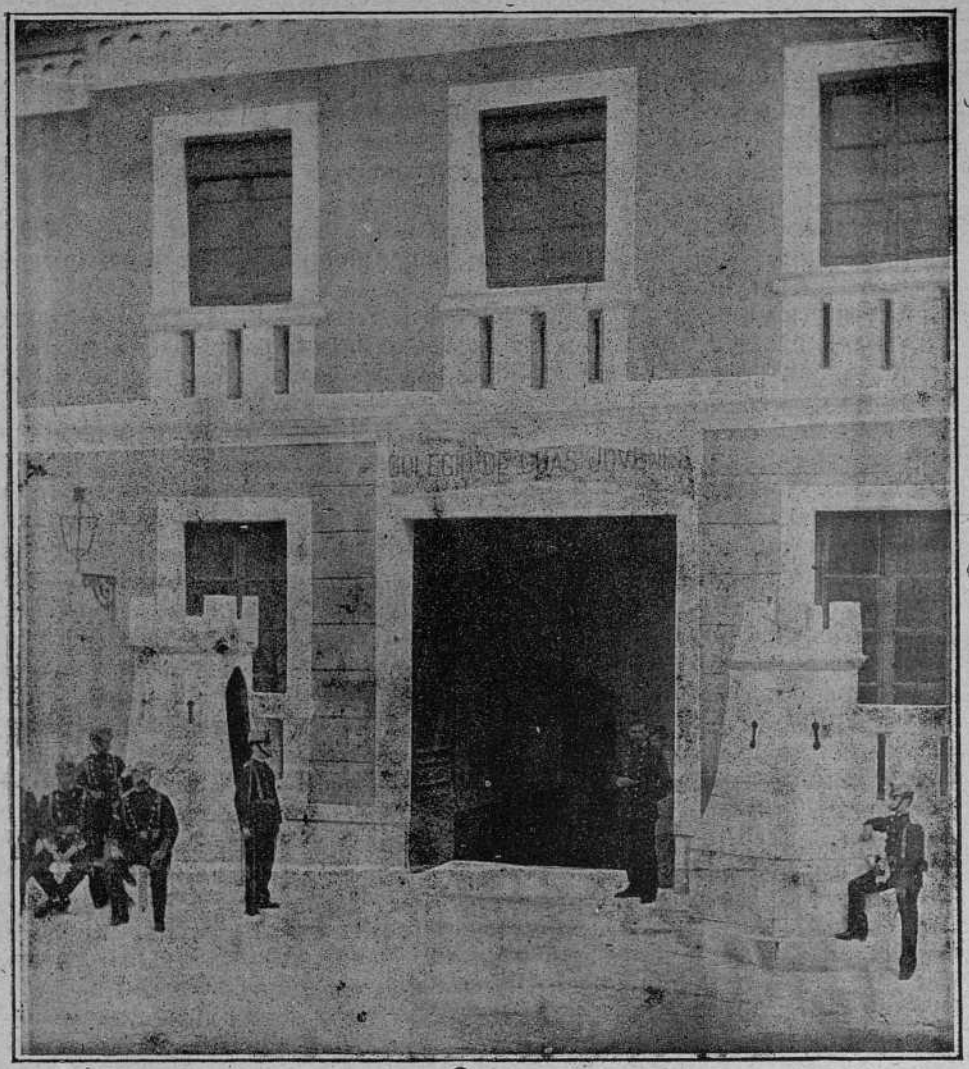
Volviendo á la citada compañía, añadiremos que por fin del año de 1858 escribió el teniente D. Vicente García Aguado la Memoria histórica de la compañía referente á dicho año: extensa, clara, detallada y en la que se ponía de manifiesto los progresos realizados.

En ella se decía: "Altamente lisonjero es para la compañía el resultado obtenido en el corto tiempo que lleva establecida, pues además de contarse en las filas del Cuerpo veintiocho jóvenes educados en ella, que prestan su servicio perfectamente, y algunos han obtenido ya el ascenso á guardias de primera clase, y aún de cabos, ha merecido la singular honra de que eminentes literatos y distinguidos escritores públicos se hayan ocupado en reseñar su organización: en el *Moniteur de l'Armée* francés se ha publicado un artículo, por M. Germot de la Vigne, muy satisfactorio para el Cuerpo en general, y particularmente para esta compañía. El Sr. brigadier D. Crispín Jiménez de Sandoval, en un bosquejo histórico y reglamentario sobre las instituciones de seguridad y en la *Asamblea del Ejército;* D. José Díaz Valderrama, en la *Historia de la Guardia civil; El Mentor del Cuerpo;* la *Gaceta militar* y otros periódicos han dedicado artículos que nos hacen mucho favor y dan una idea ventajosa del establecimiento y de la educación que en él reciben los hijos de beneméritos y distinguidos indivíduos del Cuerpo que los ampara.„

Buena prueba del espíritu que consiguió inculcar el teniente García Aguado en la compañía de guardias jóvenes, fué el servicio realizado por ella y ante el cual hemos de detenernos.

El 19 de diciembre, por la noche, se presentó en el Establecimiento el subteniente de la primera compañía del primer Tercio, D. Manuel de la Huerta, suplicando alguna fuerza para prestar un servicio en el inmediato pueblo de Seseña. En el acto el comandante de la compañía, señor

Aguado, puso á sus órdenes al sargento primero, dos guardias y cuatro jóvenes mayores de diez y seis años, trasladándose todos á dicho pueblo. No pudo ser más satisfactorio el resultado de este servicio; al amanecer



Fáchada principal del edificio del Colegio de Guardias jóvenes en la actualidad.

del 20 había tres criminales presos; otro muerto por el alumno Agustín Fernández Andrés; otro herido por el de igual clase Romualdo Franco Ortega y 15 000 duros rescatados de los 30.000 robados el día 10 á la empresa del Canal de Isabel II en las inmediaciones de Torrelaguna.

Conducidos por los aprehensores á Madrid los presos y dinero, fueron los dos jóvenes citados presentados á los ministros de la Guerra y Gobernación, gobernador civil y Director general, disponiendo éste que, para perpetuar la memoria del hecho, se retratasen los jóvenes Fernández y Franco, colocándose sus retratos en cuadros en la Dirección y Establecimiento. Además, S. M. la Reina, por real orden fecha 22, se dignó resolver que al subteniente Huerta se le incluyera desde luego en el turno de elección para su ascenso, concediendo cruz sencilla de M. I L. al sargento primero José Sánchez Ecija, y la misma cruz, pensionada con 7 pesetas 50 céntimos, á los guardias jóvenes Agustín Fernández Andrés y Romualdo Franco Ortega, por su bizarro comportamiento.

Formada la compañía con armas en la plaza de la villa el día 27, y ante un numeroso público que entusiasmado contemplaba á los héroes del anterior servicio, les fué colocada la cruz.

Otros y no menos notables servicios tienen en su historial los guardias jóvenes, pero como alargaría demasiado nuestro trabajo nos limitaremos á consignar á título de curiosidad el realizado en septiembre de 1868.

En la noche del 29, y por mandato de la Junta Central de Madrid, se trasladó el capitán Muntadas, con el teniente D. Luis Bermúdez, la mitad de los instructores y los jóvenes del cuarto semestre militar, á la inmediata villa de Pinto, para cuidar de la seguridad personal del capitán general marqués de Novaliches, gravemente herido el día anterior en el puente de Alcolea. El vecindario que á su llegada disfrutaba de la expansión consiguiente, y que desaforadamente gritaba *¡Viva la libertad! ¡Abajo los consumos!*, cuyas tablas de derechos quemaron aquella noche en la plaza pública Entraron los jóvenes con las armas cargadas y en disposición de hacer fuego, llegando al alojamiento del general, dispuestos á impedir toda agresión contra su ilustre persona. Afortunadamente el pueblo respetó, como debía, la desgracia del vencido, y á excepción de una pequeña guardia que quedó en la casa donde se hallaba el general, la demás fuerza fué alojada al día siguiente. Ni un disgusto siquiera ocurrió en aquellos días: los guardias, armados, transitaban libremente por el pueblo, y los vecinos los contemplaban como á sus salvadores en los momentos de peligro.

Engrandecimiento y creación de los Asilos.

Por circular de la Dirección general del 12 de enero de 1879 se publicaron las bases para el planteamiento de una asociación general en el Instituto, con objeto de acojer y dar instrucción á los huérfanos é hijos de ambos sexos de los jefes, oficiales é individuos de tropa del Cuerpo, bases que merecieron la aprobación de S. M. en 2 del referido mes. Tiene origen este pensamiento en la donación que de la hermosa finca denominada *Juncarejo*, y huerta y terrenos del ex-convento del Carmen, hicieran voluntaria y desinteresadamente los Excmos. Sres. Marqueses de Vallejo, en favor de los expresados huérfanos é hijos de individuos pertenecientes á la Guardia civil.

Al efecto, el Director general fué autorizado por real orden de 29 de

octubre de 1878 para recibir lo que los marqueses estimaran donar, otorgándose la correspondiente escritura de cesión con fecha 1.° de noviembre siguiente, ante el notario D. Hilario Carrillo, protocolizada al número 133. Posterior á esta escritura, y con la de 17 de marzo del corriente año, se autorizó al capitán subdirector por el General director para hacerse cargo de la finca *Olivar de la Cruz*, término de Pinto, que también regalaron dichos señores marqueses.

A tales actos de generosidad, la Guardia civil respondió con otro no menos grande y elevado: se asoció para buscar recursos dentro de sí misma, estableciendo un descuento gradual desde el coronel subinspector al guardia de segunda clase. Aceptado por la inmensa mayoría, y ascendiendo aquéllos á una cantidad respetable, sólo faltaba para realizar el pensamiento la construcción de edificios donde los huérfanos de ambos sexos pudieran albergarse, cumpliendo lo preceptuado en las bases de referencia. La inauguración de las obras para el de huérfanas tuvo lugar en 19 de junio de 1880, poniendo la primera piedra el Rey D. Alfonso XII, con asistencia de la Reina, Princesa de Asturias y Altezas Reales las Infantas.

Por primera vez, el Rey iba á visitar á los guardias jóvenes. En diferentes ocasiones, la Reina madre había visto, al rendirle los honores de ordenanza, á todos los educandos formados: principalmente en 1864, los contempló desde el tren real, parado en la estación, mientras su augusto esposo, con el entonces príncipe de Asturias, revistaba la compañía, seguido del entusiasta general Sr. Quesada, á la sazón Director del Cuerpo. La apertura de las obras para el Asilo de huérfanas, motivó la venida á Valdemoro de SS. MM. y AA. RR. En la estación esperaban la llegada del tren real el marqués de la Cenia, Director coronel general del Cuerpo; el brigadier Secretario D. José Arderíus, y varios jefes del Centro directivo, 1.° y 14.° tercios. Una compañía de éste, con la música de Ingenieros, hizo á SS. MM. los honores de ordenanza en la estación de esta villa. Inmediatamente, y en coches de la real casa, se trasladaron con la comitiva á la iglesia parroquial, en la que se cantó un solemne *Te Deum*, pasando después al Juncarejo. Elegido en esta finca el terreno más elevado de ella para la construcción del edificio que sirve de Asilo á las huérfanas, se establecieron cuarenta tiendas de campaña circunvalando el perímetro demarcado, colocando en el centro la de Su Majestad el Rey, remitida al efecto de Palacio. La guardia regia la dieron los gastadores, los cuales llamaron extraordinariamente la atención de las personas reales por su gravedad y marcial aspecto. El batallón de guardias jóvenes, con bandera, música y banda, mandado por su jefe D. Romualdo Galindo, formó en línea frente á la tienda real. El arquitecto provincial, Sr. D. Bruno Fernández de los Ronderos, acompañado de sus ayudantes y operarios, tenía dispuesto todo para la colocación de la primera piedra La finca, adornada con gallardetes y banderas, indicaba la importancia del acto que iba á realizarse.

Un punto de atención y el repique de las campanas anunciaron la llegada al campamento de SS. MM. y AA. RR. La música y banda batieron marcha, y el batallón presentó las armas. Inmediatamente se procedió por S. M. el Rey á la colocación de la primera piedra, ofician-

do en la ceremonia religiosa de ritual en tales casos, el Excmo. Obispo auxiliar de Madrid, delegado por el Diocesano. Después pasó S. M. con la comitiva y arquitecto al pabellón real, firmándose por todos el acta. La fuerte y abundante lluvia que caía deslució en algún tanto tan importante acto.

El desfile se verificó colocándose S. M. el Rey en la plataforma del Hotel, terminado el cual SS. MM. y comitiva se trasladaron al Colegio cuartel de guardias jóvenes En seguida los alumnos pasaron á sus clases respectivas, preguntando en todas S. M., con el programa á la vista lo que tuvo por conveniente.

He aquí el acta de aquella visita que marca el jalón más floreciente de la benéfica institución. Dice así:

"En la villa de Valdemoro, á diez y nueve de junio de mil ochocientos ochenta, SS. MM. el Rey D. Afonso XII, su augusta esposa doña María Cristina y AA. las Sermas. Sras. Infantas doña María de la Paz y doña Eulalia, acompañados de su comitiva, se constituyeron en la posesión denominada Juncarejo, donación hecha por el Sr. Marqués de Vallejo al Cuerpo de la Guardia civil, con objeto de celebrar la solemne inauguración de las obras para un Asilo de cien huérfanas del mencionado Instituto, á cuyo efecto había sido autorizado el Director general del Cuerpo en real orden expedida por el Ministerio de la Guerra el 2 de enero de 1879, concurriendo al acto el Ministro de la Guerra, el Obispo auxiliar de Madrid, el Gobernador civil de esta provincia, el general Gobernador militar de Madrid, generales que suscriben, Ayuntamiento de de esta villa, Director general del Cuerpo, brigadier Secretario de la Dirección, numerosa comisión de jefes y oficiales de la Guardia civil, Junta directiva de los Asilos y otras muchas personas invitadas al efecto. – El Marqués de la Cenia, Director general del Instituto, obtenida la venia de SS MM. pronunció un discurso alusivo al objeto, al que se dignó contestar el Rey en términos adecuados al caso, demostrando el gran interés que le inspira toda tentativa de progreso, debida á la iniciativa particular.—Previo el ceremonial oportuno, y extendida el acta por el Secretario de la Dirección, se dignaron suscribirla SS. MM. y demás personas mencionadas.—Seguidamente se procedió á colocar la primera piedra, lo que verificó S. M. el Rey, recibiendo de manos del arquitecto director de las obras, D. Bruno Fernández de los Ronderos, los últiles necesarios al efecto, colocándose debajo de la referida piedra un ejemplar de la *Gaceta* del día de hoy, un *Boletín Oficial*, varios acuerdos de las juntas celebradas para la constitución de la Sociedad, monedas con el busto de S. M. y un ejemplar de este acta que el Secretario extiende para conocimiento de todos y perpetuidad del suceso referido, en cumplimiento de lo resuelto por la Junta directiva de la Asociación para fundar y sostener el Asilo indicado.—Yo el Rey.—Yo la Reina —Paz de Borbón.—Eulalia de Borbón.—F. la Marquesa de Santa Cruz.—El Ministro de la Guerra, José Ignacio de Echevarría.—El Marqués de Alcañices.—El teniente general, Conde del Serrallo —Francisco de Ceballos.—Ciriaco María, Obispo de Areópolis.—El Director general de la Guardia civil, Marqués de la Cenia.—A. Conde de Heredia-Spínola.—El Duque de Ahumada.—El Marqués de Vallejo.—El General gobernador,

Zacarías G. y Goyeneche.—Los Consejeros de Estado.—Emilio Cánovas del Castillo.—Pedro Antonio de Alarcón.—Andrés Salavert y Arteaga.—El alcalde, Facundo Fernández.—El arquitecto, Bruno F. de los Ronderos.—Los coroneles Carlos Denis.—Francisco García Osorno.—Manuel Giraldo.—Vicente García Aguado.—El brigadier secretario, José Arderíus „

Finalicemos lo referente á estos Asilos, tributando un homenaje de gratitud á la memoria del insigne donador del *Juncarejo*. Oficialmente ya se hizo en la siguiente real orden que justo es consignar aquí.

Dice así la que se le dirigió al ilustre y filántropico procer:

"El Rey (q. D. g) ha podido apreciar en su visita al Colegio de Guardias jóvenes é inauguración de las obras que deben dar principio para la instalación de las huérfanas de la Guardia civil, el cuantioso donativo verificado por V. E. al ceder una posesión que, á su gran valor material, reune una situación de condiciones inmejorables para aquel fin; V. E. al llevar á cabo ese rasgo de filantropía en favor de las huérfanas de tan benemérita Institución, se hace digno, no sólo de la consideración y respecto de esas niñas, sus familias y todo el Cuerpo á quienes ofrece y alarga su bienhechora mano, sino que es acreedor á la gratitud del Gobierno y reconocimiento de la Nación. S. M. el Rey, ante el benéfico rasgo que tanto enaltece á V. E., me ordena, como de su real orden lo ejecuto, le exprese en su nombre las gracias por su generoso y noble desprendimiento, significándole cuan grata es á su corazón la espontaneidad de su oferta y forma de llevarla á cabo en seres desgraciados, cuyos padres han prestado honrosos servicios defendiendo las poblaciones y las propiedades, y que reciben, como justo galardón por la benéfica iniciativa de V. E., una de aquellas en que puedan ser admitidas y educadas, para ser más tarde útiles á la sociedad por los conocimientos que deben adquirir y transmitir á sus hijos.„—De real orden lo traslado á V. E. para su conocimiento.—Dios guarde á V. E. muchos años. —Madrid veinte de junio de mil ochocientos ochenta.—Echevarría.

Después de los hechos apuntados, poco más podemos registrar respeto al Colegio de Guardias jóvenes y Asilos del Cuerpo Su organización actual varía poco de la primitiva, salvo el número de los allí congregados. Héla aquí.

Organización actual del Colegio de Guardias jóvenes.

El personal de jefes, oficiales y tropa veterana de la plantilla orgánica, que con los guardias jóvenes constituye asimilación á una comandancia de primera clase del Instituto, y forma dos compañías, más una sección de caballería, es el siguiente: Un teniente coronel, director; un comandante, jefe de estudios y del detall; dos capitanes, profesores; seis tenientes, profesores; un capellán; un médico y un músico mayor.

La tropa la constituyen: seis sargentos, uno maestro de cornetas; nueve cabos; un corneta; cuatro guardias primeros y cuatro guardias segundos.

La de caballería, es un sargento; dos cabos, uno maestro de trompetas y un guardia segundo.

Entre las clases de tropa de la anterior plantilla, y con objeto de que

los jóvenes que carezcan de condiciones para servir en el Instituto puedan aprender un oficio que, según se ha expresado, les permita ganar el sustento, hay precisamente sastres, zapateros, guarnicioneros, carpinteros, hojalateros y demás profesiones que se consideren convenientes ó necesarias para enseñar á aquéllos y dirigir los talleres respectivos, contratándose además los maestros paisanos que se necesiten.

El número de jóvenes destinados al Establecimiento, se regula por el de compañías y escuadrones que tenga el Instituto, en la proporción de dos educandos, cuando menos, por cada una de las referidas unidades orgánicas.

Tienen derecho á ingreso en el colegio de Guardias jóvenes:

1.° Los hijos de los jefes, oficiales é individuos de tropa del Instituto muertos en función del servicio ó de sus resultas y aquellos cuyos padres, hallándose en posesión de la cruz de San Fernando pertenezcan al Cuerpo, estén retirados ó hayan fallecido.

2.° Los hijos de los jefes, oficiales é individuos de tropa que habiendo pertenecido al Cuerpo se hallan separados del servicio por inutilidad adquirida en el que presta la Guardia civil ó de sus resultas.

3.° Los huérfanos de jefes y oficiales del Cuerpo, aunque sus padres hubiesen fallecido estando retirados, y los hijos de los que de dichas clases se hallen en servicio activo, si reunen más de cuatro hijos ó son de estado viudos.

4.° Los hijos de los individuos de tropa que se hallen en servicio activo, hayan fallecido perteneciendo á esta situación, ó sido retirados por edad, siempre que los padres hubiesen permanecido más de seis años seguidos en el Instituto, observando buena conducta.

El ingreso en el establecimiento se verifica á medida que vayan resultando vacantes, y al presentarse los aspirantes en aquél, se les forma su hoja biográfica, y previo reconocimiento facultativo, son filiados á los 18 años, por el tiempo de cuatro sin opción á premio, todos aquellos que deseen seguir la carrera militar y tener ingreso en el Cuerpo, continuando en el Colegio cursando sus estudios hasta los 19 años, en que son destinados á comandancia si resultan aprobados en los exámenes del último semestre y alcanzan la estatura de $1^{m},647$ para guardias y $1^{m},620$ para cornetas y trompetas; de lo contrario se anulará el compromiso contraído y dejarán de pertenecer al Establecimiento.

A los que no deseen servir en el Instituto, carezcan de aplicación, capacidad ó condiciones para ello, se les enseña el oficio para que demuestren mejor aptitud, y á los 19 años son baja en el Colegio.

La enseñanza que se recibe en el Colegio está dividida en los grupos siguientes: enseñanza primaria; enseñanza práctica de artes y oficios y enseñanza técnica militar y peculiar del Instituto.

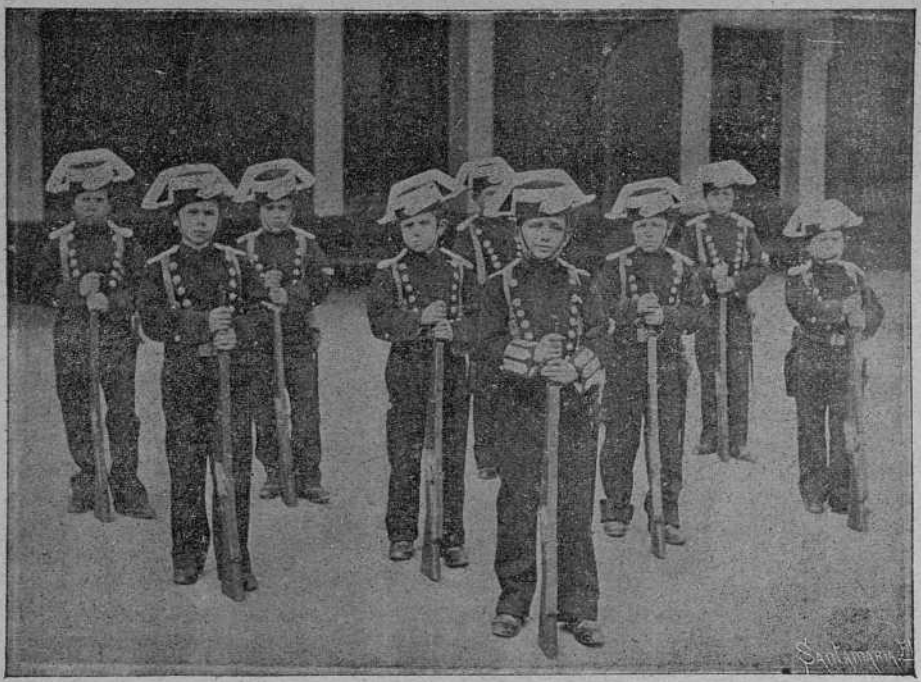
El primer grupo comprende lectura, escritura, religión y moral, urbanidad, epítome de la gramática castellana, aritmética en sus cuatro operaciones fundamentales con enteros, quebrados y decimales, conocimiento del sistema métrico decimal, compendio de historia de España, nociones de geometría y de geografía general y particular de la Península Ibérica, gimnasia.

Al segundo están afectos los oficios de sastre, carpintero, tornero,

zapatero, guarnicionero, hojalatero, albañil, herrero, herrador, peluquero, panadero, jabonero y demás que se consideren convenientes; y las artes de tipografía, encuadernación, música, caligrafía y delineantes.

El tercer grupo lo constituyen los conocimientos que las disposiciones vigentes exijan al guardia y los que deban poseer las clases de tropa del Cuerpo según el reglamento de ascensos.

El primer grupo es obligatorio para todos los jóvenes que á su ingreso no poseyeran los conocimientos que abraza; el 2.°, para los que se dediquen á un oficio y tuviesen completa la instrucción primaria; el 3.° para los que deseen seguir la carrera de las armas y no tengan defecto físico que se lo imposibilite.



Escuadra de gastadores del batallón de guardias jóvenes.

Todos los jóvenes aprenderán la instrucción práctica del soldado de infantería; y la de caballería, aquéllos que elijan esta arma, hasta el número conveniente, ó los de más desarrollo y robustez si no hubiese voluntarios.

Organización actual de los Asilos de huérfanos.

Esta institución benéfica, como ya dijimos, autorizada por real orden de 2 de enero de 1879, tiene por objeto sostener y educar á los huérfanos de ambos sexos de los jefes, oficiales é individuos de tropa de la Guardia civil que hayan pertenecido ó pertenezcan á

la Asociación, mediante el pago mensual de las cuotas siguientes, arregladas á la categoría de cada uno.

Inspector general, 5 pesetas; general secretario, 3'75; coronel, 2'50; teniente coronel, 2'25; comandante, 2; capitán, 1'75; primer teniente, 1'50; segundo teniente, 1'25; sargentos, 1; cabos, 55 céntimos; guardia primero, 40; guardia segundo, corneta ó trompeta, 25.

Dichas cuotas se satisfacen por mensualidades adelantadas á la caja de la Dirección general del Cuerpo, y los fondos de la Sociedad se depositan en el Banco de España en cuenta corriente.

Todo indivíduo del Cuerpo podrá ingresar como socio y obtener los derechos de tal, siempre que lo verifique dentro del plazo de seis meses, contados desde su entrada en el Instituto.

Los asociados que fueren baja por cesar en el servicio activo de la Guardia civil, conservan los derechos adquiridos, siempre que continúen abonando las cuotas sin interrupción.

El Asilo de huérfanos se divide en dos secciones: una para varones y otra para hembras. La primera se halla en el local contiguo al Colegio de Guardias jóvenes, y la segunda en el edificio denominado *El Juncarejo*, cedido generosamente para este fin por el marqués de Vallejo.

La sección de varones tiene para su dirección y cuidado un oficial del Cuerpo, un sargento, un guardia primero y un segundo, de los cuales deberán ser, uno maestro de instrucción primaria, otro sastre y el otro zapatero, y hay además un sirviente para los cometidos que se le confieran.

La sección de huérfanas está dirigida por hermanas de la caridad, teniendo para los demás servicios un portero jardinero, un mozo de mandados, un ayudante de cocina y cuatro lavanderas.

Mensualmente se publica en el *Resumen de servicios* del Cuerpo el "balance general„ con la entrada y salida de los fondos de la Sociedad en el mes anterior, para conocimiento y satisfacción de los asociados.

La edad mínima para adquirir el derecho á ingreso, es la de seis años, sin exceder de doce.

El orden de prelación para ser admitidos es el siguiente:

1.° Los huérfanos de padre y madre, sea cualquiera el número que éstos hubieren dejado á su fallecimiento.

2.° Los que lo fueren de padre.

3.° Los que lo sean de madre.

4.° A falta de huérfanos podrán ingresar los hijos de ambos sexos de jefes, oficiales y veteranos de la clase de tropa del Cuerpo cuyos padres sean socios y cuenten quince años en él, y los hijos de padres dementes, estén ó no éstos recluídos en manicomio, serán considerados como huérfanos.

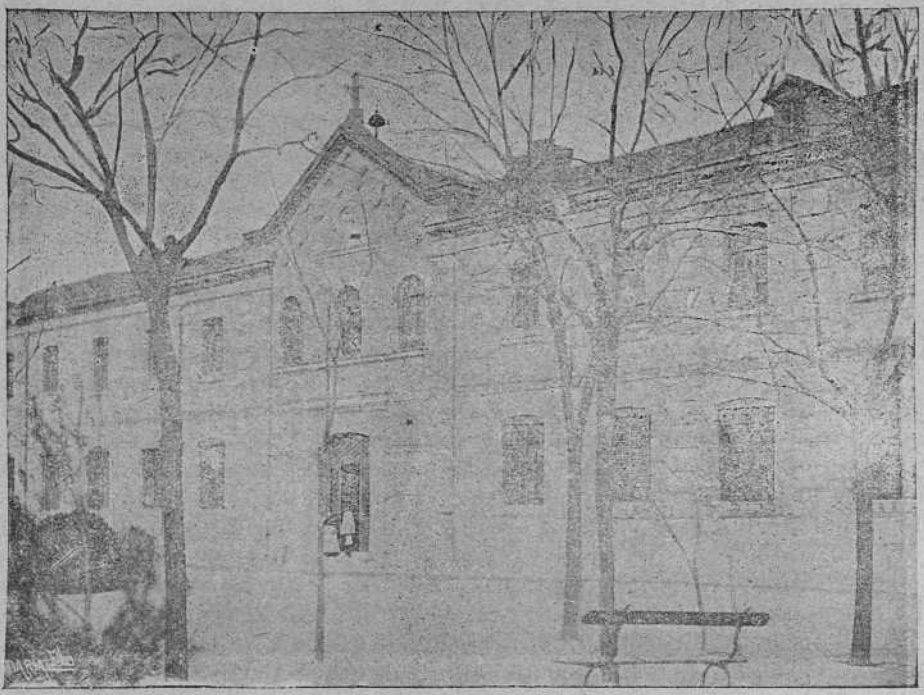
Los varones que al cumplir los diez años de edad dentro del Asilo tuvieran derecho á ingresar en el Colegio de Guardias jóvenes, por haber muerto su padre en función del servicio, son destinados desde luego; y se otorga también la pensión de 0'75 pesetas diarios á los asilados que tengan que ser entregados á sus familias por padecer enfermedad contagiosa de larga duración.

La permanencia en los Asilos es para los varones hasta los dieciocho años y para las hembras hasta los veinte.

Fué obsesión altamente loable de los primeros directores del Cuerpo, estas instituciones benéficas establecidas en Valdemoro. Con frecuencia grande eran visitadas por ellos, y dada la escasez de medios con que se contó en un principio, el impulso que se les dió fué considerable, pues valiéndose de lo estatuido se establecieron allí algunas enseñanzas como las de taquigrafía, preparación militar y otras.

Situación actual.

Al propio tiempo, de allí salió nutriendo al Cuerpo un excelente personal de guardias, que en la actualidad constituyen respetable contingente de clases de tropa del Instituto, y que en la práctica demostraron y vienen patentizando la sólida instrucción y disciplina allí obtenidas.



Fachada principal del edificio del Asilo de huérfanas.

Puede, pues, decirse por lo que al Colegio de guardias jóvenes se refiere, que presidió un acierto grande en su organización, acierto que ha continuado y permitido nutrir al Cuerpo, casi en su cuarta parte, del excelentísimo personal de cabos y sargentos que tiene y constituyen su más fuerte sostén.

Justo también es consignar, en honor de dicho centro, y como demostración palmaria de su bondad, que todas las armas y cuerpos cuentan hoy con brillante representación de oficiales que en su infancia llevaron el honroso uniforme de guardia joven. Muchos nombres podríamos

citar entre ellos; en la Guardia civil, los tenientes coroneles Madrigal, Pueyo, Rodríguez Manzano; capitanes Quintana Duque, Garduño, Veloso é Ibáñez Varela; tenientes Andrés Hernández, Serrano Fontecha, Campos, Grajera, Alfonso Trejo, Rodríguez Jiménez y Maillo; en infantería, coronel Nájera Nestores y capitán Romero Orrego; en artillería, los tenientes y hermanos Rueda Fernández; en caballería, el capitán López Hormigo; en Oficinas Militares, el oficial primero Galera Yepes, y en Carabineros, los tenientes Moralejo, Collado, Corrobal y Cilleruelo y muchos más de diferentes armas y cuerpos cuyos nombres sentimos no recordar.

Actualmente el estado de estas instituciones filantrópicas es altamente floreciente desde el punto de vista económico, y de poco tiempo á esta parte, gracias al interés que por ellas muestra el actual Director del Cuerpo, general Sr. Sánchez Gómez, se están acometiendo beneficiosas reformas.

La plantilla de jóvenes asciende hoy á 336 y 896 aspirantes.

En los Asilos hay 150 huérfanos y 190 huérfanas, figurando en las plantillas de aspirantes para ellos 52 de los primeros y 28 de los segundos.

Respecto á la gestión administrativa de quienes vienen laborando en dichos centros, baste decir que en octubre del presente año 1909, tenía como fondos la Asociación de Asilos la respetable suma de 1.025.391 pesetas.

Colegio para oficiales.

La primera tentativa para nutrir directamente de oficiales al Instituto, mediante un Centro propio, fué por el decreto de 8 de febrero de 1893, que suprimió la Academia general militar establecida en Toledo, Academia ésta de imborrable memoria para el Ejército y que por dos veces, posteriormente, se ha tratado de hacer resurgir.

Por dicho decreto se robustecieron las academias especiales, y como complemento para dar porvenir á las clases de tropa, se crearon los colegios preparatorios y de Guardia civil y Carabineros, disponiéndose que el del Instituto estuviese afecto al Colegio de guardias jóvenes

Las condiciones de ingreso fueron: admitir sargentos del Ejército y del Cuerpo que contasen seis años de servicio, tres de empleo, y acreditasen los conocimientos que los programas exigían, siendo promovidos á segundos tenientes á los dos años de estudio en los referidos centros.

Por real decreto de 22 de junio de 1894, y siendo ministro de la Guerra el general López Domínguez, se dictó el reglamento por el que se rigió los pocos años que de vida tuvo el expresado Centro, y respecto al cual no hemos de hacer juicios propios por haber desempeñado en el mismo el cargo de ayudante profesor poco antes de su disolución.

No hemos de callar, sin embargo, que nació, vivió y murió sin grandes entusiasmos del Cuerpo.

El estrecho círculo que presidió á la organización de este centro produjo penosa impresión en el Instituto, pues á más de que con él no se resolvía problema alguno, puesto que sobraban oficiales aspirantes de todas las armas, consideraba tal centro productor de oficialidad de menor cuantía que á los de las demás armas y cuerpos del Ejército, y sin beneficio

lógico siquiera para los sargentos del Cuerpo, á quien en realidad, y puestos á aceptar la reforma, correspondía en primer término, siquiera llevasen la ventaja de conocer el servicio especial del Cuerpo; pues pese á quien en contrario opine, y aun cuando hasta la fecha nada se haya hecho en este sentido, tiene su especialidad en el conocimiento y aplicación de las leyes civiles y criminales, tan íntimamente ligadas en el desarrollo de los frecuentes casos que en la práctica del servicio se presentan.

Pasando á señalar las deficiencias más salientes del primer reglamento orgánico en corroboración de los anteriores conceptos, tenemos, que de las plazas sacadas á concurso se reservaba solamente la tercera parte para los cabos ó sargentos del Cuerpo y las otras dos para los de igual empleo de las demás armas y cuerpos, llegando á admitirse por asimilación hasta maestros de banda y escribientes militares.

Se denominó *Colegio* al centro de instrucción para diferenciarlo de las demás Academias, y en buen espacio de tiempo se obligó á sus alumnos á vestir el uniforme de sus cuerpos con las correspondientes insignias, sin concederles usar el reglamentario en los demás centros docentes, y se les quitó la natural emulación como recompensa á su aplicación de ostentar el distintivo de galonistas.

A los que en otros centros se les concede, bien por ser hijos de jefe ú oficial muerto en campaña ó por otros motivos que las disposiciones regulan el derecho á percibir gratificaciones para subvenir al gasto de estudios, á los del Colegio para oficiales del Cuerpo les fué negado, percibiendo solamente sus haberes del empleo que poseían con lo que muchos pasaron situaciones angustiosas por la carencia de medios para la vida.

Costó ímprobo trabajo y una interminable serie de consultas y refutaciones conseguir que á los profesores se les concediese el derecho á solicitar y poseer la cruz del Mérito Militar blanca y pasador del profesorado, por entender que el colegio no era un centro igual á los demás.

Posteriormente y ya en más favorables condiciones la marcha del colegio, aún hubo necesidad de sostener una verdadera campaña para conseguir que fuese pensionada la cruz propuesta para un profesor por sus reconocidos é importantes trabajos en pró de la enseñanza.

Muchos de los defectos señalados fueron remediados en las épocas de dirección del centro de los coroneles Freixas y Bruno por su constancia digna de elogio. En la de este último se formuló un proyecto de reglamento orgánico, siendo ponentes los entonces capitán y teniente señores Urrutia y Quintana, estableciendo una ordenada sucesión en las materias que constituían el plan de estudios, ampliando las necesarias al ingreso en armonía con los de las demás academias del Ejercito, con más las de necesario conocimiento del Instituto, que en el anterior quedaba limitado á un semestre en terceras clases para el estudio del reglamento del Cuerpo, ley de enjuiciamiento criminal y códigos y ligeros ejercicios prácticos de documentación especial.

El expresado reglamento orgánico fué aprobado por real orden de 22 de junio de 1894, implantándose desde luego, y como consecuencia, se adoptó un nuevo uniforme consistente en el reglamentario para oficiales

del Cuerpo, sin divisas y la teresiana con los cordones del semestre en sustitución del sombrero; correaje avellana y sable de oficial, conservando para diario la guerrera gris, pantalón azul tina y teresiana, dejando de usar los galones del empleo que poseían.

Pocas alteraciones hay que registrar en la vida del expresado centro; la más importante fué admitir á los sargentos y cabos de todas las armas é institutos que llevasen tres años de servicio en filas, cualquiera que fuese el tiempo de ejercicio en el empleo. Esta medida, facilitando más el ingreso á todas las armas que á los procedentes del Cuerpo por la facilidad que en ellas había de ejercer dicho empleo, la comparación de planes de estudios con las demás academias y otras razones que no son del caso, hicieron que fuese languideciendo la vida del expresado centro hasta 1901 que comenzó á extinguirse.

Para terminar.

Réstanos para finalizar esta ligera reseña de la historia del Cuerpo, citar los nombres de quienes al frente del mismo estuvieron. La índole de nuestra modestísima labor impide el manejo del escalpelo de la crítica, ni la estampación de elogios, que tendrían forzosamente que aparecer interesados.

Pero justo es llamar la atención del lector hacia los beneficios obtenidos por el Cuerpo en estos últimos años. El haber de los indivíduos ha sido elevado en 25 céntimos diarios; las paralizadas escálas de cabos y sargentos han salido de la atonía que regaba en flor toda ilusión y entusiasmos, los maestros de banda fueron creados dando un modesto porvenir á una clase, los pluses y premios se reciben hoy con esquisita puntualidad; varios aumentos en las plantillas han extendido el Cuerpo; las cabezas de las diversas escalas de la oficialidad ha aumentado compensando la amortización que la supresión de los Tercios de Cuba originaron, y sobre las mesas de los ministros de la Gobernación han pasado diferentes proyectos de creación de unidades y concesión de mejoras, constituyendo semilla que en plazo no lejano fructifique.

Unase á ello que hoy la Guardia civil constituye el *único* organismo donde la recomendación se cortó de raíz, cosa ésta que se consideraba imposible fuera de ella; que diferentes cuestiones de orden público han servido para robustecer sus prestigios, y podrá con fundamento afirmarse es en la actualidad la Guardia civil legítima esperanza en la que descansa confiada la Nación y los públicos poderes.

Ahora, lector, que conoces los anteriores extremos, relaciónalos con el nombre del Director que al frente del Instituto los haya conseguido. De tí podrán partir los elogios hacia el teniente general D. Joaquín Sánchez Gómez, que desempeña ese cargo desde el 28 de enero de 1905 y en cuya época se consiguieron, ya que el autor por razón de su cargo no debe hacerlos.

Y hecha tal manifestación, he aquí como final las relaciones de los Directores que el Cuerpo ha tenido, Secretarios y generales procedentes del Instituto.

Jefes superiores que ha tenido el Cuerpo.

NOMBRES	FECHAS DE LOS NOMBRAMIENTOS		
	Día.	Mes.	Año.
Mariscal de Campo Excmo. Sr. D Javier Girón y Ezpeleta, duque de Ahumada	15	Abril	1844
Brigadier Excmo. Sr. D. Antonio María de Alós		Interino.	
Teniente general Excmo. Sr. D. Facundo Infante y Chaves	1	Agosto	1854
Teniente general Excmo. Sr. D. José Mac Crohon y Blake	1	Septiembre	1856
Teniente general Excmo. Sr. D. Javier Girón y Ezpeleta, duque de Ahumada	12	Octubre	1856
Teniente general Excmo. Sr. D. Isidoro de Hoyos y Rubín de Celis, marqués de Zornoza	2	Julio	1858
Teniente general Excmo. Sr. D. Jenaro de Quesada y Matews	21	Noviembre	1863
Teniente general Excmo. Sr. D. Angel García y García, conde de Vistahermosa	29	Septiembre	1864
Teniente general Excmo. Sr. D. Isidoro de Hoyos y Rubín de Celis, marqués de Zornoza	25	Junio	1865
Mariscal de Campo Excmo. Sr. D. Francisco Serrano y Bedoya	28	Diciembre	1865
Teniente general Excmo. Sr. D. Rafael Acero Rico y Amat, conde de la Cañada	11	Julio	1866
Teniente general Excmo. Sr. D. José Turón y Prats	11	Marzo	1867
Teniente general Excmo. Sr. D. Anselmo Blaser y San Martín, marqués de Ciga	16	Septiembre	1868
Teniente general Excmo. Sr. D. Juan de Zariategui	27	Septiembre	1868
Teniente general Excmo. Sr. D. Francisco Serrano y Bedoya	25	Octubre	1868
Teniente general Excmo. Sr. D. Cándido Pieltaín y Jove-Huergo	19	Junio	1872
Teniente general Excmo. Sr. D. Mariano Socías del Fangar y Lledó	5	Julio	1873
Teniente general Excmo. Sr. D. Juan Acosta y Muñoz	19	Septiembre	1873
Mariscal de Campo Excmo. Sr. D. Segundo de la Portilla y Gutierrez	10	Octubre	1873
Teniente general Excmo Sr. D. José Turón y Prats	18	Enero	1874
Teniente general Excmo. Sr. D. Fernando Cotoner y Chacón, marqués de la Cénia	28	Septiembre	1874
Teniente general Excmo. Sr. D. Tomás García Cervino y López de Sigüenza	23	Enero	1882
Teniente general Excmo. Sr. D. Agustín de Burgos y Llamas	5	Noviembre	1883
Teniente general Excmo. Sr. D. Ramón Fajardo é Izquierdo	26	Abril	1884
Teniente general Excmo. Sr. D. Remigio Moltó y Díaz Berrio	6	Agosto	1884
Teniente general Excmo. Sr. D. Tomás García Cervino y López de Sigüenza	9	Diciembre	1885
Teniente general Excmo. Sr. D. José Chinchilla y Diez de Oñate	13	Enero	1888
Teniente general Excmo. Sr. D. Tomás O'Ryan y Vázquez	13	Diciembre	1888
Teniente general Excmo. Sr. D. Luis Dabán y Ramírez de Arellano	14	Noviembre	1890
Teniente general Excmo Sr. D. Romualdo Palacio y González	30	Enero	1892
Teniente general Excmo. Sr. D. José Chinchilla y Díez de Oñate	8	Febrero	1899
Teniente general Excmo. Sr. D. Antonio Dabán y Ramírez de Arellano	16	Marzo	1899
Teniente general Excmo. Sr. D. Federico Ochando y Chumillas	27	Julio	1901
Teniente general Excmo. Sr. D. Luis María de Pando y Sánchez	30	Agosto	1902
Teniente general Excmo. Sr. D. Camilo García Polavieja, marqués de Polavieja	13	Julio	1903
Teniente general Excmo. Sr. D. Arsenio Linares y Pombo	23	Noviembre	1903
Teniente general Excmo. Sr. D Vicente de Martitegui y Pérez de Santa María	7	Diciembre	1903
Teniente general Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez Gómez	28	Enero	1905

Secretarios que ha tenido la Dirección general del Cuerpo.

EMPLEOS		NOMBRES	FECHAS de los nombramientos.		
al desempeñar el cargo.	que obtuvieron después.		Dia.	Mes.	Año.
Coronel.....	Teniente general..	Excmo. Sr. D. Carlos María de la Torre.....	28	Marzo.....	1844
Coronel.....	Brigadier.....	Excmo. Sr. D. Javier de Olmedo y Torres.....	28	Agosto.....	1850
Brigadier.....	Teniente general..	Excmo. Sr. D Crispín Jiménez de Sandoval.....	23	Julio.....	1856
Brigadier.....	Mariscal de Campo.	Excmo. Sr. D. Salvador Valdés y Barruso.....	8	Julio.....	1858
Brigadier.....	Teniente general..	Excmo. Sr. D. Miguel Trillo y Figueroa.....	14	Marzo.....	1862
Brigadier.....	Mariscal de Campo.	Excmo. Sr. D. Juan Montero y Gabuti.....	20	Octubre.....	1868
Brigadier.....	Brigadier.....	Excmo. Sr. D. Juan Alvarez y Arnaldo.....	26	Marzo.....	1873
Brigadier.....	Teniente general..	Excmo. Sr. D. José Arderíus y García.....	12	Mayo.....	1879
Brigadier.....	Brigadier.....	Excmo. Sr. D. Pedro Zubieta y Jaén.....	21	Octubre.... .	1881
Brigadier.....	Mariscal de Campo.	Excmo. Sr. D. Miguel de Goicoechea y Jurado.....	14	Noviembre...	1884
Brigadier.....	Brigadier.....	Excmo. Sr. D. Pedro Zubieta y Jaén	18	Junio.....	1886
General de brigada.	General de división	Excmo. Sr. D. José de Martítegui y Pérez de Santa María	25	Enero.....	1888
General de brigada.	General de división	Excmo. Sr. D. Máximo Cánovas del Castillo.....	14	Julio.....	1890
General de brigada.	Teniente general..	Excmo. Sr. D. Vicente de Martítegui y Pérez de Santa María.....	22	Febrero.....	1891
General de brigada.	Teniente general..	Excmo. Sr. D. Francisco Loño y Pérez.....	22	Febrero.....	1893
General de brigada.	General de división	Excmo. Sr. D. Leoncio de la Portilla y Cobián	22	Enero.....	1894
General de brigada.	General de brigada.	Excmo. Sr. D. Juan de Mesa y de Queralt..... ...	22	Enero.....	1896
General de brigada.	General de división	Excmo. Sr. D. Nicasio de Montes y Sierra.....	24	Junio.....	1897
Coronel.....	Coronel.....	D. Eugenio de la Iglesia y Carnicero.....	17	Abril.....	1901
Coronel.....	General de brigada.	Excmo. Sr. D. Manuel Morell y Agra.....	19	Febrero.....	1902
General de brigada.	General de división	Excmo. Sr. D. Ciro Warleta y Ordovás.....	30	Diciembre....	1902
General de brigada.	General de división	Excmo. Sr. D. Santiago Díaz de Ceballos y Visgrés..	8	Junio.....	1904
General de brigada.	General de brigada.	Excmo. Sr. D. Antonio Tovar y Marcoleta	13	Septiembre...	1906
General de brigada.	General de brigada.	Excmo. Sr. D. Víctor Sánchez Mesas.....	15	Abril.....	1909

Generales que han desempeñado el cargo de Jefe de Sección de la Guardia civil en el Ministerio de la Guerra.

EMPLEOS		NOMBRES	FECHAS de los nombramientos.		
al desempeñar el cargo.	que obtuvieron después.		Día.	Mes.	Año.
General de brigada.	General de división.	Excmo. Sr. D. José Barraquer y Roviralta.....	17	Enero.....	1902
General de brigada.	General de división.	Excmo. Sr. D. Ciro Warleta y Ordovás.....	29	Diciembre....	1902

Generales procedentes de la Guardia Civil.

EMPLEOS	NOMBRES	ÚLTIMO EMPLEO que desempeñaron en el Cuerpo.
Mariscal italiano.....	Excmo. Sr. D. Enrique Cialdini Santián, duque de Gaeta...	Segundo jefe del 4.º Tercio.
Teniente general.....	Excmo. Sr. D. Antonio María de Alós, marqués de Haro ..	Brigadier jefe del 1.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Luis Serrano del Castillo.	Coronel jefe del 2.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Remigio Moltó y Diaz Berrio.....	Coronel jefe del 1.º
Mariscal de Campo...	Excmo. Sr. D. José Gabarre.....	Coronel jefe del 7.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Pedro de la Bárcena	Coronel jefe del 8.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Fernando Boville.....	Coronel jefe del 7.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. José Merelo y Calvo.....	Brigadier jefe del 14.º
Idem	Excmo. Sr. D. Marcelino Clos y Equizabal.....	Coronel jefe del 1.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Juan Carnicero y San Román.....	Coronel jefe del 1.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Pelipe Dolsa y Vilademunt.....	Coronel jefe del 3.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Javier San Martín y Rioboó	Coronel jefe del 13.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Juan Delatre y Lecarnelle.....	Comandante jefe de Huesca.
General de división..	Excmo. Sr. D. Carlos Denis y Trueba..	Subdirector en Cuba.
Brigadier.....	Excmo. Sr. D. Toribio de Ansotegui y Alzaa	Coronel jefe del 5.º Tercio.
General de división..	Excmo. Sr. D. Manuel Bucsta y del Billar.....	Primer Cap. Comte. prov.ª Pontevedra.
Idem.....	Excmo. Sr. D. José Hidalgo de Cisneros	Coronel jefe del 4.º Tercio.
Idem.....	Excmo. Sr. D. Marcelino Porta y Suarnabar.....	Coronel jefe del 5.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. León Palacios y Ortega.....	Coronel jefe del 6.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Francisco Palmés.....	Coronel jefe del 2.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Carlos Purgodt.....	Coronel jefe del 3.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. José Fernández y Uslengo.....	Coronel jefe del 1.º
Idem	Excmo. Sr. D. Juan de Terán y Armerigo	Coronel jefe del 4.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Manuel Freixas y Gaset.....	Coronel jefe del 2.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. José Villanueva é Iñiguez	Coronel jefe del 1.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Carlos Mondelly y Bernardini.....	Coronel jefe del 5.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. José Villacampa y del Castillo.....	Subinspector del 7.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Carlos Gardini y Alañá.....	Subispector del 12.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Juan Alvarez y Arnaldo.....	Subinspector del 1.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Manuel Villacampa y del Castillo	Teniente coronel jefe de Valencia.
Idem.....	Excmo. Sr. D. Marcelino José y Alvarez.....	Coronel jefe del Tercio de Madrid.

Idem.....	Excmo. Sr. D. Pedro Anca y Manjón.....	Subinspector del 9.º Tercio.
Idem.....	Excmo. Sr. D. José García y López de Sigüenza.....	Subinspector del 2.º
Brigadier.....	Excmo. Sr. D. José de la Iglesia y Tompes.....	Coronel jefe del 14.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Manuel Travesí y Pérez.....	Comandante del 14.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Gorgonio Castillón y Calvo.....	Subi ispector del 7.º
Idem.....	Excmo. Sr. D. Miguel Guzmán y Cumplido.....	Subdirector en Cuba.
Idem.....	Excmo. Sr. D. Gregorio Valencia y Orús	Subinspector del 14.º Tercio.
General de brigada ..	Excmo. Sr. D. Manuel Giraldo y López.....	Subinspector del 14.º
Idem de división.....	Excmo. Sr. D. Rafael Suero y Marcoleta.....	Jefe Negociado de la Dirección general.
Idem de reserva.....	Excmo. Sr. D. José Albisua y Burgos.....	Subinspector del 3.er Tercio.
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Pedro Mayor y Jiménez.....	Subinspector del 9.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José de Porta y Mendoza	Subinspector del 16.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Juan Losada y Periañez.....	Subinspector del 8.º
Idem de brigada.....	Excmo. Sr. D. Simón de Urruela y Cervino.....	Subinspector del 14.º
Idem de reserva	Excmo. Sr. D. Luis González de Rivera y Lallave.....	Subinspector del 10.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Nicolás Madero y Jiménez.....	Subinspector del 12.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Eusebio Sáenz y Sáenz.....	Subinspector del 13.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Joaquín Párraga y Liñán.....	Subinspector del 6.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Vázquez y Más.....	Subinspector del 2.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Pedrinaci y Pérez Valiente.....	Subinspector del 8.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Melquiades Almagro y Puig	Subinspector del 7.º
Idem de brigada.....	Excmo. Sr. D. Vicente Rodríguez é Ibáñez.....	Subinspector del 14.º
Idem de reserva.....	Excmo. Sr. D. Alejandro Vegas y Mesáns.....	Subinspector del 1.º
Idem de brigada.....	Excmo. Sr. D. Manuel García Kaggen.....	Subinspector del 4.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Eleodoro Cuero y Gómez	Subinspector del 3.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Oliver y Vidal.....	Jefe de la Comandancia de Ciudad Real.
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Diego Ruiz y Mora...	Subinspector del 5.º Tercio.
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Enrique Herrera y Fariñas.....	Subinspector del 15.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Vicente Santiago de la Infanta.....	Subinspector del 11.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Guillermo Tort y Gil.....	Subinspector del 2.º
Idem de reserva.....	Excmo. Sr. D. Emilio Pacheco y Llaurado.....	Subinspector del 7.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Murciano y Morales	Subinspector del 10.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Santiago Izoar y Campoy.....	Subinspector del 3.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Ricardo Sorribas de Coca.....	Subinspector del 17.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Gay y González	Subinspector del 18.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Enriquez y Patiño.....	Subinspector del 16.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Polión Zuleta y Carnicero	Subinspector del 4.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Juan Mantilla y Giraldo.....	Subinspector del 6.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. José Gabucio y Maroto	Subinspector del 8.º
Idem de brigada.....	Excmo. Sr. D. Francisco Oliveros y Jiménez.....	Subinspector del 5.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Manuel Morell y Agra.....	Jefe Negociado de la Dirección general.
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D Rafael Diaz Arias de Saavedra.....	Subinspector del 8.º Tercio.
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Ricardo Teruel y Gallardo.....	Subinspector del 3.º
Idem de idem.....	Excmo. Sr. D. Julio Bueno de la Vega.....	Subinspector del 9.º

Relación de los jefes y oficiales de la Guardia civil que han muerto en el campo de batalla.

EMPLEOS	NOMBRES	BAJA Y MOTIVO DE ELLA
Subteniente de Infantería.....	D. José Rodrigo y Vicente.....	El 20 de Julio de 1854, combatiendo en la Plaza Mayor de Madrid.
Capitán, teniente de Infantería.	D. Antonio Venero de la Maza.....	El 30 de Octubre de 1855, al prender unos bandidos en Villasandino (Burgos).
Comte., segundo capitán de C.ª	D. Miguel Góngora y Ruiz.....	El 5 de Diciembre de 1856, en la acción de Cubillo la César (Burgos).
Comandante de Infantería.....	D. José Roure y Fernández.....	El 22 de Junio de 1866, combatiendo la revolución en Madrid.
Teniente de Infantería.....	D. Pedro Veraza y Ciriza.....	El 22 de Junio de 1866, combatiendo la revolución en Madrid.
Capitán de Infantería.....	D. José Diosdado y Rojas.....	El 20 de Septiembre de 1868, asesinado en las calles de Córdoba.
Teniente alférez de Caballería.	D. Joaquín Roig y Calduch.....	El 30 de Septiembre de 1869, en lucha sostenida con los republicanos en Villafranca del Panadés (Barcelona).
Tente. coronel, comandante de Ejército, capitán del Cuerpo.	D. Pedro Soler de Cornellá.....	El 13 de Septiembre de 1870, combatiendo á una facción en Revilla (Burgos).
Capitán, teniente de Ejército, alférez del Cuerpo.....	D. José Mena y Mena.....	El 9 de Septiembre de 1872, en lucha con una partida carlista en Salas de los Infantes (Burgos).
Capitán, teniente de Infantería.	D. Fernando Velasco y Carreras.....	El 28 de Abril de 1874, en la acción de las Muñecas, contra las huestes carlistas.
Coronel.....	D. José Villas y Gutiérrez.....	El 7 de Junio de 1874, de resultas de herida recibida en la acción de las Muñecas.
Alférez.....	D. Jaime Macías y Jaén.....	El 23 de Abril de 1875, en una acción contra los carlistas.
Primer teniente.....	D. Daniel Gabaldón é Irurzun.....	El 29 de Julio de 1909, combatiendo la rebelión en Barcelona.

APÉNDICE

LA GENDARMERIA FRANCESA

Su origen.

El cuerpo de la gendarmería es el más antiguo del ejército francés, y su origen puede considerarse que data de la conquista de la Gália por los romanos. En esta época, como ahora, la gendarmería era una fuerza pública puesta por la ley al servicio de la justicia.

Para asegurar la tranquilidad de los aldeanos, los romanos, dueños de la Gália, habían establecido en los grandes caminos posadas por etapas, ó sean casas destinadas á albergar á los viajeros, dándoles cama por la noche y cuadras para los caballos y otras clases de ganado.

En estos establecimientos había agentes nombrados por el gobierno, llamados *parochi* ó *mansionarii* y que tenían á sus órdenes gentes armadas, encargadas del servicio de las cuadras y de la guardia de las casas.

Poco á poco las atribuciones de estos agentes fueron aumentadas y bajo el nombre de *latrunculatores* recibieron la misión de velar por la seguridad de los caminos, detener á los malhechores y entregarlos á los representantes del poder central.



Un gendarme del siglo XV.

Cuando el poder romano empezó á debilitarse, estos medios de vigilancia resultaron ineficaces. Bandas de malhechores se organizaron desvastando el país y atemorizando á los aldeanos pacíficos. Fué preciso crear magistrados especiales acompañados de hombres armados, constituyéndose una especie de gendarmería móvil. Pero con la caída del Imperio romano desapareció la organización, cayéndose en la anarquía, hasta que los francos se apoderaron de la Gália y se instituyeron fuerzas de policía dignas de este nombre.

El territorio se dividió en ducados y éstos á su vez en condados; cada conde tenía á sus órdenes vicarios encargados de un distrito y centenarios que á la cabeza de cien hombres libres eran los encargados de ejercer la vigilancia activa en el distrito ó territorio que les estaba encomendado. Esta policía se reclutaba por llamamientos entre los vecinos.

Una ordenanza real introdujo el principio de solidaridad, haciendo pesar sobre ella una responsabilidad colectiva en el caso de cometerse un robo y no parecer el culpable.

Si los hombres de una centuria rehusaban perseguir á los malhechores, eran condenados á cinco sueldos de multa, sin perjuicio del derecho que asistía al robado de exigir el valor del objeto robado.

El conde ó juez administraba justicia y tenía como sus vicarios cárceles y horcas de dos, tres y cuatro pilares.

El conde tenía derecho á ejercer el requerimiento sobre sus administrados, formar con ellos una fuerza armada y perseguir á los criminales. Podía delegar también en un servidor encargándole de detener á un culpable y pudiendo condenarle á muerte.

El obispo y los abades ejercían también los derechos de alta y baja justicia, resultando de ésto no pocos conflictos de jurisdicción y como consecuencia salir beneficiados con estas luchas los bandidos.

El alguacilazgo del feudalismo.

El feudalismo dividió el territorio en vastos dominios que se gobernaban con independencia del poder central.

La autoridad de los duques y los condes fué aumentando paulatinamente y el servicio de policía y represión quedó centralizado en sus manos. Los hombres armados dependían de su señor y tomaron el nombre de *servientes*, de donde vino el de *serganz* y por último el de sargentos.

Cada autoridad tenía su alguacilazgo, sargentos reales, sargentos señoriales y sargentos comunales.

Bajo este triple nombre se constituyó la fuerza, teniendo atribuciones parecidas á la gendarmería actual. Existían además los *sargentos reales*, todos gentiles hombres reclutados para la guardia particular del monarca, y también para la guarnición de las plazas fuertes y de los castillos de las fronteras, bajo la autoridad del castellano.

En París, el cuerpo de oficiales del Chatelet comprendía cuatro sargentos enfeudados, cuya misión consistía en obligar á los vasallos á cumplir sus obligaciones; los *sargentos de la docena* que constituían una compañía de honor; los *sargentos á caballo*, llamados de espada y los *sargentos á pié*. Estas dos últimas clases venían á constituir la gendarmería.

Independientemente del cuerpo de oficiales del Chatelet, existía para la policía de la capital una *compañía de la ronda real* y una *compañía de la ronda de los comerciantes*, mandadas por el *caballero de la ronda*.

Estas dos compañías son el origen de la guardia republicana.

En la época feudal, París no tenía menos de treinta jurisdicciones, de las cuales ocho eran reales, seis particulares y diez y seis eclesiásticas. Cada una de estas jurisdicciones tenía su tribunal, sus prisiones y sus sargentos.

Existía también un alguacilazgo á las inmediatas órdenes del rey.

Cada baronía ó condado tenía doce sargentos. Los señores inferiores podían tener seis.

Francia, como se ve, al menos teóricamente, era vigilada por una multitud de agentes de policía y de represión comparables á los gendarmes actuales. Pero estos elementos dispersos, faltos de cohesión, de espíritu de cuerpo, se burlaban unos de otros, buscando siempre motivo para discutir sus respectivas atribuciones.

Además, el reclutamiento de los sargentos dejaba mucho que desear; su instrucción era nula; muchos de ellos no sabían ni leer ni escribir y se veían precisados en bastantes casos á hacer los atestados verbales ante el juez.

Como consecuencia de esta organización, la seguridad bajo los Valois era poco menos que inútil.

Los abusos de los malhechores del siglo XVI determinaron por fin á Francisco I á organizar una fuerza especial para reprimir los desórdenes públicos y descubrir ciertos crímenes y delitos á la justicia militar de los *prebostes de los mariscales*.

La maréchaussée.

Esta justicia militar existía ya en el siglo VII, sometiendo á los que cometían ciertos delitos á la justicia sumaria de los jefes militares. Más tarde esta jurisdicción se centralizó en las manos del condestable, jefe de ejército y de los mariscales, sus tenientes.

Cada mariscal tenía á sus órdenes á los prebostes, á las órdenes de los cuales estaban los tenientes y los sargentos arqueros.

El preboste y sus tenientes ejercían una jurisdicción para los criminales durante la guerra.

En 1537 Francisco I reconoció en los prebostes y mariscales el derecho de jurisdicción no sólo sobre los soldados sino sobre los vagabundos.

Un poco después una ordenanza real concedía á los prebostes el total conocimiento é intervención para la corrección y castigo de los infractores de las ordenanzas de caza en todo el reino.

La *maréchaussée* provincial, esencialmente militar, fué creada y dió tan buenos resultados que los habitantes de los pueblos pidieron para ellos la creación de cuerpos semejantes.

Una ordenanza de 1540 acordó la creación en estos términos:

"Como nuestros súbditos han pedido se estableciesen prebostes, mariscales, tenientes, escribanos y buen número de arqueros para la vigilancia, en forma parecida á los que existen en el reino, establecemos para la defensa y protección del país, prebostes, mariscales, etc... que tendrán los honores, franquicias, libertades y emolumentos iguales á los

que ya existen. Los gajes serán: 300 libras para el preboste y 120 para los escribanos y arqueros.

Enrique II completó esta organización dividiendo el territorio en cuatro grandes comandancias, bajo el mando del condestable y los tres mariscales de Francia. Los prebostes provinciales dependían del mariscal del departamento en que prestaban servicio ó de otro mariscal en las ausencias, entendiéndose que todos ellos formaban un conjunto cuyo único jefe era el condestable que tenía la dirección general de la policía del reino.

Los prebostes fueron puestos á disposición de la justicia ordinaria para detener á aquéllos que eran reclamados por los jueces.

Por último, fueron creados los prebostes provinciales que no podían disponer de los arqueros sin una autorización especial.

En 1591, Enrique IV dió á los prebostes y tenientes el título de consejeros reales. Al año siguiente, como no bastasen los oficiales de la *maréchaussée* fueron agregados subtenientes.

A fines del siglo XVI las brigadas de la gendarmería estaban completas; la *maréchaussée* francesa se hallaba en su apogeo. Una ordenanza de 1553 le dió el primer uniforme, que comprendía un almete ó casco, una coraza, guantes de cuero, perniles, una lanza larga, una espada y un caballo

En 1641 Luis XIII creó nuevos prebostes y ocho prebostes generales, que tenían á sus órdenes á los prebostes provinciales, los tenientes, los jueces, senescales y otros oficiales.

En 1658 Luis XIV instituyó en todas las jurisdicciones reales de Francia *ujieres y sargentos reales de armas*, únicamente encargados de perseguir las contravenciones en materia de duelo.

Luis XV introdujo una gran reforma en la *maréchaussée* en 1720.

Había entonces ochenta puestos cuya composición variaba según las provincias. Juzgando el rey necesario para el buen servicio y mantener la disciplina de esa fuerza someterla á un régimen único, licenció las antiguas compañías para reorganizarlas de un modo uniforme.

En cada departamento fué creada una compañía compuesta de un preboste general y un número determinado de tenientes, asesores, procuradores del rey, escribanos, exentos, brigadieres, subbrigadieres, arqueros y trompetas, los cuales estaban establecidos por residencias y distribuídos en brigadas

Había treinta compañías á caballo formando parte del cuerpo de la gendarmería real y bajo el mando de los mariscales de Francia. Las funciones de los ujieres y sargentos ó subalternos se declararon incompatibles con las plazas de arquero.

El sueldo era el siguiente: preboste de 1.ª clase, 2.800 libras; de 2.ª clase, 2.190; teniente, 1.050; exento, 700; brigadier, 600; subbrigadier, 550; arqueros y trompetas, 500. A este sueldo considerable para aquella época, había que añadir las gratificaciones é indemnizaciones.

El uniforme dado por Luis XV era el siguiente: traje azul con adornos escarlata, chupa color gamuza, capote azul doble con adornos rojos, sombrero guarnecido de plata, botas de cuero.

El armamento consistía en sable, mosquetón con bayoneta y pistola.

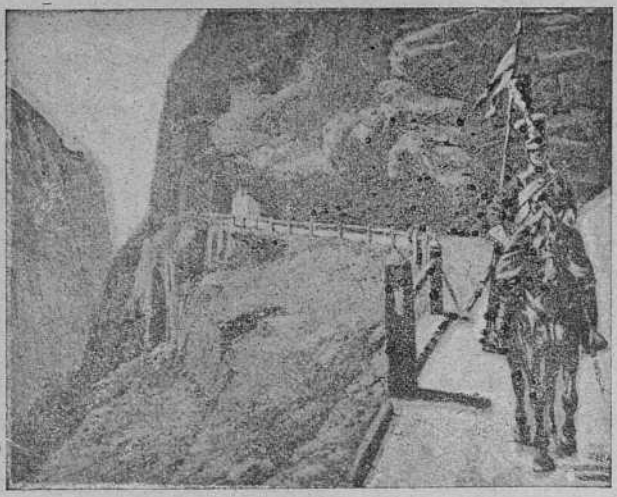
Los jefes de los tribunales y magistrados fueron investidos del derecho de alta vigilancia en el cuerpo.

En 1760 el nombre de arquero fué reemplazado por el de caballero y el de arquero del condestable por el de guardia del condestable.

En 1772 se creó una compañía especial para el servicio de viajes y caza del rey.

En fin, por ordenanza de 1778 dada por Luis XVI, se reorganizó esta fuerza en una forma que puede considerarse como el tipo de la gendarmería moderna.

Treinta y tres compañías que llevaban el nombre de la provincia donde prestaban servicio y teniendo al frente un preboste general, comprendían seis divisiones á las órdenes de un inspector general. Para ser admitidos en este cuerpo los oficiales, necesitaban llevar diez años de ejercicio y los caballeros seis. El efectivo de la fuerza era 33 prebostes generales, 108 tenientes, 150 subtenientes, 150 aposentadores, 650 brigadieres, 2.400 caballeros y trompetas.



Lancero gendarme que con el Ejército francés pelearon en España durante la guerra de la Independencia, y que fueron creados para perseguir nuestros guerrilleros.

El efectivo de la compañía de viajes y caza del rey se componía de un preboste general, un teniente, dos subtenientes, cuatro aposentadores, 16 brigadieres y 60 caballeros y un trompeta.

Esta compañía tenía sus atribuciones no sólo en el servicio de caza, sino que estaba encargada de la vigilancia de París á Fontainebleau, Compiegne y otros castillos reales. Estaban acantonados en Versalles.

El servicio bajo Luis XVI podía resumirse en lo siguiente:

Diariamente, dos hombres de cada brigada darían una vuelta por las carreteras y caminos, pueblos, granjas, castillos, etc. del distrito de la brigada. Se informarían de los delitos cometidos, de los vagabundos y personas sospechosas, dirigiéndose para ello á los oficiales municipales y á cuantos pudiesen informarles.

Los jefes de brigada y los caballeros pedirían en los albergues la lista de los extranjeros, por si entre ellos había algún sospechoso ó mandado detener.

Asistirían á las ferias y mercados para mantener el orden.

Se corresponderían con las demás compañías una vez por semana para concertarse sobre la captura de criminales y entregarse los reclamados.

Ejecutarían las órdenes de los presidentes y procuradores generales en lo concerniente á la justicia y la policía en general.

Los jefes de brigada escoltarían los carruajes públicos, sobre todo en los sitios peligrosos. Establecerían en cada brigada una bolsa donde colocarían las gratificaciones por las capturas realizadas.

El armamento con Luis XVI consistía en un mosquetón con bayoneta, un sable y dos pistolas de nueve pulgadas de longitud.

Los brigadieres y caballeros debían llevar siempre el mosquetón y la bayoneta para todos los servicios, bajo pena de prisión á la primera infracción y de destitución á la vez siguiente.

En 1778 Luis XVI decidió que bajo sus estandartes combatieran á los enemigos de la patria, en tanto que una parte continuase prestando el servicio ordinario.

El uniforme difería poco del usado con anterioridad ya descrito.

La gendarmería nacional.

Una ley de 16 de enero de 1791, suprimió la fuerza antes nombrada, instituyendo la gendarmería nacional á las órdenes del ministro de la Guerra.

El nuevo cuerpo se formó con 28 divisiones, comprendiendo cada una tres departamentos y con un efectivo total de 7.455 hombres.

Cada división estaba mandada por un coronel, cada departamento por un teniente coronel y cada compañía por un capitán (en cada departamento había dos) y tres tenientes. La compañía la formaban de doce á diez y ocho brigadas á pié ó á caballo formadas por cinco hombres, á las órdenes de un brigadier.

De los noventa y cuatro empleos de oficiales generales decretados por la Asamblea Constituyente, uno solo era referente á la gendarmería.

Los generales de otras armas reemplazaban al de la gendarmería en las funciones de inspectores generales, pero se reconoció bien pronto que las inspecciones anuales exigían algunos conocimientos especiales, y desde 1792 se crearon cuatro tenientes generales y cuatro mariscales de campo inspectores.

El sueldo era de 900 libras para el soldado de caballería y 500 para el de á pié; las gratificaciones se suprimieron, pero las administraciones departamentales podían disponer de un crédito anual de 1.500 libras para gratificar á los oficiales, suboficiales y gendarmes que se hubieran distinguido en el servicio.

En cada división un consejo de administración formado por el coronel, el oficial más antiguo en cada grado y los dos gendarmes, también más antiguos en el cuerpo, reglamentaba lo concerniente á los gastos comunes.

El alojamiento lo costeaban los departamentos.

En 1793, á fin de dar más relieve á su autoridad y para asegurar su defensa, la Convención creó dos compañías denominadas de *granaderos-gendarmes cerca de la representación nacional.* En 1795 estas compañías recibieron el nombre de *guardias del cuerpo legislativo.* La

organización de 1791 no dió los resultados que se esperaba y después de siete años de experiencia, la ley de 28 Germinal, año VI (abril 1798) modificó la organización en la siguiente forma:

"El cuerpo de la gendarmería nacional es una fuerza instituída para asegurar el orden en el interior de la República y hacer cumplir las leyes.

Una vigilancia contínua constituye la esencia de su servicio. El servicio de la gendarmería nacional es principalmente velar por la seguridad de los campos y de los caminos „

Que es, con corta diferencia, el texto del reglamento de servicio actual.

El efectivo del cuerpo en esa fecha fué elevado á 10.575 hombres, formando 25 divisiones, 50 escuadrones, 100 compañías y 2.000 brigadas.

Este efectivo fué aumentado poco después á 15.689 hombres, agrupados en 2.175 brigadas á caballo y 750 brigadas á pié.

Una legión escogida tenía por objeto mantener el orden en el lugar de residencia del gobierno. Por decreto de 19 de marzo de 1802 fué puesta á las órdenes de un ayudante de campo del primer cónsul, comprendiendo dos escuadrones, de dos compañías cada uno y medio batallón de dos compañías. Los hombres que componían esta legión debían ser solteros y tener la talla de 1'78 metros. Acompañaban al cónsul en sus viajes, cacerías y hechos de armas.



Gendarmes de José Napoleón, cuyo uniforme se dispuso llevaría en España la gendarmería que el rey intruso creó y no llegó á organizarse en Madrid.

La gendarmería imperial y real.

Cuando la coronación del emperador, la gendarmería tomó el nombre de gendarmería imperial, y la legión escogida pasó á pertenecer á la guardia imperial. Estaba encargada de la vigilancia del cuartel general y más de una vez se batió valerosamente.

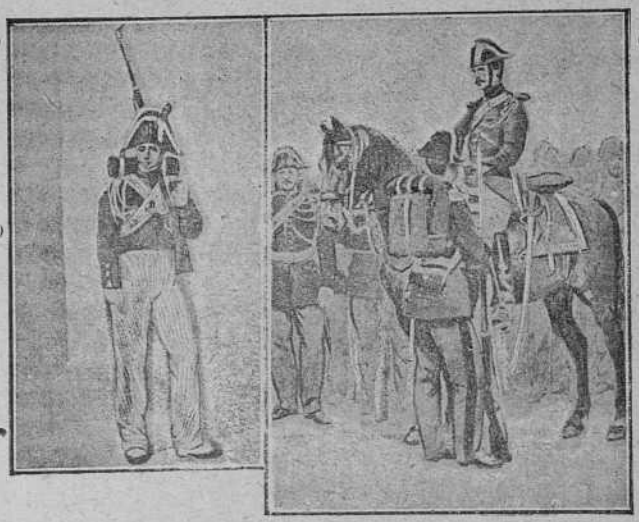
Como los límites del territorio francés se iban ensanchando, fué preciso aumentar el número de legiones. En 1807 había 34; en 1813, 40 con un efectivo total de 25.513 gendarmes.

A la caída del Imperio la gendarmería tomó el nombre de gendarmería real y quedó reducida á 13.358 hombres; después de Waterloo fué reorganizada de nuevo, comprendiendo 24 legiones, 46 escuadrones, 97 compañías, 1.550 brigadas á caballo y 620 de á pié, cada una de ocho hombres.

La ordenanza de 1820 concertada entre los ministros de la Guerra, Marina, Interior y Justicia definió la gendarmería: "Una fuerza instituída para velar por la seguridad pública„.

Los oficiales, suboficiales, cabos, y gendarmes tenían un grado superior á los del ejército.

La gendarmería no podía recibir órdenes sino de sus jefes, y su empleo por las autoridades civiles no sería sino en las requisitorias y casos bien definidos.



Gendarmería real de París. (Año 1820).—*Grabado de la época.*

El efectivo total se aumentó á 14.086 hombres.

Una ordenanza real de 6 de noviembre de 1822, prescribió la creación de un batallón de cuatro compañías de *cazadores corsos* y que serviría en este departamento como auxiliar de la gendarmería. Este batallón, suprimido en 1850, fué reemplazado por otro de gendarmería móvil.

La revolución de 1830 dió á la gendarmería el título de gendarmería departamental. Las ventajas que se le habían concedido se suprimieron.

En 1834 se aumentaron dos mil gendarmes para reprimir los desórdenes que habían estallado en los departamentos del Oeste.

En 5 de julio de 1848 se formó en Versalles un batallón móvil de gendarmería para prevenir ó reprimir inmediatamente los desórdenes que pudieran estallar en cualquier punto del territorio.

Un segundo batallón móvil se creó en 11 de mayo de 1850.

El comportamiento de la gendarmería en el período de 1848 á 51 lo hizo constar el ministro de la Guerra en circular de 17 de diciembre de 1851.

"Los últimos sucesos han hecho resaltar el mérito de la gendarmería y dar á conocer lo que puede esperarse de este cuerpo...„

Bajo el segundo Imperio y la tercera República.

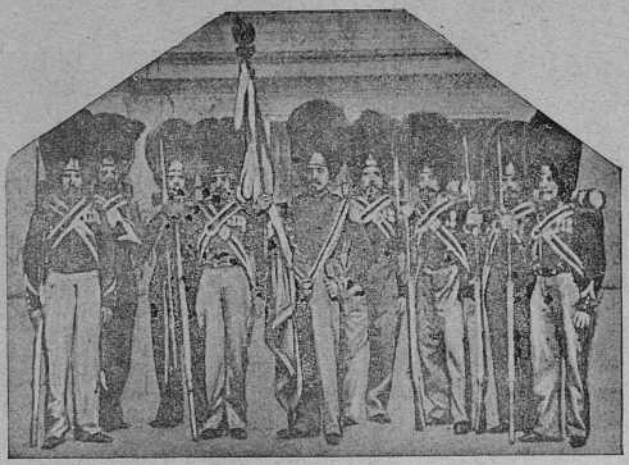
Por decreto de 17 de septiembre de 1853, la gendarmería tomó el título de gendarmería imperial, y en 1858 la gendarmería móvil entró en la composición de la guardia imperial, así como un escuadrón de gendarmería á caballo que diez años más tarde fué denominado *escuadrón de gendarmes escogidos.*

En 1.° de marzo de 1854 fué firmado el decreto que sirve aún de código á la gendarmería. Las modificaciones de 1897 no han sido más que para ponerla en concordancia con la organización militar y administrativa actual. Este decreto suprimía la denominación de tenientes y designaba á los capitanes, tenientes y subtenientes bajo el único nombre de comandantes de distrito. Durante la guerra de Oriente la gendarmería de la guardia dejó ciento veinte hombres en Crimea, y tuvo el honor de colocar su bandera en el Mamelon-Vert y en los muros de Sebastopol.

Cuando la guerra de 1870, la gendarmería imperial estaba compuesta de veintiséis legiones distribuidas en 2.321 brigadas á caballo y 1.303 á pié.

El 11 de agosto de 1870, un decreto prescribía la formación de un regimiento á caballo de gendarmería en Versalles. Estos regimientos fueron licenciados después de la Commune.

El 31 de octubre de 1870 el gobierno de la defensa nacional organizó tres regimientos de gendarmería, uno á pié y dos á caballo. Formados con militares de la gendarmería de los departamentos, estas fuerzas respondieron en todas circunstancias á la confianza que inspiraban al gobierno y fueron citadas en muchas ocasiones en la orden del día.



Gendarmería de la guardia Imperial —(Año de 1863.)

El 23 de julio de 1871 fué creada una legión de gendarmería móvil compuesta de un escuadrón y un batallón de ocho compañías para la seguridad de Versalles y reforzar la gendarmería departamental.

El escuadrón fué licenciado en 1879 y la legión tomó el nombre de *batallón de gendarmería móvil*, que fué suprimido en 1885.

La reorganización de 1874 constituyó la gendarmería en legiones, siendo su número actual el de 27.

Organización actual.

La gendarmería nacional forma parte integrante del ejército. Está organizada en legiones, mandadas por un coronel ó un teniente coronel. En principio, una legión corresponde á un cuerpo de ejército del cual lleva el número.

Cinco cuerpos de ejército, el 7, 14, 15, 16 y 17 en razón á su configuración especial, poseen una segunda legión, llamada legión *bis*; una legión *ter* del 15 cuerpo está afecta á Córcega.

En las 27 legiones, de las cuales una pertenece á Argelia, no está comprendida la legión de la guardia republicana, que tiene una organización especial.

La gendarmería colonial, la compañía de Túnez, el destacamento de Creta, la brigada de ocupación de China, completan el efectivo de la gendarmería, que es de 724 oficiales y 25.863 hombres, de ellos 12.389 de caballería.



Gendarmería movil.—Año 1849.

En este efectivo está comprendida la guardia republicana con 74 oficiales, 2.910 hombres, 792 de caballería.

Cada legión está dividida en tantas compañías como departamentos tiene confiados á su custodia. La compañía está mandada por un jefe de escuadrón y lleva el nombre del departamento que ocupa.

Está dividida en distritos, que mandan un capitán, un teniente ó un subteniente. Algunos de éstos por su importancia se subdividen en secciones al mando de un oficial.

El distrito ó la sección comprende cierto número de brigadas á pié y á caballo repartidas por el territorio. El efectivo de estas brigadas en el interior es de cinco hombres que puede aumentarse con uno ó dos.

Las brigadas de á pié las forman de cuatro á siete hombres. En Argelia todas las brigadas se componen de cinco hombres, incluyendo el jefe. Los indígenas á pié y á caballo son agregados en Argelia y Túnez á cierto número de brigadas, á título de auxiliares. Su efectivo es de 175.

Reclutamiento, uniforme, sueldo.

Los oficiales de la gendarmería se reclutan entre los del ejército por el grado de subtenientes, que toman el nombre de suboficiales de la gendarmería.

Los oficiales de ejército son admitidos por concurso hasta el grado de capitán inclusive. Los que pertenecen á cuerpos de importancia tienen que servir seis meses en uno de caballería. Los suboficiales de gendarmería, propuestos para subtenientes, tienen que permanecer seis meses en la escuela de la guardia republicana y llevan los galones distintivos de los alumnos oficiales de otras armas.

Terminado el estudio, pasan á sus brigadas y van ocupando las vacantes que ocurren.

El empleo de gendarme se da á los militares en activo, cualquiera que sea el cuerpo á que pertenezcan, siempre que reunan las condiciones siguientes:

Edad de veinticinco años y certificados de buena conducta.

Los gendarmes pueden presentar la dimisión de su cargo en las condiciones prevenidas por los reglamentos y son nombrados por el ministro de la Guerra. Prestan juramento al posesionarse del empleo.

Los gendarmes pagan del sueldo todos los efectos de vestuario y

arreos del caballo. Las armas y las municiones y los efectos de campaña para las maniobras son de cuenta del Estado.

El sueldo diario en la gendarmería es el siguiente: infantería, 2 francos 81 céntimos; caballería, 3 francos 23; alumnos gendarmes, 2'95.

A los tres años de servicio se aumenta este sueldo en treinta céntimos diarios; á los cinco años, en cincuenta, y á los diez años en sesenta.

Así un gendarme de infantería, deduciendo las retenciones para el equipo, tiene de sueldo mensual 83 francos 30 céntimos á los tres años de servicio; 89,30 á los cinco y 92,30 á los diez. El de la caballería está representado por 85,90; 91,90 y 94,90 respectivamente.

Alojamiento, remonta, castigos y retiro.

Los suboficiales, cabos y gendarmes son alojados gratuitamente en los cuarteles con sus mujeres y sus hijos.

El jefe de brigada tiene derecho á dos alcobas y un gabinete; el gendarme á una alcoba y un gabinete.

La mayor parte de los oficiales de gendarmería se alojan también en los cuarteles mediante el pago de una suma que fija el reglamento.

En cada cuartel existen dos calabozos, uno para mujeres y otro para hombres, y que sirven para tener en ellos á los detenidos.

Los oficiales superiores compran sus caballos y á los subalternos se los proporciona el Estado.

La remonta de la tropa está asegurada por las compras efectuadas directamente por el consejo de administración de la legión. Los caballos deben tener de alzada de 1 metro 52 á 1 metro 60, y edad de cinco á ocho años.



Gendarme de caballería y capitán del Cuerpo.—(Año 1904).—El sombrero, calzón y botas, están suprimidos para el servicio.

También pueden utilizarse los caballos de los regimientos, siempre que tengan la edad que fija el reglamento.

El precio de los caballos es de 320 francos para los caballos de doce años. Este precio aumenta en 80 francos por cada año menos.

También suelen emplearse los caballos de los militares que dejan el servicio siempre que reconocidos se vea que pueden prestar servicio.

Los castigos son la reprensión y el consejo de disciplina

Los suboficiales y cabos pueden ser castigados con la pérdida de sus grados.

Los militares de la gendarmería pueden retirarse á los quince años. Este retiro es de 480 francos para los oficiales y 360 para los gendarmes.

El retiro completo se adquiere á los veinticinco años de servicio y se eleva á 980 francos para los suboficiales y 750 para los gendarmes.

El máximo de la edad para pertenecer á la gendarmería, es en los soldados de cincuenta y cinco años.

El servicio de la gendarmería.

El art. 1.° del decreto de 1.° de marzo de 1854 define así el servicio de la gendarmería:

"La gendarmería es una fuerza instituída para velar por la seguridad pública y para mantener el orden y el cumplimiento de las leyes.

Una vigilancia contínua y represiva constituye la esencia de su servicio.

Su acción se extiende á todo el territorio continental y colonial de la República.

Particularmente está encargada de velar por la seguridad de los campos y de los caminos„.

Poco más ó menos es el mismo texto de la ley de 1798.

La gendarmería recibe las órdenes directamente del ministro de la Guerra, y no puede recibirlas de las autoridades civiles, administrativas y judiciales. Estas pueden dirigirse á la gendarmería únicamente en la forma prescripta por los reglamentos.

En ningún caso, según el art. 119, puede la gendarmería recibir misiones ocultas, ni de cierta naturaleza que puedan perjudicar su carácter verdadero.

El servicio lo prestarán siempre de uniforme.



Gendarme de servicio.—Individuo de guardia republicana y guardia de paz.—Las tres manifestaciones del agente en Francia.

Otro prejuicio existía que no es cierto. Se suponía que los oficiales de la gendarmería ingresaban en este cuerpo cuando no eran útiles para desempeñar su misión en el ejército. Esto queda destruído tan sólo con considerar lo penoso y difícil del servicio que prestan, sobre todo en los puntos donde no existen grandes vías de comunicación.

La gendarmería colonial y marítima.

Está formada por personal de la gendarmería de la metrópoli y de la guardia republicana que solicitan pasar á las colonias y son nombrados de oficio.

Según su importancia, las colonias tienen fuerzas de gendarmería, que varían desde un escuadrón á una brigada.

En la Martinica hay cuatro oficiales y 112 gendarmes. En Guadalupe lo mismo en corta diferencia. En la Reunión cuatro oficiales y 102 gendarmes. En Nueva Caledonia cinco oficiales y 140 gendarmes. En la Indo-China cinco oficiales y 154 gendarmes. En la Guyana dos oficiales y 55 gendarmes. En Taiti un oficial y 26 gendarmes. En Saint Pierre Miquelon y Senegal 14 y 16 gendarmes respectivamente á las órdenes de un suboficial. En Creta, un oficial y cinco gendarmes.

Aunque depende del ministerio de la Guerra, en estos puntos nombrados para la ejecución del servicio, dependen del ministerio de Marina.

La gendarmería de Túnez, como la legión de Argelia, cuenta además con cierto número de indígenas en calidad de auxiliares y que son uno ó dos por brigada.

El total de estos auxiliares es de 150 en Argelia y 25 en Túnez. En 1704 Luis XVI creó siete prebostes de Marina que tenían atribuciones análogas á los de las gendarmería. Cada preboste tenía á sus órdenes un teniente con cierto número de arqueros, llamados arqueros de la marina. Ejercían sus cargos en los puertos de Brest, Rochefort, Marsella, Dunkerque, Havre, Port-Said y Bayona. Suprimidos en 1791, fueron substituídos por brigadas de gendarmería formadas por cinco hombres.



Gendarmes franceses conduciendo presos.—Esta fotografía permite apreciar cómo en Francia se prestan la mayoría de los servicios con sólo el revólver, y muestra la actual prenda de cabeza que ha sustituído al sombrero hípico

El 9 Thermidor, año IX (27 de julio de 1801), se formaron seis compañías de gendarmería de puertos y arsenales. Bajo el Imperio se aumentaron las compañías á ocho. En 19 de junio de 1832 estas compañías dejaron de pertenecer á Guerra para pasar á las órdenes de los prefectos marítimos y tomaron el nombre de *gendarmería marítima.*

Desde esta época han seguido á las órdenes del ministro de Marina.

Afecta á la policía judicial de puertos y arsenales, á la ejecución del servicio relativo á la inscripción marítima á la policía de navegación y pesca, la gendarmería marítima actual, se compone de cinco compañías

cuyos jefes residen en Cherburgo, Brest, Lorient, Rochefort y Tolón. Su efectivo es de 16 oficiales y 529 gendarmes.

Servicios en campaña.

Está encargada la gendarmería en campaña del descubrimiento de crímenes y toda clase de delitos y de cuantas infracciones se cometan y de la detención de los culpables.

De la policía y de mantener el orden en la zona ocupada por las tropas.

De la vigilancia de los indivíduos no militares que siguen á las tropas.

La gendarmería no recibe órdenes sino de sus jefes así como éstos las reciben del Estado Mayor al que están afectos.

Las atribuciones del gran preboste comprenden todo lo relativo á crímenes, delitos y contravenciones cometidos en su distrito. Su deber es proteger á los habitantes contra el pillaje ó cualquier clase de violencia.

Los prebostes y comandantes de la fuerza pública tienen las mismas atribuciones en sus zonas. Todo militar que tenga conocimiento de algún hecho punible, debe ponerlo en conocimiento del oficial de la gendarmería y responder á las preguntas que se le hagan.

Cuando tengan conocimiento de un hecho, el preboste, los oficiales ó gendarmes empezarán las actuaciones ateniéndose al código de justicia militar.

Los oficiales de la gendarmería detendrán á los culpables, conduciéndolos ante el general comandante del cuerpo de ejército á cuyas órdenes estén, á menos que la infracción cometida no sea de su competencia.

Las prisiones destinadas á los militares de cualquier graduación y á los sospechosos estarán establecidas en los cuarteles generales.

La gendarmería está encargada de ejercer estrecha vigilancia en los indivíduos no militares, como comerciantes, criados, etc., que siguen al ejército.

Los prebostes y comandantes de la fuerza pública examinarán las demandas de personas que deseen ejercer una profesión cualquiera en el sitio donde se encuentre el ejército.

Acordarán los permisos y darán los certificados de buena conducta, dando todas las garantías para el ejercicio de la industria á que se dediquen.

Los comerciantes é industriales llevarán una placa indicando su comercio y el número de la autorización.

Para facilitar el cumplimiento de su misión, los gendarmes pueden penetrar á cualquier hora en el interior de los acantonamientos.

Una fuerza escogida.

La gendarmería está considerada como una fuerza escogida. Reune un conjunto de condiciones que sería difícil encontrar en otro organismo: disciplina, obediencia, cumplimiento del deber, energía, sangre fría, abnegación, desinterés, imparcialidad.

Es la personificación misma de la justicia; sin la gendarmería los magistrados no podrían hacer nada, es su auxiliar más precioso.

En el libro del soldado el general barón Ambert consagra al gendar-

me páginas de elogio que no reproducimos íntegras por no hacer demasiado extenso este relato.

He aquí unas solas frases que ponen de manifiesto la consideración que el gendarme merece en Francia, consideración que se procura hacer conocer al Ejército

"¿De dónde viene este hombre que la magistratura disputa al ejército y el ejército á la magistratura?

Procede de un regimiento, de la mejor de las escuelas, donde se enseña la disciplina, las jerarquías, la autoridad, la abnegación, el deber, la resignación, la energía y el desprecio á la muerte.

El gendarme es la expresión más completa y más elocuente del sacrificio, morir por la ley y por la justicia„.

LA GUARDIA REPUBLICANA

Como complemento de la gendarmería francesa y para prestar servicio en el interior de París, existe dicha fuerza.

Su origen, puede decirse, que, en realidad, arranca de las famosas *rondas* ó patrullas que, establecidas por barrios, constituían un servicio impuesto á los habitantes y reglamentado por las Ordenanzas reales del siglo XII.

Se comprenderá lo que fueron todas estas rondas en un principio, sabiendo que los burgueses de aquella época eran más aficionados á recluirse en sus domicilios, no bien anochecía, que á entendérselas con toda clase de ladrones, que se posesionaban de las calles de París por las noches.

Para militarizar un poco estas rondas, Luis IX creó en 1254 un Cuerpo regular, de dos compañías; una formada por comerciantes y artesanos y que tenía sus retenes en los puestos permanentes del Chatelet, Palacio de Justicia, Fuente de los Inocentes, Plaza de Grève, etcétera. El servicio empezaba á la caída de la tarde y terminaba entre cuatro y cinco de la mañana. Los hombres que formaban parte de ella, se reunían en el Chatelet, para repartirse desde allí á los diversos puestos.

La otra compañía estaba encargada del servicio activo, recorriendo las calles y paseos de la capital, visitar los puestos para informarse de los sucesos ocurridos y enterarse si estaban cubiertos los servicios. En su principio, la *ronda real* estaba formada por 60 sargentos, 20 de los cuales eran de caballería.

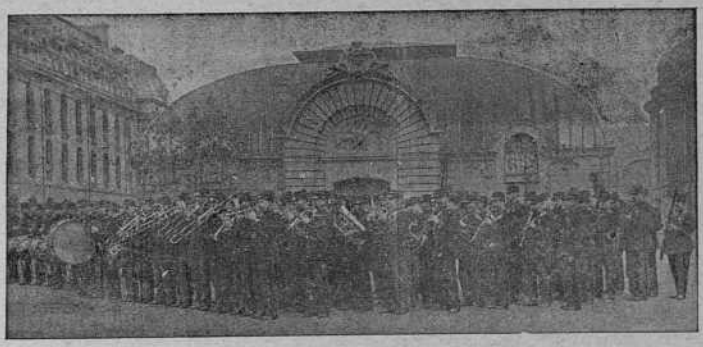
El sueldo para estos últimos era de 1'50 francos por día, con una indemnización de 20 libras al año. Los soldados tenían 27 céntimos por día si eran montados, y 11 si de infantería.

El caballero de ronda, subordinado directamente al preboste de Pa-

rís, adquiría una gran importancia. En 1344, el rey ordenó que en las procesiones y otras ceremonias le siguiera inmediatamente el preboste de París y el preboste de los comerciantes, y cuando llegaba algún soberano, se le concedía el honor de montar la primera guardia en el Louvre. A los tres años de mando se le concedía título de nobleza.

La ronda real.

En 1523, Francisco I aumentó la ronda en una compañía de 100 arcabuceros, y Enrique II, al suprimir en 1559 la ron la citada, aumentó el efectivo de la ronda real, dándole 218 hombres á la infantería y 42 á la caballería, y dos años más tarde, á 300 hombres de los primeros y 100 de los últi-



La música de la Guardia republicana en el patio del cuartel de los «Celestines».

mos. Para sostener esta fuerza, los burgueses, comerciantes y artesanos de la capital, debían pagar 16 sueldos parisis (nombres de la moneda acuñada en París) por año, y los de los arrabales cuatro sueldos por año. En recompensa de ésto, estaban libres de tener que prestar servicio en esta ronda.

Reducida unas veces y aumentada otras, la ronda real contaba en 1750 con 100 arcabuceros á pié y 39 á caballo. Tres compañías, creadas con el nombre de *Guardia de Paris*, estaban encargadas especialmente de la vigilancia en los barrios, puentes y arrabales de la ciudad.

Durante la revolución, la ronda real fué licenciada y con sus elementos se formó una gendarmería. Los arqueros de la ronda y los militares de la Guardia de París formaron el nuevo cuerpo, á cuyo frente se puso el antiguo caballero de la ronda, promovido al grado más moderno de coronel.

La Revolución y el Consulado.

El 1.° de septiembre de 1789, la Asamblea constituyente decretó para la guardia y la policía de la capital la organización de un cuerpo de Guardias nacionales, que fueron reemplazados en 1792 por una división de gendarmería de infantería.

Modificada muchas veces, y suprimida por último, fué reemplazada bajo la Convención nacional por una *legión de policía general*, com-

puesta de dos medias brigadas de infantería á tres batallones y una media brigada de caballería.

Licenciada el 9 Floreal, año IV, esta legión fué reemplazada en la guarda de la capital por la *Guardia nacional sedentaria*.

El 4 de octubre de 1802, el gobierno consular creó la *Guardia municipal de París*, á las órdenes del prefecto de policía.

Comprendía dos regimientos de infantería de á dos batallones de cinco compañías cada uno, y un efectivo de 2.154 hombres y un escuadrón de caballería de 180 hombres. El primer regimiento estaba encargado especialmente del servicio de puentes y barreras; el segundo tenía sus atribuciones en el interior de la ciudad. El primer cónsul nombraba los oficiales que eran presentados por el prefecto. Nadie podía ser admitido en la Guardia si no tenía treinta años cumplidos y no excedía de cuarenta y cinco, á no ser que hubiese hecho cinco campañas durante la guerra de la Libertad, y si no pedía desde luego servir diez años en la Guardia.

Bajo el primer Imperio.

La *Guardia municipal* tomó parte en las campañas 1805, 1806 y 1807 y en la guerra de España. Se hizo notar en varios encuentros, cuyos nombres están inscritos en la bandera de la Guardia republicana actual.

A consecuencia de las pérdidas sufridas en la guerra, los dos regimientos de infantería quedaron refundidos en uno en 1812, compuesto de dos batallones de á seis compañías, una de los cuales era de granaderos, una de *volteadores* y cuatro de fusileros. Por decreto de 30 de diciembre de 1812, se dispuso que este regimiento, comprendido en la conspiración del general Malet, no perteneciese más á la ciudad de París y pasase á provincias. En enero de 1813, formaron con el 138 de línea que se cubrió de gloria en Lowembourg á las órdenes del general Vandamme.

El escuadrón de caballería que no tomó parte en la sublevación contra el Imperio, fué agregado al regimiento de lanceros de la Guardia.

En sustitución de la *Guardia municipal* suprimida, Napoleón dió un decreto en 10 de abril de 1813 creando el regimiento de *Gendarmería imperial de París*, de cuatro compañías, independientes la una de la otra y divididas en 30 brigadas.

El regimiento, administrado por el prefecto de policía, era mandado por un coronel, que llevaba el título de *Coronel de armas de la ciudad de París*.

La Restauración, la Monarquía de julio y la segunda República.

El 31 de mayo de 1814, un decreto de Luis XVIII dió á la Gendarmería parisién el nombre de *Guardia real de París*. Durante los *cien días*, esta tropa volvió á tomar el nombre de Gendarmería, y después, cuando la segunda Restauración, el de *Gendarmería real de París*. El 16 de agosto de 1830, una ordenanza de Luis Felipe la suprimió, instituyendo bajo el nombre especial de *Guardia municipal de París* un cuerpo especial encargado del servicio de guardia y de policía en la capital.

Durante dieciocho años, la Guardia municipal de París desempeñó

con celo y energía su misión, perdiendo cinco oficiales y 41 suboficiales y guardias durante las insurrecciones de 1830, 1832, 1839 y 1848.

La revolución del 24 de febrero de 1848, encontró á la Guardia fiel á sus deberes hacia el gobierno constituído, y fué disuelta al día siguiente de la instalación del gobierno provisional.

Reemplazada el 28 de marzo por una *Guardia cívica* de 1.500 hombres de infantería y 300 de caballería, con uniforme formado por blusa azul, pantalón de cutí y quepis rojo, fué disuelta por haberse comprometido en la jornada del 15 de mayo.

Al siguiente día se creó la *Guardia republicana parisien* con 2.000 hombres de infantería y 600 caballos. En 9 de junio se fijó definitivamente esta fuerza en 2.600 hombres de infantería y 412 caballos, que tomó el nombre de *Guardia republicana*.

Constituída en parte por la Guardia cívica licenciada, se vió que no reunía todas las condiciones de subordinación necesarias, y se nombró una comisión para asimilarla en todos sus puntos á la Gendarmería, sometiéndola á los reglamentos especiales de esta arma; considerando que la tranquilidad de la capital importaba á la Francia entera, decidió que el Estado contribuyese al sostenimiento de un servicio organizado en interés general.

En 3 de abril de 1849 fué aprobado el proyecto, creándose un regimiento de tres batallones y tres escuadrones, con un efectivo total de 2.400 hombres.

Desde ese día la *Guardia republicana* dependió del ministro de la Guerra, puesto que era un cuerpo completamente militar, y el prefecto de policía sólo podría utilizar sus servicios en determinados casos.

Un decreto del Gobierno de la Defensa Nacional de 18 de septiembre de 1870, volvió á dar al Cuerpo el nombre de *Guardia republicana*, y durante el sitio de París, sus hombres sirvieron de instructores voluntarios á los guardias nacionales.

Durante la "Commune,,.= Asesinatos por el populacho.

En la noche del 18 al 19 de marzo de 1871, el Gobierno de la Defensa Nacional, obligado á retroceder ante la insurrección victoriosa, dueña de París, marchó á Versalles, llevando consigo á la Guardia republicana. Una compañía con dos oficiales y 70 hombres fué enviada aquella misma noche para apoderarse de los cañones reunidos por los federados.

Esta compañía, colocada á la vanguardia de una columna de infantería de línea y Guardias de la paz, á las órdenes del general Lecomte, se apoderó de un parque de artillería, instalado en Montmartre, y que contaba con 177 piezas.

Los federados, sorprendidos, no hicieron resistencia, pero por el retardo en llegar caballerías, las tropas perdieron un tiempo precioso, y poco á poco fueron desparramándose por el gentío, y ahogados entre la masa popular, sin osar hacer uso de sus armas.

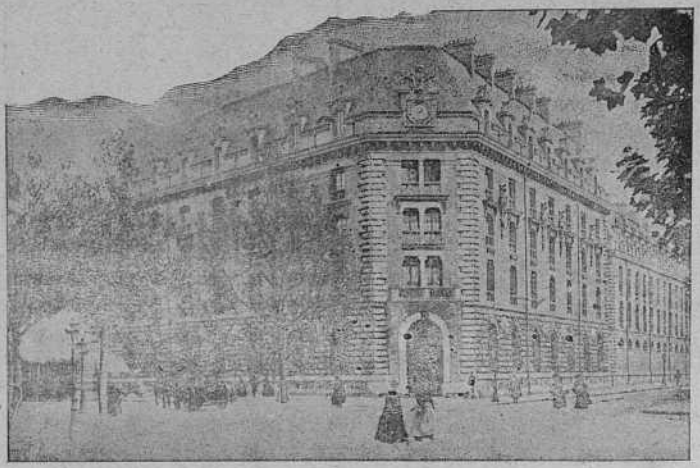
La compañía de la Guardia republicana fué encerrada en la prisión de la Roquette.

Algunos momentos después, los generales Lecomte y Clement Thomas eran fusilados en la calle de Rosiers.

En la noche del 23 al 24 de mayo, los federados inauguraron las matanzas, fusilando en la prisión de San Pelagio á tres guardias que no habían podido seguir al regimiento en el momento de partir de París.

Los otros detenidos de la Roquette, ayudados de sus guardianes, se parapetaron en los pisos altos de la prisión, y durante tres días, sin agua ni víveres resistieron todos los asaltos de los federados. El 29 de mayo, por fin, un destacamento de marinos del ejército de Versalles logró libertarlos.

Los cuerpos de las víctimas del 26 de mayo, retirados de la cueva donde habían sido arrojados, fueron inhumados en el cementerio de Belleville en terreno concedido á perpetuidad por la ciudad de París, y sobre el que se eleva un monumento conmemorativo que lleva los nombres de los desgraciados guardias asesinados por los federados.



Pabellones de oficiales y oficinas del cuartel de los «Celestines».

Después de los sucesos de que París había sido teatro, se juzgó conveniente que quedase afecta á la capital de Francia, una fuerza militar especial que garantizase la tranquilidad. El 2 de junio, el gobierno dedicó crear un segundo regimiento de la Guardia republicana.

Los dos regimientos comprendían cada uno dos batallones de cuatro compañías y cuatro escuadrones, con un efectivo total de 6.110 hombres, colocados á las órdenes de un general de brigada. El 6 de octubre la organización de esta compañía fué completada con la agregación á cada regimiento de seis piezas de artillería de montaña. En los primeros días de octubre el primer regimiento entró en Paris, ocupando los cuarteles de Chateau d'Eau, de los Celestines y del Banque.

El segundo regimiento entró á fines del mismo mes, alojándose en otros puntos.

En 1873, nada había que justificase la organización de una Guardia tan poderosamente constituída, y el Gobierno, por decreto de 4 de oc-

tubre, reunió en uno solo, bajo el nombre de legión de la Guardia republicana, el nuevo Cuerpo, comprendiendo tres batallones de ocho compañías y seis escuadrones de caballería con un efectivo total de 4.014 hombres y 750 caballos.

La legión la mandaba un coronel, teniendo á sus órdenes dos tenientes coroneles, uno de caballería.

En 1880, la Guardia republicana recibió una bandera para la infantería y un estandarte para la caballería. Estas fuerzas prestaron grandes servicios durante el incendio de la Opera Cómica, salvando á gran número de personas.



Puerta principal del cuartel.

Por último, en 5 de julio de 1887, un decreto redujo la fuerza á tres batallones de cuatro compañías cada uno y cuatro escuadrones, formando un efectivo total de 3.048 hombres, comprendiéndose los oficiales en ese número y 738 caballos.

La Guardia republicana actual.

Su efectivo actual es de 83 oficiales, 2.118 guardias de infantería y 892 de caballería, formando un total el Cuerpo de 2.910 hombres de tropa.

Está mandada por un coronel, teniendo á sus órdenes dos tenientes coroneles, uno de infantería y otro de caballería. Forma parte de la Gendarmería nacional y se recluta en la misma forma.

Los oficiales son elegidos entre la Gendarmería y los diversos cuerpos de Ejército hasta capitán inclusive.

A partir del grado de jefe de escuadrón, el ascenso está reservado á los oficiales del arma en la misma forma que los demás cuerpos. Las plazas de subtenientes pueden ser cubiertas con suboficiales de la Gendarmería propuestos para este grado.

Otras veces estos suboficiales eran promovidos á subtenientes sin

pasar por ninguna escuela. Pero desde 1902, se estableció en París una escuela para la Gendarmería Los cursos duran seis meses.

Para entrar en la legión de la Guardia republicana, las condiciones son las siguientes:

1.ª Tener veinticinco á treinta y cinco años de edad. Los alumnos de la escuela pueden ser admitidos desde los veintidos años, lo mismo en infantería que en caballería.

2.ª Tener la talla de 1'66 metros para infantería, y 1'70 para caballería.

3.ª Haber servido en el Ejército durante treinta meses como mínimun y no hacer más de tres años que salió de filas.

4.ª Saber leer y escribir corrrectamente.

5.ª Justificar por certificados buena conducta continuada. Como los gendarmes pueden presentar su dimisión en las condiciones prevenidas por los reglamentos, son nombrados por el ministro de la Guerra y juramentados. En la legión de la Guardia republicana hay suboficiales y guardias procedentes de todas las armas, infantería, caballería, artillería, ingenieros, etc. Para ser admitidos en los escuadrones tienen que proceder necesariamente de algún cuerpo montado.

Independientemente, la legión recibe hombres de caballería y artillería montada, aunque no tengan la talla de 1'70 metros para la infantería.

Para éstos hay una instrucción completa, que se da al pelotón de los admitidos por un ayudante mayor. auxiliado por dos tenientes y cierto número de suboficiales y cabos. Gracias á un método intensivo, esta instrucción puede completarse en seis semanas.

En la caballería, los admitidos son plazas bajo la dirección del capitán instructor, de tenientes y suboficiales. La duración varía, según la instrucción ecuestre que posean al ingresar.

Cada año la legión recibe 430 hombres para la infantería y 130 para la caballería.

Uniforme, sueldo, alojamiento y cantinas.

A su entrada en el Cuerpo, el guardia está obligado á pagar todos los efectos de ropa, equipo, arreos, etcétera, y su caballo.

Es un gasto de cerca de 500 francos para los guardias de infantería y de 2.000 para los de caballería

Como anticipo pueden dar al principio 250 francos los de infantería y 850 los de caballería, reteniendose después mensualmente 10 francos á los de á pié y 20 á los montados, lo que constituye una deuda del guardia para con el Estado que tarda mucho tiempo en saldar.

El sueldo de los guardias y alumnos guardias á su ingreso, es el siguiente: 3,46 francos los primeros y 3'18 los segundos.

De estas cantidades tienen que pagar por todos conceptos: 1,96 francos.

Le restan, pues, libres 1,50 francos á los primeros y 1 franco á los segundos.

El sueldo de la caballería es mucho mayor; pero como los gastos aumentan, también vendrán á guardar unos 10 céntimos más que los de infantería.

Además tienen retribución por los servicios que prestan en teatros, bailes, reuniones; etc., viniendo con esto por término medio á obtener al mes un aumento los guardias de infantería de 6 francos y 10 los de caballería.

Los cabos y guardias solteros viven reunidos en alojamientos como los soldados. Los casados y los suboficiales, casados ó no, ocupan en los cuarteles departamentos de dos y tres piezas. Pero como estos alojamientos no bastan para que puedan vivir todos, resulta que muchos tienen que vivir por su cuenta, lo que no deja de ser para ellos un gasto bastante considerable.



La bandera de la Guardia republicana.

Todos los años, cierta suma, sacada de los fondos de socorros, se reparte entre los que se encuentran en este caso, contribuyendo con ello á hacerles más llevadera la carga.

Para hacer disminuir esto en los casados, se acordó no conceder más de 40 autorizaciones de matrimonio durante cada año.

A los guardias que quieren casarse les conviene pasar á la Gendarmería de provincias, donde, gracias al alojamiento que disfrutan, se evitan la miseria que nueve veces de diez les espera de continuar en París.

El cabo ó guardia casado que vive en la población, está autorizado para tener en su casa todos los efectos, á excepción de las armas, que permanecen siempre en el cuartel, en el lugar que le esté reservado. Goza de permiso por las noches, que se suspende si la unidad á que pertenece está encargada de algún servicio. Debe presentarse en el cuartel á las ocho de la mañana, ó antes, en caso de maniobras ó de algún servicio encomendado.

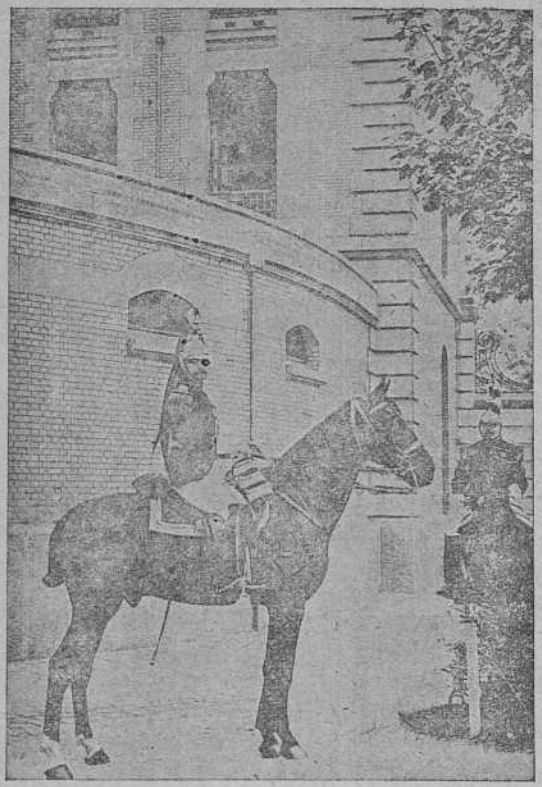
Está obligado á tomar el desayuno en la cantina, pagando por

ello media pensión, lo que constituye un gasto de bastante importancia.

El derecho á ocupar alojamiento en el cuartel se reconoce por la antigüedad ó ingreso en el Cuerpo. Se necesitan por lo menos diez años de servicios para lograr el alojamiento.

Hasta 1883, los cabos y guardias solteros comían el rancho, como sucede en todas las armas.

Desde esta época, se instalaron las cantinas, confortablemente y dirigidas por mujeres de los guardias.



El coronel de la Guardia republicana.

La situación de cantinera ofrece grandes ventajas pecuniarias. Las cantinas no se entregan si no á los antiguos guardias casados, y solamente algunos años antes de la época en que el marido tenga que retirarse. Este está relevado de todo servicio desde que su mujer es nombrada cantinera.

Otra de las ventajas que encierra la cantina, es que los guardias encuentran alimentos variados de todas clases, excepto bebidas alcohólicas. El capitán de semana ejerce una vigilancia extremada sobre los alimentos y el material empleado para condimentarlos.

Paisanos, á razón de uno por compañía ó escuadrón, están encargados de llevar los alimentos, en canastillas de mano, y aunque las canastillas son de la cantina, el servicio se paga en común, á razón de 40 ó 50 francos por mes y por compañía.

Un jefe cocinero, paisano, se asegura y vigila la preparación de las comidas.

Los castigos difieren poco de los de la Gendarmería, pudiendo los suboficiales ó cabos descender en categoría. Otro castigo es el aviso de consejo de disciplina, que dicta el ministro de la Guerra.

Remonta é instrucción.

La remonta de guardias á caballo, está asegurada por medio de compras hechas directamente en el comercio por una comisión instituída á este efecto en el Cuerpo; los caballos, que se pagan por término medio á 1.200 francos, deben tener cuatro, cinco ó seis años.

Su enseñanza dura seis meses, y consiste en una serie de ejercicios para acostumbrarlos á las muchedumbres alborotadoras y á los ruidos de la calle.

Cada año, la instrucción militar empieza hacia el 15 de noviembre, á razón de un ejercicio por semana, de hora y media á dos horas de duración por compañía para la infantería, y una hora para la caballería. Estas instrucciones tienen lugar en los patios de los cuarteles.

A partir del 1.° de abril, hay dos maniobras por semana en Vicennes, para la caballería y la infantería.

Dos lecciones teóricas por semana y dos de tiro al blanco, ejecutados durante el año, y en los cuales disparan 18 cartuchos por sección, completan esta instrucción.

La instrucción elemental se perfecciona en cada compañía ó escuadrón, por medio de un curso de enseñanza mútua, que dura una hora diaria.

Los oficiales están encargados del curso preparatorio y del curso superior.

Una biblioteca para la tropa, formada y alimentada voluntariamente por los suboficiales, cabos y guardias, á razón de 30 céntimos el primer año y 20 los siguientes, existe en cada alojamiento.

Retiro.

Los militares de la Guardia republicana pueden obtener retiro proporcional á los quince años de servicio; este retiro es de 480 francos para los suboficiales y 360 francos para los guardias. El retiro completo se obtiene á los veinticinco años de servicios, y son 980 francos para los suboficiales y 750 francos para los guardias. En los destinos civiles no pueden pedir plaza los suboficiales, si no han sido reenganchados.

El límite de la edad para permanecer en la legión, es el de cincuenta y cinco años.

La mesa de los oficiales.

En el cuartel de Napoleón, donde está instalada la biblioteca y la sala de honor, se encuentra también la mesa de los oficiales. Es muy confortable y está vigilada por un teniente designado por los compañeros y que ejerce el cargo seis meses. Todos los oficiales solteros toman pensión y comen juntos en la mesa redonda.

En el invierno dan tres conciertos y un baile.

La música de la Guardia.

La música de la Guardia republicana es célebre en el mundo entero; ha sido invitada á diversos concursos en todos los países y ha obtenido triunfos de importancia, como el reciente del año 1907 en Valencia.

Su creación data del año 1848, cuando la Guardia cívica se creó.

El coronel de este Cuerpo encargó al cabo de cornetas que la organizara con los elementos que se encontrasen entre los propios individuos.

Propietarios de sus instrumentos y contribuyendo á asegurarse una existencia que no tenía nada de oficial, estos músicos voluntarios, bajo la hábil dirección de su jefe, hicieron tales progresos, que en 1852, cuando la distribución de banderas á los cuerpos, fueron distinguidos entre todos los músicos de París. El gobernador, mariscal Magnan, les colmó de elogios y se tomaron medidas para asegurar oficialmente la vida de la charanga.

Un decreto de 1856 transformó la charanga en música militar y designó como jefe á Paulos, el cabo que la había instruído.

Durante la Exposición universal de 1887, en el concurso internacional de bandas militares, la de la Guardia de París obtuvo el primer premio, luchando con la banda de un regimiento austriaco, y desde entonces no ha encontrado rivales.

La composición de la banda en la actualidad es la siguiente: un jefe de música de primera clase, con categoría de capitán; un subjefe asimilado á ayudante; cinco músicos de primera; diez de segunda; trece de tercera; veinticinco de cuarta y veinticinco aprendices.

Los músicos están autorizados para vestir de paisano fuera de las horas de servicio y pueden contratarse en las orquestas de los teatros y salas de conciertos de París.

Servicios de la Guardia republicana.

Para asegurar los servicios que les están encomendados, necesitan un efectivo de 1.000 hombres, distribuídos del modo siguiente:

1.° Ocupación de puestos, en el Palacio de Justicia, Hotel de Ville, Cité, Monte de Piedad, prisión de la Salud, formando por los puestos de policía de los cuarteles un total de 190 hombres.

2.° Diferentes puntos en el interior del Palacio de Justicia para mantener el orden y la conducta de los detenidos, escolta á los coches celulares, Ministerio de la Guerra, Legión de Honor, Bolsa, etc..., representando ésto 285 hombres.

3.° Estafetas de caballería ó velocipedistas de infantería.

4.° Destacamentos en los teatros ú otros establecimientos públicos, ó sea un efectivo diario de 350 hombres.

5.° Piquetes en los cuarteles, que representan un total de 141 hombres.

6.° El puesto del Eliseo, al que dan guardia dos veces por semana, cuyo efectivo es de un teniente y 35 guardias.

A estos servicios ordinarios hay que añadir los servicios de órdenes ejecutados por fracciones en diferentes puntos de París, según las necesidades y, por consecuencia, muy variables.

Estas órdenes provienen del general gobernador militar de París ó del prefecto de policía.

Este último tiene la dirección de los servicios ejecutados por la Guardia republicana para la vigilancia de la capital, y al hacer uso de esta fuerza tiene que dar cuenta inmediatamente al gobernador militar.

Para todos los servicios, la regla de conducta trazada á la Guardia republicana está definida por el reglamento en los siguientes términos:

"Encargados en la práctica habitual de su servicio, de la delicada misión y á menudo difícil de regularizar las diversiones, de modificar las

costumbres, de calmar á los exaltados, poniéndose en contacto con la gente más levantisca, los militares del Cuerpo, por su actitud, á la vez firme y benévola, por la dignidad de su conducta y su cortesía con todas las clases de la sociedad, deben hacer comprender que su misión no tiene otro objeto que mantener el orden y la seguridad de todos. Pero si han de valerse de medios de templanza para cumplir su servicio, deberán desplegar la mayor firmeza con los individuos que pretendan faltar al respeto de que deban ser objeto.„

LA GENDARMERIA ALEMANA

Por lo que respecta á la disciplina, entretenimiento y reglamentos interiores, la Gendarmería alemana está organizada militarmente, bajo el mando de un general, jefe militar dependiente del ministerio de la Guerra; en lo que se refiere á su misión y servicio especial depende del ministerio de la Gobernación.

El cuerpo de Gendarmería continental está dividido en 11 brigadas, distribuídas en las provincias del Estado alemán, y el número de cada una de éstas es el mismo que el del Cuerpo de ejército en cuyo territorio está estacionada.

Las planas mayores de estas brigadas (tercios) tienen su residencia en las capitales de provincia.

Cada brigada está bajo las órdenes de un oficial superior, brigadier; las brigadas están divididas en distritos (comandancias), y éstas en secciones.

Las secciones están formadas por varias circunscripciones de patrullas (puestos), que según su mayor ó menor demarcación, configuración del terreno y número de habitantes están constituídas por gendarmes de infantería ó de caballería.

Los individuos de la Gendarmería departamental están en la misma situación que los demás soldados, y sujetos á las leyes militares. Las relaciones con sus jefes son las mismas que en el Ejército y está sometida á la jurisdicción militar, siéndole aplicables todas las prescripciones del código.

La disciplina se mantiene bajo la acción de los jefes militares, desde el director general del Cuerpo hasta el comandante de puesto.

Los gendarmes que por su conducta ó manera de ser en el servicio ó fuera de él, se muestren indignos de la estima, de la consideración ó de la confianza que exige su Cuerpo, ó que cometan actos indecorosos no previstos por las leyes penales, pero atentatorios á la honorabilidad de

las funciones de gendarme, pueden, por vía disciplinaria y por decisión del ministro de Estado (en las ocho antiguas provincias), ó por el director de la Gendarmería (en las tres nuevas), ser destituídos sin haber pasivo.

Los interesados pueden apelar de esta medida dentro del plazo de cuatro semanas.

Los servicios de la Gendarmería alemana se dividen en ordinarios y extraordinarios.

Los primeros que constituyen la razón de ser del Cuerpo, y que todo gendarme debe de ejecutar sin necesidad de requerimiento alguno, son mantener en todas partes la tranquilidad, el orden y la seguridad.

Servicios extraordinarios son los que presta la Gendarmería alemana por órdenes expresas de sus superiores jerárquicos, por requerimiento de la autoridad civil administrativa, de la judicial, y, en caso de urgencia, de cualquiera autoridad constituída.

Los indivíduos de la Gendarmería deben ejecutar puntualmente y sin objeción alguna los servicios para que son requeridos por parte de la autoridad judicial.

En cambio, no diferirán á los requerimientos de las otras autoridades cuando servicios más importantes les soliciten.

Está terminantemente prohibido á los indivíduos de la Gendarmería alemana recibir gratificaciones ni regalos de ninguna clase. Tampoco pueden aceptar alojamiento gratuíto, ni forrajes para sus caballos.

Ningún gendarme ni miembro de su familia que viva en su compañía puede ejercer una profesión civil sin previa autorización de sus jefes naturales.

Las gratificaciones y primas ofrecidas por sociedades y particulares tampoco pueden ser aceptadas sin la venia de las autoridades militar y civil.

Cuando se presenten casos de esta índole, la autorización debe solicitarse por la vía jerárquica á la autoridad militar, y hasta que aquélla sea concedida no puede aceptarse el ofrecimiento.

Todos los servicios practicados por el gendarme durante el día se anotarán con gran cuidado y exactitud en el "Diario de servicio„ *(Dienst Journal)*. Este documento tiene por objeto que las autoridades militares puedan conocer el celo y la actividad del gendarme en todo lo que á su servicio especial concierne.

El gendarme alemán percibe sus devengos por estos dos conceptos: haberes fijos é indemnizaciones extraordinarias por servicios especiales y casos particulares.

El sueldo propiamente dicho alcanza anualmente la suma de 1.170 marcos para el gendarme de caballería, comprendidos 120 marcos de remonta; 1.050 marcos para los de infantería (el marco vale aproximadamente una peseta setenta y cinco céntimos).

Constituye un accesorio del sueldo, y su cuantía está calculada teniendo en cuenta las condiciones de la localidad donde resida el interesado, la indemnización de residencia.

Para Berlín, esta indemnización anual es de 240 marcos; para las localidades de primera clase, 180 marcos; en las de segunda clase, 144

marcos; en las de tercera clase, 108 marcos; para las de cuarta clase, 72 marcos; y en las de quinta clase, 60 marcos

Para subvenir á los gastos de papel, tinta, etc., que llevan consigo las necesidades del servicio, cada gendarme recibe anualmente 4 marcos, con los cuales se provee de "diarios de servicios„, impresos y demás accesorios.

El sueldo propiamente dicho y los gastos de escritorio, son pagados por trimestres adelantados.

A fin de proveer á los desembolsos hechos por los indivíduos de la Gendarmería alemana con ocasión del servicio dentro de las demarcaciones respectivas, los gendarmes reciben á fin de mes una indemnización de gastos de servicio, cuyo total por año se eleva á la suma de 180 marcos.

En caso de viajes para asuntos del servicio fuera de la demarcación ó de traslado, los gendarmes perciben gastos de viaje, indemnizaciones diarias, indemnizaciones de traslado y residencia.

Por el transporte de bagajes y viaje en ferrocarril ó barco, siete peniques por kilómetro, ó sea unos nueve céntimos.

Por cada partida y llegada, un marco.

Para los viajes practicados por otros medios de locomoción distintos de los indicados, cada kilómetro da derecho á 30 peniques, ó sea 1'50 marcos, á condición de seguir el itinerario más corto.

Cuando por exigencias del servicio los gendarmes se vean obligados á salir de su circunscripción para prestar su concurso en otra localidad, reciben por cada día completo una indemnización de tres marcos, y por cada fracción de día, 1'50 marcos.

Si la duración de la concentración no pasa de catorce días, los gendarmes reciben la expresada indemnización diaria. Cuando la concentración excede de este límite, se abona al gendarme una indemnización de 60 marcos mensuales.

Cuando el gendarme cambia de residencia, además de los gastos de viaje y diarias indemnizaciones, perciben los siguientes devengos:

Gerdarmes cabezas de familia:

Cien marcos en concepto de gastos generales.

Cuatro marcos por cada 10 kilómetros, como gastos de transporte.

Gendarmes solteros:

La mitad de las cifras señaladas.

Para los destacamentos de larga duración y para los cambios de residencia, los gendarmes están autorizados para solicitar de sus superiores anticipos pecuniarios á cuenta de sus devengos.

La Gendarmería alemana tiene varias cajas de socorro.

La primera está destinada á sostener todos los gastos del caballo: entretenimiento, medicación, veterinario, herraje, etc. Esta caja está sostenida por los 30 peniques que mensualmente se descuentan al gendarme de caballería.

La segunda caja subviene á los gastos que ocasionan las enfermedadas de los gendarmes, de su mujer y de sus hijos menores de catorce años, así como los que se producen por nacimientos y defunciones, por pérdidas á consecuencia de un siniestro. Al sostenimiento de esta caja

contribuyen todos los gendarmes con un marco mensual. Esta caja concede préstamos para asuntos privados.

Todo gendarme está también obligado á satisfacer la cuota destinada á otra caja que tiene por objeto pensionar viudas y huérfanos.

El uniforme y el equipo de los gendarmes alemanes los sufraga el Estado, siendo, por lo tanto, estos efectos propiedad del Cuerpo y no del individuo.

Para poder ingresar en el cuerpo de la Gendarmería alemana precisa haber servido nueve años en el Ejército, sin contar el tiempo de campaña.

La admisión no se confiere hasta después de un examen ordenado por el director de la Gendarmería continental.

En la Gendarmería alemana existe para el aspirante un periodo de prueba, que dura seis meses, antes de confirmarse la admisión definitiva del nuevo gendarme

Durante este tiempo el aspirante no tiene derecho á indemnización por gastos de viaje, si bien le son abonados cuando su instalación en el Cuerpo es definitiva.

Después de haber merecido buena calificación en el examen de ingreso, es llamado al servicio para practicar durante seis meses en clase de "gendarme interino„

En caso de manifiesta incapacidad para llenar las condiciones exigidas, el jefe puede enviarle á su cuerpo de procedencia sin más formalidad. También puede el interesado volver sobre su acuerdo, reintegrándose voluntariamente á su regimiento.

Durante el periodo de prueba, el gendarme puede trasladar á su familia por su cuenta y riesgo; pero se le da el consejo de no hacerlo.

El servicio del nuevo gendarme desde que se instala en la residencia que se le ha marcado, comienza desde luego bajo la dirección de su jefe de sección, quien le explica las prescripciones y reglamentos contenidos en los libros de instrucción, los decretos especiales del Gobierno y del prefecto, la topografía de la demarcación y las costumbres locales.

La parte más importante de la instrucción del gendarme es la relativa á las detenciones, registros y uso de armas, siendo necesario que quien ha de practicarlas se familiarice por completo con las prescripciones reglamentarias acerca de la materia.

Para el ingreso definitivo en el Cuerpo, el gendarme interino tiene que sufrir un examen acerca de las diversas materias que ha debido estudiar durante su periodo de prácticas.

El examen oral abraza diferentes preguntas relativas á las instrucciones, reglamentos y servicio práctico.

El examen escrito comprende ocho ejercicios sobre la organización é instrucción de servicio, haciéndole que desarrolle temas prácticos para apreciar cómo procedería en casos de epidemia, incendio, inundación, misiones requeridas por la autoridad judicial ó administrativa, registro en lugar cerrado, etc.

A los quince años de irreprochables servicios el gendarme puede obtener el derecho á usar el portaespada de oficial.

Los gendarmes que, á consecuencia de enfermedades, de atonía físi-

ca ó intelectual, no se encuentran aptos para llenar sus funciones, son declarados baja en el Cuerpo, con arreglo á las prescripciones que rigen para la jubilación de los funcionarios civiles.

La base para la asignación de derechos pasivos es el sueldo, exceptuando la gratificación de remonta, más la media aritmética de las cinco clases de indemnización de alojamiento, ó sea 112 marcos anuales.

Los derechos pasivos comienzan desde los doce años de servicio y comprende, en este periodo, la tercera parte del sueldo, siendo progresivo el aumento de año en año de servicio hasta alcanzar las tres cuartas partes del sueldo, que es el máximun de haber pasivo que puede percibir un gendarme alemán.

***

Con la ligera descripción que antecede respecto á la Gendarmería francesa, Guardia republicana y Gendarmería alemana, damos por concluso el Apéndice, puesto que los organismos análogos de otras naciones están cortados por tales patrones.

De la francesa, madre de todas ellas—incluso de la nuestra—se han tomado los principios. La que disfruta el Imperio germánico constituye un verdadero modelo desde el punto de vista militar, prerrogativas y ventajas de quienes la constituyen.

El examen comparativo con la actual Guardia civil podrá tal vez demostrar ventajas materiales á favor de ellas. En su parte moral, por lo que á historia y hechos meritísimos se refiere, ningún organismo, tanto nacional como extranjero, pudo en menos tiempo alcanzar el grado de perfección y aureola de prestigio tan grande como la Guardia civil.

Por algo, el instinto popular, siempre justo, lo calificó y denomina *Benemérito Instituto.*



INDICE

Páginas.

PRÓLOGO 5
Preliminares 7
Cómo nació el feudalismo 8
España antes de los Reyes católicos 12
Cómo surgieron las primeras Hermandades 14
Primeras Hermandades que se dedicaron á la persecución de malhechores. 17
La de San Martín de Montiña en Toledo 17
Disconformidad en los historiadores.—La Hermandad de Navarra y Aragón. 18
Hermandades de Ciudad Real y Talavera 19
Juramentos, auxilios que recibían las Hermandades y castigos impuestos á los criminales 20
Unión de las tres Hermandades y concesión del título de Santa 21
Privilegios concedidos á la Santa Hermandad en el reinado de D. Pedro el Cruel 25
Primer reglamento de policía conocido en España 27
Reinado de D. Enrique II el Bastardo 30
Reinados de D. Juan I y D. Enrique III 31
Minoría de D. Juan II.—D. Fernando el de Antequera 32
Confidencias y extradición de criminales 32
Reinado de Enrique IV el Impotente 33
Ojeada histórica sobre el reinado de los Reyes Católicos 35
Reorganización de la Santa Hermandad por los Reyes Católicos 38
Ordenamiento de Madrigal 39
Capítulos del Ordenamiento de Madrigal 40
Juntas de Cigales y Dueñas 41
Junta de Santa María de Nieva 42
Primera revista á los efectivos de la Hermandad 42
Consejo ó Junta Suprema y primer Capitán general de las tropas 42
Resistencia á entrar en la Hermandad 43
Ordenanzas de Torrelaguna que rigieron hasta la extinción de la Hermandad 43
Servicios en el orden civil de la Santa Hermandad 45
Servicios militares de la Santa Hermandad 46
Detalles de organización 48
Surgen los ejércitos permanentes.—Decaimiento de la Santa Hermandad .. 49
Hermandades en Aragón 51
Desprestigio de la Santa Hermandad á partir de 1498 55
La Santa Hermandad hasta el reinado de Felipe V 56
Reinado de Felipe V 56
Ceremonial de una ejecución 57
Final de las Hermandades 58
La Inquisición en España 59

Páginas.

Compañías y organismos dedicados á la persecución de malhechores que independientemente de las Hermandades hubo en España 63
Guardas del reino en Aragón 63
Partida armada de Jaca 64
Compañía suelta del reino de Aragón 64
Caudillatos de Galicia 65
Ballesteros del Centenar en Valencia 66
Fusileros y Migueletes en Valencia 66
Guardas de la costa de Granada 67
Milicias locales de Andalucía 67
Escopeteros de Getares 68
Escopeteros voluntarios de Andalucía 68
Compañía suelta de Castilla la Nueva 69
Fusileros guarda-bosques reales 70
Rondas volantes de Cataluña 71
Escuadras de Cataluña 73
Miñones de Vizcaya y Alava y Migueletes de Guipúzcoa 76
Somatenes de Cataluña 79
Reinado de D. Fernando VII 83
Guerra de la Independencia 85
Acontecimientos políticos 87
Intervención francesa 89
Minoría de Doña Isabel II y primera guerra civil 91
Infantería ligera y Milicias urbanas 101
Milicia Nacional 102
Migueletes de Navarra de José Napoleón 103
Cazadores de Montaña 103
Gendarmería real á caballo 104
Estado de España al finalizar la guerra de la Independencia.—Medidas dictadas para proteger la seguridad, por D. Fernando VII.—Se destinan las tropas á perseguir malhechores, quienes son juzgados por consejos de guerra 107
Ladrones á precio —Medallas al valor contra malhechores 110
Proyecto de una Legión de salvaguardias nacionales presentado por el primer duque de Ahumada 110
Preámbulo y extracto del proyecto 111
Las Cortes desechan el proyecto 114
Celadores reales 114
Salvaguardias reales 115
Cuerpos francos 116
Persecución de latro-facciosos y creación de la Guardia civil 117
Orígenes y concausas del bandolerismo en España 119
El bandolerismo español 120
Evoluciones del bandolerismo 122
Los Hermanos de la Camándula y beatos de la Cabrilla 128
El bandolerismo desde fines del siglo XVIII hasta la creación de la Guardia civil 131
Los niños de Ecija y Jaime el Barbudo 134
José María.—Una anécdota sobre su presentación al Duque de Ahumada ... 135
Cuatro mil hombres para perseguir una partida de bandidos 138
La Guardia civil 141
Primer decreto creando la Guardia civil 142
Deficiencias del primer decreto 146
El Duque de Ahumada 147
Reparos puestos por el Duque de Ahumada al primer proyecto de creación de la Guardia civil 152
Segundo decreto sobre creación de la Guardia civil y que debe considerarse como el fundamental 153
Impresión producida por la creación del Cuerpo 157
Uniforme y equipo 157

Páginas

Primer contingente en revista 160
Sueldos y haberes 161
El Duque de Ahumada es nombrado Inspector general 162
Primer reglamento para el servicio del Cuerpo 163
Primer reglamento militar 171
Revista del primer contingente de guardias civiles y primera formación en las calles de Madrid 181
Preparativos de distribución 183
Primer Tercio 183
Segundo Tercio 184
Tercer Tercio 185
Cuarto Tercio 185
Quinto Tercio 186
Sexto Tercio 186
Séptimo Tercio 187
Octavo Tercio 187
Noveno Tercio 188
Décimo Tercio 188
Undécimo Tercio 188
Tercio duodécimo 189
Organización 191
Primer aumento del contingente 192
El Tercio de Baleares 192
Nuevos aumentos 193
Organización para caso de guerra y creación de la Compañía de Guardias jóvenes 193
La reducción de 1854 y un hermoso rasgo de los individuos del Instituto 195
Organización de la Guardia civil Veterana 198
La reorganización de 1861 200
El Tercio Veterano 203
Organización de brigadas de la Guardia civil 204
Unificación de escalas 204
La Guardia Rural 205
La reorganización de 1871 207
Amalgama de los tercios de Cuba y Puerto Rico en 1871 208
Aumentos desde el año 1873 al 1878 210
Del 1878 al 1880 210
La comandancia de Caballería del 14.° y el Depósito de recría y doma 212
El aumento del año 1898 213
Años 1899, 1900 y 1901 214
Desde el año 1902 al 1907 216
La Guardia civil en Ultramar 225
Isla de Cuba 229
La Guardia civil en Puerto Rico 234
Amalgama de los tercios de Cuba y Puerto Rico 236
La Guardia civil de Cuba después de la amalgama 241
Pintura interesante 244
Los somatenes de Cuba 250
Reorganización de los tercios cubanos 253
Hacia la repatriación 257
Alteraciones en la organización de la Guardia civil de Puerto Rico después de la amalgama 257
Islas Filipinas 261
La Guardia civil en Filipinas 265
La Veterana filipina 266
Posesiones del Golfo de Guinea 268
Organización que en la actualidad tiene la Guardia civil 271
Reclutamiento de la tropa 273
Ingreso de oficiales 274
Ascensos de tropa y oficiales 279

Sueldos 280
Obligaciones generales como cuerpo militar 283
Disciplina 287
Derechos pasivos 288
Alteraciones introducidas en el uniforme del Instituto 291
El del general Infante.—El mal llamado de la República 292
Algunas modificaciones 295
Juicios ajenos 296
Vestuario que en la actualidad tienen los guardias de infantería 299
Guardias de caballería 301
Vestuario de jefes y oficiales 301
Correaje y equipo 304
Armamento 306
Uso de las diversas prendas de uniforme 306
Remonta 308
Resultado que dió el personal 309
Resultado que se obtuvo con el ganado 311
Ventajas que tenía el Depósito desde el punto de vista económico, y bondades del procedimiento 313
Creación y funcionamiento de la Comisión de remonta 314
Servicio peculiar del Instituto 319
Servicio en los caminos 320
Servicio forestal y vías férreas 321
Servicio de correrías y entrevistas 322
Servicio de entrevistas 323
Servicio auxiliar 323
Conducción de presos 325
Servicio de campaña 329
Aprehensiones y detenciones 331
Otros servicios 332
Los diez primeros años 333
Primeros sucesos políticos en que intervino 334
Servicios humanitarios 336
El barranco de Bellver 339
Servicios contra el bandolerismo 340
Una estadística 345
Las intentonas del 48 346
La revolución del 54 348
El bandolerismo en Andalucía.—Consideraciones generales 379
Otras concausas 383
Trabajos de la Guardia civil 384
Un hecho vandálico 386
¡El cumplimiento del deber! 387
Perfeccionamiento del bandolerismo 388
¡Guerra á muerte! 390
El secuestro de Orellana 391
La lucha crece 392
Historia de un secuestro 393
La mano negra.—Período de tranquilidad.—Rumores alarmantes 399
Varias opiniones 400
Asociaciones criminales en el extranjero 402
Los abrasadores en Francia 402
El nihilismo en Rusia 404
En España.—Los primeros rumores 405
La conspiración social 406
El reglamento de «La Mano Negra» 407
El tribunal popular 409
Artículo de un periódico 410
Ramificaciones 411
Trabajos de la Guardia civil 411

Páginas.

Más detenciones 414
Casamientos especiales 415
Más fechorías 415
Las últimas detenciones 415
Vista de la causa.—Nota triste 416
El crímen de la Parrilla 417
Anarquismo.—Las doctrinas socialistas 421
Diversas opiniones 422
Lo que dice Lombroso 423
El socialismo en sus dos aspectos 424
El anarquismo 426
Algunas opiniones funestas 428
Las especies del anarquismo 431
Sobre el mismo tema 433
Una máquina infernal.—Las primeras bombas 434
El terror anarquista 437
Trabajos de la Guardia civil 447
El último atentado 449
El feroz anarquista 452
El terrorismo catalán 453
El bandolerismo en la actualidad.—Es cuestión social 455
Princípio quieren las cosas 456
La cuestión agraria 457
Otros desniveles 458
Los latifundios 459
Ambiente favorable al bandolerismo 459
Otras concausas 461
Una interpelación 464
La contestación del ministro 466
Para terminar 469
Fechas más salientes en la historia del Instituto 471
Servicios en campaña 472
La Guardia civil en Africa 473
Partidas de latro-facciosos 475
El carlismo 477
La noche de San Daniel.—Villarejo.—Pronunciamientos y sublevaciones 478
El golpe de Pavía 481
Salamanca 484
La versión de un periódico como muestra 486
La versión oficial y verídica 490
Una memoria y varias comunicaciones 493
Agresiones á la fuerza antes de los sucesos 494
Disparos hechos á la fuerza 495
Testigos de los hechos relatados 496
Consecuencias de los sucesos 496
Resumen de lo expuesto 497
Detalle final 498
Alcalá del Valle 500
Un extracto de la Subsecretaría de Gracia y Justicia 503
El auto del juez especial 508
El Auto de la Audiencia provincial 525
Cuatro consideraciones 529
Colegios y Asilos del Cuerpo 531
Compañía de Guardias jóvenes 531
Engrandecimiento y creación de los Asilos 536
Organización actual del Colegio de Guardias jóvenes 539
Organización actual de los Asilos de huérfanos 541
Situación actual 543
Colegio para oficiales 544
Para terminar 546

Jefes superiores que ha tenido el Cuerpo 547
Secretarios que ha tenido la Dirección general del Cuerpo 548
Generales que han desempeñado el cargo de Jefes de Sección de la Guardia civil en el Ministerio de la Guerra 549
Generales procedentes de la Guardia civil 550
Relación de los jefes y oficiales de la Guardia civil que han muerto en el campo de batalla 552
APÉNDICE.—La gendarmería francesa.—Su orígen 553
El Alguacilazgo del feudalismo 554
La maréchaussée 555
La gendarmería nacional 558
La gendarmería imperial y real 559
Bajo el segundo Imperio y la tercera República 560
Organización actual 561
Reclutamiento, uniforme, sueldo 562
Alojamiento, remonta, castigos y retiro 563
El servicio de la gendarmería 564
La gendarmería colonial y marítima 565
Servicios en campaña 566
Una fuerza escogida 566
La guardia republicana 567
La ronda real 568
La Revolución y el Consulado 568
Bajo el primer Imperio 569
La Restauración, la Monarquía de julio y la segunda República 569
Durante la «Commune».—Asesinatos por el pupulacho 570
La Guardia republicana actual 572
Uniforme, sueldo, alojamiento y cantinas 573
Remonta é instrucción 576
Retiro 576
La mesa de los oficiales 576
La música de la Guardia 576
Servicios de la Guardia republicana 577
La gendarmería alemana 578

BIBLIOTECA PÚBLICA

F. M. Gisian

LA GUARDIA CIVIL

D-2
7666